EMILE ZOLA

# VERDAD

*Verdad*, la tercera novela del ciclo *Los cuatro evangelios*, es la adaptación del caso Dreyfus en el mundo de la Instrucción Pública, ilustrada principalmente por la lucha entre laicos y clérigos. La obra se concibe en el contexto del proyecto de separación de Iglesias y Estado. Marc Froment, maestro, trata de defender a su colega, Simon, judío, acusado injustamente, luego condenado, por haber violado y matado a un escolar. Todo el clero aparece como la fuerza impulsora de la acusación, falsifica la evidencia, influye en la justicia, protege al verdadero culpable, un hermano de las Escuelas Cristianas, con el objetivo de desacreditar a toda la escuela secular a través del acusado.

La escritura de la obra se extiende desde julio de 1901 hasta agosto de 1902 y aparece serializada en *L'Aurore* desde septiembre de 1902 hasta febrero de 1903. La muerte del escritor, el 29 de septiembre de 1902, le impide presentar sus correcciones a gran parte de la novela. El volumen, que aparece en marzo de 1903 con Charpentier, está bordeado de negro en señal de luto

Émile Zola

# Verdad

## Los cuatro evangelios - 3

**ePub r1.1**
**Titivillus** 15-10-2019

Título original: *Vérité*
Émile Zola, 1903
Traducción: Francisco Almela y Vives

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

# LIBRO PRIMERO

# I

La víspera, miércoles por la tarde, Marcos Froment, maestro de Jonville, acompañado de su mujer, Genoveva, y de su hijita Luisa, llegó, como de costumbre, a Maillebois, donde pasaba un mes de vacaciones en casa de la abuela y la madre de su mujer, la señora de Duparque y la señora de Berthereau, «esas señoras», como las llamaban en el país. Maillebois, cabeza de partido, con dos mil habitantes, se hallaba a no más de diez kilómetros del pueblo de Jonville y sólo a seis de Beaumont, la antigua y gran ciudad universitaria.

Aquellos primeros días de agosto eran insoportables. El domingo, durante el reparto de premios, se desencadenó una tormenta espantosa. Y aquella misma noche, hacia las dos de la madrugada, cayó un verdadero diluvio, sin que ello despejara el ambiente, que permanecía nuboso, cargado y pardo, de una pesadez de plomo. Y «aquellas señoras», en pie desde las seis de la mañana para asistir a misa de siete, se hallaban ya en el comedorcito de la planta baja esperando al joven matrimonio, que no se apresuraba a bajar.

Ya se hallaban sobre el hule blanco las cuatro tazas cuando entró Pelagia con la cafetera en la mano. Pequeña, rojiza, con gran nariz y delgados labios, estaba desde hacía veinte años al servicio de la señora Duparque, y tenía la lengua suelta.

—¡Vaya! —dijo—. Se va a enfriar el café, y no será por culpa mía.

Cuando volvió a la cocina refunfuñando, la propia señora de Duparque testimonió su descontento.

—Es intolerable. Parece que Marcos se divierta en hacernos perder la misa cuando esta aquí.

Pero la señora de Berthereau, indulgente, aventuró con suavidad una excusa.

—No les habrá dejado dormir la tormenta. Acabo de oír cómo se dan prisa ahí arriba.

De setenta y tres años de edad, muy alta, muy negro aún el pelo, de semblante frío, cortado por profundas arrugas simétricas, la mirada severa y acusada nariz, la señora de Duparque había tenido durante mucho tiempo un almacén de novedades: «El Ángel de la Guarda», en la plaza de San Magencio, frente a la catedral de Beaumont. Después de la muerte de su marido, causada, según se decía, por la quiebra de un Banco católico, tuvo la buena idea de liquidar y retirarse, con una renta de seis mil francos aproximadamente, a Maillebois, donde poseía una casita. Pronto haría de ello doce años. Su hija, la señora de Berthereau, viuda también, llegó a unirse a ella llevando consigo a su hijita Genoveva, que tenía entonces unos once años. La brusca muerte del yerno —un empleado de Hacienda, en cuyo porvenir cometió la tontería de creer, pero que moría pobre, dejándole en los brazos a su mujer y a su hija— fue una nueva amargura. Desde aquella fecha vivieron juntas las dos viudas en aquella casita triste, llevando una vida estrecha, retirada, cada día más reducida por las más rígidas prácticas religiosas. Pero, no obstante, la señora de

Berthereau, que fue adorada por su marido, conservaba todavía una tierna dulzura de aquél su despertar al amor y a la vida. Alta, morena como su madre, tenía el aspecto apagado y triste, ojos de sumisión y una boca fatigada, por donde pasaba a veces la secreta desesperación de la dicha perdida.

Un amigo de Berthereau, un exmaestro de Beaumont, Salvan, entonces inspector de primera enseñanza y luego director de la Escuela Normal, concertó el casamiento de Marcos y Genoveva, de quien era tutor subrogado. Berthereau, espíritu muy independiente, no practicaba el culto, pero dejaba que su mujer lo practicase, y hasta llegó a acompañarla a misa por cariñosa condescendencia. Salvan, de inteligencia más libre aún, sólo sujeta a la certidumbre experimental, cometió asimismo la imprudencia afectuosa de hacer entrar a Marcos en aquella familia devota, sin preocuparse por los posibles conflictos. Puesto que los dos jóvenes se amaban apasionadamente, evitarían los disgustos. Y desde que se casó, hacía tres años, Genoveva, que fue una de las buenas discípulas de la Visitación, de Beaumont, descuidó, en efecto, poco a poco sus deberes religiosos, hasta el extremo de no rezar sus plegarias, entregada por completo al amor a su marido. La señora de Duparque se afligía profundamente por ello, aunque la joven, deseosa de serle agradable, cuando pasó cerca de ella un mes de vacaciones en Maillebois se impuso el deber de acompañarla a la iglesia. Pero la terrible abuela, que luchó contra aquella boda, guardaba un acerbo rencor contra Marcos, a quien acusaba de robarle el alma de su nieta.

—Las siete menos cuarto —murmuro al oír dar los tres cuartos al reloj de la iglesia vecina—. No acabaremos nunca.

Se acercó a la ventana y echó una mirada a la plaza de los Capuchinos. La casita se alzaba en la esquina de dicha plaza y la calle de la Iglesia. Era un edificio de un solo piso: abajo, a derecha e izquierda del pasillo central, estaban el comedor y la sala, mientras que en el fondo se hallaban la cocina y el lavadero, que daban a un patio húmedo y sombrío. En el primer piso había dos habitaciones a la derecha para la señora de Duparque, dos habitaciones a la izquierda para la señora Berthereau, y, finalmente, bajo el tejado, frente al cuarto de Pelagia y de los graneros, dos habitaciones pequeñas que se amueblaron en otros tiempos para Genoveva soltera y en las que se reinstalaba muy contenta cuando con su marido iba a Maillebois. Pero ¡qué sombra húmeda, qué pesado silencio, qué frío sepulcral se desprendía de los obscuros techos! La calle de la Iglesia, que partía de detrás del ábside del templo parroquial de San Martín, era tan estrecha que no pasaban carruajes, crepuscular a las doce del día, con las fachadas de las casas desconchadas y el enmohecido pavimento lleno de malos olores a causa de las aguas domésticas. Y la plaza de los Capuchinos se extendía al Norte, sin un árbol, ensombrecida por la alta fachada de un viejo convento que se repartieron los Capuchinos, quedándose con la amplia y hermosa capilla, y los Hermanos de las Escuelas Cristianas, que instalaron un colegio muy próspero en las dependencias del edificio.

La señora de Duparque contempló un instante aquel rincón desierto, de una paz clerical, por donde no pasaban más que sombras devotas, sólo alegrado a intervalos regulares por los alumnos de los hermanos. Lentamente sonaba una campana en el aire muerto. Y la señora de Duparque se volvía con impaciencia, cuando la puerta se abrió y entró Genoveva.

—¡Por fin! —dijo la abuela—. Desayunemos pronto, que ya suena el primer toque.

Rubia, alta, esbelta, con preciosa cabellera y un semblante apasionado y alegre que heredó de su padre. Genoveva reía enseñando sus dientes blancos, chiquilla aún de veintidós años. Pero, viéndola sola, gritó la señora de Duparque:

—¿Cómo? ¿No está listo Marcos?

—Viene enseguida, abuela; baja con Luisa.

Y después de besar a su madre, que guardaba silencio, expresó la alegría que le causaba volverse a ver, casada, en aquella casa tan tranquila de su juventud. ¡De esta plaza de los Capuchinos conocía cada piedra, y saludaba como a viejas amigas a las más insignificantes briznas de hierba! Y cuando para ser amable y ganar tiempo se extasiaba ante la ventana, vio pasar dos sombras negras que reconoció.

—¡Hola! El padre Filibín y el hermano Fulgencio… ¿Adónde irán tan temprano?

Dos religiosos atravesaban lentamente la plazuela, que parecían llenar con la sombra de sus sotanas, bajo el cielo cargado y brumoso. El padre Filibín, de origen campesino, de amplias espaldas, de rostro curtido y redondo, pelirrojo, de ojos y boca grandes y de sólidas mandíbulas, era a los cuarenta años prefecto de estudios en el colegio de Valmarie, la magnífica finca que los jesuitas poseían en los alrededores. De la misma edad, más bajo, moreno y enteco, el hermano Fulgencio era el superior de los otros tres hermanos que sostenían con él la vecina escuela cristiana. Hijo natural, según se decía, de un médico alienista muerto en un manicomio y de una sirviente, nervioso, irritable, cerebro embrollado y orgulloso, era él quien hablaba en voz alta y hacía gestos extremados.

—Esta tarde —dijo la señora de Duparque— reparten los premios en la escuela, y el padre Filibín, que quiere mucho a los hermanos, ha accedido a presidir el reparto. Debe venir de Valmarie, y supongo que el hermano Fulgencio le acompaña para «ultimar algunos detalles».

Pero fue interrumpida por Marcos, que bajaba al fin llevando en sus brazos a su hijita Luisa, apenas de dos años, la cual, abrazada con ambas manitas al cuello de su padre, jugaba y reía como una bendita.

—¡Paf-paf!… ¡Paf-paf!… —gritó Marcos entrando—. Llegamos en ferrocarril, ¡eh! No se puede llegar más pronto.

Menos alto que sus tres hermanos, Mateo, Lucas y Juan, el rostro más estirado y magro, Marcos Froment tenía muy pronunciada la despejada frente, la frente en forma de torre, propia de la familia. Pero lo que le caracterizaba sobre todo eran los ojos y la voz, llenos de simpatía: ojos claros, dulces, que penetraban hasta el fondo de

las almas; voz atrayente, conquistadora, que se apoderaba de las inteligencias y de los corazones. Bigote y barba ligeros dejaban ver la boca, un poco dura y firme, pero con rasgos de bondad. Como todos los hijos de Pedro y de María Froment, aprendió un oficio manual: el de litógrafo, y bachiller a los diecisiete años, fue a Beaumont a terminar su aprendizaje en casa de los Papon-Laroche, la gran casa que proveía de mapas geográficos y cuadros escolares a casi todas las escuelas de Francia. Allí fue donde se manifestó su pasión por la enseñanza, al punto de examinarse para obtener el título de maestro elemental para poder entrar en la Escuela Normal de Beaumont, de donde salió maestro auxiliar a los veinte años con el título superior. Después de obtener su certificado de aptitud pedagógica, iba a ser nombrado maestro de Joinville, a los veintisiete años, cuando se casó con Genoveva, gracias a su gran amigo Salvan, que le introdujo en casa de «aquellas señoras» y a quien enternecía el delicioso amor de los dos jóvenes. Desde hacía tres años, Marcos y Genoveva, con poco dinero, pasando por toda clase de apuros económicos y desazones administrativas, llevaban una adorable vida de amor en su aldea de apenas ochocientos habitantes.

Descontenta, la señora de Duparque no se distrajo con las risas del padre y de la nena.

—Ese ferrocarril —dijo— no vale lo que las galeras da mi juventud… Desayunemos pronto, que no acabaremos nunca.

Se había sentado y vertía ya la leche en las tazas. Mientras Genoveva colocaba la alta silla de Luisa entre ella y su madre, para vigilar a la niña, Marcos, con deseos conciliatorios, quiso obtener su perdón.

—Las he retrasado a ustedes, ¿verdad? Usted tiene la culpa, abuela, porque se duerme demasiado bien en su casa. ¡Se está tan tranquilo!

La señora de Duparque, apresurada, con la nariz en su taza, no se dignó contestar. Pero la señora de Berthereau, que miraba insistentemente a su hija Genoveva, cuyo aspecto era tan feliz entre su marido y su hija, sonrió débilmente. Y en voz baja, como involuntariamente, murmuró, lanzando una lenta mirada alrededor:

—¡Ah, sí! Tranquila. Tan tranquila, que apenas si una se siente vivir.

—A pesar de ello —repuso Marcos—, se ha oído ruido en la plaza a las diez. Genoveva no salía de su asombro. ¡Ruido por la noche en la plaza de los Capuchinos!

No tenía suerte en su buen deseo de hacer reír a la gente. La abuela contestó ahora con aire de persona ofendida.

—Era la salida de la capilla de los Capuchinos. Anoche, a las nueve, hubo adoración del Santísimo Sacramento. Los hermanos llevaron a los alumnos suyos que tomaron este año la primera comunión, y esos niños se extralimitaron un poco hablando y riendo al pasar por la plaza… De todos modos, es preferible eso a los juegos abominables de los niños sin moral y sin religión.

Tras esto surgió un silencio profundo y embarazoso. Sólo se oía el ruido de las cucharas en las tazas. La acusación de juegos abominables fue lanzada contra la escuela de Marcos, contra su enseñanza laica. Y como Genoveva le lanzase a

hurtadillas una mirada suplicante, Marcos no se enfadó, reanudó enseguida la conversación y habló con la señora de Berthereau de su vida en Jonville y hasta de sus alumnos, como maestro que los amaba y obtenía de ellos satisfacciones y alegrías. Tres de entre ellos acababan de conseguir el certificado de estudios.

En aquel momento, sobre el barrio triste y desierto, sonó de nuevo la campana, con golpes lentos que parecían llorar en el aire pesado.

—¡El último toque! —gritó la señora de Duparque—. ¡Bien decía yo que no llegaríamos!

Se levantó y atropelló a su hija y a su nieta, dispuesta a acabar con su desayuno, cuando apareció Pelagia temblorosa, alterada, con «Le Petit Beaumontais» en la mano.

—¡Ay, señora, qué horror!… El chiquillo que trae el periódico acaba de decirme que…

—¿Qué? ¡Dígalo pronto!

La criada apenas podía decirlo.

—Acaban de encontrar asesinado a Ceferinito, el sobrino del maestro de escuela, ahí cerca, en su habitación.

—¡Cómo! ¿Asesinado?

—Sí, señora, estrangulado, en camisa ¡y después de toda clase de abominaciones!

Un horrible estremecimiento pasó por todos; la propia señora de Duparque se estremeció también.

—¿Ceferinito, el sobrino de ese Simón, de ese maestro judío? Era un niño enfermo, pero muy guapo; el niño era católico, iba al colegio de los hermanos y debió de estar en la ceremonia de anoche, pues acababa de tomar su primera comunión… La verdad es que hay familias malditas.

Marcos escuchaba, pero indignado al mismo tiempo. Y, sin disimulos, exclamó:

—Conozco a Simón. Estuvo en la Escuela Normal conmigo, y sólo tiene dos años más que yo. No conozco cabeza más sólida ni corazón más tierno. A ese pobre niño, a ese sobrino católico, le recogió y le educaba en el colegio de los hermanos por un delicado escrúpulo de conciencia. ¡Es horrible la desgracia que le hiere!

Se había levantado. Temblando, añadió:

—Voy a verle… Quiero saber, quiero estar a su lado para consolarle en su pesar.

La señora de Duparque no escuchó más, pues empujaba hacia afuera a la señora de Berthereau y a Genoveva, dejándolas apenas tiempo para colocarse el sombrero. Acababa de extinguirse el ruido de la última campanada. Y corrieron hacia la iglesia, en el pesado silencio tempestuoso del barrio desierto. Después de haber confiado Luisita a Pelagia, Marcos salió a su vez.

La escuela primaria de Maillebois, completamente nueva y compuesta de dos pabellones, uno para los niños y otro para las niñas, se hallaba situada en la plaza de la República, frente al Ayuntamiento, asimismo nuevo y del mismo estilo. La calle Mayor, la carretera de Beaumont a Jonville, atravesando la plaza, separaba los dos

monumentos, de una blancura sorprendente, de los que el país se mostraba orgulloso. Esta calle Mayor, la calle mercantil, a la que daba también la fachada de la iglesia parroquial de San Martín, era populosa y estaba animada por un continuo tránsito de peatones y carruajes. Pero detrás de la escuela comenzaban el desierto y el silencio, y la hierba crecía entre las piedras del pavimento. Una calle, la calle Corta, en la que sólo estaban la casa abadía y la papelería que regentaban las señoras Milhomme, unía el soñoliento rincón de la plaza de la República con la plaza de los Capuchinos. De modo que Marcos sólo tenía que dar unos pasos.

Los dos patios de recreo daban a la calle Corta, separados por los dos estrechos jardines que habían plantado, uno para el maestro y otro para la maestra. Cuando recogió Simón a Ceferinito, pudo instalarlo en la planta baja del pabellón de los niños, en un cuartito estrecho situado en un ángulo del patio. El niño era sobrino de su mujer, Raquel Lehmann, y nieto de los Lehmann, pobres sastres judíos que ocupaban una casa obscura de la calle del Hoyo, la más miserable de Maillebois. El padre, Daniel Lehmann, quince años más joven que su hermano el sastre, mecánico de oficio, casó por amor con una huérfana católica, María Prunier, educada en las hermanas, y costurera. El matrimonio se adoraba, y cuando nació Ceferino no le bautizaron, no fue a ninguna religión, pues no habían querido el padre y la madre darse mutuamente el disgusto de entregarle a su respectivo Dios. Pero seis años más tarde vino la desgracia. Daniel murió, de muerte espantosa, en la fábrica, triturado por un engranaje, ante su mujer, que le llevaba la comida. Y María, aterrorizada, reconquistada por la religión de su juventud, viendo en el suceso un castigo del cielo, que la hería por haber amado a un judío, hizo bautizar a su hijo y le metió enseguida en la escuela de los hermanos. Lo peor era que el niño se encorvaba, iba tornándose giboso a causa de algún defecto hereditario, en el que la madre creyó sentir la implacable venganza divina que se mostraba inexorable porque ella no conseguía arrancarse del corazón la memoria adorada de su marido. Esta angustia, este obscuro combate, unido a su penoso trabajo de costura, acabó por matarla, cuando Ceferino, cumplidos los once años, iba a tomar la primera comunión. Y entonces Simón, a pesar de su pobreza, le recogió para que no cayese la carga sobre la familia de su mujer. Muy bueno y muy tolerante, se contentó con albergarle y mantenerlo, dejándole comulgar y acabar sus estudios en la vecina escuela de los hermanos.

El cuarto donde dormía Ceferino, una pequeña habitación de desahogo, muy bien arreglada para el niño, tenía una ventana que se abría casi al nivel del suelo, detrás de la escuela, en el rincón más solitario de la plaza. Aquella mañana, cuando el joven maestro auxiliar, Mignot, instalado en el primer piso, salía, a las siete, notó que la ventana se hallaba abierta de par en par. Mignot, aprovechando los primeros días de vacaciones, y como era un pescador apasionado, salía con sombrero de paja y americana de terliz, la caña a la espalda, para pescar en el Verpille, riachuelo que atraviesa el barrio industrial de Maillebois. Hijo de campesinos, ingresó en la Escuela Normal de Beaumont como hubiera podido ingresar en el Seminario, a fin de escapar

al trabajo de los campos. Era rubio, llevaba el pelo al rape y tenía la cara basta y picada de viruelas, lo que le daba un aspecto duro, sin que fuese malo en el fondo, sino más bien bueno, aunque deseoso de no perjudicarse en su carrera. A los veinticinco años tenía prisa en casarse, esperando, como en lo demás, ser lo que las circunstancias quisieran que fuese. La ventana de Ceferino, abierta de par en par aquella mañana, le llamó la atención de tal modo que se aproximó y echó una mirada al cuarto, aunque el hecho no tuviera en sí mismo nada de anormal, pues el pequeño acostumbraba a levantarse muy temprano.

Pero el estupor dejó clavado en el sitio a Mignot y el horror le hizo gritar:

—¡Dios mío! ¡Pobre niño!… ¡Dios mío!… ¿Qué es esto? ¡Qué desgracia más espantosa!…

El estrecho cuarto, tapizado con papel claro, conservaba su calma y su aspecto de infancia dichosa. Sobre la mesa había una estatuilla policromada de la Virgen, unos libros y estampas de santos arreglados y clasificados con cuidado. La camita blanca no estaba siquiera deshecha, pues el niño no se había acostado. En el suelo —único desorden— había una silla tirada. Y a los pies de la cama yacía el pobre cuerpo de Ceferino, en camisa, estrangulado, el rostro lívido, el cuello desnudo, conservando las huellas de los abominables dedos del asesino. La camisa, manchada, arrancada, medio rasgada, dejaba ver las flacas piernas, separadas violentamente, en una postura que no admitía dudas sobre el inmundo atentado. Y la espalda torcida mostraba también la pobre joroba, que el brazo izquierdo, echado sobre la cabeza, hacía resaltar. Pero aquella cabeza, a pesar de su palidez azulada, conservaba su delicioso encanto; era una cabeza de ángel rubio y rizado con una delicada cara de niña: ojos azules, nariz fina, boca pequeña y encantadora, adorables hoyitos en las mejillas cuando el niño reía cariñosamente…

Mignot, espantado, no cesaba de gritar su espanto.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué cosa más horrible! ¡Socorro! ¡Socorro!

La señorita Rouzaire, la maestra, acudió al oír tales gritos. Había bajado temprano a su jardín, a ver sus hortalizas, que se desarrollaban con las lluvias. Era una pelirroja de treinta y dos años, no guapa, alta, fuerte, mofletuda y pecosa, con grandes ojos grises y una boca descolorida bajo una nariz puntiaguda, que anunciaba una dureza ladina y avariciosa. Aunque fea, se decía que tuvo complacencias con el inspector de primera enseñanza, el lindo Mauraisin, lo que aseguraba su carrera. Por otra parte, se hallaba entregada al abate Quandieu, el párroco, a los capuchinos, a los propios hermanos, y conducía en persona a sus alumnas a la doctrina y a las ceremonias religiosas.

Cuando vio el horrible espectáculo, comenzó a gritar a su vez:

—¡Oh, Señor, ten piedad de nosotros!… ¡Es una matanza, una carnicería, una obra del diablo! ¡Oh, Dios mío, misericordioso!

Viendo a Mignot a punto de saltar por la ventana, se lo impidió.

—¡No, no, no entre! Hay que saber, hay que llamar…

Pero precisamente cuando se volvía buscando gente, vio al padre Filibín y al hermano Fulgencio que desembocaban por la calle Corta, viniendo de la plaza de los Capuchinos, donde Genoveva y «aquellas señoras» les vieron pasar. Los reconoció y alzó las manos al cielo, como si se le hubiese aparecido el mismo Dios.

—¡Padre, hermano, vengan, vengan pronto, que el demonio ha pasado por aquí!

Los dos religiosos se aproximaron y recibieron la horrible sacudida. Mientras el padre Filibín, enérgico y reflexivo, permanecía silencioso, el hermano Fulgencio, impulsivo, cediendo al constante deseo de manifestarse, se deshacía en exclamaciones.

—¡Pobre niño! ¡Qué crimen más execrable!… Un niño tan dócil, tan bueno, el mejor de nuestros alumnos, ¡tan fervorosamente devoto!… Hagamos algo, es necesario saber qué ha pasado, no podemos dejar las cosas así.

Y sin que la señorita Rouzaire se atreviera a protestar de nuevo, saltó el primero la ventana, seguido del padre Filibín, que al ver cerca del cuerpo una bola de papel formando una especie de tapón, fue sin vacilar a cogerla. La maestra, por miedo o por prudencia, no entró; hasta retuvo a Mignot un instante todavía. Lo que podían hacer ministros del Señor, tal vez no estaba bien que lo hicieran simples maestros. No obstante, mientras el hermano Fulgencio se agitaba alrededor de la víctima, sin tocarla, con nuevas exclamaciones tumultuosas, el padre Filibín, siempre silencioso, desenrollaba el tapón de papel y parecía examinarlo con cuidado. Volvía la espalda a la ventana, y sólo se veía el movimiento de los codos, sin distinguir nada de aquel papel, del que se oían los leves crujidos. Esto duró unos segundos. Y cuando Mignot saltaba a su vez al cuarto, vio que la pelota estaba hecha con un trozo de periódico y que dentro del trozo de periódico había una hoja estrecha, blanca, arrugada y sucia.

—¿Qué es eso?

El jesuita miró al auxiliar y, tranquilamente, con su voz grave y lenta, dijo:

—Es un número de «Le Petit Beaumontais», con fecha de ayer, 2 de agosto. Lo singular es que, arrugado con el periódico, se halla esta muestra de caligrafía… Vea usted…

Ya que Mignot la había visto, no tenía más remedio que enseñársela. Y la tenía entre sus dedos, no dejando ver más que las palabras «Amaos los unos a los otros», caligrafiadas en bonita letra inglesa. Agujeros y manchas convertían la muestra en un pingajo. El auxiliar no tuvo tiempo de echar sobre ella una mirada, pues junto a la ventana se oyeron nuevas exclamaciones de terror.

Era Marcos, que llegaba y a quien la vista de aquel pobre y lastimoso cuerpecito sublevaba de horror y de cólera. Sin escuchar las explicaciones de la maestra, la separó y saltó la ventana con ansia de comprender. La presencia de los dos religiosos le extrañó; poco después supo por el auxiliar que éste y la señorita Rouzaire les llamaron cuando pasaban, en el momento mismo de descubrir el crimen.

—No toquen nada, no muevan nada —exclamó Marcos—. Hay que ir enseguida a buscar al alcalde y a los gendarmes.

Comenzaba a agruparse gente; un joven se encargó de llevar el aviso, y salió corriendo mientras Marcos continuaba el examen del cuarto. Ante el cuerpo vio al hermano Fulgencio trastornado de piedad, con los ojos llenos de lágrimas, como hombre nervioso a quien las grandes emociones ponían fuera de sí. Le afectó esta actitud, pues él mismo estaba temblando de emoción ante los detalles que comprobaba, ante la naturaleza de los ultrajes, en los que se revelaba un sadismo innoble y solapado, la marca propia del violador y el asesino. Aquello le dio una fugaz certidumbre, que más tarde había de repetirse. Pero, por de pronto, aquella sensación se borró. Sólo vio al padre Filibín, sereno y consternado, que seguía conservando en la mano el número del periódico y el modelo de escritura. El jesuita se volvió de espaldas un instante, pero enseguida retornó a su posición.

—Tome usted —dijo a Marcos, enseñándole el trozo del periódico y el modelo de escritura—; lo he encontrado en el suelo, enrollado en forma de pelota. Es evidente que el asesino intentó meter este tapón en la boca del niño a fin de ahogar sus gritos. Al no conseguirlo, le habrá estrangulado… Vea usted el modelo, sucio de saliva, conserva huellas de los dientes del pobre pequeño… ¿No es verdad?… El tapón estaba ahí, junto a esa pata de la mesa. Usted la ha visto.

—Sí, sí —dijo el auxiliar—. Lo vi enseguida.

Cuando se acercó para examinar otra vez el modelo de escritura, tuvo un vago sentimiento de sorpresa al comprobar que en la parte derecha faltaba el ángulo superior, que estaba roto. Creyó que no se habría fijado en tal roto antes, cuando el jesuita le enseñó el papel. Sin duda Jo escondía entonces bajo sus grandes dedos, que sostenían la estrecha hoja. Su memoria se turbó, pues no sabía nada a ciencia cierta y era incapaz de afirmar el hecho.

Mientras tanto, Marcos cogió la muestra, que estudiaba, pensando en voz alta.

—Sí, sí, los dientes la han mordido… El indicio no será muy útil, pues esta clase de modelos se venden en todas las tiendas. La escritura litografiada es impersonal… ¡Pero aquí abajo hay una especie de firma, unas iniciales que no se distinguen bien!

El padre Filibín se acercó sin prisa.

—¿Cree usted que es una firma? A mí me ha parecido una mancha de tinta medio borrada por la saliva y por la dentellada que ha agujereado el papel al lado.

—Una mancha de tinta, ¡no! Son iniciales; pero, en efecto, ilegibles.

Luego Marcos se dio cuenta del desgarrón.

—Falta un trozo arriba. Sin duda otra dentellada. ¿Lo ha encontrado usted?

El padre Filibín contestó que no lo había buscado. Y desplegó de nuevo el número del periódico, que escudriñó cuidadosamente, mientras Mignot se agachaba y miraba por el suelo. No se descubrió nada. Bien es verdad que nadie dio importancia a la cosa. Marcos estaba de acuerdo con los eclesiásticos en que el asesino, aterrorizado, debió de estrangular al niño después de haber intentado vanamente ahogar sus gritos metiéndole en la boca la bola de papel. Lo extraordinario era el modelo de escritura metido en el periódico. Un número de «Le Petit Beaumontais»,

del día podía, desde luego, alojarse en cualquier bolsillo; pero ese modelo, ¿de dónde procedía y cómo se hallaba allí, arrugado, cual formando parte del periódico? Todas las hipótesis cabían. A la justicia tocaba abrir una información para establecer la verdad.

Marcos sentía pasar el soplo trágico, en la obscuridad del drama, como si de pronto se hubiera hecho noche cerrada.

—¡Ah! —murmuró involuntariamente—. ¡Es el monstruo en el fondo de su abismo de tinieblas!

Continuaba paseándose gente ante la ventana. Estaban allí las señoras de Milhomme, las viudas de la papelería vecina, que acudieron desde su tienda al ver el grupo. La viuda de Alejandro, alta, rubia, con aire de bondad, y la viuda de Eduardo, también alta, pero morena y ruda, se hallaban tanto más emocionadas, cuanto que Víctor, el hijo de la segunda, iba al colegio de los hermanos, mientras que Sebastián, el hijo de la primera, asistía al de Simón. Y escuchaban a la señorita Rouzaire que en medio de un grupo contaba pormenores, mientras llegaban el alcalde y los gendarmes.

—Anoche estuve en la capilla de los capuchinos, en la adoración del Santísimo Sacramento, que fue conmovedora, y el pobre Ceferino estaba allí, con unos cuantos camaradas del colegio, los que este año tomaron la primera comunión. Nos edificó a todos. Tenía el aspecto de un ángel.

—Mi hijo Víctor no fue, no tiene más que nueve años —dijo la viuda de Eduardo —. ¿Pero es que Ceferino fue solo? ¿No le acompañaba nadie?

—Desde aquí a la capilla hay sólo un paso —explicó la maestra—. Sé que el hermano Gorgias se encargó de acompañar a los niños cuyas familias no pudieron venir y que viven bastante lejos. Además, la señora de Simón me rogó que vigilase a Ceferino, y yo le traje aquí. Estaba muy contento. Abrió la ventana, que había entornado simplemente, y saltó para entrar en el cuarto, riendo, jugando, diciendo que eso era más cómodo. Aún permaneció allí un instante, esperando a que encendiera la bujía.

Marcos, que se había aproximado, escuchaba con atención.

—¿Qué hora era? —preguntó.

—Las diez en punto —contestó la señorita Rouzaire—. Estaban dando en San Martín.

La gente se estremecía. El detalle del pobre niño entrando de un salto en el cuarto en que iba a perecer tan trágicamente, enternecía los corazones. La viuda de Alejandro expresó con dulzura la reflexión que todos se hacían:

—No era muy prudente que este niño durmiera solo en una habitación aislada y abierta a la plaza. Debieran poner una barra por la noche tras las contraventanas.

—Las cerraba él —dijo la señorita Rouzaire.

Marcos intervino de nuevo.

—¿Las cerró anoche antes de marcharse usted?

—No, no puedo afirmarlo. Cuando le dejé para irme a mi casa, había encendido la bujía y colocaba estampas sobre la mesa, con la ventana abierta de par en par.

A su vez el auxiliar Mignot terció en la conversación.

—Esta ventana inquietaba al señor Simón. Hubiera querido poder dar otra habitación al pequeño. Le recomendaba con frecuencia que cerrase bien las contraventanas, aunque creo que el niño no le hacía mucho caso.

También los dos religiosos se habían decidido a salir del cuarto. El padre Filibín, después de haber dejado sobre la mesa el número de «Le Petit Beaumontais» y el modelo de escritura, guardaba silencio, mirando, escuchando, siguiendo, sobre todo, con mucha atención cada palabra, cada gesto de Marcos; mientras que el hermano Fulgencio continuaba deshaciéndose en lamentaciones, el jesuita, que parecía leer en los ojos del joven maestro, acabó por decir:

—Así, pues, ¿cree usted que haya podido ser un vagabundo que, viendo al niño solo en esta habitación, se habrá introducido por la ventana?

Marcos tuvo la prudencia de no dar su opinión.

—No creo nada. Buscar y encontrar al culpable es cosa de la justicia… Además, la cama no está deshecha; el niño en camisa, iba, seguramente, a acostarse, y eso parece indicar que el crimen ha debido cometerse muy poco después de las diez. Ponga usted que el niño se haya entretenido un cuarto de hora, media hora a lo sumo, con sus estampas. Además, al ver a un desconocido penetrar violentamente en su habitación, habría gritado, y, ciertamente, le hubieran oído. ¿Oyó usted algo, señorita?

—No, nada —contestó la maestra—. Me acosté a eso de las diez y media. El barrio estaba muy tranquilo. Me desperté a la una de la mañana a causa de la tormenta. Antes, no.

—La bujía se ha gastado muy poco —hizo observar aún Mignot—. La apagaría el asesino seguramente al salir por la ventana, que dejaría abierta de par en par, tal como la han encontrado hace un momento.

Esta observación, que apoyaba, en cierto modo, la versión del vagabundo arrojándose violentamente y estrangulando a su víctima, cayó sobre el asombro temeroso del grupito que allí se había estacionado. Nadie quería comprometerse: cada cual guardaba sus reflexiones sobre las imposibilidades y las inverosimilitudes. Luego, como el alcalde y los gendarmes se hacían esperar, el padre Filibín preguntó, tras un momento de silencio:

—¿No está el señor Simón en Maillebois?

En el aturdimiento por la impresión recibida, de la que no podía desembarazarse, Mignot le miraba asustado. Fue preciso que el mismo Marcos se extrañara.

—Simón está seguramente en su casa. ¿Es que no le han avisado?

—¡No, a fe mía! —exclamó el auxiliar—. ¡No sé dónde tengo la cabeza!… El señor Simón tuvo que asistir anoche a un banquete en Beaumont; pero, desde luego,

habrá vuelto esta noche. Su mujer se encuentra un poco enferma, y deben estar aún en la cama.

Eran ya las siete y media, pero las nubes estaban tan cargadas y permanecían tan bajas, que en aquel rincón solitario parecía que alboreaba. El auxiliar se decidió y fue a buscar a Simón. ¡Bonito despertar, se decía, pensando en la desagradable misión que iba a llevar cerca de su director!

Simón era hijo de un pobre relojero judío de Beaumont y tenía un hermano, David, tres años mayor que él. Acababa de cumplir quince años y su hermano dieciocho cuando su padre, arrumado a causa de unos procesos, murió de brusca congestión. Tres años después, su madre se extinguía a su vez, en medio de una gran penuria. Simón acababa de entrar en la Escuela Normal, mientras que su hermano David tomó el partido de sentar plaza. Salido de la Escuela con un buen número, se quedó de maestro auxiliar en Derbecourt, un pueblo grande cercano, durante más de diez años. Allí fue donde, a los veintiséis años, se casó, muy enamorado, con Raquel Lehmann, Ja hija del sastre de la calle del Hoyo, que tenía en Maillebois buenos clientes. Raquel era de una gran belleza, morena, de cabellos magníficos y grandes ojos acariciadores… Su marido la adoraba y la hacía objeto de un culto apasionado. Ya les habían nacido dos niños: un muchacho de cuatro años, José, y una nena de dos, Sara. En su certificado de aptitud pedagógica Simón se mostraba muy orgulloso de ser, a los treinta y dos años, maestro titular de Maillebois, donde estaba desde hacía dos años, raro ejemplar de carrera rápida entre los maestros del país.

Marcos, que no quería a los judíos por una especie de repugnancia y desconfianza atávicas, cuyas causas jamás tuvo la curiosidad de analizar a pesar de su gran independencia de espíritu, guardaba no obstante de Simón, a quien tuteaba, un amistoso recuerdo desde su estancia en la Escuela Normal. Decía de él que era muy inteligente, muy buen maestro y muy penetrado de sus deberes. Pero le encontraba demasiado meticuloso, demasiado apegado a la letra, esclavo del reglamento, plegado a la estrecha disciplina, siempre atormentado por el miedo de merecer una mala nota y de no satisfacer a sus jefes. Comprobaba en él el terror y la humildad de raza, efecto de la persecución de tantos siglos siempre viviendo en continua angustia por el ultraje y la iniquidad. Además, Simón tenía razones para ser prudente, pues su nombramiento para Maillebois, para la pequeña población clerical, en la que había una escuela de los hermanos y una poderosa comunidad de capuchinos, había constituido casi un escándalo. Se hacía perdonar su condición de judío gracias a su extremada corrección y, sobre todo, a un fogoso patriotismo, que le llevaba a exaltar en clase a Francia en armas, señalándola gloriosa y dueña del mundo.

De pronto apareció Simón, acompañado de Mignot. Pequeño, delgado y nervioso, tenía el pelo rojo y corto y la barba escasa. Sus ojos, azules, eran dulces; la boca fina bajo la nariz, propia de la raza, grande y delgada; pero su fisonomía era, en conjunto, desagradable, vaga, borrosa, de mal aspecto. En aquel momento estaba de tal modo

trastornado por la espantosa noticia, que parecía borracho: tropezaba, balbuceaba, le temblaban las manos.

—¿Es posible, Dios mío? ¡Qué monstruosidad! ¡Qué atrocidad!

Cuando se halló ante la ventana, quedó como anonadado, fija la mirada en aquel cuerpecito, no acertando a hablar, estremecido todo su ser con un temblor involuntario. La gente que había allí, los dos religiosos, las señoras de la papelería, la maestra, le miraban en silencio, extrañándose de que no llorase.

Fue preciso que Marcos, apiadado, le cogiera las manos y le abrazara.

—¡Ea, camarada, hay que tener valor! ¡Necesitas de todas tus fuerzas!

Pero, sin escucharle, Simón se volvió hacia el auxiliar.

—Le ruego, Mignot, que vuelva adonde está mi mujer. No quiero que vea esto. Quería mucho a su sobrino, y está demasiado delicada para soportar este horrible espectáculo.

Después de marcharse el joven, continuó con voz entrecortada:

—¡Qué despertar! ¡Para una vez que se nos habían pegado las sábanas! Mi querida Raquel dormía, y no queriendo turbar su descanso, yo permanecía cerca de ella, con los ojos abiertos, pensando, soñando en las alegrías de nuestras vacaciones… Anoche la desperté al entrar, y no volvió a dormirse antes de las tres de la mañana, alterada por la tormenta.

—¿A qué hora volviste? —preguntó Marcos.

—A las doce menos veinticinco, exactamente. Mi mujer me preguntó la hora y hube de mirar el reloj.

La señorita Rouzaire pareció sorprendida, e hizo en voz alta esta reflexión:

—¡Pero si a esa hora no llega ningún tren de Beaumont!

—No he vuelto en ferrocarril —explicó Simón—. El banquete se prolongó, perdí el tren de las diez y media y me decidí a recorrer los seis kilómetros a pie, a fin de no tener que esperar el tren de las doce… Estaba impaciente por volver al lado de mi mujer.

El padre Filibín seguía callado, con aspecto tranquilo: pero el hermano Fulgencio no pudo contenerse más y lanzó unas preguntas.

—Las doce menos veinte. A esa hora ya debió de estar consumado el crimen. ¿Y no vio usted nada? ¿No oyó usted nada?

—Nada absolutamente. La plaza estaba desierta; la tempestad se oía ya a lo lejos… Entré sin encontrar alma viviente. La casa estaba sumida en profundo silencio.

—¿No tuvo usted idea de ir a ver si el pobre Ceferino había vuelto ya de la capilla, si dormía? ¿No le iba a ver usted todas las noches?

—No. El pobre niño era ya un hombrecito muy formal y le dejábamos la mayor libertad posible. Además, todo parecía tan tranquilo que no podía pensar en molestarle en su sueño. Subí directamente a nuestra alcoba haciendo el menor ruido

posible. Besé a los niños, que dormían, y me acosté enseguida, feliz por encontrar a mi mujer algo mejor. Estuve hablando quedo con ella.

El padre Filibín tuvo un ademán de asentimiento, y dijo luego:

—Evidentemente, todo esto se explica muy bien.

Y las personas presentes parecieron convencidas. La versión del vagabundo dando el golpe hacia las diez y media, entrando y saliendo por la ventana, parecía cada vez más consistente, Lo que contaba Simón confirmaba los datos aportados por la señorita Rouzaire. Y las señoras de Milhomme, las papeleras vecinas, hasta pretendían haber visto después del anochecer a un hombre de mala catadura rondando por la plaza.

—¡Hay tanta gente mala por los caminos! —concluyó el padre jesuita—. Confiemos en que la policía capturará al asesino, aunque la tarea no se presente fácil.

Sólo Marcos sentía incertidumbre y desasosiego. Aunque fue el primero que concibió la idea de un desconocido lanzándose sobre Ceferino, enseguida comprendió su inverosimilitud. ¿No era más admisible que el hombre conocía al niño y que hablara antes con él, halagándole y tranquilizándole? Luego debió de llegar la brusca y abominable tentación, la lucha desesperada, los gritos sofocados, la violación, el asesinato por miedo. Pero todo ello estaba tan confuso, que Marcos, después de haber tenido una intuición rápida, había caído en las tinieblas, en los forcejeos anhelantes de hipótesis contradictorias. Se contentó con decir a Simón, para acabar de tranquilizarle:

—Todos los testimonios están de acuerdo; pronto se sabrá la verdad.

Al fin, cuando volvía Mignot después de haber decidido a la señora de Simón a no moverse de su cuarto, llegó Darras, el alcalde, acompañado de tres gendarmes. Darras, un contratista de obras en camino de hacer una bonita fortuna, era grueso, tenía cuarenta y dos años, la faz redonda y sonrosada, el pelo rubio y corto e iba afeitado. Mandó cerrar la ventana inmediatamente y puso dos gendarmes ante ella, mientras por el corredor interior el tercero iba a guardar la puerta del cuarto, cerrada sólo con el pestillo. Ceferino jamás la cerraba con llave. Desde aquel momento hubo la consigna severa de que no se tocase nada, de que ni siquiera se aproximase nadie al teatro del crimen. El alcalde había telegrafiado enseguida a Beaumont a la justicia, y esperaba a los magistrados, que, seguramente, llegarían en el primer tren. Como el padre Filibín y el hermano Fulgencio hablaran de sus quehaceres refiriéndose a la distribución de premios de por la tarde, que les tenía ocupados, Darras les aconsejó que despacharan pronto y volvieran, pues seguramente el fiscal les interrogaría acerca del número de «Le Petit Beaumontais» y del modelo de escritura hallados cerca del cuerpo. Y mientras en la plaza los dos gendarmes apenas podían contener a la multitud, siempre en aumento, violenta, que daba gritos de muerte, Simón entró y esperó con Darras, Marcos, la señorita Rouzaire y Mignot, en el espacioso salón de clase, en el que penetraba el sol por la inmensa ventana que daba al patio de recreo.

Eran las ocho, y cayó un fuerte aguacero, tres el cual el cielo se aclaró, quedando un día magnífico. Hasta las nueve no llegó el Juzgado. Acudió en persona el fiscal, Raúl de la Bissonnière, acompañado del juez de instrucción, Daix, los dos emocionados por la magnitud del crimen y previendo un asunto ruidoso. Pequeño y vivaracho, moreno, de cara aniñada encuadrada en unas patillas correctas, la Bissonnière, excesivamente ambicioso, no sabía contentarse, a los cuarenta y cinco años, con su rápida carrera, y esperaba siempre algún proceso resonante que le lanzase a París, donde se prometía alcanzar una alta situación gracias a su habilidad y tacto, así como a su respecto complaciente hacia el poder, fuera éste el que fuese. Al contrario, Daix, alto y magro, con su cara afilada como un cuchillo, era un juez de instrucción meticuloso, entregado por completo a su deber profesional, inquieto y tímido, a quien su mujer, fea, coqueta y gastadora, asustaba y desolaba con su dureza en reprocharle su falta de ambición. Los dos bajaron a la escuela y quisieron ir al cuarto del muchacho y proceder al reconocimiento del lugar antes de tomar declaración alguna.

Los acompañaron Simón y Darras, mientras Marcos, la señorita Rouzaire y Mignot se quedaban esperando en el salón, donde, a poco, se les unieron el padre Filibín y el hermano Fulgencio. Cuando reaparecieron el juez y el fiscal, se habían enterado de todas las condiciones materiales del crimen, de los menores detalles ya conocidos. Llevaban con ellos el número de «Le Petit Beaumontais», y el modelo de escritura, a lo que parecía daban una importancia extraordinaria. Enseguida, sentándose a la mesa del maestro, examinaron las dos piezas y las discutieron, mostrando sobre todo el modelo a los maestros, Simón y Marcos, así como a la maestra y a los religiosos. Pero lo hacían a título de información, pues no había actuario que extendiese las declaraciones.

—Estos modelos —contestó Marcos— son de uso corriente en todas las escuelas, lo mismo en las laicas que en las religiosas.

—Es verdad —confirmó el hermano Fulgencio—. Se encontrarían iguales en nuestro colegio, lo mismo que deben existir aquí.

La Bissonnière quiso precisar.

—Pero —preguntó a Simón—, ¿se acuerda usted de haber entregado éste a sus discípulos? «Amaos los unos a los otros»: eso tenía que haberle llamado la atención.

—Este modelo no se ha utilizado jamás en mi clase —contestó contundentemente Simón—. Como usted dice muy bien, lo recordaría.

Al hacer el fiscal la misma pregunta al hermano Fulgencio, éste manifestó al principio una ligera vacilación.

—Hay tres hermanos conmigo: los hermanos Isidoro, Lázaro y Gorgias, y me es difícil afirmar nada.

Y luego añadió, en medio del gran silencio que se produjo:

—No, no; ese modelo jamás ha existido en nuestra escuela; habría pasado por mi vista.

El Juzgado no insistió, reservándose y hasta con deseos de no poner más de relieve el interés que atribuían a la pieza. Manifestaron, sin embargo, su sorpresa por no haber encontrado el trozo que faltaba en una punta.

—¿No suele ponerse a veces en una esquina de los modelos de escritura el sello de la escuela?

—Sí —contestó el hermano Fulgencio.

Pero Marcos exclamó:

—En lo que a mí se refiere, jamás he sellado un modelo de escritura. Entre nosotros no se acostumbra.

—Perdón —declaró Simón con gran tranquilidad—. Tengo aquí modelos sobre los que se encontrará el sello. Pero lo pongo abajo, en este sitio.

Ante la perplejidad visible de los magistrados, el padre Filibín, mudo y atento hasta entonces, se permitió una ligera sonrisa.

—Eso prueba cuán difícil es establecer la verdad —dijo—. Vea usted, señor fiscal, lo que sucede con el borrón que está examinando usted. Ya se ha querido ver en él vagas iniciales, una especie de firma. Yo creo más bien que sólo es un borrón que un alumno ha querido quitar con el dedo.

—¿Es costumbre —preguntó Daix de nuevo— que los maestros rubriquen los modelos?

—Sí —confesó aún el hermano Fulgencio—. Nosotros lo hacemos.

—No —exclamaron al mismo tiempo Simón y Marcos—; en las escuelas municipales no los rubricamos.

—Se equivocan ustedes —dijo la señorita Rouzaire—. Si bien no sello los modelos, a veces pongo en ellos mis iniciales.

La Bissonnière cortó la discusión con un ademán, pues sabía por experiencia a qué confusión se llega en estas cuestiones secundarias de las costumbres de cada cual. Durante la instrucción del sumario se estudiaría tan grave pieza, la punta de papel desaparecida, la probabilidad del sello y de la rúbrica. Se contentó ahora con que le contasen los testigos el descubrimiento del crimen. Mignot rehirió que le había llamado la atención la ventana abierta de par en par, y que dio voces al ver al cuerpecito tan atrozmente violentado. La señorita Rouzaire explicó cómo había acudido, y dio detalles acerca de la ceremonia de la víspera y de cómo había llevado a Ceferino hasta la ventana, por la que el niño entró saltando. El padre Filibín y el hermano Fulgencio, a su vez, explicaron la casualidad que les había hecho intervenir en el drama, describiendo el estado en que encontraron el cuarto e indicando el sitio exacto en que estaba la bola de papel, que sólo se permitieron desplegar, nada más que desplegar, antes de ponerla sobre la mesa. Marcos también indicó las observaciones que hizo cuando llegó después que los demás.

Entonces, la Bissonnière, volviéndose hacia Simón, le interrogó.

—Nos ha dicho usted que volvió a las doce menos veinte y que le pareció que la casa estaba muy tranquila. Su señora dormía…

Pero Daix se permitió interrumpir.

—¿No le parece a usted, señor fiscal, que convendría que la señora de Simón estuviera presente? ¿No podría bajar un momento?

La Bissonnière asintió con un gesto, y Simón subió a buscar a su mujer, que apareció enseguida con él.

Con su sencillo peinador de tela cruda, estaba Raquel tan guapa, que su entrada en medio del silencio produjo una ligera emoción de admirativa simpatía. Era la belleza judía en flor, una cara de óvalo delicioso, una admirable cabellera negra, un tono de cutis dorado, grandes ojos acariciadores, una boca roja con dientes brillantes y puros. Se la adivinaba todo amor, un poco indolente, encerrada en su casa con su marido y sus hijos, como la mujer oriental en su estrecho jardín secreto. Simón cerraba la puerta cuando los dos niños, José y Sara, de cuatro y dos años, respectivamente, fuertes y magníficos, irrumpieron en la estancia, a pesar de que les habían prohibido bajar, y fueron a refugiarse en las faldas de su madre. Los magistrados indicaron que se les dejase estar.

La Bissonnière, galante, admirado de tanta belleza, aflautó la voz para preguntar:

—Señora, ¿eran las doce menos veinte cuando volvió a casa su marido?

—Sí, señor, mi marido miró el reloj. Luego se acostó, y conversábamos aún a media voz, con la luz apagada para no despertar a los niños, cuando dieron las doce.

—Pero usted, señora, antes de la llegada de su marido, entre las diez y media y las once y media, ¿no oyó nada: pasos, voces, ruidos de lucha, gritos ahogados?

—No, señor; absolutamente nada. Dormía. Me despertó mi marido al entrar en la alcoba… Como me había dejado algo delicada, se mostraba tan contento por hallarme restablecida, reía y jugaba tan alegremente al abrazarme, que tuve que obligarle a contenerse por miedo a molestar a los demás: tan grande era el silencio a nuestro alrededor. ¡Quién nos había de decir que había caído sobre la casa tan terrible desgracia!

Estaba transformada y le corrían las lágrimas por las mejillas, mientras se volvía hacia su marido buscando ayuda y consuelo. Y Simón, llorando al verla llorar, y olvidando dónde estaba, la estrechó apasionadamente entre sus brazos y la besó en un arranque de ternura infinita. Los niños alzaban sus cabezas inquietas. Fue un instante de emoción profunda y de compasiva bondad.

—Me sorprendió un poco el momento en que volvió mi marido, porque a aquella hora no llega ningún tren —añadió la señora de Simón—. Ya en la cama, me explico mi marido lo sucedido.

—Si —dijo Simón—. No pude excusarme de ir a ese banquete, y me contrarió tanto, al llegar a la estación, ver partir el tren de las diez y media, que, no queriendo esperar al tren de las doce, tomé el camino a pie enseguida. Seis kilómetros no es gran cosa. Hacía una noche muy buena, muy calurosa… Hacia la una, cuando estalló la tempestad, contaba aún a mi mujer lo que me pasó durante la noche, hablando con

ella en voz baja, porque no podía dormirse. Es lo que nos ha retenido esta mañana en la cama, cuando la horrible muerte estaba en nuestra casa.

Y como Raquel comenzaba de nuevo a llorar, la abrazó otra vez, como amante y como padre.

—Vamos, querida, tranquilízate; hemos amado al pobre niño con todo nuestro corazón, le tratamos como hijo nuestro y nuestra conciencia nada nos reprocha en esta abominable catástrofe.

Tal era la opinión de las personas presentes. El alcalde, Darras, testimoniaba gran estima al maestro, al que sabía muy celoso de sus deberes y muy honrado. Mignot y la señorita Rouzaire, aunque no querían mucho a los judíos, estaban de acuerdo en que Simón se esforzaba en hacerse perdonar su origen observando una conducta irreprochable. Faltaban el padre Filibín y el hermano Fulgencio, que ante el sentimiento entonces general se mostraban neutros, como inhibiéndose, silenciosos, mirando con su vista aguda, registrando los seres y las cosas. Y los magistrados, ya en plenas tinieblas, con la única hipótesis de un desconocido que entró y salió por la ventana, tuvieron que contentarse con aquellas primeras investigaciones. Sólo se encontraba fuera de dudas la hora del crimen: de diez y media a once; en cuanto al crimen mismo, inmundo y feroz, huía a esconderse entre monstruosas tinieblas.

Marcos, dejando a las autoridades ultimar ciertos detalles, se fue a almorzar después de haber abrazado fraternalmente a Simón. Nada le sorprendió la escena entre marido y mujer, pues sabía que se adoraban. Pero se le humedecieron los ojos, conmovido profundamente por tanto amor y dolorosa bondad. Iban a dar las doce en San Martín cuando llegó a la plaza, tan llena de gente, pues la concurrencia seguía aumentando, que le fue difícil abrirse camino. A medida que la noticia del crimen se extendía, llegaba gente de todas partes, apretujándose ante la ventana cerrada, que los gendarmes apenas podían defender; los relatos que corrían de boca en boca, desfigurados, exagerados, atroces, concitaban la cólera y hacían cundir la protesta. Cuando Marcos pudo, al fin, verse libre, le abordó un cura:

—¿Sale usted de la escuela, señor Froment? ¿Son ciertos todos esos horribles detalles?

Era el cura Quandieu, párroco de San Martín, un hombre de cuarenta y tres años, alto y robusto, pero de rostro apacible y bondadoso; los ojos, de un azul muy claro; las mejillas, redondas, y la barba, fina. Marcos le conoció en casa de la señora de Duparque, de quien era confesor y amigo. Y, aun no estimando a los curas, sentía por éste cierto aprecio, pues le sabía totalmente de espíritu razonable, aunque mejor dotado de sentimientos que de verdadera inteligencia.

En pocas palabras Marcos dio a conocer los hechos, que eran por sí de sobra monstruosos.

—¡Pobre señora Simón! —repuso el cura con voz compasiva—. ¡Qué pena debe de tener! Quería mucho a su sobrino y se portaba con él muy bien. Lo sé perfectamente.

Este testimonio tan espontáneo agradó a Marcos, que siguió un momento hablando con el cura. Pero se aproximó un fraile capuchino, el padre Teodosio, superior de la pequeña comunidad que tenía a su cargo la capilla vecina. Hombre arrogante, con bello rostro de grandes ojos ardientes, al que una admirable barba negra tornaba majestuoso, era confesor reputado y orador místico, cuya voz cálida atraía a los devotos. Aunque en sorda guerra con el cura Quandieu, afectaba ante él una actitud deferente de hervidor de Dios más joven y más humilde. Enseguida expresó su emoción, su dolor: ¡pobre niño! La víspera se fijó en él en la capilla, tan viva era su devoción. ¡Un verdadero ángel del cielo, con su admirable cabeza rubia y rizada de querubín! Marcos se apresuró a despedirse a las primeras palabras del padre Teodosio, que le inspiraba una desconfianza y una antipatía invencibles. Y se dirigía de nuevo a su casa a almorzar, cuando se detuvo otra vez al posarse amistosamente una mano en su hombro.

—¡Hola, Férou! ¿Usted en Maillebois?

Férou era el maestro de Moreux, a cuatro kilómetros de Jonville, pequeño pueblecito aislado que ni siquiera tenía cura y en el que decía misa el párroco de Jonville, Cognasse. Férou llevaba una negra vida de miseria con su mujer y sus tres hijas.

Era un inocentón de treinta años, desgarbado, cuyos trajes parecían siempre demasiado cortos. Sobre su cabeza larga y huesuda, su nariz encorvada, su boca grande y su barbilla saliente, sus cabellos negros se erizaban en remolinos. No sabía qué hacer de sus grandes pies y de sus manazas.

—Ya sabe usted —contestó— que una tía de mi mujer tiene una tienda de comestibles en Maillebois. Pues hemos venido a verla. Pero ¡qué ignominia lo de ese niño, ese pobre jorobadito violado y estrangulado! ¡He aquí una historia que va a permitir a la clerigalla cargar contra nosotros, los corruptores, los envenenadores de la escuela laica!

Marcos le tenía por un muchacho muy inteligente, que había leído mucho, pero agriado por su estrecha vida de privaciones, sumido en amargura violenta, lanzado a las ideas extremas de reivindicación y desquite. No obstante, le turbó la energía de aquella exclamación.

—¿Cómo han de echarse sobre nosotros? —preguntó—. No veo la relación que podamos tener con eso.

—¿Que no? Es usted un ingenuo. No conoce a esa gente. Verá cómo se mueven todos los ensotanados, todos los buenos padres y los queridos hermanos… ¿Acaso no han insinuado ya que el propio Simón violó y estranguló a su sobrino?

Marcos se incomodó. Férou iba, en verdad, demasiado lejos en su odio a la Iglesia.

—¿Está usted loco? Nadie sospecha, no se atrevería nadie a sospechar de Simón ni un segundo. Todos hacen justicia a su honradez, a su bondad. El cura Quandieu

acaba de decirme que tiene la prueba de su conducta paternal respecto a la triste víctima.

Una risa convulsiva agitó el cuerpo grande y flaco de Férou. Sus cabellos se agitaron aún más sobre su larga cabeza equina.

—¡Es usted muy gracioso! ¡Cree que van a tener consideraciones a un perro judío! ¿Es que un perro judío se hace acreedor a la verdad? Quandieu y toda la banda dirán lo que haya que decir, si es necesario que el perro judío resulte culpable, gracias a la complicidad de todos nosotros, los sin Dios y los sin patria, que corrompemos a la juventud francesa.

Y como Marcos, sin conmoverse, seguía protestando, continuó con más vehemencia:

—Vamos a ver… Bien sabe usted lo que pasa en Moreux. Me muero de hambre, me veo despreciado, situado más bajo que el miserable peón caminero que machaca piedra en la carretera. Si cuando el cura Cognasse viene a decir misa tropezase conmigo, sería capaz de escupirme. Por no haber querido cantar al facistol y tocar la campana, no tengo pan todos los días. Ya conoce usted al cura Cognasse. Usted en Jonville le ha domado un poco desde que tiene con usted al alcalde; pero, de todos modos, está en guerra con él y le devoraría si usted se dejase… El maestro es el burro de carga, el criado de todo el mundo, el extraño, el señorito frustrado del que desconfían los campesinos y al que los curas quemarían para instalar en todo el país el reinado único del catecismo.

Con amargura continuó cantando las miserias y los sufrimientos de los réprobos de la enseñanza primaria, como él los llamaba. Hijo de un pastor, después de lograr éxitos en su escuela de la aldea y salir más tarde de la Escuela Normal con notas excelentes, sufrió constantemente por su falta absoluta de dinero, pues por honradez se permitió la tontería de casarse con la criada de una tienda, tan pobre como él, a la que antes había embarazado siendo simple maestro auxiliar en Maillebois. ¿Pero es que al propio Marcos, cuya mujer tenía una abuela que le hacía continuos regalos, era mucho más afortunado en Jonville, amenazado siempre de deudas, en continua lucha con el cura para mantener su dignidad y su independencia? Afortunadamente, estaba secundado por la maestra de la escuela de niñas, la señorita Mazeline, sólida inteligencia, corazón firme, que le ayudó a conquistar poco a poco al Ayuntamiento y al pueblo entero. El ejemplo era tal vez único en el departamento y subsistía gracias a circunstancias propicias. ¿No completaba el cuadro lo que pasaba en Maillebois? La señorita Rouzaire, entregada a curas y frailes, robando horas a las lecciones para conducir a sus discípulos a la iglesia, llenaba tan bien él papel embrutecedor de las monjas, que las congregaciones juzgaron inútil instalar en Maillebois una escuela para niñas. Y el pobre Simón, que, ciertamente, era un hombre honrado, pero que, por miedo a que le tratasen de perro judío, contemporizaba con todo el mundo, dejaba ir a su sobrino a la escuela de los frailes y se inclinaba ante la clerigalla de que el país estaba envenenado.

—¡Un perro judío! —concluyó Férou violentamente—. ¡No es ni será más que un perro judío! ¡Maestro y judío, es el colmo!… ¡Ya verá, ya verá!…

Y se perdió entre la multitud, con gestos impetuosos que sacudían su desgarbado corpachón.

Marcos permaneció al borde de la acera, encogiéndose de hombros, juzgándole medio loco, pues, en realidad, el cuadro que le pintó le parecía muy exagerado. ¿Para qué replicar a aquel buen hombre, cuya mala suerte acabaría por trastornarle? Volvió a encaminarse hacia la plaza de los Capuchinos, pensando, no obstante, en todo lo que acababa de oír e invadido de cierta inquietud.

Eran las doce y cuarto cuando Marcos entró en la casita de la plaza de los Capuchinos. Hacía un cuarto de hora que «aquellas señoras» y Genoveva le esperaban en el comedor ante la mesa servida. Este nuevo retraso puso fuera de sí a la señora de Duparque. No dijo nada, pero la manera brusca de sentarse, desplegando nerviosamente la servilleta, decía cuán culpable le parecía aquella falta de exactitud.

—Perdonen ustedes —explicó el joven—. He tenido que esperar al juzgado, y había tanta gente en la plaza, que no se podía pasar.

A pesar de su propósito de callar, la abuela exclamo:

—¡Espero que no se ocupará usted de esa abominable historia!

—Desde luego —contestó él sencillamente—, yo también lo espero. A menos que sea mi deber hacerlo.

Y después de servir Pelagia una tortilla y luego file tes de carnero a la parrilla con puré de patatas, contó lo que sabía, dando todos los detalles. Genoveva le escuchaba temblando de horror y de lástima, mientras su madre, la señora de Berthereau, muy emocionada también, retenía las lágrimas, lanzando furtivas miradas sobre la señora de Duparque, como para saber hasta dónde debía llegar su enternecimiento. Pero ésta había caído en su muda reprobación de todo lo que le parecía contrario a las buenas normas. Comía reposadamente. Y terminó por decir:

—Recuerdo perfectamente que cuando yo era joven desapareció un niño de Beaumont. Le encontraron bajo el pórtico de San Magencio, descuartizado; sólo le faltaba el corazón… Y se acusó a los judíos de haber necesitado el corazón para el pan ácimo de su Pascua…

Marcos la miró estupefacto.

—Usted no habla seriamente, abuela; usted no puede creer esas infames estupideces.

Ella volvió hacia él sus ojos fríos y claros y, sin contestar de manera directa, dijo:

—Es simplemente un viejo recuerdo que ha venido a mi memoria… No acuso a nadie, desde luego…

Pero Pelagia, que llegaba con los postres, se atrevió a mezclarse en la conversación con su familiaridad de criada antigua:

—La señora tiene razón de no acusar a nadie, y los demás deberían hacer lo que la señora. El barrio está revuelto desde ese crimen; no se tiene idea de las horribles

historias que circulan. Acabo de oír gritar a un obrero que era preciso quemar la escuela de los hermanos.

Tras estas palabras reinó el silencio. Marcos, sorprendido, hizo un vivo ademán, que reprimió enseguida, como hombre que juzga preferible guardar para sí sus reflexiones. Y Pelagia pudo agregar:

—La señora me permitirá asistir esta tarde al reparto de premios. ¿Verdad? Creo que a mi sobrino Polidoro no le habrá correspondido ninguno, pero me agradaría de todos modos estar allí. ¡Pobres hermanos! ¡Para ellos no va a ser muy divertida la fiesta el día en que les han matado uno de sus mejores alumnos!

La señora de Duparque le dio permiso con un gesto, y se habló de otra cosa. El almuerzo terminó algo más alegre, gracias a las risas de Luisita, que miraba asombrada los rostros trastornados de su padre y de su madre, tan claros, tan sonrientes de ordinario. Se aflojó la tirantez, y la familia conversó un instante con cordial intimidad.

Por la tarde, la distribución de los premios en la escuela de los hermanos produjo gran emoción. Jamás había asistido tanta gente. Por de pronto, el hecho de que estuviera presidida por el padre Filibín, el prefecto de estudios en el colegio de Valmarie, le daba una brillantez especial. El rector de aquel colegio, el padre Crabot, jesuita famoso por su influencia en la alta sociedad, y la omnipotencia que se le atribuía en los acontecimientos contemporáneos, estaba también allí, deseoso de dar a los hermanos testimonio público de su estima. Además asistía un diputado reaccionario del departamento, el conde Héctor de Sangleboeuf, castellano de la Désirade, una admirable finca de las cercanías, que su mujer, hija del gran banquero judío el barón Nathan, le llevó como dote, junto con algunos millones. Pero lo que sobre todo exaltaba los ánimos, lo que llenaba de una multitud agitada la plaza de los Capuchinos, tan desierta y tan tranquila de ordinario, era el monstruoso crimen descubierto por la mañana: aquel pobre niño, aquel alumno de los hermanos violentado y estrangulado. Parecía que estuviera presente; sólo a él se veía en el patio sombreado donde se levantaba el estrado ante las apretadas filas de sillas, mientras el padre Filibín hacía el elogio del establecimiento, de su director —el muy distinguido hermano Fulgencio— y de sus tres auxiliares, los hermanos Isidoro, Lázaro y Gorgias. Este estado de ánimo se acentuó aún cuando este último, un hombre flaco y nudoso, con la frente estrecha y dura bajo sus negros cabellos encrespados, con una nariz de pico de águila entre pómulos salientes, con gruesos labios que dejaban ver unos dientes de lobo, se levantó para leer la lista de premios. Ceferino era el mejor alumno de su clase, de la que se había llevado todos los premios. Y su nombre se repetía sin cesar. Y el hermano Gorgias, con su larga sotana negra y con la mancha blanca del alzacuello, tenía una manera tan lúgubre y lenta de pronunciar aquel nombre, que cada vez que lo hacía recorría por la multitud un escalofrío mayor. Cada vez parecía levantarse el pobrecito muerto al llamamiento, para ir a recibir una corona y un libro de cortes dorados. Las coronas y los libros se amontonaban sobre la

mesa; nada más conmovedor que el silencio y el vacío en que caían tantas recompensas al niño modelo tan trágicamente desaparecido, cuyo triste cuerpo, torturado y profanado, yacía unas cuantas casas más allá. Bien pronto la emoción de la concurrencia fue incontenible y terminó por estallar en sollozos, mientras el hermano Gorgias continuaba pronunciando el nombre del niño con su habitual contracción de labios, que descubría, un poco a la izquierda, sus blancos dientes, en un gesto involuntario, en el que se mezclaban la chabacanería y la crueldad.

Acto tan solemne termino en medio de gran malestar. A pesar de lo distinguido de las personas que habían acudido a exaltar a los hermanos, aumentaba el desasosiego y pasaba por encima de las cabezas algo así como la inquietud de una amenaza venida de lejos. Lo peor fue la salida, entre los murmullos y las imprecaciones de los numerosos grupos de obreros y campesinos que se habían formado en la plaza. Las horribles historias de que Pelagia había hablado circulaban entre acuella multitud indignada por el crimen. Se recordaba cierta sucia historia —a la que se echó tierra el verano anterior— de un hermano a quien sus superiores hicieron desaparecer para evitar que compareciese ante los tribunales. Desde entonces corrían toda suerte de vergonzosos rumores acerca de las monstruosidades que pasaban en aquella escuela; de niños que se negaban a hablar, dominados por un terror profundo. Naturalmente, tales misteriosas abominaciones se exageraban aun al correr de boca en boca. Y la indignación de la gente que se agrupaba en la plaza se componía de rumores resucitados, exasperados en la memoria por la violación y el asesinato de un discípulo de los hermanos. Comenzaban a precisarse acusaciones, volaban palabras de venganza. ¿Es que también ahora se iba a dejar escapar al culpable? ¿Es que no se iba a cerrar aquel antro de sanguinarias indecencias? Y cuando la distinguida concurrencia desapareció y salieron hábitos de fraile y sotanas de sacerdote, se alzaron manos cerradas, se oyeron gritos de muerte y un grupo siguió, silbándolos, a los padres Crabot y Filibín, pálidos e inquietos, mientras el hermano Fulgencio echaba el cerrojo a las puertas de la escuela.

Marcos, por curiosidad, presenció la escena desde una ventana de la casita de la señora de Duparque, e, interesado vivamente, hasta salió un instante a la puerta, a fin de ver y oír mejor. ¿Qué decía Férou, quien profetizaba que el judío se cargaría las culpas del crimen, que el maestro laico se convertiría en el perro echadizo de toda la clerigalla rebosante de hiel? Lejos de suceder así, las cosas presentaban mal cariz para los hermanos. La creciente ira de la multitud, los gritos de muerte, indicaba que la cosa podía ir muy lejos, subir del culpable a la comunidad, extenderse, estremecer a la propia Iglesia, si realmente el culpable era uno de sus miembros. Y Marcos se interrogaba, no hallando aun en el ninguna convicción firme, al punto de que hasta la menor sospecha le hubiera parecido aventurada e injusta. La actitud del padre Filibín y del hermano Fulgencio le había parecido absolutamente correcta, de una serenidad perfecta. Se esforzó en ser muy tolerante, muy justo, por miedo a ceder a su pasión de

librepensador libertado de todos los dogmas. Y esperó a saber algo más, en medio de las tinieblas del espantoso drama.

Pero en eso vio venir a Pelagia endomingada, llevando con ella a su sobrino Polidoro Souquet, un niño de once años, que traía bajo el brazo un bonito libro, encuadernado con planchas doradas.

—¡Es el premio de buena conducta, señorito! —exclamó orgullosa—. Esto vale más aún que el premio de lectura o escritura, ¿no es verdad?

La verdad era que Polidoro, tranquilo y socarrón, causaba la admiración a los propios hermanos por su prodigiosa pereza. Era un niño gordo y pálido, de pelo descolorido y cara ancha y abotargada. Hijo de un peón caminero, que siempre estaba borracho, perdió a su madre muy pronto y vivía como podía mientras su padre machacaba piedra en la carretera. Por odio al trabajo, aterrorizado ante la idea de tener que machacar piedra a su vez, dejaba que su tía soñara en verle un día convertido en fraile, decía amén a todo y la iba a visitar con frecuencia a la cocina con la esperanza de pescar algún buen bocado.

Pelagia, a pesar de su alegría, se volvió estremecida, mirando a la multitud con furor de desafío.

—¿Oye usted, oye usted a esos anarquistas? ¡Con unos hermanos tan buenos, que quieren tanto a los niños, que tienen con ellos cuidados maternales!… Mire… Polidoro vive con su padre en la carretera de Jonville, a un kilómetro de donde estamos. Pues bien: anoche, después de la ceremonia, el hermano Gorgias le acompañó hasta la puerta de su casa, temiendo que le ocurriese algo… ¿Verdad, Polidoro?…

—Sí —respondió lacónicamente el pequeño con su voz velada.

—Y los insultan, los amenazan —continuó la sirviente—. ¡Ya ve usted, el pobre hermano Gorgias, andando dos kilómetros, yendo y viniendo, con una noche tan obscura, para que nada le sucediera a este hombrecito! ¡La verdad es que esto quita las ganas de ser prudente y amable!

A Marcos, que examinaba al niño, le extrañó su voluntad de silencio, la somnolencia hipócrita de que parecía hacerse un nido de dulce refugio. No escuchó más a Pelagia, a cuyas charlas no solía prestar atención. Pero cuando entraba en el saloncito donde Genoveva leía mientras las señoras de Duparque y Berthereau se afanaban en su perpetuo ganchillo para obras religiosas, se inquietó viendo a su mujer con el libro en la mano, muy emocionada por lo que sucedía en la plaza. Fue hacia él y casi se lanzó a su cuello en un impulso de temerosa ternura, adorablemente bonita por la emoción.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó—. ¿Van a pegarse?

La tranquilizaba, cuando la señora de Duparque, alzando los ojos de su labor, repitió severamente su amonestación:

—Espero, Marcos, que no se mezclará usted en esta innoble historia… ¡Sospechar de los hermanos, ultrajarlos, es realmente una locura! Dios acabará por

vengar a los suyos.

# II

Aquella noche Marcos no pudo dormir. Tenía presentes los sucesos de la víspera, aquel crimen monstruoso y misterioso, cuyo terrible enigma se planteaba a su inteligencia. Y mientras Genoveva, su mujer adorada, descansaba tranquilamente a su lado y oía llegar de la camita vecina la respiración regular de su querida Luisa, revivía todos los detalles, clasificaba los datos, se esforzaba en penetrar en las tinieblas y en hacer resplandecer la verdad.

Marcos poseía una inteligencia lógica y clara. La razón, muy concreta y sólida en él, tenía necesidad de basarlo todo en la certidumbre. De ahí precedía su gran pasión por la verdad. Según su modo de ver, no había descanso posible ni dicha verdadera más que en la certidumbre, cuando ésta se hallaba completa, definitiva y decisiva en su ser. No era un gran sabio, pero ponía empeño en saber lo que sabía, en no dudar de la posesión de la verdad, una verdad experimental adquirida para siempre. Su angustia cesaba al propio tiempo que sus dudas y se tornaba muy alegre, muy campechano. Su pasión por la verdad no tenía par más que en su pasión por enseñarla a los demás, por hacerla entrar en los cráneos y en los corazones de todos. Entonces se manifestaban sus dotes maravillosas: empleaba el método que simplifica, clasifica, lo inunda todo con su claridad. Su serena convicción se imponía, las nociones obscuras se aclaraban, parecían fáciles y sencillas. Daba interés, alma, vida, a las cuestiones más áridas. Llegaba a poner pasión en la gramática y en la aritmética, haciéndolas, para sus discípulos, interesantes como cuentos. Nació para maestro.

Este don de enseñar lo descubrió en sí cuando, bachiller a los diecisiete años, fue a terminar su aprendizaje de dibujante litógrafo a casa de los Papon-Laroche, en Beaumont. Encargado de la ejecución de cuadros escolares, se ingenió para simplificarlos todo lo posible y creó verdaderas obras maestras de claridad y precisión que le indicaron su camino, su inclinación a enseñar a los pequeños. Fue también en casa de los Papon-Laroche donde conoció a Salvan, el actual director de la Escuela Normal, y donde éste, admirado de su vocación, le aconsejó que se entregase a ella, convirtiéndose en el humilde maestro primario que al presente era, convencido de la noble utilidad de su papel, feliz de desempeñarlo en un pueblo ignorado. Su amor a las pobres inteligencias adormecidas constituyó su vida. Y, en su función modesta, su pasión por la verdad crecía como una necesidad cada día más imperiosa. Terminó por ser su salud, su existencia misma, pues sólo en la verdad vivía normalmente. Tan era así, que en el momento en que no poseía la verdad era víctima de un angustioso malestar y se sentía torturado por la necesidad inmediata de conquistarla y poseerla por entero, para enseñarla a los demás, so pena de no vivir, de pasarse los días en una intolerable zozobra moral y hasta física.

De ahí procedía sin duda la inquietud que le tenía en vela cerca de su mujer dormida. Sufría por no saber, por no comprender, perdido en las horribles tinieblas, entre las que permanecían la violación y el asesinato de aquel niño. No sólo se

hallaba en presencia de un crimen innoble, presentía tras él profundidades confusas y amenazadoras, un abismo obscuro. ¿Iba a continuar sufriendo mientras no supiese la verdad? ¿La llegaría a saber alguna vez ante tan espesas sombras, que parecía se condensaban a medida que pretendía disiparlas? Poseído de incertidumbre y de temor, acabó por desear que amaneciese para entregarse lo más pronto posible a su investigación. Pero su mujer, dormida, sonrió levemente, en sueños de dicha y de ternura sin duda. Y Marcos evocó la terrible figura de la abuela y la oyó decir que no debía ocuparse de aquel innoble asunto. Vio en lontananza un conflicto seguro con la familia de su mujer, y esto terminó por hacerle vacilar y ponerle de mal humor. Hasta entonces no había tenido ningún disgusto grave con aquella familia devota, a la que fue a buscar una joven para hacerla esposa y madre, compañera de su existencia, él que no practicaba ni creía en ninguna religión. Sin llevar la tolerancia hasta imitar a su mujer, como el padre de ésta —el librepensador Berthereau— imitó a la suya, dejó, sin embargo, bautizar a su hijita Luisa, no ocupándose de la cuestión religiosa, deseoso de vivir en paz con «aquellas señoras». Y como su mujer, por cariño a él, dejó las devociones desde los primeros días del matrimonio, no se había producido aún rozamiento alguno entre ellos. A veces, no obstante, notaba despertarse en Genoveva su larga educación católica, ideas de lo absoluto que chocaban con las suyas, supersticiones, abandonos en manos de un Dios de egoísmo y crueldad, cuya estrechez le helaba la sangre. Pero éstos eran momentos fugaces y creía a su amor lo suficientemente fuerte para triunfar de tales divergencias: volvían a hallarse el uno en brazos del otro, después de haberse sentido un instante extraños, como caídos de dos mundos distintos. Genoveva era una de las buenas discípulas de las hermanas de la Visitación. Salió del colegio con su certificado de enseñanza superior y tuvo al principio idea de hacerse ella también maestra. Luego, no midiendo colocarse en Jonville, donde la excelente señorita Mazeline dirigía sin auxiliar la escuela de niñas, no quiso, como es natural, separarse de su marido, y sujeta por la casa, teniendo ya una niña, dejó su primer deseo para más tarde, para nunca sin duda. ¿No era aquello la felicidad, la armonía perfecta, a cubierto de toda clase de disgustos? Si el honrado Salvan, el amigo fiel de Berthereau, antes de casar la hija del amigo desaparecido, la alumna de las hermanitas, a quien la abuela y la madre habían saturado de devoción, con este muchacho emancipado, que no creía ni en Dios ni en el diablo y quería la supresión saludable de la Iglesia, tuvo un instante el pensamiento, puesto en la felicidad futura de los jóvenes, de obstaculizar el irresistible amor que les embargaba, debía comenzar a tranquilizarse viéndoles siempre tiernamente unidos después de tres años de matrimonio. Aquella noche, mientras la mujer dormía en un sueño de alegre ternura, el marido, por vez primera, era presa de inquietud ante el caso de conciencia que se le planteaba, previendo disgustos con «aquellas señoras», de los que se seguirían lamentables consecuencias para su hogar, si cedía a su necesidad imperiosa de poseer la verdad.

Marcos consiguió al fin dormirse profundamente, y por la mañana, al despertarse en pleno día claro y alegre, se extrañó de haber tenido despierto aquella clase de pesadillas. Ella se debió, sin duda, al contacto con el horroroso crimen. Genoveva fue la primera en hablarle de él, emocionada y apiadada.

—El pobre Simón debe de estar sumido en una gran pena. No puedes abandonarle: creo que debes ir esta mañana a verle de nuevo y ponerte a su disposición.

Marcos la besó feliz de hallarla tan buena y animosa.

—Pero la abuela se va a enfadar y la vida se nos hará imposible aquí.

Genoveva rió ligeramente, y encogiéndose de hombros, con suavidad dijo:

—La abuela riñe con los propios ángeles. Cuando se hace la mitad de lo que exige, ya se hace bastante.

La frase les agradó a los dos, y como se había despertado Luisa, jugando con ella en la cuna gozaron unos minutos deliciosos.

Marcos resolvió salir y proseguir sus investigaciones después del desayuno. Mientras se aseaba, reflexionaba tranquila y juiciosamente. Conocía perfectamente Maillebois, con sus dos mil habitantes, su población compuesta de pequeños burgueses, de tenderos y de ochocientos obreros aproximadamente, repartidos en los talleres de cuatro o cinco industriales, que prosperaban gracias a la vecindad de Beaumont. Así, dividida casi en dos mitades, la población se disputaba la autoridad, y el ayuntamiento era la imagen fiel del pueblo, pues estaba dividido también en dos partes en lucha constante: una mitad clerical y reaccionaria y otra mitad republicana y progresista. No se contaba aún más que con dos o tres socialistas, de tal modo ahogados en el conjunto, que su acción era nula. El alcalde, el contratista de obras Darras, era un republicano probado, que hasta hacía gala de anticlericalismo: debía precisamente su elección al estado de equilibrio en que se hallaban los partidos en el municipio. Por una mayoría de dos votos le prefirieron a él, rico, activo, con un centenar de obreros a sus órdenes, al modesto rentista Philis, exfabricante de toldos, que se retiró con diez o doce mil francos de renta, pero de vida estrecha y severa, clerical militante encerrado en la más estrecha devoción. Y Darras tenía que demostrar una gran prudencia, sintiéndose a merced del desplazamiento de unos pocos votos. ¡Ah, de haber tenido una fuerte mayoría republicana, con qué valentía hubiese actuado a favor de la libertad, la verdad y la justicia, en lugar de verse reducido al más diplomático de los oportunismos!

Tampoco ignoraba Marcos que la división de Maillebois en dos campos opuestos se agravaba, con el poder creciente del partido clerical, que amenazaba conquistar la comarca entera. Hacía diez años que la pequeña comunidad de capuchinos, establecida en el antiguo convento, del que abandonó una parte a los hermanos de la Doctrina Cristiana, practicaba con más audacia cada día el culto de San Antonio de Padua, y con tal éxito, que los beneficios eran prodigiosos. Mientras los hermanos sacando provecho también a este éxito, veían prosperar su escuela, que se llenaba de

una afluencia creciente de alumnos a la sombra de la capilla próxima, los capuchinos explotaban la capilla como se explota una destilería de alcohol, extrayendo todos los venenos imaginables. El santo reinaba sobre un altar de oro sin cesar florido y alumbrado con cirios; en todas partes había cepillos, y en la sacristía, una oficina comercial permanente, en la que los clientes formaban cola desde por la mañana hasta por la noche. No se limitaba el santo a encontrar objetos perdidos: había ampliado su comercio, y, por unos francos, se comprometía a que aprobaran en los exámenes a los más holgazanes, a convertir en excelentes los asuntos más sucios, hasta a dispensar del servicio militar a los muchachos ricos de las familias patriotas, sin contar una multitud de auténticos milagros: curación de enfermos y lisiados, protección segura contra la ruina y la muerte e incluso la resurrección de una muchacha después de dos días de muerta. Y, naturalmente, a cada, nueva historia el dinero afluía más, la clientela se extendía desde el Maillebois reaccionario, desde los burgueses y los tenderos, al Maillebois republicano, a los obreros, en quienes terminaba por penetrar aquel veneno. El cura Quandieu, rector de San Martín, la iglesia parroquial, se pronunciaba con energía en sus pláticas dominicales contra el peligro de las despreciables supersticiones, pues nadie le escuchaba. De fe más ilustrada, se lamentaba del daño que la explotación rapaz de los capuchinos causaba a la religión. Por de pronto le arruinaban, pues la parroquia vio secarse las fuentes de sus rentas, ya que todas las limosnas y todas las ofrendas iban a la capilla. Pero sentía un dolor de índole más elevada: el pesar del sacerdote inteligente, que no se inclinaba ni siquiera ante Roma y que creía en la posibilidad de una Iglesia de Francia, independiente y liberal, en el gran movimiento democrático moderno. Hacía, pues, la guerra a los mercaderes del templo que mataban a Jesús por segunda vez. Y se decía que el obispo de Beaumont, monseñor Bergerot, pensaba como él, lo que no impedía que los capuchinos multiplicaran sus triunfos, conquistaran Maillebois y, a fuerza de milagros, le convirtieran en lugar sagrado.

Marcos sabía también que si monseñor Bergerot apoyaba al cura Quandieu, los capuchinos y los hermanos estaban sostenidos por el omnipotente padre Crabot, el rector del famoso colegio de Valmarie. Por eso el padre Filibín, prefecto de estudios, presidió el reparto de premios, a fin de dar al establecimiento un testimonio público de alta estima y protección. Los jesuitas, según decían las malas lenguas, tenían parte en el negocio. El maestro Simón, el judío, se hallaba, pues, cogido entre aquellas inextricables querellas, en una comarca en que se habían desencadenado las pasiones religiosas y en el momento peligroso en que la victoria iba a pertenecer al más impúdico. Los corazones estaban perturbados, y una chispa bastaría para incendiar y devastar las inteligencias. A pesar de ello, la escuela laica municipal no había perdido un solo discípulo y aun se equilibraba por el número y los éxitos con la escuela congregacionista de los hermanos. Esta victoria relativa se debía, desde luego, al tacto prudente de Simón, que estaba bien con todo el mundo y se hallaba protegido abiertamente por Darras y con menos franqueza por el cura Quandieu. Pero sobre

aquel terreno de rivalidad de las dos escuelas era, desde luego, sobre el que se daría la verdadera batalla, el terrible y decisivo asalto, más tarde o más temprano, pues las dos escuelas no podían vivir una al lado de la otra y era absolutamente preciso que una de ellas devorase a su rival. La Iglesia no podrá vivir el día en que pierda la enseñanza, la esclavitud de los humildes en la ignorancia.

Durante el desayuno con «aquellas señoras» en el estrecho y triste comedor, Marcos, cuyas reflexiones le tenían de nuevo inquieto, sintió aumentar su desazón. La señora de Duparque contaba tranquilamente que si Polidoro obtuvo un premio, lo debía a una precaución piadosa de Pelagia, que tuvo cuidado de dar un franco a San Antonio de Padua. Y la señora de Berthereau parecía aprobar con un gesto de convencimiento. La propia Genoveva no se permitió sonreír, interesada por aquellos cuentos maravillosos. La abuela continuaba y citaba hechos extraordinarios, vidas y fortunas salvadas gracias a dos francos, a tres francos cobrados por la agencia de los capuchinos. Se comprendía cómo acababan por recibir ríos de oro, entregados a pequeñas sumas, como un impuesto que se cobrase a los sufrimientos y a la imbecilidad públicos.

Pero acababa de llegar «Le Petit Beaumontais», edición de la noche, y Marcos se alegró de hallar en él, a continuación de un largo artículo acerca del crimen de Maillebois, una nota muy favorable a Simón. Decía que el maestro, estimado por todos, recibió los más expresivos testimonios de simpatía en la gran desgracia que le afligía. Era evidente que algún corresponsal debió de escribir la nota la víspera, después de la salida tumultuosa de la distribución de los premios, viendo el cariz que tomaban los hechos. Nadie se engañó entonces acerca de la actitud hostil de la opinión contra los hermanos. Y todos los rumores que corrieron, todas las infames historias ahogadas en otros tiempos, agravaban hoy su caso, amenazaban abocar a un horrible escándalo, en el que podía naufragar entero el partido católico reaccionario.

Por eso le sorprendió a Marcos el aire ligero y triunfante de Pelagia cuando ésta fue a levantar la mesa. Se retrasó y la hizo hablar cuanto quiso.

—Tengo buenas noticias, señorito. ¡Esta mañana, al ir a la compra, me he enterado de muchas cosas! ¡Ya sabía yo que esos anarquistas que anoche insultaban a los hermanos eran unos embusteros!

Y Pelagia contó las murmuraciones de las tiendas, todo lo que había recogido en la calle de puerta en puerta. En el horrible espanto y en el angustioso misterio que pesaban sobre el pueblo desde la víspera germinaban poco a poco las más disparatadas suposiciones. Parecía como si hubiera crecido durante la noche toda una vegetación monstruosa. Primero sólo fueron vagas hipótesis, testimonios imaginarios, apenas soplos a ras del suelo. Luego las explicaciones arriesgadas al azar se convertían en certidumbres, coincidencias inciertas se cambiaban en pruebas irrefutables. Era de notar que todo aquel trabajo subterráneo favorecía a los hermanos e iba contra Simón; era una reacción discreta y segura, que partía de no se sabía

dónde y se acentuaba de hora en hora, sembrando la duda y la turbación en los espíritus.

—¿Sabe usted, señorito? El maestro de escuela no quería mucho a su sobrino. Le maltrataba, y lo han visto personas que lo atestiguarán… Y, además, le humillaba que no fuese a su escuela. Cuando el pequeño tomó su primera comunión, le ahogaba la cólera y, blasfemando, le mostró el puño. En fin, es muy extraño que hayan matado a ese angelito casi al salir del altar, cuando Dios aún habitaba en él.

Con el corazón oprimido, Marcos escuchaba estupefacto a la criada.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Es que se acusa a Simón de haber matado a su sobrino?

Hay a quienes no le cuesta trabajo creerlo… No está muy claro eso de que este hombre va a divertirse a Beaumont, pierde el tren de las diez y media y vuelve a pie. Dice que entró en su casa a las doce menos veinte. Pero nadie le vio; ha podido muy bien volver por ferrocarril una hora antes, precisamente en el momento en que se ha cometido el crimen. Dado el golpe, le bastó con apagar la vela y dejar la ventana abierta de par en par para hacer creer que el asesino procedía de fuera… La señorita Rouzaire, la maestra, oyó perfectamente, hacia las once de la noche, ruidos en la escuela, quejas y gritos, puertas que se abrían y se cerraban.

—¿Cómo? ¿La señorita Rouzaire? —exclamó Marcos—. No dijo una palabra de eso en su primera declaración. Yo estuve presente.

—Perdone usted, señorito. Hace un momento que la señorita Rouzaire se lo contaba a uno en la carnicería. Yo lo he oído.

Asustado, el joven la dejó hablar.

—El auxiliar, señor Mignot, también se muestra sorprendido del pesado sueño del maestro por la mañana. Parece extraño, en efecto, que se tenga que despertar a un hombre el día en que se comete un asesinato en su casa. Sin contar que, según parece, la muerte del niño no le ha conmovido y ha mirado al cadáver temblando como hoja en el árbol.

De nuevo quiso protestar Marcos. Pero Pelagia continuaba con aire rencoroso y testarudo:

Además, ha sido él seguramente, porque han encontrado en la boca del niño un modelo de escritura que procedía de su escuela. Sólo el maestro podía tener ese modelo en su bolsillo, ¿verdad? Hasta se dice que lo había firmado. Y, además, en la frutería aseguraba una señora que la justicia había encontrado en el armario del maestro muchos modelos iguales.

Marcos expuso la verdad, habló de la rúbrica indescifrable, explicó cómo Simón juraba no haber tenido jamás tal modelo entre las manos, aunque, de uso corriente, podía encontrarse en todas las escuelas. Pero habiendo afirmado de nuevo Pelagia que, por la mañana, en una visita de la autoridad, se habían descubierto pruebas abrumadoras, terminó por sentir gran turbación y cesó de protestar, comprendiendo lo

inútil que resultaba discutir en medio de la espantosa confusión en que estaban sumidos los espíritus.

—Mire usted, señorito, cuando se trata de un judío todo se puede esperar de él. El lechero me lo acaba de decir: esas gentes no tienen familia ni patria, sólo tienen comercio con el demonio y roban y matan por nada, por el placer de hacer daño… Diga usted lo que quiera, no impedirá que la gente crea que ese judío ha tenido necesidad de la vida de un niño para algún comercio indigno con el diablo, y ha esperado ladinamente a que su sobrino tomara la primera comunión para atropellarle y estrangularle, aún puro y perfumado por la Sagrada Forma.

Era la acusación del crimen ritual que, oculta en la multitud, venida de tan lejos a través de los siglos, siempre renaciente al primer choque, reaparecía persiguiendo a los judíos envenenadores de fuentes y asesinos de niños.

Genoveva, que sufría de ver a Marcos tan nervioso, estuvo dos veces a punto de interrumpir para protestar con él; pero se calló por miedo de irritar a su abuela, viéndola gozosa con aquellas habladurías de la criada, que aprobaba con un movimiento de cabeza. La señora de Duparque triunfaba y, sin dignarse sermonear más al marido de su nieta, juzgándole vencido, se contentó con decir a la señora de Berthereau, siempre silenciosa:

—Ha sucedido lo mismo que con aquel niño muerto que encontraron antaño bajo el pórtico de San Magencio: una mujer que servía en casa de unos judíos estuvo a punto de ser condenada en lugar de éstos, pues el asesino no podía ser nadie más que un judío. Cuando se trata de esas gentes, se está expuesto constantemente a la venganza divina.

Marcos prefirió no contestar y salió casi inmediatamente. Pero su turbación era muy grande e hizo presa en él la duda. ¿Acaso Simón podía ser culpable? Aquella sospecha le invadía como una calentura maligna adquirida en lugar pernicioso: y sintió la necesidad de reflexionar, de tranquilizarse antes de ir a casa del maestro. Se alejó durante largo rato tomando el camino desierto de Valmarie, reviviendo la jornada de la víspera, discutiendo los hechos y los hombres. ¡No, no. Simón no podía ser racionalmente sospechoso! Todo lo atestiguaba así. Primero, el innoble crimen aparecía sin motivo por su parte, ilógico, imposible. Simón era un hombre sano de entendimiento y de cuerpo, sin degeneración fisiológica, de una dulzura alegre, que pregonaba la regularidad normal de las funciones. Tenía una mujer de resplandeciente belleza, a la que adoraba, en brazos de la cual vivía en un éxtasis de ternura, agradeciéndole los hermosos hijos nacidos de su cariño, convertidos en su vivo amor y su culto. ¿Cómo suponer un instante que este hombre pudo ceder a una crisis brusca de abominable locura, antes de ir a encontrar, al lado de la cuna de sus hijos, a la bien amada esposa que le esperaba? Luego, estaba aquel acento de sencillez y de verdad en este hombre espiado por tantos enemigos, que amaba su profesión hasta el heroísmo, acomodándose a su pobreza sin quejarse jamás. Su relación del empleo de la jornada fue muy clara; su mujer confirmó las horas que él había indicado; ninguno

de los datos dados por él parecía discutible. Y si había cosas obscuras, si el modelo de escritura, sucio y arrugado, hecho una pelota con un número de «Le Petit Beaumontais» estaba allí como un enigma indescifrable, la omnipotente razón aconsejaba buscar en otra parte, pues Simón se hallaba naturalmente exento de sospecha, por su ser, por su vida, por las condiciones en que se hallaba. Surgió entonces en la mente de Marcos la certeza, basada en el razonamiento, la verdad misma, inquebrantable cuando la observación y la deducción de los hechos la han establecido. Ya su convicción estaba formada: había aclarado ciertos puntos, a los que lo remitiría todo. Ya podían producirse todos los errores, todas las mentiras, que él las descartaría si no se compadecían con las partículas de verdad ya conocidas y demostradas.

Tranquilo de nuevo, aliviado del peso de su duda, Marcos volvió a Maillebois, pasando frente a la estación en el momento en que descendían los viajeros de un tren. Vio salir al inspector de instrucción primaria, el lindo Mauraisin, un hombrecillo de treinta y ocho años, lechuguino, muy moreno, cuya barba cuidada ocultaba su boca pequeña, y cuyos vivos ojos estaban resguardados constantemente por unos lentes. Exprofesor de la Escuela Normal, pertenecía a la nueva generación de los trepadores que acechaban siempre el ascenso, teniendo como único cuidado ponerse al lado de los más fuertes. Se decía que ambicionó la dirección de la Escuela Normal, recaída en Salvan, y perseguía a éste con oculta ira, aunque guardando las formas, pues no ignoraba su influencia con el inspector académico Le Barazer, de quien él mismo dependía. Por otra parte, hasta entonces, y vista la igualdad de fuerzas de los partidos que se disputaban su distrito, tuvo la habilidad de no manifestarse claramente, a pesar de su afición personal por los clericales, los sacerdotes y los frailes, que declaraba endemoniadamente fuertes. Al verle, creyó Marcos que Le Barazer, cuyo buen criterio conocía, le enviaba en ayuda de Simón en la terrible catástrofe que amenazaba llevarse al maestro de Maillebois y a su escuela.

Apresuró el paso, deseoso de saludarle, cuando un incidente le retuvo. Por una calle inmediata apareció una sotana, y reconoció al rector del colegio de Valmarie: el padre Crabot en persona. Alto, buen tipo, sin un cabello blanco a los cuarenta y cinco años cumplidos, tenía un rostro ancho y regular, nariz grande, ojos amables y boca gruesa y acariciadora. Sólo se le acusaba de prodigarse demasiado, con sus modales de eclesiástico mundano, que se esforzaba en hacer aristocráticos. Pero con ello había crecido su poder, y se decía con razón que era el amo oculto del departamento y que la victoria de la Iglesia, desde luego próxima, sólo de él dependía.

Marcos quedó sorprendido e inquieto de verle tan temprano en Maillebois. Debió de salir muy pronto de Valmarie. ¿Qué asunto, qué visitas urgentes le reclamaban? ¿De dónde venía, adonde iba por las calles del pueblo, enfebrecidas de rumores y de chismes, distribuyendo saludos y sonrisas? Y de pronto, Marcos observó que se detenía al ver a Mauraisin y que le tendía la mano con cordialidad encantadora. La conversación no fue muy larga, sin duda a base de palabras de cortesía; pero parecía

que los dos hombres estaban en buena armonía, en discreta y natural inteligencia. Y cuando el inspector de primera enseñanza se separó del jesuita se estiró, evidentemente muy orgulloso de aquel apretón de manos, y formando una opinión, una decisión que tal vez aún dudaba antes en adoptar. Luego, cuando el padre Crabot continuó su camino, vio a Marcos, al que reconoció por haberle visto en casa de la señora de Duparque, donde se dignaba entrar algunas veces, y le saludó quitándose el sombrero. Fue preciso que el joven, de pie al borde de la acera, le devolviese la cortesía. Y le vio alejarse, llenar la calle con los vuelos de su sotana, atravesando Maillebois, que se hallaba muy honrado, halagado y conquistado.

Marcos emprendió de nuevo su marcha, lentamente, dirigiéndose hacia la escuela. Sus reflexiones habían cambiado, se ensombrecían de nuevo, como si retorna se a un medio contaminado, envenenado poco a poco y convertido en hostil. Le parecía que las casas no eran las mismas que la víspera, sobre todo la gente tenía otro aspecto. Y cuando entró en casa de Simón quedó sorprendido al encontrarle tranquilamente entre su familia, ocupado en arreglar papeles. Raquel se hallaba sentada ante la ventana, y los dos niños jugaban en un rincón. Sin la profunda tristeza que pesaba sobre ellos, se habría dicho que nada fuera de lo normal había pasado en la casa.

Sin embargo, Simón se adelantó y le estrechó las manos con viva emoción, comprendiendo cuánto tenía de amistoso y desprendido aquella visita. Y enseguida se planteó la cuestión del registro de por la mañana.

—¿Ha estado aquí la policía? —preguntó Marcos.

—Sí, es natural, ya lo esperaba. Desde luego, no ha encontrado nada; se ha marchado con las manos vacías.

Marcos contuvo un gesto de extrañeza. ¿Qué le habían dicho? ¿Por qué corría aquel rumor de hallazgos abrumadores, entre otros, modelos de escritura iguales al recogido en el cuarto del crimen? Luego mentían.

—Ya lo ves —continuó Simón—. Pongo un poco en orden mis papeles, que la policía me ha revuelto. ¡Qué horrible desventura, amigo mío! No sabemos ni si vivimos.

Aquella misma mañana iba a verificarse la autopsia de Ceferino; para ello se esperaba al médico enviado por el Juzgado. El entierro no podría verificarse, sin duda, hasta el día siguiente.

—Cree que estoy como en una pesadilla. Me pregunto si es posible tanta desgracia. ¡Desde ayer por la mañana no puedo pensar en otra cosa, y recomienzo siempre la misma historia: mi retorno a pie, mi vuelta tardía, tan tranquila, a la casa dormida y el horrible despertar al día siguiente!

Al presentarse la ocasión, Marcos se atrevió a hacerle algunas preguntas.

—¿No encontraste a nadie en el camino? ¿No te vio volver nadie a la hora que has dicho?

—¡No, a fe mía! No encontré a nadie, y creo que nadie me vio entrar. A esa hora de la noche, Maillebois está absolutamente desierto.

Hubo un silencio.

—Pero si no tomaste el tren para volver, no utiliza rías el billete de vuelta. ¿Le tienes aún?

—¿El billete de vuelta? No. Me puso tan furioso ver que salía el tren de las diez y media delante de mí, que tiré el billete en el andén de la estación, decidiendo volver a pie.

Se hizo otro silencio, durante el cual Simón miró fija mente a su amigo.

—¿Por qué me preguntas todo eso?

Marcos le volvió a coger afectuosamente las manos, las retuvo un instante entre las suyas y se decidió a advertirle el peligro, a contárselo todo.

—Sí, siento que nadie te haya visto, y siento más aún que no hayas conservado el billete de vuelta. ¡Hay tanta gente imbécil y tanta gente mala! Se hace circular el rumor de que la policía ha descubierto en tu casa pruebas abrumadoras, ejemplares del modelo de escritura con la misma rúbrica. Y, según esos rumores, a Mignot le extrañó el profundo sueño en que te halló sumido por la mañana, y la señorita Rouzaire recuerda ahora que hacia las once menos cuarto, oyó voces y pasos, como sí entrara alguien aquí.

El maestro, muy pálido, pero muy tranquilo, sonrió encogiéndose de hombros.

—¡Eso es que sospechan de mí! ¡Ahora comprendo la cara de las personas, que, desde esta mañana, pasan y levantan la cabeza! Mignot, un buen muchacho en el fondo, dirá lo que todo el mundo, por miedo a comprometerse con un judío como yo. Y en lo que respecta a la señorita Rouzaire, me sacrificará diez veces si su confesor se lo insinúa, y si, tras esta buena acción, halla algún beneficio en su carrera, o simplemente en la consideración de que goza… ¡Se sospecha de mí y toda la jauría clerical está lanzada!

Casi reía. Pero, Raquel, en medio de su indolencia habitual, que aquel gran disgusto parecía aumentar, acababa de levantarse bruscamente, con su hermoso rostro encendido por una dolorosa indignación.

—¡Tú, tú! ¡Sospechan de ti semejante ignominia! ¡De ti, que volviste ayer tan bueno, tan amable, que me tuviste en tus brazos con tan tiernas palabras! Es una locura. ¿Es que no basta que yo diga la verdad, la hora en que volviste y que hemos pasado juntos la noche?

Y se echó llorosa a su cuello, dominada de nuevo por su debilidad de mujer acariciada y adorada. Él la estrechó contra su pecho, tranquilizándola y calmándola.

—¡No te preocupes, querida! Esas historias son estúpidas, no pueden sostenerse. Estoy muy tranquilo. Pueden revolverlo aquí todo e investigar en mi vida, que no encontrarán nada pecaminoso. No tengo más que decir la verdad, y contra la verdad nada subsiste; la verdad es la grande, la eterna vencedora.

Luego, volviéndose hacia su amigo, añadió:

—¿No es así, mi querido Marcos? Cuando uno posee la verdad es invencible.

Si Marcos no hubiese tenido formada su convicción, sus últimas dudas se hubiesen disipado en la emoción de aquella escena. Acabó por ceder a un impulso de su corazón y abrazó al matrimonio, como para entregarse en cuerpo y alma a él y ayudarle en la crisis grave que preveía. Y queriendo actuar inmediatamente, volvió a la conversación sobre el modelo de escritura, pues comprendía que era la pieza importante, única, sobre la que giraría el proceso. Pero ¡qué enigmático era aquel modelo arrugado, mordido, del que los dientes de la víctima se llevaron sin duda un trozo, sucio de saliva, con su rúbrica o su borrón de tinta medio borrado! Las palabras, de una bella letra inglesa impersonal: «Amaos los unos a los otros», parecían de una terrible ironía. ¿De dónde procedía aquel papel? ¿Quién lo había llevado allí: el asesino o el niño? ¿Cómo saberlo, cuando las viudas de los Milhomme, las papeleras vecinas, vendían corrientemente modelos iguales? Y Simón no pudo hacer más que repetir su convicción de no haber tenido jamás aquél en su clase.

—Todos mis discípulos lo dirán. Este modelo no ha entrado jamás en la escuela, jamás ha sido puesto bajo la vista de los niños.

Esto fue para Marcos una indicación preciosa.

—Entonces lo podrán declarar —exclamó—. Puesto que se hace circular el falso rumor de que la policía ha encontrado en tu casa pruebas abrumadoras, modelos iguales a ése, hay que restablecer inmediatamente la ver dad, ver a tus discípulos en casa de sus padres, exigir su testimonio antes de que embrollen su memoria… Dime los nombres de algunos, que yo me encargo de dar esos pasos. Lo haré esta tarde.

Simón se negaba, fiado en su inocencia. Al fin consintió en dar los nombres del labrador Bongard, que vivía en el camino de la Désirade; del albañil Doloir, en la calle Plaisir, y del empleado Savin en la calle Fauche. Con esos tres bastaba, a menos que invitase también a las papeleras, las señoras de Milhomme. Ya conformes, Marcos se fue a almorzar, prometiendo volver por la noche a comunicar el resultado de sus gestiones.

Pero una vez en la plaza, Marcos tropezó de nuevo con el lindo Mauraisin. Esta vez el inspector de instrucción primaria hablaba animadamente con la señorita Rouzaire. Acostumbraba a ser muy correcto y muy prudente con las maestras, desde que una joven auxiliar estuvo a punto de causarle un grave disgusto, al gritar como una tonta porque quiso darla un beso. Aunque fea, se decía que la señorita Rouzaire no gritaba, lo que explicaba sus notas excelentes y la carrera rápida que indudablemente la esperaba. A la puerta de su jardincillo hablaba con volubilidad, hacía grandes gestos refiriéndose a la escuela de niños, mientras Mauraisin la escuchaba con atención, moviendo la cabeza. Luego, entraron los dos en el jardín, y la puerta se cerró suave y discretamente. Evidentemente, la institutriz le explicaba el crimen, cómo lo había descubierto, los rumores de pasos y voces que ahora decía haber oído. Y Marcos sintió de nuevo que le rozaba el escalofrío de por la mañana, la angustia del medio hostil, la silenciosa conjuración de las tinieblas a punto de

formarse y de acumularse como una tempestad, cuyo aire iba tornándose cada vez más denso. Aquel inspector de instrucción primaria tenía una singular manera de ir en ayuda de un maestro amenazado, consultando primero la opinión de todas las envidias y todos los odios que a éste rodeaban.

A las dos iba ya Marcos camino de la Désirade, por la puerta de Maillebois. Bongard poseía allí unos trozos de tierra que cultivaba él mismo con gran fatiga: lo justo para comer pan, como decía. Y Marcos tuvo la suerte de encontrarle en el momento en que volvía con un carro de heno. Era un hombre grueso, colorado, macizo, fuerte, de ojos redondos, faz plácida y muda, afeitado, pero casi siempre con bastante barba. Y la mujer de Bongard también estaba allí, preparando el pienso para la vaca. Era una mujer alta y rubia, huesuda y más bien fea, metida en sí, las mejillas encarnadas y el rostro lleno de pecas. Los dos vieron con desconfianza entrar en su corral a aquel señor que no conocían.

—Soy el maestro de Jonville. ¿Ustedes tienen un niño que va al colegio municipal de Maillebois?

Fernando, el pequeño, que estaba jugando en la carretera, acudió. Era un muchachote de nueve años, como tallado a hachazos, la frente estrecha, la cara torpe. Le seguía su hermana Ángela, una niña de siete años, con la misma cara tosca, pero más avispada, con ojos vivos, en los que se despertaba una inteligencia que intentaba traspasar su ruda prisión de carne. Oyó la pregunta y exclamó con voz aguda:

—Yo voy al colegio de la señorita Rouzaire, y Fernando al del señor Simón.

Bongard, en efecto, mandaba a sus hijos a la escuela laica: primero, porque no costaba nada, y después, porque no era partidario de los curas. Y no lo era de modo instintivo, sin razonar de otro modo la cosa. Él no iba a la iglesia, y si su mujer iba era por hábito y para distraerse. Completamente ignorante, sabiendo apenas leer y escribir, no estimaba en su mujer, más ignorante aún, sino la resistencia de la bestia de carga, que la permitía trabajar desde por la mañana hasta por la noche sin una queja. No le inquietaban mucho los progresos de sus hijos; Fernando, que era trabajador, se afanaba sin lograr hacer entrar nada en su cabeza, y Angelita, trabajando más aún, obstinada, terminó por ser una discípula pasable. Parecía la materia humana en bruto, sacada la víspera del limo, despertándose a la inteligencia por medio de lento y doloroso esfuerzo.

—Soy amigo del señor Simón —repuso Marcos—, y vengo de su parte, a propósito de lo que pasa. ¿Habrán oído ustedes hablar del crimen?

Sí, habían oído hablar. Bruscamente, sus rostros, inquietos ya, se cerraron más aún, no expresaron ni sentimientos ni pensamientos. ¿Por qué les venían a hacer preguntas? A nadie le importaban sus ideas sobre las cosas. Y en aquellos asuntos, en los que con frecuencia una palabra de más bastaba para hacer condenar a un hombre, había que ser prudente.

—Quisiera saber —continuó Marcos— si su niño ha visto en su clase un modelo de escritura igual a éste.

Se había tomado el trabajo de escribir en una tira de papel las palabras «Amaos los unos a los otros», en bonita letra inglesa del tamaño apetecido. Acabó de explicarse y enseñó el papel a Fernando, que le miraba aturdido, con el pensamiento tardo, sin comprender aún.

—Mira bien, amiguito. ¿Has visto un modelo igual en la escuela?

Pero antes de que el niño se decidiera intervino Bongard con su aire circunspecto.

—El niño no lo sabe. ¿Cómo quiere usted que lo sepa?

Y la mujer de Bongard, sombra de su esposo, repitió:

—Desde luego, un chico no puede saberlo.

Sin darle oídos, Marcos insistió, y puso el modelo entre las manos de Fernando, quien temiendo ser castigado, hizo un esfuerzo y terminó por decir:

—No, señor, no lo he visto.

Levantó la cabeza y vio los ojos de su padre tan duramente fijos en los suyos, que se apresuró a agregar balbuceando:

—A menos que le haya visto. No lo sé.

Y nada le pudo hacer salir de ahí. Marcos sólo sacó contestaciones incoherentes, mientras que los propios padres decían «sí» y «río», según lo que creían su interés. Bongard tenía también la prudente costumbre de mover la cabeza, aprobando todas las opiniones de sus interlocutores, para no comprometerse. Sí, sí, aquel crimen era muy horrible, y si cogían al culpable harían bien en cortarle la cabeza. Cada cual a su oficio. Los gendarmes sabían el suyo. En todas partes había bribones. En lo que se refiere a los curas, no les faltaban cosas buenas, pero, no obstante, todo el mundo tenía derecho a vivir con arreglo a sus ideas. Y Marcos hubo de marcharse, bajo la mirada curiosa de los niños, perseguido por la voz aguda de Angelita, que ahora que no estaba aquel señor para oírla charlaba sin ton ni son con su hermano.

Al volver a Maillebois, el joven reflexionaba tristemente. Acababa de chocar con la espesa capa de ignorancia, con la masa ciega y sorda, enorme, dormida aún en el sueño de la tierra. Detrás de los Bongard, toda aquella masa de los campos se obstinaba en su vegetación obscura, de tan lento despertar. Había que instruir a todo el pueblo, si se quería incorporarle a la verdad y la justicia. Pero ¡qué labor más inmensa! ¿Cómo sacarle del légamo a que estaba sujeto? ¡Cuántas generaciones harían tal vez falta para liberar de tinieblas a la raza! La mayoría del cuerpo social permanecía en la infancia, en la primitiva imbecilidad. Con Bongard se descendía a la materia bruta, incapaz de ser justa porque no sabía nada y no quería saber nada.

Marcos torció a la izquierda y, después de haber atravesado la calle Mayor, se encontró en el barrio pobre de Maillebois. Las fábricas inficionaban la Verpille, cuyas calles estrechas, de casas sórdidas, estaban totalmente ocupadas por la población obrera. Allí, en la calle Plaisir, en un primer piso, vivía el albañil Doloir. Cuatro habitaciones bastante grandes encima de una bodega. Y Marcos, que no sabía bien las señas, le buscaba, cuando dio con un grupo de albañiles que, llegados de una

construcción próxima, se tomaban un vaso de vino en el mostrador. Hablaban con violencia discutiendo sobre el crimen.

—Te digo que un judío es capaz de todo —gritaba uno alto y rubio—. En mi regimiento hubo uno que robó, y eso no le impidió ser cabo, porque un judío sale siempre bien de todas las situaciones.

Otro albañil, bajito y moreno, se encogía de hombros.

—De acuerdo, los judíos no valen gran cosa; pero, de todos modos, los curas no valen más.

—Entre los curas —repuso el otro— hay de todo. Y además los curas aún son franceses, mientras que esos cochinos judíos han vendido ya dos veces Francia al extranjero.

Y como el otro, excitado, le preguntase si había leído aquello en «Le Petit Beaumontais», contestó:

—No, no, los periódicos me dan dolor de cabeza. Me lo han dicho los compañeros; lo sabe todo el mundo.

Convencidos los albañiles, callaron y vaciaron lentamente sus vasos. Salían de la bodega cuando Marcos, aproximándose, preguntó al alto y pidió la dirección del albañil Doloir. El obrero se echó a reír.

—Doloir soy yo, caballero. Vivo ahí. ¿Ve usted esas tres ventanas?

A aquel robusto mocetón, que conservaba algo del aire militar, le hizo gracia la aventura. Sus grandes bigotes rubios dejaban ver sus dientes blancos en un rostro colorado, con grandes ojos azules de buena persona.

—No podía haberse dirigido mejor, ¿eh? ¿Qué es lo que desea usted de mí?

Marcos le miraba, sintiendo hacia él cierta simpatía, a pesar de las abominables palabras que había oído. Doloir, que trabajaba desde hacía años en casa del contratista Darras, el alcalde, era un buen obrero, que bebía a veces una copa de más, pero que entregaba fielmente el jornal a su mujer. Hablaba contra los patronos, motejándolos de pandilla indecente, y se decía socialista, sin saber bien lo que era; no obstante, estimaba a Darras, que ganaba mucho dinero y se esforzaba por continuar siendo el camarada de sus obreros. Lo que dejó en él huellas para siempre fueron los tres años de cuartel. Salió del servicio con una loca alegría de liberación, con imprecaciones contra aquel oficio asqueroso en el que se dejaba de ser hombre. Y desde entonces revivió continuamente aquellos tres años: no pasaba día sin que resucitara en él un recuerdo. Como si el fusil le hubiese afinado las manos, encontraba pesada la paleta y volvió al trabajo con flojedad, como quien no estuviese acostumbrado, con la voluntad destrozada, el cuerpo acostumbrado a prolongados descansos fuera de las horas de ejercicio. Ya no volvió a ser el excelente obrero de antaño. Le obsesionaban las cosas militares y hablaba de ellas constantemente, a propósito de cualquier noticia, con charla confusa y de hombre poco enterado. No leía nada, no sabía nada; sólo se mostraba firme y testarudo en la cuestión patriótica, que consistía para él en impedir que los judíos entregasen Francia al extranjero.

—Dos hijos de usted van a la escuela municipal —dijo Marcos—, y vengo de parte del maestro, mi camarada Simón, para recoger unos datos… Pero ya veo que no es usted muy amigo de los judíos…

Doloir continuó riendo.

—Es verdad, el señor Simón es judío; pero de todos modos le he tenido hasta hoy por hombre honrado. ¿De qué datos se trata?

Y cuando supo que sólo se trataba de ensenar a los pequeños un modelo de caligrafía para saber si se habían servido de él en clase, exclamó:

—Nada más sencillo, si eso le interesa… Suba un momento conmigo; los niños deben de estar arriba.

Salió a abrir su esposa. Pequeña, morena, fuerte, de rostro serio y voluntarioso, tenía la frente baja, los ojos francos, la mandíbula cuadrada. A los veintinueve años apenas era ya madre de tres hijos y estaba a punto de serlo de otro, lo que no la impedía levantarse la primera y acostarse la última, siempre de limpieza; era muy trabajadora y muy económica. Abandonó el taller de costura después de su tercer parto y no se ocupaba más que de su hogar, pero como mujer que ganaba bien su pan.

—Este caballero es amigo del maestro de escuela y tiene necesidad de hablar a los niños —explicó Doloir.

Marcos entró en un comedorcito muy limpio. A la izquierda estaba la cocina, abierta de par en par. Enfrente estaban el dormitorio del matrimonio y el de los niños.

—¡Augusto! ¡Carlos! —llamó el padre.

Acudieron Augusto y Carlos, uno de ocho años de edad, y el otro de seis, seguidos de su hermanita Lucila que sólo tenía cuatro. Eran niños hermosos y gordos, en los que se fundían los parecidos del padre y de la madre; el menor más bajito y con aspecto de más inteligente que el mayor; la nena, ya bonita, con una tierna risa de rubita.

Pero cuando Marcos enseñaba el modelo a los dos muchachos y los interrogaba, la mujer de Doloir, que hasta entonces no había pronunciado una palabra, y que se hallaba de pie, apoyándose en una silla, enorme y valiente en su laxitud, se apresuró a intervenir.

Perdóneme usted, caballero; no quiero que mis hijos le contesten.

Lo dijo con mucha amabilidad, sin exaltarse, como una buena madre de familia que cumple su deber.

—¿Por qué? —preguntó Marcos sorprendido.

Porque no tenemos necesidad de mezclarnos en un asunto que amenaza acabar muy mal. Desde ayer me duelen los oídos de oír hablar de ello y no quiero mezclarme en nada: eso es todo.

Y como Marcos insistiera defendiendo a Simón, añadió:

—Nada digo contra el señor Simón. Los niños no han tenido nunca queja de él. Si le acusan, que se defienda: es cuenta suya. He impedido siempre que mi marido se

mezclara en política, y si me quiere hacer caso, callará la boca y cogerá la paleta sin ocuparse de judíos ni de curas. Todo eso, en el fondo, es también política.

Jamás iba a misa, aunque hizo bautizar a sus hijos y estaba decidida a hacerles tomar la primera comunión. Era lo debido. Instintivamente conservadora, aceptaba lo existente, conformándose con su vida estrecha, por temor a las catástrofes que mermarían aún más el pan de la familia. Y añadió en tono de obstinada voluntad:

—No quiero que nos comprometamos.

Era la terrible palabra, que obligó a someterse al propio Doloir. Habitualmente, aunque se dejaba guiar en todo por su mujer, no le gustaba que ésta usara de su poder delante de gente. Pero esta vez se inclinó.

—No había reflexionado —dijo—. Mi mujer tiene razón. Los pobres como nosotros no pueden mezclarse en nada. Había en el regimiento un individuo que sabía cosas del capitán. Y le fue muy mal, porque le arrestaron infinidad de veces…

Marcos tuvo que inclinarse también y renuncio a su investigación, diciendo:

—Lo que quería preguntar a sus niños es posible que se lo pregunte el juez. Entonces no tendrán más remedio que contestar.

—¡Muy bien! —declaró de nuevo la señora Doloir, sin perder su tranquilidad—. Que pregunte el juez y entonces veremos lo que hemos de hacer. Los niños contestarán o no contestarán. Mis hijos son míos y eso es cosa que he de ventilar yo.

Marcos saludó y salió acompañado por Doloir, que se apresuraba a volver al trabajo. En la calle el albañil casi le dio excusas: su mujer no era siempre amable, pero cuando decía cosas justas, decía cosas justas.

Ya solo, Marcos se preguntó descorazonado si era preciso hacer la tercera visita, la del empleadillo Savin. En los Doloir no existía, como en los Bongard, una crasa ignorancia. Se subía un grado, la especie se desbastaba; el hombre y la mujer, aunque ignorantes, se rozaban con las demás clases, sabían algo de la vida. Pero ¡que amanecer más indeciso aún, qué marcha a tientas a través del imbécil egoísmo, en qué error desastroso mantenía a aquellas pobres personas la falta de solidaridad! No eran más felices, porque ignoraban completamente las condiciones de la vida cívica: la necesidad de la felicidad de los demás para conseguir la propia. Y Marcos pensaba en esta morada humana, cuyas puertas y ventanas nos esforzamos hace siglos en tener cerradas, cuando sería necesario abrirlas de par en par, para dejar entrar a torrentes el aire libre, el calor y la luz.

Pero ya había vuelto la esquina de la calle Plaisir y se hallaba en la calle Fauche, donde vivían los Savin. Le entró vergüenza por su falta de ánimo y subió hasta el piso, donde se halló en presencia de la señora Savin, que acudió al oír la campanilla.

—Mi marido está precisamente en casa, pues ha tenido esta mañana algo de fiebre y no ha podido ir a la oficina. Si quiere usted seguirme…

La señora de Savin era deliciosa. Morena, fina y alegre, con sonrisa encantadora y un aspecto tan juvenil a los veintiocho años, que parecía la hermana mayor de sus cuatro hijos. Tuvo primero una niña, Hortensia; luego dos gemelos, Aquiles y Felipe,

y luego otro niño más, León, al que estaba criando. Su marido tenía fama de ser terriblemente celoso, sospechando siempre, vigilándola, en una continua crisis de inquietudes ruines, sin que tuviera para ello ningún motivo, pues huérfana, de oficio confeccionadora de perlas de bisutería, Savin se casó con ella enamorado de su belleza, cuando la muchacha, a la muerte de su tía, se encontraba sola en el mundo, y guardaba gratitud a su marido, con el que se portaba honradamente, como buena esposa y buena madre.

En el momento de hacer pasar a Marcos a la habitación contigua, pareció presa de brusco azoramiento. Temía el mal humor de su marido, siempre dispuesto a querellarse, insoportable en su hogar, y al que, conciliadora y encantadora, prefería doblegarse para vivir en paz.

—¿A quién debo anunciar?

Marcos dio su nombre y dijo el objeto de su visita. Ella, con graciosa agilidad, desapareció por una puerta apenas entreabierta. Marcos esperó y examinó la estrecha antesala en que se hallaba. La casa, compuesta de cinco habitaciones, ocupaba todo el piso. Savin, empleadillo de Hacienda a las órdenes del recaudador, tenía que sostener su jerarquía y se creía obligado a cierto lujo de fachada. Su mujer llevaba sombrero y él no salía sin la levita. Lo peor era la penosa estrechez de su existencia oculta detrás de aquella fachada de clase superior, de posición desahogada. Su horrible amargura tenía por causa el verse, a los treinta y un años, clavado en su empleo, sin esperanza de ascender, condenado para toda la vida a un trabajo de animal doméstico, con ingresos irrisorios, lo preciso para no morir de hambre. De poca salud, agriado, rabiaba constantemente, humilde e irritable a la vez, víctima tanto del terror como de la cólera, con la constante inquietud de disgustar a sus jefes. Obsequioso y cobarde en su oficina, atemorizaba en su casa a su mujer por sus furores de niño enfermo. Ella sonreía amablemente y encontraba aún el medio, después de cuidar de sus hijos y del hogar, de hacer para una casa de Beaumont flores de perlas, un trabajo delicado y muy bien retribuido, que pagaba el pequeño lujo de la familia. Pero él, vejado en el fondo, con orgullo de burgués, no quería que se dijera que su mujer se veía obligada a trabajar, por lo que ésta tenía que encerrarse con sus perlas y devolver los encargos de manera disimulada.

Por espacio de un instante Marcos oyó una voz aguda de hombre enfadado. Luego un murmullo muy suave, después silencio. Y reapareció la señora de Savin.

—¿Quiere hacer el favor de pasar?

Apenas si Savin se movió en el sillón en que cuidaba su acceso de fiebre. Un maestro de pueblo no era nadie. Pequeño, calvo, tenía una triste cara terrosa, flaca y cansada, ojos amarillentos y barba clara de un rubio sucio. En su casa se ponía las levitas viejas, y aquel día el pañuelo de color que llevaba al cuello acababa de darle el aspecto de un viejecillo lleno de achaques y mal cuidado.

—Me dice mi mujer, caballero, que viene usted a propósito del abominable asunto en que, según se dice, va a verse comprometido el maestro Simón. Mi primer

impulso fue no recibirle, se lo confieso…

Pero se interrumpió. Acababa de ver sobre la mesa las flores de perlas que su mujer confeccionaba a su lado, a puerta cerrada, mientras él leía «Le Petit Beaumontais». Le lanzó una mirada terrible, que ella comprendió, pues se apresuró a cubrir el trabajo con el periódico, echado encima como al descuido.

—Y —repuso Savin— no crea usted por eso que soy reaccionario. Soy republicano, y aun republicano muy avanzado: no lo oculto. Mis jefes lo saben. Cuando se sirve a la República, ser republicano es cosa de simple honradez, ¿no es verdad? En fin, estoy al lado del Gobierno en todo y por todo.

Obligado a escucharle cortésmente, Marcos se contentó aprobando con un gesto de cabeza.

—En la cuestión religiosa mi pensamiento es bien sencillo: los curas deben quedarse en su casa. Soy anticlerical, como soy republicano… Pero —agregó enseguida— debe haber, en mi opinión, una religión para los niños y para las mujeres, y mientras la religión católica sea la del país, lo mismo da ésta que otra… Así, a mi mujer, aquí presente, la he hecho comprender que era conveniente y necesario para una mujer de su edad, y en su posición, que fuera a la iglesia, teniendo así ante el mundo una norma y una moral. Y, en efecto, va a los capuchinos.

La señora de Savin estaba azorada, ruborizado el semblante, con la vista fija en el suelo. Esta cuestión de la asistencia a la iglesia había sido durante mucho tiempo el principal motivo de discusión entre el matrimonio. A ella le repugnaba con toda su delicadeza encantadora, con todo su corazón dulce y recto. Savin, loco de celos, la acusaba sin cesar de lo que él llamaba sus infidelidades de pensamiento; sólo veía en la confesión y comunión una policía, un freno moral excelente para detener a las mujeres en la pendiente de la traición. Y ella tuvo que ceder y tomó el confesor escogido por él: el padre Teodosio, en quien presentía obscuramente un violador. Y ofendida, ruborizada, se encogió de hombros, obedeciendo como siempre en favor de la paz del hogar.

—En lo que se refiere a mis hijos —continúo Savin—, mis recursos no me permiten llevar al colegio a Aquiles y a Felipe, a los dos gemelos, y, naturalmente, los he llevado a la escuela laica, como funcionario y como republicano. Asimismo mi hija Hortensia va a la escuela que regenta la señorita Rouzaire, pues estoy en el fondo muy contento de que esta señorita tenga sentimientos religiosos y lleve a sus alumnas a la iglesia, pues es, en suma, su deber y sentiría que no lo hiciera… Los muchachos se las arreglan siempre. Y, no obstante, si no hubiese de dar cuenta de mi conducta a mis jefes, ¿cree usted que no hubiera obrado con más prudencia llevando a mis hijos a la escuela congregacionista?… Más tarde serían ayudados y sostenidos, mientras que de este otro modo vegetarán como yo vegeto.

Su amargura desbordaba y bajó la voz presa de vago temor.

—Ya ve usted que los curas son los más fuertes; debería uno estar con ellos.

Marcos le compadeció: tan digno de lástima le pareció aquel pobre ser raquítico, tembloroso, saturado de mediocridad y tontería. Se levantó, coligiendo ya la conclusión de aquellos discursos.

—Entonces, ¿el dato que deseaba preguntar a sus hijos?…

—Los niños no están aquí —contestó Savin—. Una señora vecina nuestra los ha llevado a paseo… Pero si estuvieran aquí, ¿debería yo permitir que le contestaran? Juzgue usted. Un funcionario en ningún caso puede tomar partido. Tengo ya bastantes disgustos en mi oficina para aceptar responsabilidades en esa vergonzosa historia.

Y cuando Marcos se apresuró a saludar, añadió Savin:

—No cabe duda de que, aunque los judíos devoren nuestra pobre Francia, nada tengo que decir contra ese señor Simón, si no es que debería prohibirse que los judíos pudieran ser maestros. Espero que «Le Petit Peaumontais» hará una campaña en ese sentido… La libertad y la justicia para todos: tal debe ser la aspiración de un buen republicano. Pero la patria ante todo, ¿no es verdad? ¡Cuando está en peligro, no hay más que la patria!

La señora Savin, que no había abierto la boca, acompañó a Marcos hasta la puerta, y en su constante azoramiento, en su sumisión de mujer esclava superior a su marido, se contentó con sonreír divinamente. Cuando Marcos casi estaba en la calle, encontró a los niños, que volvían con la vecina. La niña, Hortensia, de nueve años, era ya una mujercita linda y coqueta, con ojos que miraban con disimulo y brillaban de malicia, cuando no querían que fuesen de hipócrita piedad, aprendida en el colegio de la señorita Rouzaire. Pero los dos gemelos, Aquiles y Felipe, le interesaron más; eran dos gemelos flacos y pálidos, enfermizos como el padre, y cuyos siete años tenían ya el brote amargo y ladino de su sangre pobre. Empujaron a su hermana hacia la escalera y por poco la hicieron caer. Y cuando subieron y se abrió la puerta, descendieron gritos agudos de niño de pañales, los gritos del pequeño León, ya despierto en los brazos de su madre, que se disponía a darle el pecho.

En la calle, Marcos se sorprendió de hablar en voz alta. Era toda la gama, desde el campesino ignorante al empleadillo imbécil y miedoso, pasando por el obrero embrutecido, fruto dañado del salariado y del cuartel. Era inútil subir; el error se agravaba con el egoísmo estrecho y la despreciable cobardía. Si las conciencias estaban rodeadas de espesas tinieblas, parecía que la instrucción adquirida sin método, sin base científica seria, no abocaba sino a un envenenamiento de la inteligencia, a un estado de corrupción más inquietante aún. Instrucción, sí; pero instrucción total, limpia de hipocresía y mentira, que libere enseñando toda la verdad. Y Marcos, en el terreno estricto de su misión, aceptada apasionadamente para bien de un camarada, se puso a temblar ante el abismo de ignorancia, de error y de maldad que acababa de abrirse ante él. Su inquietud iba en aumento. ¡Qué terrible fracaso si un día se tuviera necesidad de aquellas gentes para una obra de verdad y de justicia! Y aquellas gentes eran Francia, la gran multitud pesada, inerte; mucha gente honrada, sin duda, pero una masa de plomo que clavaba a la nación al suelo, incapaz de mejor

camino, sin duda; incapaz de ser libre, justa, feliz, ya que era ignorante y estaba envenenada.

Cuando Marcos se dirigía lentamente hacia la escuela para contar a su amigo Simón el triste resultado de sus visitas, pensó de pronto que no había ido a ver a las señoras de Milhomme, las papeleras de la calle Corta. Y aunque no esperaba nada tampoco por ese lado, quería cumplir su encargo hasta el fin.

Los Milhomme fueron dos hermanos, de Maillebois, de los que el mayor, Eduardo, heredó de un tío una tiendecita de papelería, en la que iba viviendo con su mujer; muy amigo de su casa, era de aspiraciones modestas. Pero el menor, Alejandro, inquieto y ambicioso, estaba en camino de ganar una fortuna recorriendo la provincia como viajante de comercio. La muerte se los llevó a los dos; el mayor sucumbió primero en un trágico accidente, una caída al fondo de una cueva; el otro, seis meses después, fue aniquilado por una congestión pulmonar, en el otro extremo de Francia. Las dos mujeres quedaron, pues, viudas, una con su humilde tienda y la otra con unos veinte mil francos, las primeras economías de la fortuna esperada. Y fue la viuda de Eduardo, una mujer decidida y de hábil política, la que tuvo la idea de convencer a su cuñada, la viuda de Alejandro, para que se asociase con ella, para que colocase los veinte mil francos en el comercio de papelería, lo que permitiría añadir al comercio la venta de libros clásicos y material escolar. Cada una tenía un hijo, y desde entonces las señoras de Milhomme, como se las llamaba, la viuda de Eduardo con su pequeño Víctor, y la viuda de Alejandro con su pequeño Sebastián, tenían el mismo hogar y vivían en estrecha comunidad de intereses, a pesar de la oposición radical de su naturaleza.

La viuda de Eduardo frecuentaba la iglesia, no porque tuviera una gran fe, sino porque las necesidades de su comercio eran antes que todo, y tenía una clientela piadosa, a la que no podía descontentar. Al contrario, la viuda de Alejandro, liberada por su casamiento con un buen muchachote ateo, desertó de la iglesia, negándose a volver a poner los pies en ella. Y fue también la viuda de Eduardo, la de cabeza serena, la diplomática, la que sacó, de la manera más ingeniosa, partido de esta divergencia. Su clientela había aumentado, y su tienda, muy bien situada entre la escuela de los hermanos y la escuela laica, marchaba muy bien con su material clásico, conveniente para ambas: libros, cuadros, imágenes, sin contar los cuadernos, plumas y lápices. Decidieron que cada una conservaría su manera de pensar y de obrar, una con los curas, y otra con los librepensadores, de modo que quedaran satisfechos los dos partidos; y hasta como manifestación pública de ello, a fin de que nadie lo ignorase, Sebastián entró en la escuela laica, mientras que Víctor continuó en la escuela de los hermanos. Así, regulada y dirigida con superior destreza, la asociación prosperó, y las señoras de Milhomme tuvieron una de las tiendas más acreditadas de Maillebois.

Marcos se detuvo en la calle Corta, en la que no había más que dos casas, la papelería y la casa abadía, y contempló un instante aquel establecimiento, en cuyo

mostrador las imágenes de santidad se mezclaban con cuadros escolares que exaltaban la República, mientras que los periódicos ilustrados, que pendían de cordeles, casi obstruían la puerta. Iba al fin a entrar, cuando la viuda de Alejandro apareció en el umbral, alta y rubia, de aspecto muy dulce, el rostro ajado ya a los treinta años, pero alumbrado siempre por una débil sonrisa. Tenía junto a sus faldas a su pequeño Sebastián, a quien adoraba; era un niño de siete años, dulce y rubio como ella, muy guapo, los ojos azules, la nariz fina y la boca amable.

Conocía a Marcos y le habló la primera del horrible crimen, que parecía obsesionarla.

—¡Qué cosas pasan, señor Froment! ¡Y decir que eso ha sucedido ahí, tan cerca de nosotros! A ese pobre Ceferino le veía pasar todos los días al ir y al volver de la escuela, ¡y entraba con tanta frecuencia por sus cuadernos y sus plumas!… No duermo desde que vi el cadáver, una de las primeras.

Luego habló de Simón y de la pena que sentía como habla una mujer compasiva. Le juzgaba muy bueno, muy honrado, a causa del gran interés que se tomaba por su pequeño Sebastián, uno de sus discípulos más inteligentes y dóciles. Jamás le harían creer que Simón fuese capaz de acción tan horrible. El modelo de escritura de que tanto se hablaba nada probaría, aunque hubieran encontrado otro igual en la escuela.

—Nosotros los vendemos, señor Froment, y he buscado ya entre los que tenemos en el almacén… No hay ninguno con las palabras «Amaos los unos a los otros».

En aquel momento, Sebastián, que escuchaba atentamente, levantó la cabeza.

—Yo he visto uno igual. Mi primo Víctor trajo uno de la escuela de los hermanos en el que decía eso.

La madre se asombró.

—¿Qué dices? ¡No me habías hablado de eso!

—Claro; no me preguntaste. Además, Víctor me prohibió que dijera nada, porque no se pueden sacar los modelos del colegio.

—¿Y dónde está ése de que hablas?

—No lo sé. Víctor lo ha escondido para que no le riñan.

Marcos seguía la escena embargado, presa de viva alegría, palpitándole el corazón de esperanza. ¿Iba a salir al fin la verdad de la boca de aquel niño? Podía ser aquello el débil rayo de luz que se agranda poco a poco y resplandece con deslumbradora claridad. Y ya hacía preguntas claras y decisivas a Sebastián, cuando la viuda de Eduardo, acompañada de Víctor, volvió de una visita que había ido a hacer precisamente al hermano Fulgencio, a pretexto de un arreglo de cuentas.

Más alta aún que su cuñada, la viuda de Eduardo era morena y de aspecto viril, y tenía el rostro grande y cuadrado, el gesto brusco, la voz recia. Buena mujer en el fondo, honrada a su manera, no habría perjudicado en un céntimo a su asociada, sobre la que hacía pesar todo su dominio. En el hogar ella era el hombre, y la otra no tenía para defenderse más que su fuerza de inercia, su misma dulzura, que, tras semanas y aun meses, acababa por darle la victoria. Y Víctor era también, a los nueve años, un

muchachote cuadrado, de cabeza grande y morena, el rostro duro, en oposición completa a su primo Sebastián.

Puesta enseguida al corriente, la viuda de Eduardo miró severamente a su hijo.

—¿Un modelo? ¿Has robado un modelo del colegio de los hermanos y lo has traído a casa?

Víctor lanzó a Sebastián una mirada desesperada y furiosa.

—¡No, mamá!

—¡Sí, señor! Tu primo lo ha visto y no tiene costumbre de mentir.

El niño calló, no cesando de echar miradas terribles a su primo; y éste no se sentía muy tranquilo, pues admiraba la fuerza física de su camarada de juegos, ya que desempeñaba ordinariamente el papel de enemigo vencido y zurrado cuando jugaban juntos a la guerra. Daban en esos casos, bajo la dirección del mayor, espantosas carreras y trotes sinfín por la casa, a la que el menor, tan dulce y tierno, se dejaba arrastrar por una especie de terror que le atraía.

—No la habrá robado, desde luego —observó indulgentemente la viuda de Alejandro—. Tal vez la sacara de la escuela por descuido.

Y para que su primo le perdonara el haber sido indiscreto, Sebastián se apresuró a confirmar esta suposición.

Ya calmados, la viuda de Eduardo no exigía violentamente una contestación a Víctor, ante su silencio y su obstinación en no confesar. Acababa de reflexionar que era poco prudente liquidar aquella cuestión ante un extraño, sin medir todas sus graves consecuencias. Se vio tomando partido e indisponiéndose con la escuela de los hermanos o con la escuela laica, perdiendo de pronto una de sus dos clientelas. Y lanzó una mirada dominante a la viuda de Alejandro, mientras se contentaba con decir a su hijo:

—Esta bien. Entra, que enseguida vamos a arreglar eso. Piénsalo bien, y si no me confiesas la verdad te las entenderás conmigo.

Y luego, volviéndose hacia Marcos, prosiguió:

—Ya le diremos lo que haya de eso. Y cuente con que hablará, si no es que quiere recibir una tunda, de la que habrá de acordarse durante mucho tiempo.

Marcos no pudo insistir a pesar de su ardiente deseo de conocer inmediatamente toda la verdad para transmitirla a Simón como un alivio. No dudaba, sin embargo, del hecho decisivo, de la prueba triunfal que la casualidad acababa de poner en sus manos, y se apresuró a ir a casa de su amigo para darle cuenta de sus gestiones durante aquella tarde, de sus sucesivos fracasos en casa de los Bongard, en la de los Doloir y en la de los Savin, y —luego— de su hallazgo inesperado en la de las señoras de Milhomme. Simón le escuchó tranquilamente, sin testimoniar la gran alegría que Marcos esperaba. ¡Ah! ¿Había modelos iguales en la escuela de los hermanos? No le extrañaba. En lo que a él se refería, ¿para qué atormentarse, si era inocente?

—Te agradezco mucho el trabajo que te tomas, amigo mío —agregó—. Comprendo toda la importancia del testimonio de ese niño; pero ¿qué quieres?, no me puedo hacer a la idea de que mi suerte dependa de lo que éste dirá y de lo que aquél no dirá, desde el momento en que no soy culpable de nada. Esto, para mí, está claro como la luz del día.

Contento, Marcos rió de buena gana. Compartía ya aquella absoluta confianza. Y, después de charlar un instante, ya se retiraba, cuando volvió para preguntar:

—¿Ha venido por fin a verte el lindo Mauraisin?

—No, aún no ha venido.

—Entonces, querido, es que ha preferido conocer antes la opinión de todo Maillebois. Le vi esta mañana con el padre Crabot y luego con la señorita Rouzaire. Y durante mis diligencias de esta tarde creo haberle visto de nuevo dos veces, cuando se deslizaba furtivamente por la calle de los Capuchinos y cuando inmediatamente se dirigía a la alcaldía… Se informa para evitarse el disgusto de no estar al lado de los más fuertes…

Simón, tan tranquilo hasta entonces, tuvo un movimiento de inquietud, pues conservaba tímidamente el respeto y el temor de sus superiores. En toda aquella catástrofe, su única preocupación era el gran escándalo posible, que podía costarle su empleo, o, cuando menos, acarrearle una mala nota. E iba a confesar este recelo, cuando precisamente llegó Mauraisin, con aspecto frío y preocupado. Al fin se presentaba.

—Sí, señor Simón; me he apresurado a venir a causa de esa horrible historia. Estoy desesperado por la escuela, por ustedes y por todos nosotros. Es muy grave, muy grave, muy grave.

Y el inspector de primera enseñanza estiraba su pequeño cuerpo, dejando caer las palabras con severidad creciente. Dio un seco apretón de manos a Marcos, a quien sabía muy querido de su superior, el inspector académico Le Barazer. Pero le miraba de reojo, a través de sus eternos lentes, como invitándole a retirarse. Marcos no pudo quedarse más tiempo, muy contrariado por dejar a Simón, al que veía palidecer ante aquel hombre de quien dependía, él que se mostró tan animoso desde por la mañana. Acabó por volver a su casa bajo la mala impresión nueva, causada por la actitud desfavorable de Mauraisin, en quien adivinaba un traidor.

La velada transcurrió muy tranquila en casa de «aquellas señoras». Ni la señora de Duparque ni la señora de Berthereau hablaron nuevamente del crimen; y la casita se volvió a dormir en su paz inanimada, como si nada hubiera penetrado allí de la calle trágica. Marcos creyó prudente no decir palabra tampoco y no habló del agitado empleo de su tarde. Al acostarse se contentó con decir a su mujer que estaba completamente tranquilo por la suerte que hubiera de correr su amigo Simón. Genoveva se mostró contenta, y hablaron hasta muy tarde, pues no estaban jamás solos en aquella casa en que se hallaban como extraños y donde no podían hablar con libertad. Su sueño, uno en brazos del otro, fue delicioso, reparador de todo su ser.

Pero por la mañana Marcos tuvo la dolorosa sorpresa de ver en «Le Petit Beaumontais» un artículo infame contra Simón. Recordaba la nota de la víspera, tan simpática, colmando de elogios al maestro, y he aquí que en un día daba la vuelta por completo y el judío se encontraba salvajemente sacrificado, acusado claramente del crimen innoble, con una extraordinaria perfidia de hipótesis e interpretaciones falsas. ¿Qué había pasado? ¿Qué poderosa influencia había actuado? ¿De dónde procedía aquel artículo lleno de veneno, tan cuidadosamente construido para condenar definitivamente al judío en la ignorancia popular, ávida de mentiras? Aquel melodrama de misteriosas complicaciones, de extraordinarias inverosimilitudes de cuento azul, iba a ser, bien lo sabía, la leyenda convertida en realidad, la verdad cierta a que se aferraría la gente. Y tuvo otra vez, cuando terminó, la sensación de un oculto trabajo en la sombra, de la inmensa tarea que desde la víspera realizaban fuerzas misteriosas, a fin de perder al inocente y de salvar de ese modo al culpable desconocido.

Sin embargo, no había ocurrido nada nuevo. El juzgado no había vuelto a presentarse: sólo continuaban allí los gendarmes custodiando el cuarto del crimen, donde el pobre cuerpecito del niño esperaba el entierro. La víspera, la autopsia sólo pudo confirmar la brutalidad de la violación, con detalles inmundos. Ceferino murió estrangulado, como lo indicaban en su cuello los diez dedos frenéticos marcados con señales violáceas. Se acababa de acordar que el entierro se verificase por la tarde, y se hacían preparativos para darle una solemnidad vengadora. Se decía que asistirían a él las autoridades, así como todos los condiscípulos del niño, la escuela de los hermanos en pleno.

Marcos, de nuevo intranquilo, pasó, pues, una mala mañana. No volvió enseguida a casa de Simón, pues se proponía ir por la noche, después del entierro. Se limitó a pasear a través de Maillebois, que le pareció aletargado, harto de horrores, en espera del próximo espectáculo. Algo repuesto, acababa de almorzar con las señoras, alegre por la charla de Luisita, muy contenta aquel día, cuando Pelagia, la criada, que servía el postre, una magnífica tarta de ciruelas, no pudo ocultar la gran alegría que sentía.

—¿Sabe usted, señora, que están a punto de detener a ese bandido de judío?… ¡No está mal, no está mal!…

Muy pálido, Marcos preguntó:

—¿Van a detener a Simón? ¿Cómo lo sabe usted?

—Todo el mundo lo dice, señorito. El carnicero de enfrente se ha apresurado a ir a verle.

Marcos tiró la servilleta, se levantó y salió sin tocar la tarta. Las señoras quedaron sin aliento, heridas por aquella manera de comportarse. La propia Genoveva parecía disgustada.

—Se vuelve loco —dijo secamente la señora de Duparque—. ¡Ay, nena, ya te lo advertí! Donde no hay religión, no hay felicidad posible.

En efecto, una vez en la calle, Marcos vio que pasaba algo extraordinario. Todos los tenderos estaban en sus puertas, la gente corría, se oían exclamaciones, una ola creciente de gritos y rechifla. Dióse prisa, y ya entraba en la calle Corta, cuando distinguió a las señoras de Milhomme, con sus hijos, en el umbral de la papelería, muy interesadas también en el gran acontecimiento. Enseguida pensó que allí había un buen testimonió, del que había que asegurarse.

—¿Es verdad —les preguntó— que detienen al señor Simón?

—Sí, señor Froment —contestó la viuda de Alejandro con su habitual dulzura—. Acabamos de ver pasar al comisario.

—¿Sabe usted? —dijo a su vez la viuda de Eduardo mirándole cara a cara, sin esperar la pregunta que leía ya en los ojos de Marcos—. Ese pretendido modelo de escritura jamás lo ha tenido Víctor entre sus manos. Le he interrogado y estoy convencida de que no miente.

El niño levantó su barbilla cuadrada y sus grandes ojos con tranquilo impudor.

—No, desde luego no miento.

Sorprendido, helado el corazón, Marcos se volvió hacia la viuda de Alejandro.

—Entonces, señora, ¿qué es lo que decía su hijo? Afirmaba que vio ese modelo en manos de su primo.

Turbada, la madre no contestó inmediatamente. Sebastianito, tan afectuoso, se refugió entre sus faldas como para esconder la cara. Temblando, maquinalmente su madre le acariciaba los cabellos y parecía rodearle la cabeza de una protección inquieta.

—Sin duda, señor Froment, lo vio, creyó verlo; pero ya no está muy seguro, cree engañarse. Así es que, como comprenderá usted, no es posible decir nada.

No queriendo insistir cerca de las dos mujeres, Marcos se dirigió directamente al niño.

—¿Es verdad que no has visto el modelo? No hay nada en el mundo, hijo mío, más feo que una mentira.

Sebastián, sin contestar, hundió más la cara en las faldas de su madre y estalló en sollozos. Era evidente que la viuda de Eduardo impuso su voluntad de buena comerciante que temía perder una u otra de las dos clientelas si tomaba partido. Se había vuelto de roca; nada se sacaría de ella. No obstante, se dignó explicar discretamente las razones de su proceder.

—¡Dios mío, señor Froment! Nosotras, que tenemos necesidad de todo el mundo a causa de nuestro comercio, no vamos contra nadie… Sólo que, hay que decirlo, todas las apariencias acusan al señor Simón. Ese tren que dice que perdió, el billete de vuelta que tiró en la estación, el regreso a pie, ese viaje de seis kilómetros sin que nadie le viese… Luego, ya lo sabe usted, la señorita Rouzaire oyó perfectamente ruido hacia las once menos veinte, cuando él asegura que no volvió hasta una hora más tarde. ¡Dígame usted, además, si no es extraño que el señor Mignot tuviera que ir

a despertarle después de las ocho, cuando habitualmente se levanta tan temprano!… En fin, se justificará tal vez; deseémoslo por él.

Marcos la interrumpió con un gesto. La viuda de Eduardo recitaba lo que él acababa de leer en «Le Petit Beaumontais», cosa que le asustó. Envolvió en una mirada a las dos mujeres: una, que era la inconsciente testaruda; la otra, temblando, incluso presa de un calofrío, ante su brusca mentira, cuyas consecuencias podían ser tan graves. Las dejó y corrió a casa de Simón.

Frente a la puerta había un coche cerrado que guardaban dos agentes. La consigna era rigurosa, pero al fin Marcos consiguió que le dejaran entrar. Mientras otros dos agentes vigilaban a Simón en el mismo salón de la escuela, el comisario de policía, que llegó con un auto de prisión firmado por el juez de instrucción Daix, procedía a un nuevo registro minucioso en toda la casa, en busca sin duda del famoso modelo caligráfico. Pero no encontró nada. Y habiéndose permitido Marcos preguntar a uno de los agentes si se había hecho un registro igual en la escuela de los hermanos de la Doctrina Cristiana, éste le miró asombrado. ¿Un registro en la escuela de los hermanos? ¿Por qué? Pero ya Marcos se reía de su propia ingenuidad; podían ir a la escuela de los hermanos, pues debería hacer mucho rato que lo habrían quemado todo, destruido todo. Se contenía para no gritar su protesta; la impotencia en que se sentía para demostrar la verdad le llenaba de desesperación. Durante una hora aún hubo de esperar en el vestíbulo a que el agente terminara su registro. Al fin pudo ver un instante a Simón, cuando los agentes se lo llevaban. La señora de Simón y sus dos hijos estaban allí también, y ella se echó sollozante al cuello de su marido, mientras el comisario, un buen hombre, aunque algo brusco, hacía como que tenía que dar sus últimas órdenes. Fue una escena desgarradora.

Simón, destrozado, lívido ante aquel hundimiento de su carrera, se esforzaba por mostrarse tranquilo.

—No te disgustes, querida. Esto no puede ser más que un error, un espantoso error. Seguramente todo se explicará cuando me interroguen, y volveré enseguida.

Pero ella sollozaba más violentamente, su hermoso rostro inundado de lágrimas, desencajado, mientras levantaba a José y a Sara, los pobres niños, para que Simón los besara una vez más.

—Sí, sí, pobrecitos míos; quiéreles mucho, cuídales mucho, hasta mi vuelta… No llores más, te lo ruego; vas a quitarme todo el valor.

Se desprendía de su abrazo cuando distinguió a Marcos, y sus ojos se iluminaron con una alegría infinita. Vivamente cogió la mano que le tendía.

—¡Gracias, compañero, gracias! Avisa enseguida a mi hermano David y dile que soy inocente. Él buscará por todas partes y encontrará al culpable; a él fío mi honor y el de mis hijos.

—Queda tranquilo —contestó sencillamente Marcos, ahogado por la emoción—. Yo le ayudaré.

Volvió el comisario, que puso fin a la escena. Y fue preciso llevarse a la señora de Simón, enloquecida, en el momento en que él salía entre los dos agentes de policía. Lo que pasó entonces fue monstruoso. El entierro de Ceferino había de verificarse a las tres de la tarde, y la detención de Simón se fijó para la una, a fin de evitar una coincidencia enojosa. Pero el registro se prolongó de tal modo, que se verificó el encuentro. Cuando apareció Simón en lo alto de la pequeña escalinata, la plaza estaba ya llena de curiosos que acudieron a ver el entierro en un impulso de piedad enfebrecida y charlatana. Esta multitud, nutrida de los cuentos de «Le Petit Beaumontais», estremecida aún por el horror del crimen, se puso a gritar en cuanto vio al maestro, al judío maldito, el asesino de niños, que necesitaba, para sus maleficios, de aquella sangre virgen, aún santificada por la hostia. Era la leyenda, ya indestructible, que corría de boca en boca, enloqueciendo a la muchedumbre rugiente y amenazadora.

—¡Muera, muera el asesino, el sacrílego!… ¡Muera, muera el judío!

Helado, más pálido y más rígido, Simón contestó, desde lo alto de las escaleras, con un grito que no había de cesar ya, que había de salir continuamente de sus labios como la voz misma de su conciencia:

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente!

Entonces se desató el furor, los silbidos cruzaban la atmósfera como una tempestad, una ola inmensa estalló para apoderarse del desgraciado, arrastrarle y destrozarle.

—¡Muera, muera el judío!

Los agentes empujaron vivamente a Simón al carruaje, y el cochero lanzó su caballo al galope, mientras el maestro, sin cansarse, seguía gritando sobre el tumulto:

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente! ¡Soy inocente!

Detrás del coche, a lo largo de la calle Mayor, corría la multitud silbando más fuerte. Y Marcos, que se quedó en la plaza aturdido, con el corazón angustiado, pensaba en la manifestación contraria, en los rumores de indignación, en las explosiones de protesta con que la antevíspera acogieron la terminación del reparto de premios en la escuela de los hermanos. Dos días apenas habían bastado para mudar por completo la opinión, y estaba aterrado de la habilidad incomparable, de la rapidez cruel con que habían obrado las manos misteriosas que acababan de acumular tan espesas tinieblas. Su esperanza fallaba; sentía obscurecerse la verdad, vencida, en peligro de muerte. Jamás había experimentado semejante depresión.

Pero se formaba la comitiva para el entierro de Ceferino. Y Marcos vio cómo la señorita Rouzaire, que conducía a las niñas de su clase, asistió al calvario de Simón sin un gesto de simpatía, con el aire gazmoño de su religión oficial. Mignot, que se hallaba rodeado de unos cuantos discípulos, tampoco fue a estrechar la mano de su director, y su semblante desagradable y molesto indicaba que sostenía una lucha entre su buen corazón y su interés. Al fin, la comitiva desfiló y se dirigió hacia la iglesia de San Martín, con pompa extraordinaria. También se veía allí el gran cuidado con que

manos sabias lo habían organizado todo para enternecer a la población y exaltar su piedad y su ansia de venganza. Primero, rodeando la cajita del muerto, iban los camaradas de Ceferino que habían tomado con él la primera comunión hacía poco. Luego el alcalde Darras, acompañado de las autoridades, que presidía el duelo. Inmediatamente todos los alumnos de los hermanos, presididos por el hermano Fulgencio, seguido de sus tres auxiliares los hermanos Isidoro, Lázaro y Gorgias. Se notó mucho la importancia del hermano Fulgencio, yendo, viniendo, ordenando, llevando su afán hasta ocuparse de las niñas de la señorita Rouzaire, como si hubieran estado bajo sus órdenes. Asistían asimismo algunos capuchinos, con su superior el padre Teodosio, jesuitas llegados del Colegio de Valmarie, con el rector, el padre Crabot, sacerdotes que acudieron de todas partes, tal lluvia de hábitos y sotanas, que parecía haberse movilizado la Iglesia entera, a fin de asegurarse el triunfo, reclamando como suyo aquel pobre cuerpecillo profanado y ensangrentado, conducido entre tan espléndido cortejo. Al paso del mismo las gentes estallaban en sollozos, y se oían voces furiosas que gritaban:

—¡Mueran los judíos! ¡Mueran los judíos!

Un último incidente acabó de instruir a Marcos, cuyo corazón se hallaba anegado de amargura. Vio entre la multitud al inspector de primera enseñanza Mauraisin, llegado sin duda de Beaumont, como la víspera, para adoptar una línea de conducta. Y en el momento en que pasaba el padre Crabot, vio cómo cruzaban una sonrisa y cambiaban un discreto saludo como personas que se comprendían y estaban de acuerdo. Toda la monstruosa iniquidad tejida en la sombra desde hacía dos días se le apareció con claridad meridiana, mientras las campanas de San Martín doblaban por el pobre niño asesinado, cuyo trágico fin iba a explotarse.

Pero una mano ruda se posó sobre el hombro de Marcos, y una voz de rabiosa ironía le hizo volver la cabeza.

—¿Qué? ¿Qué es lo que le dije a usted, mi bueno y cándido compañero? El perro judío ya está convicto de haber violado y atropellado a su sobrino, y mientras él marcha hacia la cárcel de Beaumont, ¡he aquí que triunfan los hermanos!

Era el maestro Férou, el hambriento rebelde, más desgarbado aún que de costumbre, con sus cabellos en desorden y su larga cabeza huesuda, en la que su ancha boca reía con sarcasmo.

—¿Cómo acusarles, si el muertecito es suyo, de ellos solos, de su Dios? ¡Nadie se atreverá seguramente a acusarles, después de haber visto todo Maillebois enterrar el niño con gran procesión! Lo más gracioso es el zumbido de ese moscón impertinente, de ese imbécil hermano Fulgencio, que se mete en todo. ¡Demasiado celo! Y ya ha visto usted al padre Crabot, con su finísima sonrisa, detrás de la cual no debe esconderse poca idiotez, a pesar de su renombre de habilidad triunfante. Acuérdese de lo que le digo: el más fuerte, el único fuerte de todos es futuramente el padre Filibín, que aparenta ser un majadero. A ése ya puede usted buscarle hoy por aquí, que no le encontrará. Está escondido en la sombra, y tenga la seguridad de que trabaja

a conciencia… No sé quién es el culpable, ninguno de éstos seguramente, pero es del corro, eso salta a la vista, y moverán cielo y tierra antes que entregarle.

Y luego, viendo que Marcos, anonadado y silencioso, movía la cabeza, agregó:

—Y ya comprenderá usted que se ha presentado buena ocasión para aniquilar la escuela laica. ¡Un maestro municipal pederasta y asesino! Qué máquina de guerra, ¿eh? ¡Cómo van a ajustarnos las cuentas a todos nosotros, los sin Dios y sin patria!… ¡Muerte a los vendidos y a los traidores! ¡Muerte a los judíos!

Y se perdió entre la multitud, agitando sus largos brazos. Como decía en la exageración de sus amargas bromas, le era igual en el fondo morir sobre una hoguera, revestido de una camisa azufrada, que morirse de hambre en su miserable escuela de Moreux.

Por la noche, después de una comida silenciosa en compañía de «aquellas señoras», en la fría casita, cuando Marcos se acostó con Genoveva, ésta, que le veía desesperado, le cogió dulcemente en un abrazo de amante, y se deshizo en lágrimas. Él se conmovió lo indecible, pues aquel día había sentido entre ellos como una desviación ligera, un comienzo de separación. La estrechó contra su corazón, y lloraron juntos largo tiempo sin hablar.

Luego, con voz algo vacilante, ella acabó por decir:

—Escucha, querido Marcos, creo que haríamos bien no permaneciendo más en casa de la abuela. Nos marcharemos mañana.

Muy sorprendido, Marcos la preguntó:

—¿Es que se ha cansado de nosotros y te has encargado de decírmelo?

—No, no… Al contrario, eso disgustaría mucho a mamá. Habría que inventar un pretexto, hacer que nos enviaran un telegrama…

—Entonces, ¿por qué no pasar aquí el mes entero, como siempre? Hay sin duda algún rozamiento, pero no me quejo.

Genoveva se quedó indecisa un instante, porque no se atrevió a confesar su oculta inquietud de haberse sentido un poco separada de su marido durante toda la tarde, en la atmósfera de hostilidad santurrona en que la hacía vivir su abuela. A Marcos le pareció que las ideas y los sentimientos de soltera reverdecían en ella, la hacían chocar contra su vida actual de esposa y madre. Pero fue apenas un roce, y Genoveva volvió a sentirse alegre y confiada con las caricias de Marcos. Cerca de ella, en la cuna, oía la dulce y regular respiración de su Luisita.

—Tienes razón, quedémonos y cumple con lo que creas que es tu deber. Nos amamos demasiado para no ser felices siempre.

# III

Desde entonces no se habló del asunto Simón en la casita de «aquellas señoras». Se evitaba hasta la menor alusión para evitar penosas discusiones. Durante las comidas se hablaba sencillamente del tiempo, como si se hallaran a mil leguas de Maillebois, donde soplaba una pasión cada día más furiosa, una tempestad tal de discusiones, que viejas amistades de treinta años, y hasta familias, reñían entre sí, llegando a las amenazas y a los golpes. Y Marcos, tan indiferente y callado en casa de la familia de Genoveva, era fuera uno de los más fogosos, el heroico paladín de la verdad y la justicia.

La noche de la detención de Simón decidió a la mujer de éste a que se refugiara, con los niños, en casa de sus padres, los Lehmann, los sastres que vivían en una casa estrecha y obscura de la calle del Hoyo. Era época de vacaciones, la escuela se hallaba cerrada y, además, quedaba para guardar el local del maestro auxiliar, Mignot, que estaba entregado por entero a sus excursiones matinales de pesca en el Verpille, el río próximo. La misma señorita Rouzaire renunció aquel año a su habitual viaje a casa de una tía suya que vivía muy lejos, queriendo asistir al proceso, en el que su testimonio debía tener tanta importancia. Y la señora de Simón, dejando los muebles para que no se pensase en una fuga desesperada, en una confesión del crimen, en falta de esperanza en el retorno, se fue con José y Sara a la calle del Hoyo, llevando una sola maleta, como si fuera sencillamente a pasar unas semanas en casa de su familia.

Desde entonces, no pasó un día sin que Marcos visitara a los Lehmann. La calle del Hoyo, que daba a la calle Plaisir, era una de las más sórdidas del barrio pobre, y la casa, con un piso, sólo tenía en la planta baja una tienda obscura y una trastienda más obscura aún, y luego, encima, tres habitaciones, a las que se subía por una escalera tétrica, sin contar, más arriba aún, la amplia bohardilla, única pieza a la que descendía a veces un rayo de sol. La trastienda, de una humedad verdosa de cueva, servía a la vez de cocina y de comedor. Raquel volvió otra vez a su triste alcoba de soltera, y el viejo matrimonio hubo de contentarse con una sola habitación, para abandonar la tercera a los dos niños, que tenían felizmente la gran bohardilla para ellos, un amplio y alegre salón de recreo. Para Marcos era constante motivo de asombro que una adorable mujer como Raquel, de tan extraordinaria belleza, se criara en tal pocilga, con padres necesitados, bajo el peso del largo atavismo de inquietud y miseria. A los cincuenta años, el tío Lehmann era el judío clásico, pequeño y delgado, nariz larga, ojos inquietos, la boca perdida en el fondo de una espesa barba gris. El oficio le había encorvado, dejándole un hombro más alto que otro, lo que añadía a su actitud humilde una especie de angustioso embarazo. Su mujer, que tiraba de la aguja como él, desde la mañana hasta la noche, se perdía en su sombra, más esfumada aún por su humildad y oculta angustia. Los dos llevaban una existencia difícil, se ganaban apenas la vida con un trabajo afanoso, gracias a una clientela adquirida lentamente: los escasos israelitas que en la comarca vivían sin apuros, y algunos cristianos que

buscaban la baratura. El oro de Francia, de que rebosaban los judíos, si había que creer a los antisemitas, no se guardaba ciertamente allí, y el corazón se oprimía de lástima ante aquellos dos viejos tan fatigados y tan pobres, siempre temblando por si les quitaban de la boca el pan pagado tan caro.

Pero en casa de los Lehmann conoció Marcos a David, el hermano de Simón. Acababa de llegar, llamado por un telegrama el día de la detención. Tres años mayor, era más alto y más fuerte que su hermano; tenía la cara redonda, con trazos firmes y ojos claros y enérgicos. Después de la muerte de su padre, relojero de Beaumont, arruinado por un proceso, y mientras su hermano Simón entraba en la Escuela Normal, David sentó plaza y sirvió doce años. Luego, teniente ya, en el momento de pasar a capitán, después de luchas y amarguras sin cuento, pidió el retiro, no encontrándose con valor para resistir las vejaciones a que por ser judío le sometían sus compañeros y sus jefes. De eso hacía cinco años. Simón iba a casarse con Raquel Lehmann, enamorado de su belleza, y David, que permaneció soltero, hombre de iniciativas y de energía, descubrió un negocio, la explotación en que nadie pensó, de vastos yacimientos de arena y grava, hasta entonces inútiles. Se hallaban en la finca de Désirade, que pertenecía aún al banquero multimillonario barón Nathan, quien consintió en cederlas por módico precio, en arrendamiento durante treinta años, a aquel correligionario cuya actividad y franco espíritu de trabajo le sedujeron. Y así fue cómo David se puso en camino de realizar una fortuna, habiendo ganado ya un centenar de miles de francos en tres años, y se encontraba a la cabeza de un gran negocio que le absorbía todo el tiempo.

No obstante, no dudó. Lo dejó todo, confiando la empresa a un contramaestre en quien tenía confianza. Desde su primera conversación con Marcos, su convicción de la inocencia de su hermano fue absoluta. Por otra parte, no lo había dudado un instante, ante la imposibilidad material de que semejante acto lo cometiera tal hombre, que era el hombre a quien más conocía en el mundo, un igual a él. Eso lo consideraba tan cierto como la luz del día. Pero, a pesar de su sangre fría, mostraba gran prudencia, nacida de la necesidad de no perjudicar a su hermano y de la sensación que sentía de su impopularidad de judíos. Así, cuando Marcos le contó apasionadamente sus sospechas, la culpabilidad necesaria, segura, de uno de los hermanos de la Doctrina Cristiana, se esforzó por tranquilizarle, de acuerdo con el fondo, pero deseoso de que no se abandonase la pista del vagabundo, del asesino casual entrado y salido por la ventana. Temía excitar más a la opinión con una acusación sin pruebas, y preveía las omnipotencias coaligadas contra las que se estrellaría si no tenía en su mano el hecho decisivo. Y mientras tanto, a fin de que Simón se beneficiara de la duda en el espíritu de los jueces, ¿por qué no recoger la hipótesis de aquel vagabundo, que todo el mundo admitió en el momento de descubrirse el crimen? Era una excelente base de operaciones provisional, pues los hermanos se hallaban demasiado apercibidos y protegidos, para que una campaña contra ellos no se volviese contra el acusado.

David pudo, al fin, ver a Simón en presencia del juez de instrucción, Daix, y se sintieron un solo corazón, una sola voluntad severa y firme, en el largo abrazo cambiado. Le volvió a ver enseguida en la cárcel, y las noticias que llevaba de él a casa de los Lehmann eran siempre las mismas: una gran desesperación, un continuo e inquietante trabajo cerebral para descifrar el enigma, una extraordinaria energía para defender su honor y el de sus hijos. Cuando David contaba su visita, en presencia de Marcos, en la tiendecita obscura, éste se emocionaba profundamente ante las mudas lágrimas de la esposa de Simón, tan bella y dolorosa en su abandono de mujer amante, aniquilada por el destino. Los Lehmann tampoco hallaban más que suspiros, una desesperación loca de pobres gentes resignadas al desprecio. Continuaban tirando de la aguja, convencidos también de la inocencia de su yerno, pero no atreviéndose siquiera a proclamarla en voz alta ante su clientela, temerosos de agravar el caso y de perder su pan. Lo peor era que la efervescencia crecía en Maillebois, y que una banda de alborotadores, una noche, fue a romper los cristales de la tienda. Hubo que cerrar las puertas a escape. Pequeños carteles manuscritos citaban a los patriotas para quemar la casa. Y durante unos cuantos días, un domingo, sobre todo a la salida de una solemnidad religiosa en los capuchinos, la pasión antisemita fue tal, que el alcalde Barras tuvo que pedir policía a Beaumont, juzgando necesario custodiar la calle del Hoyo, a fin de impedir algún desmán.

De hora en hora el asunto se desviaba y envenenaba, se convertía en una batalla social en la que los partidos iban a destrozarse. Sin duda al juez Daix le dieron órdenes para que activase la instrucción del proceso. En menos de un mes convocó e interrogó a todos los testigos: Mignot, la señorita Rouzaire, el padre Filibín, el hermano Fulgencio, niños de la escuela, empleados de ferrocarriles. El hermano Fulgencio, con su exuberancia ordinaria, se preocupó de que sus tres auxiliares, los hermanos Isidoro, Lázaro y Gorgias, fuesen interrogados también, y hasta exigió que se practicase un registro en su escuela a propósito del modelo de escritura: nada se encontró, naturalmente. Pero Daix juzgó que debía sobre todo proceder a una minuciosa investigación acerca del vagabundo que pudo, la noche del miércoles al jueves, introducirse donde se hallaba la víctima. En cada uno de sus interrogatorios, Simón no cesó de lanzar su grito de inocencia, diciéndole sencillamente al juez que buscara al culpable. Y éste acababa de lanzar sobre los caminos a toda la gendarmería del departamento; se había detenido y luego puesto en libertad a unos cincuenta vagabundos, sin llegar a tener la menor pista racional. Un buhonero estuvo tres días en la cárcel inútilmente. De modo que Daix, obligado a descartar la hipótesis del vagabundo, se encontraba siempre solo ante el modelo de escritura, única pieza del proceso, sobre la que tendría que construir toda la acusación. Con esto renació la confianza en el ánimo de Marcos y de David, pues les parecía imposible que se pudiese formular una acusación seria a base de aquel trocito de papel, de importancia tan discutible. Como repetía David, no se había hallado al vagabundo, pero no por ello subsistía menos la hipótesis de su existencia, la duda. Y si se agregaba a eso la

falta de pruebas contra Simón, las inverosimilitudes morales, su continuo grito de inocencia, ¿cómo creer que un juez de instrucción de alguna conciencia pudiese declararle culpable? Era seguro el sobreseimiento, y con él contaron bien pronto formalmente.

No obstante, algunos días, Marcos y David, que actuaban fraternalmente juntos, perdían parte de sus esperanzas. Desde que el sobreseimiento parecía imponerse como un simple acto de sentido común, llegaban hasta ellos desagradables rumores. La condena de un inocente era la seguridad para siempre del verdadero culpable. Y la congregación se agitaba desesperadamente. Al padre Crabot se le había visto multiplicando sus visitas mundanas a Beaumont y comiendo con personajes oficiales de la Administración, de la Magistratura y hasta universitarios. Por todas partes, en suma, se encarnizaba la batalla a medida que el judío parecía tener más probabilidades de ser absuelto. Entonces fue cuando a David se le ocurrió interesar en el caso de su hermano al barón Nathan, el gran banquero y antiguo propietario de la Désirade. Precisamente acababa de saber que el barón se encontraba veraneando en casa de su hija, la condesa de Sangleboeuf, la que había llevado en dote a su marido la regia posesión de la Désirade, con diez millones además. Así es que una hermosa tarde de agosto, David se llevó a Marcos, que también conocía al barón, dando un delicioso paseo a pie, porque la finca se encontraba a dos kilómetros todo lo más de Maillebois.

El conde Héctor de Sangleboeuf, el último de los Sangleboeuf, uno de cuyos antepasados fue escudero de San Luis, estaba a los treinta y seis años completamente arruinado, luego de haberse comido las migajas de la fortuna devorada por su padre. Habiendo sido coracero, se retiró cansado de la vida de cuartel y vivía con la marquesa de Boise, diez años mayor que él, viuda y demasiado amiga de su bienestar para casarse con él ante el desastroso porvenir de sus dos miserias unidas entre sí. Y decíase que ella fue quien tuvo la ingeniosa idea de maquinar el matrimonio de él con Lía, la hija del banque lo Nathan, una joven de veinticuatro años, de una belleza perfecta y llena de millones. Nathan trató el asunto con perfecto conocimiento de causa, sin perder nada de su acostumbrada lucidez, sabiendo muy bien lo que daba y lo que en cambio recibía, y añadiendo su hija a los diez millones que salían de su caja para tener un yerno conde, perteneciente a una nobleza antiquísima y auténtica, lo cual le abría un mundo cerrado hasta entonces. Por cierto que acababan de hacerle barón, por lo que, finalmente, se evadía de la judería secular, del universal desprecio que constituía para él una terrible pesadilla. Manipulador de dinero con montones de oro, sólo sentía una furiosa necesidad de ser como los católicos que también manipulaban dinero, un hombre que gozara su orgullo y su dominio, un príncipe de la fortuna reverenciado, honrado y adorado, y, sobre todo, libre del obsesionante temor a los puntapiés y a los salivazos. Así es que ahora triunfaba instalándose en casa de su yerno, en la Désirade y obteniendo de su hija la condesa un inmenso beneficio de elevada consideración. Por lo demás, era tan poco judío que se había alistado entre

los más feroces antisemitas y, por añadidura, se había hecho fervoroso monárquico, patriota y salvador de Francia. Y la marquesa de Boise, fina y sonriente, tenía que moderarlo, luego de haber obtenido en el negocio, maduramente discutido y realizado, todo el provecho que esperaba para su amigo Héctor de Sangleboeuf y para sí misma.

El matrimonio, en efecto, no había cambiado en nada la situación, ya que la única novedad era que la hermosa Lía había sido añadida a la pareja ya antigua que formaban la marquesa y el conde. La marquesa, todavía bella, con una sazonada hermosura rubia, no era, desde luego, celosa en el sentido estricto de la palabra, pues resultaba demasiado inteligente para no mezclar los áureos placeres de la vida con la felicidad de las largas relaciones apacibles. Además, conocía a Lía, mármol admirable, ídolo de egoísmo con estrechas miras, la cual sentíase feliz de hallarse en el fondo de un santuario donde la adoraban los circunstantes sin fatigarla demasiado. Ni siquiera leía, porque se cansaba enseguida; solía pasar los días sentada, rodeada de atenciones y ocupada en su propia persona. Seguramente no ignoró mucho tiempo la verdadera situación de la marquesa respecto a su marido; pero descartó la molestia de una preocupación penosa, ya que, además, ella misma no podía prescindir de aquella amiga que la rodeaba de caricias, manifestaba continuamente su admiración y le prodigaba palabras cariñosas llamándole «gatita mía», «preciosilla» y «tesoro mío». Nunca hubo amistad más sentida, por lo que la marquesa no tardó en tener habitación y cubierto en la Désirade. Luego, se le ocurrió otra idea genial, consistente en emprender la conversión de Lía a la religión católica. La joven se aterrorizó al principio, temiendo que la trastornaran con ejercicios y prácticas. Pero en cuanto intervino en el asunto el padre Crabot, éste allanó los caminos demasiado abruptos con su especial gracia mundana. Y fue precisamente el barón Nathan, el padre de Lía, quien decidió a su hija, entusiasmado con la idea de la marquesa como si esperara limpiarse un poco su vergonzosa judería en las aguas de aquel bautismo. La ceremonia emocionó a la alta sociedad de Beaumont y se habló siempre de ella como un gran triunfo de la Iglesia.

Finalmente, la marquesa de Boise, que dirigía maternalmente a Héctor de Sangleboeuf, como si éste fuera un hijo mayor poco inteligente y dócil, hizo que le nombraran diputado de Beaumont, gracias a los vastos dominios y a los millones que su mujer le había llevado en dote. Seguidamente le exigió que ingresara en el reducido grupo de los reaccionarios oportunistas unidos a la república con la esperanza de empujarle algún día a un alto puesto. Lo chocante del caso fue que el barón Nathan, judío apenas libertado de la infamia ancestral, resultó un monárquico intransigente, mucho más monárquico que su yerno, a pesar del Sangleboeuf que había sido escudero de San Luis. Triunfaba con su hija bautizada, para la que había escogido su nuevo nombre de María y a la que nada más llamaba María por una especie de devota afectación. También triunfaba con su yerno, diputado, pensando sin duda utilizarle y gozando, por lo demás, un desinteresado placer en aquella mansión

mundana llena de eclesiásticos y donde no se hablaba más que de obras piadosas a las que la marquesa de Boise asociaba ahora a María, con la que cada vez se entendía más estrecha y tiernamente.

Cuando David y Marcos, luego de hablar con el portero, se encontraron en el parque de la Désirade, acortaron el paso, disfrutando del espléndido día de agosto y maravillados por la belleza de los grandes árboles, por la infinita dulzura del césped y por la deliciosa frescura de las aguas. Era una regia mansión con encantadores túneles de verdura, al fondo de los cuales se veía desde todas partes el castillo, un suntuoso castillo Renacimiento semejante a un encaje de piedra sonrosada sobre el azul del cielo. Y ante aquel paraíso de los millones judíos, ante el esplendor de la fortuna que el judío Nathan, traficante en oro, había ganado en su comercio, presentóse en la mente de Marcos un recuerdo invencible, el de la negra tiendecilla de la calle del Hoyo, aquel triste tabuco sin sol y sin aire donde el judío Lehmann tiraba de la aguja hacía treinta años para ganar a duras penas el pan. Y otros judíos todavía más míseros reventaban de hambre en inmundas cloacas. Éstos constituían una mayoría inmensa. Y la imbécil mentira del antisemitismo se mostraba evidente en aquella proscripción en masa de una raza acusada de acaparamiento universal, siendo así que contaba con tantos obreros pobres y tantas víctimas sociales aplastadas bajo las potencias del dinero, ya judías, ya católicas. En cuanto un judío llegaba a ser uno de los príncipes del capital, compraba un título de barón, casaba a su hija con un conde de rancia estirpe, afectaba mostrarse más monárquico que el monarca y acababa siendo el renegado, el antisemita furibundo que traicionaba y perjudicaba a los suyos. No había una cuestión judía, sino sólo la cuestión del dinero acumulado que envenena y que pudre.

Cuando David y Marcos llegaron ante el castillo, vieron bajo una corpulenta encina al barón de Nathan con su hija y su yerno acompañados de la marquesa de Boise y de un religioso, en el que reconocieron al padre Crabot en persona. Habían celebrado un almuerzo íntimo, al que se había invitado como buen vecino al rector del colegio de Valmarie, ya que ambos dominios apenas distaban tres kilómetros entre sí. Y, sin duda, a los postres se había hablado de algún asunto grave. Luego se habían sentado bajo la encina para gozar de la hermosa tarde, acomodados en rústicas sillas y junto a un estanque de mármol, donde caía el continuo cristal de una fuente que una ninfa galante vertía de su vasija.

El barón, al reconocer a los visitantes que, discretamente, se habían detenido a cierta distancia, se levantó inmediatamente, les llevo aparte e hizo que se sentaran en sillas colocadas al otro lado de la alberca. Pequeño, algo encorvado, completamente calvo desde los cincuenta años, de rostro amarillo, nariz gruesa, negros ojos de presa hundidos bajo pronunciados arcos superciliares, había adoptado una expresión de dolorida simpatía como para recibir a personas afectadas por la muerte de un pariente. Por lo demás, la visita no le sorprendía, sino que debía de esperarla.

—¡Oh amigo David! ¡Cómo le compadezco!… ¡Cómo he pensado en usted desde que ocurrió la desgracia!… Ya sabe cuánto aprecio su inteligencia de hombre emprendedor y su gran actividad… Pero ¡qué asunto más terrible el que su hermano Simón ha cargado sobre usted!… Eso le compromete y le arruinará, querido David…

Y, en un impulso de sincera desesperación, alzó sus manos estremecidas, y añadió como si temblara viendo que comenzaban de nuevo las antiguas persecuciones:

—¡Ese desgraciado nos compromete a todos!

Entonces David, con tranquila decisión, abogó por su hermano, manifestando la absoluta convicción que abrigaba respecto a su inocencia, y dio las pruebas morales y materiales irrefutables, según él, mientras Nathan movía la cabeza secamente.

—¡Claro, claro, es natural que usted le crea inocente! Yo mismo quiero creerlo así; pero, por desgracia, no es a mí a quien hay que convencer, sino a la justicia y a ese pueblo desenfrenado capaz de darnos a todos un disgusto si no le condenan… ¡Nunca, jamás perdonaré a su hermano que nos haya puesto en semejante compromiso!

Luego, cuando David le explicó que, a pesar de todo, habían contado con su poderosa ayuda para hacer que brillara la verdad, se torno el otro más frío y puso un rostro inexpresivo que se reconcentraba poco a poco.

—Usted, señor barón, siempre se ha portado muy bien conmigo… Como alguna vez ha tenido usted invitados a los magistrados de Beaumont, he supuesto que usted podría informarme. Conoce usted, entre otros, al señor Daix, el juez de instrucción encargado del asunto, y que supongo que va a firmar el sobreseimiento. Quizá tiene usted noticias respecto a éste, sin contar con que si el sobreseimiento aún no está acordado, unas palabras de usted podrían ser decisivas.

—¡No, no! —exclamó Nathan—. ¡Ni sé nada ni quiero saber nada!… No tengo ninguna relación, ninguna influencia oficial. Además, mi cualidad de correligionario me paraliza, porque me comprometería sin servirles… Espere un momento: voy a llamar a mi yerno.

Marcos se contentaba con escuchar en silencio, pues sólo había acudido para apoyar la gestión de David a título de maestro, de colega de Simón. Y miraba bajo la próxima encina a la condesa María, como llamaban a la hermosa Lía, y a la marquesa de Boise, ambas sentadas y teniendo entre ellas al padre Crabot, acomodado en un rústico sillón, mientras el conde Héctor de Sangleboeuf, en pie, terminaba de fumar un cigarro. La marquesa, todavía fina y bonita bajo sus rubios cabellos, que se descolorían y que ella empolvaba, inquietábase mucho por un rayo de sol que daba en la nuca de la condesa. Esta, con su belleza morena, indolente y espléndida, procuraba tranquilizarla y le juraba que no sufría. Pero la otra acabó por obligarla a cambiar de sitio colmándola de las acostumbradas frases cariñosas: «gatita mía», «preciosilla» y «tesoro mío». El padre Crabot, muy desenvuelto en su papel de director tolerante, sonreía a una y a otra. Y en la alberca de mármol, el agua cristalina que la ninfa galante arrojaba de su vasija parecía entonar una eterna nota aflautada.

Sangleboeuf, al oír el llamamiento de su suegro, avanzó lentamente. Rojo, corpulento, con la faz redonda y colorada, tenía bajo la frente estrecha y con recia cabellera corta unos ojos grandes y de un turbio azul, una nariz pequeña y flácida y una gran boca voraz semioculta bajo los grandes bigotes. En cuanto el barón le explicó la ayuda que David iba a pedirle, mostróse indignado y brutal, con una especie de afectada rotundidad militar.

—¿Mezclarme yo en ese asunto? ¡No en mis días!… Me habrá de perdonar, caballero, que emplee mi crédito en asuntos más claros y más limpios. Desde luego, no tengo inconveniente en creer que usted es una persona decente, pero le aseguro que se va a ver negro para defender a su hermano… Además, nosotros somos los enemigos, como dicen todos los de su bando. ¿Por qué, pues, se dirigen ustedes a nosotros?

Dirigía sus ojos grandes y turbios, encendidos por la cólera, hacia Marcos. Y se deshizo en denuestos contra los sin Dios, los sin patria y los que insultaban al ejército. Demasiado joven para haber luchado en 1870, sólo había servido en los cuarteles sin haber hecho ninguna campaña. Pero no por ello había dejado de ser coracero hasta la medula, según una de sus expresiones. Y se ufanaba de haber puesto a su cabecera dos emblemas, que eran toda su religión: el crucifijo y la bandera, su bandera, por la que, desgraciadamente, no había muerto.

—Mire usted… Cuando hayan restablecido la cruz en las escuelas y cuando los maestros hagan cristianos en vez de hacer ciudadanos, solamente entonces podrán contar con nosotros el día en que tengan que pedirnos un favor.

David, que estaba pálido y frío, le dejó hablar sin siquiera interrumpirle. Y luego repuso tranquilamente:

—Conste, caballero, que no le he pedido nada. A quien había creído poder dirigirme era al señor barón.

Entonces Nathan, viendo que la escena se animaba demasiado, intervino, llevándose a David y a Marcos como para acompañarles en un paseo por el parque. Al oír la voz del conde, el padre Crabot había levantado por un instante la cabeza, pero luego había vuelto a su amable charla mundana entre la condesa y la marquesa, dos de sus más queridas hijas de confesión. Y cuando se reunió con ellos Sangleboeuf, oyéronse perfectamente sus risas triunfales por la lección que él se vanagloriaba de haber dado a los perros judíos, cosa que divirtió mucho a las damas y a su confesor.

—¡Qué vamos a hacerle! Todos son así —declaró Nathan a David y a Marcos bajando la voz cuando se alejaron unos treinta pasos—. He llamado a mi yerno para que ustedes pudieran juzgar cuál es el estado de ánimo del departamento, es decir, de las clases elevadas, diputados, funcionarios, magistrados. En estas condiciones, ¿cómo podría serles útil? Nadie me haría caso.

Pero aquella hipócrita resignación donde temblaba el secular miedo atávico, debía acabar pareciéndole poco gallarda a él mismo.

—Al fin y el cabo, tienen razón, y yo soy de los suyos; porque Francia, con su pasado glorioso y sus fuertes tradiciones, debe estar sobre todas las cosas. ¡No, no podemos entregarla a la masonería y a los cosmopolitas!… Mire usted, querido David. No quiero que se vaya sin darle un buen consejo: deje estar ese asunto, en el que lo perderá todo, como en un desastre, en una hecatombe. Si su hermano es inocente, saldrá en bien por sí solo.

Tras esta su última frase les estrechó la mano y se volvió tranquilamente, mientras que los dos amigos salían del parque sin pronunciar palabra. Pero una vez fuera, en la carretera, se miraron casi divertidos por el fracaso, tan típica y característica les parecía la escena.

—¡Mueran los judíos! —gritó Marcos burlándose.

—¡Oh, qué perro judío! —añadió David en el mismo tono de amarga ironía—. Cuando me ha aconsejado sencillamente que abandonara a mi hermano, es que él no vacilaría en mi caso. Al fin y al cabo ha abandonado y abandonará a sus hermanos… Decididamente, no es a la puerta de mis famosos correligionarios omnipotentes donde debo llamar, porque el miedo les vuelve demasiado cobardes…

Mientras tanto, el juez Daix, luego de haber instruido activamente las diligencias, tardaba en dar por concluso el sumario. Sospechábase que era presa de creciente perplejidad, pues siendo un espíritu profesional muy agudo y muy inteligente para no haber vislumbrado la verdad, se hallaba, por otra parte, preocupado por la opinión pública y tiranizado en su hogar por su terrible espesa. La señora de Daix, que también se confesaba con el padre Crabot, y a quien éste distinguía, era devota, fea, coqueta y abrigaba grandes ambiciones, sufriendo por la pobreza de su casa y soñando con París, con trajes, con relaciones, gracias a algún asunto de importancia resonante. Y la buena señora repetía a su marido que tal asunto ya había llegado y que sería muy necio no aprovechando la ocasión, porque si cometía la simpleza de soltar a aquel perro judío, acabarían seguramente sus días tan míseros como entonces. Y Daix luchaba, todavía honrado, pero lleno de privaciones, dando tiempo al tiempo, con la esperanza postrera de que se produjese un incidente que le permitiera conciliar su interés con su deber. Estos nuevos retrasos parecían del mejor augurio a Marcos, muy al corriente de la angustia en que padecía el juez, pero optimista, porque continuaba convencido de que la verdad tiene en sí una fuerza irresistible a la que ceden todos los espíritus.

Desde que empezó el proceso, solía ir por la mañana a Beaumont para ver a su viejo amigo Salvan, el director de la Escuela Normal. Le hallaba muy bien informado y sacaba de su conversación esperanza y ánimo. Además, le eran simpáticos aquellos edificios de la Escuela Normal, donde había pasado tres años de entusiasta apostolado. Despertábanse todos sus recuerdos; las lecciones tan numerosas y tan variadas, las alcobas, cuya limpieza hacía cada cual; los ratos de recreo, las salidas a las horas de misa que permitían pasearse una hora por la ciudad. La Escuela elevábase en una plazoleta solitaria al final de la calle de la República. Y cuando en

aquel tiempo tan tranquilo de las vacaciones llegaba al despacho del director, que daba a un pequeño jardín, podía creerse en un remanso de paz y feliz certidumbre.

Pero una de las mañanas en que se presentó Marcos, encontró a Salvan irritado y desesperado, contra su costumbre. Primero tuvo que esperar un instante en el vestíbulo, y poco después saludó al visitante que salía del despacho, el maestro Doutrequin, con su frente estrecha y testaruda, con su cara ancha y afeitada de magistrado consciente de su sacerdocio. Y cuando Marcos entró, a su vez, asombróse de la agitación de Salvan que, alzando los brazos, gritaba:

—¿Sabe usted, amigo, la terrible noticia?

Salvan, hombre de mediana estatura, muy sencillo y muy enérgico, con una cara redonda y amable, alegre y franca, solía mirar a la gente abiertamente y con optimismo, pero entonces sus ojos llameaban con generosa cólera.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcos, inquieto.

—¡Ah! ¿Pero todavía no lo sabe usted?… Nada: que los canallas se han atrevido… Daix dictó anoche el auto declarando que había lugar al procesamiento…

Marcos palideció y quedó sin habla, mientras Salvan, devorando un número de «Le Petit Beaumontais», abierto sobre la mesa, añadió:

—Doutrequin, que acaba de salir de aquí, me ha dejado este papel inmundo que da la noticia: noticia que él me ha confirmado, porque conoce a un escribano.

Cogiendo el número del diario, arrugándolo y arrojándolo con asco a un rincón del despacho, prosiguió:

—¡Oh! Este papelucho es el execrable veneno que corrompe y destruye todo un pueblo. Si la iniquidad es posible, se debe a que envenena con mentiras a los humildes, al pobre pueblo de Francia todavía ignorante y tan crédulo para los cuentos con que halagan sus bajas pasiones… Y lo peor es que este periódico se propagó al principio por todas partes y llegó a todas las manos permaneciendo neutro y no siendo de ningún partido, sino una simple reunión de folletines, sucesos y artículos de amena vulgarización al alcance de las más modestas inteligencias. De esta manera ha sido durante largos años el amigo, el oráculo y el pan cotidiano de los inocentes y de los pobres, de la multitud que no puede pensar por cuenta propia. Y he aquí que ahora abusa de su situación privilegiada y de su inmensa clientela, poniéndose a sueldo de los partidos equivocados y reaccionarios y haciendo dinero con todos los descarados manejos financieros y con todas las turbias aventuras políticas… Que mientan e injurien periódicos de combate, es una cosa que apenas tiene consecuencias. Como defienden a una facción, se les conoce y se tiene en cuenta su filiación. Así, por ejemplo, «La Croix», de Beaumont, ha hecho una campaña atroz contra nuestro amigo Simón, el maestro judío, envenenador y asesino de niños, pero eso no me ha preocupado apenas. En cambio, el hecho de que «Le Petit Beaumontais» haya publicado los innobles y cobardes artículos que usted conoce con delaciones y calumnias recogidas en el fango, constituye un crimen y un avieso envenenamiento del pueblo. Haberse introducido entre la gente sencilla con aire de honradez y poner

ahora arsénico en cada plato, hacerle delirar y empujarla a acciones monstruosas para que aumente la tirada, es el mayor crimen que puede concebirse… Porque, desengáñese usted, si el juez Daix no ha firmado el auto de sobreseimiento, es porque siendo un pobre hombre de honradez vacilante, casado con una mujer que es también una terrible corruptora, ha sentido pesar sobre sí la opinión pública. Y la opinión pública es «Le Petit Beaumontais», que se ufana de formarla, causa primera de la iniquidad, semilla de imbecilidad y de crueldades lanzada por doquiera entre las masas y cuyo execrable fruto temo que no tardaremos en ver.

Salvan se dejó caer sobre su sillón, junto a su mesa, con aspecto de angustia desesperada. Y se produjo un silencio, durante el cual paseaba Marcos lentamente, abatido también bajo aquellas ideas que eran las suyas. Deteniéndose, preguntó:

—De todos modos, hay que tomar una decisión. ¿Qué vamos a hacer? Admitiendo que prosiga ese inicuo proceso, Simón no puede ser condenado, porque eso resultaría demasiado monstruoso. Supongo que no vamos a permanecer con los brazos cruzados. Cuando el pobre David reciba este golpe terrible querrá hacer algo. ¿Qué nos aconseja usted?

—¡Ay, amigo mío! —repuso Salvan—. De buena gana sería yo el primero en obrar si usted me suministrara los medios. Como usted recela, al proceder contra el desgraciado Simón se persigue y se procura aplastar al maestro laico en general. Nuestra querida Escuela Normal es el vivero de los sin Dios y de los sin patria que ellos se empeñan en destruir. Y yo, el director, soy una especie de Satanás que engendra misioneros ateos, en cuya destrucción sueñan hace tiempo. ¡Qué triunfo para la banda clerical si uno de nuestros antiguos alumnos subiera al patíbulo convicto de un crimen infame!… ¡Oh, qué terribles momentos van a hacerle pasar a mi pobre Escuela, a mi pobre casa, que yo sueño tan útil, tan grande, tan necesaria a los destinos del país!…

Y toda la ardiente fe en su oficio estallaba en sus emocionadas palabras. El antiguo maestro y el antiguo inspector de primera enseñanza, claro espíritu militante en pro del conocimiento y del progreso, se había impuesto una misión única cuando le entregaron la dirección de la Escuela Normal: la de preparar buenos maestros, formados en la ciencia experimental, emancipados de todo y que, por fin, enseñaran la verdad al pueblo, haciéndole apto para la libertad, la justicia y la paz.

De ello dependía todo el porvenir nacional y humano.

—Todos nos agruparemos a su alrededor —dijo Marcos emocionado—, y no permitiremos que obstaculicen su obra, la más urgente y la más elevada en esta hora, por ser obra de salvación.

Salvan sonrió tristemente.

—Todos, amigo mío, a mi alrededor… Pero ¿cuántos son?… Desde luego, usted. También estaba el desgraciado Simón, en quien yo confiaba mucho. Está, asimismo, la señorita Mazeline, maestra en Jonville. Si contáramos con algunas docenas semejantes a ustedes, la próxima generación conocería, por fin, ciudadanas, esposas y

madres emancipadas del sacerdote. En cuanto a Férou, está trastornado por la miseria y por la rebeldía; es una inteligencia envenenada por la amargura… Luego, está el rebaño, indiferente, egoísta, encenagado en la rutina, no pensando más que en halagar a los jefes para obtener buenas notas en la carrera. Y no hablemos de los renegados, de los nuestros que se pasaron al enemigo, como, por ejemplo, esa señorita Rouzaire, que trabaja ella sola tanto como diez monjas y que tan mal se porta en el asunto de Simón. ¡Ah! Me olvidaba de ese pobre Mignot, uno de nuestros mejores alumnos, no mal muchacho, pero con un espíritu blando y que será bueno o malo, según las influencias que reciba.

Animándose, prosiguió con más energía:

—¿No es desesperante el caso de Doutrequin, a quien usted acaba de ver salir de aquí? He ahí un maestro hijo de maestro que, en 1870, tenía quince años y que ingresó en la Escuela Normal tres años después, todavía estremecido por la invasión y hecho hombre entre la colera y el ansia del desquite. Entonces toda la instrucción se encaminaba a exaltar la idea de patria. Se trataba únicamente de obtener soldados, con lo que no había más templo ni santuario que el ejército, ese ejército que ha permanecido treinta años alerta con las armas en la mano y que ha consumido millones de millones. Así nos han hecho una Francia guerrera en vez de la Francia progresiva y amante de la verdad, de la justicia y de la paz que podía salvar al mundo… Y he ahí, repito, el caso de Doutrequin, buen republicano, antiguo partidario de Gambetta, y que fue verdaderamente anticlerical, pero a quien el patriotismo ha lanzado al antisemitismo y acabará lanzando al clericalismo. Hace unos momentos ha pronunciado un extraordinario discurso, reflejo de los artículos de «Le Petit Beaumontais», hablando de Francia antes que nada, de la necesidad de arrojar a los judíos, del respeto al ejército erigido en dogma, de la razón de Estado puesta al servicio de la patria amenazada y de la libertad de enseñanza cada vez mayor, lo cual significa dejar el campo completamente libre para que las congregaciones dedicadas a la enseñanza embrutezcan al pueblo. Es la quiebra de los republicanos patriotas de los primeros tiempos… Sin embargo, Doutrequin es una buena persona y un excelente maestro, que tiene cinco auxiliares bajo su dirección y cuya escuela es la mejor regida de Beaumont. Dos hijos suyos son ya auxiliares en este mismo distrito, y sé que comparten las ideas de su padre, añadiéndoles la exageración de la juventud. ¿Adónde iremos a parar si semejante espíritu continúa animando a nuestros maestros de primera enseñanza?… Sí, sí: es el tiempo oportuno para formar otros y para enviar a nuestro pobre pueblo ignorante toda una legión de inteligencias libres que le enseñen la verdad, única fuente de equidad, de bondad y de dicha.

Había pronunciado estas palabras con tal entusiasmo, que Marcos se sintió optimista.

—¡Es usted el de antaño, querido maestro! Veo que no abandona el combate, y tengo la seguridad de que acabará venciendo, porque la verdad está con usted.

Salvan, también optimista, reconoció que antes había cedido a un minuto de desaliento. El inicuo proceso con que se amenazaba a Simón le había puesto fuera de sí.

—Me ha pedido usted un consejo para actuar, ¿no es eso?… Veamos, veamos… Examinemos juntos la situación…

Por de pronto, estaba Forbes, el rector, hombre simpático y amable, muy culto e inteligente, pero sumido en estudios de historia antigua y que despreciaba los tiempos actuales, desinteresándose de ellos y siendo una simple rueda burocrática entre el ministro y el personal de su universidad. Luego estaba Le Barazer, el inspector académico. Todas las esperanzas de Salvan en la futura victoria descansaban en aquel hombre animoso y prudente que era al mismo tiempo un político astuto. Le Barazer, que apenas tenía cincuenta años, procedía de los tiempos heroicos de la República, de la fundación, cuando la necesidad de la escuela laica y obligatoria se impuso como base fundamental de una libre y justa democracia. Forjador de los primeros tiempos, había conservado el odio al clericalismo y se había convencido de que había que apartar de la enseñanza al sacerdote y libertar de todos los dogmas embusteros a los espíritus si se quería una nación fuerte que supiera y sirviera en la plenitud de su inteligencia. Pero la edad, los obstáculos con que había tropezado y la resistencia tenaz e incesantemente renovada de la Iglesia habían añadido a su celo republicano una gran prudencia, una táctica hábil y sabia en la que utilizaba el escaso terreno que ganaba cotidianamente oponiendo la inercia a los ataques de sus adversarios cuando le era imposible oponer la fuerza. Exprofesor agregado de un liceo de París, usaba todo el poder que le daba su cargo de inspector sin colocarse nunca en lucha directa ni con el prefecto ni con los diputados y senadores, aunque se negara a ceder mientras no había formado la voluntad de ello. Gracias a él, Salvan, que abiertamente había sido atacado por la facción clerical, podía continuar, con relativa tranquilidad, en la Escuela Normal, su obra de regeneración: la renovación del personal de la enseñanza primaria. Y sólo él, seguramente, sería de alguna utilidad para defender a Simón contra su subordinado el inspector de primera enseñanza Mauraisin. Porque había que contar también con el lindo Mauraisin, quien amenazaba con mostrarse feroz, traidor a la universidad y partidario de los religiosos luego de haber olisqueado el ambiente y obtenido la seguridad de que la Iglesia saldría victoriosa y pagaría mejor los servicios prestados.

—¿Le han hablado de sus declaraciones? —prosiguió Salvan—. Ante el juez Daix se manifestó terriblemente contra Simón. ¡Y pensar que la inspección de nuestra Escuela se confía a semejantes jesuitas!… Lo mismo digo de ese Depinvilliers, el director del liceo de Beaumont, a quien se ve todos los domingos en San Magencio oyendo misa con su mujer y sus dos estafermos de hijas. Claro está que las opiniones son libres. Pero si Depinvilliers tiene libertad para ir a misa, no debiera tenerla para entregar a los jesuitas uno de nuestros establecimientos de segunda enseñanza. El padre Crabot reina en nuestro liceo como en el colegio de Valmarie. ¿Y no es lo más

paradójico del mundo ese liceo laico, ese liceo republicano que a veces oigo oponer al colegio religioso como un rival, pero que, en el fondo, no es sino sencillamente una sucursal vergonzante?… ¡Buena la hace nuestra República creyendo que está en manos seguras y leales! Por eso Mauraisin trabaja para los otros, para los que actúan sin descanso y pagan bien.

Cuando Marcos se despedía, le dijo Salvan:

—Veré a Le Barazer… No le vea usted, porque es preferible que le hable yo, ya que me defiende tan bravamente. No hay que irle con precipitaciones, porque gusta de obrar en el momento oportuno con los medios de que dispone. Seguramente hará que Mauraisin esté quieto si no puede hacer a Simón un favor más directo. Mientras tanto, le aconsejo que vaya a ver a Lemarrois, nuestro alcalde y diputado, que fue amigo de Berthereau, el padre de su esposa. Usted le conoce mucho, ¿verdad? Puede serle útil.

Al salir a la calle, Marcos decidió ir seguidamente a ver a Lemarrois. Daban las once; seguramente le encontraría. Y por la calle de Gambetta, que dividía Beaumont en dos partes yendo del liceo a la casa de la ciudad, llegó a la avenida de Jaffres, el famoso paseo que atravesaba la ciudad en otra dirección, desde la prefectura a la catedral. En aquella avenida, en pleno barrio aristocrático, poseía Lemarrois un lujoso palacio, donde daba fiestas su bella esposa, que era parisiense. Rico y ya con renombre como médico, se la había llevado de París cuando volvió a su ciudad natal para ejercer y con ambiciones políticas. Decíase que, siendo muy joven, cuando estudiaba medicina, una casualidad le había aproximado a Gambetta, en cuya intimidad había vivido, siendo un entusiasta y firme republicano, discípulo favorito del gran hombre. Por ello era considerado en Beaumont como un puntal de la república burguesa, marido de una mujer simpática, muy popular personalmente entre los pobres, porque los cuidaba gratuitamente y hombre inteligente y bueno en el fondo. Su fortuna política tenía caracteres de rapidez, pues de consejero municipal pasó a consejero general, y después a diputado y alcalde. Hacía doce años que disfrutaba de la alcaldía y de su cargo de diputado como de algo que poseyera legítimamente, siendo dueño indiscutido de la ciudad y jefe de la diputación del departamento, a pesar de que en ésta había reaccionarios.

En cuanto vio entrar a Marcos en su despacho, amplia habitación revestida de un lujo serio, avanzó hacia él tendiéndole ambas manos con una sonrisa de simpatía. Moreno, con escasos cabellos blancos, aunque frisaba en los cincuenta años, tenía una magnífica cabeza con perfil de medalla y ojos claros y expresivos.

—¡Oh amigo! ¡Ya me asombraba no verle por aquí! Supongo el motivo que le trae… Ese lamentable asunto de Simón, ¿no?… El desgraciado es inocente: bien se ve por la saña con que le persigue… Estoy con usted, sí, de todo corazón…

Satisfecho por aquella acogida y por haber encontrado finalmente un hombre justo, Marcos se apresuró a explicarle que acudía a pedirle su todopoderosa ayuda.

Seguramente cabría hacer algo, porque era imposible dejar que juzgaran y quizá condenaran a un inocente. Pero Lemarrois levantó los brazos al cielo, diciendo:

—Sí, sí, hay que actuar… Pero ¿qué hacer contra la opinión pública cuando ya está todo el departamento en ascuas?… Ya sabe usted que la situación política es cada vez más difícil. Además, las elecciones generales se celebrarán el próximo mayo, es decir, dentro de nueve meses mal contados. Y ya puede figurarse usted la extremada prudencia con que hay que proceder si no queremos que la República corra el riesgo de un fracaso.

Se había sentado y, mostrando un rostro repentinamente preocupado, jugaba con una plegadera de marfil. Entonces manifestó sus temores y se refirió a la agitación en que se encontraba el departamento, donde los socialistas se movían mucho y ganaban terreno. No era que él los temiese, porque hasta entonces ningún candidato socialista había tenido la suerte de triunfar; pero si en las últimas elecciones habían triunfado dos reaccionarios, entre ellos Sangleboeuf, que transigía con la República, debíase a los votos restados por los socialistas. En el próximo mayo la batalla sería más dura. Y la palabra «socialistas» adquiría en sus labios una amargura agresiva, manifestación del miedo y la cólera de la república burguesa, que posee, frente al lento e irresistible avance de la república social, que quiere poseer.

—¿Y cómo quiere usted, amigo mío, que yo le ayude? Estoy atado de pies y manos, porque hay que tener en cuenta a la opinión pública… Y conste que no hablo por mí, ya que estoy seguro de mi reelección; pero tengo la obligación de solidarizarme con mis colegas para que no se queden atrás… Desde luego, si se tratara simplemente de mi acta, la sacrificaría inmediatamente para obedecer los dictados de mi conciencia, y diría en voz alta lo que yo creo verdad; pero no se trata de mi acta, sino de la misma República: se trata de que no la derroten derrotándonos a nosotros… ¡Oh, si usted supiera cuántas cosas lamentables hay que superar!…

Seguidamente comenzó a lamentarse del prefecto Hennebise, aquel hombre tan meticuloso, siempre con sus lentes y con su impecable peinado, que no le ayudaba lo más mínimo por miedo a comprometerse con el ministro o con los jesuitas, y que procuraba estar bien con unos y con otros, repitiendo siempre con inquietud: «¡Oh, nada de cuestiones!». Desde luego se inclinaba hacia los curas y los militares, y por ello había que vigilarle adoptando su táctica de diplomacia y transacciones.

—En suma, querido amigo, tiene usted aquí a un hombre desesperado, porque durante nueve meses ha de calcular cada paso y cada palabra si no quiere que los clericales se den el gusto de que a uno le abucheen los lectores de «Le Petit Beaumontais». Ese asunto de Simón está dando un giro muy malo… ¡Ay, si no tuviéramos cerca las elecciones! Entonces pondríamos enseguida manos a la obra.

De pronto, a pesar de la serenidad que le era habitual, se indignó para decir:

—Eso aparte de que su amigo Simón, no contento con provocarnos ese conflicto en un momento tan difícil, ha escogido por abogado a Delbos, el socialista Delbos,

que es la pesadilla de las personas que creen tener ideas sanas. ¡Eso es el colmo! ¿Es que Simón tiene ganas de que le condenen?

A Marcos se le oprimió nuevamente el corazón, sintiendo que nacía en él una desilusión más, pues sabía que Lemarrois era un hombre honrado y le había visto dar muchas pruebas de su firme fe republicana. Así es que acabó diciendo:

—Delbos tiene mucho talento, y si mi pobre amigo Simón le ha escogido, es porque, como todos nosotros, le ha creído el hombre indicado. Además, falta saber si otro abogado hubiera aceptado la defensa… Los momentos son muy críticos y hay mucha cobardía en el mundo…

A Lemarrois le hizo daño aquella palabra. Inició un vivo ademán, pero no se descompuso, y hasta llegó a sonreír.

—Me encuentra usted demasiado prudente, ¿verdad, joven amigo? Cuando usted envejezca verá que en política no siempre se pueden adaptar los actos a las creencias… ¿Por qué no se dirige usted a mi colega Marcilly, el joven diputado que constituye la esperanza de toda la juventud intelectual del departamento? Yo estoy en las filas de los viejos, de los gastados, de los prudentes. En cambio, Marcilly, que tiene una inteligencia tan amplia y tan libre, seguramente se pondrá al frente de ustedes… Vaya a verle, vaya…

Y acompañó a Marcos hasta el rellano de la escalera, estrechándole nuevamente las manos y prometiéndole que le ayudaría con toda su influencia en cuanto las circunstancias lo permitieran.

¿Por qué no ir a ver a Marcilly? Aún no habían dado las doce, y vivía también en la avenida de Jaffres, a pocos pasos de allí. Marcos podía presentarse personalmente, ya que le había servido discretamente de agente electoral llevado por el entusiasmo que sentía ante un candidato como aquel, extremadamente simpático y de una gran cultura literaria. Natural de Jonville y alumno distinguidísimo de la Escuela Normal Superior, había profesado dos años en la Facultad de Beaumont, por donde había presentado su candidatura, luego de haber dimitido. De breve estatura, rubio y fino, con un rostro amable y siempre sonriente, trastornaba el corazón de las mujeres y hasta se hacía adorar de los hombres, gracias a su extraordinario conocimiento de las frases que había que decir a cada cual y de la actitud cortés y prudente que había que demostrar con todos. Pero lo que sobre todo hacía que le estimara la juventud, era su propia juventud, que apenas pasaba de los treinta y dos años, eran sus discursos felices de forma y muy comprensivos, que abordaban los problemas con elegancia y perfecto conocimiento de los hombres y de las cosas. Por fin iban a tener un diputado joven, con el que verdaderamente se podría contar. Renovaría la política y aportaría a ella la sangre de las nuevas generaciones, todo ello en un lenguaje impecable y mediante una literatura realmente exquisita. Hacía tres años que, en efecto, desempeñaba en la Cámara un papel cada vez más importante. Su crédito aumentaba sin cesar, y hasta se había hablado de darle una cartera, a pesar de sus treinta y dos años. Desde luego, si Marcilly se ocupaba de los asuntos de sus electores con

infatigable atención, todavía se ocupaba mejor de los suyos, aprovechando la menor circunstancia como un peldaño propicio y ascendiendo de una manera tan natural y tan fácil que nadie había pensado aún en ver en él a un arribista, sino al candidato de la juventud impaciente y fogosa, ávido de todos los goces y de todos los poderes.

En el piso, delicadamente amueblado y adornado, Marcilly recibió a Marcos a guisa de un buen camarada, como si el modesto maestro de pueblo hubiera sido siempre su hermano universitario. Seguidamente habló de Simón con voz velada por la emoción, manifestando cuán cordialmente sentía la triste suerte de aquel desventurado. Por supuesto, no se negaba a socorrerle, hablaría en su favor y vería a los personajes influyentes. Pero, con gran habilidad, acabó recomendando una gran prudencia, a causa de las próximas elecciones. Aunque más halagüeña en la forma, era, en suma, la misma respuesta de Lemarrois: el cazurro propósito de no hacer nada para no comprometer el arca santa, es decir, las candidaturas ya presentadas a los electores. Aunque los dos estilos se diferenciaban —pues el viejo era más brutal y el joven se envolvía en cumplimientos—, coincidían en la firmeza para no soltar absolutamente nada del poder adquirido. Y Marcos tuvo allí por primera vez la sensación de que Marcilly acaso no era más que el arribista en toda su magnificencia, fríamente resuelto a conseguir el fruto de sus afanes. Sin embargo, hubo de darle las gracias al despedirse de él, porque el joven diputado juraba servirle y se ponía a su disposición con una catarata de palabras amables.

Cuando Marcos volvió aquel día a Maillebois estaba lleno de terrores y preocupaciones. Y por la tarde, con objeto de animar a los Lehmann, fue a la calle del Hoyo para ver a la desventurada familia. ¡Habían cifrado tantas esperanzas en un sobreseimiento! David, que estaba allí trastornado por la mala noticia, hubiera deseado creer en algún prodigio que impidiese el inicuo proceso. Pero las cosas anduvieron muy de prisa los días siguientes. La sala de acusaciones mostró una singular presteza, y la Audiencia fijó la vista para lo más pronto posible, o sea para octubre. Entonces, David, con su ardiente fe en la inocencia de su hermano, con su energía y firmeza de espíritu, que habían de convertirle en un héroe, recobró todos sus ánimos y ratificó su certidumbre. El proceso se celebraría, ya que no se había podido evitar semejante vergüenza. Pero ¿dónde estaba el jurado que se atrevería a condenar a Simón, faltando como faltaban en absoluto las pruebas? Sólo pensar en una condena era algo monstruoso, imposible. Simón, desde la cárcel, seguía proclamando sin descanso su inocencia. Y tanto la serenidad con que esperaba como su convencimiento de que pronto estaría libre, fortalecían y exaltaban a su hermano en cada visita que le hacía. En casa de los Lehmann hasta se forjaban proyectos, pues la mujer de Simón hablaba de ir a pasar un mes de reposo con su marido y los niños a un rincón de Provenza, donde tenían amigos. Y fue durante aquel nuevo período de esperanza cuando David se llevó una mañana a Marcos a Beaumont para ver a Delbos y hablar seriamente del asunto.

El joven abogado vivía en la calle Fontanier, perteneciente al barrio mercantil y popular. Hijo de un campesino de las cercanías, había estudiado la carrera de Derecho en París, donde trató algo a jóvenes socialistas. Pero hasta entonces no se había alistado formalmente en ningún partido, porque aún no había encontrado ninguna de esas causas resonantes que clasifican a un hombre. Al encargarse de la defensa de Simón, asunto ante el cual temblaban sus colegas, acababa de decidir su vida. Estudiándolo, se apasionaba por él al encontrarse ante todos los poderes públicos y todas las fuerzas reaccionarias, que, para salvar del derrumbamiento el antiguo y podrido andamiaje social, se coaligaban con objeto de perder a una infeliz persona. Pero allí estaba el socialismo militante, única salvación posible del país, gracias a la nueva fuerza del pueblo, que por fin se emancipaba.

—Vamos a dar la batalla, ¿no? —gritó alegremente a los dos visitantes al recibirles en su estrecho despacho, lleno de libros y legajos—. No sé si venceremos, pero desde luego les daremos que hacer.

Bajito, moreno, seco, con ojos llameantes y palabra encendida, tenía una voz admirable y un don de extraordinaria elocuencia, en la que lo preciso y lógico del discurso no obstaba para que éste se remontara en alas de un fogoso entusiasmo.

A David le chocó la duda que el abogado manifestaba respecto a la victoria. Así es que repitió lo que venía diciendo ocho días:

—Seguramente venceremos. ¿Cómo puede haber un jurado que se atreva a condenar a mi hermano sin prueba alguna?

Delbos le miró, y sonriendo tranquilamente, repuso:

—Si ahora mismo bajamos a la calle, amigo mío, los primeros doce ciudadanos con quienes tropecemos le escupirán al rostro, llamándole «perro judío». Por lo visto, no lee usted «Le Petit Beaumontais» y desconoce el hermoso espíritu de sus contemporáneos… ¿No es cierto, señor Froment, que toda ilusión sería peligrosa y criminal?…

Y cuando Marcos le refirió los desengaños sufridos en las visitas a personas influyentes, el abogado insistió en su punto de vista para apartar al hermano de su cliente del error en que se encontraba. Desde luego, no podía olvidarse a Salvan, que era un hombre honrado y un apóstol, pero que también estaba amenazado y que más bien necesitaba ser defendido. En cuanto a Le Barazer, optaría por el mal menor a su juicio, dejando que Simón fuera sacrificado y guardando toda su autoridad para defender la enseñanza laica. El bueno de Lemarrois, el antiguo e incorruptible republicano, estaba sin darse cuenta, abocado al camino de las inquietudes que llevaba a la reacción. Pero cuando más se indignó el abogado fue al oír el nombre de Marcilly. ¡Oh, el melifluo Marcilly! La esperanza de la juventud intelectual coqueteaba con todos los partidos avanzados; pero no se podía contar con él, porque había sido y era un embustero, porque sería el día de mañana un renegado y un traidor. De todos ellos no se podía esperar más que buenas palabras: ni un acto, ni una muestra de franqueza o de valor.

Una vez juzgado así el mundo universitario y el político, Delbos pasó al mundo de la magistratura. Estaba convencido de que el juez de instrucción Daix había debido de vislumbrar la verdad, pero la había apartado bajo el terror de las continuas cuestiones domésticas con que su mujer le abrumaba para impedirle que pusiera en libertad al «perro judío»; situación por la que no pasaba sin gran turbación de su conciencia, porque en el fondo ejercía su profesión de una manera meticulosa y honrada. Por otra parte, había que temer al fiscal, el elegante Raúl de La Bissonnière, cuya acusación seguramente sería atroz, aunque con los ornamentos literarios de que gustaba amenizar sus informes. Perteneciente a la vanidosa nobleza no titulada, diríase que hacía un gran sacrificio por la República sirviéndola, y esperaba ser recompensado por un ascenso rápido, que apresuraba cuanto podía siendo amigo, a la vez, del gobierno y de las congregaciones religiosas, patriota y antisemita entusiasta. Y en cuanto al presidente, Gragnon, se trataba de un tipo jovial, gran bebedor y gran cazador, mujeriego y chistoso, de brusquedad fingida y de escepticismo verdadero, sin alma y sin fe, a merced del más fuerte. Finalmente, había que contar con el jurado, desconocido aún, pero fácil de prever, pues estaría compuesto por algunos tenderos, uno o dos capitanes retirados, quizá dos o tres arquitectos, médicos o veterinarios, empleados, rentistas e industriales, todos con prejuicios y temerosos por su propio pellejo, por lo que cederían ante la pública demencia.

—Ya ve usted —concluyó rudamente Delbos— que su hermano, abandonado por todos y con la desgracia de necesitar ayuda en el momento en que el miedo a las próximas elecciones lo detiene todo y paraliza hasta a los amigos de la verdad y de la justicia, tendrá para juzgarle una magnífica colección de necios, egoístas y cobardes.

Al observar el dolorido silencio de David, añadió:

—No por eso nos dejaremos devorar sin gritar. Lo que ocurre es que prefiero indicarles brutalmente la situación… Y ahora examinemos ésta…

Sabía de antemano la tesis de la acusación. En todas partes se había sometido a los testigos a una presión espantosa. A más de que vivían entre la opinión pública, que les empapaba como el aire infecto de una epidemia, seguramente habían sido trabajados por poderes ocultos envueltos en una sabia red de exhortaciones cotidianas que dictaban sus ideas y sus respuestas ante el juez. Al parecer, la señorita Rouzaire se había mostrado absolutamente terminante respecto a la hora —once menos cuarto — en que aseguraba haber oído regresar a Simón. El mismo Mignot, sin ser tan terminante, creía también haber percibido rumor de pasos y de voces hacia la misma hora. Pero, sobre todo, debíase haber influido sobre los discípulos de Simón, los niños Bongard, Doloir, Savin y Milhomme, cuya comparecencia en el juicio impresionaría mucho al público. Se procuraba sacarles declaraciones desfavorables al acusado. Sebastianito Milhomme, especialmente, había declarado, entre grandes sollozos, que nunca había visto en manos de su primo Víctor, al venir éste de la escuela de los hermanos, un modelo de escritura parecido al modelo encontrado en la alcoba de la víctima. Y a este propósito se refería una inesperada visita hecha a la

viuda de Eduardo Milhomme, la de la papelería, por su primo lejano el general Jarousse, que mandaba la división de Beaumont. Hasta entonces, el parentesco permanecía incógnito, pero el general lo había recordado súbitamente para hacer aquella visita amistosa, que produjo estupefacción y júbilo en la papelería. Además, la acusación insistía mucho en la inutilidad de las pesquisas hechas para encontrar al vagabundo de quien primero se sospechaba. También afirmaba que había buscado inútilmente un testigo: un guarda, un transeúnte cualquiera, que hubiera visto a Simón volviendo a pie de Beaumont a Maillebois, según el interesado declaraba. Bien es cierto que tampoco se había podido demostrar la vuelta en ferrocarril, según la versión contraria, ya que ningún empleado recordaba haber visto a Simón, y aquella noche dejaron de utilizarse varios billetes de vuelta sin que se consiguiera conocer a sus poseedores. Las declaraciones del hermano Fulgencio y el padre Filibín debían de haber revestido también mucha gravedad, sobre todo la de este último, quien, según se afirmaba, poseía la prueba concluyente de que la muestra de escritura procedía precisamente de la escuela de Simón. Y, para colmo, los dos peritos designados por la Audiencia, señores Badoche y Trabut, acababan de reconocer terminantemente que en la firma ilegible aparecían apenas indicadas las dos iniciales de Simón: una E y una S mayúsculas enlazadas entre sí.

Y aquí empezaba propiamente la acusación. Simón mentía, ya que seguramente había vuelto de Beaumont en el tren de las diez y media, que llegaba a Maillebois en doce minutos; por lo tanto, serían las once menos cuarto exactamente cuando llegó a su casa, es decir, la hora en que la señorita Rouzaire aseguraba haber oído puertas que se abrían, pasos y voces. Por otra parte, parecía cierto que Ceferino, vuelto de la capilla de los capuchinos a las diez, no se había acostado inmediatamente, sino que se había entretenido ordenando las estampas colocadas sobre la mesilla, de manera que podía situarse el asesinato entre las once menos cuarto y las once. El desarrollo de los hechos se deducía naturalmente. Simón, viendo luz en el cuarto de su sobrino, había entrado y le había encontrado en camisa, a punto de meterse en cama. Ante aquel angelito, con su débil cuerpo de enfermo, había cedido, seguramente, a un acceso de erótica demencia; pero también se insinuaba su odio al niño y su furor por ver que era católico, llegándose a conjeturar la posibilidad del asesinato ritual, de la terrible leyenda prendida como un axioma en el espíritu de las masas. Por lo demás, sin ir tan lejos, podía reconstruirse fácilmente la escena: el repugnante atentado, la resistencia del niño, una lucha, gritos, aturdimiento del criminal, que empezó tapándole la boca con lo que encontró a mano para hacerle callar, y que luego, espantado y trastornado, le estranguló cuando cayó la improvisada mordaza y empezaron de nuevo los gritos, más terribles que antes. Lo que no resultaba tan fácil era explicar cómo Simón había tenido a mano el número de «Le Petit Beaumontais» y la muestra juntos. Seguramente, el periódico le llevaría en el bolsillo, pues no podía estar en la habitación del niño. En cuanto al modelo de escritura, la acusación había vacilado: quizá lo tenía el niño, quizá estaba en el bolsillo de Simón. Y esta última hipótesis

acabó siendo adoptada como la más lógica, ya que el informe de los dos peritos había demostrado que el modelo era del maestro, pues llevaba sus dos iniciales.

Una vez realizado el crimen, lo demás se explicaba de suyo. Simón había dejado el cuerpecito en el suelo sin tocar nada en la desordenada alcoba, y limitándose a abrir la ventana de par en par para dar a entender que el asesino había entrado por allí. Sólo había cometido la increíble torpeza de no recoger y destruir el periódico y la muestra, arrugados al pie de la cama, lo cual demostraba cuán grande sería su turbación. Por ello no subiría seguramente a la habitación de su mujer, que observó la hora de su llegada a las doce menos veinte minutos, sino que, sin duda, permanecería algún tiempo sentado en la escalera para calmarse un poco. La acusación no agravaba las cosas hasta el punto de suponer cómplice a la esposa de Simón; sin embargo, dejaba entrever que no dijo verdad cuando habló de la risueña tranquilidad y de la alegre ternura demostradas aquella noche por su marido. Prueba de esto era la declaración de Mignot, a quien extrañó tanto lo tarde que el maestro se despertó el día siguiente, y quien aseguraba haberle encontrado lívido, tembloroso y sin apenas poderse tener en pie cuando fue a despertarle para comunicarle la horrible noticia. La señorita Rouzaire, el hermano Fulgencio y el padre Filibín coincidían en que Simón estuvo a punto de desmayarse ante el cadáver, aunque demostró entonces la más repugnante sequedad de corazón. ¿Y no era esto también una prueba abrumadora? La culpabilidad de aquel miserable no podía ofrecer dudas para nadie.

Cuando Delbos acabó de exponer así la tesis de la acusación, siguió diciendo:

—Las imposibilidades morales son tan evidentes, que ninguna persona con sentido común puede creer culpable a Simón. Pero es que, además, hay inverosimilitudes materiales. De todos modos, es imposible negar que esa espantosa patraña está bastante bien urdida para apoderarse de la imaginación de las masas y llegar a ser una de esas fábulas legendarias que adquieren la fuerza de verdades indiscutibles… El inconveniente por nuestra parte está en no tener otra historia, la verdadera, para poder oponerla a la leyenda que está formándose. La hipótesis del vagabundo, a la que usted parece inclinarse, sólo es buena para sembrar la duda en el ánimo de los jurados, porque también tropieza con objeciones muy serias… ¿A quién, pues, he de acusar y cuál va a ser mi procedimiento de defensa?

Marcos, que hasta entonces le había escuchado muy atentamente y sin pronunciar una palabra, no pudo menos que lanzar un grito, donde estallaba toda su convicción lentamente formada.

—Para mí, no hay duda. El violador y el asesino ha sido un hermano.

Delbos asintió satisfecha con un gesto expresivo, y dijo:

—Yo también tengo la misma absoluta certeza. Cuanto más estudio el asunto, más me ratifico en que ésa es la única verdad posible.

Pero como David, preocupado, moviera la cabeza con aire de desesperación, añadió:

—Sí, ya sé que acusar a uno de esos frailes sin tener una prueba decisiva le parecerá muy peligroso para la suerte de su hermano. Y seguramente tiene usted razón, porque si no demostramos completamente que el asesino denunciado por nosotros lo es en efecto, nuestro caso se complicará con una difamación que nos costará cara en estos tiempos de imbécil reacción clerical… Pero el caso es que algo he de alegar, y el mejor modo de demostrar la inocencia de su hermano es demostrar quién debe ser, quién es, seguramente, el culpable. Me dirá usted que se trata de descubrirle. De acuerdo. Y por eso quiero hablar despacio con ustedes.

Prosiguió la conversación. Marcos expuso las razones en virtud de las cuales había llegado a la certeza de que sólo un hermano de la Doctrina Cristiana había podido cometer el crimen. Por de pronto, la muestra de escritura procedía evidentemente de allí, como había podido comprobarlo mediante lo ocurrido en casa de las señoras de Milhomme, con la confesión y la posterior retractación de Sebastián. Además, había que tener en cuenta la firma y la punta desaparecida del papel, quizá substraída, toda una complicación, en fin, cuyo misterio no podía adivinar, pero donde notaba que se ocultaba la verdad verdadera. Además, había una prueba moral decisiva, consistente en los extraordinarios manejos que llevaban a cabo los religiosos para denunciar y abrumar a Simón. No hubieran removido de aquel modo cielo y tierra de no haber tenido que salvar alguna oveja sarnosa. Cierto es que, al mismo tiempo, esperaban aplastar la enseñanza laica haciendo que triunfara la comprometida Iglesia. Finalmente, la violación y el asesinato estaban como firmados, pues había en ellos un sadismo cruel y astuto, una mezcla de ignominia y religiosidad que delataban la cogulla. Pero estas pruebas, de mera lógica y raciocinio, no podían bastar, según reconocía el mismo Marcos, quien se desesperaba por haber llevado sus pesquisas en medio de una obscuridad, de una confusión y de un terror que manos hábiles e invisibles parecían preocuparse de aumentar cada día más.

—¿Sospecha usted —le preguntó Delbos— del hermano Fulgencio o del padre Filibín?

—No, no —respondió—. Les vi junto al cadáver la mañana en que se descubrió el crimen. El hermano Fulgencio volvió indudablemente a su escuela el jueves por la noche, al salir de la capilla de los capuchinos. Además, es un vanidoso y un desequilibrado, pero no le creo capaz de acciones tan espantosas… Y en cuanto al padre Filibín, se ha demostrado que aquella noche no salió del colegio de Valmarie. Además, le tengo por un buen hombre en el fondo, aunque sea un poco rudo.

Tras un silencio, Marcos, que miraba a lo lejos pensativamente, añadió:

—De todos modos, aquella mañana, cuando yo llegué, pasó algo que no me explico. El padre Filibín había recogido del suelo el número de «Le Petit Beaumontais» y el modelo de escritura manchados de saliva y agujereados por los dientes de la víctima. ¿No aprovecharía aquel breve instante para arrancar y escamotear la punta del papel donde podía encontrarse algún indicio? Verdad es que

Mignot, el auxiliar, que había visto la muestra, declara ahora, aunque vaciló al principio, que la punta debía de faltar ya antes.

—¿Y los tres hermanos auxiliares: Isidoro, Lázaro y Gorgias? —interrogó nuevamente Delbos.

David, que seguía haciendo por su cuenta incesantes averiguaciones con un celo, una inteligencia y una paciencia admirables, movió la cabeza para contestar:

—Los tres tienen urdidas las correspondientes coartadas, que ratificarán ante los tribunales diez de los suyos, sin contar con las personas devotas. Parece ser que los dos primeros volvieron a la escuela con su director, el hermano Fulgencio. En cuanto al hermano Gorgias, fue a acompañar al niño, pero a las diez y media ya había vuelto, según afirma todo el personal de la casa, lo mismo que otros testigos seglares, amigos de los hermanos, desde luego, que aseguran haberle visto regresar.

Nuevamente intervino Marcos con su aire reflexivo y su lejana mirada de hombre que sin descanso busca la verdad, para decir:

—He pensado mucho en el caso del hermano Gorgias, y la verdad es que no me sugiere nada bueno… El niño a quien fue a acompañar es Polidoro, un sobrino de Pelagia, la cocinera de la familia de mi mujer. Quise hacerle declarar, pero es un chico cazurro, embustero y ladino, del que no conseguí sacar nada en limpio, como no fuera aumentar la confusión… Pero no puedo dejar de pensar en el hermano Gorgias, en su cara, en su tipo. Dicen que es grosero, sensual y cínico, con una devoción exagerada y una religiosidad dura, intransigente y exterminadora. Por otra parte, según me han dicho, estuvo tiempo atrás en relación con el padre Filibín y con el mismo padre Crabot… Hubo un momento en que creí que el hermano Gorgias era el hombre que buscábamos, pero después no he encontrado más que hipótesis.

—También a mí —declaró David moviendo la cabeza— me da mala espina el hermano Gorgias. Pero me pregunto si es prudente denunciarle cuando no podemos formular contra él más que meras deducciones. Ningún testigo estaría de nuestra parte, pues todos apoyarían al hermano y le librarían de nuestras impías acusaciones.

Delbos, que escuchaba atentamente, repitió:

—Me es imposible defender a su hermano si no llevamos la guerra al campo enemigo… Y fíjese en que el único auxilio del que se puede esperar algo quizá nos venga de la misma Iglesia, porque, según se comenta en todas partes, las antiguas desavenencias entre nuestro obispo, monseñor Bergerot, y el rector del colegio de Valmarie, o sea el omnipotente padre Crabot, acaban de adquirir una extremada gravedad precisamente a causa del asunto de Simón… A mi entender, el padre Crabot es la taimada inteligencia y la mano invisible que ustedes adivinan en la sombra y que mueve todo el proceso. No le acuso de ser el culpable, pero seguramente es la voluntad y la fuerza que encubren al culpable. Y, atacándole a él, damos en la cabeza… Eso aparte de que el obispado estará con nosotros. Claro que no abiertamente; pero, de todos modos, no es despreciable semejante apoyo, aunque sea secreto.

Marcos tuvo una sonrisa dubitativa, como queriendo significar que nunca podía contarse con la Iglesia en las obras de verdad y de justicia humanas. También para él era el padre Crabot el enemigo, y llegar hasta aquel hombre, procurando destruirle, constituía la esencia del combate. Hablaron, pues, del padre Crabot y de su pasado, poetizado por una leyenda muy misteriosa. Se le creía nieto natural de un general célebre, de un príncipe del primer Imperio, cosa que, unida a su piadoso sacerdocio actual, representaba para los espíritus patriotas una gloria resonante de batallas y conquistas. Pero todavía emocionaba más los corazones la historia de su vocación, la novelesca manera mediante la cual ingresó en su orden. A los treinta años, galante y apuesto, iba a casarse con una adorable viuda, una duquesa de ilustre nombre y gran fortuna, cuando la muerte brutal segó en flor la vida de la duquesa. Como decía él, aquel rayo le había lanzado en brazos de Dios, señalándole la amarga vanidad de los placeres mundanales. Y con ello provocó la tierna emoción de todas las mujeres, que le estaban infinitamente agradecidas, porque se había refugiado en el cielo por amor a la única mujer adorada. Además, había otra leyenda: la fundación del colegio de Valmarie, que acababa de hacerle simpático a las señoras de la comarca. La finca de Valmarie pertenecía entonces a la vieja condesa de Quédeville, que antiguamente había sido una gran enamoradiza con famosos desbordamientos, y que había acudido allí para santificar el final de su vida mediante una exagerada devoción. Su hijo y su nuera habían muerto en accidente durante un viaje, y la vieja condesa tenía consigo a su nieto, único heredero, Gastón, un chico de nueve años agresivamente indisciplinado, siempre entregado a palabras violentas y juegos desordenados. La abuela, no sabiendo cómo reducirle y no atreviéndose a tenerle como pensionista, se decidió a tomar un preceptor en casa, que fue el jesuita padre Filibín, de veintiséis años de edad, de origen y trazas campesinas, pero a quien le habían recomendado por su extremada firmeza. Seguramente fue este preceptor quien introdujo cerca de la condesa al padre Crabot, que le llevaba cinco o seis años y estaba entonces en plena aureola resplandeciente, a causa de su historia amorosa con trágico y divino desenlace. Seis meses después, el padre Crabot, amigo y confesor de la condesa, reinaba en Valmarie como verdadero dueño de la finca, y, según malas lenguas, hasta como amante suyo, pues ésta, a pesar de su avanzada edad, había vuelto a ser la apasionada y la voluptuosa de antaño. Hubo un instante en que se trató de enviar al turbulento Gastón al colegio de los jesuitas en París, como si el muchacho turbara la dichosa paz de la regia residencia de viejos árboles, aguas corrientes y aterciopelado césped verde. Gastón trepaba a los chopos para coger nidos de cuervos, lanzábase vestido al río para pescar anguilas, y volvía harapiento, con los brazos y las piernas lisiados y el rostro sangrante, sin que la reputada firmeza del padre Filibín consiguiera calmarle. Pero de pronto se resolvió la situación de una manera dramática, pues Gastón se ahogó durante un paseo que daba bajo la vigilancia del padre Filibín. Según éste, había caído en un hoyo peligroso, de donde no había podido sacarle otro muchacho de quince años, Jorge Plumet, hijo de un jardinero del

castillo y a veces compañero de correrías de Gastón, quien acudió al ver desde lejos el accidente. La condesa, desolada, murió al año siguiente, legando Valmarie y toda su fortuna al padre Crabot, o, mejor dicho, a un pequeño banquero clerical de Beaumont, simple testaferro dócil, con el encargo de instalar en la finca un colegio de enseñanza libre confiado a los jesuitas. Allí intervino el padre Crabot a título de rector, y ya hacía diez años que el colegio prosperaba bajo su dirección. Nuevamente reinaba, pues, desde el fondo de su austera celda, con las cuatro paredes peladas, con un pequeño camastro, una mesa y dos sillas, donde él mismo barría y se hacía la cama. Y si bien confesaba a las mujeres en la capilla, era en aquella celda donde confesaba a los hombres, como orgulloso de la pobreza y de la soledad en que afectaba mantenerse aislado, en temible divinidad, que dejaba al padre Filibín, prefecto de estudios, el cuidado de las cotidianas relaciones con los alumnos de la casa. Pero aunque raramente se mostraba a los discípulos, reservábase los días de visita, prodigándose a las damas y a las señoritas de la aristocracia local, ocupándose del porvenir de aquéllos y de aquéllas, a los que llamaba sus queridos hijos y sus queridas hijas, tramando matrimonios, asegurando buenas posiciones y disponiendo de este magnífico mundo para mayor gloria de Dios y de la Orden. Y de esta manera había llegado a ser un personaje todopoderoso.

—En el fondo —prosiguió Delbos—, ese padre Crabot me parece un hombre mediocre, cuya fuerza está en la idiotez del mundo donde actúa. Creo más peligroso al padre Filibín, que, en verdad, me causa una extraña impresión con sus modales rudos y francos… Muy turbia continúa siendo su actuación en tiempos de la condesa de Quédeville con la muerte del chico y las maniobras de dudosa legalidad para conseguir la finca y la fortuna. Y lo peor es que el único testigo del accidente mortal de Gastón, el Jorge Plumet, hijo de un jardinero, resulta ser precisamente el hermano Gorgias, a quien el padre Filibín tomó gran afecto e hizo fraile. Y he aquí que en las obscuras circunstancias actuales se hallan reunidos nuevamente esos tres hombres, de manera que el nudo del asunto puede estar ahí, porque si el hermano Gorgias es el culpable, los esfuerzos de los otros dos para salvarle, aparte de para salvar a la Iglesia, se explicarían por fuertes razones personales, por algún cadáver hundido entre ellos, por el miedo a que el otro hablara si se sentía abandonado… Pero, desgraciadamente, como usted ha observado, siempre volvemos a chocar contra el mismo obstáculo, pues se trata, simplemente, de hipótesis y deducciones, cuando lo que necesitamos son hechos terminantes bien demostrados y probados. En fin, sigamos investigando, porque, repito, no puedo mantener la defensa si no estoy suficientemente armado para ser el acusador y el vengador.

David y Marcos sacaron de aquella conversación con Delbos un nuevo entusiasmo. Y, como habían previsto, tuvieron por un instante la alegría de ver que estallaba una disensión íntima en el campo clerical. El abate Quandieu, cura de Maillebois, no había ocultado al principio que creía en la inocencia de Simón. No llegaba a sospechar de ninguno de los frailes, aunque no ignoraba los escándalos de

aquella casa. Pero su actitud manifestaba su desaprobación por la violenta campana de los hermanos y de los capuchinos, esforzándose en adueñarse de toda la comarca, porque, además de que a cada nueva conquista de los religiosos perdía un feligrés, era hombre bastante inteligente y comprensivo para desesperarse en nombre de la misma religión al ver que triunfaban las más groseras supersticiones. Luego, ante el repentino envenenamiento de la opinión pública, había permanecido neutral, sin decir una palabra del asunto, consternado al ver su parroquia desierta y empobrecida y temblando con sincera piedad por si acababan de comprometer y matar a su dulce Señor, a su Dios de caridad y de amor, convirtiéndole en el Dios de la mentira y de la iniquidad. Y entonces tuvo como único consuelo el estar de acuerdo con monseñor Bergerot, que le apreciaba y a quien visitaba frecuentemente. También monseñor, a pesar de su gran religiosidad, era acusado de galicanismo, lo cual significaba sencillamente que no se inclinaba siempre, y a pesar de los pesares, ante Roma y que su purísima fe sentía repugnancia ante la idolatría de las imágenes y ante el impudor comercial de quienes traficaban con falsos milagros. Así es que miraba con tristeza la reciente invasión de los capuchinos de Maillebois, que tan abiertamente hacían dinero con el San Antonio de Padua instalado en su capilla, terrible y desleal concurrencia, a causa de la cual moría la iglesia de San Martín, la parroquia de su estimado cura Quandieu. Lo que aumentaba su preocupación era notar que detrás de los capuchinos estaban los jesuitas, estaban las disciplinadas tropas de su enemigo el padre Crabot, cuya influencia encontraba por doquiera, contrarrestando sus actos y soñando ser el dueño de la diócesis, ocupando el lugar de quien lo era en derecho. El obispo acusaba a los jesuitas de que obligaban a Dios a descender entre los hombres, en vez de obligar a los hombres a ascender hasta Dios, y veía en ellos a los autores del compromiso mundano, de la relajación de la fe y de las prácticas religiosas, a causa de lo cual agonizaba la Iglesia, según él. Por ello, en el asunto de Simón, al verles tan encarnizados contra el desgraciado maestro, desconfió y estudió cuidadosamente el caso en compañía del párroco Quandieu, que le conocía de cerca. Entonces debió de formarse su convicción y quizá hasta conoció el nombre del verdadero culpable. Pero ¿qué hacer? ¿Cómo entregar a unos religiosos, sin miedo a perjudicar a la religión? Su valor no podía llegar hasta ahí. Y, desde luego, experimentó una gran amargura en su silencio forzado, inquieto el espíritu por la trágica y monstruosa aventura en que se comprometía a la Iglesia de sus ensueños, hecha de paz, justicia y bondad.

Sin embargo, monseñor Bergerot no se resignó completamente. No podía avenirse a la idea de abandonar a su estimado cura Quandieu, dejando que consumaran su ruina aquéllos a quienes llamaba los mercaderes del templo. Y aprovechando una visita pastoral, fue a Maillebois, donde quiso oficiar personalmente para devolver toda su gloria a la antigua y noble iglesia de San Martín, que databa del siglo XVI. Y luego, en el transcurso de la plática que pronunció, atrevióse a censurar las supersticiones groseras y hasta citó claramente el comercio a que se dedicaban los capuchinos en su capilla, consiguiendo una prosperidad de bazar. Nadie dudó y todos

notaron el golpe asestado, no sólo al padre Teodosio, sino tras él al padre Crabot en persona. Y como terminara monseñor manifestando su esperanza de que la Iglesia de Francia continuaría siendo el puro manantial de toda la verdad y de toda la justicia, creció todavía el escándalo, porque se vio en ello una alusión al asunto de Simón y se le acusó de entregar los hermanos de la Doctrina Cristiana a los judíos, a los vendidos y a los traidores. De vuelta en su palacio episcopal, monseñor Bergerot debió temblar de rabia ante las nuevas amarguras que le hacían pasar. Y los familiares refirieron la visita de gracias realizada por el abate Quandieu, durante la cual lloraron juntos el arzobispo y el simple cura.

En Beaumont crecía la agitación a medida que se aproximaba el momento del juicio. La sala de acusaciones había enviado los autos a la Audiencia y se había señalado la vista para el lunes 20 de octubre. La actitud adoptada por el obispo acabó de exasperar las pasiones. Todas las mañanas «Le Petit Beaumontais» sembraba el odio con abominables artículos llenos de ultrajes y mentiras. Mostrábase más violento contra el obispado que «La Croix», de Beaumont, a pesar de que este periódico estaba en manos de los jesuitas. Los simonistas habían recobrado algunos ánimos con el inesperado apoyo de monseñor Bergerot; pero los antisimonistas se aprovechaban de ello para envenenar la opinión pública con nuevas patrañas, entre ellas la extraordinaria invención de un sindicato judío que se había formado para comprar, a fuerza de millones, los poderes de este mundo. En virtud de ello, monseñor Bergerot había recibido tres millones. A partir de entonces, lo que ocurría en toda la ciudad, lo que ocurrió, fue cosa de locura e insensatez. De lo más alto a lo más bajo de la sociedad, desde el arrabal obrero de Mauviot hasta la avenida de Jaffres, en el barrio aristocrático, pasando por la calle Fontanier y las callejas cercanas donde se encontraba el comercio modesto, agravábase la batalla y los escasos simonistas eran aplastados bajo la ola siempre creciente y desbordante de los antisimonistas. Se abroncaba al director de la Escuela Normal, Salvan, por sospechoso de simonismo, mientras se aclamaba al director del Liceo, Depinvilliers, antisemita y patriota. Pandillas pagadas, a las que se reclutaba en el arroyo y a las que se mezclaba la juventud clerical, corrían las calles amenazando los establecimientos judíos. Pero lo más triste era ver que los obreros republicanos y algunos socialistas se desinteresaban de ello y hasta tomaban partido contra el derecho. Entonces reinó el terror, fue inmensa la cobardía y todas las potencias sociales se coaligaron contra el mísero acusado, que desde su cárcel lanzaba continuamente su grito de inocencia. La Universidad, con el rector Forbes a la cabeza, no se movió por miedo a comprometerse. La Administración, personificada en el prefecto Hennebise, se había desentendido desde el primer día, procurando no crearse complicaciones. La política, tanto en lo que respecta a los senadores como a los diputados, callaba, como había predicho Lemarrois, por el temor que diputados y senadores tenían de no ser reelegidos si se manifestaban de manera distinta a sus electores. La Iglesia, cuyo obispo había perdido toda su influencia y cuyo verdadero jefe era el padre Crabot,

exigía hogueras y la exterminación de los judíos, de los protestantes y de los masones. El ejército, por boca del general Jarousse, pedía también una limpieza del país con el restablecimiento de un emperador o de un rey, luego de haber acuchillado a los sin patria y a los sin Dios. Y quedaba la magistratura, en la cual se concentraban todas las esperanzas, porque tenía en sus manos el desenlace, la condena de un perro judío, que era lo único que podía asegurar la salvación de Francia. El presidente Gragnon y el fiscal Raúl de la Bissonnière, se habían convertido así en importantes personajes, de quienes nadie dudaba, pues su antisimonismo era tan notoriamente público como su deseo de ascender y ansia de popularidad.

Al conocerse el nombre de los jurados, se recrudecieron las violencias y las intrigas. Entre los jurados había numerosos tenderos, algunos industriales, dos capitanes retirados, un médico y un arquitecto. Seguidamente comenzó una campaña, en la que se ejerció sobre ellos la más terrible presión. «Le Petit Beaumontais» dio sus nombres y sus domicilios, esparciéndolos a las iras de la multitud si acaso no condenaban. Recibían anónimos, eran molestados por ciertas visitas inesperadas y los íntimos rogabánles que pensaran en sus mujeres y en sus hijos. Mientras tanto, en los salones de la avenida de Jaffres se divertía la gente apostando acerca de cuál sería la opinión de cada uno de los jurados. ¿Condenarían? ¿No condenarían? He aquí un bonito juego de sociedad. Especialmente las reuniones que los sábados celebraba la hermosa señora de Lemarrois no se hablaba de otra cosa. A tales reuniones acudían: la generala Jarousse, pequeña, fea y morenucha, lo cual no le impedía, según decíase, cornificar al marido de una manera terrible; la presidente Gragnon, todavía espléndida y muy lánguida, por quien suspiraban los sustitutos jóvenes; la prefecta Hennebise, una parisina fina y prudente, que hablaba poco y escuchaba mucho. También se veía allí a veces a la adusta señora de Daix, esposa del juez de instrucción, y en ocasiones hasta a la señora de Bissonnière, esposa del fiscal, mujer muy modesta y borrosa, que raramente asistía a reuniones. Todas ellas habían acudido a una gran fiesta dada en la Désirade por los Sangleboeuf, por consejo del barón Nathan, que había decidido a su hija Lía, la católica María de entonces, a despojarse de su influencia para ponerse, como las demás señoras, al servicio de la buena causa. El papel que las señoras desempeñaron en el asunto fue, en efecto, considerable: valían por un ejército, según frase del joven diputado Marcilly, que, en espera de la victoria, mostrábase simonista con unos y antisimonistas con otros. Y una disputa más acabó de trastornar las cabezas cuando «Le Petit Beaumontais» planteó una mañana la cuestión de que la vista había de celebrarse a puertas cerradas, al menos para parte del interrogatorio y para la declaración de ciertos testigos. Seguramente los redactores de periódicos no habían pensado aquello por cuenta propia, pues se notaba en ello un profundo conocimiento de las multitudes, ya que teníase la esperanza de que lo misterioso añadiría monstruosidad en el acusado y, además, se tenía comodidad para justificar la condena del inocente en virtud de los cargos que el público no conocería. Los simonistas, dándose cuenta del peligro,

protestaron y exigieron completa claridad y sesiones a la luz del día; pero los antisimonistas, presa de pacata indignación, se escandalizaban y preguntaban si se quería manchar los oídos de las personas decentes haciendo escuchar lamentables detalles como, por ejemplo, el informe del médico forense, en el que los resultados de la autopsia se hallaban indicados en términos imposibles de leer ante mujeres. Así es que durante los últimos ocho días Beaumont fue campo de una espantosa discusión.

Por fin llegó el gran día, el 20 de octubre. Cuando terminaron las vacaciones, Marcos tuvo que volver a Jonville, con su mujer Genoveva y su hija Luisita, que las señoras de Duparque y de Berthereau habían querido tener consigo durante todas las vacaciones. Marcos había accedido a ello tanto más gustosamente cuanto que aquella prolongada ausencia en Maillebois le permitiría proseguir más directamente sus investigaciones, que, ¡ay!, continuaban sin dar resultado. De todos modos había estado demasiado cohibido en casa de «aquellas señoras», donde nunca se había pronunciado una palabra sobre el resonante proceso, para no hallarse satisfecho de verse en su escuela tan tranquila y entre los juguetones niños, a algunos de los cuales quería mucho. Como, además, la defensa le había citado como testigo de la moralidad de Simón, esperaba la vista lleno de intensa emoción, esperando nuevamente en la verdad y en la justicia y creyendo de nuevo en un sobreseimiento. Le parecía imposible que en nuestros días y en Francia, en este país de libertad y generosidad, pudiera condenarse sin pruebas a un hombre. Cuando el lunes por la mañana llegó a Beaumont, le pareció la ciudad en estado de sitio. Las tropas estaban acuarteladas, soldados y gendarmes guardaban los alrededores del Palacio de Justicia. Cuando quiso penetrar en él tuvo que vencer toda clase de obstáculos, aunque llevaba una citación en regla. Dentro, escaleras y pasillos estaban igualmente tomados por las tropas. La sala de Audiencia, espaciosa y severa, resplandecía de dorados y de imitaciones de mármol bajo la cruda luz de los seis grandes ventanales que la iluminaban. Y estaba llena dos horas antes de que comenzara el juicio; toda la buena sociedad de Beaumont se hallaba tras los sillones de los magistrados; por doquiera, hasta en los bancos de los testigos, veíanse señoras muy compuestas; además había en pie una masa de público escogido y numeroso, en el que se reconocían las caras de sacristán, así como los pagados manifestantes de la calle, a los que se mezclaban algunos energúmenos de la juventud católica. Como la espera fue larga, Marcos tuvo tiempo de examinar los rostros y percatarse del ambiente de pasiones hostiles en que iba a desenvolverse el juicio.

Por fin apareció el tribunal: Gragnon y sus magistrados, seguidos del fiscal La Bissonnière. Despachadas rápidamente las primeras formalidades de trámite, corrió el rumor de que el sorteo de los jurados se había hecho con dificultades, pues varios jurados habían alegado razones para ser recusados; tanto miedo les daba tener un responsabilidad en el proceso. Por fin, los doce jurados designados por la suerte ocuparon su sitio con triste aspecto de reos. Eran cinco comerciantes, dos industriales, dos rentistas, un médico, un arquitecto y un capitán retirado. Como el

arquitecto, llamado Jacquin, hombre devoto que trabajaba para el obispado, resultó designado el primero, fue presidente del jurado. La defensa no le recusó porque tenía merecida fama de espíritu leal, recto y honrado. Por lo demás, se produjo una especie de decepción entre los antisimonistas a la llegada de aquellos hombres, que al entrar eran examinados con gran interés y cuyos nombres circulaban uno a uno. Por lo visto, algunos parecieron dudosos, pues se esperaba un jurado de más confianza, que condenara de antemano.

En medio de un profundo silencio comenzó el interrogatorio de Simón. Al presentarse fue antipático con su aspecto apocado y torpe. En cambio, cuando se levantó pareció descarado por su manera tranquila y rotunda de contestar a las preguntas. El presidente Gragnon había adoptado su aire guasón de las grandes solemnidades, mirando con sus ojuelos grises especialmente al abogado Delbos, el anarquista, como él le llamaba, a quien se jactaba de poder aniquilar con una pulgarada. Mientras tanto, hacía chistes, procurando provocar risas, aunque iba irritándose poco a poco por la serena actitud de Simón, que, como no mentía, no podía contradecirse ni dejarse envolver. Insolentándose ya procuró el presidente determinar una protesta de Delbos; pero fue en vano, porque el abogado, sabiendo con quién se las había, callaba y se limitaba a sonreír. El resumen de aquella primera jornada fue satisfactorio para los simonistas y muy inquietante para los antisimonistas, porque el acusado, con sus clarísimas explicaciones, había demostrado perfectamente la hora de su regreso a Maillebois y cómo había subido directamente a reunirse con su mujer, sin que el presidente pudiera oponer a sus manifestaciones un hecho cierto y probado. A la salida fueron abucheados los testigos de la defensa y estuvo a punto de haber una batalla en la escalinata del Palacio de Justicia.

El martes empezó el interrogatorio de los testigos con una concurrencia todavía mayor. El auxiliar Mignot fue menos categórico que en el sumario, pues no se atrevió a precisar la hora en que había oído rumores de voces y de pasos, como si su conciencia de muchacho sencillo y bueno comenzara a turbarse ante las consecuencias de semejante declaración. Pero la señorita Rouzaire se mostró implacablemente dura y exacta: tranquilamente indicó la hora de las once menos cuarto, añadiendo además que había reconocido perfectamente la voz y la manera de andar de Simón. Luego hubo un largo desfile de empleados del ferrocarril, de guardas de consumos y de meros transeúntes para averiguar si el acusado había tomado el tren de las diez y media, como aseguraba la acusación, o si había vuelto a pie, según la versión del interesado. Fueron unas declaraciones interminables, confusas y contradictorias, que más bien causaron una impresión favorable a la defensa. Seguidamente llegaron las esperadas declaraciones del padre Filibín y del hermano Fulgencio. La primera, muy breve, decepcionó, porque el jesuita se limitó a decir, con unas cuantas frases grises, cómo había encontrado el cadáver tendido en el suelo ante la cama. En cambio, el hermano Fulgencio regocijó a todos con la vehemencia del

mismo relato, que comenzó con gestos descomunales de pelele desarticulado. Y pareció muy satisfecho del efecto que producía, pues no cesó de embrollar y complicar los hechos. Finalmente fueron llamados los tres auxiliares, los hermanos Isidoro, Lázaro y Gorgias, testigos especialmente citados por la defensa. Delbos dejó pasar a los dos primeros, tras algunas preguntas insignificantes; pero se levantó y permaneció en pie cuando compareció el hermano Gorgias ante el tribunal. El excampesino, el hijo del jardinero de Valmarie, el Jorge Plumet convertido en el fraile Gorgias, era alto, flaco y nudoso, de frente estrecha y dura, de pómulos salientes y de labios abultados bajo la grande y picuda nariz. Moreno y afeitado, tenía una especie de tic nervioso que le alzaba por la izquierda el labio superior, dejando ver unos dientes fuertes en una especie de mueca involuntaria mezcla de violencia y cazurrería. Cuando se presentó con su hábito negro y su alzacuello blanco, de dudosa limpieza, corrió por el auditorio un escalofrío de ignorado origen. Seguidamente comenzó un duelo entre el abogado y el fraile, con preguntas afiladas como espadas y respuestas secas como fintas; versaban unas y otras sobre la noche del asesinato, el tiempo invertido por el testigo para acompañar a Polidoro y la hora a que había regresado a la escuela. El público escuchaba desconcertado, sin comprender la decisiva importancia de aquel interrogatorio, ya que el personaje les cogía de nuevas. Por lo demás, el hermano Gorgias, con sus trazas violentas y cazurras, tenía contestación para todo, daba pruebas, sostenía que a las diez y media ya estaba acostado en su celda. Fueron llamados nuevamente los hermanos Isidoro y Lázaro y se hizo comparecer también al portero de la escuela, así como a dos habitantes de Maillebois que habían estado paseando hasta entrada la noche, todos los cuales confirmaron, jurándolo, las afirmaciones del hermano Gorgias. Desde luego, el duelo no dejó de merecer la intervención del presidente Gragnon, quien juzgó la coyuntura buena para retirar la palabra a Delbos por entender que hacía al fraile preguntas injuriosas. Delbos replicó formulando las oportunas protestas, con lo que se produjo un gran incidente, mientras el hermano Gorgias se mostraba triunfante, prodigando oblicuas miradas desdeñosas, como para expresar impúdicamente que no temía nada, ya que contaba con la protección de su Dios de cólera y exterminio, terrible para con los infieles. Y aunque Delbos no consiguió ningún resultado de inmediata utilidad, el incidente no dejó de producir efecto, pues había personas ya temerosas de que, gracias a dudas así lanzadas en el espíritu de los jurados, Simón saliera ganancioso. Por lo visto, semejante temor debió apoderarse de todos los religiosos, porque se produjo un nuevo incidente tras la declaración de los dos peritos, los señores Badoche y Trabut, que explicaron, entre general estupefacción, que las iniciales de Simón, una E y una S enlazadas, encontrábanse en la rúbrica de la muestra de escritura, donde nadie las veía. Como, en fin de cuentas, aquel modelo de caligrafía era la única pieza de convicción y todo el proceso de basaba en ella, la declaración de los estupendos peritos adquiría extremada gravedad. Aquello significaba la condena de Simón. Y entonces fue cuando el padre Filibín, que seguía atentamente el curso de la

vista, solicitó del presidente que se le oyera otra vez. Con voz sonora y firme, a pesar de lo voluntariamente borroso que había estado con anterioridad, contó una breve historia, habló de una carta de Simón a un amigo, vista por él, y donde se encontraba la misma rúbrica. Y como Gragnon le instase exigiéndole detalles, levantó la mano hacia el Cristo y declaró teatralmente que se trataba de un secreto de confesión, por lo que no podía decir nada más. Seguidamente se levantó la segunda sesión en medio de una efervescencia y de un tumulto indescriptibles.

El miércoles se planteó la cuestión de si había de celebrarse parte de la vista a puerta cerrada. Se trataba de oír el informe del médico forense y las declaraciones de los niños. El presidente tenía derecho a disponer que se siguiera a puerta cerrada. Delbos, sin exigirle tal derecho, tomó la palabra para demostrar todos los peligros que envolvía el misterio y para acabar formulando nuevas protestas. Sin embargo, Gragnon dispuso que los numerosos gendarmes que había en la sala hicieran salir al público, cosa que fue ejecutada inmediatamente, no sin que el hecho produjera una emoción extraordinaria y diera lugar a grandes empujones, a los que siguieron apasionadas conversaciones en los pasillos. Durante más de dos horas, mientras permanecieron cerradas las puertas, fue en aumento la excitación. Como si lo que se decía en la sala se filtrara a través de las paredes, circulaban entre la multitud continuos detalles y espantosas noticias. Primeramente se habló del informe del médico forense, comentando cada uno de sus términos y añadiendo horribles circunstancias hasta entonces ignoradas, que demostraban la absoluta culpabilidad de Simón. Luego se habló de las declaraciones de los alumnos, los pequeños Bongard, Doloir, Savin, Milhomme. Les hacían decir lo que jamás habían dicho. Se daba por descontado que les había mancillado a todos. Y se llegaba a pretender, a pesar de las protestas de Delbos, refutadas como pura comedia, que los mismos simonistas habían exigido la vista a puerta cerrada para salvar de tanta inmundicia a la escuela laica. Por lo tanto, la condena se consideraba como segura. Porque a quienes preocupara la falta de pruebas suficientes respecto a la violación y al asesinato de Ceferino, se les replicaría con lo ocurrido a puertas cerradas, y que por cierto ignoraban. Una vez abiertas las puertas, hubo un alud de público, que penetró tumultuosamente mirando a todas partes y olisqueando como para empaparse de las monstruosidades soñadas. Sin embargo, el resto de la jornada sólo fue ocupado por algunos testigos de la defensa, testigos de moralidad, entre los cuales se encontraba Marcos, todos los cuales manifestaron que Simón era un hombre dulce y bondadoso, enamorado de su mujer, que adoraba en ella y en sus hijos. Sólo uno de los dichos testigos llamó por un momento la atención: fue el inspector de primera enseñanza Mauraisin, a quien Delbos se había dado el gusto de causarle la grave molestia de citarle. Mauraisin, representante oficial de la Universidad, vacilante entre su deseo de ser grato a los antisimonistas y su temor de disgustar a su jefe inmediato el inspector académico Le Barazer, a quien sabía discretamente simonista, hubo de comenzar reconociendo las excelentes calificaciones discernidas por él a Simón, cosa que sólo pudo neutralizar a

continuación mediante vagas insinuaciones sobre su moralidad, lo reservado de su carácter y la sectaria violencia de sus pasiones religiosas.

El jueves y el viernes fueron dedicados a la acusación de La Bissonnière y a la defensa de Delbos. Durante la prueba, La Bissonnière había aparentado intervenir lo menos posible, tomando notas y mirándose las uñas. En el fondo no dejaba de estar preocupado, preguntándose, quizá, si no convendría prescindir de algunos cargos, vista la poca consistencia de las pruebas. Por ello se mostró bastante blando en la acusación. Para mantenerla se limitó, pues, a hacer resaltar la verosimilitud de la culpabilidad y terminó pidiendo sencillamente la aplicación de la ley. Había hablado durante dos horas escasas, con éxito mediano. En cambio, la inquietud que se produjo fue grande. Delbos no pudo acabar su defensa en aquella jornada, por lo que prosiguió en la sesión siguiente. Muy dueño de sí, seco y nervioso, comenzó trazando un retrato de Simón, a quien mostró en su escuela, estimado y querido de todos y teniendo en su casa una mujer adorable y unos hijos deliciosos. Seguidamente expuso el innoble crimen en toda su brutalidad, para preguntar si un hombre como aquel había podido cometer semejante acto. Examinando una por una las supuestas pruebas de la acusación, demostró su imposibilidad y su falta de base. A propósito de la muestra de caligrafía y del informe de los peritos, se mostró terrible, probando que con aquella única pieza de convicción no podía acusarse a Simón. Y, tras poner de relieve la estupidez que significaba el dictamen de los señores Badoche y Trabut, prosiguiendo su discurso, trituró las declaraciones, incluso las prestadas a puerta cerrada, lo cual le atrajo nuevamente las iras del presidente Gragnon, suscitándose otro incidente violento. A partir de aquel momento, a pesar de que hablaba con la amenaza de verse retirar la palabra, convirtióse de defensor en acusador, arrastrando al tribunal a los hermanos de la Doctrina Cristiana, a los capuchinos y hasta a los jesuitas. Además, remontóse con claras alusiones hasta el padre Crabot, a fin de dar en la cabeza, como deseaba. Sólo un hermano podía haber cometido aquel crimen, por lo cual señaló, sin nombrarle, al hermano Gorgias, exponiendo a continuación todas las razones que formaban su convencimiento e indicando los taimados manejos y la vasta conjuración clerical de que Simón era víctima, porque se necesitaba condenar a un inocente para salvar al culpable. Y dirigiéndose a los jurados, les gritó, para terminar, que no se les pedía que condenaran al asesino de Ceferino, sino al maestro laico, al judío. Aquel final de la defensa, interrumpido por las intervenciones del presidente y por las protestas del auditorio, fue juzgado como un triunfo oratorio que colocaba a Delbos en primera fila, pero que, sin duda, pagaría su defendido con una grave condena. Seguidamente, en efecto, La Bissonnière puso un semblante de dolor e indignación al rectificar. Acababa de producirse un escándalo incalificable, pues la defensa se había atrevido a acusar a un hermano sin aportar ninguna prueba seria. Y había hecho más denunciando como cómplice de aquel hermano a sus superiores, a otros religiosos y hasta a una elevada personalidad, ante las que todas las personas honradas se inclinaban respetuosamente. La religión era ultrajada, las

pasiones anarquistas se desbordaban y todo el país era empujado a un abismo por los sin Dios y los sin patria.

Y durante cerca de tres horas siguió fulminando a los enemigos de la sociedad con frases muy retóricas, mientras erguía su pequeño cuerpo, como sintiéndose arrebatado hacia los altos destinos que ambicionaba. Para terminar se permitió una ironía, preguntando si bastaba que uno fuera judío para que se le considerase inocente.

Y pidió al jurado la mayor severidad, la cabeza del miserable violador y asesino del niño. Entonces sonaron aplausos frenéticos. Y Delbos, en su réplica vehemente y exasperada, sólo consiguió que le llenaran de injurias y amenazas.

Eran ya las siete de la tarde cuando el jurado se retiró a deliberar. Como las preguntas formuladas por el tribunal de derecho eran pocas, se esperaba que todo acabaría antes de una hora y que todo el mundo podría irse a cenar. Habiendo anochecido, unas grandes lámparas colocadas sobre las mesas iluminaban penosamente el vasto recinto. En el banco de la prensa, donde seguían trabajando los periodistas venidos de todas partes, habían colocado bujías que parecían cirios. En aquel ambiente cargado de humo, lleno de sombras trágicas y con aspecto fantasmal por los contrastes de la iluminación, ni una señora abandonó su asiento y todos permanecieron en su sitio. Se desencadenaron las pasiones y hablábase en voz alta, formando un barullo ensordecedor, con agitación y efervescencia de cuba que fermentara. Los contados simonistas se mostraban muy satisfechos y manifestaban que el jurado no podría condenar. A pesar del éxito que acogió las réplicas de La Bissonnière, los antisimonistas que llenaban la sala gracias a las prudentes disposiciones del presidente Gragnon, mostrábanse nerviosos y temblaban viendo que se les escapaba la víctima expiatoria. Asegurábase que el arquitecto Jacquin, presidente del jurado, había hablado a alguien de su angustia como juez ante la absoluta falta de pruebas. Se hablaba de otros tres jurados, por lo menos, cuyos rostros durante la vista parecían favorables al acusado. Era posible la absolución. Así es que la espera fue emocionante, sobre todo al prolongarse indefinidamente, contra lo que se había supuesto. Dieron las ocho y dieron las nueve sin que reapareciese el jurado. Hacía dos horas largas que se había encerrado, sin que, indudablemente, consiguiera ponerse de acuerdo. Ello sirvió para aumentar las incertidumbres; aunque las puertas de la sala de las deliberaciones estaban herméticamente cerradas, escapábanse rumores y llegaban detalles, no se sabía cómo, que acababan de trastornar al auditorio, muerto de hambre y deshecho de cansancio e impaciencia. De pronto se supo que el presidente del jurado, en nombre de sus colegas, había rogado al presidente del tribunal de derecho que acudiera allí. Según otro ciudadano, fue el mismo presidente quien se puso a disposición de aquellos señores, insistiendo en verles, cosa que parecía más correcta. Luego prosiguió la espera y transcurrieron aún muchos minutos. ¿Qué haría el presidente entre los jurados? Legalmente, no podía más que informarles sobre la aplicación de la ley en caso de que temieran ignorar las

consecuencias de su voto. Pero aquello se prolongaba demasiado para una simple explicación de tal naturaleza, hasta el punto de que corrió un nuevo rumor entre los íntimos de Gragnon, que no parecían advertir la enormidad de lo que decían, pues se trataba de un informe importantísimo comunicado por el presidente al jurado, pieza de convicción llegada una vez terminada la prueba y que dicho presidente había sentido la imperiosa necesidad de dar a conocer al jurado, prescindiendo de la defensa y del acusado. Y daban las diez cuando el jurado reapareció.

Al entrar el tribunal de derecho en la sala, donde bruscamente se había producido un silencio lleno de ansiedad, una vez se hubieron acomodado los magistrados, manchando de rojo el movedizo fondo de las tinieblas, levantóse el arquitecto Jacquin, presidente del jurado, que estaba muy pálido y a quien se veía claramente, iluminado por una lámpara. Con voz apagada pronunció la fórmula ritual. La contestación del jurado era que «sí» a todas las preguntas, pero concedía circunstancias atenuantes, de una manera ilógica, sólo para evitar la pena de muerte. La que se acordaba era la de cadena perpetua, que el presidente Gragnon promulgó con su aire de hombre satisfecho de la vida y con su acostumbrada gangosidad burlona. El fiscal La Bissonnière se apresuró a recoger sus papeles como hombre que se ha quitado un peso de encima y está contento por haber obtenido lo que deseaba. El auditorio prorrumpió en aplausos frenéticos y en aullidos de jauría famélica a la que arrojan la carnaza caliente de la víctima perseguida durante mucho tiempo. Era como un delirio de caníbales que se comían, por fin, un hombre a sus anchas. Y, sin embargo, entre aquel tumulto de espantoso salvajismo, oyóse un grito que dominó los feroces ladridos. Era el constante grito de Simón: «¡Soy inocente, soy inocente!», cuyo impulso tenaz fue a sembrar la verdad lejana en el fondo de los buenos corazones, mientras el abogado Delbos, sin poder contener las lágrimas, se acercaba al acusado y le abrazaba fraternalmente.

David, que no había asistido a la vista para no exasperar más los odios antisemitas, esperaba el resultado en casa de Delbos, en la calle Fontanier. Hasta las diez había estado contando los minutos, consumido por la más atroz de las fiebres y no sabiendo si debía alegrarse o desesperarse por semejante retraso. A cada momento se asomaba al balcón para oír los rumores lejanos. Y ya el aspecto de la calle y los gritos de algunos transeúntes le habían dado la mortal noticia, cuando se la confirmó la llegada de Marcos, desfallecido y sollozante. Iba acompañado de Salvan, que le había encontrado al salir del Palacio de Justicia y que, consternado también, había querido subir. Fue aquella una hora de trágica desesperación, en la que pareció desplomarse todo lo bueno y hundirse para siempre todo lo justo. Y cuando a su vez llegó Delbos, luego de haber visto en su celda a Simón, aterrado, pero todavía con entereza, el abogado no pudo menos que lanzarse al cuello de David y abrazarle como había abrazado a su hermano.

—¡Llore, llore, amigo mío! —gritó—. Es la mayor monstruosidad del siglo.

# IV

Al reanudarse el curso y regresar Marcos a Janville hubo de sostener otra lucha, a más del tormento que el proceso de Simón le daba. El cura, abate Cognasse, se había propuesto conquistar al alcalde, que era el labriego Martineau, valiéndose de la hermosa alcaldesa, con el fin de crear un terrible conflicto al maestro.

El abate Cognasse era un hombre terrible. Alto, flaco, anguloso, con barbilla imperiosa y nariz aguda, tenía una estrecha frente coronada de espesa cabellera castaña. Sus ojos brillaban con agresivo fuego; sus manos nudosas y mal lavadas parecían hechas para retorcer el pescuezo a quienes se atrevieran a resistirle. Tenía cuarenta años. Su única sirviente era una solterona sexagenaria llamada Palmira, algo jorobada y más brusca aún que él, avara e intratable, verdadero terror del pueblo y que guardaba y defendía a su amo con dientes y gruñidos de dogo. Era tenido por casto, pero comía mucho y bebía más, aunque sin llegar a embriagarse nunca. Hijo de un labriego, obtuso y testarudo, ateníase al pie de la letra al catecismo y dirigía rudamente a sus feligreses, muy áspero en lo tocante a sus derechos y exigiendo ante todo ser pagado, sin perdonar un céntimo a nadie, ni aun a los más pobres. Por ello había querido dominar al alcalde Martineau, para ser el amo verdadero del pueblo, lo cual, además de estar de acuerdo con el espíritu de la religión, había de asegurarle mayores beneficios. Su cuestión con Marcos había surgido con motivo de una suma anual de treinta francos que el ayuntamiento daba antaño al maestro para que tocara la campana, y que Marcos cobraba, aunque en redondo se había negado a tocar.

Pero no era fácil conquistar a Martineau, aunque éste se veía apoyado. De la misma edad que el cura, de cara cuadrada y recia apostura, pelirrojo y con ojos claros, hablaba poco y desconfiaba mucho. Pasaba por ser el labrador más rico del pueblo y gozaba de gran consideración entre sus convecinos, a causa de sus extensas tierras. Hacía diez años que era alcalde de Jonville, pues a cada nueva elección le reelegían. Careciendo de instrucción, pues apenas sabía leer y escribir, procuraba no decidirse entre la Escuela y la Iglesia, consistiendo su política en quedarse al margen de las disputas, aunque al fin acabara por entregarse al que le pareciese más fuerte de los dos: cura o maestro. En su fuero interno se inclinaba más al último, pues tenía en la masa de la sangre esa hostilidad y ese rencor seculares del aldeano contra el sacerdote, el sacerdote holgazán y regalón que no hace nada y quiere que le paguen, que se apodera de las mujeres y pervierte a las mozas en nombre de un Dios invisible, envidioso y malo. Pero aunque no iba a la iglesia, jamás se había puesto frente al cura, pensando al fin y al cabo que aquella gente podía mucho. Habíase necesitado la serena energía, la voluntad y la inteligencia de Marcos para que Martineau se pusiera de su parte, dejándole avanzar, aunque sin comprometerse él por su parte demasiado.

Entonces fue cuando se le ocurrió al cura Cognasse la idea de valerse de la bella esposa de Martineau, no porque fuera una de sus hijas de confesión, pues tampoco

ella practicaba mucho los sacramentos, sino porque la veía asistir a la iglesia puntualmente los domingos y días de fiesta. Muy morena, de ojos grandes, boca fresca y pecho desbordante, tenía fama de coqueta, y la verdad es que le gustaba estrenar vestidos, sacar tocas de encaje y lucirse con sus alhajas de oro. Su asiduidad a la iglesia no obedecía a otra cosa, pues el templo había llegado a ser para ella una coquetería y una distracción y era el único punto de reunión a que podía ir vestida, a ver y a que la vieran, así como a curiosear a las vecinas. En aquel pueblo de ochocientas almas escasas, sin otro lugar de reunión, ni más ocasiones de ceremonias y fiestas, la húmeda y pequeña nave de la iglesia era, después de despachada rápidamente la misa, a la vez salón, teatro, paseo, el único y común recreo, en un palabra, de las mujeres deseosas de divertirse. Igual que la bella esposa de Martineau, casi todas las que asistían no tenían más que la afición a endomingarse y a lucirse. Además, como sus madres lo habían hecho, las hijos seguían haciéndolo: era la costumbre, era lo debido. Atraída por el cura Cognasse y adulada por él, la señora de Martineau trató de convencer a su marido de que en aquel pleito de los treinta francos tenía razón el cura. Pero Martineau con una palabra le rogó que callara y la envió a cuidar de las vacas, pues, chapado a la antigua en esto, no consentía que las mujeres se metieran en los asuntos de los hombres.

En sí la historia de los treinta francos era muy sencilla. Desde que había maestro en Jonville, cobraba aquellos treinta francos al año por tocar la campana de la iglesia. Y Marcos, que no tocaba la campana, había convencido al ayuntamiento para que diera otra inversión a los treinta francos, diciendo que si el cura quería tener campanero, bien podía pagarle por su cuenta. El viejo reloj de la torre, medio descompuesto, andaba mal y siempre atrasado. Y un antiguo relojero, que se había retirado al pueblo, pedía precisamente treinta francos al año para repararlo y cuidarlo. Al principio Marcos tuvo que dirigir la empresa con cierta astucia, pues los aldeanos se limitaban a tantear, deseando averiguar si les convenía más que se tocase a misa o que el reloj marcara la hora exacta, pues lo que es votar otros treinta francos para disfrutar de ambas ventajas, ni siquiera lo pensaron, siendo como era su regia no gravar con gastos superfluos el presupuesto municipal. Fue aquél un duro combate en que chocaron el poder del cura y el del maestro, que salió victorioso al cabo, pues Cognasse, a pesar de sus sermones fulminantes y de sus maldiciones a los impíos que querían hacer callar la voz de Dios, no tuvo más remedio que ceder. Y después de un mes de silencio, he aquí que un hermoso domingo por la mañana el campanario recobró sus sones y lanzó al pueblo un furioso repique de campanas. Era la vieja criada, la terrible Palmira, que tocaba rabiosamente, con toda la fuerza de sus débiles brazos.

A partir de entonces, el abate Cognasse, comprendiendo que el alcalde se le escapaba, se tornó prudente y recobró su flexibilidad de eclesiástico, a pesar del hervor constante de su cólera. Y Marcos vio que era el amo, pues Martineau le consultaba cada día más, a medida que iba comprendiendo que se ponía en buenas

manos. Como secretario de la alcaldía, llegó Marcos a dirigir directamente el ayuntamiento, halagando el amor propio de cada cual y permaneciendo él en la obscuridad, mas con la fuerza que le daba el ser la inteligencia, la razón y la sana y recta voluntad que sencillamente dirigía a aquellos palurdos, que sobre todo preferían paz y prosperidad. Marcos hacía avanzar la buena obra de la emancipación, pues la instrucción se difundía rápidamente, llegando la luz a todas partes, destruyendo precauciones necias, limpiando la miseria de los cerebros, así como la miseria y la basura de los hogares pobres, pues sin saber no hay riqueza. Jamás Jonville se había visto como entonces, sano y en camino de llegar a ser el pueblo más próspero y dichoso del departamento. La maestra, señorita Mazeline, que dirigía la escuela de niñas pared por medio de la de niños, ayudaba eficazmente a Marcos en su tarea. Bajita, morena, muy graciosa, aunque no guapa; de rostro ovalado, de boca grande y bondadosa, con admirables ojos negros que ardían en abnegación y ternura, y de frente elevada y convexa, también ella era inteligente, razón sana y voluntad recta, nacida para ser la educadora y emancipadora de las niñas que le confiaban. Procedía del establecimiento de Fontenay-aux-Roses, de esa Escuela Normal donde el método y el corazón de un maestro ilustre ha formado ya una legión de precursores, cuya misión consiste en crear las esposas y las madres de mañana. Y si a los veintiséis años era ya maestra titular, lo debía a la útil labor que esperaban de ella jefes inteligentes como Salvan y Le Barazer. La ensayaban en aquel pueblo obscuro, un tanto inquietos en el fondo por sus ideas avanzadas, temiendo que molestara a los padres con su enseñanza anticlerical y su ardorosa convicción de que la mujer traería la dicha al mundo el día en que se decidiese a emanciparse del sacerdote. Pero ella se conducía con mucha sensatez y amabilidad, y aunque no llevaba las niñas a la iglesia, las trataba tan maternalmente, las cuidaba e instruía con tal ternura, que los campesinos acabaron por adorarla. Así pudo ser una poderosa auxiliar para la obra de Marcos, demostrando al pueblo que se podía no ir a misa, creer menos en Dios que en el trabajo y en la conciencia humana y, sin embargo, ser la mejor, la más inteligente y la más honesta muchacha de la comarca.

Como en Jonville estaba desplazado y no le quedaba más remedio que transigir con el maestro, el cura Cognasse desahogaba sus iras y sus amarguras en Moreux, pueblecillo próximo, a cuatro kilómetros de distancia y donde él decía misa. Moreux, cuyos habitantes jamás habían llegado a doscientos, estaba perdido entre dos colinas y tenía malos caminos que le aislaban y apartaban del mundo; mas no por ello era miserable, pues no se conocía allí un pobre y todas las familias tenían fértiles tierras y podían vivir en la soñolienta paz de su rutina. El alcalde, llamado Saleur, era un hombre rechoncho, de boca bovina y cabeza hundida entre los hombros. Había sido ganadero y se enriqueció de repente vendiendo muy caros sus prados, sus parques y sus ovejas a una sociedad anónima que acaparaba la cría de ganados en el departamento. A partir de aquel momento transformó su casa en un hotelito y se convirtió en rentista, en un burgués, cuyo hijo, Honorato, cursaba en el Liceo de

Beaumont, preparándose para ir a estudiar a París. Aunque muy envidiado y poco querido, los vecinos de Moreux le votaban para alcalde a cada nueva elección, por la sencilla razón de que, como no tenía nada que hacer, podía consagrarse holgadamente a los asuntos del municipio. Él, a su vez, se descargaba de ellos en el maestro Férou, a quien la secretaría del ayuntamiento valía ciento veinticuatro francos al año, suma por la cual tenía que trabajar mucho, escribiendo cartas, comunicaciones y contratos, con preocupaciones a todas horas. Saleur, tan ignorante que apenas sabía escribir su nombre, tosco y torpe además, aunque no malo en el fondo, trataba a Férou como a una máquina de escribir, con el tranquilo desprecio del hombre que no había necesitado saber tanto para hacerse rico y vivir regaladamente. Además, le guardaba rencor por haber reñido con el cura Cognasse, negándose a llevar a misa a sus alumnos y a cantar al facistol. Y ello no porque el alcalde fuese religioso, pues sólo iba a misa por el buen parecer, lo mismo que su mujer, una pelirroja delgada e insignificante, ni devota ni coqueta, para quien la asistencia a la iglesia los domingos formaba parte de sus deberes de aldeana convertida en señora. Le guardaba un sordo rencor, porque la actitud rebelde del maestro agravaba las continuas querellas entre el cura de Jonville y los vecinos de Moreux. Estos quejábanse sin cesar de que el cura les trataba sin consideración, de no oír sino rápidas misas dichas como de limosna y de tener que enviar a sus hijos a Jonville al catecismo y a la primera comunión. Y el cura contestaba furioso que cuando se querían tantas comodidades en los asuntos de Dios se debía tener cura propio. La iglesia de Moreux, cerrada toda la semana, era como un caserón triste y desnudo. Y el cura Cognasse pasaba por ella media hora todos los domingos como una tempestad, temido de todos, asustando al pueblo con sus caprichos y sus arrebatos.

Marcos, muy al corriente de la situación, no podía acordarse de Férou sin sentir hacia él una grande, una viva simpatía. En aquel Moreux, tan acomodado, sólo él, el maestro, no comía todos los días cuanto necesitaba. La horrible miseria del maestro pobre adquiría en su caso trágica gravedad. Había empezado ganando novecientos francos, a los veinticuatro años, de maestro auxiliar en Maillebois. Y en la actualidad, después de seis años de carrera y ya titular, desterrado en aquel rincón de Moreux, no cobraba aún más que mil francos anuales, setenta y dos al mes con el descuento, cincuenta y dos perros chicos diarios, con lo que tenía que mantener mujer y tres hijas pequeñas. En la vieja y húmeda casucha que servía de escuela se pasaba una miseria negra, comiendo sopa que no querría un perro, yendo las niñas sin zapatos y la madre sin vestido. ¡Y aun así crecían las deudas, esas mortales deudas en que se ahogan tantos humildes empleados! Se necesitaba un valor heroico para disimular lo mejor posible aquella miseria y tenerse en pie con la levita raída, manteniendo la categoría de señor ilustrado a quien el reglamento prohíbe todo comercio y toda ganancia fuera de su escuela. Cada día se renovaba la lucha, que exigía un nuevo milagro de entereza y voluntad. Férou, hijo de un pastor, y cuya viva inteligencia conservaba una independencia innata, desempeñaba su tarea con pasión, pero no

siempre resignado. Su mujer, rubia, gruesa, agradable, moza de tienda a quien había conocido en casa de su tía, la frutera de Maillebois, y con la que se había casado, a fuer de hombre honrado, después de tener de ella la primera niña, le ayudaba un poco, cuidando de las pequeñas y enseñándolas a leer y coser, mientras él luchaba con los diablillos de su clase, muy mal criados, de cabeza dura y mal corazón. ¿Cómo no había de ceder poco a poco a los desalientos de su ingrata tarea y a las bruscas rebeldías de sus sufrimientos? Nació pobre y siempre había padecido pobreza, mala alimentación, ropas remendadas y con costuras señaladas, pero ahora que era «un señor» esta pobreza le era horriblemente amarga. A su alrededor no veía más que personas felices, aldeanos que tenían tierra y comían hasta hartarse, orgullosos por el dinero ahorrado. La mayoría de ellos eran unos brutos que apenas sabían contar sus diez dedos y que le necesitaban hasta para escribir una carta. Y él, el único inteligente, el único instruido y culto, carecía muchas veces del franco necesario para comprarse unos cuellos postizos o para mandar poner medias suelas a sus botas agujereadas. Le trataban como a un criado y le abrumaban a desprecios, al verle con aquel traje roto, que en su fuero interno envidiaban. Pero, sobre todo, la comparación que inconscientemente establecían entre el maestro y el cura era desastrosa para aquél: el maestro, tan mal pagado, tan mísero, no respetado por los alumnos, desdeñado por los padres, desatendido por sus jefes y sin autoridad verdadera; el cura, retribuido con mucha mayor largueza, recibiendo, además de sus derechos, la ganga de muchos regalos, apoyado por el obispo, muy considerado por los devotos y hablando en nombre de un amo terrible, señor del rayo, de la lluvia y del sol. Por eso el cura Cognasse seguía siempre reinando, a pesar de las sempiternas disputas, en aquel Moreux que había cesado de creer y casi practicar el culto. Y por eso también el maestro Férou, atormentado por la indigencia, lleno de hiel, convertido forzosamente en socialista, adquiría mala reputación, soltando palabras subversivas contra el orden social que le dejaba morir de hambre a él, que era la inteligencia y el saber, mientras la estupidez y la ignorancia dominaban y disfrutaban a su alrededor.

El invierno fue muy crudo. A partir de noviembre, hielos y nieves cubrieron Jonville y Moreux. Marcos supo que Férou tenía enfermas a dos de sus niñas, con aquel frío terrible, sin poder a veces ni darles un caldo. Y procuró socorrerle, aunque era él también tan pobre que tuvo que acudir a la señorita Mazeline para que le ayudara en aquella obra de caridad. Marcos no tenía tampoco más que mil francos de sueldo; pero la plaza de secretario de la alcaldía estaba mejor retribuida, y el edificio, bastante espacioso, en que se hallaban instaladas las escuelas de niños y niñas, una antigua casa rectoral, reformada y ampliada, reunía mejores condiciones higiénicas. Hasta entonces, por lo demás, había podido atender Marcos a las necesidades de la casa, gracias a los obsequios de la señora de Duparque, la abuela de su mujer: vestiditos para la niña, ropa blanca para la madre, algún dinero en los días señalados. Pero desde el proceso de Simón la abuela no enviaba nada. Y casi se alegraba de ello Marcos; tanto le hacían padecer las duras palabras con que había solido acompañar

los regalos. Pero ¡qué apuros en el hogar, qué aumento de trabajo, de valor y de economía se necesitaba para seguir ocupando su puesto con decoro! Marcos, que amaba su carrera, había reanudado sus tareas con una especie de doloroso ardor, y cuando daba sus clases, cumpliendo escrupulosamente todos sus deberes, en aquellos primeros meses del invierno, tan terribles para los pobres, nadie pudo ni siquiera sospechar el sombrío dolor y la desesperación atroz, cuyos accesos recataba cuidadosamente bajo su aire de tranquilo heroísmo. La condena de Simón le había trastornado y maltrecho; no, no conseguía reponerse de aquella iniquidad monstruosa. Sin cesar caía en negras melancolías. Y Genoveva le oía a cada paso esta exclamación: «Es espantoso. Creía conocer a mi país, ¡pero no le conocía!». Sí: ¿cómo había podido cometerse tal infamia en aquella Francia que hizo la gran Revolución y a la que hasta entonces había considerado como la emancipadora y la justiciera prometida al mundo? La amaba apasionadamente por su generosidad, por la independencia de su ánimo, por todo lo liberal, lo noble y lo grande que estaba llamada a cumplir. Pero ¡he aquí que permitía y aun exigía la condenación de un inocente! Y retornaba a la barbarie antigua, a las viejas imbecilidades. Aquello era para él una pena y una vergüenza que le dolían y le obsesionaban como si se tratara de un crimen en que hubiese tomado parte. Además, su pasión por la verdad, su ansia de conquistarla e imponerla a todos, le infundía un malestar intolerable al ver cómo triunfaba la mentira y al no poder combatirla y destruirla, proclamando a veces la verdad que tanto había buscado.

Repasaba mentalmente el proceso y seguía buscando, pero sin hallar nada nuevo en medio de la inextricable maraña que invisibles manos habían sabido enredar. Y por la noche, a la luz de la lámpara, tras sus fatigosas jornadas de enseñanza, caía en mudas desesperaciones que le abatían tanto, que Genoveva, silenciosa también, iba a abrazarle dulcemente y a besarle con ternura, deseosa de reanimarle un poco.

—Vas a caer enfermo, querido. No pienses más en esas cosas tan tristes.

Y él se conmovía hasta el punto de humedecérsele los ojos y abrazarla cariñosamente.

—Sí, sí, tienes razón, es necesario mostrar valor. ¿Qué quieres? No puedo dejar de pensar en ello. ¡Qué tormento!…

Entonces ella, sonriente, con un dedo en los labios, le llevaba ante la cunita donde dormía su hija Luisa.

—No pienses más que en nuestra hijita. Piensa que trabajamos para ella. Será feliz si nosotros lo somos.

—Sí, sí, eso sería lo más sensato. Pero la dicha de nosotros tres, ¿no depende también de la dicha de todos?

Genoveva se había mostrado muy cariñosa y muy razonable durante el proceso. Había padecido al observar la actitud de su familia, especialmente de su abuela, para con su marido, a quien hasta la criada Pelagia afectaba no dirigir la palabra. Cuando el matrimonio salió de la casita de la plaza de los Capuchinos, la despedida fue muy

fría. Y desde entonces Genoveva se limitaba a ir a ver a «aquellas señoras» muy de tarde en tarde, para evitar una ruptura completa. En Jonville había dejado de ir a la iglesia otra vez, y no se presentaba en misa, para que el cura Cognasse no hallara en su piedad argumentos con que combatir a su marido. Pero si parecía indiferente en la cuestión entre la Escuela y la Iglesia, seguía abrazada a su amado Marcos y, en la entrega que le había hecho de toda su persona, se abandonaba en sus manos hasta en aquellos casos en que la herencia y la educación católica le impedían aprobar completamente la conducta de él. Y lo mismo ocurría respecto al proceso, pues tal vez no pensara ella como Marcos, pero sabía que era tan leal, tan generoso, tan justo, que no podía censurarle por proceder conforme a su conciencia. Tan solamente como mujer razonable, se permitía a veces aconsejarle discretamente prudencia. ¿Qué habría sido de ellos y de su pequeña si Marcos se hubiera comprometido hasta el punto de perder su empleo? Hasta entonces se amaban y se deseaban demasiado para que pudiera llegar a ser grave cualquier disentimiento o disputa entre ambos. Al más leve disgusto se abrazaban y acababa todo en una mutua efusión, en una lluvia de ardientes besos.

—¡Mi Genoveva, mujercita mía! Cuando dos se nadie puede separarlos…

Sí, sí, Marcos mío. Soy tuya: sé que eres muy bueno, haz de mí lo que quieras.

Así es que él le dejaba entera libertad. Si hubiese ido a misa no hubiera tenido valor para impedírselo, con pretexto de respetar su libertad de conciencia. Cuando nació Luisita ni siquiera se le ocurrió oponerse a que la bautizaran, pues la costumbre y los hábitos heredados influían sobremanera sobre él. A veces se arrepentía vagamente. Pero ¿acaso no bastaba el amor para remediarlo todo? ¿Acaso no se entenderían siempre, a pesar de todas las catástrofes, ya que todas las noches volvían a hallarse estrechamente unidos en cuerpo y alma?

Si Marcos tenía la obsesión del proceso de Simón, era porque no podía cesar de ocuparse en aquel asunto. Había jurado no descansar hasta que hallase al verdadero culpable y cumplía su palabra, más todavía por pasión que por deber estricto. En cuanto llegaba el jueves y tenía la tarde libre, corría a Maillebois e iba a visitar a los Lehmann en su triste y obscura tienda de la calle del Hoyo. La execración pública, cayendo allí como un rayo a consecuencia de la condena de Simón, parecía querer expulsar del mundo a la familia del presidiario, a sus amigos y hasta a los conocidos que le guardaban alguna fidelidad. La parroquia del pobre sastre judío le abandonó, por lo que el temeroso Lehmann y su mujer, lamentablemente resignados a todo, se hubiesen muerto de hambre a no haber conseguido trabajar a bajo precio para unos grandes almacenes de París. Pero, sobre todo la esposa de Simón, la infeliz Raquel, y sus hijos José y Sara, padecían horriblemente con el odio salvaje que había caído sobre su nombre. Los niños no habían podido volver a la escuela, pues los chicos les insultaban y les tiraban piedras: el niño volvió un día a su casa con el labio partido. La madre, que se había puesto de luto, y cuya hermosura lucía más todavía con el vestido negro, se pasaba llorando todo el día, sin esperar ya la salvación más que de

un milagro. Sólo David permanecía dueño de sí mismo en aquella casa desconsolada y entre aquellas penas resignadas. Silencioso y activo seguía investigando y esperando. Habíase impuesto la misión sobrehumana de salvar y rehabilitar a su hermano, a quien había jurado, en la última entrevista que tuvieron, no vivir más que para desvanecer aquel misterio, descubrir al verdadero criminal y patentizar la verdad a la luz del día. Para ello había entregado definitivamente la explotación de sus canteras a un gerente en quien tenía confianza, comprendiendo que sin dinero tendría que detenerse en las primeras averiguaciones. Y desde entonces se consagro casi exclusivamente a sus investigaciones, acechando sin descanso los menores indicios, siempre a caza de nuevos detalles. Si su celo hubiese podido flaquear, las cartas de su hermano, fechadas en Cayena, habrían bastado para excitar su valor. La partida de Simón, el embarque con otros desgraciados, la horrible travesía, la llegada al punto de destino, el horror del presidio, todos aquellos vivos recuerdos le trastornaban y perseguían a toda hora, produciéndole mortal escalofrío. Luego, en cartas que la administración penitenciaria mutilaba, sentíase en cada frase el grito de un intolerable tormento, la rebelión de un inocente que da vueltas sinfín a su imaginario crimen, sin llegar a explicarse cómo es posible expiar un delito ajeno. ¿Sería la locura el desenlace de aquella devoradora angustia? Simón hablaba con dulzura de sus compañeros los ladrones y asesinos; en cambio se adivinaba que su odio iba contra los vigilantes, contra los verdugos que, sin freno, fuera del mundo civilizado, convertidos en hombres de las cavernas, complacíanse en hacer padecer a otros hombres. Aquello era un ambiente de lodo y de sangre, acerca del cual un presidiario indultado vino una noche a referir atroces pormenores a David, en presencia de Marcos. Y fueron tales la lástima, el espanto y la pena de los dos amigos, que ambos gritaron de dolor, sublevados en furiosa indignación.

Por desgracia, Marcos y David, que actuaban de común acuerdo, no conseguían grandes resultados, a pesar de su investigación continua dirigida con discreta constancia. Sobre todo se habían propuesto vigilar la escuela de los hermanos, y especialmente al hermano Gorgias, de quien seguían sospechando. Pero, un mes después del proceso, los tres auxiliares, hermanos Isidoro, Lázaro y Gorgias desaparecieron, enviados a una comunidad que residía al otro extremo de Francia, y sólo quedó el director, el hermano Fulgencio, con tres nuevos ayudantes. Ni David ni Marcos pudieron sacar nada en limpio de aquel hecho, que no era anormal, pues los hermanos pasaban con frecuencia de una escuela a otra. Por otra parte, como habían sido trasladados los tres, ¿cómo saber cuál de ellos podía haber motivado el traslado? Y lo peor era que la condena de Simón había dado un golpe terrible a la escuela laica, de la cual habían quitado sus hijos muchas familias para llevarlos a la escuela de los hermanos. Las señoras devotas metían mucho ruido con aquella lamentable historia, como si la enseñanza municipal, la enseñanza sin Dios, fuese causa de todas las torpezas y de todos los crímenes. Jamás había conocido prosperidad semejante la escuela de los hermanos; aquello era el triunfo refinado de las congregaciones; por

Maillebois no se veían más que caras triunfantes de religiosos y de curas. Por desgracia, el nuevo maestro nombrado para substituir a Simón, un hombrecillo pálido y enteco llamado Méchain, no parecía capaz de luchar con aquella ola invasora. Decíase que estaba enfermo del pecho, y como los rigores del invierno le hacían padecer mucho, confiaba con frecuencia la clase al auxiliar Mignot que, desorientado desde que no tenía director que le guiase, seguía los consejos de la señorita Rouzaire, cada vez más entregada a la facción clerical, dueña de la comarca. ¿No era así como se conseguían los regalitos de los padres, las buenas notas de Mauraisin, el ascenso seguro? Ella le había decidido a llevar a misa personalmente a sus alumnos y a colgar en la pared de la clase un gran crucifijo de madera. En las altas esferas lo toleraban, esperando tal vez que aquello produjera buen efecto en las familias y que volviesen a la escuela municipal los alumnos que la habían dejado. Pero la verdad era que Maillebois en masa se pasaba a los clericales, y que la crisis adquiría extraordinaria gravedad.

Con esto, el desconsuelo de Marcos crecía más y más cada vez que observaba el espíritu de cruel ignorancia que reinaba en el pueblo. El nombre de Simón había llegado a ser objeto de tal horror y espanto, que no se podía pronunciarlo sin que las gentes se pusieran fuera de sí de ira y de terror. Era un nombre maldito que engendraba desgracias, un nombre que resumía, para las masas, toda la perversidad humana. Había que callarse y no permitirse jamás ni la menor alusión, so pena de desencadenar sobre la patria las peores catástrofes. Después del proceso, había habido algunos espíritus rectos y racionales que, muy perplejos, admitían la posible inocencia del reo; pero ante la enormidad furiosa de aquella ola, ni siquiera se atrevían a abrir la boca, y hasta aconsejaban el silencio. ¿Para qué protestar y acusar a la justicia? ¿Para qué perderse uno mismo y hacerse barrer como una brizna de paja, sin utilidad practica para nadie? Y Marcos quedábase confundido y espantado ante cada prueba que las circunstancias le ofrecían del envenenamiento, del estado de error y mentira en que se hallaba sumida la población, como en inmundo charco que cada día se iba ensanchando. La casualidad hizo que encontrase, sucesivamente, al labriego Bongard, al obrero Doloir y el empleado Savin, con lo que comprendió que los tres tenían muchas ganas de sacar a sus hijos de la escuela laica y llevarlos a la de los hermanos, y que, si no se habían atrevido a hacerlo, era por cierto vago temor a perjudicarse en el ánimo de las autoridades. Bongard permaneció impenetrable y no quiso decir una palabra sobre el proceso; nada tenía que ver en aquello, y ni siquiera sabía si se debía estar con los curas o con el Gobierno; sin embargo, acabó por decir que los judíos habían hecho enfermar al ganado de la comarca, cosa de la que estaba bien seguro, pues sus dos chiquillos, Fernando y Ángela, habían visto que un hombre echaba ciertos polvos blancos en un pozo. Doloir se exaltó, hablando de que los sin patria querían destruir el ejército, pues un antiguo compañero de regimiento le había dicho, con motivo del proceso de Simón, que se había forjado un sindicato internacional para vender Francia a los alemanes; y juró que iría a abofetear al nuevo

maestro si sus chicos, Augusto y Carlos, le contaban algo feo de aquella escuela desdichada, donde pervertían a los niños. Savin se mostró más frío y más baboso en su rencor de pobre enlevitado, tan ofuscado como los otros dos, obsesionado por la idea de que vegetaba miserablemente porque no había querido hacerse masón y arrepintiéndose sordamente de no haberse entregado totalmente a la Iglesia, aunque dejando entrever que rechazaba con heroísmo de víctima republicana las insinuaciones del confesor de su mujer. Y, en cuanto al proceso, decía Savin que era cosa sabida de todo el mundo que había sido una comedia, el sacrificio de un solo culpable para ocultar las ignominias de todas las escuelas de Francia, así laicas como religiosas, añadiendo que él pensó un instante en recoger a su Hortensia, a su Aquiles, a Felipe y dejarlos entregados a la Naturaleza, fuera de toda instrucción. Marcos les escuchaba y se iba con la cabeza confusa y el corazón turbado, sin acertar a explicarse cómo personas de sentido común, que no eran del todo necias, podían llegar a tales extremos de aberración. Le desesperaba semejante mentalidad y comprendía que allí había algo más terrible que la innata ignorancia: un continuo aluvión de las necedades corrientes, capas profundas y superpuestas de preocupaciones populares, virus acumulado de supersticiones y leyendas destructoras de la razón. ¿Cómo acometer el saneamiento y devolver la salud intelectual y moral a aquel pobre pueblo intoxicado? Pero cuando Marcos experimentó una emoción más honda fue un día en que entró a comprar un libro en casa de las señoras de Milhomme, las de la papelería de la calle Corta. Estaban las dos con sus hijos, la viuda de Alejandro con Sebastián y la viuda de Eduardo con Víctor. Esta última fue quien le despachó, algo impresionada al principio al verle entrar de repente, aunque enseguida se repuso, con la frente contraída por una acusada arruga de voluntad egoísta. Temblorosa, la viuda de Alejandro se levantó y se llevó a Sebastián, con pretexto de hacerle que se lavara las manos. Aquella fuga emocionó a Marcos, que vio en ella la prueba de lo que sospechaba, de que en aquella casa había una gran perturbación desde que fue condenado el inocente. ¿Saldría algún día la verdad de aquella estrecha tiendecilla? Se marchó más trastornado que nunca, después de haber dejado que la viuda de Eduardo, deseosa de disimular la debilidad de su cuñada, le contase también estupendas historias: que una señora vieja veía en sueños frecuentemente a Ceferino, la víctima de Simón, con la palma del martirio, y que la escuela de los hermanos, desde que la habían injuriado con sospechas, estaba protegida de rayos, pues, tres veces habían caído exhalaciones en los alrededores sin tocarla nunca.

En otra ocasión, Marcos necesitó ver a Darras, el alcalde, con motivo de cierto asunto administrativo, y notó entonces el embarazo con que le recibió en la alcaldía. Darras había pasado siempre por simonista convencido, y hasta se había mostrado abiertamente favorable al acusado durante el proceso. Pero ¿no era una autoridad y no le obligaban sus funciones públicas a una neutralidad absoluta? Aumentaba su discreción un poco de cobardía, el temor de chocar con la mayoría de sus electores y

de perder su cargo de alcalde, de que estaba orgulloso. Así fue que, ventilado el asunto administrativo, levantó los brazos al cielo cuando Marcos se atrevió a dirigirle algunas preguntas. No podía hacer nada, era prisionero de su situación, con un Ayuntamiento tan dividido, que los clericales llegarían seguramente a tener mayoría en las elecciones próximas si se provocaba más a la población. Y se lamentaba de aquel desastroso proceso de Simón, que había brindado a la Iglesia un excelente campo de batalla, en que explotaba fáciles victorias sobre aquella masa infeliz de ignorantes, envenenados por errores y mentiras. Mientras soplase aquella demencia no se podría intentar nada. Hasta exigió a Marcos que le diera palabra de no contar a nadie lo que le había dicho. Luego le acompañó hasta la puerta para demostrarle su secreta simpatía, rogándole de paso, una vez más, que se estuviera quieto y se hiciese el muerto hasta que vinieran tiempos mejores.

Cuando Marcos se veía así, harto de desesperación y de asco, sólo hallaba un refugio donde reanimarse: íbase a Beaumont, a ver a Salvan, el director de la Escuela Normal. Le había visitado sobre todo en aquellos crudos meses de invierno en que Pérou se moría de hambre en Moreux, en continua lucha con el párroco Cognasse. Iba frecuentemente a hablar con su amigo de aquella irritante miseria del maestro pobre, tan mal pagado, frente al cura, pagado con largueza. Y Salvan convenía con él en que aquella miseria entraba por mucho en el descrédito sin cesar creciente en que iba cayendo el cargo de maestro de instrucción primaria. Si en las escuelas normales se reclutaban con dificultad alumnos, era porque los cincuenta y dos perros chicos diarios de los maestros titulares, a los treinta años de edad, no eran una tentación para nadie. Harto conocidos eran los sinsabores, las vejaciones y los apuros vergonzosos de la profesión. Los hijos de los labriegos, deseosos de soltar la esteva, de entre los cuales salían la mayor parte de los alumnos de las escuelas normales y de los seminarios, preferían ser empleadillos e ir a la ciudad a probar fortuna. Únicamente la exención del servicio militar, mediante el compromiso de consagrarse diez años a la enseñanza, decidía aún a algunos a ingresar en aquella galera, donde podían esperar tan poca honra y tan corto provecho, a cambio de tantos disgustos y desprecios. Y, en fin de cuentas, el reclutamiento de alumnos para las escuelas normales era la cuestión capital de que dependían la instrucción del país y hasta su fuerza y su salvación. No había cuestión tan importante como la formación de los futuros maestros de escuela, como iluminarlos con la luz de la razón y de la lógica, como inflamar sus corazones en verdad y justicia, que diesen calor a su pecho. El reclutamiento dependía únicamente de una remuneración mayor, más justa, que les permitiese vivir con decoro y devolver a la profesión su elevada nobleza; la instrucción y educación de los alumnos que habían de ser maestros requería un nuevo programa. Decía Salvan, con razón, que tal como fuese el maestro serían la enseñanza, la mentalidad de los humildes, de la inmensa mayoría de la población. Tratábase, en fin de cuentas, de la futura Francia, de los que mañana formarían al país. Era cuestión de vida o muerte. Y la misión que Salvan se había impuesto consistía en preparar a los maestros para la

tarea emancipadora que les sería encomendada. Hasta entonces no se había hecho de ellos los apóstoles necesarios, apoyados exclusivamente en el método experimental y que rechazase los dogmas revelados, las leyendas falaces, el enorme cúmulo de errores que desde hace siglos mantiene a los humildes del mundo en la miseria y en la servidumbre. Los maestros eran, en su mayoría, hombres honrados, hasta republicanos, bastante ilustrados y muy aptos para enseñar a leer, a escribir, algo de cuentas y un poco de historia; pero incapaces para formar hombres o, mejor aún, ciudadanos. En aquel desastroso proceso de Simón se les había visto a casi todos rendirse a las mentiras del clericalismo, por incapacidad de discurrir, por falta de método y de lógica. No sabían amar la verdad; bastó que les dijesen que los judíos habían vendido Francia a los alemanes, para que delirasen. ¿Dónde estaba el batallón sagrado de los maestros de instrucción primaria que debían enseñar a todo el pueblo de Francia, a la única luz de las verdades demostradas Científicamente, para librarle, al fin, de las seculares tinieblas y hacerle apto para la verdad, la libertad y la justicia?

Una mañana recibió Marcos una carta de Salvan, rogándole que fuese a hablar con él lo antes posible. El jueves siguiente se dirigió a Beaumont, a aquella Escuela Normal en que no podía entrar sin emoción, que tan llena estaba para él de recuerdos y esperanzas.

El director le esperaba en su despacho, que daba al jardín, ya dorado por el sol de abril con sus tibios rayos.

—Voy a decirle, querido amigo, lo que ocurre… Ya sabe la deplorable situación de Maillebois. Méchain, el nuevo maestro que se cometió el error de nombrar en circunstancias tan graves, no tiene malas ideas, y creo que está con nosotros; pero es muy débil y en unos cuantos meses se ha dejado arrollar. Además, está enfermo, y acaba de solicitar que le trasladen, deseoso de ser destinado al Mediodía… Lo que hace falta en Maillebois es una cabeza fuerte, una voluntad firme, un maestro que reúna la inteligencia y la energía requeridas por la situación actual. Y se ha pensado en usted…

Fue tan brusco e inesperado el golpe, que Marcos exclamó:

—¿En mí?

—Sí. Usted es el único que conoce admirablemente el pueblo y la horrible crisis por que está pasando. Desde la condena del pobre Simón la escuela primaria parece que está maldita y va perdiendo alumnos, mientras la escuela de los hermanos tiende a desbancarla, fortaleciéndose con sus ruinas. Hay allí un foco creciente de clericalismo, de baja superstición, de embrutecimiento reaccionario, que acabará por devorarlo todo si no lo combatimos. Ya retrocede la población a las pasiones del odio y a las estúpidas alucinaciones del año mil. Necesitamos, pues, un obrero del porvenir, un sembrador de la buena cosecha futura que devuelva a nuestra escuela la prosperidad y haga de ella lo que debe ser: la educadora, la emancipadora, la creadora de un liberal y justo pueblo francés. Y, como le decía, se ha pensado en usted.

—Pero ¿se trata sólo de un deseo de usted? —interrumpió Marcos otra vez—. ¿O es que le han encargado consultarme?

Salvan sonrió.

—¡Oh! Yo no soy más que un funcionario modestísimo. ¡Gran cosa sería que todos mis deseos se realizaran! La verdad es lo que ha dicho usted: que me han encargado sondear su voluntad, pues saben que soy amigo de usted… Le Barazer, nuestro inspector académico, me citó el lunes en la prefectura. Y de nuestra conversación nació la idea de ofrecer a usted la plaza de Maillebois.

Marcos hizo un ademán involuntario, encogiéndose de hombros.

—Verdad es —continuó diciendo Salvan— que Le Barazer no mostró gran valor en el proceso de Simón. Pudo hacer algo. Pero hay que tomar los hombres como son. Lo que puedo prometer a usted es que, en lo sucesivo, si no le tiene usted a su lado, será el sostén oculto, el terreno inerte y sordo en que podrá usted apoyarse sin miedo. Es un hombre que siempre acaba por imponerse al prefecto Hennebise, que tanto miedo tiene a las dificultades. Y en cuanto al bueno de Forbes, nuestro rector, se contenta con reinar, pero no gobernar. El peligro está en ese jesuita de Mauraisin, el inspector de instrucción primaria, amigo del padre Crabot y a quien Le Barazer, su jefe, guarda ciertas consideraciones por política… Pero ¡supongo que no le asustará a usted!…

Marcos callaba. Y con los ojos fijos en el suelo parecía entregado a inquietas reflexiones, invadido por dudas y titubeos. Salvan, que leía en él, porque estaba al corriente de su drama íntimo, le cogió las dos manos, muy conmovido.

—Sé lo que le pido, amigo mío… Fui grande amigo de Berthereau, el padre de Genoveva, un espíritu muy independiente, una razón emancipada, pero al mismo tiempo tan sentimental, que acabó por acompañar a su mujer a misa. Después fui protutor de su hija, con quien usted se casó, y he frecuentado como amigo íntimo, casi como un pariente, la casita de la plaza de los Capuchinos, donde la señora Duparque, la abuela, reina como despótica devota, doblegando a su voluntad a su hija, la triste y resignada señora de Berthereau, y a su nieta, la simpática Genoveva, a quien usted quiere tanto. Quizás antes de la boda debí prevenir a usted con mayor insistencia, pues siempre es peligroso para un hombre como usted entrar en una familia devota, unirse a una joven empapada desde la infancia en la religión más idolátrica. Pero hasta ahora no he tenido que arrepentirme, pues son ustedes felices. Claro es que si usted acepta la plaza de Maillebois, va usted a estar en perpetuo conflicto con esas señoras. Eso es lo que está usted pensando, ¿no es verdad?…

Marcos alzó la cabeza.

—Sí, lo confieso, temo por mi felicidad… Como usted sabe, no soy ambicioso; de todos modos, sería para mí un ascenso apetecible el ser nombrado maestro de Maillebois, pero me declaro completamente satisfecho con seguir en Jonville, donde he tenido la suerte de acertar y donde presto servicios a nuestra causa… ¿Y quiere usted que deje esta seguridad para arriesgar mi tranquilidad en otra parte?

Tras un silencio, Salvan le preguntó afectuosamente:

—¿Duda usted del cariño de Genoveva?

—¡Oh, no! —exclamó Marcos.

Volvió a haber otra pausa. Y Marcos prosiguió, después de un casi inconsciente embarazo, que duró segundos:

—¿Cómo podría dudar de ella? ¡Es tan cariñosa y la veo tan apasionada en mis brazos!… Pero no puede usted imaginarse la vida que hemos llevado en casa de esas señoras durante las vacaciones, cuando trabajaba yo en favor de Simón. Aquello era insostenible: yo había llegado a ser como un extraño a quien ni la misma criada dirigía la palabra. En las contadas que se pronunciaban, palpitaba una hostilidad que a cada paso amenazaba estallar en furiosas disputas. En fin, me parecía que allí estaba perdido a mil leguas, como si estuviese entre habitantes de otro planeta, con quienes no tuviera nada de común. Era una separación absoluta, brutal… Y esas señoras empezaban a echarme a perder a Genoveva que volvía a ser la colegiala de las monjas de la Visitación. Tanto fue así que ella misma llegó a tomar miedo y se alegró mucho cuando volvimos a vernos en Jonville, en nuestro estrecho nido, dedicados el uno al otro.

Se interrumpió tembloroso; luego exclamó:

—¡No, no! Que me dejen donde estoy. Allí cumplo mi deber y trabajo en una obra que creo buena. Cada obrero cumple con poner su piedra en el monumento.

Salvan había vuelto a pasear lentamente por el despacho. Parándose ante Marcos, dijo:

—No quiero, amigo mío, impulsar a usted al sacrificio. Tendría un gran remordimiento si su felicidad resultase comprometida, si las amarguras de fuera llegasen a envenenar su hogar. Pero sé que es usted de la madera de los héroes… No me conteste usted ahora. Tómese ocho días para meditarlo y vuelva usted el jueves próximo. Seguiremos hablando y resolveremos.

Marcos volvió a Jonville por la noche, muy preocupado, dándole vueltas en la cabeza a aquel caso de conciencia que se le planteaba. ¿Debía acallar sus temores, que no osaba confesarse a sí mismo y meterse en una lucha segura con la abuela y la madre de su mujer, lucha en que podía naufragar toda la felicidad de su vida? Pensó primero hablar con franqueza a Genoveva, mas luego no se atrevió, comprendiendo que ella le diría sencillamente que hiciese lo que mejor le pareciera, lo que juzgase ser su deber. Ni siquiera la habló del ofrecimiento de Salvan, pues sentía creciente zozobra y descontento de sí mismo. Transcurrieron dos días entre vacilaciones y dudas, y por fin Marcos se resolvió a examinar la situación y a pesar las diferentes razones que podían aconsejarle aceptar o rechazar la plaza de Maillebois.

Primero evocó el pueblo tal como le conocía, muy bien por cierto, desde el proceso de Simón. Evocó a Darras, el alcalde, un buen hombre, un espíritu avanzado, que no se atrevía a ser justo por miedo a perder la vara y a comprometer sus negocios de contratista en gran escala. Pasaron por su mente los Bongard, los Doloir, los Savin,

las de Milhomme, todos aquellos seres de inteligencia y moralidad medianas, que le habían contado cosas tan estupendas y en las cuales la crueldad y la imbecilidad se disputaban el campo; tras ellos estaban las masas, la multitud, presa de las patrañas más absurdas todavía, capaces de ferocidades más grandes. Tratábase de supersticiones salvajes, de una mentalidad de pueblo bárbaro, adorador de fetiches, que pone su gloria en la matanza y el robo, sin tolerancia, sin razón y sin bondad. Y el problema que con toda claridad planteaba era éste: ¿por qué se zambullen y permanecen a gusto en esa profunda ciénaga de errores y mentiras? ¿Por qué se resisten a la lógica y al simple raciocinio con una especie de odio instintivo, cual si les aterrase todo lo puro, todo lo sencillo y todo lo claro? ¿Por qué cierran los ojos al resplandor evidente del sol y prefieren negar la luz del día antes que aceptarla? ¿Por qué, en fin, en el proceso de Simón dieron aquel lamentable y extraño espectáculo de un pueblo de inteligencia y sensibilidad paralizadas, que no quería ver ni entender, que huía de la certeza, que se rodeaba de la mayor suma de tinieblas posible para no ver claro y para aullar, como ante la muerte, en la noche de sus supersticiones y preocupaciones? Cierto era que habían envenenado a aquel pueblo periódicos como «La Croix», de Beaumont, y «Le Petit Beaumontais», que le servían cada mañana el aborrecible brebaje que corrompe y enloquece. Los pobres cerebros infantiles, los corazones sin valor, todos los enfermos y todos los humildes, embrutecidos por la servidumbre y por la miseria, eran fácil presa de falsarios y embusteros que explotaban la credulidad pública. En todas las épocas los señores del mundo, las iglesias, los imperios, las monarquías, han reinado sobre multitudes de desgraciados, envenenándolas después de haberlas robado y manteniéndolas en el terror y en la esclavitud de falsas creencias. Pero el envenenamiento no bastaba para explicar aquel sopor de las conciencias, aquella nada en que dormitaba la inteligencia popular. Para que un pueblo se dejase envenenar tan fácilmente era forzoso que no se conservase fuerza alguna de resistencia. El veneno obra principalmente sobre los ignorantes, sobre los que no saben ni son capaces de examen, crítica ni discusión. Y en la base de todo dolor, de tanta iniquidad y de tanta ignominia, descubríase la ignorancia, causa primera y única del largo calvario de la humanidad en su camino, en esa ascensión tan trabajosa y lenta hacia la luz atravesando todos los fangales y los crímenes todos de la historia. Y por allí, por aquella misma base, era por donde había que reanudar siempre la emancipación de los pueblos, instruyendo sus más humildes capas, pues una vez más acababa de probarse que todo pueblo ignorante es incapaz de equidad y que la verdad y la instrucción es lo único que habilita el camino para la justicia.

Pero Marcos, al llegar a este punto de sus reflexiones, se quedó confuso. ¿Cómo era posible que en Francia la masa, las capas profundas de la población de los campos y de las ciudades industriales, tuviera aún aquella mentalidad fetichista y brutal, propia de salvajes? ¿Acaso no vivían en república desde hacía un tercio de siglo? ¿No habían tenido los fundadores de este régimen conciencia clara de las nuevas necesidades, basando la libertad del Estado en leyes escolares, devolviendo su fuerza

y prestigio a la escuela primaria, haciéndola gratuita, obligatoria y laica? Pudieron creer desde aquel instante que la buena obra estaba hecha y la República sembrada. Iba a brotar del suelo de Francia una democracia consciente, emancipada por fin de los errores y las mentiras seculares. Al cabo de diez años o de veinte, las generaciones salidas de las escuelas, nutridas de verdad, se evadirían cada vez más con mayor empuje de las antiguas mazmorras y constituirían un pueblo cada día más liberal, ganado a la razón y a la lógica, capaz de certeza y de justicia. Desde entonces habían pasado treinta años, y el terreno ganado parecía perderse a la menor alteración pública; el pueblo de hoy volvía a la imbecilidad y a la demencia del pueblo de ayer, en un brusco retorno a las tinieblas ancestrales… ¿Qué había ocurrido? ¿Qué sorda resistencia, qué fuerza subterránea paralizaba así el inmenso esfuerzo realizado para sacar a aquellos pobres y a aquellos hombres doloridos de tan tenebrosa esclavitud? Al hacerse esta pregunta, Marcos vio aparecer enseguida al enemigo, a la Iglesia, hacedora de ignorancia y muerte. La Iglesia era quien, en la obscuridad, con su paciente táctica tenaz, había interceptado los caminos y recobrado uno a uno aquellos pobres espíritus entenebrecidos a quienes se pretendía arrancar de su dominación. Siempre ha comprendido cuán necesario es para ella ser dueña de la instrucción, es decir, dueña de engendrar a voluntad la obscuridad y la mentira, para conservar en estrecha servidumbre los cuerpos y las almas. Y en el terreno de la escuela había luchado una vez más, con admirable flexibilidad e hipocresía, llegando hasta proclamarse republicana y a valerse de leyes liberales para retener en la celda de sus dogmas a los millones de niños que esas mismas leyes querían libertar y que así serían otros tantos cerebros jóvenes ganados al error, otros tantos soldados futuros del Dios de expoliación y crueldad que reina sobre la execrable sociedad actual. Se había visto a un papa político dirigir la campaña, aquel movimiento envolvente que había de expulsar a la revolución de su casa, es decir, de la tierra de Francia, haciendo suyas las conquistas de ella en nombre de la libertad. Entonces los fundadores, los republicanos de abolengo, tuvieron la candidez de juzgarse vencedores ante aquel supuesto desarme de la Iglesia; se tranquilizaron y la sonrieron por exceso de tolerancia; celebraron el nuevo espíritu de concordia, de pacificación y de unión de todas las creencias en una fe nacional y patriótica. Ya que triunfaba la República, ¿por qué no había de acoger a todos sus hijos, hasta a los rebeldes que siempre habían querido estrangularla? Gracias a tan hermosa grandeza de alma, la Iglesia iba avanzando bajo tierra, las comunidades religiosas expulsadas volvían una a una y continuaban sin descanso la constante labor de invasión y de conquista; los colegios de los jesuitas, de los dominicos y de las otras órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza poblaban poco a poco con alumnos y clientes suyos la administración, la magistratura y el ejército, mientras las escuelas de los hermanos y las hermanas iban suplantando a las escuelas primarias laicas, gratuitas y obligatorias. Tan era así, que en un brusco sobresalto de despertar, la nación entera se había hallado otra vez en manos de la Iglesia, con engendros de ésta en los mejores puestos de su organismo de

gobierno y con el porvenir comprometido, con el pueblo de mañana —labradores, obreros, soldados— bajo la férula de los religiosos.

Precisamente el domingo siguiente presenció Marcos un extraordinario espectáculo que vino a ofrecer a sus meditaciones una prueba evidente. Seguía discutiendo consigo mismo, sin resolverse a aceptar el ofrecimiento de Salvan. Y al ir aquel domingo a Maillebois, a casa de los Lehmann, a ver a David, se encontró con una gran ceremonia religiosa, que la curiosidad le movió a presenciar. Hacía quince días que «La Croix», de Beaumont, y «Le Petit Beaumontais» venían anunciándola en pomposos artículos, por lo que todo el distrito ardía en impaciencia. Tratábase del donativo, hecho a la capilla de los capuchinos, de un magnífico relicario que contenía un fragmento del cráneo de San Antonio de Padua, inestimable tesoro por el cual se habían pagado diez mil francos, reunidos por subscripción entre los fieles, según se contaba. Y con tal motivo, para inaugurar el relicario colocado a los pies del santo, iba a realizarse una solemne función que monseñor Bergerot se había dignado honrar con su presencia. Esta condescendencia del obispo impresionaba y daba más que hablar a las gentes, pues nadie había olvidado el celo y el valor con que defendió al párroco Quandieu contra las intromisiones de los capuchinos, que se hacían de oro, acaparando todas las almas y todo el dinero. Recordábase la dureza con que habló, en su visita pastoral, de los mercaderes del templo, a quienes Jesús habría expulsado otra vez. Eso, aparte de que siempre había pasado Su Ilustrísima por simonista convencido. ¿Y ahora consentía en dar a los capuchinos y a su tráfico un testimonio público de simpatía, patrocinando su tienda en ocasión tan solemne? Y he aquí que se había sometido, había cedido a consideraciones que debían ser muy poderosas, para que al cabo de algunos meses se desdijera, lo cual, dada su cultura y su buen sentido, debía de haberle costado gran trabajo.

Marcos se dirigió a la capilla, entre una multitud numerosa. Y allí, por espacio de dos horas, vio las más extrañas cosas del mundo. El comercio que la reducida comunidad de capuchinos de Maillebois hacía con su San Antonio de Padua había llegado a ser un importante negocio, que representaba centenares de miles de francos, reunidos acumulando cantidades pequeñas de uno a diez francos. El superior, el padre Teodosio, con cuya hermosa cabeza de apóstol soñaban las devotas, había resultado un inventor y un administrador de genio. Se vanagloriaba de haber ideado y organizado el milagro democrático, el milagro doméstico y corriente, al alcance de los bolsillos más modestos. Primero no hubo en la capilla más que una pobre imagen de San Antonio, pues éste no se ocupaba más que en hallar los objetos perdidos, que era su antigua especialidad. Después, tras algunos pequeños éxitos, viendo que el dinero acudía, la ocurrencia genial del padre Teodosio consistió en ensanchar la milagrosa esfera de acción del santo, aplicándola a todas las necesidades y a todos los deseos de una parroquia creciente. Enfermos incurables desahuciados por los médicos o, sencillamente, personas indispuestas que padecían un cólico o un dolor de cabeza; modestos comerciantes apurados, que no tenían dinero para los vencimientos o no

sabían cómo librarse de géneros averiados; especuladores metidos en cualquier negocio turbio en que peligraba su caudal y su persona; madres muy cargadas de familia que habían perdido la esperanza de casar a sus hijas, sin belleza y sin dote; pobres diablos que se veían en la calle cansados de pretender un destino y que sólo mediante un prodigio esperaban hallar el medio de ganarse el pan; herederos inquietos respecto a la buena voluntad de algún pariente rico que estaba en la agonía y deseosos de tener a Dios de su parte para ser tenidos en cuenta en el testamento; estudiantes holgazanes o torpes, seguros de salir mal en los exámenes si el cielo no les socorría; todos los tristes seres, incapaces de voluntad y de esfuerzo, que esperaban de un poder superior lo imposible, el éxito inmerecido, prescindiendo de las condiciones lógicas de trabajo y buen sentido, podían dirigirse al santo, contarle sus cuitas, tomarle por intermediario omnipotente para con Dios, con seis probabilidades contra cuatro de salir airosos, pues las estadísticas arrojaban este cálculo de probabilidades. Organizóse desde entonces el negocio en grande: la antigua imagen fue reemplazada por otra mucho mayor y más dorada, y se colocaron por todas partes cepillos de un nuevo modelo con dos divisiones: una para el dinero y otra para las cartas dirigidas al santo, expresando la petición. Claro es que se podía no pagar, mas se observó que el santo sólo hacía caso a los que daban alguna limosna, por pequeña que fuera. Y la experiencia, como decía el padre Teodosio, fue fijando la tarifa: un franco o dos para los favores pequeños, y de cinco a diez cuando se abrigaban mayores pretensiones. Por supuesto, si no se echaba lo suficiente, el santo lo daba a entender no haciendo nada, y era menester duplicar o triplicar la limosna. Los devotos clientes que no querían pagar hasta que el milagro se realizase corrían el riesgo de no ser atendidos jamás. Por lo demás, Dios conservaba su libertad y favorecía a sus elegidos sin dar explicaciones, de suerte que los clientes eran los únicos que se obligaban en su contrato con el santo, el cual no tenía que rendirles cuentas. Y este juego de azar, este número bueno o malo de la divina lotería, acababa por enloquecer a la multitud y la hacía acudir a los cepillos y echar un franco, dos, cinco, con la loca esperanza de sacar el premio gordo, un lucro ilícito o inesperado, un buen casamiento, un título, una herencia colosal. Aquélla era la más descarada empresa de embrutecimiento público, la especulación más desvergonzada con los instintos de pereza y de codicia, lo cual fomentaba el abandono y la idea del buen éxito debido a la suerte, sin mérito alguno, gracias al capricho de un Dios irónico e inicuo.

Por el entusiasmo febril de los grupos que le rodeaban comprendió Marcos que iba a ampliarse más todavía aquel negocio, envenenando toda la comarca, con aquel relicario dorado y cincelado en que estaba engastado un fragmento del cráneo de San Antonio de Padua. Aquello era lo último que se le había ocurrido al padre Teodosio para contrarrestar la competencia que le hacían otras comunidades en Beaumont con una porción de imágenes y cepillos que por doquier convidaban a los fieles a probar fortuna con el milagro. En lo sucesivo no cabía error: sólo él poseía el hueso sagrado;

él era el único que podía suministrar el milagro en las mejores condiciones posibles de éxito. Los carteles cubrían los muros de la iglesia y un nuevo prospecto anunciaba la autenticidad indiscutible de la reliquia, advirtiendo que no se aumentaría, sin embargo, la tarifa de las limosnas, y dando instrucciones sobre la forma de llevar a efecto las operaciones para que luego no hubiese quejas entre los clientes y el santo. Lo primero que impresionó a Marcos dolorosamente fue la presencia de la señorita Rouzaire, que llevaba tranquilamente las niñas de la escuela municipal a la ceremonia, como si esto figurase en el programa de los ejercicios escolares. Se quedó estupefacto al ver que una de las niñas, la mayor, marchaba a la cabeza de sus compañeras llevando una bandera de seda blanca con estas palabras bordadas en oro: «Gloria a Jesús y María». Desde luego, la señorita Rouzaire, cuando alguna de sus alumnas iba a examinarse para alcanzar el certificado de estudios, no se recataba para hacerla comulgar y echar dos francos en el cepillo de San Antonio, a fin de que Dios le fuese propicio en el examen. Y cuando la discípula era negada del todo, le aconsejaba echar cinco francos por el mucho trabajo que seguramente iba a dar al santo. Hacía que sus discípulas llevasen «cuadernitos de pecados» y les distribuía bonos de oración y de asistencia a misa. ¡Extraña escuela laica la escuela municipal dirigida por la señorita Rouzaire! Las niñas se colocaron a la izquierda de la nave, enfrente de los niños de la escuela de los hermanos, que ocupaban el lado derecho, bajo la dirección del hermano Fulgencio, tan atareado y bullidor como de costumbre. El padre Crabot y el padre Filibín estaban ya en el coro, pues habían querido honrar la ceremonia con su presencia. Tal vez querían gozarse en su victoria sobre monseñor Bergerot, pues nadie ignoraba la parte que había tomado el rector de Valmarie en la exaltación del culto de San Antonio de Padua y cómo triunfaba obligando al obispo a venir a cantar la palinodia, después de haberse mostrado tan severo con las bajas supersticiones. Y cuando entró monseñor Bergerot seguido del cura párroco Quandieu experimentó Marcos una confusión que casi era vergüenza; tal sumisión dolorida y tan forzado abandono le pareció leer en sus semblantes pálidos y graves.

La historia era sencilla, y Marcos la adivinó fácilmente: la demencia, el irresistible influjo de los fieles había acabado por arrastrar al cura y al obispo. El cura Quandieu había resistido por algún tiempo, negándose a colocar en su iglesia parroquial un cepillo de San Antonio de Padua y no queriendo prestarse a lo que juzgaba idolatría y corrupción del espíritu religioso. Pero después, ante el escándalo que esto causaba y ante la soledad cada vez mayor en que se veía, le asaltó la zozobra de si su intransigencia acabaría por perjudicar a la religión, y tuvo que resignarse a cubrir aquella nueva llaga con el manto sagrado de su ministerio. Un día fue al obispado a exponer sus dudas, su lucha y su derrota. Y monseñor Bergerot, vencido como él y como él temeroso de que disminuyera el prestigio de la Iglesia si confesaba ésta sus locuras y sus lacras, le abrazó llorando y le ofreció asistir a la ceremonia con que se sellaría la reconciliación. Pero ¡qué amargura y qué secreto dolor el de aquellos dos sacerdotes, el prelado y el humilde cura de aldea, unidos en la misma fe!

Les hacía padecer su impotencia, su forzosa cobardía, aquel desastre a que se rendían, lamentando sus miserias y vergüenzas. Y aún les dolía más su ideal manchado, confundido con todas las estupideces y apetitos humanos, su fe, con que se traficaba y que, agonizante, sangraba en ellos. ¡Oh, aquel cristianismo tan puro en sus orígenes, uno de los más hermosos gritos de fraternidad y emancipación! Hasta aquel catolicismo de tan atrevidos vuelos, poderosa máquina de civilización, ¡en qué fango iba a morir, si era forzoso dejarle yacer entre los más viles tráficos, presa de pasiones ruines, objeto de negocio, embrutecimiento y mentira! Los gusanos lo invadían como a todas las cosas viejas. Y se adivinaba la corrupción próxima, la descomposición final, que no dejaría más que un poco de polvo y de moho en el suelo.

La ceremonia fue triunfal. Lucía toda una constelación de cirios alrededor del relicario, que fue bendito e incensado. Hubo oraciones, pláticas y cantos entre el clamor soberano de los órganos. Tanto calor hacía, que algunas señoras se sintieron indispuestas y hubo que sacar a una de las discípulas de la señorita Rouzaire. Y el delirio no tuvo límites cuando el padre Teodosio subió al púlpito y expuso los milagros del santo: ciento veintiocho objetos perdidos y encontrados, cincuenta transacciones comerciales, muy difíciles, llevadas a feliz término; treinta comerciantes salvados de la quiebra mediante la inesperada salida de mercancías viejas que habían quedado en sus almacenes; noventa y tres enfermos —lisiados, tísicos, cancerosos y gotosos— curados; veintiséis solteras, sin dote, casadas; treinta mujeres parteras sin dolor, con hija o hijo, según su deseo; ciento tres empleados colocados en buenos destinos con el sueldo que pretendían; seis herencias recibidas de repente y ya perdida la esperanza; setenta y siete estudiantes —varones y hembras — aprobados en los exámenes, no obstante la seguridad del fracaso anunciada por sus maestros, y, en fin, toda clase de gracias diferentes: conversiones, uniones ilícitas legalizadas, impíos muertos cristianamente, pleitos ganados, ventas de terrenos invendibles, arrendamientos conseguidos tras diez años de espera. Y a cada nuevo milagro un ardiente anhelo agitaba a la multitud, arrancándola un gran murmullo. Poco después, cada nuevo favor del santo, que refería con voz tonante el padre Teodosio, fue acogido con un clamor de reprimido entusiasmo. Y, por último, se produjo un acceso de verdadera demencia, pues todos los fieles pusiéronse en pie, gritando y extendiendo las manos abiertas y convulsivas para recibir la lluvia de los suspirados premios que caían del cielo.

En un acceso de ira y de repugnancia, Marcos no pudo seguir allí más tiempo. Había visto al padre Crabot obtener una sonrisa benévola de monseñor Bergerot y sostener con él una conversación amistosa, notada por todos, mientras que el abate Quandieu sonreía también con una arruga de amargo dolor en la comisura de los labios. Estaba visto que la victoria de los hermanos, de los frailes, del catolicismo idólatra, dominador y aniquilador iba a ser completa. Y Marcos salió de la capilla ahogándose, ansioso de una oleada de sol y aire puro.

Pero hasta en la plaza de los Capuchinos le persiguió el santo. Había grupos de beatas que hablaban con animación, como las jugadoras que se paran a las puertas de las administraciones de las loterías.

—¡Ay! Lo que es yo —decía una mujer muy gorda y de aspecto enfermizo— no tengo suerte; en ningún juego gano. Tal vez por eso no me hace caso San Antonio. Tres veces he dado dos francos: una vez estando mala la cabra, que se murió como si tal cosa; la segunda vez por una sortija perdida, que no he vuelto a ver, y la tercera por unas manzanas que se estaban pudriendo y que no pude despachar… En fin, que tengo muy mala sombra.

—Vaya, querida, tiene usted mucha paciencia —contestó una viejecilla seca y mugrienta—. Yo, cuando San Antonio hace oídos de mercader, le obligo a oírme.

—¿Cómo?

—¡Le castigo!… Mire usted… Yo tenía mi casita desalquilada porque se quejan de que es demasiado húmeda y se mueren los niños. Entonces di tres francos y esperé. Nada, seguían sin parecer inquilinos. Volví a dar otros tres francos y… nada tampoco. Se apoderó de mí la ira y zarandeé la imagen del santo que tengo en mi alcoba encima de la cómoda. Pero como seguía sin dar señales de vida le volví de cara a la pared para que lo pensara mejor. Así estuvo una semana y… nada tampoco. Se conoce que aquello no le mortificaba bastante, y tuve que idear algo que le molestara más por su falta de celo. Le puse en la mesilla de noche, donde pasó otra semana… inútilmente también. Yo, furiosa ya, acabé por bajarle al pozo, atado a una cuerda, cabeza abajo… Y ¡ay, querida!, entonces comprendió que conmigo no jugaba. A las dos horas de estar allí se presentaron unos inquilinos y alquilaron mi casita.

—¿Y le sacó usted del pozo?

—¡Claro! Le volví a poner en la cómoda, secándole muy bien y dándole disculpas… No nos enfadamos, al contrario. Es que, cuando una paga, ha de tener energía.

—Bueno, probaré… Tengo disgustos con el juez de paz; voy a dar dos francos, y si el santo no me hace caso, ya le daré a entender mi descontento.

—Eso, eso… Átele usted una piedra al cuello o métale entre la ropa sucia, cosa que tampoco le gusta… Así le decidirá.

Marcos, a pesar de sus amarguras, no pudo menos de sonreírse un instante. Siguió escuchando y oyó hablar a un grupo de personas graves que tenía cerca, entre las cuales distinguió al consejero municipal Philis, rival clerical del alcalde Darras, el cual se quejaba de que ningún pueblo del distrito se hubiese consagrado todavía al Corazón de Jesús. Este culto del Sagrado Corazón de Jesús era el otro invento genial, más peligroso que la baja explotación de San Antonio de Padua, encaminado a reconquistar a Francia para Dios. El pueblo humilde permanecía aún indiferente al no hallar allí el atractivo del milagro ni la pasión del juego de azar. Mas no por eso era menos grave el peligro de aquella idolatría del Corazón de Jesús, del corazón

verdadero, rojo y sangrante, representado como en el mostrador de un carnicero, arrancado del pecho abierto como en la última palpitación. Se quería hacer de aquella sangrienta imagen el emblema de la Francia moderna, imprimirla con trazos de púrpura, bordarla en oro y sedas en la bandera nacional, para que la nación entera fuese una dependencia de la Iglesia agonizante, capaz de tan repugnante fetichismo. Era la misma maniobra de siempre: el secuestro del país, el afán de reconquistar a las masas por los medios más groseros de la superstición y la leyenda, la esperanza de volver a sumirles en la ignorancia y en la servidumbre, influyendo sobre sus nervios, sobre sus pasiones de niño grande, lento en libertarse. Y también allí, con el Sagrado Corazón, como con San Antonio de Padua, trabajaban los jesuitas, desorganizando el antiguo catolicismo con su nociva influencia, hasta el extremo de que el nuevo culto iba absorbiendo poco a poco al viejo, conduciendo a una segunda encarnación de Jesús, a prácticas carnales propias de pueblos salvajes.

Marcos se fue. Se ahogaba otra vez y ansiaba verse en calles desiertas, en un espacio libre. Aquel domingo le había acompañado a Maillebois Genoveva, deseosa de pasar la tarde con su abuela y su madre. La señora de Duparque, que padecía un ataque de gota, no podía moverse, a lo cual se debía el que no hubiera acudido a la capilla de los Capuchinos para festejar a San Antonio. Y como Marcos no ponía ya los pies en casa de la familia de su mujer, había convenido con ésta que la esperaría en la estación para tomar el tren de las cuatro. Como no eran más de las tres, lentamente, con pasos maquinales, se encaminó hacia la plaza, rodeada de árboles, en que se hallaba la estación y se sentó en un banco de aquel lugar completamente solitario. Sus meditaciones continuaban y estaba entregado a un decisivo combate interior que le absorbía por completo.

Se produjo una repentina luz. El extraordinario espectáculo que acababa de presenciar, lo que había visto y oído, le dio una certeza deslumbradora. Si padecía la nación tan tremenda crisis, si Francia se dividía en dos Francias enemigas, cada vez más ajenas entre sí, apercibidas para devorarse, era porque Roma había llevado allí la guerra. Francia era la última de las grandes potencias católicas; sólo ella tenía aún los hombres y el dinero necesarios, la fuerza que podía imponer al mundo el catolicismo: era lógico, por consiguiente, que la hubiese elegido Roma para reñir en ella la batalla decisiva, en su tenaz y obsesionante deseo de reconquistar el poder temporal que necesitaba para realizar su secular ensueño de dominación universal. Por ello, Francia entera venía a ser como esas llanuras fronterizas, como esas tierras de labor, como esos viñedos y esos fértiles huertos en que dos ejércitos se encuentran y chocan para ventilar alguna gran querella: las cosechas quedan destrozadas bajo las cargas de la caballería, los viñedos y los huertos son arruinados por las baterías lanzadas al galope, las granadas hacen saltar las aldeas y la metralla barre los árboles, trocando la llanura fértil en desierto de muerte. Y hoy es Francia la que se ve devastada y asolada por la guerra que hace en ella la Iglesia a la Revolución, al espíritu de libertad y de justicia, pues la Iglesia ha comprendido perfectamente que, si no mata la Revolución,

la Revolución la matará a ella. De ahí esa encarnizada lucha entablada en todos los terrenos entre todas las clases sociales que envenena todos los problemas y fomenta la guerra civil, transformando la patria de todos en campo de exterminio, donde no quedarán pronto más que ruinas y escombros. Aquello era el peligro mortal, la muerte cierta, si la Iglesia triunfante volvía a sumir a Francia en las miserias y tinieblas del pasado, convirtiéndola en una de esas naciones caducas que agonizan en la mezquindad y en la nada con que ha herido el catolicismo a todas las tierras en que ha reinado.

Entonces, las meditaciones que tan perplejo tenían a Marcos le asaltaron en tropel, como iluminadas por una gran claridad nueva. Se le aparecía todo el trabajo de zapa de la Iglesia por espacio de medio siglo: primero, la hábil maniobra de la enseñanza de las congregaciones, o sea la conquista del porvenir adueñándose del niño; luego, la política de León XIII, la aceptación de la República para invadirla y dominarla. Mas si la Francia de Voltaire y Diderot, la Francia de la Revolución y de las tres Repúblicas había llegado a ser la pobre Francia presente, perturbada, desorientada, irresoluta, próxima a volver a lo pasado en vez de encaminarse con paso seguro hacia lo porvenir, era porque los jesuitas y las demás órdenes consagradas a la enseñanza se habían apoderado de la infancia, triplicando en treinta años el número de sus discípulos y extendiendo sus poderosas mansiones sobre la nación entera. Y de repente, empujada por los sucesos, la Iglesia, juzgándose triunfante y obligada además a tomar una resolución, descubría su obra a la luz del día, la confesaba, daba la cara y se manifestaba como dueña soberana de la nación. Toda la parte ya realizada de su conquista se mostraba a los ojos espantados: las altas posiciones sociales en el ejército, en la magistratura, en la política, en poder de hombres criados y formados por ella; la burguesía, antes liberal, incrédula y levantisca, y ahora imbuida de espíritu retrógrado por miedo de ser desposeída, de tener que ceder el puesto a la popular y creciente ola; la misma masa del pueblo, envenenada con supersticiones groseras, mantenida en la más crasa ignorancia y en la mentira, para que siguiese siendo un rebaño que se esquila y se lleva al matadero. La Iglesia, impúdica, no se escondía ya, sino que acababa a la luz del sol su conquista, multiplicaba por todas partes los cepillos de San Antonio de Padua, auxiliados por gran copia de reclamos y de carteles, repartía públicamente a los Ayuntamientos banderas adornadas con el sangriento emblema del Sagrado Corazón, abría escuelas católicas enfrente de las escuelas laicas, y hasta se apoderaba de estas últimas, en las cuales maestros y maestras eran muchas veces hechura de ella y trabajaban en su beneficio por cobardía o por interés. Estaba en pie de franca guerra enfrente de la sociedad civil. Y para sostener la campaña hacía dinero, pues las congregaciones se habían vuelto industriales y mercantiles, y una sola de ellas, la del Buen Pastor, conseguía ganancias de doce millones anuales con los cuarenta y siete mil obreros explotados en sus doscientos diez talleres. Vendía de todo: licores y zapatos, medicinas y muebles, aguas milagrosas y camisas de dormir bordadas para las casas

de lenocinio. De todo sacaba dinero, percibiendo un pesado tributo sobre la estupidez y la credulidad pública con sus falsos milagros y la explotación continua de su mentido paraíso y de su Dios caprichoso y malo. Se enriquecía por miles de millones, dueña de inmensos dominios, con dinero sobrado en caja para comprar a los partidos, enzarzarlos a unos con otros y triunfar entre las ruinas y la sangre de la guerra civil. Y la lucha se presentaba terrible e inmediata a los ojos de Marcos, que jamás había comprendido como entonces la necesidad que tenía Francia de matar a la Iglesia, si no quería ser muerta por ella.

De pronto volvió a evocar a los Bongard, los Doloir, los Savin, las de Milhomme, y les oyó balbucear sus míseras razones de corazones cobardes y de espíritu emponzoñado, así como les vio refugiarse en su crasa ignorancia como en lecho de miedoso egoísmo. Francia era eso: aquella masa embrutecida, espantada, entregada a las preocupaciones, sujeta a la imbecilidad clerical. Para corromperla más de prisa habían inventado el aborrecible antisemitismo, aquel despertar de odios religiosos, aquel catolicismo exagerado y enmascarado, con el cual se esperaba entregar otra vez a los curas al pueblo incrédulo que había desertado de las iglesias. Lanzarle sobre los judíos, explotar sus pasiones ancestrales no era más que el principio; el final era la vuelta al yugo, el salto en las tinieblas, para caer en la pesada servidumbre. Y el día de mañana, Francia descendería más aún: tendría otros Bongard, otros Doloir, otros Savin, otras Milhomme, más embrutecidos, más fanáticos, más dominados por las tinieblas y las mentiras, si se dejaba a sus hijos en manos de los hermanos y de los jesuitas, en los bancos de las escuelas católicas. Ni siquiera bastaba ya con cerrarlas: era preciso purificar y restituir a su verdadera misión a las escuelas laicas, a las escuelas municipales, que la sorda labor de la Iglesia había llegado a minar, paralizando la enseñanza emancipada de los dogmas y colocando maestros y maestras reaccionarios, cuyas lecciones y ejemplos fomentaban el error. Por cada Férou, de tan clara inteligencia y tan animoso corazón, pero a quien la miseria ponía fuera de sí; por cada señorita Mazeline, sobre todo admirable educadora de la razón y del corazón, ¡cuántos elementos negativos y dudosos, cuántos espíritus perniciosos, vendidos al enemigo, realizaban la más nefasta de las obras! Así, una señorita Rouzaire, ambiciosa, entregada al más fuerte, con su clericalismo exagerado y de conveniencia; un Mignot vacilante, sin dirección fija, que iba donde le querían llevar los que estaban a su lado; un Doutrequin, hombre honrado y republicano antiguo, pero convertido en antisemita y reaccionario por error patriótico; y, tras ellos, todos los demás, pues toda la primera enseñanza de la nación aparecía perturbada, echada a perder, desviada del camino recto y en peligro de llevar al abismo a los niños que le eran confiados, a las generaciones con que se ha de elaborar el porvenir. Marcos sintió que se le oprimía el corazón; jamás le había aparecido tan temible e inminente el peligro que la nación corría, por lo que una certeza definitiva e indiscutible se apoderó de él.

Era seguro que la lucha iba a entablarse en torno a la escuela primaria, pues la única cuestión estribaba en decidir qué clase de instrucción se daría al pueblo, llamado a desposeer poco a poco a la burguesía de su usurpado poderío. En 1789, la burguesía, victoriosa de la nobleza moribunda, había reemplazado a ésta, y durante todo un siglo había retenido el botín, negando al pueblo la parte que en justicia le correspondía. Pero ya su papel había terminado, cosa que ella misma confesaba al pasarse a la reacción, trastornada por la idea de restituir y aterrorizada por la subida de la democracia, que iba a borrarla. Volteriana ayer, cuando se veía en plena y pacífica posesión, hoy clerical por necesidad, pedía socorro a las reacciones de lo pasado; no era más que una rueda gastada, corroída por el abuso del poder, a la cual iban a eliminar fatalmente las fuerzas sociales, siempre en marcha. Así, pues, la energía de mañana radicaba en el pueblo, y en el pueblo dormían provisiones, reservas inmensas de hombres, de inteligencias y de voluntades. Marcos sólo tenía puestas sus esperanzas en aquellos hijos del pueblo que le confiaban y que asistían a las escuelas primarias de uno a otro extremo de Francia. Eran la materia prima con que se haría la nación futura, y había que instruirlos para su misión de ciudadanos libres, que supieran y quisiesen, limpios de dogmas absurdos y mortales errores religiosos, funestos para la libertad y la dignidad humanas. No había felicidad posible moral ni material más que en el conocimiento. Las palabras del Evangelio: «Bienaventurados los pobres de espíritu» eran la más espantosa de las falsedades, que por espacio de siglos había tenido a la humanidad en una charca de miseria y servidumbre. ¡No, no! ¡Los pobres de espíritu son forzosamente rebaño, carne de esclavitud y de dolor! Mientras haya multitud de pobres de espíritu habrá multitud de miserables, de bestias de carga explotadas y devoradas por una ínfima minoría de ladrones y bandidos. Día llegará en que haya una humanidad feliz, una humanidad que sepa y quiera. Hay que librar del pesimismo de la Biblia al mundo, amedrentado y abrumado desde hace dos mil años en que ha vivido para la muerte, pues no hay cosa tan caduca ni tan mortalmente peligrosa como el viejo Evangelio semita, aplicado todavía como único código moral y social. ¡Bienaventurados los que saben, los inteligentes, los hombres de voluntad y de acción, porque de ellos será el reino de la tierra! Esta exclamación subía a los labios de Marcos desde lo más íntimo de su ser en un gran arranque de fe y de entusiasmo.

Y, súbitamente, quedó formada su resolución de aceptar la oferta de Salvan e ir a Maillebois como maestro de primeras letras para luchar con la Iglesia, con la envenenadora del pueblo, cuya estúpida ceremonia de aquella tarde era un acceso de demencia. Trabajaría por la emancipación de los humildes y procuraría hacer de ellos ciudadanos libres para mañana. Aquella población que acababa de ver tan empapada en ignorancia y mentira, incapaz de ser justa, había que recuperarla en sus hijos y en los hijos de sus hijos, instruyéndoles, rehaciendo poco a poco un pueblo de verdad, que sólo entonces llegaría a ser un pueblo capaz de justicia. Aquel era el deber principal y la más urgente de las buenas obras, aquélla de que dependían hasta la

salvación del país, su fortaleza y la gloria de su misión libertadora y justiciera al través de las edades y las otras naciones. Y si un minuto había bastado para decidirle, después de tres días de duda, de vacilaciones y de angustias, ante el temor de turbar la dicha de que gozaba en brazos de Genoveva, ¿no sería acaso porque se le había presentado el problema de la mujer, sierva embrutecida de la Iglesia, instrumento falseado y destructor? Aquellas niñas que llevaba a los capuchinos la señorita Rouzaire, ¿qué esposas y qué madres serían el día de mañana? Apoderada de ellas la Iglesia, las sujetaría por los sentidos, por la debilidad y por el dolor, no las soltaría ya y las emplearía como terribles máquinas destructoras del hombre y corruptoras del niño. Mientras la mujer en su antigua contienda con el hombre, acerca de injustas leyes e inicuas costumbres, siguiese siendo propiedad y arma de la Iglesia, sería imposible la felicidad social y se eternizaría la guerra entre los dos sexos desunidos. Y la mujer no sería una criatura libre, compañera del hombre, no dispondría de sí misma y de su propia dicha para la dicha del esposo y del hijo hasta el día en que dejase de pertenecer al sacerdote, su amo presente, desorganizador y corruptor. En el fuero interno de Marcos, lo que le había hecho temblar y retroceder ante su deber, ¿no era acaso un temor que no quería confesarse, el presentimiento de un drama posible y próximo que trastornase su propio hogar? Su repentina decisión podía ser la lucha aceptada hasta en el hogar, el deber cumplido para con los suyos, aunque su corazón sangrase cruelmente. Lo comprendía ya, y, por tanto, había algo de heroísmo en su acto, que realizaba con sencillez, por entusiasmo hacia la buena obra que iba a emprender. La misión más elevada y noble, en una naciente democracia, era la del maestro de primeras letras, tan pobre, tan menospreciado, pero a quien incumbe instruir a los humildes, hacer de ellos los futuros ciudadanos dichosos, los constructores de la ciudad de la justicia y de la paz. Aquella era su misión, que de repente se concretaba; aquel su apostolado de verdad, la pasión que siempre había sentido de penetrar la verdad cierta, de proclamarla luego y de enseñarla a todos.

Levantó Marcos los ojos y vio en el reloj de la estación que ya habían dado las cuatro. El tren acababa de salir y había que esperar al de las seis. Enseguida divisó a Genoveva, que venía apresuradamente llevando a Luisita en brazos para llegar más pronto.

¡Ay, perdóname! He dejado pasar la hora… La abuela me detenía y parecía tan contrariada al notar mi impaciencia por venir a buscarte, que acabé por perder la noción del tiempo.

Sentóse a su lado, en el banco, con Luisita en la falda. Él, sonriente, se inclinó a besar a la niña, que extendía sus manecitas para cogerle la barba. Y tranquilamente contestó:

—Esperaremos a las seis. Nadie nos mete prisa; aguardaremos aquí… Además, tengo que decirte una cosa.

Pero Luisita no se conformaba; queriendo jugar, se había agarrado al cuello de su padre y saltaba sobre sus rodillas.

—¿Ha sido buena?

—En casa de la abuela siempre lo es; teme que le riñan… Por eso se desquita ahora, como tú ves.

Luego, cuando Genoveva consiguió coger otra vez a la niña, fue ella quien preguntó:

—¿Qué es lo que tienes que decirme?

—Una cosa de la que no he hablado aún porque no estaba decidido… Me ofrecen la plaza de maestro de Maillebois y voy a aceptar. ¿Qué te parece?

Ella le miró sorprendida, sin saber qué contestar al pronto. Y Marcos vio claramente pasar por los ojos de su mujer como una alegre sorpresa, luego como una creciente inquietud.

—Sí… ¿Qué te parece?

—Me parece, querido, un ascenso que no esperabas tan pronto… Pero nuestra situación no va a ser muy cómoda, aquí donde tan exaltadas están las pasiones y tus ideas son tan conocidas de todo el mundo.

—Es verdad. He pensado en ello, pero sería una cobardía rehuir la lucha.

—Además, si he de decirte todo lo que pienso, temo que si aceptas acabemos de indisponernos con la abuela. Todavía con mi madre podríamos entendernos, pero ya sabes que la abuela es intratable: creerá que vienes aquí a hacer la labor del Anticristo. Reñiremos, reñiremos…

Hubo un silencio embarazoso. Después dijo él:

—Entonces, ¿me aconsejas que rehúse? ¿Tampoco tú aprobarías ni verías con gusto que viniera aquí?

Ella alzó los ojos hacia su marido, en impulso de sinceridad verdadera.

—¿Desaprobar yo lo que haces? ¡Oh!… ¿Por qué me dices eso? Obra como te dicte tu conciencia y cumple con tu deber según lo entiendas. Tú eres el único que puede juzgar; lo que hagas, bien hecho estará.

Sin embargo, sintió Marcos que temblaba la voz de ella, como presintiendo un peligro del que no se daba cuenta, pero cuyo soplo sentía. Tras un nuevo silencio, durante el cual Marcos le cogió ambas manos como para tranquilizarla con una tierna caricia, preguntó la esposa:

—Entonces, ¿estás resuelto?

—Completamente. Creo que procedería mal si hiciera otra cosa.

—Bien. Y ya que tenemos que esperar todavía hora y media el tren, me parece que debemos volver enseguida a casa de la abuela para participarle tu resolución… Quiero que te conduzcas francamente con ella, sin que parezca que lo ocultas.

Seguía mirándola, pero no leyó en su mirada en aquel instante más que mucha lealtad mezclada con algo de tristeza.

—Tienes razón, vamos enseguida a casa de tu abuela.

Y se pusieron a caminar despacio hacia la plaza de los Capuchinos. Luisita, a quien llevaba su madre de la mano, les retrasaba con sus cortos pasos. En verdad, era

deliciosa aquella tarde de un hermoso día de abril. Y anduvieron el corto trayecto sin decir palabra, en una especie de ensimismamiento grave. La plaza había vuelto a su soledad y la casa de «aquellas señoras» parecía dormir su acostumbrado sueño. Allí encontraron a la señora de Duparque en el saloncito del piso bajo, con la pierna extendida sobre una silla, haciendo media para una obra pía, mientras la señora de Berthereau bordaba junto a la ventana.

Muy sorprendida por la vuelta de Genoveva, y, sobre todo, por la presencia de Marcos, la abuela dejó su media esperando a ver qué les traía y sin decirles siquiera que se sentasen. Cuando Marcos la enteró del ofrecimiento que le habían hecho, de la resolución que había tomado de aceptar la plaza de maestro de Maillebois y, por último, de su deseo de participárselo por deferencia, la abuela hizo un gesto de sorpresa y se encogió de hombros.

—¡Pero, hijo! Eso es una locura. No desempeñará usted un mes la plaza.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Pues porque no es usted el maestro que necesitamos. Bien sabe usted las buenas ideas que dominan en la comarca, donde la religión ha conseguido tan hermosos triunfos. Estaría usted en una situación imposible por sus ideas revolucionarias. Y al instante se pondría en pugna con toda la población.

—Bien. Estaré en guerra con todos. Desgraciadamente, para vencer es preciso pelear.

Entonces la abuela comenzó a enojarse.

—No diga tonterías. ¡Siempre el orgullo y la rebeldía contra Dios! ¡Pobre muchacho! Usted no es más que un grano de arena. Me da lástima cuando le veo tan creído de que es bastante fuerte para vencer en una lucha en que los hombres y el cielo le aplastarían a usted.

—El fuerte no soy yo, sino la razón y la verdad… Mire…

—Sí, ya lo sé… Pero todo eso importa poco. No quiero que venga usted aquí de maestro, porque me importan mi tranquilidad y mi decoro, porque sería para mí un gran dolor y una gran vergüenza ver a mi puerta a nuestra Genoveva, casada con un hombre sin Dios y sin patria, que escandalizaría a todas las almas piadosas… Le repito que es una locura y que tiene usted que renunciar.

La señora de Berthereau, afligida por aquella repentina disputa, inclinaba la cabeza hacia el bordado para excusar su intervención. Genoveva estaba muy pálida y seguía de pie, teniendo cogida de la mano a Luisita, que, asustada, escondía la carita en su falda. Decidido a mantenerse sereno, Marcos contestó sosegadamente, sin alzar la voz:

—No, no puedo rehusar. Mi resolución está tomada y sólo quería participársela a usted.

Entonces, la señora de Duparque, a quien su ataque de gota obligaba a permanecer inmóvil, no pudo contenerse. Como nadie la desobedecía, le desesperaba estrellarse contra aquella voluntad tranquila. Lo que no quería decir, aquello que se

había convenido en no mentar jamás en su casa, se le escapó en un arrebato de terrible ira:

—¡Ea!… Dígalo usted de una vez, confiese que no viene aquí más que para ocuparse sobre el terreno en ese abominable asunto de Simón… Sí, usted está con esos infames judíos, sueña con remover otra vez esa basura, con encontrar algún inocente a quien enviar a presidio en lugar del asqueroso asesino, tan justamente condenado. Y ese inocente se empeña usted en buscarle entre los siervos de Dios, ¿no es eso?… Confiese, confiéselo…

Marcos no pudo menos que sonreír, porque comprendía perfectamente que, en el fondo de las iras que despertaba, no había más que el proceso de Simón, el miedo de verle otra vez poner mano en aquel asunto y de que llegase a descubrir el verdadero culpable. Detrás de la señora de Duparque adivinaba a su consejero, el padre Crabot. Y todo el empeño en impedirle que fuese a trabajar a Maillebois venía de eso, de la decidida resolución de no tolerar un maestro que no estuviese en manos de los religiosos.

—Claro que sí —contestó, pues, tranquilamente—. Sigo convencido de la inocencia de mi compañero Simón, y he de hacer cuanto pueda por demostrarla.

La señora de Duparque se volvió violentamente hacia la señora de Berthereau y luego hacia Genoveva.

—Pero ¿oís esto sin decir nada? Nuestro apellido va a sonar en esta campaña ignominiosa. Veremos a nuestra hija en el campo de los enemigos de la sociedad y de la religión… ¡Vamos, vamos! Tú que eres madre dile que eso es imposible y que debe impedir esa infamia por su honor y por nuestro apellido.

Dirigíase a la señora de Berthereau, cuyas temblorosas manos acababan de dejar caer el bordado por el sobresalto que le causaba semejante disgusto. Permaneció un instante silenciosa, costándole trabajo salir del taciturno recogimiento en que de ordinario vivía. Pero luego se decidió y dijo:

—Tu abuela tiene razón, hija mía, pues tu deber es no permitir cosas en las cuales te correspondería ante Dios parte de responsabilidad. Si tu marido te quiere, te atenderá, ya que tú eres la única que puedes hablar a su corazón. Tu padre jamás me contrarió en cuestiones de conciencia.

Genoveva, muy impresionada, se volvió hacia Marcos, apretando contra sí a Luisita, que no se apartaba de ella. Estaba conmovida hasta lo más hondo del alma; todo su pasado de colegiala de la Visitación, toda su educación devota despertaban en ella y la turbaban como un vértigo. Y, sin embargo, repitió lo que ya había dicho a su marido:

—Marcos es el único que puede juzgar; hará lo que su deber le dicte.

La señora de Duparque, enfurecida, tuvo fuerza bastante para ponerse en pie, a pesar de su pierna enferma.

—¿Eso contestas tú, a quien educamos cristianamente, tú, que fuiste una niña amada de Dios? ¡Reniegas ya de Él y quieres vivir sin religión, como los animales!

¡Eliges a Satanás, en vez de esforzarte en derribarle! Pues bien, tu marido no es el más culpable; será castigado, desde luego, pero lo seréis los dos, ¡y la maldición alcanzará también a vuestra hija!

Extendía los brazos y estaba tan terrible, que la niña, llena de miedo, se puso a sollozar. Marcos la cogió con viveza y la apretó contra su corazón, mientras Luisita, como para acogerse a él, le echaba al cuello los bracitos. Y Genoveva se le acercó también, apoyándose en el hombro del esposo a quien había entregado su vida.

—¡Fuera, fuera los tres! —gritó la señora de Duparque—. ¡Fuera los tres con vuestra locura y vuestro orgullo, que será vuestra perdición!… Escúchame, Genoveva: todo ha acabado entre nosotros hasta el día en que vuelvas al buen camino, porque volverás, ya que has pertenecido mucho tiempo a Dios, y yo voy a rezarle mucho para que te recobre por entero… ¡Fuera, no quiero veros más!… ¡Fuera!

Genoveva, desolada y llorosa, miraba a su madre, que también lloraba silenciosamente. Parecía vacilar otra vez ante la dureza de aquella escena, cuando Marcos la empujó dulcemente y se la llevó. La señora de Duparque se dejó caer otra vez en su sillón y la casita tornó a su taciturno silencio y su sombría frialdad.

El jueves siguiente, Marcos fue a Beaumont para decir a Salvan que aceptaba. Y a primeros de mayo recibió el nombramiento, salió de Jonville y fue a instalarse como maestro en la escuela primaria de Maillebois.

# LIBRO SEGUNDO

# I

Era una soleada mañana de mayo cuando Marcos dio su primera clase en Maillebois. La gran sala de la escuela, recién construida, tenía tres despejadas ventanas que daban a la plaza, cuyos esmerilados vidrios dejaban entrar raudales de luz clara y alegre. Frente a la mesa del maestro, que estaba sobre un estrado de tres escalones, se alienaban en ocho hileras, y divididas en cuatro tramos, las mesitas con pupitre de los alumnos, cada una con dos plazas.

Hubo gran bullicio y sonaron risas, porque uno de los escolares hizo de propósito como que tropezaba al dirigirse a su sitio.

—Hijos míos —dijo tranquilamente Marcos—. Quiero que seáis buenos. No os castigaré, pero os haré comprender que lo mejor y lo más divertido es portarse bien. Señor Mignot: haga el favor de pasar lista.

Marcos había puesto empeño en que le acompañara en aquella primera clase el auxiliar Mignot. La actitud de éste delataba su hostilidad y la burlona sorpresa que le había causado el que hubieran pensado en ponerle de director a un hombre tan comprometido en los escándalos recientes con motivo del proceso de Simón. Hasta se había permitido reír con los muchachos cuando uno ellos se dejó caer para causar la hilaridad de los demás. Comenzó, pues, la lista:

—Augusto Doloir.

—¡Presente! —gritó un chico bullicioso con voz tan fuerte, que de nuevo se echó a reír toda la clase.

Era el hijo del albañil, el mismo que había dado el traspiés, un hombrecito de nueve años, con aire revoltoso e inteligente, una mala cabeza, en fin, cuyas travesuras traían revuelta la escuela.

—¡Carlos Doloir!

—¡Presente!

El hermano del anterior, que tenía dos años menos, contestó con voz tan aguda, que se repitió la tempestad de risas. Carlos era más reposado y más fino que su hermano, pero, de todos modos, siempre seguía a aquél.

Marcos, cargado de paciencia, hizo la vista gorda, para no castigar. Y prosiguió Mignot pasando lista, mientras él examinaba la gran sala donde iba a trabajar en la buena obra con aquella turbulenta gente menuda. En Jonville no había tantos encerados como allí, uno detrás de la mesa —para el maestro— y otros dos, uno a la derecha y otro a la izquierda, para los alumnos. Ni había tantas y tan hermosas estampas de colores, con los pesos y medidas, el reino mineral, el reino vegetal y el reino animal, los insectos útiles y dañinos y las setas comestibles y venenosas, aparte de los numerosos y grandes mapas. Hasta había, en un armario, una colección completa de sólidos y algunos aparatos de Física y Química. Pero no encontraba allí la atmósfera de armonía, el alegre afecto de los discípulos que acababa de dejar. Evidentemente, Méchain, el anterior maestro, enfermo y débil, había contribuido con

su indolencia a la desorganización de la escuela, que de cincuenta y tantos alumnos había quedado reducida a unos cuarenta todo lo más. La situación, pues, era muy difícil de salvar, y urgía restaurar el establecimiento en su prosperidad y buen orden.

—Aquiles Savin —dijo Mignot.

Como no contestó nadie, tuvo que repetir otra vez el nombre. Sin embargo, sentados a una mesita estaban los dos Savin, hijos gemelos del empleado, con la cabeza baja y el aire socarrón. A los ocho años parecían ya llenos de prudente hipocresía.

—Aquiles y Felipe Savin —repitió Mignot, mirándolos.

Entonces se decidieron a contestar y dijeron simultáneamente, sin darse prisa:

—¡Presente!

Marcos, sorprendido, les preguntó por qué se habían callado antes, ya que habían oído cómo les llamaba. Pero no pudo sacarles nada en limpio, porque los dos chicos le examinaban con aire de desconfianza, como si hubieran de preservarse de él.

—Fernando Bongard —prosiguió Mignot.

Tampoco entonces contestó nadie. Fernando, el hijo del campesino Bongard, un robusto muchacho de diez años y de rostro atontado, parecía dormir con los ojos abiertos, apoyado en los codos. Fue menester que un compañero le diera un empellón, y entonces gritó asustado:

—¡Presente!

Como temían sus puños, ninguno de aquellos chiquillos se atrevió a reír. Y Mignot, en medio de aquel silencio, pudo pronunciar el último nombre:

—Sebastián Milhomme.

Marcos había distinguido en la primera mesa de la derecha al hijo de la papelera, con su dulce carita, tan inteligente y fina. Y le sonrió, encantado por aquellos cándidos ojos de niño de ocho años, donde le parecía ver brillar ya una de las tiernas almas que se proponía despertar.

—¡Presente! —contestó Sebastián con voz clara y alegre, que le pareció musical junto a las voces recias y burlonas de los demás.

Había acabado la lista. A una señal de Mignot, toda la clase se puso de pie para rezar. Desde la salida de Simón, Méchain había dejado que se introdujera la costumbre de rezar al empezar y acabar la clase, cediendo a las taimadas instancias de la señorita Rouzaire que, poniendo por ejemplo su propia práctica, aseguraba que el temor de Dios hacía que las niñas se estuviesen más quietas. Además, aquello agradaba a las familias, y el inspector de primera enseñanza, Mauraisin, lo veía con buenos ojos, aunque no figurase en los programas. Pero Marcos corto por lo sano, diciendo sosegada y resueltamente:

—Sentaos, hijos míos. Aquí no venís a rezar. Ya rezaréis en vuestras casas, si vuestros papás y vuestras mamás lo quieren.

Mignot, desconcertado por aquello, le miró con aire de burlona curiosidad. ¡Hola, hola! ¡No se haría viejo en Maillebois aquel maestro que empezaba por suprimir el

rezo! Marcos lo comprendió perfectamente, pues aquel general sentir lo había visto formarse a su alrededor desde su llegada. La seguridad de su completo y próximo fracaso era cosa descontada. Salvan se lo había advertido, por cierto, aconsejándole durante los primeros tiempos la mayor prudencia y una táctica de oportuna tolerancia. Y si se había aventurado a suprimir el rezo lo había hecho como primer ensayo, después de meditarlo profundamente. De buena gana hubiese descolgado desde el primer momento el gran crucifijo que Méchain, por indolencia, había dejado colgar detrás de su sitio, encima del encerado. Pero comprendió que lo primero era instalarse sólidamente, pues para luchar era preciso, ante todo, ser dueño del terreno que se pisaba. También le molestaban cuatro cuadros de chillones colores que pendían de las paredes: Santa Genoveva libertando París, Juana de Arco recibiendo la inspiración del cielo, San Luis sanando enfermos y Napoleón atravesando a caballo un campo de batalla. ¡Siempre el milagro y la guerra! ¡Siempre la mentira religiosa y la violencia militar, presentadas como ejemplos y sembradas en los cerebros de los niños, ciudadanos del mañana! ¿No habría manera de cambiar aquello? ¿No había que rehacer, desde sus cimientos, la instrucción y la educación con lecciones de verdad y de solidaridad, si se quería formar, por fin, hombres inteligentes y libres, capaces de justicia?

De este modo transcurrió la primera clase, que fue como una toma de posesión suave y firme de Marcos entre sus nuevos discípulos, que parecían animados por un soplo de curiosidad y de rebeldía. Y a partir de aquel instante comenzó pacientemente la conquista, en cada clase, que quería hacer de ellos, de sus cerebros y de sus corazones. Al principio experimentó a veces secretas amarguras, en las que su mente se volvía a menudo hacia los discípulos amados, hijos ya de su inteligencia, que había dejado en Jonville y que sabía que ahora estaban en manos de un maestro sospechoso, su antiguo compañero Jauffre, cuya afición a la intriga y cuya ansia de medro inmediato le constaban sobradamente. Sentía una especie de remordimiento, por haber entregado su obra, tan felizmente comenzada allí, a un sucesor que la destruiría. Y solamente le consolaba la convicción de que había ido a reanudar en Maillebois otra labor necesaria, todavía más urgente. Luego, a medida que fueron transcurriendo los días y que a unas clases se sucedieron otras, se entusiasmó más y más y se entregó por completo a su tarea, con apasionada fe en su misión.

Después de las elecciones generales que se celebraron en mayo, se produjo de repente la calma. Hasta entonces se había invocado la necesidad de guardar silencio y de no provocar a la opinión, ante el temor de que se llegara a unas elecciones desdichadas, peligrosas para la República. Y tras las elecciones, que reprodujeron idénticamente la misma Cámara de antes, se discurrió una nueva razón para el silencio: la de no retrasar las reformas prometidas, suscitando cuestiones inoportunas. La verdad era que, tras la dura guerra de las candidaturas, los vencedores deseaban disfrutar en paz los puestos a tanta costa alcanzados. Por eso, en Beaumont, ni Lemarrois, ni Marcilly, reelegidos, querían ni siquiera pronunciar el nombre de

Simón, a pesar de su promesa de intervenir en cuanto consiguieran renovar su acta y no tuvieran ya que temer las consecuencias de la obcecación del sufragio universal. Juzgado y bien juzgado estaba Simón; era antipatriótico hacer la más leve alusión al proceso. Y, naturalmente, la consigna era la misma en Maillebois, todavía exagerada, hasta el punto de que el alcalde Darras rogó a Marcos, en interés del inocente desventurado y de los suyos, que no hiciese nada y esperase un cambio en la opinión. Aparentábase el olvido y estaba vedado hablar, cual si no hubiera ya simonistas ni antisimonistas. Marcos tuvo que resignarse ante las súplicas de la familia Lehmann, tan humilde y temerosa como siempre, y ante los ruegos del mismo David que, no obstante su heroica tenacidad, se hacía cargo de la necesidad de tener paciencia. Sin embargo, estaba siguiendo una importante pista, pues había averiguado de un modo indirecto y sin pruebas seguras el traslado ilegal que el presidente Gragnon se había permitido hacer a los jurados en la sala de las deliberaciones. Si conseguía probarlo era un motivo de casación irrecusable. Pero, comprendiendo las dificultades del momento, proseguía sus averiguaciones calladamente, para no poner sobre aviso a sus enemigos. Y Marcos, aunque más nervioso y vehemente que David, acabó por aceptar aquella táctica y consintió en fingir que desistía de su empeño. El proceso de Simón quedó como dormido, y por mucho tiempo había de parecer acabado y olvidado, aunque seguía siendo la secreta dolencia, la herida envenenada e incurable que mataba el cuerpo social, expuesto siempre a un acceso de fiebre delirante y mortal. Basta una injusticia para matar a un pueblo enloquecido.

Durante algún tiempo, Marcos se consagró por entero a su obra escolar, persuadido de que trabajaba de la única manera posible para destruir la iniquidad, repararla y evitar su repetición, difundir el conocimiento y sembrar la verdad en las generaciones futuras. ¡Ruda labor, cuyas terribles dificultades no había experimentado hasta entonces tan vivamente! Se veía solo y comprendía que tenía en contra suya a sus discípulos, a los padres de sus discípulos, a su ayudante Mignot y a su compañera y vecina, la maestra señorita Rouzaire, cuya clase no estaba separada de la de él más que por las habitaciones de ambos, casi comunes. Por otra parte, las circunstancias del momento eran fatales. La escuela de los hermanos había quitado cinco alumnos más durante el mes último a la escuela laica. Contra ésta, soplaba un viento de impopularidad, y las familias acudían a los hermanos para salvar a sus hijos de las abominaciones del nuevo maestro, que se había atrevido a suprimir el rezo el mismo día que entró en funciones. El hermano Fulgencio, triunfador, tenía otra vez en su compañía a los hermanos Gorgias e Isidoro, que desaparecieron por un momento, a raíz del proceso de Simón y que, sin duda, habían sido llamados para demostrar que la comunidad se consideraba ya libre de toda sospecha. Y si el tercero de los hermanos, Lázaro, no se encontraba allí, era, sencillamente, porque acababa de morirse. Estaban sobre el pavés, y por las calles de Maillebois no se veían más que sotanas. Pero lo peor para Marcos fue el sarcástico desprecio que aquella gente le manifestaba. Ni siquiera se dignaban atacarle violentamente esperando que se

suicidara por alguna enorme locura. La actitud adoptada por Mignot el primer día había llegado a ser la de la población entera: una curiosidad malévola, así como la convicción de un rápido y escandaloso fracaso. La señorita Rouzaire había dicho: «Creo que antes de dos meses se habrá hecho imposible». Y en lo que Marcos conoció claramente esta esperanza de sus enemigos fue en la manera que tuvo de hablarle el inspector de primera enseñanza, Mauraisin, al hacer la primera visita a la escuela. Éste sabía que Marcos estaba apoyado por Salvan y por su superior jerárquico el inspector académico Le Barazer. Y se manifestó con una irónica indulgencia, dejándole hacer en espera de alguna falta grave que diese margen para pedir su traslado. Ni siquiera le dijo una palabra de la supresión del rezo; necesitaba algo más decisivo, un conjunto de hechos abrumadores. Le habían visto reírse con la señorita Rouzaire, una de sus favoritas. Y, desde entonces, Marcos no tuvo a su alrededor más que espías y soplones, dispuestos a denunciar sus pensamientos y sus actos.

—Sea usted prudente, amigo mío —le decía Salvan constantemente, cada vez que Marcos iba a cobrar ánimos a su lado—. Le Barazer ha recibido ayer otro anónimo en que le llaman a usted corruptor y agente del infierno. Calcule si tendré deseos de que adelante la buena obra a realizar, pero creo que la pretensión de conquistarlo todo de un golpe es comprometerlo todo… Primero, hágase usted necesario, atraiga otra vez a la fortuna, hágase querer…

Y Marcos, aunque lleno de amargura, llegaba a sonreír.

—Tiene usted razón. Lo comprendo, lo comprendo. Hay que valerse de la prudencia y del amor para vencer.

Se había instalado con su mujer Genoveva y con su hija Luisa en las habitaciones que fueron de Simón. Eran mucho mayores y más cómodas que las de Jonville: dos alcobas, comedor y sala, aparte de la cocina y tres dependencias. Todo muy limpio y muy alegre, bañado de sol, con vistas a un jardín bastante espacioso, donde crecían hortalizas y flores. Pero su humilde ajuar bailaba en aquellas habitaciones. Además, desde que habían reñido con la señora de Duparque, pasaban grandes apuros para vivir con el mezquino sueldo. Este iba a ser de mil doscientos francos, que equivalía a los mil de Jonville, puesto que no había que contar ya con los doscientos francos que allí producía la secretaría del Ayuntamiento. ¿Cómo vivir con cien francos al mes, en aquella población donde la vida era más cara? ¿Cómo conservar el empaque exterior, la levita decorosa y las apariencias de familia acomodada? ¡Grave problema, cuya solución exigía prodigios de economía y un verdadero heroísmo secreto en los menudos detalles de la vida! A veces tenían que comer pan seco para poder llevar camisa limpia.

Genoveva fue entonces para Marcos una inapreciable ayuda y una admirable compañera. Repitió los milagros que había hecho en Jonville, consiguiendo atender a las necesidades de la casa, sin aparentar demasiado la gran penuria por que pasaban. Tenía que ocuparse de todo, de lavar, de coser, pero llevaba siempre a Luisita muy

peripuesta y alegre, con claros vestiditos. Si, como era costumbre, Mignot hubiese comido con el maestro, lo que por ello hubiera abonado hubiese ayudado un tanto a Genoveva. Pero Mignot, soltero, que tenía su habitación independiente, al otro extremo del descansillo de la escalera, prefería comer en un restaurante próximo, quizá para dar a entender su hostilidad al maestro y no comprometerse tratando con un hombre a quien la señorita Rouzaire auguraba las peores catástrofes. También él padecía la miseria de los jóvenes auxiliares, con sus setenta y un francos y veinticinco céntimos mensuales: mal vestido y mal alimentado, no tenía más solaz que la pesca, los jueves y domingos. Y todo esto le ponía más enojado y receloso aún, como si Marcos tuviese la culpa de la bazofia que comía en su figón. Sin embargo, Genoveva se mostraba muy atenta con él; se había ofrecido a repasarle la ropa, y una noche en que estaba constipado se apresuró a hacerle una taza de tisana. Como decían ella y su marido, aquel muchacho no era malo, pero estaba mal aconsejado; tratándole bien, acabaría por inspirarle más cordiales sentimientos.

Lo que no se atrevía a decir Genoveva por miedo de entristecer a Marcos era que el matrimonio sufría todo por haberse indispuesto con la señora de Duparque. Antes, la abuela vestía a Luisita, les hacía regalos y les ayudaba en los últimos días del mes, en los momentos difíciles. Y ahora que estaban en Maillebois, casi puerta con puerta, habría podido ser para ellos una constante ayuda. Además, era un compromiso continuo saber que estaba a un paso y tener que volver la cabeza cuando la encontraban. Ya dos veces, Luisita, con la inocencia de sus tres años, había extendido las manecitas al pasar la anciana, llamándola. Y lo que tenía que suceder ocurrió al fin, pues un día volvió Genoveva muy emocionada: no había tenido más remedio que ceder a las circunstancias, dando un beso a su abuela y a su madre, cuando pasaban por la plaza de los Capuchinos, pues Luisita se había echado inocentemente en brazos de ambas.

Cuando se lo confesó a Marcos, él la dio un beso, diciéndole sonriente:

—Está muy bien, querida. Me alegro mucho por ti y por Luisa de esta reconciliación. Tenía que suceder, y no me creerás tan bárbaro que, por haber reñido yo con esas señoras, me empeñe en que vosotras lo estéis también.

—¡Claro! ¡Pero es tan molesto en un matrimonio que vaya la mujer adonde no puede ir el marido!

—¿Por qué? Creo lo mejor, en bien de nuestra paz, que yo no vuelva a ver a tu abuela, con quien no me llevo bien. Pero no tengo inconveniente en que tú y la niña las visitéis, de vez en cuando, a ella y a tu madre.

Genoveva se había puesto seria y meditaba mirando al suelo. Había sentido un leve estremecimiento.

—Habría preferido —dijo— no ir a casa de la abuela sin ti. Me siento más firme cuando estamos juntos… Pero, en fin, tienes razón: comprendo lo desagradable que sería para ti acompañarme y, por otra parte, ahora me costaría trabajo romper…

Se pusieron de acuerdo, y Genoveva empezó a ir, una sola vez por semana, a la casita de la plaza de los Capuchinos a ver a las señoras de Duparque y de Berthereau. Llevaba a Luisita y pasaba con ellas una hora, mientras daba clase Marcos, que se limitaba a saludar a «aquellas señoras» cuando las encontraba.

En el transcurso de dos años, con bondad y paciencia infinitas, Marcos conquistó a sus discípulos, en aquel ambiente hostil y no sin disgustos innumerables. Estaba en su elemento, pues había nacido maestro y sabía volverse niño para que los niños le entendieran. Mostrábase, sobre todo, muy alegre con los alumnos, jugaba con ellos y era para los niños un compañero, un hermano mayor. Su arte consistía en olvidar su ciencia, en ponerse al nivel de aquellos infantiles cerebros medio dormidos y en hallar palabras que lo explicasen todo, como si él mismo fuese ignorante y compartiera la alegría de aprender. Con programas tan recargados —lectura, escritura, gramática, ortografía, redacción, matemáticas, historia, geografía, rudimentos de las ciencias, canto, gimnasia, agricultura, trabajos manuales, morales, enseñanza cívica—, se esforzaba en no dejar pasar nada sin que los niños lo hubiesen entendido bien. Su principal esfuerzo consistía, por lo tanto, en la manera de enseñar, de modo que no se perdiese nada de la enseñanza y se lograra una asimilación completa y segura, en la que la verdad se impusiera por sí misma, nutriera las inteligencias que se estaban formando y se tornase carne y espíritu en los hombres de mañana.

¡Y con qué pasión cuidaba aquella siembra y aquel cultivo de la verdad! Y no era una verdad cualquiera, porque, ¿no pretenden ampararse con el nombre de la verdad todos los errores? La misma Iglesia católica, basada en absurdos dogmas, ¿no abriga la pretensión de ser la única verdad? Por eso lo primero que enseñaba Marcos era que no había verdad alguna fuera de la razón, de la lógica y, en particular, de la experiencia. El hijo de un campesino o de un obrero, a quien le dicen que la tierra es esférica y gira en el espacio, lo cree confiadamente, como cree los cuentos del catecismo, la trinidad y un solo Dios, la encarnación y la resurrección. Pero es menester que la experiencia le demuestre la certeza científica para que pueda advertir la diferencia. Toda verdad revelada es una mentira; sólo la experimental es verdadera, una, entera, eterna. De ahí la primordial necesidad de oponer al catecismo católico el catecismo científico, el mundo y el hombre explicados por la ciencia, restaurados en su viviente realidad y en su marcha hacia un continuo porvenir, cada vez más perfecto. Sin la verdad, sin el conocimiento de las condiciones en que el hombre vive y progresa, no hay mejora, liberación, ni dicha verdaderas. Toda aquella necesidad de saber para alcanzar antes la salud y la paz llevaba en sí misma su método propio, la libre expansión, la ciencia, dejando de ser letra muerta para convertirse en manantial de vida, en acicate de temperamentos y caracteres. Por eso, en la clase, prescindía Marcos de los libros todo lo posible, para obligar a los alumnos a discurrir por cuenta propia. No aprendían bien las cosas hasta que las tocaban. Y él no les exigía jamás que creyesen en algo, sin haberles demostrado antes experimentalmente la realidad

del fenómeno. El campo de los hechos no probados quedaba descartado, como reserva para las investigaciones futuras, pues ya con las verdades averiguadas podían edificar los hombres una hermosa y vasta mansión de seguridad y fraternidad. Ver las cosas por sí mismo, convencerse de lo que se debe creer, desarrollar el raciocinio y la personalidad con arreglo a las razones de ser y obrar: he aquí todo su método de enseñanza, el único para formar hombres.

Pero no bastaba saber, sino que es necesario un vínculo social, un espíritu de continua solidaridad. Y Marcos lo ponía en la justicia. Había observado con qué calor de protesta el niño lesionado en su derecho, exclama: «¡Eso no es justo!». Cualquier injusticia levanta una tempestad en el fondo de esas almas tiernas y las hace padecer atrozmente. Es que en ellas la idea de la justicia es absoluta. Y él se valía de aquella candorosa pasión de equidad, de aquel innato afán de lo verdadero y lo justo que se da en el niño, no amoldado todavía por la experiencia de la vida a transacciones mentirosas e inicuas. Por la verdad a la justicia: tal era su ruta, el camino recto por donde guiaba a sus alumnos, procurando en cuanto de él dependía que cuando caían en falta fueran ellos sus propios jueces. Si mentían, les hacía comprender el daño que hacían a sus compañeros y que se hacían a sí mismos. Si alteraban el orden o retrasaban las lecciones, les hacía ver que ellos eran los primeros perjudicados. Muchas veces perdonaba al culpable que se acusaba de su culpa. Y así llegó a reinar entre aquella minúscula gente menuda una emulación en equidad, pues todos rivalizaban en franqueza y procuraban que la clase transcurriera ordenadamente, en beneficio de los derechos y de los deberes de todos. Claro está que no dejaba de haber tropiezos y hasta graves disgustos, pues aquello no era más que el principio y se necesitaban generaciones de escolares para que llegase a ser la escuela la verdadera morada de la vida sana y feliz. Pero a Marcos le encantaban hasta los menores adelantos, convencido de que si el saber es la principal condición de todo progreso, sin espíritu de justicia nada estable puede edificarse para conseguir la felicidad del hombre. ¿Por qué la burguesía, siendo la más instruida, había caído tan pronto en la corrupción final? ¿No era por su iniquidad, por el crimen de negar la justicia en que había incurrido, negándose a restituir los bienes robados, la parte legítima de los pobres y los desgraciados? Se condenaba la instrucción, alegando el ejemplo de la decadencia de la burguesía y acusando a la ciencia de engendrar perdidos, aumentando así el mal y el dolor. Realmente, mientras el saber por el saber se exasperase en una sociedad de mentiras y de injusticias, no engendraría, al parecer, más que nuevos desastres. La ciencia debía trabajar por la justicia; debía conducir a una moral humana de libertad y paz en el seno de la fraterna Ciudad futura.

Y todavía no bastaba con ser justo, por lo que Marcos exigía a sus discípulos bondad y amor. Nada germina ni florece sino por y para el amor. El foco central del mundo es esa llama universal del deseo y la unión. Cada hombre siente imperiosa necesidad de fundirse en los demás. Y la acción personal, la individualidad necesaria, la libertad de cada ser, pueden compararse a las diferentes funciones de los órganos,

bajo la dependencia del ser universal. Si bien el hombre aislado es una voluntad y un poder, sus actos sólo empiezan a serlo cuando obran sobre la comunidad. Amar, hacerse amar, hacer que se amen todos los demás; en estos tres términos, en estos tres grados de la enseñanza humana está contenida toda la misión del maestro. En punto a amar, Marcos amaba de todo corazón a sus discípulos y se entregaba a ellos sin reservas, persuadido de que para enseñar se necesita amar, pues sólo el amor impresiona y convence. En cuanto a hacerse amar, a ello consagraba sus horas, fraternizando con los pequeños sin procurar jamás que le temieran, conquistándoles por la persuasión, el afecto, el compañerismo de un hermano mayor que acaba de crecer en compañía de los menores. Y en cuanto a hacer que todos los demás se amasen unos a otros, era su cuidado constante, pues recordaba sin cesar aquella verdad de que la dicha de cada uno nace sencillamente de la dicha de todos mediante el ejemplo cotidiano del aprovechamiento y la alegría de cada alumno cuando la clase entera ha trabajado bien. La escuela, desde luego, debía representar el triunfo de la energía, la emancipación y la exaltación de la individualidad; el niño debía juzgar y proceder por sí, a fin de que el día de mañana, cuando fuese hombre, diera todo el rendimiento posible su valer personal. Pero la cosecha de este cultivo intensivo, ¿no iría a aumentar el tesoro común de todos? ¿Acaso podía imaginarse la solitaria grandeza de un ciudadano cuya actitud, gloriosa para él, ningún bien reportase a la dicha de los demás? La instrucción y la educación conducían, necesariamente, a la solidaridad, a esa atracción universal cuya fuerza funde poco a poco a la humanidad en una sola familia. Marcos no quería más que simpatía y cariño, una escuela alegre y fraternal, llena de sol, de canciones y de risas, donde se enseñara la vida dichosa y se hiciese vivir a los escolares aquella vida de ciencia, verdad y justicia, cuyo ideal se realizaría cuando lo hubiesen lentamente preparado generaciones de niños, instruidos al fin debidamente.

Desde los primeros días se preocupó Marcos, sobre todo, de reaccionar contra la educación de violencia, de miedo y de estupidez que suele darse al niño. Lo que ante él se exaltaba en los libros, en las estampas, en las lecciones que oía a cada paso, era el derecho del más fuerte, las matanzas, las carnicerías, el saqueo y destrucción de ciudades. Se le ponían delante las páginas sangrientas de la historia: guerras, conquistas, nombres de capitanes que diezmaron a la humanidad. Se enardecían los cerebros de los pequeñuelos con el fragor de armas y pesadillas de matanzas que ensangrentaban las llanuras. Los libros de premio que se daban a los escolares, los periodiquillos que para ellos se escriben y hasta las cubiertas de sus cuadernos de ejercicios, no les ofrecían otra cosa que ejércitos que se degollaban, buques que se incendiaban unos a otros, el desastre eterno del hombre convertido en lobo del hombre. Y cuando no se trataba de batallas, se trataba de milagros, de alguna absurda leyenda, fuente de tinieblas: algún santo o alguna santa que salva a su patria, mediante el poder de la oración; la intervención de jesús o de María para asegurar a los ricos la posesión del mundo; un sacerdote que con la señal de la cruz resuelve las

dificultades sociales y políticas. Y siempre se recurría a la obediencia y a la resignación de los humildes, en tanto que por el cielo tempestuoso cruzaban los rayos de un Dios iracundo y malo. Reinaban el espanto, el temor de Dios, el miedo al diablo, ese miedo vil y feo que toma el hombre desde la infancia y, encorvado, le lleva hasta el sepulcro, a través de la densa noche de ignorancia y mentira. Así no se podrían formar más que esclavos, carne utilizable a capricho por un amo, de donde derivaba la necesidad de esa educación de fe ciega y perpetuo exterminio, para tener soldados dispuestos siempre a defender el orden constituido. Pero ¡qué concepto más atrasado el de considerar la guerra como el único cultivo de la energía humana! Ello pudo ser en épocas sociales en que la espada por sí sola resolvía los conflictos entre pueblos o entre reyes y súbditos. Hoy, aunque los pueblos se arman todavía formidablemente en este atroz malestar en que se acaba un mundo, ¿quién se atreverá a asegurar que el triunfo será de los pueblos guerreros? ¿Quién no adivina, por el contrario, que el vencedor futuro derrotará a sus adversarios en el terreno económico, reorganizando el trabajo y brindando a la humanidad más justicia y felicidad? El único papel digno de Francia consistía en consumar la revolución, en ser ella la emancipadora. Por eso aquella menguada idea de que lo único que importaba era formar soldados, sublevaba a Marcos, llenándole de dolor e ira. Todavía tuvo disculpa semejante programa al día siguiente de nuestros desastres. Y, sin embargo, todo el malestar y toda la sensible crisis presente dimanaban de ahí, de haber puesto en el ejército la esperanza suprema, de haber abandonado la democracia en manos de caudillos militares. Si acaso era necesario seguir preparados ante los vecinos pueblos en armas, más preciso era todavía llegar a ser los trabajadores, los ciudadanos libres y justos a quienes pertenecía el porvenir. Cuando Francia entera sepa y quiera, cuando llegue a ser un pueblo emancipado, los imperios mejor armados y más férreos se desharán en torno de ella conmovidos por su soplo de verdad y de justicia, que hará lo que jamás hicieron sus ejércitos y sus cañones. Los pueblos se despiertan unos a otros, y el día en que uno a uno se levanten, aleccionados por el ejemplo, se habrá logrado la victoria pacífica, el fin de la guerra. Marcos no concebía para su nación papel más hermoso que éste, y ponía la grandeza de la patria en aquel ensueño de fundir todas las patrias en una misma patria humana. Y por ello vigilaba los libros y estampas que andaban en manos de sus discípulos, expurgando las mentiras de milagros y degollinas de batallas y reemplazándolas, en lo posible, con las verdades de la ciencia y los trabajos fecundos del hombre. La única fuente de energía que conduce a la felicidad es el trabajo.

En el transcurso del segundo año empezaron a notarse ya los buenos resultados. Marcos había dividido la escuela en dos clases, encargándose él de la primera, compuesta de los niños de nueve a trece años, mientras Mignot regía la segunda, formada por los de seis a nueve años. Había adoptado también el sistema de los monitores pasantes, del que obtenía ventajas, economizando tiempo y manteniendo la emulación entre los alumnos. No se perdía un minuto, pues los ejercicios escritos, las

lecciones orales, las explicaciones en el encerado, todo el trabajo escolar avanzaba simultáneamente a paso regular y con el mayor orden, lo cual no impedía que dejase a los niños la mayor independencia posible, hablando con ellos, estimulando sus objeciones, no imponiéndoles nada con su autoridad de maestro y deseoso de que saliera de ellos mismos su certeza, de suerte que ambas clases conservaban una libre alegría y un constante atractivo, gracias a aquel estudio viviente y variado a cada paso, en que las jóvenes inteligencias iban de descubrimiento en descubrimiento. Lo único que exigía era una gran limpieza, para lo cual llevaba a los niños a la fuente como por juego y abría de par en par las ventanas a la mitad y al final de cada clase. Antes de que él se encargara de la escuela, barrían los chicos, según costumbre, levantando un polvo terrible, peligroso vehículo de contagios; pero él les enseñó a valerse de la esponja y hacía que dieran por todas partes una mano de fregado, cosa que les divertía y les servía de recreo. Los días de sol, la espaciosa sala, tan clara y tan limpia, risueña y sana, llena de gente menuda, respiraba alegría.

Y un espléndido día de mayo, dos años después de haberse instalado Marcos allí, el inspector de primera enseñanza, Mauraisin, apareció en la clase de la mañana sin haber avisado, pues esperaba pillar en falta al maestro. En vano había acechado hasta entonces, desconcertado por su prudencia y rabioso al ver que no podía ponerle malas notas con que justificar una propuesta de traslado. Aquel visionario, aquel torpe revolucionario que, al parecer, no podría permanecer allí seis meses, se eternizaba con asombro y escándalo de todos.

Precisamente, los alumnos acababan de fregar el piso de la clase, y el lindo Mauraisin, con su apretada levita, chiquito y peripuesto, lanzó una exclamación de alarma.

—¿Qué ocurre? ¿Están ustedes inundados?

Cuando Marcos le explicó que, por higiene, había reemplazado el barrido por el fregado, el inspector se encogió de hombros.

—¡Ah! ¡Otra innovación! Debió usted haberlo comunicado a la superioridad. Además, esto no es sano, porque esa humedad ocasionará dolores. Me va usted a hacer el favor de volver a la escoba hasta que no sea autorizado para emplear la esponja.

Enseguida, mientras los niños tenían un recreo de algunos minutos, se puso a registrarlo todo, llevando su inspección hasta el punto de mirar en los armarios, para ver si todas las cosas estaban en su sitio. Acaso abrigaba la esperanza de descubrir malos libros, folletos anarquistas. Y no hubo cosa que no criticara, fijándose hasta en las más pequeñas negligencias y hablando alto junto a los alumnos con propósito de humillar al maestro ante ellos. Por fin los escolares ocuparon sus puestos en los bancos y empezó la inspección oral.

Primero, la emprendió con Mignot, porque Carlitos Doloir, que tenía ocho años, no supo contestar a una pregunta a la cual aún no habían llegado en clase.

—¿De modo que va usted retrasado en el programa? ¡Hace dos meses que sus alumnos debieron dar esta lección!

Mignot, de pie y con aire respetuoso, pero visiblemente molesto por aquel tono agresivo, se limitó a mirar a Marcos. A éste era a quien apuntaba Mauraisin. Y Marcos fue quien respondió:

—Dispense, señor inspector, pues he sido yo quien ha creído necesario cambiar determinadas partes del programa en obsequio a la claridad. Además, ¿no es preferible atender menos a los libros que al espíritu de los conocimientos enseñados, de modo que los alumnos se asimilen durante el año el conjunto de las lecciones?

Mauraisin aparentó una verdadera indignación, para replicar:

—¿Cómo, señor maestro? ¿Se permite usted modificar los programas y decidir por sí y ante sí lo que de ellos debe tomarse y dejarse? ¿Suple usted con su capricho la sabiduría de sus jefes? Está bien; daré cuenta de lo atrasada que va su clase.

Luego, dirigiéndose al otro chico de Doloir, a Augusto, que tenía diez años, le hizo levantarse y le preguntó acerca del Terror, haciendo que citara sus jefes: Robespierre, Danton, Marat.

—¿Era guapo Marat, hijo mío?

Aunque Marcos había corregido un poco sus rebeldías, Augusto seguía siendo el más indisciplinado y travieso de la clase. Y bien por ignorancia, ya por malicia, contestó:

—¡Oh, muy guapo, sí, señor!

Toda la clase se echó a reír estrepitosamente.

—¡No, no, hijo mío! Marat era un ser repugnante, en cuyo rostro se reflejaban todos los vicios y todos los crímenes.

Y volviéndose hacia Marcos cometió la torpeza de añadir:

—Supongo que no será usted quien les pondere la belleza de Marat…

—No, señor inspector —contestó el maestro sonriéndose.

Y estallaron nuevas risas. Fue menester que Mignot recorriese los bancos para establecer el orden, mientras Mauraisin, irritado, obstinándose en no separarse de Marat, pasaba a Carlota Corday. Y la mala suerte hizo que se dirigiera a Fernando Bongard, uno de los mayores de la clase, pues tenía ya once años cumplidos, y que le pareció, sin duda, que debía ser el más instruido.

—A ver ese gordito… ¿Puedes decirme cómo murió Marat?

A mala puerta había llamado, pues Fernando tenía la cabeza dura, le costaba muchísimo trabajo aprender, no ponía tampoco gran cosa de su parte y lo que más le confundía eran los nombres y las fechas de la historia. Se levantó, atolondrado, con los ojos muy abiertos.

—Vamos, tranquilízate, hijo. ¿No murió Marat en circunstancias especiales?

Fernando seguía callado, con la boca abierta. Por detrás, un compañero compasivo, la apunto: «En el baño». Entonces se decidió a contestar y dijo con voz muy fuerte:

—Marat se ahogó tomando el baño.

Aquello fue el delirio, mientras Mauraisin se indignaba.

—¡Están tontos estos niños! Marat fue muerto cuando tomaba el baño por Carlota Corday, una joven exaltada que se sacrificó para salvar a Francia de aquel monstruo sediento de sangre… ¿Es que no les enseñan ustedes nada, cuando ni siquiera saben contestar a estas preguntas tan sencillas?…

Enseguida preguntó a los dos gemelos Aquiles y Felipe Savin acerca de las guerras de la religión, y obtuvo contestaciones bastante satisfactorias. A aquellos dos hermanos no se les quería por lo cazurros y embusteros que eran; acusaban a sus compañeros y llevaban chismes a su padre de todo lo que se hacía en la escuela. El inspector, a quien agradó su aire hipócrita, los presentó como modelos.

—He aquí que, al menos, estos niños saben algo.

Luego, dirigiéndose otra vez a Felipe, le preguntó:

—¿Puedes decirme qué se debe hacer para practicar bien la religión?

—Ir a misa.

—Es verdad, pero eso no basta, pues hay que hacer todo lo que la religión enseña. ¿Me entiendes, hijo? Todo lo que la religión enseña.

Marcos le miró asombrado. Sin embargo, no dijo nada, adivinando el motivo de aquellas extrañas preguntas, o sea el deseo de que se comprometiera soltando alguna palabra imprudente. Tan clara estaba la intención del inspector, que prosiguió con tono agresivo, dirigiéndose a Sebastián Milhomme:

—A ver, ese de allá, el rubito. Dígame lo que enseña la religión.

Sebastián, de pie y con aire de consternación, no contestó. Era el mejor alumno de la clase, por su clara inteligencia y por su carácter dulce y cariñoso. Y al ver que no podía contestar al señor inspector, se le saltaron las lágrimas. No le habían enseñado aquello y apenas comprendía lo que le preguntaban, pues no tenía más que nueve años.

—Pero ¿por qué me miras con esa cara de tonto? Mi pregunta es bien clara…

Marcos no pudo contenerse. Se le hizo insoportable el tormento en que veía a su discípulo predilecto, a quien había tomado un gran cariño, y acudió en su auxilio:

—Dispense usted, señor inspector —dijo—. Lo que enseña la religión está en el catecismo, y el catecismo no figura en el programa. ¿Cómo quiere usted que le conteste este niño?

Aquello era lo que Mauraisin esperaba. Y fingió incomodarse.

—No tengo que recibir lecciones de usted, señor maestro. Sé perfectamente lo que hago. Y no hay escuela bien dirigida en que un niño no pueda contestar en términos generales a una pregunta sobre la religión de su país.

—Repito, señor inspector —repitió Marcos con voz firme, en que apuntaba un tanto de enojo—, que no estoy obligado a enseñar el catecismo. Se equivoca usted, pues aquí no está en la escuela de los hermanos de la Doctrina Cristiana, que hacen del catecismo la base de la enseñanza. Está usted en una escuela republicana y laica,

claramente fuera de toda Iglesia y que funda exclusivamente el conocimiento en la razón y en la ciencia. Y, si es menester, apelaré a mis jefes.

Mauraisin comprendió que había ido un poco lejos. Siempre que había tratado de perjudicar a Marcos había comprendido que su superior jerárquico, el inspector académico Le Barazer, estaba, aunque pasivamente, a favor del joven maestro, pues pedía hechos graves y probados antes de tomar una resolución contra él. Tampoco ignoraba la opinión de Le Barazer sobre la absoluta neutralidad religiosa de la escuela. Por ello no insistió y aceleró el término de la inspección, formulando nuevas críticas y resuelto a no encontrar nada bien. A los mismos chicos les pareció ridículo y se reían por dentro de su aire rabioso de hombrecillo fatuo, con la barba y el cabello muy repeinado. Cuando se marchó, el mismo Mignot se encogió de hombros y dijo en voz baja a Marcos:

—Vamos a tener un mal informe, pero ha estado usted muy bien. Ese hombre se pone demasiado tonto.

Desde hacía algún tiempo, Mignot iba aproximándose a Marcos, ganado por su suave y firme influencia. No participaba aún de sus opiniones en todo, pues seguía preocupándole la cuestión de su ascenso en la carrera, pero, como en el fondo era recto, poco a poco iba entregándose a aquel buen director de almas.

—¿Un mal informe? —repitió Marcos alegremente—. Ni siquiera se atreverá a formular más que ataques hipócritas y venenosos… Mire cómo entra en casa de la señorita Rouzaire: ya está en la casa de Dios. Y lo peor es que en su conducta no hay más que política, astuto deseo de hacer rápida y brillante carrera en el mundo.

Mauraisin, en efecto, colmaba de buenas notas a la señorita Rouzaire a cada visita de inspección. La maestra llevaba a las niñas a la iglesia, las hacía recitar el catecismo y dejaba que les preguntasen cuanto quisieran de religión. Tenía especialmente una notable discípula, Hortensia Savin, a quien estaba preparando para recibir la primera comunión, y que admiraba al inspector por la mucha Historia Sagrada que sabía. A Ángela Bongard, que tenía la cabeza tan dura como su hermano, le entraban menos los buenos principios, no obstante su esforzada y resuelta aplicación. Lucila Doloir, una chiquilla de seis años, que acababa de entrar en la escuela, prometía, en cambio, llegar a ser una mujer muy lista que, andando el tiempo, se convertiría en una deliciosa hija de María. Una vez terminada la clase, Marcos volvió otra vez a ver a Mauraisin, a quien la señorita Rouzaire salió a acompañar hasta la puerta de la escuela. Allí acabaron ambos la conversación comenzada con aire de gran intimidad y haciendo muchos gestos de lamentación. Seguramente deploraban la corrupción de la vecina escuela de niños, donde se obstinaba en su labor aquel escandaloso maestro, a quien ellos trataban de echar hacía dos años, sin conseguirlo.

En Maillebois, después de haber esperado que súbitamente vendría como un rayo el traslado de Marcos, se iban acostumbrando a él. El alcalde Darras tuvo ocasión de hacer públicamente su elogio en el ayuntamiento, con motivo de celebrarse una

sesión. Y su posición acababa de consolidarse a consecuencia de un hecho importante: dos alumnos, que se habían ido a la escuela de los hermanos, volvieron a la municipal. Era ello señal evidente de que las familias se tranquilizaban y aceptaban al maestro; además, significaba un contratiempo para la escuela religiosa, triunfante y próspera hasta entonces. Gracias a la prudencia y al amor, como él mismo había dicho, ¿lograría Marcos devolver su fama a la escuela laica y reintegrarla en su puesto y su papel, volviendo a colocarla en primera fila? Un viento de inquietud debió de soplar entre los hermanos, los otros frailes y toda la fracción clerical. Y llegó el ataque en forma tan rara, que Marcos se sorprendió. Descartando prudentemente la cuestión del catecismo, Mauraisin no habló con el alcalde, y dondequiera que tuvo ocasión de hacerlo, más que del famoso fregado con esponja, alzando los brazos al cielo y aparentando temor por la salud de los niños. Entonces se planteó un grave problema: ¿se debía fregar o se debía barrer? Todo Maillebois se apasionó por esta cuestión, dividiéndose en dos bandos, que se apasionaron y se tiraron a la cabeza los respectivos argumentos. Principalmente fueron consultados los padres. Y el empleado Savin se mostró furibundo contra el fregado, hasta el punto de que se le creyó, por un instante, resuelto a sacar a sus dos hijos de la escuela. Pero Marcos elevó el asunto a la superioridad y lo sometió a sus jefes, rogando que reunieran una comisión de médicos e higienistas. Abrióse una información, hubo detenido estudio y, tras larga discusión, salió triunfante la esponja. Para el maestro fue un verdadero triunfo, pues los padres de los alumnos se pusieron más decididamente de su parte, y el mismo Savin tuvo que confesar que se había equivocado. Además volvió otro de los alumnos que se habían ido a la escuela de los hermanos, de la que se empezaba a decir que reinaba en ella una suciedad repugnante.

Pero Marcos no se hacía ilusiones respecto a aquellas nacientes simpatías, comprendiendo perfectamente lo endebles que eran. Se necesitaban años para librar al país del veneno clerical. Y él seguía ganando terreno con cautela, satisfecho cada día más del escaso resultado obtenido. A ruegos de Genoveva había llevado su deseo de paz hasta reconciliarse con «aquellas señoras», que, precisamente en la famosa cuestión del fregado, estuvieron de acuerdo con él, contra su costumbre. De vez en cuando iba, pues, a la casita de la plaza de los Capuchinos con su mujer y la niña para visitar a la señora de Duparque. Las dos viejas seguían tan ceremoniosas con él y evitaban cuidadosamente en la conversación los temas peligrosos, lo cual quitaba a la plática toda intimidad. Pero, no obstante, Genoveva estaba encantada con aquella reconciliación, que la libraba de la molestia que le producía antes tener que ir sola a ver a su abuela y a su madre, como si lo hiciese a espaldas de su marido. Desde entonces las vio casi todos los días, les dejaba a menudo a Luisita e iba y venía continuamente de una a otra casa, sin que Marcos se preocupara por ello, ya que hasta se alegraba con la alegría de su mujer, a quien otra vez «aquellas señoras» colmaban de regalitos y finezas.

Un domingo en que fue a almorzar a casa de un amigo, en Jonville, cuya escuela había dejado hacía dos años, Marcos pudo apreciar de repente, comparando, el mucho terreno que había ganado para su buena obra en Maillebois. Jamás había visto tan claro como en aquel instante cuán decisiva era la influencia del maestro, excelente cuando le animaba el espíritu de la verdad y del progreso, desastrosas cuando se encerraba en el error y la rutina. Mientras Maillebois iba ganando lentamente en justicia y tornando a más próspera salud, Jonville volvía a las densas tinieblas, se paralizaba y se empobrecía. Lo que más pena dio a Marcos fue ver que su feliz obra de antaño estaba echada a perder e iba desapareciendo rápidamente. Y no obedecía aquello sino al proceder del nuevo maestro, Jauffre, que no pensaba más que en su medro personal. Bajito, moreno, vivo y astuto, con ojuelos escrutadores, debía cuanto era al cura de su pueblo, que le había quitado de la fragua de su padre, simple herrador, para darle las primeras lecciones. Después, otro cura le había enriquecido casándole con la hija de un carnicero, bajita y morena como él, que le llevó dos mil francos de renta. Por lo tanto, se hallaba convencido de la necesidad de estar bien con los curas si quería ser un personaje el día que le proporcionaran algún bonito cargo. Por de pronto, sus dos mil francos de renta le hacían respetable; sus jefes le guardaban ciertas consideraciones, pues no era hombre a quien se pudiese atropellar como a un hambriento cualquiera, como a un Férou, por ejemplo, ya que no necesitaba de su sueldo de maestro para vivir. En la enseñanza, como en todo, los favorecidos son siempre los ricos, jamás los pobres. Exagerábase su fortuna y, al verle, los aldeanos se quitaban el sombrero. A más, le ayudaban a rematar su obra de conquista un gran apego al lucro, pues todo lo sacrificaba al dinero, y una destreza especial para sacar de personas y cosas el mayor provecho posible. Ninguna creencia sincera le ataba, pues si bien era republicano, buen patriota y buen católico, lo era sólo hasta donde se lo aconsejaba su interés bien entendido y mejor practicado. Por eso, aunque al llegar al pueblo visitó al cura Cognasse, no le entregó enseguida la escuela, pues era sobrado listo para dejar de advertir el espíritu anticlerical del vecindario; pero poco a poco fue dejando que el cura volviera a ser otra vez omnipotente, mediante cierto calculado abandono y cierta pasiva resistencia a los deseos del ayuntamiento y del alcalde. Este último, Martineau, tan firme y tan claro cuando se apoyaba en la voluntad de Marcos, se veía desamparado desde que tenía que habérselas él solo con el maestro, que era el verdadero amo en la alcaldía. Receloso, no atreviéndose a resolver dada su ignorancia y por el continuo temor a comprometerse, acababa siempre por hacer lo que el maestro quería, de modo que lo que éste quería era lo que hacía el ayuntamiento. Así ocurrió que al cabo de seis meses Jonville pasó de manos del maestro de escuela a manos del cura por voluntaria abdicación de aquél.

—Lo que más llamó la atención de Marcos fue la táctica de Jauffre como obra maestra de jesuitismo. Adquirió informes muy precisos en casa de la maestra, señorita Mazeline, a quien fue a visitar. Aquella mujer de razón tan elevada y tan

clara inteligencia estaba desconsolada al ver que no podía luchar con fruto, ahora que tenía que combatir sola por la buena causa en aquel pueblo en que todo iba corrompiéndose. Le contó a Marcos la comedia que representó Jauffre al principio, cuando el alcalde Martineau se sublevaba contra alguna instrucción del cura, instigado bajo mano por el maestro. Este aparentaba entonces indignarse como el alcalde y echaba la culpa a su mujer; la señora de Jauffre, beata, con una devoción exagerada, era quien se había dejado adoctrinar por el abate Cognasse. El matrimonio, muy unido, había ideado este medio para eludir responsabilidades. Martineau quedó dominado enseguida, con tanta mayor facilidad cuanto la linda señora de Martineau, a quien tanto placían las ceremonias religiosas, donde podía lucir sus vestidos nuevos, se había hecho amiga de la señora de Jauffre, que se daba aires de señorona por los dos mil francos de renta que había llevado en dote. Jauffre, sin rebozo alguno, volvió a tocar a misa, antigua función del maestro que Marcos anteriormente negóse a desempeñar. Aquello no producía más que treinta francos al año, pero treinta francos siempre son estimables. Y como Marcos había hecho que los treinta francos se asignasen a un antiguo relojero que se había retirado a vivir en el pueblo para que compusiese y conservara en buen uso el viejo reloj del campanario, que siempre andaba descompuesto, ocurrió que se descompuso de nuevo y que los pueblerinos no volvieron a saber en qué hora vivían: tales eran los bruscos saltos de adelanto y retroceso que daba el reloj. Como decía la señorita Mazeline con triste sonrisa, aquel reloj era la imagen del pueblo, donde nada andaba con arreglo al sentido común y a la lógica.

Lo peor era que el triunfo del abate Cognasse influyó de rechazo en Moreux, cuyo alcalde, Saleur, que había sido tratante en ganado vacuno, impresionado por lo que sucedía en Jonville, y deseoso de que no le perturbasen en su apacible vida de nuevo rico, se pasaba a la Iglesia, a pesar de su poca afición a los curas. En resumen: quien pagaba los vidrios rotos de la reconciliación era el maestro Férou, aquel pobretón rebelde. Ahora, los días en que el párroco Cognasse iba a decir misa a Moreux, mostraba la insolencia del triunfo e imponía al maestro humillaciones que éste tenía que aguantar al verse abandonado por el ayuntamiento y su alcalde. No había pobre que viviese tan desesperado como él, con su vasta y despierta inteligencia en medio de tanta ignorancia y maldad. Se veía empujado por su creciente miseria a las más radicales ideas. Su mujer —deshecha por sus trabajos rudos y pesados— y sus tres hijos, tan pálidos y débiles, se morían de hambre. Pero, aunque se lo comían las deudas, no se rendía; cada vez más áspero y más desgarbado, con sus viejas levitas raídas, no sólo se negaba a llevar a misa a sus discípulos, sino que los domingos, al pasar el cura, murmuraba dicterios entre dientes. Avecinábase la catástrofe, la destitución inevitable, con la agravante de que, como al desgraciado le faltaban dos años de su compromiso decenal, tendría que ir al servicio militar. ¿Y qué sería de su pobre mujer y de sus pobres niñas mientras el padre estuviese en el cuartel?

Cuando Marcos salía de Jonville, acompañado de la señorita Mazeline que fue a despedirle a la estación, pasaron precisamente ante la iglesia, donde estaban acabando las vísperas. Palmira, la irascible criada del abate Cognasse, estaba a la puerta, como severo centinela que tomaba nota de los buenos cristianos. Salió Jauffre, y dos de sus discípulos que pasaban le saludaron militarmente llevándose la mano rígida a la gorra, pues les exigía esta muestra de deferencia que halagaba su patriotismo. Después salieron las señoras de Jauffre y de Martineau, el propio Martineau, y un grupo de aldeanos y aldeanas. Marcos había apretado el paso para que no le conocieran y no verse en el caso de manifestar públicamente su disgusto. Por cierto que habíale llamado la atención que el pueblo estuviese menos cuidado, pues hasta se advertían señales visibles de abandono y de disminución de la prosperidad. Se cumplía allí la regla, porque ¿acaso la miseria intelectual no engendra en todas partes la miseria material? La suciedad y la miseria triunfan en todas las comarcas donde triunfa el catolicismo, en todas aquéllas por donde pasa como un viento de muerte, haciendo estéril la tierra y sumiendo a los hombres en la pereza y en triste imbecilidad, porque es la negación de la vida y mata a las naciones modernas como veneno lento y seguro.

Al día siguiente, cuando Marcos volvió a verse en su escuela de Maillebois, entre los discípulos cuyas inteligencias y corazones se esforzaba en despertar, tuvo una sensación de alivio. Verdad era que su obra adelantaba con paso lento, pero de los resultados conseguidos sacaba fuerzas para proseguirla. No hay victoria sin constancia en el ánimo y en el trabajo. Desgraciadamente, las familias no le ayudaban; habría avanzado más de prisa si al volver los niños a sus casas hubiesen hallado en su hogar una prolongación de sus lecciones. Pero con frecuencia ocurría lo contrario, pues en los dos chicos de Savin, Aquiles y Felipe, descubría, por ejemplo, la maligna y envidiosa acritud del padre. Tenía que contentarse con corregirles un poco, combatiendo en ellos la mentira, la cazurrería y la delación. Carlos y Augusto Doloir, travieso y pendenciero el uno, más apático el otro, que, sin embargo, seguía al mayor como su sombra, apenas se enmendaban, aunque tenían suficiente inteligencia para adelantar, de haber querido aprender. Respecto a Fernando Bongard, la dificultad era diferente, pues estaba en su obtuso cerebro, ya que era un ímprobo trabajo el que costaba hacer para que lograse entender y retener la cosa más insignificante. Toda la clase —de unos cincuenta alumnos— se hallaba a parecida altura y el mejoramiento era mediano, considerado cada discípulo en particular. Pero, en conjunto, aquel pueblo de gente menuda, de gente del porvenir, valía bastante más que antes, desde que había sido sometida al régimen de la verdad y de la razón. Marcos, por lo demás, no esperaba transformar el mundo con una sola generación de buenos discípulos. Los hijos de éstos y los hijos de sus hijos serían los que algún día llegaran a saber, a verse libres del secular error y a volverse así aptos para la justicia.

Obra modesta, obra enteramente de paciencia y de abnegación es la del maestro de primera enseñanza. Marcos se contentaba con dar el ejemplo de una vida

consagrada por completo a la obscura misión de preparar el porvenir. Si los demás cumplían su deber como él, podía esperarse al cabo de tres o cuatro generaciones que se rehiciera una Francia liberal y emancipadora del mundo. Y no ambicionaba recompensa inmediata alguna, ni medro personal alguno; había tenido el gran placer de ver recompensados sus esfuerzos con la satisfacción deliciosa que le proporcionaba uno de sus discípulos, Sebastián Milhomme. Aquel simpático niño, de tan notable inteligencia, se había apasionado por la verdad. No sólo era el primero de clase, sino que mostraba una ardiente sinceridad y una intransigencia tan pueril como encantadora. Sus compañeros le elegían a menudo por árbitro y, una vez que había dado su laudo, no consentía que lo esquivaran. A Marcos le alegraba mucho verlo en su banco, con su carita alargada, algo pensativa, bajo los rizos de sus rubios cabellos, con sus hermosos ojos azules, que parecían beber la lección, clavados en el maestro con anheloso afán de aprender. Y Marcos no le quería sólo por sus rápidos progresos, sino más aún por todo lo bueno y generoso que veía formarse en él. Era un alma tierna y delicada a la que se complacía en despertar, una de aquellas almas de niño en que empezaba a brotar toda una floración de hermosos pensamientos y buenas obras.

Un día, en la clase de por la tarde, hubo una escena penosa. Fernando Bongard, a quien, por tonto, hacían rabiar sus compañeros, notó que le habían arrancado la visera de la gorra y se echó a llorar a más y mejor, diciendo que su madre seguramente le pegaría. Marcos, obligado a intervenir, quiso averiguar quién era el autor de aquella broma de mal gusto. Todos se reían, y Augusto Doloir, más descaradamente que ninguno, aunque había sospechas de que la fechoría fuese obra suya. Y como la clase entera iba a quedarse castigada hasta que el culpable confesase francamente su falta, Aquiles Savin delató a Augusto, que estaba a su lado, sacándole del bolsillo la visera de la gorra. Aquello dio ocasión a Marcos para fustigar la mentira con tal energía, que el mismo culpable se echó a llorar y pidió perdón. Pero, sobre todo, fue extraordinaria la emoción de Sebastianito Milhomme, que quedó el último en la clase, vacía ya de alumnos, sin irse y mirando al maestro con aire de consternación.

—¿Tienes que decirme algo, hijo mío? —le preguntó Marcos.

—Sí, señor.

Sin embargo, seguía callado, con los labios temblorosos y el bello rostro rojo de vergüenza.

—¿Es muy difícil de decir?

—Sí, señor. Es una mentira que dije a usted y me duele mucho haberle engañado.

Marcos se sonrió, figurándose que se trataría de algún pecadillo, de algún exagerado escrúpulo infantil.

—Entonces dime la verdad y eso te tranquilizará.

Aún hubo un silencio bastante largo, una lucha interior que se leía en los puros ojos azules y casi en los mismos temblorosos labios del niño. Por fin pareció decidido a hablar.

—Sí, señor maestro… Le mentí a usted hace mucho tiempo, cuando era un niño ignorante, al decir que no era verdad que hubiese visto en manos de mi primo Víctor la muestra de escritura… ¿Se acuerda usted? Aquella muestra de que se habló tanto… Me la había dado él, que estaba intranquilo por haberla quitado en la escuela de los hermanos y no quería conservarla en su poder… Y el mismo día en que le dije a usted que no sabía de qué se trataba, acababa de esconderla en un cuaderno mío.

Marcos le escuchaba conmovido. Tales palabras eran como una evocación del proceso de Simón, que parecía levantarse del sueño en que dormía. Y, no obstante, trató de ocultar su emoción, la honda sacudida que había experimentado.

—¿No te equivocarás también ahora, hijo mío? ¿Estás seguro de que la muestra tenía las palabras «Amaos los unos a los otros»?

—Sí, señor.

—¿Y había debajo una rúbrica? Ya te expliqué lo que era una rúbrica…

—Sí, señor, sí.

Marcos calló un instante. Le palpitaba el corazón violentamente y temía dejar escapar el grito que se le estaba subiendo a los labios. Pero, a pesar de todo, quiso asegurarse más todavía.

—¿Por qué, hijo mío, te has callado hasta hoy? ¿Qué es lo que te ha decidido a decirme la verdad esta tarde?

Sebastián, más sereno ya, le miraba cara a cara con su agradable candor. Había vuelto a dibujarse en sus labios su fina sonrisa y explicó con sencillez el despertar de su conciencia.

—¡Ay, señor maestro! Si no le he dicho a usted la verdad ha sido porque no sentía verdadera necesidad de hacerlo. Como ha pasado tanto tiempo, apenas me acordaba de que le había engañado. Pero un día nos explicó usted lo mala que es la mentira; eso me hizo recordar y empecé a sufrir. Luego, cada vez que ha insistido usted en la satisfacción que produce el decir la verdad, he sufrido más por no haberla dicho… Y hoy se me ha oprimido tanto el corazón, que no he tenido más remedio que confesárselo a usted…

Tanto se enterneció Marcos, que se humedecieron los ojos. Sus lecciones daban ya flores en aquella alma tierna, y él iba a recoger los primeros frutos; ¡preciosos frutos de verdad que le ayudarían tal vez a hacer un poco de justicia! ¡Jamás había esperado tan rápida y dulce recompensa! Experimentó una emoción gratísima y, en un arranque de ternura, se inclinó y besó al niño.

—Gracias, Sebastianito, me has dado una gran satisfacción. No en balde te quiero mucho.

El muchacho compartía también la emoción del maestro.

—También yo le quiero a usted mucho, señor maestro. De no ser así, no me hubiera atrevido nunca a decírselo.

Marcos dominó el deseo de hacerle más preguntas, pues se proponía ir a ver a la madre del niño, la viuda de Alejandro. Temía que le acusaran de haber abusado de su

autoridad de maestro sobre el discípulo para agravar la confesión de éste. Lo único que averiguó fue que la viuda de Alejandro había quitado al niño la muestra, sin que Sebastián supiera lo que había hecho de ella, pues no le había vuelto a hablar del asunto. Ella era la única que podía entregarla, si la conservaba todavía. Y ¡cuán precioso era aquel documento, que constituía el hecho nuevo que con tanto afán buscaban y que permitiría, sin duda, a la familia de Simón solicitar la revisión del proceso! Marcos, cuando se quedó solo, rebosaba júbilo. Tentado estuvo de ir corriendo a casa de los Lehmann para comunicarles la buena noticia y llevarles un poco de alegría que aliviase el duelo de aquella triste familia, abrumada por la execración popular. ¡Al fin aparecía un rayo de sol en la negra noche de la iniquidad! Y al subir a reunirse con su mujer, desde la puerta gritó exaltado y ansioso de desahogar su corazón:

—¡Genoveva! ¿Sabes que tengo la prueba de la inocencia de Simón?… ¡La justicia despierta! ¡Por fin vamos a poder movernos!…

No había visto, en la obscuridad, a la señora de Duparque, que desde la reconciliación se dignaba visitar algunas veces a su nieta. La vieja se sobresaltó y dijo con voz ronca:

—¿Cómo? ¿La inocencia de Simón? ¿Todavía sigue usted con su manía? ¡La prueba! ¿Qué prueba es ésa, Dios mío?

Cuando Marcos contó la conversación que había tenido con el niño, la anciana empezó a enojarse.

—¡Valiente cosa! ¡El testimonio de un niño! Dice que ha mentido antes… ¿Y quién le prueba a usted que ahora no miente? Diga usted todo lo que piensa. Usted no persigue otro fin que el de acusar a un hermano, ¿no es eso? ¡Ah! ¡Es la furiosa impiedad de siempre!

Un poco desconcertado por aquel tropiezo con la anciana, pero deseoso de ahorrar a su mujer la pena de una nueva ruptura, Marcos se limitó a decir con amabilidad:

—No quiero discutir con usted, abuela… Me limitaba a denunciar a Genoveva una noticia que sé que había de alegrarla…

—¡Pues no le agrada la noticia! —exclamó la señora de Duparque—. ¡Mírela, mírela!

Volvióse Marcos, sorprendido, hacia su esposa, que estaba en pie a la mortecina luz de la ventana. Y, en efecto, la vio seria y nublados sus hermosos ojos como si los llenara de tinieblas la noche que caía lentamente.

—Pero ¿es verdad, Genoveva? ¿No es una satisfacción para ti una obra de justicia?

Su mujer no contestó al pronto, sino que se quedó pálida y entrecortada, con aire de penosa perplejidad. Y cuando Mateo, turbado también, iba a repetir la pregunta, salvó a Genoveva del tormento de tener que contestar la repentina entrada de la viuda de Alejandro que llegaba corriendo. Con mucho valor, Sebastián se lo había contado todo a su madre, refiriéndole su confesión de la existencia de la muestra. Y ella no se

había sentido con valor para reñirle por aquel hermoso rasgo. Pero, temerosa de que el maestro fuese a hablar con ella, a preguntarle, a pedirle el documento delante de su terrible cuñada la viuda de Eduardo, atenta siempre a la prosperidad de la tiendecita de papelería, se resolvió a ir a la escuela para concluir cuanto antes aquel asunto.

Pero cuando se encontró allí acabó de turbarse por completo. Había salido disparada, sin saber apenas lo que iba a decir. Y ahora se hallaba balbuciente, cohibida, sobre todo por encontrar a Genoveva y a la señora de Duparque en compañía de Marcos, con el cual esperaba ella haber hablado completamente a solas y en secreto.

—Señor Froment: Sebastián acaba de decirme que… Sí, esa confesión que ha creído que debía hacer a usted… Y yo entonces he pensado en explicar a usted los motivos de mi proceder… Usted me entiende y sabe hacerse cargo, ¿verdad?… El daño que semejante historia nos hubiese hecho a nosotras, que tantas dificultades tenemos en nuestro comercio… En fin: confieso que es verdad, que tuve aquel papel, pero ya no existe, lo he destruido…

Respiró más tranquila, pues había acertado con lo que necesitaba decir, para quitarse de una vez quebraderos de cabeza.

—¿Lo ha destruido usted? —exclamó apesadumbrado Marcos—. ¡Oh, señora!…

La viuda de Alejandro quedó de nuevo cohibida, como si buscara palabras para expresarse.

—Quizá hice mal… Pero ¡considere usted nuestra situación!… Somos dos pobres mujeres sin apoyo de nadie… Y luego, ver a nuestros hijos mezclados en esa terrible historia, ¡era tan triste!… No quise conservar un papel que me quitaba el sueño y lo quemé.

Estaba todavía tan temblorosa, que Marcos no pudo menos de mirarla con atención. Alta, rubia, con dulce rostro de mujer cariñosa, parecía padecer un oculto tormento. A Marcos le asaltó por un instante la sospecha de si mentiría otra vez, por lo que quiso ponerla a prueba.

—Al quemar ese papel ha sido usted, señora, quien ha condenado por segunda vez a un inocente… Piense usted en lo que ese hombre está padeciendo en el presidio. ¡Si le leyera a usted sus cartas, se echaría usted a llorar! No puede haber tormento mayor por lo mortífero del clima, la dureza de los carceleros y, sobre todo, la convicción de su inocencia, las espantosas tinieblas en que se agita… ¡Qué pesadilla para usted cuando piense que todo eso es culpa suya!…

Ella se puso muy pálida e hizo un involuntario movimiento con la mano, cual si quisiera apartar alguna visión horrible. Y Marcos no supo si había despertado el escalofrío de un remordimiento o una terrible lucha en aquel ser bondadoso, pero débil. Hubo un momento en que ella, apurada, balbuceó como si pidiera auxilio:

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo mío!…

Y aquel hijo, aquel Sebastián en quien adoraba, por quien lo habría sacrificado todo, debió representársele, dándole un poco de valor.

—¡Ay, señor Froment!… Es usted muy cruel conmigo, me hace usted sufrir mucho… Pero ¿qué quiere usted? Lo hecho, hecho está y no puedo sacar otra vez aquel papel de entre sus cenizas.

—Pero ¿está usted segura, señora, de que lo quemó?

—Sí… ¡Cuando se lo digo a usted!… Lo quemé por miedo de que se comprometiera mi hijo y aquello le hiciese padecer toda la vida.

Pronunció esta última frase con voz ardorosa, como a impulsos de una resolución atroz. Marcos se convenció e hizo un gesto de desesperación; retrocedía otra vez el triunfo de la verdad, volvía a hundirse… Sin pronunciar una palabra más, acompañó hasta la puerta a la viuda de Alejandro que, muy azorada otra vez, no sabía cómo despedirse de las dos señoras allí presentes. Balbuceando disculpas, saludó y se retiró. Cuando se hubo marchado, quedó la habitación sumida en un profundo silencio.

Ni Genoveva ni la señora de Duparque habían intervenido en la escena, heladas e inmóviles ambas. Y siguieron calladas, mientras Marcos se paseaba lentamente con la cabeza baja, abstraído en su dolor. Por fin se levantó la señora de Duparque para marcharse y, ya en el umbral, dijo:

—Esa mujer está loca… Lo que ha dicho del papel quemado tiene trazas de un cuento chino que no creerá nadie. Hará usted mal en publicarlo por ahí, porque no servirá para nada… Buenas noches y… sea usted prudente.

Marcos ni siquiera contestó. Seguía paseándose con cansinos pasos. Como era ya completamente de noche, Genoveva encendió la lámpara. Cuando a la pálida claridad de la luz se sentó ella en la mesa, Marcos no quiso interrogarla, apartando de sí aquella otra pena de averiguar tal vez que no estaba ya completamente de acuerdo con él su mujer en muchas cosas.

Pero en los días siguientes no pudo dejar de pensar en la señora de Duparque. En efecto, si intentaba utilizar aquel dato nuevo, que tan felizmente había llegado a su conocimiento, ¿qué crédito le daría el público? Indudablemente podía contar con el testimonio de Sebastián; podía contar con que el niño repetiría que había visto la muestra cuando la trajo su primo Víctor de la escuela de los hermanos. Pero todo se reduciría al testimonio de un niño de diez años escasos, cuyo alcance procuraría amenguar la madre. Lo que hacía falta, pues, era el documento; decir que había sido quemado equivalía a enterrar por segunda vez el proceso. Cuanto más lo pensaba más se convencía de la necesidad de esperar, pues en las condiciones en que él lo había descubierto, el hecho nuevo no era aprovechable. Sin embargo, ¡cuán precioso era para él y cuán fecundo en decisivas pruebas! Venía a robustecer más todavía su inquebrantable fe y confirmaba todas sus conjeturas, concretando y haciendo tangible la certeza a que había llegado mediante el razonamiento. El culpable era un hermano; un paso más y se averiguaba quién, cosa que una investigación sincera le hubiese inmediatamente descubierto. Y tuvo que resignarse de nuevo a tener paciencia, a confiar en la fuerza de la verdad, que estaba en marcha y no se detendría hasta que se

hiciese plena luz. Pero desde aquel instante su angustia creció y se tornó más trágico el batallar de su conciencia. ¡Saber que un inocente padecía horrible tormento en un presidio, saber que el verdadero culpable estaba en libertad, altanero y triunfante, prosiguiendo su labor de envenenador de la infancia y no poder decirlo a voces, ni poder probarlo por la vil complicidad de todas las fuerzas sociales conjuradas por su interés egoísta en sostener el monstruoso error! Esto le quitaba el sueño, y su secreto era un agudo aguijón que, sin cesar, le recordaba su deber de hacer justicia. Y no tuvo ya en su vida hora en que dejara de pensar en su misión, desesperado y acongojado por no saber cómo precipitar el éxito.

Marcos guardó silencio hasta en casa de los Lehmann, No les dijo ni una palabra de lo que Sebastián Milhomme le había confesado. ¿Para qué dar a aquella pobre gente inciertas esperanzas? ¡Seguía siendo tan cruel para ellos la vida con el oprobio y el dolor del infeliz forzado, cuyas cartas les trastornaban y cuyo nombre les arrojaban las gentes a la cara como el mayor de los insultos! La parroquia del viejo Lehmann había disminuido más todavía. Raquel no se atrevía ni a salir a la calle; iba siempre de luto como una viuda y se desolaba viendo cómo crecían sus hijos, que llegarían a comprender aquella desgracia. Marcos solamente se franqueó con David, en quien ardía la firme resolución de demostrar y proclamar algún día la inocencia de su hermano. Con su fraternal heroísmo se mantenía retraído e ignorado y evitaba figurar; pero no había hora en que no trabajase en la obra de rehabilitación, que había llegado a ser el único fin de su existencia. Reflexionaba, estudiaba, seguía pistas que, muy a menudo, debía abandonar a los primeros pasos. En dos años de continuas pesquisas aún no había encontrado nada decisivo. Su sospecha de que el presidente Gragnon había comunicado a los jurados en la sala de las deliberaciones algún informe ilegal, se había trocado en certeza; pero hasta entonces sus esfuerzos habían sido ineficaces para adquirir la prueba, y no sabía cómo podría llegar a demostrarlo. No desmayaba, sin embargo; consumiría diez años de vida, veinte si era necesario, para desenmascarar al verdadero culpable. La noticia que le comunicó Marcos le dio más valor y paciencia. Fue también de parecer que convenía conservar secreta la confesión de Sebastián, por ser poco aprovechable, mientras no la confirmase alguna prueba material. Era una esperanza más de triunfo. Y volvió a indagar con calma y con firmeza, sin precipitarse en su prudente y continua gestión.

Una mañana, antes de la clase, se decidió Marcos, por fin, a quitar el crucifijo que seguía colgado de la pared, detrás de su mesa. Hacía dos años que esperaba haber dominado su situación lo suficiente para poder proclamar con aquel acto la independencia religiosa de la escuela laica, tal como él la entendía y quería que fuese. Hasta entonces había cedido de grado a los sensatos consejos de Salvan, comprendiendo la necesidad de asegurarse primero en su puesto para poder convertirlo en posición de combate. Pero ya se creía bastante fuerte para entablar la lucha. ¿Acaso no había vuelto la prosperidad a la escuela municipal recobrando alumnos conquistados a la escuela de los hermanos? ¿Acaso no se había hecho

respetar poco a poco y se veía querido de los alumnos, aceptado por las familias, sólidamente instalado ya? Además, lo que le impulsaba a obrar era su reciente visita a Jonville, aquel pueblo que había estado en camino de instruirse y que el cura Cognasse estaba convirtiendo otra vez en un rincón tenebroso. Y también influían en él la zozobra y la ira que la confesión de Sebastián habían removido en su ánimo contra la ignominia que sentía a su alrededor en aquel Maillebois, esclavizado y envenenado por la facción clerical.

Estaba aquella mañana subido a un taburete, cuando entró Genoveva en la clase llevando a Luisita de la mano, a decirle que la iba a llevar a casa de su abuela para que pasara allí el día. La mujer, al verle, se quedó muy sorprendida.

—¿Qué haces ahí?

—Ya lo ves. Voy a descolgar este crucifijo y se lo voy a llevar yo mismo al abate Quandieu para que vuelva a ponerlo en la iglesia, de donde no debió salir… Ayúdame… ¡Cógelo!…

Pero Genoveva no extendió el brazo ni hizo el más leve movimiento. Muy pálida, miraba fijamente lo que él estaba haciendo, como si fuera testigo de un acto ilícito y sacrílego, que le infundiese miedo. Y Marcos, sin su ayuda, tuvo que bajarse del taburete con las manos ocupadas en aquel gran crucifijo, que guardó enseguida en un armario.

—¿No quieres ayudarme? ¿Qué te pasa? ¿Es que te parece mal lo que acabo de hacer?

Rápidamente, a pesar de su emoción, contestó ella:

—Sí, me parece mal…

Marcos se estremeció y se puso a temblar como ella. Era la primera vez que Genoveva le hablaba en aquel tono enojado y agresivo. Sintió un leve estremecimiento, como si su corazón le anunciara la ruptura. La miró como si desconociera su voz, asombrado e intranquilo cual si fuese una persona extraña quien acabase de hablarle.

—Pero ¿me criticas? ¿Eres tú quien me dice eso?…

—Sí, yo. Has hecho mal en lo que has hecho…

Sí, era ella, su Genoveva, no le cabía duda. Estaba ante él, alta y esbelta, con su amable rostro de rubia, en cuya alegre mirada brillaba un poco la pasión sensual de su padre. Era ella, sí. Y, sin embargo, empezaba a ser otra, pues había cambiado algo en su aire, con sus hermosos ojos azules, a los que asomaba cierta turbación, un algo de la mística obscuridad del más allá.

Marcos, asombrado, sentía que se le helaba la sangre ante aquel cambio que advertía de repente en su mujer. ¿Qué había sucedido para que ella dejase de ser para él la misma de siempre? Rehuyendo una explicación inmediata se limitó a decirle:

—Antes, hasta cuando acaso no pensabas como yo, me decías que obrase con arreglo a mi conciencia. Y eso es lo que acabo de hacer. Por eso me apena muchísimo tu desaprobación a mi conducta… Ya hablaremos…

Ella no se ablandó, sin embargo. Y, siguiendo en la frialdad de su enfado, dijo:

—Hablaremos, si así lo deseas… Pero ahora voy a llevar a Luisa a casa de la abuela para que pase allí el día.

Aquello fue como un rayo de luz para Marcos. La señora de Duparque estaba en camino de arrebatarle a Genoveva y también iba a quitarle a Luisa. Había incurrido en el grave error de dejar pasar las cosas, de consentir que su mujer y su hija se pasaran la vida en aquella casa de sombría religión con olores de capilla. No se había dado cuenta de la lenta transformación que se estaba operando en Genoveva desde hacía dos años, del despertar de su juventud piadosa, de todo lo que volvía a surgir en ella de la inolvidable educación de antaño, restituyéndola poco a poco a los dogmas que él se figuraba haber borrado con el esfuerzo de su razón y los abrazos de su amor. Todavía no había vuelto Genoveva a frecuentar la iglesia, pero la veía separada de él, en camino de volver a lo pasado, seguro de que cada día irían alejándose más el uno del otro.

—Conque ¿no estamos ya de acuerdo? —le preguntó con tristeza.

Ella le respondió con franqueza.

—No. Y mira, Marcos, la abuela tiene razón: todo el mal viene de ese horrible proceso. Desde que defiendes a ese hombre que está en presidio, y lo tiene bien merecido, ha entrado la desgracia en esta casa, y acabaremos por no vivir en paz.

Marcos, desesperado, repitió:

—¿Y me dices tú eso? ¿Eres tú la que estás en contra de la verdad y de la justicia?

—Estoy contra los extraviados y los malos, cuyas dañadas pasiones atacan a la religión. A quien se quiere destruir es a Dios, cuando hasta el que se separa de la Iglesia debe respetar a sus ministros, que tanto bien hacen.

Entonces calló Marcos, comprendiendo lo estéril de aquella disputa en tal hora, cuando estaban para llegar los alumnos. ¿Tan hondo era ya el mal? Lo que le apenaba era hallar, en el fondo de aquel disentimiento, el proceso de Simón, la misión justiciera que se había impuesto, donde era imposible concesión alguna de su parte y no cabía arreglo alguno. Desde hacía dos años, el proceso influía de aquel modo en el origen de cada acontecimiento, como manantial envenenado que corrompería personas y cosas mientras no se hiciera justicia. Y hasta a su hogar había llegado el envenenamiento.

Viendo que su marido callaba, Genoveva se dirigió hacia la puerta, diciendo con toda tranquilidad:

—Voy a llevar a Luisita a casa de la abuela.

Entonces, con rápido movimiento, Marcos cogió a la niña como para besarla. ¿Iba a dejar también que le quitasen a aquella hija, carne de su carne? ¿Acaso no debía retenerla entre sus brazos para salvarla del fatídico y mortal contagio? La miró un instante: como su madre, como su abuela y su bisabuela, era ya, a los cinco años, alta y delgada, pero no tenía el pelo de un rubio pálido, como ellas, sino la frente

espaciosa de los Froment, inexpugnable torre de la razón y la cordura. La niña, cariñosamente, echó los bracitos al cuello de su padre, dando grandes risas.

—Mira, papá, cuando vuelva te diré una fábula que sé muy bien.

Y por segunda vez cedió Marcos a un escrúpulo de tolerancia y quiso ahorrar discusiones. Devolvió la niña a su madre, que se la llevó sin decir una palabra. Además, iban llegando los alumnos, y rápidamente se llenaba la clase. Sin embargo, en el corazón del maestro quedaba una gran amargura ante la idea de la lucha que habría de sostener por haber quitado el crucifijo de las paredes de la escuela. Aquella lucha iba a invadir incluso su propio hogar. Las lágrimas que corriesen serían suyas y de los seres queridos. Pero, con heroico esfuerzo, dominó aquel dolor y llamó a Sebastianito que hacía de pasante, para que atendiese a la lectura, mientras él, serenamente, preparaba en el encerado una lección práctica entre la radiante alegría con que el sol inundaba la sala de clase.

# II

Tres días después, hallándose Marcos en su alcoba, una noche en que Genoveva se había acostado ya y él se estaba desnudando, dijo a su mujer que acababa de recibir una carta urgente de Salvan diciéndole que le esperaba al día siguiente domingo.

—Debe ser —añadió— por lo del crucifijo que quité de la escuela. Según parece, se han quejado algunos padres y el asunto amenaza complicarse. No me extraña.

Genoveva, con la cabeza sobre la almohada, no contestó. Pero una vez acostado Marcos y apagada la luz, tuvo el marido la deliciosa sorpresa de notar que su mujer le abrazaba dulcemente y le decía quedamente al oído:

—El otro día te hablé con dureza. Es verdad que no pienso como tú, ni sobre la religión ni sobre aquel asunto. Pero sigo queriéndote como siempre, con todo mi corazón.

Marcos se emocionó tanto más cuanto hacía tres noches que ella le volvía la espalda como si hubiera habido entre ambos una ruptura conyugal. Genoveva continuó tiernamente:

—Ya que vas a tener disgustos, no quiero que me creas enfadada contigo. Podemos tener ideas distintas y adorarnos a pesar de todo, ¿verdad? Si tú eres mío, yo también soy completamente tuya, maridito mío.

Él, con apasionado impulso, la abrazó, cubriéndola de ardientes caricias.

—¡Oh mujercita mía! Mientras tú me quieras y seas mía no temeré nada de las terribles amenazas que nos rodean.

Se entregó estremecida y arrebatada por aquel júbilo amoroso que la mantenía en ansiedad. Hubo un instante de comunión perfecta que representaba la reconciliación irresistible. El buen acuerdo de un matrimonio joven que se quiere de veras y se encuentra todas las noches en la misma cama, sólo está seriamente amenazado el día en que hay disgustos de alcoba. Mientras los amantes se desean, los esposos están de acuerdo, aun a través de las peores contrariedades. Y quien quiera separarles, debe empezar quitándoles el mutuo gusto que se tienen.

Marcos, al besar por última vez a Genoveva antes de dejar que se durmiera, se creyó en el caso de tranquilizarla, diciéndole:

—Te prometo que en toda esta cuestión seré muy prudente. Ya sabes que, en el fondo, soy un hombre moderado y razonable.

—¡Oh! Haz lo que quieras —dijo ella gentilmente—. Con tal de que vuelvas a mí y de que nos queramos, no pido nada más.

Al día siguiente Marcos volvió a Beaumont remozado por las ardientes ternuras de su mujer, que le habían dado nuevos ánimos. Y sonriendo, con aire combativo, entró a ver a Salvan en la Escuela Normal.

Pero, tras cruzar un amistoso apretón de manos, quedó sorprendido y coartado por las primeras palabras del director.

—¿Es verdad, querido, que por fin ha descubierto usted un nuevo hecho procesal que equivale a la tan deseada prueba de la inocencia del pobre Simón, lo cual permitirá revisar su proceso?

Marcos esperaba que se tratara de dar explicaciones respecto a lo del crucifijo.

Y permaneció un instante no sabiendo si debía referir al mismo Salvan la verdad exacta que había ocultado a todos. Después, lentamente y midiendo las palabras, añadió:

—¿Un hecho nuevo?… No, todavía no tengo nada decisivo…

Salvan no se dio cuenta de sus titubeos.

—Así lo suponía yo —contestó—, porque, de no ser así, me hubiera avisado usted, ¿verdad? Sin embargo, corre el rumor de que usted ha hallado un documento de una capital importancia, puesto en sus manos por la casualidad. Dicen que es el rayo que, en adelante, tendrá usted suspendido sobre la cabeza del verdadero culpable y de sus cómplices, es decir, de toda la clerigalla del país.

Marcos seguía estupefacto. ¿Quién había podido hablar de aquello? ¿Cómo se había divulgado, adquiriendo mayores proporciones, la confesión del niño Sebastián y la gestión de su madre, la viuda de Alejandro? De pronto, juzgándolo necesario, se decidió a poner al corriente de todo a su amigo y consejero, al hombre bueno y prudente en quien ponía toda su confianza. Le contó, pues, el caso, cómo sabía que había existido una muestra de caligrafía procedente de la escuela de los hermanos y parecida al modelo acusador, muestra que había sido destruida.

Salvan, muy emocionado, se levantó gritando:

—¡Eso era la prueba! Pero hace usted bien en callar y no moverse, ya que no tenemos nada. Hay que esperar… Sin embargo, ahora comprendo de dónde proceden la inquietud y el sordo terror que hace algunos días noto entre nuestros adversarios. Algunas palabras se habrán escapado, pues ya sabe usted el inmenso trabajo de zapa que se hace por doquiera, y esa frase pronunciada por casualidad habrá sido divulgada en todas direcciones. Quizá ni siquiera se haya dicho nada, pero hay una fuerza misteriosa que lanza los secretos a la circulación, desnaturalizándolos… El hecho es que acaba de producirse una sacudida, y que el culpable y sus cómplices seguramente han notado que la tierra temblaba a sus pies. Es muy natural que se asusten, ya que deben defenderse de su crimen.

Luego, abordando el motivo de la urgente llamada, añadió:

—Quería verle para hablar con usted acerca del incidente de que todo el mundo se ocupa, en relación con el crucifijo que usted ha quitado de la escuela… Ya conoce usted mi manera de pensar respecto a que la escuela debe ser esencialmente laica. Por lo tanto, ha hecho usted bien suprimiendo todo símbolo religioso. Pero no se figura usted la tempestad que va a provocar… Lo peor es el interés que los hermanitos de la Doctrina Cristiana y sus defensores los jesuitas tienen actualmente en destruir su carrera y en suprimirle por miedo a las armas que suponen en poder de usted. Y, desde el momento en que usted ha dado ocasión a la batalla, se lanzan al ataque.

Marcos, comprendiendo de qué se trataba, tuvo un ademán de valor, como aceptando la lucha.

—¿Acaso no he sido prudente siguiendo sus buenos consejos? ¿No he esperado dos años largos antes de quitar esa cruz, colgada allí tras la condena de Simón como una toma de posesión de nuestra escuela municipal por el clericalismo triunfante? Yo he devuelto la prosperidad y la libertad a esa pobre escuela, sobre la que se cernían los recelos y el descrédito. Por eso he creído muy legítimo que mi primer acto de maestro, aceptado por todos y actualmente victorioso, debía ser librarla de todo emblema, reintegrándola a la neutralidad religiosa, de la cual no debió salir.

Salvan le interrumpió.

—Repito una vez más que no le censuro. Usted ha demostrado estar lleno de paciencia y tolerancia. Pero, sin embargo, ese acto ha ocurrido en un momento crítico. Tiemblo por usted. Y precisamente por eso he querido hablar con usted para hacer frente al peligro, si es posible.

Sentáronse y hablaron largo y tendido. La situación política del distrito continuaba siendo lamentable. Acababan de celebrarse elecciones que habían señalado un paso más en el camino de la reacción clerical. Habíase producido un hecho extraordinario, consistente en que Lemarrois, el alcalde, el antiguo amigo de Gambetta, el diputado intangible por Beaumont, no había alcanzado mayoría absoluta en el primer escrutinio frente a un candidato socialista, el abogado Delbos, a quien su defensa de Simón había dado gran predicamento en los arrabales revolucionarios; Lemarrois, en el segundo escrutinio sólo había vencido por un millar de votos. Mientras tanto, la reacción monárquica y católica hacía una conquista, pues el bello Héctor de Sangleboeuf conseguía la elección de un general amigo suyo, gracias a las fiestas que daba en la Désirade, distribuyendo a manos llenas el oro judío de su suegro, el barón Nathan. Y el amable Marcilly, antaño esperanza de la juventud ilustrada, había consumado diestramente, para ser reelegido, su evolución hacia la acogedora Iglesia, muy deseosa de celebrar un nuevo pacto con la burguesía, aterrorizada por los progresos del socialismo. La burguesía, luego de haber aceptado la igualdad política, no quería la igualdad económica, porque se proponía conservar el poder usurpado y no devolver nada de lo que poseía, hallándose resuelta para ello a aliarse con sus antiguos adversarios, con objeto de resistir el embate de los de abajo. De volteriana se convertía en mística, y volvía a opinar que la religión tenía aspectos buenos, que era una policía de utilidad indispensable y una necesaria barrera, la única capaz de detener aún los crecientes apetitos del pueblo. De esta manera se iba empapando poco a poco de militarismo, de nacionalismo, de antisemitismo, de todas las formas hipócritas bajo las cuales avanzaba el clericalismo invasor. El ejército era sencillamente la afirmación de la fuerza bruta que consagra los robos seculares, el muro inexpugnable de bayonetas tras el que la propiedad y el capital digieren en paz. La nación, la patria, eran el conjunto de los abusos y de las iniquidades contra los que no podía irse sin incurrir en delito, el monstruoso edificio social de que no podía

cambiarse una simple viga por miedo a un derrumbamiento total. Los judíos, como en la Edad Media, servían de pretexto para enardecer las creencias tibias en monstruosa explotación de un odio ancestral y en una siembra atroz de guerra civil. Y en el fondo de tan vasto movimiento reaccionario no había más que el sordo trabajo de la Iglesia, aprovechando el momento histórico para ver de reconquistar el terreno que antaño perdió en el desastre del mundo viejo bajo el hálito liberador. Lo que había que matar era el espíritu de la revolución, reconquistando la burguesía que ésta había llevado al Poder y que ahora es taba resuelta a traicionarlo, a fin de conservar un poder ilegítimo, del que había de dar cuentas al pueblo. Una vez reconquistada la burguesía, lo sería también el mismo pueblo, pues aquella vasta empresa tendía a ganar al hombre valiéndose de la mujer y, sobre todo, de ganar al niño valiéndose de la escuela, para encerrarle luego en la obscuridad del dogma. Si la Francia de Voltaire estaba a punto de convertirse en la Francia de Roma, debíase a que las congregaciones dedicadas a la enseñanza se habían apoderado de la infancia. Y la campaña se agravaba, pues la Iglesia ya gritaba victoria contra la democracia y contra la ciencia, repleta por la esperanza de impedir lo inevitable, la revolución completa, en la que el pueblo se uniría en el Poder con la burguesía y toda la nación sería libre por fin.

—La situación, pues, empeora de día en día —concluyó Salvan—. Ya sabe usted la furiosa campaña que se está llevando contra nuestra primera enseñanza. El domingo pasado, aquí en Beaumont, un sacerdote se atrevió a decir desde el púlpito que el maestro laico era Satanás convertido en pedagogo y, además, gritó: «¡Oh padres y madres! Debéis desear la muerte de vuestros hijos antes que verles en semejantes infiernos de perdición…». La segunda enseñanza es igualmente presa de la peor reacción clerical. No hablo ya de la prosperidad, cada vez mayor, de los establecimientos religiosos parecidos al colegio de Valmarie, donde los jesuitas acaban de envenenar a los hijos de la burguesía, a nuestros futuros oficiales, funcionarios y magistrados. En nuestros mismos liceos la influencia del cura continúa siendo todopoderosa. Aquí, por ejemplo, el director, que es el devoto Depinvilliers, recibe abiertamente en su casa al padre Crabot, quien, según creo, confiesa a su mujer y a sus dos hijas. Recientemente ha conseguido que le nombren un capellán batallador, pues estaba descontento del abate Leriche, hombre excelente, muy anciano, que se había dormido en sus funciones. Ciertamente, los ejercicios religiosos son voluntarios. Pero, para que un alumno sea dispensado de ellos, se necesita una petición de sus padres, con lo que el alumno en cuestión es mirado desde entonces con recelo y expuesto a toda clase de pequeñas persecuciones… Al cabo de treinta años de república, y a pesar del esfuerzo de más de un siglo de librepensamiento, la Iglesia sigue siendo entre nosotros la maestra y la educadora de nuestros hijos, la señora y soberana que aspira a conservar el dominio del mundo, creando en viejos moldes los hombres propicios a la servidumbre y al error que necesita para gobernar. Y de ahí proceden todas nuestras actuales desgracias.

Marcos, que sabía esto perfectamente, acabó preguntando:

—¿Qué me aconseja usted, en fin de cuentas, amigo mío? ¿Tendré que retroceder luego de haber dado un paso hacia adelante?

—¡Oh! Eso, no. De haberme avisado usted, quizá le hubiera rogado que esperase aún; pero ya que ha quitado usted el crucifijo de la escuela, hay que defender ese acto como una victoria de la razón… Luego de haber escrito a usted para que viniese, he hablado con mi amigo Le Barazer, el inspector académico, y estoy algo más tranquilo. Usted, que le conoce, sabe que es muy difícil adivinar lo que piensa, que es el hombre de las vacilaciones y que emplea la voluntad ajena para imponer la suya. Pero creo que, en el fondo, está con nosotros, y me sorprendería que hiciera el juego de los enemigos de usted… Todo dependerá de usted, de su fuerza de resistencia, de lo más o menos sólida que sea la posición ganada por usted en Maillebois. Preveo una furiosa campaña de los hermanos de la Doctrina Cristiana, de los capuchinos y de los jesuitas, porque usted no sólo es un maestro laico, un Satanás, sino, sobre todo, el defensor de Simón, el que lleva la antorcha de la verdad y de la justicia y a quien hay que amordazar. Conque, sensatez y valor, amigo mío.

Salvan habíase levantado y había cogido ambas manos de Marcos. Permanecieron así un momento, estrechándose las manos y mirándose sonrientes, con los ojos brillantes de ánimo y de fe.

—¿No desespera usted?

—¿Desesperar yo, amigo mío? ¡Eso, nunca! La victoria es segura. No sé cuándo, ciertamente; pero es segura… Además, hay más cobardes y egoístas que mala gente. Así, por ejemplo, en la Universidad hay muchos que no son buenos ni malos; el término medio más bien es bueno. Su defecto consiste en ser funcionarios. Y se limitan a funcionar. ¿Qué le vamos a hacer? Funcionan por y para la rutina; funcionan también para ascender, cosa muy natural… Nuestro rector, Forbes, es una persona muy amable, cultísima y, sobre todo, deseosa de que no le estorben en sus estudios de historia antigua. Llego a sospechar que siente un recóndito desprecio de filósofo hacia los abominables tiempos actuales, lo cual hace que se circunscriba estrictamente a su papel de simple engranaje administrativo, entre el ministro y el personal universitario. El mismo Depinvilliers no se pone de parte de la Iglesia si no porque tiene que casar dos hijas feas y cuenta con que el padre Crabot les encuentre dos novios ricos. Y en cuanto al terrible Mauraisin, es realmente un ser repugnante, del que hay que desconfiar, pues aspira a ocupar mi cargo, y de buena gana estaría mañana de parte de usted si usted estuviera en condiciones de dárselo… En fin: se trata de miserables, de hambrientos, de pusilánimes en el mejor de los casos, que se pondrán a nuestro lado y nos ayudarán…, cuando hayamos vencido.

Sonreía con indulgencia, y agregó serio y emocionado:

—Por lo demás, estoy desarrollando aquí una labor demasiado interesante para que me deje margen a la desesperación. Como usted sabe, hijo mío, procuro hacerme pasar inadvertido, lo cual no obsta para que todos los días, suavemente y en silencio,

me esfuerce en preparar el porvenir. Muchas veces hemos convenido usted y yo que la escuela del mañana valdrá lo que valga el maestro. Sólo el maestro laico, instrumento de verdad y de justicia, puede salvar al país y devolverle su jerarquía y su influencia en el mundo… Y hacia eso se va: se lo aseguro. Estoy muy contento de mis discípulos. Cierto es que el reclutamiento se hace todavía con grandes dificultades, porque la carrera está reputada como ingrata, mal retribuida, de poca representación y propicia a la miseria. Sin embargo, este año ha habido más matrículas. Y espero que los legisladores acabarán votando sueldos razonables que permitan a los maestros más humildes vivir con dignidad… Y ya verá usted cómo, cuando poco a poco vayan saliendo de aquí maestros instruidos para ser apóstoles de la razón y de la equidad, se trasladan a los campos y a las ciudades, llevando allí la buena nueva de la liberación, destruyendo en todas partes el error y la mentira, como misioneros de la humanidad nueva. Entonces se vencerá a la Iglesia, porque sólo puede vivir y triunfar sobre la ignorancia, y todo el país se pondrá en marcha, sin obstáculos de ninguna clase, hacia la ciudad futura donde imperen la paz y la solidaridad.

—Eso —exclamó Marcos con entusiasmo— es lo que constituye nuestra esperanza, lo que nos da fuerza y alegría para realizar nuestra obra… Le agradezco la fe que usted me ha infundido, y procuraré ser prudente y decidido.

Los dos hombres acabaron estrechándose enérgicamente las manos.

Y Marcos volvió a Maillebois, donde le esperaba la más feroz de las luchas, una verdadera guerra a sangre y fuego.

Lo peor era que allí se agravaba la situación política, lo mismo que en Beaumont. Tras las elecciones legislativas, también las últimas elecciones municipales habían producido resultados desastrosos. Como en el nuevo municipio, D arras no había podido contar más que con la minoría, Philis, el concejal clerical, sostén de la reacción, fue elegido alcalde. Por ello Marcos quiso entrevistarse con Darras para saber hasta qué punto podría seguir apoyándole.

Le visitó, pues, una tarde en el confortable salón de la magnífica casa que el enriquecido contratista se había construido. Éste, al verle, puso los brazos en alto.

—¡Hola, querido maestro! Ya sé que la jauría le va pisando los talones. Desde luego, cuente usted conmigo, ahora que me han vencido y me han reducido a la oposición… Cuando yo era alcalde, me resultaba muy difícil darle siempre la razón, porque, como usted sabe, no tenía yo más que una mayoría de dos votos, por lo cual solía encontrarme en la imposibilidad de actuar con arreglo a mi criterio. Más de una vez he tenido que contradecirle, mientras en el fondo le daba la razón… Pero lo que es ahora, yo le garantizo que no me he de quedar atrás, ya que debo hacer lo que pueda para derribar a Philis y recuperar la alcaldía. Ha hecho usted muy bien descolgando el Cristo de la pared, donde no estaba en la época de Simón y donde nunca hubiera debido estar.

Marcos se permitió sonreír, diciendo:

—Pero siempre que le hablé de quitarle, usted se puso a gritar, alegando la necesidad de ser prudentes, el temor de asustar a los padres de los alumnos y el miedo de dar un arma a nuestros adversarios.

—¡Ya le he explicado la situación en que me encontraba! No, no es fácil regir una población como Maillebois, donde las fuerzas de los partidos estaban equilibradas hasta ahora y donde no se sabía quiénes acabarían ganando: si los librepensadores o los curas… Actualmente no estamos en la mejor de las situaciones precisamente. Pero no hay que desanimarse, porque acabaremos dándoles una buena paliza, que nos hará definitivamente dueños de la población.

Esta optimista seguridad del ambicioso contratista, buena persona en el fondo, encantaba a Marcos, que afirmó:

—Desde luego, desde luego.

—La verdad es —prosiguió Darras— que, así como los votos de mayoría con que yo contaba me hacían actuar con prudencia, tampoco Philis podrá intentar nada serio con los dos votos de mayoría de que ahora dispone él. Está condenado a hacer que hace y vivirá bajo el temor del menor de los cambios, que le reduciría a minoría. Conozco bien lo que eso significa.

Y se echó a reír, pues abrigaba contra Philis un odio, sí, pero de hombre robusto, sano de estómago y de cerebro, a quien molestaban el cuerpo enteco y la cara negruzca, dura, de nariz aguda y labios delgados del nuevo alcalde. Philis, que había sido fabricante de toldos y que se había retirado del comercio a raíz de morir su mujer, contando a la sazón con diez mil francos de renta, cuyo verdadero origen estaba muy obscuro, vivía muy aislado y servido por una sola criada, una rubia enorme, a la que malas lenguas llamaban «la calentadora», pues la acusaban de calentar todas las noches, con sus exuberantes redondeces, la cama del amo, donde se quedaba. Philis tenía una hija de doce años. Octavia, que se educaba en el convento de la Visitación, en Beaumont, y un hijo de diez años, Raimundo, interno en los jesuitas de Valmarie y destinado a la escuela militar de Saint-Cyr. Y Philis, habiéndose desembarazado así de sus hijos, llevaba una vida hermética y estrecha, entregado a comineras devociones, siempre en tratos con gente de sotana, como verdadero ejecutor de las voluntades de los religiosos. Su elección para alcalde significaba, pues, lo agudo de la fase a que había llegado la crisis religiosa en aquel Maillebois devastado por la lucha entre la República laica y la Iglesia.

—Entonces —preguntó Marcos—, ¿puedo seguir adelante contando con que me apoyará la minoría del Ayuntamiento?

—Sí, ¡claro! —aseguró rotundamente Barras—. De todos modos, sea prudente y no se meta en ningún compromiso demasiado grave.

A partir del día siguiente comenzó la lucha en Maillebois. Y fue Savin, el empleado, el padre de Aquiles y de Felipe, quien pareció encargado de asestar el primer golpe. Apretado en su levita, flaco y mezquino, fue a la escuela por la tarde, luego de salir de la oficina, para buscar querella con el maestro.

—Sabe usted, señor Froment, quién soy, ¿verdad? Soy un republicano radical, de quien no podra sospecharse que admite componendas con los curas. Sin embargo, vengo a pedirle, en nombre de un numeroso grupo de padres, que vuelva a colocar donde estaba la cruz que usted quitó, porque la religión es necesaria a los niños, como lo es a las mujeres… Soy el primero en rechazar la intervención del sacerdote en la escuela; pero Cristo, ¡ah!, fue el primer republicano, el primer revolucionario…

Marcos mostró deseos de conocer a qué otros padres representaba Savin.

—Si no viene sólo en nombre propio, dígame qué familias le han delegado.

—¡Oh, no se trata exactamente de delegar! He visto al albañil Doloir y al campesino Bongard y he tenido ocasión de comprobar que le censuran como yo. Lo que ocurre es que siempre se considera comprometedor eso de protestar con la firma de uno. Yo mismo me expongo a mucho, ante mis jefes, por el hecho de dar aquí la cara… Pero mi conciencia de padre de familia no puede callar. ¿Qué va a ser de mis dos arrapiezos Aquiles y Felipe, tan traviesos e indisciplinados, si usted no los asusta algo con Dios y con su infierno?… En cambio, ahí tiene usted a mi hija mayor, Hortensia, que ha tomado la primera comunión este año y ha sido el asombro de Maillebois. La señorita Rouzaire, llevándola a misa, ha sabido hacerla verdaderamente perfecta… Le ruego que compare la obra de usted con la de la señorita Rouzaire, que compare mis dos hijos con mi hija. Eso le juzga a usted, señor Froment.

Marcos sonreía con tranquilidad. Aquella amable Hortensia, una bonita muchacha de trece años, ya formada, muy precoz y que figuraba entre las favoritas de la señorita Rouzaire, solía saltar la pared divisoria de los dos patios de recreo para entretenerse en los rincones con los muchachos de su edad. Precisamente Marcos había hecho muchas veces la comparación entre sus alumnos, los hombrecitos de quienes cada vez conseguía más razón y más verdad, y las niñas alimentadas con la savia clerical, con la mentira y con la hipocresía, muy cándidas y modositas al parecer, pero echadas a perder interiormente por la perversión del misterio. ¡Ay, cómo deseaba él que con los niños estuvieran aquellas niñas a quienes se instruía aparte, ocultándoselo todo y enardeciéndolas con todas las llamas místicas: entonces no hubiera saltado los muros para ir en busca de lo que se les decía que era el pecado, la fruta prohibida, la deliciosa fruta que condenaba! Sólo la escuela mixta representaba algo sano y fuerte para llegar al libre y dichoso país del porvenir.

Y Marcos acabó contestando sencillamente:

—La señorita Rouzaire cumple con su deber según lo entiende; lo mismo hago yo… Si las familias me ayudasen, la buena obra de la instrucción y de la educación caminaría más aprisa.

De pronto, el pequeño Savin se engalló sobre sus piernecitas.

—¿Quiere usted decir que yo doy malos ejemplos a mis hijos?

—¡Oh, no!… Quiero decir que todo cuanto les enseño aquí es desmentido enseguida por lo que ven a su alrededor. La verdad se convierte en una audacia

peligrosa y la razón es condenada como incapaz e insuficiente para formar un hombre honrado.

Mucho, en efecto, disgustaba a Marcos que su labor fuera contrarrestada por las familias, siendo así que él soñaba tener en ellas la ayuda necesaria para apresurar la emancipación de los humildes. Si el niño, al salir de la escuela, hubiera encontrado en el hogar la realización de las lecciones y la práctica de los deberes y de los derechos que el maestro se había esforzado en enseñarle, ¡cuánto más fácil y rápida hubiera resultado la marcha en un sentido de mejora! Debía de haber incluso una colaboración indispensable, ya que el maestro no podía bastar para muchas enseñanzas, las más delicadas, las más útiles, desde el momento en que las familias no completaban su tarea continuándola en el mismo espíritu de liberación. Era preciso que el maestro y los padres caminasen de acuerdo hacia la meta de verdad y de justicia. Por lo tanto, ¡qué tristeza cuando veía que, en vez de ayudarle, destruían lo poco que él realizaba, casi siempre inconscientes y cediendo a la incoherencia de sus ideas y de su vida!

—Quedamos, pues —concluyó Savin—, en que volverá usted a colgar el crucifijo en la escuela si quiere darnos gusto a todos y vivir de acuerdo con nosotros, cosa que deseamos todos, porque no es usted un mal maestro.

Marcos volvió a sonreír para contestar:

—Muchas gracias… Pero, dígame, ¿por qué no le ha acompañado su señora? Al menos, ella hubiera estado en su papel, porque tengo entendido que va a misa.

—Tiene religión, como deben tenerla todas las mujeres decentes —respondió secamente el empleado—. Prefiero que vaya a misa a que tenga un amante.

Y miraba a Marcos con aire receloso, recomido siempre por sus celos de enfermo y viendo en todo hombre un posible rival. ¿Por qué lamentaría el maestro que la mujer del visitante no fuera con él? ¿No había ido ya dos veces a visitarle con motivo de explicarle faltas de Aquiles y de Felipe? Hacía mucho tiempo que Savin obligaba a su esposa a confesarse una vez por semana con el padre Teodosio, el superior de los capuchinos, pensando que la vergüenza de la confesión la detendría al borde del pecado. Y si al principio aquella mujer sólo iba a la iglesia para tener tranquilidad en casa y sin fe ninguna, a la sazón acudía con cierto interés al tribunal de la penitencia, porque el padre Teodosio era un hombre apuesto y agradabilísimo con el que soñaban todas las jóvenes devotas.

Marcos añadió maliciosamente:

—Precisamente el jueves tuve el gusto de encontrar a su señora, que salía de la capilla de la plaza de los Capuchinos. Hablamos un momento. Y como sólo tuvo para mí palabras amables, por eso he manifestado mi disgusto por no verla con usted.

El marido hizo una mueca de sufrimiento. Llevado por su continuo e injurioso recelo, había llegado a devolver él mismo las labores de perlas que obligaba a su mujer a hacer a escondidas, con objeto de añadir a su escaso sueldo unas monedas indispensables. Era la miseria disimulada, el infierno de los matrimonios de

funcionarios necesitados y llenos de hijos, en los que el hombre tiene agrio el carácter y es un déspota insoportable, y en los que la mujer, dulce y bonita, se resigna hasta el día en que encuentra un consuelo discreto.

—Mi mujer no tiene ni debe tener más opinión que la mía —acabó declarando Savin—. Tanto en su nombre como en el mío, y como, repito, en el de otros muchos padres, he hecho esta gestión cerca de usted… Ahora, a usted corresponde ver si debe tenerla en cuenta. Piénselo bien.

Marcos, esta vez serio, repuso:

—Lo he pensado ya, señor Savin. Antes de quitar el crucifijo pensé perfectamente lo que iba a hacer. Y como ya no está, tenga por seguro que no le volveré a poner.

Al siguiente día corrió por Maillebois el rumor de que una comisión de padres y madres habían ido a ver al maestro, y que se ocasionaron disputas tempestuosas y un escándalo horrible. Pero Marcos comprendió de dónde partía principalmente el golpe, cuando una casualidad le enteró del verdadero motivo de la gestión de Savin. La bella esposa de éste, tan despreocupada por la cuestión y completamente dedicada a su deseo de ser más feliz, no por ello había servido menos de instrumento en manos del padre Teodosio, pues precisamente avisado por ella, Savin había tenido una entrevista secreta con el capuchino, quien le decidió a visitar al maestro para conseguir que cesara un estado de cosas tan perjudicial para las buenas costumbres y la buena inteligencia en el matrimonio y en la familia. La supresión de la cruz en la escuela ¿no significaba, acaso, la indisciplina entre los chicos y el impudor entre las chicas y en las mismas madres? Y el flaco y mezquino Savin, el republicano, el anticlerical, enfermo de su miserable vida fracasada y de sus celos imbéciles, había hecho la gestión en aras de la virtud, como hombre autoritario y católico al revés, que soñaba el paraíso humano cual una cárcel donde todos los hombres estuvieran domados y abatidos.

Tras el padre Teodosio, Marcos adivinó fácilmente al hermano Fulgencio, con sus ayudantes los hermanos Gorgias e Isidoro, furiosos contra la escuela laica desde que ésta les mermaba los alumnos. Y, tras éstos, todavía estaban el padre Filibín y el padre Crabot, el prefecto de los estudios y el rector del colegio de Valmarie, los poderosos personajes, cuyas manos, hábiles e invisibles, dirigían la campaña desde el monstruoso proceso de Simón. En la sombra dormía el crimen: crimen que los cómplices, la opaca y obscura masa ignorada, pero sospechada, parecía resuelta a defender mediante otros crímenes. Desde el primer día adivinó Marcos dónde se guarecía la banda, desde el más bajo al más alto; pero ¿cómo apresarles y hacerles declarar? Si bien el padre Crabot, amable y mundano, continuaba prodigándose entre la buena sociedad de Beaumont, completamente entregado a la dirección de sus penitentes y a producir la rápida fortuna de sus exalumnos, su lugarteniente, el padre Filibín, parecía haber desaparecido por completo, como absorbido en su tarea de vigilar la marcha de Valmarie. Nada denotaba el sordo trabajo proseguido tenazmente en la sombra, sin que se perdiera un minuto para el triunfo de la causa. Sólo Marcos

había podido observar el espionaje de que era objeto: le acechaban, efectivamente, con una discreción eclesiástica. Y continuamente rondaban negras sombras a su alrededor. Seguramente no se ignoraban ni una de sus visitas a casa de los Lehmann, ni una de sus conversaciones con David. Y, como decía Salvan, a quien acechaban era al apasionado de la verdad, al futuro justiciero, al testigo en cuyas manos adivinaban un comienzo de pruebas y a cuyo pecho querían devolver, exterminándolo, el grito de venganza. Toda la pandilla de hábitos y sotanas se ocupaba de ello con una audacia creciente, tomando parte en las maquinaciones hasta el pobre abate Quandieu, desesperado por poner la religión al servicio de semejante iniquidad, pero que obedecía con resignación a su obispo, el triste monseñor Bergerot, de quien iba a recibir órdenes todas las semanas y a consolarle por su derrota. En una habitación retirada del palacio episcopal de Beaumont, ambos, el obispo y el cura, echaban el manto de su sacerdocio sobre la llaga que se comía a la Iglesia, y como hijos respetuosos escondían sus lágrimas y sus temores, ya que no podían confesar el mortal peligro en que la veían caer.

Una tarde el auxiliar Mignot, volviendo del patio de recreo, exclamó indignado ante Marcos:

—¡Esto es el colmo! ¡Otra vez he sorprendido a la señorita Rouzaire subida a una escalera y espiándonos!

La maestra, en efecto, cuando creía no ser vista, apoyaba una escalera en el muro divisorio para informarse acerca de lo que ocurriese en la escuela de niños. Mignot la acusaba, además, de enviar todas las semanas informes secretos a Mauraisin, el inspector de primera enseñanza.

—Conque espía, ¿eh? —repuso Marcos bromeando—. Siento que se estropee los pies en la escalera. Si quiere, le abriré la puerta de par en par.

—Eso, no —gritó el auxiliar—. Cada cual en su casa. Si vuelvo a sorprenderla iré a tirarle de los pies.

Paulatinamente había conseguido Marcos conquistar a su ayudante, lo cual constituía la salvación de una conciencia, cosa de la que estaba muy satisfecho. Anteriormente, Simón había despertado recelos en Mignot, hijo de labradores, sin más deseo que el de escapar al trabajo rudo, de inteligencia y de carácter medios y sin más propósito que el de su conveniencia inmediata, como les ocurre a tantos otros. Como aquel judío no le inspiraba ninguna confianza, juzgó prudente apartarse de él; así, en ocasión del proceso, aun teniendo en el fondo la honradez de no abrumar al inocente, tampoco había aportado el testimonio verídico que hubiera podido salvarle. Después se había colocado en una actitud defensiva respecto a Marcos, comprendiendo que se trataba de una persona con la cual tampoco se podía hacer causa común si se quería ascender. Por lo tanto, durante más de un año había mostrado su hostilidad alojándose fuera de la escuela, ayudando a regañadientes a su jefe y censurándole por su actitud. Entonces trataba mucho a la señorita Rouzaire y parecía dispuesto a ponerse a las órdenes de los religiosos. Pero Marcos aparentaba

no hacer caso por ello y mostrábase muy amable con su auxiliar, como si quisiera darle tiempo para reflexionar y comprender que su verdadero interés estaba en la verdad y la justicia. ¿Acaso aquel muchachote, sin más pasión que la de pescar con caña, no era un interesante campo de experimentación? Cobarde ante las necesidades del porvenir y algo estropeado por el ambiente, de feroz egoísmo, no tenía nada de fundamentalmente malo, y más bien podía convertirse en bueno si caía en buenas manos. Formaba parte del gran rebaño, del término medio de los hombres, que no son los mejores ni los peores, sino lo que determinan las circunstancias. Bastante instruido, tenía primera materia para ser un excelente maestro y hasta un espíritu recto, a condición de ser apoyado y sostenido por una voluntad y por una inteligencia. Pues bien: Marcos intentó aquel experimento, aquel salvamento, feliz por ganar paso a paso la confianza y el afecto de aquel hombre extraviado, demostrándose de esta manera a sí mismo aquella verdad en la que ponía su esperanza de futura liberación, o sea que no hay ningún hombre, aun en trance de perderse, del que no pueda sacarse un obrero del progreso.

Mignot, pues, había acabado dejándose ganar por el activo optimismo y por el benéfico calor de justicia y de verdad que Marcos difundía a su alrededor como una emanación de su persona. Actualmente, el auxiliar comía en casa del director y era como de la familia.

—Hace usted mal no desconfiando de la señorita Rouzaire —prosiguió—. No sabe usted de qué es capaz esa mujer… Le vendería diez veces con tal de ganarse una nota favorable de Mauraisin…

Y ya en vena de confidencias, le contó que la maestra le había impulsado varias veces a que escuchara junto a las puertas para fisgonear. ¡Oh! Conocía bien a aquella mujer terrible, que, a pesar de su extremada cortesía, era en el fondo dura y avara. Además, aun careciendo de belleza, pues era grande, huesuda, chata y pecosa, acababa seduciendo a todos. No en balde se ufanaba de que sabía hacer las cosas. A los anticlericales que, indignados, le reprochaban que llevara demasiado a sus hijas a la iglesia, les contestaba que se veía obligada a obedecer los deseos de los padres so pena de perder las alumnas. A los clericales dábales las más firmes garantías y se inclinaba visiblemente en su favor, convencida de que así estaba al lado de los más fuertes, de aquellos de quienes dependían las buenas posiciones, incluso en la enseñanza laica. Pero, en el fondo, no tenía más interés que el suyo. Y si se mostraba partidaria de Dios era para que éste se ocupara de sus asuntos. Hija de una vendedora de frutas de Beaumont, conservaba el espíritu de los pequeños comerciantes; amiga de la buena administración y del lucro, como quería vivir a su antojo, no se había casado, y aunque a pesar de los malignos rumores no tenía ciertas concomitancias con los curas, parecía evidente que tenía esas complacencias con el lindo Mauraisin, cuyo gusto de hombre pequeñín se inclinaba por las mujeronas con apariencia de gendarme. Por lo demás, tampoco se embriagaba, aunque adorase los licores; cuando

a veces, al comenzar la clase de la tarde, estaba demasiado roja, había que atribuirlo al hecho de que comía mucho y digería con dificultad.

—No lleva mal su escuela —dijo Marcos indulgentemente—. Lo único que me desespera es la dirección estrechamente religiosa que da a su enseñanza. Aquí no están separados los chicos y las chicas por una simple pared, sino por un abismo. Y cuando al salir se encuentren para casarse pertenecerán a dos mundos diferentes… Desde luego, eso es lo tradicional. Y la lucha de sexos procede en gran parte de eso.

No habló del gran resentimiento que tenía contra la señorita Rouzaire, hasta el punto de que le había separado de ella sin acercamiento posible. Tratábase de la abominable actitud de aquella mujer en el proceso de Simón. Siempre la recordaba durante el juicio de Beaumont abrumando al inocente con cínicas mentiras, acusándole de dar a los alumnos lecciones inmorales y antipatrióticas y haciendo el juego de los religiosos con tranquilo impudor. A causa de ello, las relaciones entre la señorita Rouzaire y Marcos, tras el traslado de éste a Maillebois, no habían pasado de la estricta cortesía requerida por la vecindad. Sin embargo, desde que él afirmó sólidamente su situación y desde que ella ya no esperó verle caer de un momento a otro, la misma señorita Rouzaire inició un acercamiento, porque no era mujer que se mostrase esquiva con los victoriosos, por cuanto pensaba que siempre convenía estar al lado de los fuertes. Principalmente maniobraba para hacerse simpática a Genoveva, que la mantenía a distancia, ya que compartía la opinión de su marido acerca de aquella mujer.

—Lleve cuidado —concluyó Mignot—. Yo, de haberla escuchado, hubiera traicionado a usted veinte veces. No cesaba de hacerme preguntas respecto a usted, diciéndome que yo era un tonto y que nunca conseguiría nada… Pero usted ha sido muy bueno conmigo y no puede figurarse las villanías de que me ha salvado, porque a esas ladinas que prometen éxitos se las escucha con facilidad… Ya que me atrevo a hablar de esto, perdóneme si me permito darle un consejo. Creo que debiera avisar a su señora.

—¿Avisar de qué?

—Sé lo que me digo. Y hace algún tiempo que veo a la maestra rondando en torno a su señora. Mucho «querida amiga» por aquí, muchas sonrisas por allá… Yo que usted me preocuparía al ver eso.

Marcos, asombrado, simuló una sonrisa.

—¡Oh! Mi mujer no tiene que temer nada porque está sobre aviso. Lo que ocurre es que no puede mostrarse descortés con una vecina que, al fin y al cabo, desempeña las mismas funciones que yo.

Mignot no insistió. Pero movió la cabeza como si no quisiera decirlo todo, ya que el hecho de vivir junto al matrimonio le había puesto al corriente del drama secreto que se tramaba poco a poco. Y Marcos calló también, presa de aquel sordo temor y de aquella inconfesada debilidad que le paralizaba siempre que pensaba en una posible lucha entre Genoveva y él.

De pronto, se produjo el ataque de los religiosos, que esperaba desde su visita a Salvan. La campaña comenzó con un furioso informe de Mauraisin, donde relataba la retirada del crucifijo y el escándalo que entre los padres produjo semejante acto de intolerancia religiosa. Se mencionaba la propuesta del funcionario Savin, y asimismo se hablaba de las familias Doloir y Bongard, expresando que también habían manifestado su censura. Un hecho así adquiría una gravedad excepcional en una pequeña población de espíritu clerical, punto muy frecuentado por numerosas peregrinaciones y donde la escuela laica necesitaba hacerse aceptar gracias a muchas concesiones si no quería ser vencida por la escuela religiosa. Envista de todo ello, Mauraisin concluía pidiendo el traslado del maestro, un sectario de la peor especie, lo suficientemente indiscreto para comprometer así la enseñanza oficial. Aquella acusación estaba completada por una multitud de menudencias, fruto de los cotidianos espionajes de la señorita Rouzaire, cuyas dóciles discípulas, que siempre estaban en misa, en el catecismo o en las procesiones llevando estandartes, ponía el inspector en parangón con los discípulos del maestro anarquista, diciendo que éstos eran unos holgazanes y unos revoltosos que no creían en Dios ni en el diablo.

Tres días después, Marcos se enteró de que el conde Héctor de Sangleboeuf, el diputado católico, acompañado de otros dos colegas, había hecho una gestión decisiva cerca del prefecto Hennebise. Seguramente había leído el informe de Mauraisin, en el caso de que no hubiera ayudado a redactarlo con el padre Crabot, familiar de la Désirade. La táctica iba a consistir en apoyarse en aquel informe para pedir la sanción contra el maestro. Hennebise, cuya única política era la de vivir en paz con todo el mundo y que sin cesar repetía a su personal: «Nada de cuestiones, ¿eh?», debió de disgustarse con el incidente por adivinarlo lleno de complicaciones desastrosas. Su corazón se inclinaba hacia Sangleboeuf, pero había peligros en abrazar públicamente la reacción. Así es que aun simpatizando con el fogoso diputado antisemita, yerno del barón Nathan, le explicó que él no era quien podía decidir la cuestión, porque, ateniéndose a la ley, terminante en ello, no podía trasladar a un maestro sin que se lo propusiera el inspector académico, que era Le Barazer. Tratábase de una garantía de independencia concedida al magisterio. Y, sosegado de momento, envió aquellos señores al inspector, a quien visitaron inmediatamente, pues tenía su despacho en la misma prefectura. Le Barazer, un exprofesor agregado que procedía con prudencia diplomática, les recibió y les escuchó con aire de cortés deferencia. Era un hombre de rostro ancho y colorado, y de cabellos que apenas gribaban, a pesar de sus cincuenta años. Había crecido odiando al Imperio y era uno de los republicanos de los primeros tiempos, que consideraban la enseñanza laica como base de la República. Por todos los medios buscaba la aniquilación de las escuelas religiosas, por entender que habían de causar la muerte de la Francia libre. Pero como la experiencia le había demostrado los peligros de una acción violenta, ateníase a un plan largamente meditado y cuerdamente ejecutado que le hacía pasar por tibio a los ojos de los exaltados. Seguramente, su carácter ponderado y su

voluntad, tan suave como tenaz, entraban mucho en su actitud. Se le atribuían victorias lentas y extraordinarias, debido a años enteros de esfuerzos ocultos e irresistibles. A las primeras de cambio, pareció desaprobar el hecho de que Marcos hubiera quitado el crucifijo —«una manifestación inútil», dijo—, aunque también hizo notar que en la lev no había nada que obligase a un maestro a tolerar emblemas religiosos en las paredes de la escuela. Se trataba, sencillamente, de una costumbre, acerca de la cual llegó a dejar entrever su opinión, que era la de condenarla discretamente. Luego, como Sangleboeuf se indignara hablando a gritos como defensor de la Iglesia y tratando al maestro como un hombre escandaloso y desvergonzado que concitaba a todo Maillebois contra sí, el inspector prometió tranquilamente estudiar la cuestión con todo el detenimiento que merecía. ¿No había recibido un informe de su subordinado Mauraisin? ¿No bastaba aquel informe para mostrarle la gravedad del mal y que se trataba de un envenenamiento y una desmoralización cuyos terribles progresos había que acatar con un traslado inmediato? Ante estas preguntas del diputado, Le Barazer afectó la más profunda sorpresa. ¿De qué informe se trataba? ¡Ah, sí! El informe trimestral del inspector de primera enseñanza. Le conocía, pues. Pero tales informes, puramente administrativos, no son más que elementos de juicio para el inspector académico, cuya función es la de informarse por sí mismo. Y se despidió de aquellos señores prometiéndoles de nuevo que tendría muy en cuenta sus gestiones.

Pasó un mes. Marcos, que todos los días esperaba verse llamado a la prefectura, no recibió ninguna citación. Sin duda, Le Barazer seguía su táctica habitual, dejando quieto el asunto para ganar tiempo y desgastar las voluntades. Su callado apoyo al maestro no era dudoso, como Salvan, su colaborador y amigo, había creído, según discretamente manifestó a Marcos. De todos modos, no convenía que el asunto se agravase y que un creciente escándalo le obligara a intervenir, pues quienes le conocían sabían que no defendería a Marcos más allá de lo posible y que desde luego le trasladaría, si creía oportuno tal sacrificio, a fin de salvar el resto de su actuación, más lenta y más oportuna contra las escuelas religiosas. Todo heroísmo revolucionario le era ajeno y hasta le disgustaba. Lo peor era que las cosas poníanse cada vez peor en Maillebois. Siguiendo una inspiración fácil de adivinar, «Le Petit Beaumontais» llevaba a la sazón una terrible campaña contra Marcos. Como de costumbre, había empezado con notas breves y vagas, hablando de cosas lamentables que ocurrían en una pequeña población vecina, y que acabaría concretando si le obligaban a ello. Luego citó claramente al maestro Froment y abrió una sección, casi diaria, titulada: «El escándalo de Maillebois», donde publicaba extraordinarias chismorrerías en forma de encuesta entre los alumnos y sus familias, a consecuencia de lo cual resultaba el maestro lleno de los más graves delitos. La población, trastornada, apasionábase con aquello. Los buenos hermanos y los capuchinos acababan de fomentar el terror, y no había una devota que no se persignara al pasar ante la escuela municipal donde se llevaban a cabo tales horrores. Marcos se dio

cuenta de que le acechaba un gran peligro. Mignot hacía animosamente su equipaje, seguro de que sería arrastrado en la caída de su director, por quien había tomado partido. La señorita Rouzaire mostraba victoriosa actitud cuando el domingo llevaba ostentosamente a sus alumnas a misa. El padre Teodosio en su capilla, y hasta el cura Quandieu en el púlpito parroquial de San Martín, prometían el próximo restablecimiento de Dios en casa de los infieles, lo cual anunciaba que el crucifijo volvería a ser colgado solemnemente en las paredes de la escuela laica. Y el último desastre fue que Marcos encontró a Darras y le notó muy frío, resuelto a abandonarle por miedo a perder hasta la minoría republicana del Ayuntamiento.

—¿Qué le vamos a hacer, amigo? Ha ido usted muy lejos y no podemos seguirle en estos momentos… Ese taimado de Philis me acecha y nos quedaríamos usted y yo en la estacada, sin beneficio para nadie.

Marcos, desesperado, fue a ver a Salvan. Era el último apoyo firme que le permanecía fiel. Le encontró preocupado, sombrío, casi inquieto.

—Esto va muy mal, hijo. Le Barazer no suelta prenda y temo que acabe abandonándonos a causa de lo terrible de la campaña que llevan contra usted… Quizá se ha precipitado usted un poco…

Marcos, lleno de pena y viendo en aquellas palabras otra muestra de abandono, exclamó:

—¿También usted?… ¿También mi maestro?

Pero Salvan, muy emocionado, le cogió las manos para decirle:

—¡No, no dude de mí, que estoy con usted de todo corazón y con toda mi alma! Lo que ocurre es que usted no supone las dificultades que su acto, tan sencillo y tan lógico, nos ha creado a todos. Aquí recelan de mi Escuela Normal y la denuncian como un foco de irreligión. Depinvilliers, el director del Liceo, se aprovecha de la ocasión para ponderar los servicios prestados por el capellán del Liceo en pro de la pacificación y de la reconciliación de los partidos en el seno de la Iglesia. Y hasta nuestro rector, el apacible Forbes, se agita temblando al ver alterada su tranquilidad… Le Barazer es muy hábil, pero ¿tendrá bastante capacidad de resistencia?

—Entonces, ¿qué hacer?

—Esperar. Repito que se limite a ser prudente y animoso. Abracémonos y confiemos en la fuerza de la verdad y de la justicia.

Durante los dos meses siguientes, Marcos demostró una admirable serenidad y valentía a través de los ultrajes con que todos los días le abrumaban. Aparentaba ignorar la inmunda ola cenagosa que rompía en su puerta. Continuaba dando clase con una alegría y una probidad maravillosas. Nunca realizó una labor más intensa y más útil, pues se entregaba por entero a sus alumnos enseñándoles con la palabra y con el ejemplo la necesidad del trabajo y la pasión de lo verdadero y de lo justo entre los peores acontecimientos. Todo lo sucio y lo amargo que le arrojaban sus conciudadanos lo devolvía transformado en dulzura, en bondad y en sacrificio. Esforzábase tiernamente en hacer a los hijos mejores que los padres y sembraba en el

execrable presente el radiante porvenir, rescatando el crimen ajeno a costa de su propia felicidad. Rodeado de las pueriles inteligencias de que estaba encargado, retornaba a su candor, a su pureza y al ansia que aquellas inteligencias tenían por descubrir el mundo. Y él les mostraba el mundo en toda su belleza, dándoles la esperanza de que el hombre sería fraterno y dichoso cuando supiera lo necesario para vivir nutriéndose de certidumbre, sabiduría y amor, luego de haber conquistado las fuerzas naturales. Su calma y su inocente fuerza se la daba aquel grupo de niños que cada día procuraba salvar del error y de la mentira. Así, pues, esperaba el golpe que había de herirle, y le esperaba con tranquila sonrisa, como hombre contento y satisfecho de la tarea cotidianamente realizada.

Una mañana, «Le Petit Beaumontais» anunció que había sido firmada la separación de «el infame envenenador de Maillebois», como llamaba al maestro. El día antes se había enterado Marcos de una nueva gestión del conde de Sangleboeuf en la prefectura, con lo cual ya no abrigó ninguna esperanza y dio por descontado que iba a confirmarse su ruina. La velada fue dolorosa. Al terminar la clase, cuando ya no estaban allí las cabecitas sonrientes, rubias o morenas, para hablarle de un porvenir mejor, se puso muy triste, aunque procuró conservar su ánimo para el día siguiente. Pero la noche la pasó entre amarguras. Pensaba en su labor brutalmente interrumpida; pensaba en aquellos niños queridos a los que quizá había dado clase por última vez y cuya salvación no le permitirían terminar. Se los quitaban para entregarlos a cualquier deformador de inteligencias y de caracteres. Y sangraba en él todo su destruido apostolado. Se acostó tan triste, que Genoveva, dulce y silenciosamente, le abrazó, como aún hacía a veces, con cariño de esposa.

—¿Estás disgustado?

Marcos no contestó al principio. Sabía que su mujer estaba cada vez menos cerca de sus ideas y evitaba siempre penosas explicaciones, no obstante su secreto remordimiento por dejar que se alejara así sin intentar nada para hacerla completamente suya. Aunque de nuevo había dejado de ir a ver a «aquellas señoras», la abuela y la madre de su mujer, no tenía valor para prohibir a Genoveva que fuese a aquella casa, donde él adivinaba tan gran peligro para su felicidad. Cada vez que Genoveva volvía de allí la encontraba un poco menos suya. En los últimos tiempos, cuando toda la jauría clerical le iba al alcance, se había enterado de que «aquellas señoras» renegaban de él en todas partes y se avergonzaban de él como de una vergüenza inmerecida que manchara la familia.

—¿Por qué no me contestas? ¿Crees que no siento tu disgusto?

Marcos, emocionado, le devolvió el abrazo, diciendo:

—Estoy disgustado, sí. Pero son asuntos que tú no sientes como yo. Y conste que ni siquiera te lo reprocho. Así, pues, ¿para qué vamos a hablar de ello?… Además, supongo que dentro de poco ya no estaremos aquí.

—¿Qué?

—Seguramente me trasladarán, si no me separan. Todo ha terminado. Y nos veremos obligados a irnos… ¡no sé dónde!…

Ella exclamó contenta:

—¡Oh qué bien! ¡Es lo mejor que puede pasarnos!

Marcos, asombrado, no comprendió al principio aquella exclamación e interrogó a su mujer en tal sentido. Genoveva se mostró algo cohibida y procuró deshacer el efecto de la frase.

—¡Bah! Quiero decir que me es igual irme de aquí con tal de que sea contigo y con Luisita, naturalmente. En todas partes se puede ser feliz.

Pero como él la estrechara a preguntas, ella añadió:

—Además, en otra parte no tendríamos que aguantar las cosas que tenemos que aguantar aquí, y que tal vez acabarán indisponiéndonos. Me gustaría que estuviéramos solos en un rincón donde nadie se interpusiera entre nosotros y donde nada nos separara… ¡Oh! Vámonos mañana mismo, Marcos…

No era la primera vez que Marcos, en las horas de tierno abandono, había observado aquel temor a la ruptura, aquel deseo y aquella necesidad de permanecer con él. La esposa parecía decirle: «Consérvame sobre tu corazón y junto a tu carne. Llévame para que no me arranquen de tus brazos. Siento que cada día me separan un poco y tiemblo por la gran frialdad que me invade en cuanto tú no me posees». Y nada le trastornaba más que el terror de lo que parecía inevitable.

—¿Irnos, Genoveva? No basta con que nos vayamos… Pero me das una gran alegría y te agradezco mucho lo que me has reconfortado.

Pasaron más días sin que llegara la esperada carta de la prefectura. Ello debíase, sin duda, a un nuevo acontecimiento que apasionaba a la comarca y desviaba la atención de lo que ocurría en la escuela laica de Maillebois. Hacía algún tiempo que el cura de Jonville, el abate Cognasse, cuyo triunfo era completo, pensaba realizar una gran hazaña decidiendo al alcalde Martineau para que consagrara el pueblo al Sagrado Corazón de Jesús. La idea no debía ser suya, pues durante un mes se le había visto ir todos los jueves por la mañana al colegio de Valmarie, donde celebraba largas conferencias con el padre Crabot.

A este propósito, circulaba una frase de Férou, el maestro de Moreux, que indignaba a unos y que otros tomaban a broma.

—Si esos cochinos de jesuitas traen aquí su corazón de buey despanzurrado, iré a escupirles en la cara.

El culto del Sagrado Corazón iba absorbiendo completamente la religión de Cristo como una segunda encarnación de Jesús, como un nuevo catolicismo. Aquella visión morbosa de una pobre histérica, la ardiente y triste María Alacoque; aquel corazón verdadero y sangrante, medio arrancado de un pecho abierto, se estaba volviendo símbolo de la más grosera fe, rebajada a carnales satisfacciones. Diríase que el antiguo y depurado culto a un Jesús inmaterial que ascendió en una nube para reunirse con el Padre era demasiado sutil para las almas modernas, ansiosas de

deleites terrenos. Y la misma carne de Jesús, su corazón de carne, puesto en el mostrador de la divina carnicería, era lo que había de servir a los pueblos devotos como pasto cotidiano de superstición y embrutecimiento. Adivinábase la premeditación de un atentado contra la razón humana, un deliberado envilecimiento de la religión de antaño tan obscura ya, para que la densa masa de los fieles quedara aplastada bajo el peso de la mentira y se volviese más estúpida y más servil aún. Con el culto del Sagrado Corazón no podía haber más que tribus idólatras, fetichistas que adorasen un despojo del matadero y le llevasen por bandera en la punta de una lanza. Se veía allí el espíritu de los jesuitas: la religión humanizada y Dios descendiendo hasta el hombre, ya que en siglos de esfuerzos no se había logrado elevar el hombre hasta Dios. Había que dar al pueblo ignorante el único Dios a quien podía comprender, hecho a su imagen, ensangrentado y dolorido como él, ídolo rabiosamente iluminado, cuya materialidad brutal acabase de trocar a los fieles en un rebaño de reses cebadas, buenas para el matadero. Como toda victoria sobre la razón es también una victoria sobre la libertad, era preciso rebajar a Francia a aquel bárbaro culto del Sagrado Corazón, si quería la Iglesia someterla a la estupidez de sus dogmas. Y al siguiente día de la derrota, ante el dolor de la pérdida de las dos provincias, se había hecho la tentativa y había aprovechado la Iglesia la confusión pública para tratar de consagrar Francia entera al Sagrado Corazón, arrepentida de sus pecados y tan duramente castigada por la mano de Dios. Sobre la más elevada colina del París revolucionario había colocado el corazón rojo y palpitante, como los que se ven colgados en los ganchos de las carnicerías. Y desde allí sangraba sobre el país entero, hasta las campiñas lejanas. Y si en las alturas de Montmartre recibía adoraciones de señoras y Caballeros, pertenecientes éstos a la administración pública, a la magistratura, al ejército, ¿con qué emoción no turbaría a los seres sencillos, a los ignorantes, a los crédulos de los pueblos? Iba haciéndose el emblema nacional del arrepentimiento y del abandono completo en manos de la Iglesia y se le bordaba en medio de la bandera tricolor, cuyos colores no significaban ya más que el azul del cielo, los lirios de la Virgen y la sangre de los mártires. Y así se mostraba enorme, henchido de sangre y chorreándola, colgado como nuevo Dios del degenerado catolicismo que se ofrecía a la baja superstición de Francia esclavizada.

Al principio, el padre Crabot creyó que triunfaría en Maillebois mismo, en la cabeza de partido, haciéndose consagrar al Sagrado Corazón aquel Municipio. Pero desconfió luego del éxito, pues había allí un verdadero barrio industrial y en él algunos centenares de obreros que enviaban al Ayuntamiento concejales socialistas, por lo que, a pesar de los hermanos y de los capuchinos, le asaltaba el temor de algún fracaso ruidoso. Por ello prefirió actuar en Jonville, donde el terreno parecía hallarse admirablemente preparado, sin perjuicio de proseguir en otros pueblos más importantes si salía bien la primera prueba. A la sazón el abate Cognasse reinaba en Jonville, que había acabado de entregarle el maestro Jauffre, dejándole en libertad de irse apoderando poco a poco de personas y cosas, de todo el poder tan animosamente

conquistado antaño por Marcos. La teoría de Jauffre era muy sencilla: había que estar bien con los padres de los alumnos, con el alcalde y, sobre todo, con el cura. Puesto que en el país soplaban vientos favorables al clericalismo, ¿por qué no dejarse llevar por éste? ¿Acaso no era el camino más corto para conseguir en Beaumont la dirección de alguna escuela importante? Acomodado, enriquecido por los cuartos aportados por su mujer, después de haber impulsado a ésta a acercarse al cura, se le había entregado él también en cuerpo y alma, y tocaba a misa, cantaba en los oficios religiosos y llevaba a sus discípulos a la iglesia todos los domingos. El alcalde Martineau, anticlerical en tiempo de Marcos, se había sobresaltado al principio al ver la conducta seguida por el nuevo maestro. Pero ¿qué iba a decirle a un maestro que no era pobre y que explicaba con las mejores razones del mundo lo malo que resultaba siempre ponerse contra los curas? Ablandado, comenzó por dejar al maestro en libertad para que hiciera lo que quisiese, y después, influido por su bella mujer, llegó a declarar en pleno Ayuntamiento que, al fin y al cabo, convenía estar bien con el cura. Un año a partir de entonces bastó para que el cura Cognasse llegase a sentirse amo del pueblo, pues su influencia ya no estaba neutralizada por la del maestro, quien le secundaba dócilmente, como hombre convencido de obtener considerables ventajas de su sumisión.

Sin embargo, al surgir la idea de consagrar Jonville al Sagrado Corazón, hubo alguna preocupación y cierta resistencia. No se sabía a quién se le había ocurrido aquella idea ni nadie podía decir quién fue el primero que planteó el asunto. Pero el cura Cognasse, inmediatamente, con su carácter dominador y batallador, lo hizo cuestión personal, vanagloriándose de ser el primer párroco de la comarca que había conquistado de aquel modo un Municipio para Dios. Tanto ruido metió, que monseñor Bergerot le llamó a Beaumont, disgustado y afligido por aquella amenaza de una nueva superstición, cuya idolatría le desconsolaba en el fondo. Y la escena que se desarrolló entre ellos fue lamentable y penosa, según se decía; pero el obispo viose obligado a ceder una vez más. En el Ayuntamiento de Jonville hubo dos sesiones tumultuosas, pues algunos concejales exigían se les dijera la utilidad y las ventajas que le reportaría aquello. Por un instante pudo creerse que el asunto estaba muerto y enterrado. Pero entonces Jauffre, que también había ido un día a Beaumont, sin que se supiese con exactitud a qué personaje había ido a visitar, reanudó diplomáticamente las negociaciones entre el cura y el Ayuntamiento. Tratábase de averiguar lo que ganaría el Municipio consagrándose al Sagrado Corazón, y el maestro anunció primeramente los regalos que habían ofrecido las señoras de Beaumont: un cáliz de plata, un paño de altar, floreros y una gran imagen de Jesús con el corazón llameante y sangriento pintado sobre el pecho. Se habló, además, de dar quinientos francos de dote a la más virtuosa hija de María cuando se casase. Y lo que al parecer decidió al Ayuntamiento fue la promesa de establecer en el pueblo una sucursal del Buen Pastor, donde trabajarían doscientas oficialas en ropa blanca fina, camisas, enaguas y pantalones de señora, para los grandes almacenes de París. Los

aldeanos se figuraban ya ver a sus hijas colocadas todas en los talleres dirigidos por las hermanitas, sin contar el dinero que traería al pueblo semejante establecimiento.

Por fin señalóse para la ceremonia el día 10 de junio, que era domingo, y, como hizo notar el cura Cognasse, jamás hubo festividad favorecida por un sol tan radiante. Tres días estuvo Palmira, la terrible criada, ayudada por la señora de Jauffre y por la bella señora de Martineau, adornando la iglesia con plantas y colgaduras prestadas por los vecinos. Las señoras de Beaumont, entre ellas la presidenta Gragnon, la generala Jarousse, la gobernadora Hennebise y hasta la señora de Lemarrois, según se decía, regalaron una magnífica bandera tricolor en que estaba bordado el Sagrado Corazón con las palabras «Dios y Patria». El mismo Jauffre iba a llevar la bandera a la derecha del alcalde de Jonville. Desde por la mañana acudió un enorme concurso de personas de importancia: las celebridades de Beaumont, con las señoras que habían hecho los regalos; Philis, el alcalde de Maillebois, con la mayoría clerical del Ayuntamiento y una legión de sotanas y hábitos; el vicario, en representación de su ilustrísima; el padre Teodosio y otros capuchinos, el hermano Fulgencio y sus auxiliares, el padre Filibín y el padre Crabot en persona, muy atendidos y saludados respetuosamente por todos. Se notó la falta del abate Quandieu, quien a última hora se vio aquejado por violento ataque de gota.

A las tres de la tarde, una banda de música que había venido de la capital, tocó una marcha heroica en la plaza de la iglesia. Era que llegaba el Ayuntamiento, presidido por el alcalde Martineau, todos con sus bandas, mientras el maestro Jauffre llevaba cogida con ambas manos la bandera del Sagrado Corazón. Hubo una parada para que la música acabase de tocar la pieza. Una muchedumbre inmensa, de familias endomingadas, se agolpaba y se apretujaba a las puertas de la iglesia, esperando. Luego se abrieron de repente las dos hojas de la gran puerta de ésta y apareció el cura Cognasse revestido de magníficas vestiduras sacerdotales y seguido de numeroso clero, de la retahíla de curas y frailes que habían llegado de los alrededores. Sonaron cánticos, y la concurrencia se prosternó devotamente durante la solemne bendición de la bandera. Y enseguida llegó el momento más patético, pues el alcalde Martineau se puso de rodillas y con él todo el Ayuntamiento, cobijado bajo los pliegues del simbólico estandarte cuya asta inclinaba Jauffre para desplegar mejor los tres colores con el corazón ensangrentado. El alcalde, en voz muy alta, pronunció la fórmula de consagración del Municipio de Jonville al Sagrado Corazón:

—Reconozco los derechos de soberanía de Jesucristo sobre todos los ciudadanos de quien soy mandatario; sobre sus personas, sus familias y sus bienes; Jesucristo será su primero y único señor e inspirará en lo sucesivo todos los actos de nuestra administración municipal, para salvación nuestra y gloria suya.

Lloraban las mujeres y aplaudieron los hombres. Un viento de locura feliz subió a la clara luz del sol, entre el estrépito de los instrumentos de cobre y los tambores, que tocaban de nuevo la marcha triunfal. Y la comitiva penetró en la iglesia con el clero, el alcalde y el Ayuntamiento, acompañados siempre del maestro, portador de la

bandera. Se expuso el Santísimo Sacramento, brillante como un astro en el altar lleno de cirios y ante el cual se arrodilló otra vez devotamente el concejo municipal. Después predicó el cura Cognasse con inflamada elocuencia, lleno de júbilo al ver la autoridad civil cobijada bajo la bandera nacional del Sagrado Corazón de Jesús, prosternada ante el Santísimo Sacramento, abdicando de todo orgullo y de toda rebeldía en manos de Dios y entregándose a él para gobernar y salvar a Francia. ¿No representaba aquello el fin de la impiedad, el reinado absoluto de la Iglesia sobre cuerpos y almas, único representante de la fuerza y de la autoridad sobre la tierra? No tardaría la Iglesia en restituir la felicidad a su amada hija primogénita, arrepentida al fin de sus errores, sumisa y deseosa únicamente de alcanzar la salvación. Todos los Ayuntamientos seguirían el ejemplo del de Jonville, la patria entera se entregaría pronto al Divino Corazón y Francia recobraría su predominio en el mundo mediante el culto a la bandera nacional convertida en bandera de Jesús. Hubo gritos de santa embriaguez y delirante frenesí, y la magnífica ceremonia terminó en la sacristía, por donde desfiló nuevamente el Ayuntamiento para firmar el acta oficial auténtica, en pergamino, donde constaba que el Municipio de Jonville se consagraba por entero y para siempre al Sagrado Corazón, en pía abdicación del poder civil ante el poder religioso.

Pero a la salida hubo un escándalo. Férou, el maestro de Moreux, estaba entre la concurrencia, más excitado e iracundo que nunca, vestido con una levita ridícula. Había llegado a los más crueles sinsabores que producen las deudas, se veía acosado por acreedores a quienes debía dos reales, una peseta, y no encontraba quien le fiase ya las seis libras de pan que necesitaba diariamente para mantener a su mujer y a sus tres hijas, siempre enfermas a consecuencia de los duros trabajos y escasa alimentación que tenían. Los cochinos cien francos mensuales de sueldo caían de antemano en el fondo de aquel abismo, cada vez más grande, y sus pequeñas ganancias como secretario de la alcaldía chocaban siempre con dificultades para asegurarlas. Aquella creciente e irremediable miseria había hecho que le despreciaran los palurdos del pueblo, todos acomodados, que no podían menos de desconfiar de una ciencia que ni siquiera daba de comer al hombre encargado de divulgarla. Y Férou, el único inteligente, el único culto en aquel ambiente de crasa ignorancia, se exasperaba cada día más al ver que él, con su saber, era el pobre, y los ignorantes eran los ricos; por lo cual, desesperado por aquella iniquidad social, enloquecido por los padecimientos de los suyos, soñaba con la destrucción violenta de este abominable mundo, para edificar sobre sus ruinas la ciudad de la verdad y la justicia.

Vio a Saleur, el alcalde de Moreux, que había venido luciendo una levita nueva y deseoso de hacerse simpático al cura Cognasse desde que éste triunfaba. En Moreux vivían en paz, a la sazón, el vecindario y el cura, a pesar del execrable humor de éste, que siempre andaba gruñendo los cuatro kilómetros que le separaban de Jonville para atender a aquellos feligreses que bien hubieran podido permitirse el lujo de pagarse un párroco. Toda la estimación que había perdido el maestro, flaco, pálido, mal

pagado, sin un céntimo, comido de deudas, había pasado al cura, robusto y próspero, mucho mejor retribuido y que, además, contaba con los bautizos, casamientos y entierros. Aquella lucha desigual exasperaba al maestro, condenado fatalmente a la derrota.

—¿Qué tal, señor Saleur? —dijo al divisar al alcalde de Moreux entre la concurrencia—. ¡Vaya una mascarada indecente! ¿No le da a usted vergüenza prestarse a actos semejantes?

Saleur, aunque en el fondo no era partidario de los curas, se ofendió. Vio en aquellas palabras un ataque directo a su burguesa posición de antiguo tratante de ganado vacuno que, enriquecido ya, vivía con el producto de sus rentas en la bonita casa que había arreglado, remozándola y pintándola al óleo. Buscó, pues, una respuesta digna.

—Más le valdría callarse, señor Férou. Quienes se han de avergonzar son los que no saben abrirse camino en la vida ni llegar a ser personas decentes.

Férou iba a contestar, irritado por hallar en aquellas palabras la moral rastrera cuyas consecuencias padecía, cuando apareció Jauffre, contra el cual arremetió iracundo.

—¡Ah! ¿Es usted, compañero, quien lleva la bandera de la mentira y de la estupidez? ¡Buen trabajo para un educador de los niños y los humildes de nuestra democracia! Bien sabe usted, sin embargo, que lo que pierde el maestro lo gana el cura.

Pero Jauffre, como hombre que tenía rentas y que, además, se hallaba muy satisfecho por aquel acto, se manifestó aplastante con su compasivo desdén:

—¡Pobre compañero!… Antes de meterse a juzgar a los demás, debiera ocuparse usted en buscar con qué comprar camisas para tapar las carnes de sus hijas.

Entonces Férou perdió los estribos… Descompuesto, salvaje, agitó sus largos brazos, gritando:

—¡Hatajo de jesuitas! ¡Pasead ese corazón de buey abierto en canal, adoradle, coméosle crudo, a ver si os volvéis todavía más inhumanos y más estúpidos… si es posible!

Agolpóse la gente alrededor del blasfemo, se oyeron silbidos y amenazas, y lo hubiese pasado mal si Saleur, como alcalde prudente y celoso del buen nombre de su pueblo, no le hubiese sacado de entre la multitud hostil y encolerizada, llevándoselo a viva fuerza cogido de un brazo.

Al día siguiente se exageró el suceso y se habló de él en todas partes, pintándole como un horrible sacrilegio. «Le Petit Beaumontais» refirió que el maestro de Moreux había escupido la bandera nacional del Sagrado Corazón en el mismo instante en que el digno párroco Cognasse estaba bendiciendo aquel divino emblema de la Francia arrepentida y salvada. Luego, en el número siguiente, anunció como segura la separación del maestro Férou.

Si la noticia era cierta, la destitución iba a tener una consecuencia muy grave para él: la necesidad de servir inmediatamente tres años en el ejército, pues su compromiso decenal no había terminado y le faltaban tres años de servicio en la enseñanza para quedar completamente libre. Y mientras él estuviese en el cuartel, ¿qué sería de su mujer y sus tres hijas, infelices criaturas a quienes ahora apenas podía mantener y que sin él acabarían por morirse de hambre?

Cuando Marcos se enteró de lo ocurrido corrió a Beaumont a ver a Salvan. Aquella vez no había mentido «Le Petit Beaumontais»: iba a firmarse la cesantía. Le Barazer se mostraba inflexible, y como Marcos suplicase a su antiguo maestro y amigo que diese algún nuevo paso en favor del desventurado Férou, él se negó tristemente.

—No, no, es inútil… Me estrellaría contra una resolución formal. Le Barazer tiene que tomar una pronta determinación; por lo menos está persuadido de ello, y su política oportunista ha encontrado ahí un recurso para librarse de las dificultades presentes… Y no se queje usted, porque si sacrifica a Pérou es para salvarle a usted…

Marcos protestó, significando su disgusto y su dolor por aquel desenlace.

—Usted no es responsable, hijo —dijóle cariñosamente Salvan—. El arroja a los clericales esa presa, porque necesitan alguna y, al mismo tiempo, quiere salvar a un trabajador tan excelente como usted. Es una solución muy hábil, como me decía ayer cierta persona… ¡Ay, cuántas lágrimas y cuánta sangre se necesita para conseguir el menor progreso! ¡Y cuántos infelices muertos han de llenar el foso para que los héroes pasen!

Lo que había anunciado Salvan se cumplió puntualmente. Dos días después quedó cesante Férou y, antes que prestar el servicio militar, desertó y se fue a Bélgica, exasperado por la falta de justicia de que era víctima. Su esperanza consistía en encontrar en Bruselas alguna modesta ocupación que le permitiese llevarse a su mujer y a sus hijas y formar de nuevo, lejos de Francia, el hogar destruido. Hasta se consideraba satisfecho de haber escapado de aquel presidio de la enseñanza y poder respirar a sus anchas, como hombre libre de pensar y obrar. Mientras tanto, su mujer fue a establecerse con las tres niñas en Maillebois, alojándose en dos pequeñas y sórdidas habitaciones, donde se puso animosamente a coser, sin conseguir ganar lo indispensable para el pan cotidiano. Marcos fue a visitarla y la animó, con el corazón oprimido por aquella espantosa miseria. Y sentía remordimientos, pues la cuestión del crucifijo descolgado por él de la pared de su clase había quedado olvidada ante la gran emoción que produjo el sacrilegio de Jonville y la destitución que había originado. «Le Petit Beaumontais» cantaba victoria en todas sus ediciones, y el conde de Sangleboeuf se paseaba por Beaumont con aire de vencedor, cual si los hermanos, los capuchinos, los jesuitas, el hermano Fulgencio, el padre Filibín y el padre Crabot se hubiesen hecho de pronto señores absolutos del departamento. Y la vida prosiguió: la lucha iba a reanudarse, inexorable y terrible, en otro terreno.

Un domingo se quedó sorprendido Marcos al ver que volvía su mujer de la calle con un libro de misa en la mano.

—¿Cómo? ¿Vienes de la iglesia? —le preguntó.

La miró, palideciendo e invadido de un repentino frío, de un leve estremecimiento que se esforzó en ocultar.

—¿De modo que vas a la iglesia y no me lo has dicho?

Ella pareció sorprenderse a su vez, y con mucha serenidad, aunque muy dulcemente, según costumbre, contestó:

—¿Para qué había de decírtelo? Es cuestión de conciencia… Yo te dejo seguir tus ideas y me parece que yo puedo obrar con arreglo a las mías.

—Desde luego; pero, sin embargo, para conservar nuestra buena armonía, hubiera preferido saberlo…

—Pues bien: ya lo sabes. Yo no me oculto, ya lo ves… Y espero que, a pesar de eso, seguiremos en buenas relaciones.

Y Genoveva no dijo nada más. Marcos no tuvo valor para decirle todo lo que en su interior experimentaba, para provocar una explicación cuya imperiosa necesidad sentía. Transcurrió el día en un penoso silencio. Aquella vez algo acababa de romperse entre ambos.

# III

Al correr de los meses, Marcos notaba que cada día se le planteaba, agravada, la terrible pregunta: ¿por qué se había casado con una mujer cuyas creencias no eran las suyas? ¿No sufrirían horriblemente ambos por aquel desacuerdo, por aquel abismo que separaba los dos mundos enemigos a que respectivamente pertenecían? Y en su espíritu se estableció como una certidumbre indestructible el hecho de que así como empezaba a pedirse un previo examen fisiológico, un certificado donde constase la ausencia de todo defecto físico para la salud del matrimonio, hubiera convenido comprobar, asimismo, el perfecto funcionamiento de la razón y del corazón, para lo cual habían de estar indemnes de toda imbecilidad hereditaria o adquirida. Dos seres que se ignoran totalmente, que proceden de patrias distintas, que tienen concepciones contradictorias y hostiles, pues uno marcha hacia la verdad y el otro se halla inmovilizado en el error, forzosamente han de chocar, atormentarse y destruirse. Al principio, bajo la inevitable ceguera del amor, no faltaban las excusas; pero luego se hacían muy difíciles las respuestas decisivas cuando se llegaba a los casos particulares y precisamente a los más tiernos y encantadores.

Sin embargo, Marcos reconocía que había excepciones como la suya. Aún no acusaba a Genoveva, sino que, sencillamente, temía verla convertida en un arma mortal en manos de aquellos curas y frailes contra quienes él luchaba. Ya que la Iglesia, maniobrando cerca de los superiores del profesor, no había podido abatirlo y aniquilarlo, seguramente pensaría herirle en su felicidad doméstica, atacarle en el corazón. Al fin y al cabo, era una labor esencialmente jesuítica, la eterna maniobra del confesor, del director espiritual, que reanuda astutamente el dominio católico a fuer de buen psicólogo y mundano ducho en el conocimiento de las pasiones y que concede a éstas todo cuanto hay que conceder para utilizarlas en pro del triunfo de Cristo sobre la bestia humana, acariciada y satisfecha para ser estrangulada durante su hartazgo. Introducirse en el seno de un matrimonio, interponerse entre los dos, marido y mujer; apoderarse de la esposa aprovechando su educación y su tradición piadosa y, finalmente, desesperar y aniquilar al hombre a quien se trata de suprimir…: he aquí la táctica más indicada, más cómoda y más corriente en el tenebroso y bisbiseante mundo de los confesonarios. Marcos, inmediatamente, tras la sotana del abate y tras los hábitos del padre Teodosio y del hermano Fulgencio, vio dibujarse la silueta amable y escurridiza del padre Crabot.

Desde el primer día la Iglesia se apoderó de la mujer y la conservó como el más poderoso auxiliar en su obra de propaganda y sometimiento. Pero ya entonces surgió un obstáculo. ¿Acaso no era la mujer vergüenza y perdición, una repugnante y terrible criatura del pecado, ante la que temblaban los santos? La inmunda naturaleza había puesto su lazo en ella; ella era la fuente carnal de la vida, la vida misma, cuyo desprecio enseña el catolicismo. Por lo tanto, la Iglesia negó por un instante el alma a

la bestia de fornicación a la que rehuían los hombres puros para refugiarse en el desierto, con la seguridad de sucumbir si el aire de la noche les traía tan sólo el olor de su cabellera. Si toda belleza y toda voluptuosidad estaban fuera de este mundo, la mujer no era en la tierra más que la belleza y la voluptuosidad condenadas, tenidas por diabólicas y denunciadas como astucias de Satanás, contra las que se aconsejaba la oración, las mortificaciones y, sobre todo, la absoluta abstención del acto carnal. Se trataba, pues, de suprimir el sexo en la mujer, por lo cual la mujer ideal no tenía sexo y la virgen reinaba en los cielos gracias al absurdo milagro de haber parido sin dejar de ser virgen. Luego, la Iglesia comprendió el irresistible y completo poder sexual de la mujer sobre el hombre y, a pesar de su repugnancia y de su temor al sexo, acabó sirviéndose de éste para influir sobre el hombre, reconquistándolo y encadenándolo. Aquel rebaño de mujeres debilitadas por una educación deprimente, dominadas por el miedo al infierno y convertidas en siervas por el odio y la dureza del sacerdote, constituían todo un ejército. Ya que el hombre no creía y se apartaba del altar, podía intentarse la reconquista empleando en esta labor el hechizo satánico y siempre victorioso de la mujer, la cual no tenía más que negarse para que el hombre la siguiera hasta el pie de la cruz. Claro está que esto constituía una inmoralidad y una inconsecuencia; pero ¿acaso el catolicismo no había perdido parte de su primitiva rudeza y por ventura no habían nacido los jesuitas para luchar en aquel nuevo terreno de la casuística y de las transacciones con el mundo? A partir de este momento, la Iglesia manejó a la mujer más suave y diestramente. Si bien seguía rechazándola como esposa por su medrosa repugnancia ante el placer condenado, empleaba, sin embargo, ese mismo placer para su propio triunfo. Ante todo, su política consistía en conservar la mujer enteramente suya, para proseguir embruteciéndola y manteniéndola en un estado de perpetua infancia. Luego, la convertía en un arma de guerra, con la seguridad de que la mujer piadosa vencería al hombre incrédulo. Gracias a la mujer tenía un testigo constante en el hogar doméstico e influía hasta en la alcoba cuando era preciso reducir al hombre a las peores angustias. Y así la mujer seguía siendo la bestia lujuriosa, de la que el sacerdote se sirve hoy sencillamente para asegurar el reino de Dios.

Marcos se representaba fácilmente las condiciones en que había crecido Genoveva. En sus primeros años, el amable convento de las hermanas de la Visitación, con toda suerte de suavidades devotas: la oración nocturna, de rodillas en la camita blanca; el Señor, que se ocupa paternalmente de las niñas dóciles; la resplandeciente capilla donde el cura cuenta preciosas historias de cristianos salvados por leones, de ángeles que velan junto a las cunas y que se llevan al cielo las almas puras amadas del Señor. Luego, la primera comunión, que requería años enteros de sabia preparación, con los extraordinarios misterios del catecismo enseñados entre terribles tinieblas que perturban para siempre la razón, encendiendo la fiebre perversa de las curiosidades místicas. Y entonces, en la hora indecisa de la pubertad, la muchacha en formación, encantada con su vestido blanco, con su primera ropa de

novia, se prometía a Jesús, uniéndose al divino amante, de quien aceptaba para siempre la dulce esclavitud. Y aunque el hombre llegase enseguida, ya la encontraba poseída y desflorada por aquel amante que renacería y se la disputaría con toda la fuerza obsesionante del recuerdo. Ya siempre, en el transcurso de su vida, vería la mujer que los cirios brillaban y que el incienso la llenaba de languidez haciéndola volver a aquel despertar de sus sentidos entre los cuchicheos del confesonario y los deliquios de la sagrada mesa. Después, Genoveva acababa de crecer entre los peores prejuicios, nutrida de errores y mentiras seculares, estrechamente encerrada por todas partes, a fin de que no llegara hasta ella ninguna realidad del mundo. Y cuando la muchacha de dieciséis años se separaba de las hermanitas de la Visitación era ya un prodigio de perversión y de embrutecimiento, una mujer entenebrecida y desviada de su papel, ignorante de los demás y de sí misma, no llevando en su belleza, para su influencia como amante y como esposa, más que el veneno religioso, dañino fermento de todos los sufrimientos y de todos los dolores.

Marcos se representaba más tarde a Genoveva en la devota casita de la plaza de los Capuchinos. Allí la había conocido, entre su abuela, la señora de Duparque, y su madre, la señora de Berthereau, cuyo solícito cariño se dedicaba sobre todo a perfeccionar la obra del convento eliminando de la joven todo cuanto hubiera podido inclinarse a la verdad y a la razón. Con tal de que practicase las obligaciones religiosas al pie de la letra, lo demás, según se le decía, no tenía importancia, con lo cual la preparaban a vivir en un completo desconocimiento de la vida. Y Marcos necesitaba hacer ya cierto esfuerzo para representársela tal como se había enamorado de ella, en las primeras entrevistas, deliciosamente rubia, de rostro fino y suave, tan apetecible en su triunfal juventud y en su hálito penetrante de amor. Desde luego, no se acordaba muy bien de lo demás, de su inteligencia y de su buen sentido de entonces. Entre ambos había habido esa ráfaga pasional, esa llama amorosa que enardece al mundo y en la que la joven había ardido como él, porque ella, bajo la capa fría de su educación, conservaba el ansia amorosa, herencia de su padre. Desde luego, no era una tonta, y Marcos hubo de juzgarla semejante a las demás chicas solteras de las que nada sabía. En fin, ya averiguaría todo aquello más adelante, después de casarse, cuando ella fuera ya completamente suya. Y he aquí que ahora, al evocar sus primeros años en Jonville, se daba cuenta de lo poco que se había esforzado en conocerla mejor y en hacerla más suya. Aquellos años los habían pasado ambos en un hechizo común y embriagándose de tal manera con sus besos todas las noches, que ni siquiera se habían dado cuenta de las diferencias morales que podían separarlos. Ella era inteligente de veras y él no la criticaba demasiado por los singulares vacíos que a veces descubría en su entendimiento. Como su mujer dejó de ir a la iglesia, creyó que la había conquistado para sus ideas de librepensamiento, sin siquiera haberse tomado la molestia de instruirla acerca de ellas. En el fondo sospechaba que en todo aquello había habido algo de cobardía por su parte, deseo de no pasar por la molestia de rehacer su educación y asimismo miedo de chocar con

obstáculos y de estropear su admirable paz amorosa. Ya que, afortunadamente, su vida se deslizaba así, ¿para qué exponerse al peligro de las disputas, sobre todo teniendo la seguridad de que el gran cariño que se profesaban bastaría siempre para mantener sus buenas relaciones?

Y he aquí que la crisis, amenazante, había llegado. Cuando Salvan, tiempo atrás, intervino en el matrimonio, no ocultó a Marcos sus inquietudes respecto al porvenir, por tratarse de esposos de tan diferentes condiciones en tal sentido. Por ello, deseando tranquilizarse un poco, estuvo de acuerdo con Marcos en que el hombre forma a la mujer en un matrimonio que se quiere. Todo marido a quien entregan una muchacha ignorante ¿no es dueño acaso de modelarla a su voluntad y a su imagen cuando esa joven le quiere? El hombre, entonces, es un Dios y puede volverla a crear mediante la omnipotencia del amor. Pero Marcos había sido un marido con cierta languidez y cierta ceguera y no se percató hasta más tarde de la efectiva ignorancia en que había permanecido respecto al cerebro de su Genoveva, un cerebro de mujer desconocida y enemiga cuyo lento despertar se producía al choque con las circunstancias. Renacían los primeros años y la juventud; renacían la niña arrodillada en su camita blanca bajo las alas del Ángel de la Guarda, la niña de primera comunión, prometida a jesús con su hermoso vestido blanco, la joven extraviada en un rincón de la capilla a la sombra del confesonario, con la cabeza todavía mareada por la confesión de sus culpas. El tibio baño de religiosidad en que había crecido era indeleble; pero la Iglesia impregnaba para siempre al niño con su fuego y con su olor, de manera que más tarde volvía a resurgir la melodía de los órganos, la turbadora esplendidez de las ceremonias y la poesía de las campanas. La mujer vieja torna a la infancia durmiéndose en las felices creencias del catecismo, absurdas y pueriles. Aquella adorada Genoveva que Marcos creía enteramente suya se le manifestaba como poseída por otro, llena de un pasado indestructible en que él no figuraba ni podía figurar. Marcos empezaba a darse cuenta con asombro de que no tenían nada común y de que él había podido pasar por ella sin modificar nada de su personalidad interior, modelada desde la cuna por manos hábiles. ¡Cómo lamentaba entonces no haber intentado desde los primeros meses de matrimonio, durante las horas de completa entrega, penetrar hasta la inteligencia e intentar conquistar el espíritu más allá del lindo rostro al que cubría de besos! Hubiera debido no dormirse en su felicidad y empezar de nuevo la instrucción de aquella niña grande, tan cariñosamente colgada de su cuello. Ya que se proponía hacerla suya, ¿por qué no había trabajado con prudencia y habilidad, como hombre cuya satisfacción amorosa no enturbia la razón? Si ahora sufría era por culpa de su ilusión vanidosa, de su pereza y de su egoísmo, que le llevaban a no hacer nada por miedo, en el fondo, a estropear su felicidad amorosa.

Pero ahora era ya tan grave el peligro, que estaba resuelto a luchar. Para no intervenir enérgicamente le quedaba una última excusa: el respeto a la libertad ajena, la tolerancia de toda fe sincera en la persona de que había hecho su compañera. Así

como antaño había accedido a casarse por la Iglesia y no se había opuesto más tarde al bautizo de su hija Luisa por una debilidad de hombre enamorado, tampoco ahora encontraba la fuerza intolerante necesaria para prohibir a su mujer que fuera a la iglesia, que confesara y que comulgara si tal era su fe. Sin embargo, las épocas habían cambiado, por lo que hubiera podido alegar que cuando se casó y cuando nació su hija él era todavía indiferente, mientras que luego se había libertado y afirmado más en sus ideas al aceptar la misión de enseñar la verdad a los pequeñuelos. Esto le creaba un deber: el de dar ejemplo, el de no permitir en su hogar lo que condenaba en el hogar ajeno. ¿No reprocharían al maestro laico, tan claramente hostil a toda ingerencia del sacerdote en la instrucción del niño, que dejara que su mujer fuera todos los domingos a misa y llevara a Luisita, que, con sus siete años precoces, mascullaba ya largas oraciones? De todos modos, seguía sin reconocerse derecho para impedir tales cosas: tan grande era en él su innato respeto a la libertad de conciencia, cuyo pleno goce reclamaba para sí mismo. Así, pues, aunque sentía la imperiosa necesidad de defender su dicha, no veía más arma posible, sobre todo en su hogar, que la discusión, la persuasión y la cotidiana lección de la vida en lo que tiene de sana y de lógica. Y aquello que hubiera debido hacer desde el primer día para conquistar a su Genoveva, quiso intentarlo a partir de entonces, no solamente para devolverla a la sana verdad humana, sino también para impedir que su querida Luisita la siguiera en el mortal error católico.

Sin embargo, el caso de Luisita era menos grave. Marcos se encontraba obligado a esperar, no obstante su convicción de que en el niño las primeras impresiones son las más vivas y las más tenaces. Había tenido que dejar que su hijita ingresara en la escuela vecina, donde la señorita Rouzaire la atiborraba de Historia Sagrada. Además, había que contar con la oración antes y después de la clase, las ceremonias dominicales, las bendiciones y las procesiones. La maestra se inclinó sonriendo levemente cuando el maestro le exigió la promesa de que su hija no sería obligada a realizar ninguna práctica religiosa. Pero la niña era todavía tan tierna, que parecía ridículo preservarla así, aparte de que no estaba siempre allí para cerciorarse de que la niña decía o no la oración al mismo tiempo que las demás. Lo que le repugnaba en la señorita Rouzaire, todavía más que aquel extremo clerical en que parecía arder, era su hipocresía y el acendrado interés personal que ponía en todos sus actos. Y aquella falta de fe verdadera, aquella simple explotación del piadoso sentimentalismo, mostrábase tan claramente, que la misma Genoveva sentía herida su rectitud todavía intacta. Por ello no se había producido lo que Mignot temía, pues Genoveva había rechazado los avances de la señorita Rouzaire, que sintió una súbita amistad por su vecina, deseando entremeterse en aquel matrimonio, donde adivinaba un posible aliado. ¡Qué maligno placer y qué gloria para ella si pudiera trabajar así por la Iglesia, prestando a los religiosos el servicio de separar a la mujer del marido y mostrando el dedo de Dios que caería sobre el maestro laico fulminándole en su hogar! La señorita Rouzaire, siempre muy amable e insinuante, estaba sin cesar al acecho tras la pared

medianera, esperando una ocasión que le permitiese intervenir para consolar a la pobre perseguida. A veces aventuraba alusiones, manifestaba simpatías y daba consejos, refiriéndose, por ejemplo, a lo triste que era el hecho de que marido y mujer no tuvieran las mismas creencias. Pero como no podía perderse el alma, lo mejor, en tal caso, era resistir con suavidad. En dos ocasiones tuvo la alegría de ver llorar a Genoveva. Pero ésta evitó los encuentros, pues sintiéndose molesta, rehuía nuevas confidencias. Aquella mujer tan dulzona, con su facha de gendarme, su afición al anís y su manera de hablar de los curas, al fin y al cabo unos hombres como los demás, por lo cual no se debía hablar mal de ellos, le causaba un repulsión invencible. Y la señorita Rouzaire, herida en su dignidad, execró un poco más al matrimonio vecino al no conservar más recurso para serle desagradable que su autoridad de maestra sobre Luisita, la inteligente discípula, cuya instrucción religiosa se empeñaba en cuidar, a pesar de la formal prohibición del padre.

Así, pues, si bien el caso de su hijita todavía no preocupaba seriamente a Marcos, comprendía éste la urgente necesidad de obrar para que la madre, su adorada Genoveva, no le fuera pronto arrebatada por completo. Ya había tenido la clara sensación y se le imponía la evidencia de que era en casa de la señora de Duparque, en la devota casita de la plaza de los Capuchinos, donde Genoveva había sentido retoñar su larga herencia católica y los píos fermentos de su infancia y de su juventud. Existía allí un foco de contagio místico, donde tenía que encenderse una fe mal apagada, una fe simplemente adormecida bajo los primeros goces del amor humano. Marcos se daba cuenta de que, de haber permanecido ambos en Jonville, él hubiera podido bastar a la inquieta pasión de Genoveva, reducida a una tierna soledad. Pero en Maillebois habían intervenido elementos extraños y, sobre todo, se había producido el lamentable asunto de Simón, que determinó la primera grieta y luego las consecuencias agravadas sin cesar, la lucha entre el maestro y los religiosos, la acción libertadora que el primero se impuso. Allí no habían estado solos, sino que la oleada de las personas y de las cosas se había ensanchado entre ellos, de manera que sentían acercarse el día en que se encontrarían completamente solos entre sí. A la sazón, Genoveva hallaba en casa de su abuela a los más encarnizados adversarios de Marcos. Este acabó enterándose de que la terrible señora de Duparque, tan dura y obstinada, había obtenido, tras años enteros de humildes peticiones, el inmenso favor de tener como director espiritual al padre Crabot. Como el rector de Valmarie se reservaba para las señoras de la buena sociedad de Beaumont, seguramente había tenido razones poderosas para resolverse a confesar a aquella anciana de tan poca importancia. No solamente la recibía en la capilla de Valmarie en los días en que confesaba, sino que, además, hacíale el honor de visitarla en la plaza de los Capuchinos cuando algún ataque de gota sujetaba a la vieja en su sillón. Allí se encontraba el padre Crabot con personas discretas, con una selección de sacerdotes y religiosos, con el abate Quandieu, el padre Teodosio y el hermano Fulgencio, felices en aquel pío rincón sombrío y silencioso, en aquella casita cerrada, donde sus

conciliábulos pasaban inadvertidos. No por ello dejaban de circular rumores según los cuales allí tenía la acción clerical su secreta residencia, la oficina oculta de donde salían los graves acuerdos tomados por todos. Pero ¿cómo recelar de la modesta mansión de las dos ancianas que, en fin de cuentas, tenían derecho a recibir en su casa las amistades de quienes apenas se advertían las sombras? Pelagia, la criada, cerraba suavemente la puerta. Ningún rostro asomaba a las ventanas, ni un hálito salía por aquella fachada inalterable. Y esto ponía una aureola de dignidad y empaque en aquella casa respetable.

Entonces Marcos lamentó no haber ido con más frecuencia a casa de «aquellas señoras». ¿Por ventura no había pecado al abandonarles a Genoveva durante las prolongadas horas que ésta pasaba junto a ellas con Luisita? Su sola presencia hubiera neutralizado el contagio del ambiente; ante él se hubieran contenido en el sordo ataque dirigido contra sus ideas y su persona. Genoveva, como si se hubiera dado cuenta del peligro con que amenazaban la paz de su matrimonio, resistía a veces y luchaba para no indisponerse con su marido, al que seguía amando. Así, el día en que volvió a sus prácticas religiosas, tomó como confesor al abate Quandieu en vez del padre Teodosio, cuya dirección procuraba imponerle la señora de Duparque. Genoveva notaba la belicosa obstinación del capuchino bajo la cuidada hermosura de su gran barba negra y el admirable rostro de encendidos ojos que hacían soñar a las beatas; en cambio, el abate era un hombre amable y prudente, un director paternal que se entregaba a prolongados silencios llenos de tristeza y en quien ella adivinaba confusamente a un amigo que sufría con las luchas fratricidas y que deseaba la paz de todos los hombres de buena voluntad. Genoveva encontrábase aún en un momento de ternura en que su razón se inquietaba, al mismo tiempo que se obscurecía poco a poco antes de hundirse en la pasión mística. Y todos los días sufría asaltos cada vez más graves y se dejaba reconquistar y poseer más por el perturbador ambiente en que vivían «aquellas señoras», embotándose con los modales untuosos y con las palabras acariciantes que acababan por aletargaría. Fue inútil que Marcos acudiera con más frecuencia a la plaza de los Capuchinos, porque ya no pudo impedir que el veneno realizara su obra.

Por lo demás, no se manifestaba nada en forma autoritaria ni brutal. Se atraían sencillamente a Genoveva halagándola y mimándola con toda suavidad. Contra su marido no se había pronunciado ninguna palabra violenta; se le trataba, por el contrario, como a un hombre digno de lástima, como a un pecador cuya salvación se deseaba. El desventurado ignoraba el incalculable daño que hacía a su patria al perder tantas almas de niño a quienes enviaba al infierno por su abominable terquedad en la rebelión y en el orgullo. Después llegaron a expresar ante ella el deseo, primeramente apenas esbozado y luego cada vez más claro, de verla dedicarse a una obra admirable: la conversión del pecador, el divino rescate del hombre culpable a quien ella había tenido la debilidad de amar siempre. ¡Qué placer y qué gloria para ella si conseguía devolverlo a Dios deteniéndolo en su furia destructora, salvándolo y salvando, al

mismo tiempo, de la condenación eterna, a sus inocentes víctimas! Durante varios meses, con infinita habilidad, la prepararon para la tarea que requerían de ella, con la evidente esperanza de determinar la ruptura conyugal cuando chocaran los dos principios irreconciliables, es decir, la mujer del pasado, llena de errores seculares, contra el hombre de pensamientos libres en marcha hacia el porvenir. Y ocurrió lo que se quería, lo inevitable.

Por entonces, la intimidad de Marcos y de Genoveva, que antes era tan cariñosa y alegre, compuesta de continuos besos y sonrisas, se hacía cada vez más triste. Todavía no discutían, pero en cuanto quedaban solos sin hacer nada y sin la distracción de otras personas o cosas, experimentaban una especie de malestar como si temieran pronunciar palabras desagradables a la menor contrariedad. Notaban que crecía entre ambos todo un mundo desconocido, respecto al cual callaban y que cada vez les enfriaba más y les enemistaba. Él experimentaba la sensación de tener mezclada en su vida perenne y hasta en sus brazos y en el lecho a una mujer extraña, cuyas ideas y cuyos sentimientos condenaba; en cuanto a ella, sentía una sensación parecida, es decir, la desesperante certeza de que se la juzgaba como una niña ignorante y sin sentido, todavía adorada, sí, pero con un amor en el que había mucho de dolorida compasión. Las primeras heridas estaban próximas.

Una noche, encontrándose en la cama, entre las tibias tinieblas, como él la sujetara en estrecho abrazo, como a una niña malhumorada, ella acabó exclamando entre sollozos:

—¡Oh! Ya no me quieres.

—¡Cómo! ¿Que no te quiero? ¿Por qué dices eso, Genoveva?

—Si me quisieras, ¿dejarías que aumentara mi tristeza?… Todos los días te apartas un poco más de mí, me tratas como a una pobre mujer, como a una enferma, como a una loca. No te interesas por nada de lo que digo; siempre te encoges de hombros… Y es que te impaciento, es que soy para ti una preocupación y una molestia…

Marcos, con el corazón oprimido, no quiso interrumpirla, pues deseaba llegar hasta el fin.

—Por desgracia, me doy cuenta de todo. El último de tus alumnos te interesa más que yo; mientras estás con ellos en clase te apasionas, pones en tu labor tus cinco sentidos, te esfuerzas para explicarles todas las cosas, riendo y jugando como un hermano mayor, como un muchacho. Pero en cuanto subes a casa, te pones sombrío y no encuentras nada que decirme, estás preocupado como hombre a quien su mujer inquieta y fatiga… ¡Oh, qué desgraciada soy, Dios mío!…

Y nuevamente se echó a llorar. Entonces su marido se decidió a decir dulcemente:

—No me atrevía, pobre Genoveva, a expresarte la causa de mi tristeza. Pero si sufro es precisamente por notar en ti todo lo que me reprochas. Nunca estás conmigo. Te pasas fuera los días enteros, y cuando vuelves es para traer unas corrientes de sinrazón y de muerte con las que consternas nuestro hogar. Eres tú, tú, quien no me

dirige la palabra, pues tienes el espíritu absorto y perdido quizá entre turbios ensueños cuando tu cuerpo está aquí, con las manos ocupadas en coser, en servir la sopa y hasta en cuidar a Luisita. Eres tú quien me trata con lástima, como si perdonaras a un hombre culpable, tal vez inconsciente de su crimen. Eres tú quien pronto dejará de quererme si tus ojos no se abren a la verdad y a la razón.

Ella protestaba interrumpiendo cada frase con una denegación llena de asombro y vehemencia.

—¿Yo? ¿Yo? ¿Me acusas de todo eso?… Eres tú quien no me quiere y resulta que voy a dejar de quererte.

Luego se abandonó y descubrió el fondo de su cotidiana pesadilla.

—¡Ay, qué felices son las mujeres cuyos maridos tienen la misma fe que ellas! En la iglesia veo a muchas acompañadas de sus maridos. ¡Qué agradable debe ser entregarse juntos en las manos de Dios! Esos benditos matrimonios no tienen más que un alma y el cielo les colma de toda suerte de felicidades.

Marcos no pudo menos de sonreírse entre amable y afligido.

Pero ¡Genoveva! ¿Es que vas a intentar convertirme?

—¿Qué mal habría en ello? —replicó ella vivamente—. ¿Crees que no te quiero bastante para sentir un terrible dolor ante el peligro mortal en que te encuentras? Tú, claro, no crees en los castigos futuros y desafías la cólera divina; pero yo no hay día que no suplique al cielo que te ilumine. Con toda mi alma daría diez años de mi vida para abrirte los ojos y arrancarte a las espantosas catástrofes que te amenazan… ¡Oh, si me quisieras, si me escucharas y si me siguieras a la región de las delicias eternas! …

Genoveva temblaba en sus brazos y se le abrazaba con tal fiebre de sobrehumano deseo, que Marcos quedó sorprendido, pues no creía que el daño fuera tan profundo. Le catequizaba su mujer. Y él se avergonzaba porque ella hacía lo que el marido hubiera debido hacer desde el primer día, procurando conducirla a su fe. Pensando en voz alta, cometió la equivocación de decir:

—No eres tú quien habla, sino que te han encargado una misión muy peligrosa para nuestra felicidad.

Entonces ella empezó a irritarse, diciendo:

—¿Por qué me ofendes suponiéndome incapaz de obrar por iniciativa propia, por convicción y por cariño? ¿Es que no tengo inteligencia, es que soy tan imbécil y tan maleable que sólo puedo servir como instrumento de los demás? Y si me hablaran de ti, en términos tan cariñosos que te sorprenderían, personas muy respetuosas, cuyo sagrado carácter desprecias, ¿no deberías enternecerte y rendirte a tanta bondad divina?… Dios, que podría arruinarte, te tiende los brazos. Y cuando se vale de mí y de mi amor para atraerte hacia sí, lo tomas a broma y me tratas como a una niña mema que repite una lección de corrido… No, no podemos entendernos. Y eso es lo único que me aflige.

—Cierto —repitió él lentamente—. No podemos entendernos. Las palabras no tienen la misma significación para nosotros, pues todo lo que yo te echo en cara, me lo reprochas tú a mí. ¿Quién de nosotros dos romperá? ¿Quién quiere al otro y se afana más por su felicidad?… ¡Ah! La culpa es mía y temo que sea demasiado tarde para repararla… ¡Debía haberte enseñado dónde están la verdad y la justicia!

Genoveva acabó de sublevarse ante aquella afirmación de su marido.

—¡Eso es! ¡Siempre me has considerado como la discípula necia que no sabe nada y a quien hay que abrir los ojos!… ¡Yo soy quien sabe dónde están la verdad y la justicia! Tú no tienes derecho a pronunciar esas palabras.

—¿Que no tengo derecho?

—No. Te has comprometido en ese monstruoso error, en ese innoble asunto de Simón, en que tu odio a la Iglesia te ciega y te lanza a las mayores iniquidades. Cuando un hombre llega, como tú, a despreciar toda verdad y toda justicia, con tal de herir y manchar a los ministros del Señor, más vale creer que ha perdido la cabeza.

Entonces percibió Marcos el fondo del alejamiento de Genoveva. Allí estaba el proceso de Simón, el origen de todo aquel hábil y silencioso trabajo de zapa, cuyos resultados veía. Si en casa de «aquellas señoras» le quitaban su mujer y servíanse de ella como de un arma para herirle de muerte, era, ante todo, para abatir en él al forjador de la verdad, al posible justiciero. Había que suprimirle, pues sólo su destrucción podía asegurar la impunidad de los verdaderos delincuentes. Un gran dolor hizo temblar su voz.

—¡Oh Genoveva! Esto es más grave; y sería la destrucción de nuestro hogar, si no pudiéramos entendernos en cuestión tan clara y tan sencilla… ¿No opinas como yo en ese doloroso asunto?…

—¡Claro que no!

—¿Crees culpable al desdichado Simón?

—¡Qué duda cabe! Todas vuestras razones para exculparle no se apoyan en nada sólido. Quisiera que oyeses hablar a las personas de cuya honradez te atreves a sospechar. Y cuando tan torpemente te engañas en un caso tan evidente, juzgando sin apelación, ¿cómo quieres que tenga yo la menor fe en esas ideas tuyas, en esa sociedad quimérica que piensas implantar y donde empiezas por matar toda idea de Dios?

Él la había vuelto a tomar en brazos y la apretaba fuertemente contra su pecho. Estaba visto que su paulatina ruptura procedía de su divergencia en aquel punto concreto, en aquella cuestión de verdad y de justicia, en la cual habían conseguido envenenarle el entendimiento, para estrellarlos al uno contra el otro.

—Oye, Genoveva: no hay más que una verdad, no hay más que una justicia. Es preciso que me oigas y que nuestra conformidad nos devuelva la paz.

—¡No! ¡No!

—¡Genoveva!… No es posible que permanezcas entre tales tinieblas cuando yo estoy sumido en plena luz. ¡Eso sería nuestra separación para siempre!

—¡No! ¡No! ¡Déjame! ¡Me cansas! ¡No quiero ni oírte!…

Y desprendiéndose de sus brazos separó su cuerpo del de él y le volvió la espalda. En vano intentó el marido con dulces palabras y besos tomarla de nuevo en sus brazos. Ella se le negaba obstinadamente, y ni siquiera le respondía. Parecía que el lecho de amor se había helado súbitamente. Y la alcoba, completamente obscura, diríase muerta, como si presintiera la desdicha futura.

Desde entonces, la actitud de Genoveva fue más nerviosa y más fría todavía. En casa de «aquellas señoras» guardaban cada día menos consideraciones a su marido, y se atrevían a atacarle en presencia de ella, siguiendo una diestra gradación, al ver cómo iba disminuyendo su amor hacia él. Poco a poco resultaba un forajido, un condenado, un asesino del Dios a quien ella adoraba. Y el efecto de cada una de las rebeliones a que así la impulsaban, dejábase sentir en su hogar, traduciéndose en palabras más ásperas y en un aumento de malestar y de frialdad. De vez en vez se reanudaban las disputas, casi siempre de noche y acostados, pues de día apenas se veían, él entregado por compito a su clase y ella casi siempre fuera de casa, en la de su abuela o en la iglesia. Su cariño acabaría por resentirse, pues ella se mostraba cada día más agresiva, y él, tan tolerante al principio, se dejaba llevar también de las impaciencias.

—Genoveva… Te voy a necesitar mañana por la tarde, durante la clase.

—Mañana no puedo; me espera el abate Quandieu. Además, no cuentes conmigo para nada.

—¿Es que ya no quieres ayudarme?

—No; repruebo cuanto haces. Condénate si ése es tu gusto, pero yo pienso en mi salvación.

—Entonces, ¿quieres que vayamos cada uno por su lado?

—Me es igual. Como quieras.

—¡Oh, Genoveva, Genoveva!… ¿Eres tú quien me habla así?… Después de haber ensombrecido tu espíritu te van a cambiar el corazón… ¡Ya estás por completo de parte de los corruptores, de los envenenadores!…

—¡Calla, calla, desgraciado! Tu obra sí que solamente es mentira y veneno. Blasfemas al hablar de tu verdad y de tu justicia inmundas. El diablo, sí, el diablo es quien da clase a esos infelices niños, a quienes acabaré por no compadecer, tan estúpidos me parecen al seguir acudiendo a tu escuela.

—Pero ¿cómo es posible que puedas decir tales tonterías, tú que eres tan inteligente, Genoveva?

—¡Pues mira: cuando las mujeres se ponen tontas, se las deja!

E indignándose a su vez, la dejaba Marcos y no intentaba atraerla como antes, con una caricia. A veces no conseguían dormirse y permanecían uno y otro con los ojos muy abiertos en las tinieblas de la alcoba. Sabía muy bien cada cual que el otro no dormía, y velaban así, mudos, inmóviles en la obscuridad, como si el breve espacio que les separaba en las sábanas se hubiese convertido en un abismo sin fondo.

Lo que más sentía Marcos era el odio creciente que manifestaba Genoveva contra su escuela, contra aquellos amados discípulos cuya instrucción le apasionaba. En cada disputa que tenían manifestaba ella su amargura y parecía celosa de aquellas criaturas al verle tan cariñoso con ellas y tan celoso en hacerles hombres de razón clara y justa. Es más: en el fondo, sus discusiones no tenían más causa, pues ella no era más que uno de aquellos niños, uno de aquellos espíritus a ilustrar y emancipar que se rebelaba, aferrándose al error secular. Toda la humana ternura que él prodigaba a sus discípulos, ¿no se la robaba a ella? Mientras él se ocupase tan paternalmente de ellos no le recuperaría, no se lo llevaría consigo a aquel dulcísimo letargo divino en que hubiera querido dormirle entre sus brazos. La lucha acabó por reducirse a aquello. Y no pasaba Genoveva por delante de la clase sin sentir tentaciones de persignarse, trastornada por la diabólica labor que allí se hacía e irritada por no conseguir apartar de su impía tarea al hombre con quien aún compartía el tálamo.

Pasaron meses y años. La lucha entre Marcos y Genoveva empeoraba cada vez más. En casa de «aquellas señoras» no comprometían el éxito con precipitaciones inútiles, ya que la Iglesia cuenta siempre con la eternidad para vencer. Aparte el hermano Fulgencio, vanidoso y embrollón, el padre Teodosio y, sobre todo, el padre Crabot, eran manipuladores de almas harto expertos para no comprender la necesidad de avanzar despacio, tratándose de una mujer de temperamento apasionado y de recta inteligencia cuando no le nublaba el entendimiento la perversión de las crisis místicas. Mientras amase a su marido, mientras no hubiese ruptura carnal entre ellos, no se consumaría la obra de separación total, ni la mujer les pertenecería por completo ni el hombre quedaría reducido al estado de miseria y ruina a que querían llevarle. Y aquel gran amor humano que había que extirpar del corazón y de la carne de una mujer, arrancándole hasta sus más hondas raíces para que no pudiera retoñar jamás, requería mucho tiempo para ello. Por eso dejaron a Genoveva en manos del cura Quandieu, a fin de adormecerla dulcemente antes de obrar sobre ella con mayor energía. Y se contentaban con vigilarla. Fue una obra maestra de encantamiento delicado y seguro.

Otro hecho vino a perturbar más todavía al matrimonio. Marcos se compadecía mucho de la señora de Férou, la esposa del antiguo maestro de Moreux, destituido a consecuencia del escándalo que dio en la consagración del Municipio de Jonville al Sagrado Corazón. Férou se había expatriado a Bélgica para librarse de los dos años de servicio militar que le exigían, y su pobre mujer, que se moría de hambre, había ido a establecerse con sus tres hijas en Maillebois, en un tugurio, donde se esforzaba en hallar costura para ir pasando mientras su marido conseguía hallar alguna ocupación en Bruselas que le permitiera llevárseles. Pero pasaban los días y ni lograba ganar para vivir él mismo, agotándose en vanas gestiones. Ya atormentado por la separación, desesperado por los sinsabores de su destierro, consumidas las fuerzas, perdió la cabeza y volvió una noche a Maillebois sin ocultarse, en una bravata de hombre a quien acosa la miseria y que no teme ya desgracia alguna.

Denunciado al día siguiente, cayó en manos de las autoridades militares como desertor, y fue menester que hiciera Salvan activas diligencias para que no le enviasen seguidamente a una compañía disciplinaria. Ahora se hallaba de guarnición al otro extremo de Francia, en un pueblo de los Alpes, mientras su mujer y sus hijas seguían sin hogar como quien dice, sin ropa que ponerse y algunos días sin pan que llevarse a la boca.

Marcos había intercedido también por Férou cuando éste fue detenido. Le había visto unos instantes y no podía olvidar a aquel diablo de hombre huraño y áspero, que se le representaba como una víctima de todas las iniquidades sociales. Verdad era que se había puesto imposible, como decía Mauraisin, pero ¡cuántas excusas no tenía aquel hijo de un pastor, que se había hecho maestro y había vivido hambriento, despreciado por su miseria, lanzado a las ideas más extremas al ver que él, inteligente y culto, no tenía bienes ni alegrías, mientras que a su alrededor poseían y gozaban los brutos y los ignorantes! Y aquella larga iniquidad había concluido en que le encerraran brutalmente en un cuartel, lejos de los suyos, que se morían de miseria.

—¿No es para echarlo todo a rodar? —le gritó a Marcos, agitando sus largos y flacos brazos y echando lumbre por los ojos—. Es verdad que firmé mi compromiso decenal, que me libraba del cuartel, a condición de que consagrara diez años de mi vida a la enseñanza. Y también es verdad que sólo he sido maestro ocho años, puesto que me destituyeron por decir en alta voz lo que pensaba de su repugnante idolatría. Pero ¿he tenido yo intención de faltar a mi compromiso? Y después de haberme echado brutalmente a la calle, sin medios de vida, ¿no es monstruoso volverme a coger y exigirme el pago de la deuda antigua, para que mi mujer y mis hijas se queden sin apoyo, sin un hombre que gane para mantenerlas? No les bastan mis ocho años de presidio en la enseñanza, donde los hombres sinceros no pueden hablar ni moverse; necesitan robarme dos años más en su cárcel de hierro y sangre, bajo la obediencia pasiva necesaria para prender bien la destrucción y la matanza, cuya sola idea me exaspera. ¡Oh, no! ¡Es demasiado! ¡Bastante les he dado ya! ¡Acabarán por ponerme rabioso, exigiéndome más y más!…

Muy inquieto al verle presa de tamaña exaltación, Marcos procuró calmarle ofreciéndole atender a su mujer y sus hijas. Cuando pasaran los dos años, volvería, se le encontraría una ocupación y podría empezar otra vez la vida. Pero Férou continuaba sombrío, mascullando palabras iracundas.

—¡No, no! Estoy perdido irremisiblemente. No cumpliré esos dos años tranquilamente. Bien lo saben ellos. Por eso me mandan allá, para matarme como a un perro rabioso…

Después quiso saber Férou quién le había substituido en Moreux. Y al oír el nombre de Chagnat, auxiliar que fue de Brévannes, un cercano pueblo grande, se echó a reír amargamente. Chagnat, un hombrecito moreno, de frente estrecha, boca hundida y mentón saliente, era un completo sacristán. Ni siquiera llegaba al hipócrita Jauffre, que se valía de Dios para ascender, sino que era un creyente estúpido,

embrutecido hasta el punto de ser capaz de aceptar las peores tonterías con tal de que se las impusiera el cura. Su mujer, una corpulenta pelirroja, era todavía más sandia que él. Y la amarga sonrisa de Férou aumentó al enterarse de la completa abdicación del alcalde Saleur en manos de aquel imbécil de Chagnat, de quien se valía el abate Cognasse como de un celoso sacristán, encargado por él de administrar el pueblo.

—Cuando yo le decía a usted tiempo atrás que toda esa asquerosa pandilla de curas, hermanos y hermanas se nos merendaría y reinaría aquí, no quería usted creerme, y me acusaba de tener perturbado el cerebro… Pues bien: ya está usted viendo que son los amos, y ha de ver a qué inmunda ciénaga les llevan a ustedes. ¡Es para renegar de ser hombre! Los perros de la calle son más felices. ¡No, no! ¡Estoy harto, y si me hurgan un poco, acabaré de una vez!…

Férou se marchó al regimiento. Al cabo de tres meses la miseria aumentó en casa de su pobre esposa. Su mujer, que había sido una rubia muy agradable, con su cara redonda, alegre y fresca, parecía tener el doble de su edad, envejecida por los pesados trabajos y quemados los ojos por largas horas de costura. No siempre encontraba trabajo; pasó un mes entero del invierno sin lumbre y casi sin pan. Para colmo de desdichas, una de sus hijas, la mayor, acababa de caer enferma con unas fiebres tifoideas y agonizaba en aquella helada bohardilla donde soplaba el viento por las rendijas de la ventana y de la puerta. Y entonces fue cuando Marcos, aparte de las limosnas que discretamente había dado, rogó a su mujer que proporcionase algún trabajo a aquella desventurada.

Genoveva se enterneció al oír el relato de tanto infortunio, aunque ella hablaba de Férou como hablaban de él en casa de «aquellas señoras», con vengativa ira, porque había ultrajado al Sagrado Corazón y, por lo tanto, era un sacrílego.

—Sí —prometió a Marcos—. Luisa necesita un vestido. Tengo la tela y se la llevaré a esa mujer.

—Gracias en su nombre. Yo te acompañaré.

Al día siguiente fueron juntos a casa de la señora de Férou, al sórdido cuartito del que amenazaba echarla el casero por falta de pago. La hija mayor se hallaba moribunda. Encontraron a la madre llorosa, en medio de un atroz desorden, mientras las dos niñas más pequeñas lloraban también de un modo que partía el alma. Y se quedaron un instante inmóviles, silenciosos y conmovidos, sin comprender lo que ocurría.

—¿No saben ustedes? ¿No lo saben? —gritó ella al cabo—. ¡Van a matármelo! ¡Es cosa hecha! ¡Bien lo comprendía él, bien me decía que esos bandidos acabarían con su pellejo!…

Y, entre gemidos, sollozos y palabras entrecortadas, Marcos le arrancó la triste historia de lo sucedido. En el regimiento, Férou se había conducido, como no podía por menos de suceder, como pésimo soldado. Mal conceptuado por sus jefes y tachado de revolucionario, en una disputa que tuvo con su cabo la había emprendido con él a puntapiés y puñetazos. Juzgado por este hecho, iban a enviarle a Argelia, a

un presidio militar, a una de esas compañías disciplinarias donde aún subsisten los abominables tormentos de antaño.

—¡No volverá! ¡Le asesinarán! —prosiguió ella furiosamente—. Me ha escrito para despedirse de mí, porque sabe que va a morir… ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué va a ser de mis pobres hijas? ¡Bandidos, bandidos!…

Marcos la oía afligido y sin poder hallar una palabra de consuelo, pero Genoveva empezaba a dar señales de impaciencia.

—Pero, señora, ¿por qué se empeña usted en que van a matar a su marido? En el ejército los oficiales no acostumbran matar a sus soldados. Agrava usted su pena mostrándose injusta.

—¡Son unos bandidos! —repitió la desgraciada con mayor violencia aún—. ¡Sí, sí! Mi pobre marido ha pasado ocho años muriéndose de hambre consagrado a la más ingrata de las tareas; le han vuelto a coger por otros dos años y le tratan como a un animal, porque ha hablado como hombre de sentido común; y ahora que ha sucedido lo previsto, lo que no podía menos de suceder, le envían a presidio, acaban de asesinarle, después de haberle arrastrado en lenta agonía… ¡No, no, no me conformo! ¡Iré a decirles que son todos unos bandidos, sí, unos bandidos!

Marcos trató de calmarla. Todo su natural bondadoso y justo se sublevaba contra aquel exceso de iniquidad social. Pero ¿qué podían hacer las míseras víctimas, la mujer y las hijas, cogidas bajo la muela del trágico destino que las aplastaba?

—Sea usted razonable, señora. Ya veremos de hacer algo; no la abandonaremos…

Genoveva permanecía glacial, pues no experimentaba ya compasión alguna ante aquella mísera vivienda en que la madre se retorcía de dolor y las hijas, horrorizadas, seguían lamentándose. Ni siquiera veía, cubierta por una colcha destrozada, a la mayor, tan enferma, con sus grandes ojos sin expresión, que miraban fijamente la escena, sin fuerzas ya para derramar una lágrima. Genoveva, de pie, erguida, no soltaba de la mano el paquetito con la tela del vestido de Luisa que llevaba para que se lo confeccionara la señora de Férou.

—Debe usted ponerse en manos de Dios —dijo lentamente—. No siga usted ofendiéndole, pues la castigará más.

La mujer de Férou rió con expresión horrible.

—¡Oh! Dios tiene demasiado que hacer con los ricos para que se cuide de los pobres… En su nombre nos han reducido a este infortunio, y van a matar a mi pobre marido…

Genoveva se dejó arrebatar por repentina cólera.

—Está usted blasfemando y no merece que la socorran. Si tuviese usted religión, no hubieran faltado personas que la hubieran socorrido ya.

—Pero, señora, yo no le pido a usted nada… Sí, ya sé que me han negado una limosna porque no confieso, y hasta que el cura Quandieu, que es tan bueno, no se atreve a admitirme entre sus pobres… Yo no soy hipócrita, y no quiero más que trabajo para poder comer.

—¡Pues pida usted trabajo a los miserables locos que califican de bandidos a los sacerdotes y a los oficiales!

Y Genoveva, fuera de sí, salió, llevándose la tela del vestido. Marcos se vio obligado a seguirla. Pero iba tembloroso de indignación. Al llegar a la escalera no pudo contenerse y dijo:

—Acabas de cometer una mala acción.

—¿Por qué?

—Si hubiese un Dios de bondad sería caritativo con todos. Tu Dios de ira y castigo no es más que una fantasía monstruosa… Para ser socorrido, no se necesita humillarse; basta con padecer.

—¡No, no! Los que han pecado merecen sus padecimientos. ¡Que padezcan si se obstinan en la impiedad! Mi deber es no hacer nada por ellos.

Por la noche, ya acostados, en la intimidad conyugal se reprodujo la disputa y, por primera vez, Marcos estuvo violento a su vez, pues no encontraba perdón para aquella falta de caridad, que le había trastornado. Hasta entonces sólo había creído amenazada la inteligencia de Genoveva; pero ¿iba a alcanzar también a su corazón el contagio? Y aquella noche se pronunciaron palabras irreparables, y los cónyuges vieron el abismo que habían abierto entre ellos, trabajando sin cesar, manos invisibles. Seguidamente cayeron ambos en profundo silencio, en la negra y triste alcoba. Y no se hablaron en todo el día siguiente. Pero surgió otra causa de incesante discordia, que había de llegar, más adelante, a consumar el rompimiento. Habían pasado los años. Luisa iba a cumplir diez y se trataba de mandarla a la doctrina, a fin de que el cura Quandieu la preparase para recibir la primera comunión. Marcos, que había rogado a la señorita Rouzaire que eximiese a su hija de todos los deberes religiosos, se había enterado de la tranquilidad con que la maestra, sin hacerle caso, henchía a la niña de oraciones y cánticos como a las demás alumnas; pero tuvo que hacer la vista gorda, comprendiendo que la maestra esperaba la ocasión de apelar a la madre, a fin de provocar disgustos en el matrimonio si él daba motivo para ello. Sin embargo, cuando se presentó la cuestión de la doctrina, resolvió proceder con entereza y esperó la ocasión de hablar claro a Genoveva, ocasión que se presentó, naturalmente, el día en que Luisa, al volver de la escuela, dijo en su presencia:

—Mamá… La señorita Rouzaire me ha dicho que de bes ir a ver al señor cura para apuntarme en la doctrina.

—Bueno, hija mía, mañana iré.

Marcos, que estaba leyendo, levantó vivamente la cabeza.

—Dispensa, Genoveva. No irás a ver al cura.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. No quiero que Luisa vaya a la doctrina, porque no quiero que tome la primera comunión.

Genoveva, sin enfadarse aún, sonrió con irónica compasión.

—¿Estás loco? A una muchacha que no tomase la primera comunión, ¿cómo la casarías? La colocarías en la vida en la situación de una perdida, de una cualquiera… Además, la has dejado bautizar, la has dejado aprender Historia Sagrada y sus oraciones, Luego es completamente ilógico que pretendas prohibirle ir a la doctrina y tomar la primera comunión.

Él tampoco se enfadó aún.

—Tienes razón. Fui débil y por eso mismo estoy resuelto a no serlo más. Pude mostrarme tolerante con tus creencias mientras la niña era muy pequeña y no se apartaba de tus faldas. Se dice que las hijas son, ante todo, de la madre. Y accedo a ello, pero sólo hasta el día que se plantee la cuestión de la existencia moral, del porvenir de la niña… Creo que el padre tiene entonces derecho a intervenir.

Genoveva hizo un gesto de impaciencia; además, empezó a temblar le la voz, para decir:

—Yo quiero que Luisa vaya a la doctrina; tú no quieres. Si los dos, tanto uno como otro, tenemos derechos sobre ella, por mucho que disputemos jamás llegaremos a un acuerdo. ¿Cómo vas a arreglar esto? Lo que yo quiero te parece estúpido, y lo que tú quieres me parece a mí abominable.

—¡Oh! ¡Lo que yo quiero! ¡Lo que yo quiero! Lo único que quiero es que no le priven a mi hija de tener libertad en su día… Quieren aprovecharse de su corta edad, deformarle la inteligencia y el corazón, envenenarla con las mayores mentiras, hacerla de una vez para siempre incapaz de razón y de humanidad. Y eso es lo que yo no admito… Pero no quiero imponerle mi voluntad; lo que deseo es salvaguardar la suya, para más adelante.

—Entonces, ¿cómo vas a resolver esto? ¿Qué vamos a hacer de esta niña que ya va siendo mayor?

—Dejarla que crezca, sencillamente. Instruirla, abrirle los ojos a todas las verdades. Y cuando tenga veinte años, ella misma decidirá quién tiene razón, si tú o yo. Entonces irá a la doctrina y hará la primera comunión si cree que eso es sensato y lógico.

Genoveva estalló de pronto.

—¡Decididamente estás loco! Dices delante de la niña cosas de que me avergüenzo por ti, ¡tan absurdas son!

Marcos perdió también la paciencia.

—Las absurdas, pobre mujer, son tus creencias. Y, precisamente por eso mismo, me opongo a que se pervierta la inteligencia de mi hija con semejantes errores.

—¡Cállate, cállate! —gritó ella—. ¡No sabes lo que me arrancas al hablarme así! ¡Sí, me quitas el cariño que te tengo y destrozas nuestra felicidad, que yo quiero salvar todavía!… ¡Cómo vamos a entendernos si no damos a las palabras el mismo sentido, si lo que tú llamas absurdo es para mí lo divino y lo eterno!… ¿Dónde está tu decantada lógica? ¿Cómo podrá Luisa escoger entre tus ideas y las mías si impides

que la instruyan como a mí me parece?… Yo no te impido que la instruyas a tu modo, pero quiero tener libertad para llevarla a la doctrina.

Marcos empezaba ya a ablandarse.

—Conozco esa teoría: el hijo es de su padre y de su madre, reservándosele el derecho de elegir más adelante. Pero, pregunto, ¿se le reserva intacto ese derecho desde el momento en que una educación religiosa, agravando su dilatada herencia católica, le quita hasta la fuerza de pensar libremente y de obrar? Eso es un engaño para el padre, que se ve en condiciones de inferioridad cuando quiere hablar de la verdad y la justicia a una criatura pequeña, a quien perturban los sentidos y el corazón. Y después, cuando haya crecido entre las pompas de la Iglesia, entre misterios aterradores y místicas locuras, será demasiado tarde para que pueda recobrar un poco de sentido común, pues su inteligencia estará ya falseada para siempre.

—Si tú tienes tu derecho de padre —replicó ella violentamente—, yo tengo mi derecho de madre, ¿no es eso? No me vas a quitar a mi hija, a los diez años, cuando todavía necesita de mí. Sería, sencillamente, monstruoso. Soy una mujer honrada, y quiero que Luisa sea también una mujer honrada. Irá a la doctrina. Y, si es menester, la llevaré yo misma.

Marcos, ya en pie, hizo un ademán de furiosa protesta. Pero tuvo suficiente fuerza de voluntad para no pronunciar palabras de extremada violencia, que hubiesen provocado la ruptura inmediata. ¿Qué decir, qué hacer? Retrocedió, como siempre, ante la horrible tristeza de la destrucción de su hogar, ante su dicha, trocada en constante martirio. Seguía amando a aquella mujer tan obcecada y, sobre todo, que tan testaruda se mostraba; tenía aún en los labios el sabor de los de ella y no podía borrar los días dichosos de sus primeros tiempos de matrimonio, todo lo que entonces le ató con fuertes e indestructibles lazos, la hija en que ambos se habían como fundido, causa hoy de sus disputas. Tratábase de un callejón sin salida en que se veía acorralado y acosado, como tantos otros se vieron antes que él. A menos de portarse brutalmente arrancando la niña a su madre, trastornando y desolando cada día más la casa, no había manera posible y práctica de resolver la dificultad. Y él, con su dulzura y bondad, era incapaz de tener la energía y la frialdad necesarias para una lucha como aquélla, en que sangraban su corazón y los de los suyos. En aquel terreno, pues, se veía derrotado de antemano.

Hasta aquel instante, Luisa, callada e inmóvil, había estado oyendo cómo su padre y su madre discutían, sin atreverse a intervenir. Hacía algún tiempo que al presenciar sus frecuentes riñas, sus grandes ojos castaños iban del uno al otro con entristecida expresión de creciente sorpresa.

—Pero, papá —dijo al cabo, interrumpiendo el penoso silencio que se había producido—. ¿Por qué no quieres que vaya a la doctrina?

Estaba muy alta para su edad, y tenía dulce y sereno el rostro, en el que se advertían, mezclados, rasgos de los Duparque y los Froment. Si tenía la cara un poco

larga de los primeros, sus sólidas y tenaces mandíbulas, tenía también la elevada frente de los segundos, torre de la razón, de la sana voluntad. Aunque era una niña, denotaba viva inteligencia y una gran afición a la verdad, cuyo acicate le hacía preguntar continuamente a su padre, a quien adoraba, si bien quería mucho también a su madre, que tenía puestos en ella sus cinco sentidos.

—Pero, papá —continuó—, ¿crees que si me dicen en la doctrina cosas que no sean racionales las voy a creer?

A pesar de su emoción, Marcos no pudo menos de sonreírse.

—Racionales o no, tendrás que aceptarlas.

—Pero tú me las explicarás.

—No, hija mía. Son y deben seguir siendo inexplicables.

—Tú me explicas muy bien todo lo que te pregunto cuando vuelvo de la escuela y no he entendido algo… ¡Como que gracias a ti soy la primera de la clase!…

—Si volvieras de oír la explicación del cura Quandieu, yo no tendría nada que explicarte, pues las supuestas verdades del catecismo son, por esencia, inaccesibles a nuestra razón.

—¡Qué raro es eso!

Y Luisa se quedó callada un instante, con la mirada vaga, sumida en profundas reflexiones. Después, con voz lenta y aire muy ensimismado, acabó, pensando en voz alta:

—Es raro… Yo, cuando no me explican una cosa o no la comprendo, no recuerdo nada; aquello es lo mismo que si no existiera. Cierro los ojos y no veo nada: todo está negro. Entonces, por más que me esfuerce, soy la última.

Estaba encantadora con su carita seria, de niña formal, ya que, por instinto, tendía a todo lo bueno, lo claro y lo discreto. Cuando querían meterla a la fuerza en la cabeza cosas cuyo sentido no comprendía o que le parecían malas, sonreía con serenidad para no ofender a la gente, pero formalmente decidida a no hacer caso.

Genoveva intervino, disgustada y con la voz algo trémula, para decir:

—Si tu padre no puede explicarte el catecismo, yo te lo explicaré.

Luisa fue enseguida a besar a su madre cariñosamente, como si temiera haberla molestado.

—Eso es, mamá. Tú me repasarás las lecciones. Ya sabes que no tengo mala voluntad para aprender.

Luego, volviéndose a su padre, le dijo con voz alegre:

—Mira, papá… Puedes dejarme ir a la doctrina, porque ya verás cómo saco provecho. Tú mismo dices que hay que aprenderlo todo, para saber más y poder elegir…

Marcos cedió otra vez, sintiéndose sin fuerzas ni me dios para proceder de otra manera. Reprendíase a sí mismo su debilidad, pero no podía menos de seguir amando y siendo débil en su devastado hogar, donde cada día resultaba más dolorosa la lucha. Un poco de esperanza le daba aún su Luisa, tan sensata, tan cariñosa, tan deseosa de

evitar disgustos a sus padres. Pero ¿qué podía esperarse de las palabras de una niña demasiado pequeña todavía para que pudiese pensar bien lo que decía? ¿No acabarían por arrebatársela, como se habían apoderado de tantas otras? Y se inquietaba, se martirizaba, enojado consigo mismo más que con nadie, temeroso de lo porvenir.

Otro hecho acaeció poco después para consumar la ruptura. Habían ido pasando los años y la clase de Marcos se renovaba. Su discípulo favorito, Sebastián Milhomme, que tenía ya quince años, se preparaba, por consejo suyo, para el ingreso en la Escuela Normal de Beaumont, luego de haber obtenido a los doce años su certificado de estudios. Otros cuatro alumnos habían obtenido también el certificado: los dos hermanos Augusto y Carlos Doloir y los gemelos Aquiles y Felipe Savin. Augusto había seguido el oficio de albañil, como su padre, y Carlos había entrado de aprendiz en casa de un cerrajero. Savin no quiso hacer caso a Marcos, que le aconsejaba que hiciese a sus hijos maestros, pues decía que no quería verles morirse de hambre en una profesión ingrata, deshonrada y desprestigiada por todos; por ello estaba muy satisfecho por haber conseguido colocar a Aquiles en casa de un curial y esperaba encontrar otro destinillo para Felipe. Fernando Bongard había ido tranquilamente a ocuparse en la labranza de las tierras que tenía en arrendamiento su padre, al no haber conseguido alcanzar el certificado por su dura cabeza; pero, de todos modos, salió de la escuela algo refinado y con la inteligencia menos obtusa que la de sus padres. Lo mismo ocurría con las niñas que habían ido saliendo de la escuela de la señorita Rouzaire. Ángela Bongard, más lista que su hermano, se había llevado a la granja su certificado de estudios, y era una personilla ambiciosa y astuta, capaz de llevar bien las cuentas y que soñaba constantemente con mejorar de posición. Y Hortensia Savin, sin certificado todavía a los dieciséis años cumplidos, era una morena muy linda, muy devota y muy ladina, que seguía siendo hija de María, y para la cual soñaba su padre una buena boda, aunque acerca de ella había corrido cierta misteriosa historia de seducción, y hasta se hablaba de un embarazo, cada día más difícil de ocultar. Por otra parte, nuevos discípulos habían ido a la escuela de Marcos a reemplazar a los pasados en el continuo flujo de las generaciones: otro Savin, León, del cual estaba encinta la preciosa señora de Savin en los días del proceso de Simón, y otro pequeñuelo de Doloir, llamado Julio, nacido después del proceso, y que iba a cumplir siete años. Después vendrían, a su vez, los hijos de aquellos niños instruidos por él, y acaso sería él mismo, si le dejaban en su puesto, quien les instruyera, haciendo así dar un paso más en el saber a la humanidad en marcha. Por cierto que un nuevo discípulo a quien Marcos se había empeñado en llevar a su clase, le costaba muy serios disgustos. Era Pepito, el hijo de Simón, que tenía once años. Durante mucho tiempo no se había atrevido Marcos a exponerle a las malas palabras y los golpes de los demás chicos. Pero, después, confiado en que se calmaban un tanto las pasiones, se había arriesgado a llevárselo, insistiendo mucho con la señora de Simón y los Lehmann y prometiéndoles velar constantemente sobre su querido pequeñuelo. Hacía cerca de tres años que le tenía en su clase, y acabó por

imponerle al compañerismo de sus condiscípulos, después de haber tenido que defenderle de toda clase de vejaciones. Hasta se había servido de él como de un viviente ejemplo de tolerancia, dignidad y bondad. José era un chico muy guapo, en el cual la gran belleza de su madre se unía al sólido entendimiento del padre, y a quien la horrible historia de que había sido preciso enterarle había dado una precoz madurez y un aire grave y reservado. Aplicábase con taciturno afán, y parecía empeñado en ser siempre el primero de clase, para lograr al menos aquel triunfo y elevarse así sobre los ultrajes. Su sueño y su formal aspiración, que Marcos alentaba, era hacerse maestro. Y en aquella resolución infantil latía una especie de desquite y de rehabilitación. Sin duda, aquel callado fervor de José, aquella formalidad apasionada del niño, tan inteligente y tan guapo, fue lo que conmovió grandemente a Luisa. Él tenía tres años justos más que ella, se hicieron muy amigos y les regocijaba verse juntos. A veces le retenía Marcos después de la clase y, en ocasiones, iba a buscarle su hermana Sara. Sebastián Milhomme, que se quedaba, asimismo, jugaba con ellos. Y era un encanto ver jugar a los cuatro niños, sin reñir jamás, tan de acuerdo estaban en todo. Horas enteras pasaban las dos parejitas leyéndose cuentos, recortando estampas y dando carreras como cabritillos alborozados. A los diez años Sara, a quien su madre tenía consigo, no atreviéndose a dejarla aventurarse fuera como al muchacho, era una niña deliciosa, muy amable y muy buena, a la que Sebastián, que le llevaba cinco años, trataba como un cariñoso hermano mayor y con la que se reía a carcajadas cuando ella saltaba bruscamente sobre su espalda para que hiciera de caballo. Sólo Genoveva acababa estando violenta los días que se juntaban los cuatro niños en su casa. Para ella era éste un nuevo motivo de enfado contra su marido. ¿Por qué metía en casa a aquellos judíos? Su hija no tenía necesidad de comprometerse, alternando con los hijos de un infame criminal que estaba en presidio. Y aquello dio lugar a nuevas y violentas discusiones entre el matrimonio.

Por fin se presentó la catástrofe. Precisamente una tarde en que los cuatro niños estaban jugando cerca de la clase, Sebastián sintióse atacado de repentino malestar, y Marcos tuvo que acompañarle a su casa. Iba tambaleándose como un beodo. Al día siguiente guardo cama y se le declararon unas terribles fiebres tifoideas que, en espacio de tres semanas, amenazaron llevársele… Su madre, la viuda de Alejandro, pasó horas horribles, clavada junto al lecho del enfermo querido, sin bajar para nada a la papelería. Por cierto que desde el proceso de Simón se había ido retirando poco a poco, para dejar a su cuñada, la viuda de Eduardo, el cuidado de manejar su común negocio en la forma más conveniente para sus intereses. La última, que era el hombre en aquella asociación, fue también la directora indicada, después del triunfo de los clericales. La presencia de la viuda de Alejandro detrás de ella con su hijo Sebastián, que estaba preparándose para ingresar en la Escuela Normal, bastaba para asegurar al almacén de papelería la clientela de la escuela laica, y la viuda de Eduardo quería ensanchar triunfalmente la venta entre los otros parroquianos, entre la masa devota, la cual estimaba a ella y a su hijo Víctor, que acababa de salir de la escuela de los

hermanos. Así la tienda estaba abierta a todas las opiniones con sus libros de texto, sus cuadros escolares, sus libros de misa, sus estampas y sus periódicos. A los diecisiete años Victor, que no había podido conseguir su certificado de estudios, era un muchachote recio, de cabeza dura cara de pocos amigos y violento de genio. Siempre había sido un pésimo estudiante y soñaba con sentar plaza para llegar a general, como en los días de su niñez, cuando jugaba a los soldados, y hasta hacía prisionero a su primo Sebastian, pegándole con furia. Y mientras cumplía la edad para entrar en el ejército, no hacía nada, burlaba la vigilancia de su madre y, como la venta de papel y plumas le repugnaba, vagabundeaba por Maillebois en compañía de otro discípulo de los hermanos, Polidoro, hijo del peón caminero Souquet y sobrino de Pelagia, la criada de la señora de Duparque. Polidoro, paliducho y cazurro, sobremanera perezoso, pensaba hacerse hermano de la Doctrina Cristiana para halagar a su tía, que le mimaba en extremo. Veía en ello, en el fondo un recurso para no tener que ir a machacar piedras por las carreteras como su padre, y, sobre todo, para librarse del cuartel, que le inspiraba horror. Víctor y Polidoro, de gustos tan diferentes, estaban muy acordes en su común afición a vagar desde la mañana a la noche, con as manos metidas en los bolsillos, sin contar con que se regodeaban con las busconcillas de las fábricas, entre los matorrales, a orillas del Verpille. Desde que Sebastián estaba enfermo de peligro, su madre, la viuda de Alejandro, no bajaba siquiera a la papelería, donde la viuda de Eduardo, sola siempre y sin saber por dónde andaría su hijo Víctor, atendía muy atareadamente a la venta, satisfecha cuando había muchos compradores.

Marcos iba todas las mañanas a saber de su discípulo favorito, y asistió día por día a aquel drama conmovedor, a la pena atroz de aquella pobre madre que veía morir a su único hijo por momentos. La agradable viuda de Alejandro, aquella rubia de pálido rostro que había amado apasionadamente a su marido, desde que se quedó viuda concentró todo su cariño en aquel niño rubio y cariñoso como ella. Y Sebastián, acariciado y mimado por su madre, le correspondía con una idolatría filial, como a una madre divina a quien jamás podría pagar los amorosos beneficios que le debía. Tratábase de un firme y poderoso vínculo de adorable ternura que les unía a los dos, uno de esos amores infinitos en que se funden dos seres, hasta el punto de que no puede uno separarse del otro sin arrancarle el corazón. Cuando Marcos llegaba a la reducida habitación del entresuelo de encima de la tienda, un cuarto sombrío y caluroso, encontraba a la viuda de Alejandro desconsolada, conteniendo las lágrimas, esforzándose en sonreír a su hijo, ya flaco y consumido por la fiebre.

—¡Hola, Sebastián! ¿Te sientes mejor hoy?

—¡Ay, no, señor Froment! ¡Esto no va bien, no va nada bien!…

Apenas podía hablar, con la voz opaca y apagada. Pero su madre, con los ojos encendidos y temblorosos, contestaba con fingida alegría:

—No le haga caso, señor Froment. Está mucho mejor. Y dentro de unos días estará bien del todo.

Pero, cuando salía a acompañar al maestro hasta la escalera, después de cerrar la puerta tras sí, murmuraba:

—¡Ay, Dios mío! Mi pobre hijo se muere. ¡Es horrible ver a un muchacho tan guapo, tan robusto, completamente cambiado, con esa carita consumida en la que ya no quedan más que los ojos!… ¡Dios mío, Dios mío!… ¡Me siento morir con él!…

Ahogaba sus lamentos, se enjugaba rápidamente las lágrimas y volvía a entrar con la sonrisa en los labios en aquella alcoba de agonía, donde, sin dormir, sin ayuda de nadie, pasaba las horas luchando con la muerte.

Una tarde la encontró Marcos sola, como siempre, arrodillada ante la cama de su hijo, sollozando con la cara entre las sábanas. Su hijo, no podía oírla, pues desde la víspera estaba delirando, abatido por la fiebre, sin ver ni oír ya. Y ella se desahogaba exhalando a gritos su inconsolable dolor.

—¡Hijo mío, hijo mío!… ¿Qué mal he hecho yo para que me quiten a mi hijo?… ¡Un niño tan bueno, un niño que era mi corazón como yo era el suyo!… ¡Qué habré hecho yo, qué habré hecho!…

Levantóse y cogió las dos manos de Marcos, apretándoselas convulsivamente.

—Dígame usted, usted que es bueno, ¿verdad que es imposible que se padezca tanto, que se vea uno castigado así cuando está limpio de culpa, cuando no se ha hecho daño a nadie?… Sería monstruoso ser castigado cuando no se ha hecho nada malo… ¿No es verdad? ¿No es verdad? Esto tiene que ser una expiación, pero ¿de qué? ¡Si fuese verdad, Dios mío, si yo lo supiera!…

Parecía presa de una horrible lucha. Desde hacía algunos días la agitaba una terrible angustia. Sin embargo, no habló aún aquel día, pero al siguiente corrió a recibir a Marcos como arrebatada por el deseo firmísimo de acabar de una vez. Sebastián yacía en la cama casi sin aliento.

—Óigame, señor Froment… Es menester que se lo confiese a usted. Acaba de salir el médico; mi hijo va a morirse. Sólo un milagro puede salvarle… Por eso me ahoga mi culpa. He llegado a creer que he sido yo quien ha matado a mi hijo, que se me castiga con su muerte por haberle obligado a mentir hace tiempo y haberme obstinado en esta mentira para tener paz, mientras otro, un inocente, padecía los más horribles tormentos… ¡Oh, qué lucha, qué tortura me destroza desde hace días!…

Marcos la escuchaba lleno de sorpresa, sin atreverse a comprender…

—Ya sabe usted, señor Froment, que me refiero a aquel infeliz Simón, el maestro, a quien condenaron por la violación y asesinato de Ceferinito… Hace más de ocho años que está en presidio, y usted me ha dicho con frecuencia que allí padecía atrocidades, que me ponían mala sólo de oírlas… Hubiese querido hablar: se lo juro a usted. Y varias veces he estado a punto de desahogar mi conciencia, tanto me acosaban los remordimientos. Pero me acobardé pensando en la paz de mi hijo, en los perjuicios que tal revelación pudieran causarle… ¡Qué mala fui! ¡Me callaba por su felicidad, y ahora me lo arrebata la muerte! ¡Estoy segura de que me lo quita porque cometí la falta de callarme!…

Hizo un gesto de loca, como si la justicia eterna cayera sobre ella como un rayo.

—Por eso necesito desahogarme, señor Froment. Puede ser que aún llegue a tiempo, que se compadezca de mí la justicia, si reparo mi falta… ¿Se acuerda usted de la muestra de escritura, de la cual se buscó tanto otro ejemplar? Al día siguiente del crimen, Sebastián le confesó a usted que había visto una en poder de su primo Víctor, que la trajo de la escuela de los hermanos, a pesar de saber que estaba prohibido. Era verdad. Pero aquel mismo día nos asustaron de tal modo, que tanto mi cuñada como yo obligamos a mi hijo a que mintiera, diciendo que se había equivocado… Mucho tiempo después encontré la muestra, que se había quedado olvidada en un cuaderno viejo, y por entonces fue cuando Sebastián, atormentado por la mentira, se lo confesó a usted. Cuando vino a contarme que se lo había dicho a usted, me horroricé, mentí a mi vez y le mentí a él mismo, diciéndole, para acallar sus escrúpulos, que aquel papel no existía ya, porque yo lo había destruido. Y ésta es seguramente la culpa por la que me veo castigada en lo único que tengo en el mundo, en mi hijo adorado. Ese papel existe, pues por un resto de honradez no me atreví nunca a reducirlo a cenizas… Lléveselo usted, señor Froment. ¡Aquí está; líbreme de ese papel aborrecible; él es quien ha traído la desgracia a mi casa!…

Abalanzóse a un armario, y de debajo de un lío de ropa sacó un cuaderno viejo de Víctor, dentro del cual estaba la muestra, que dormía allí desde hacía ocho años. Sobrecogido, la miraba Marcos. ¡Allí estaba el documento que creyó destruido, el dato nuevo que tanto se había buscado! Por fin tenía un ejemplar exactamente igual al que había figurado en el proceso, con las palabras «Amaos los unos a los otros», acompañadas de la rúbrica ilegible en que los peritos habían creído ver las iniciales de Simón. Y sería difícil sostener que aquella muestra no había salido de la escuela de los hermanos, pues estaba copiada en toda una plana del cuaderno de Víctor, de puño y letra del niño. Pero hubo un instante en que Marcos estuvo a punto de desvanecerse: en el pico de la izquierda, y en la parte de arriba, es decir, en el mismo que faltaba a la pieza de convicción del proceso, se veía, clarísimo e intacto, el sello con que los hermanos marcaban los objetos pertenecientes a su escuela. El asunto se aclaraba con repentina y cegadora luz: alguien había arrancado la punta de la muestra hallada en la alcoba de Ceferino para quitar el sello y despistar así a la justicia en sus investigaciones.

Marcos, emocionadísimo, apretó las manos de la viuda de Alejandro, en un arranque de agradecimiento y simpatía irresistibles.

—¡Ay, señora! Acaba usted de llevar a cabo una hermosa acción. ¡Ojalá se compadezca de usted la muerte y le devuelva su hijo!…

En aquel momento se dieron cuenta de que Sebastián, que tenía perdido el conocimiento desde la víspera, acababa de abrir los ojos y les miraba fijamente. Ambos se impresionaron mucho. El enfermo conoció a Marcos, pero deliraba aún y balbuceaba con débil voz:

—Señor Froment, ¡qué sol tan hermoso! Voy a levantarme y me llevará usted a que le ayude a dar clase, ¿verdad?

Su madre le besaba locamente.

—¡Ponte bueno, ponte bueno, hijo mío! Y jamás volveremos a mentir. ¡Hay que ser siempre justos y bondadosos!

Marcos, al salir de la alcoba, se dio cuenta de que la viuda de Eduardo, que había subido al oír el ruido, era testigo de la escena. Le había visto meterse en el bolsillo interior de la americana el cuaderno de caligrafía de su hijo y la muestra. Bajó con él silenciosamente, pero cuando llegaron a la tienda, dijo:

—Estoy desesperada, señor Froment. No nos juzgue usted mal: somos dos pobres mujeres solas, que pasamos muchos trabajos a fin de reunir unos céntimos para la vejez… No le pido a usted que me devuelva ese papel. Comprendo perfectamente que no puedo oponerme a que usted lo utilice. Pero crea usted que se nos viene encima una verdadera catástrofe… Y no me juzgue usted mala, se lo ruego, porque procuré entonces sacar a flote nuestra tiendecita…

Y, efectivamente, no era mala. Lo que ocurría es que no tenía más afán ni más deseo que la prosperidad de su humilde papelería. Y ya tenía pensado, para el caso de que triunfara la escuela laica, salir del paso retirándose por el foro y dejando a la viuda de Alejandro atender a la tienda y recibir a la clientela. Pero como esto representaba un enorme sacrificio para su temperamento mercantil y su deseo de dominar, procuraba dilatar todo lo posible la catástrofe.

—Podía usted utilizar sólo la muestra, sin presentar para nada el cuaderno de mi hijo… También se me ocurre otra cosa: si usted quisiera variar un poco lo ocurrido, podría decir, por ejemplo, que yo fui quien encontró la muestra y se la di a usted, lo cual nos serviría de mucho… Entonces nos pondríamos de parte de usted, seguras de su triunfo…

Marcos, a pesar de su emoción, no pudo menos de sonreír.

—A mi parecer, señora, lo más decoroso y lo más fácil es decir la verdad. Así quedará usted en muy buen lugar.

Ella se tranquilizó algo aparentemente.

—Si usted lo cree así… Por mi parte, me alegraré de que se restablezca la verdad con tal de que no nos perjudique.

Marcos, muy atentamente, había sacado los papeles del bolsillo para que viese lo que se llevaba. Y estaba ella diciéndole que los conocía perfectamente, cuando entró corriendo Víctor, acompañado de su amigo Polidoro Souquet. Los dos muchachos, que venían alborotando y riendo entre sí, satisfechos de alguna travesura que sólo ellos conocían, lanzaron una mirada a la muestra, y Polidoro manifestó gran sorpresa.

—¡Ay! —dijo—. ¡El papel!

—Pero como Marcos alzara vivamente la cabeza, extrañado por aquella exclamación y presintiendo que iba a aclararse un poco más la verdad, el muchacho

trató de anular el efecto de lo que había dicho, recobrando el aspecto hipócrita y soñoliento de siempre.

—¿Qué papel? ¿Habías visto éste, acaso?

—¿Yo? ¡No!… Dije eso de papel… porque es un papel.

Marcos no pudo sacarle nada más. En cuanto a Víctor, seguía con su aire de broma, divertido, al parecer por aquella antigua historia que salía otra vez a relucir. ¡Ah! ¡Sí! Se trataba de la muestra que trajo él de la escuela tiempo atrás y sobre la cual había armado el bobo de Sebastián no sabía qué historias. Cuando se retiró Marcos, la viuda de Eduardo le acompañó hasta la puerta de la calle para suplicarle de nuevo que las ahorrase disgustos. Acababa de acordarse de su primo el general Jarousse, que seguramente no quedaría muy satisfecho de su conducta. Antaño las había honrado grandemente con su visita para explicarles que, cuando la verdad podía hacer daño a la patria, era preferible y hasta gloriosa la mentira. Y si el general Jarousse se incomodaba, ¿qué sería de Víctor, que contaba con el apoyo de su tío para llegar a ser general como él?

Por la tarde, Marcos tenía que comer en casa de la señora de Duparque, a la que seguía visitando para que no fuese su mujer siempre sola a aquella casa. Le preocupaba mucho la exclamación de Polidoro, pues adivinaba que tras ella estaba la verdad completa. Y cuando llegó con Genoveva y Luisa a casa de «aquellas señoras» distinguió en la cocina al muchacho que cuchicheaba con su tía con mucho interés. Además, «aquellas señoras» le recibieron con tanta frialdad, que advirtió una amenaza en el ambiente, ya de suyo tan hostil hacia él. Desde los acontecimientos ocurridos en los últimos años, la señora de Berthereau, madre de Genoveva, se había ido debilitando mucho, estaba casi siempre enferma y parecía dominada por una tristeza muy honda, a pesar de su aparente resignación.

En cambio, la abuela, la señora de Duparque, a pesar de sus setenta y un años, seguía batalladora y terrible, con una fe inquebrantable. Cuando Marcos comía en su casa, para darle a entender, sin duda, los motivos excepcionales por los cuales se consideraba obligada a recibirle, no invitaba a nadie más y, en aquella soledad, le daba a entender su condición de paria, indigno de tratar con las personas decentes. Aquella vez, como las anteriores, la comida fue puramente íntima, silenciosa y llena de tirantez. Y Marcos, en los semblantes enojados y, sobre todo, en la sequedad hostil de Pelagia, comprendió que iba fraguándose una tormenta.

No obstante, la señora de Duparque se contuvo hasta los postres, como si quisiera cumplir correctamente sus deberes de ama de casa. Por fin, cuando Pelagia sirvió ya las peras y manzanas, dijo:

—Puede usted irse a comer con su sobrino. Tiene permiso para ello.

Y la criada respondió con su voz gruñona y agresiva:

—¡Pobre muchacho! ¡Bien necesita reponerse un poco después de la violencia que no hace mucho han querido causarle!

Marcos comprendió enseguida que «aquellas señoras» estaban enteradas del hallazgo de la muestra de caligrafía por informes del muchacho, que había ido a contárselo a su tía con intención que él no adivinaba. Y no pudo por menos de echarse a reír.

—¡Caramba! —dijo—. ¿Quién ha sido el que se ha atrevido a violentar a Polidoro?… ¿Habré sido yo, tal vez, esta tarde en casa de las señoras de Milhomme, donde este simpático muchacho trató de engañarme haciéndose el tonto?

Pero a la señora de Duparque no le hizo ninguna gracia que se tratase en tono irónico de cuestión tan grave. Habló, sin embargo, sin aparentar incomodarse, con su aire seco y frío, que no admitía defensa. ¿Era posible que todavía se obstinase el marido de Genoveva en resucitar aquel abominable asunto del maestro Simón? ¡Un asqueroso asesino, justamente condenado, que no merecía ninguna lástima y a quien hubieran debido cortar la cabeza para terminar de una vez con él! Su inocencia era una leyenda criminal de que querían valerse los espíritus malignos para quebrantar la religión y entregar Francia a los judíos. ¡Y he aquí que Marcos se empeñaba en remover de nuevo aquel montón de cieno y pretendía haber encontrado la prueba, el famoso dato nuevo, tantas veces anunciado! ¡Bonita prueba, en verdad, un trozo de papel hallado no se sabía cómo ni dónde, un embuste de muchachos que mentían o se engañaban ellos mismos!…

Marcos dijo tranquilamente:

—Habíamos convenido, abuela, en no hablar de estas cosas, y usted es quien empieza sin que yo me haya propasado a hacer la más mínima alusión. ¿Para qué vamos a reñir? Mi convicción es firme…

—¿Sabe usted quién es el verdadero culpable y va usted a denunciarle a la justicia? —preguntó fuera de sí la anciana.

—Evidentemente.

De pronto, Pelagia, que había empezado a quitar la mesa, no pudo contenerse más.

—Supongo que no será el hermano Gorgias. Respondo de ello.

Iluminado de repente, se dirigió Marcos a ella:

—¿Por qué dice usted eso?

—Pues porque la noche del crimen el hermano Gorgias fue a acompañar a mi sobrino Polidoro a casa de su padre, en la carretera de Jonville, y volvió a la escuela antes de las once. Polidoro y otros testigos lo declararon así en el Juzgado.

Marcos seguía mirándola fijamente, mientras en su inteligencia tendía a formarse una reconstrucción del crimen. Lo que había supuesto se materializaba y se volvía certidumbre. Veía al hermano acompañar a Polidoro, regresar en aquella noche calurosa, pararse ante la ventana de Ceferino, abierta de par en par, y hablar con el niño, medio desnudo ya. El hermano saltaba por aquella ventana baja, acaso para ver las estampas, y acometido de brusco frenesí al fijarse en el pálido cuerpo del angelical jorobadito, se abalanzaba sobre él, le tiraba al suelo, ahogando sus gritos, y

después de ultrajado y estrangulado el niño, salía por la ventana, dejándola abierta. Había sacado del bolsillo el número de «Le Petit Beaumontais» para hacer una mordaza, sin advertir, en su turbación, que con él iba la muestra. Y el padre Filibín fue quien al día siguiente, al descubrir el crimen, no pudiendo destruir la muestra porque la había visto el auxiliar Mignot, tuvo que contentarse con arrancar la punta para que, al quitar el sello, desapareciese aquella prueba irrecusable de su procedencia.

Despacio, como midiendo bien sus palabras, dijo Marcos:

—El hermano Gorgias es el culpable. Todo lo prueba, ¡lo juro!

En torno de la mesa se alzó una clamorosa protesta. La señora de Duparque, sobre todo, estaba sofocada. La señora de Berthereau, cuyas tristes miradas iban de su hija a su yerno, temiendo verlos desunidos, hizo un gesto de suprema desesperación. Y mientras Luisita, muy atenta a las palabras de su padre, no pestañeaba, Genoveva se levantó airadamente de la mesa, diciendo:

—¡Más te valdría callar!… ¡Llegaré muy pronto a no poder estar a tu lado, porque me obligarás a aborrecerte!…

Por la noche, cuando ya acostada Luisita el matrimonio también se metió en la cama, hubo en la obscura alcoba un grave silencio. Después de la comida y durante el camino, de regreso al hogar, ni ella ni él habían pronunciado una palabra. Pero siempre era él quien primero parlamentaba, enternecido, pues le hacían padecer mucho aquellos disgustos. Y cuando quiso tomarla dulcemente entre sus brazos, ella le rechazó nerviosa, estremecida por una especie de repulsión.

—¡No! ¡Déjame!

El marido, ofendido, no insistió. Y volvió el penoso silencio. Luego, al cabo de un largo rato, dijo ella:

—No te he dicho una cosa… Creo que estoy embarazada…

Vivamente, sintiendo una gran emoción de felicidad, se acercó Marcos otra vez a ella y trató de atraerla de nuevo contra su pecho.

—¡Oh, Genoveva! ¡Qué buena noticia! Otra vez vamos a ser el uno del otro…

Entonces ella se desprendió de él con un movimiento más impaciente todavía, como si francamente le molestara aquel hombre, su marido, acostado junto a ella.

—¡No, no! ¡Déjame!… Me siento molesta y no voy a poder dormir, pues el menor movimiento me trastorna… Si esto sigue así, tendremos que hacer cama separada.

Y no volvieron a cruzar palabra. No hablaron más, ni del proceso de Simón ni de aquel embarazo tan bruscamente anunciado. Sólo se oían en las mortales tinieblas de la alcoba las dos respiraciones oprimidas. Ni uno ni otro dormían, pero sus pensamientos de inquietud y dolor permanecían impenetrables, cual si viviesen en mundos situados a millares de leguas. Y desde muy lejos, desde el fondo de la noche obscura y dolorosa, parecían venir gemidos confusos que lloraban por su amor.

# IV

Marcos, una vez en posesión de la muestra de escritura, se decidió, tras pensarlo varios días, a citar a David para que acudiera una noche a casa de los Lehmann, en la calle del Hoyo.

Pronto haría diez años que los Lehmann, bajo la execración pública, vivían obscurecidos en aquella húmeda mansión que parecía una tumba. Cuando las turbas antisemitas y clericales iban a amenazar su tienda, cerraban las puertas y continuaban trabajando, quieras que no, a la humosa luz de dos lámparas. Como toda la clientela de Maillebois, incluso la de sus correligionarios, les había abandonado, vivían exclusivamente de la ropa confeccionada al por mayor para los almacenes de París. Y esta dura labor, muy mal pagada, tenía al viejo Lehmann y a su triste mujer encorvados sobre el banco durante catorce horas, dándoles apenas el pan con que alimentarse y alimentar a su hija Raquel y a los hijos de Simón: cinco personas en total, escondidas allí, en aquel ambiente de profunda miseria, sin una alegría y sin una esperanza. Todavía entonces, al cabo de tantos años, las personas que pasaban por la acera escupían ante la puerta, por desprecio y terror hacia aquel antro inmundo donde, según la leyenda, habían llevado la sangre de Ceferino, aún caliente, para realizar sortilegios. Y en aquella horrible miseria, entre aquel dolor tan grande como callado, caían las cartas de Simón, del mísero presidiario, cada vez más escasas y breves, como indicando la lenta agonía del inocente.

Aquellas cartas eran la única emoción que podía experimentar Raquel en el resignado sopor donde había acabado viviendo. Su magnífica belleza ya no era más que una ruina devastada por lágrimas. Solamente la unían a la vida sus hijos: Sara, una niña todavía, a la que guardaba consigo, no atreviéndose a exponerla a los ultrajes de la mala gente, y José, ya mayor, que lo comprendía todo, y a quien Marcos defendía en su escuela. Durante mucho tiempo se había conseguido ocultar a los niños la espantosa historia de su padre. Luego, hubo que instruirles diciéndoles la verdad para evitar en sus cabecitas cavilaciones dolorosas. Y a la sazón, cuando llegaba una carta del presidio, era leía ante ellos: prueba amarga, viril educación en que maduraba la naciente inteligencia de ambos. Tras cada una de aquellas lecturas heroicas, la madre les cogía en sus brazos y les repetía que en todo el mundo no había hombre más honrado, más noble y más bueno que su padre. Les juraba que era inocente, les hablaba del atroz martirio que resistía y les anunciaba que algún día estaría libre, rehabilitado y aclamado. Y para cuando llegara aquel día les pedía que le quisieran, que le veneraran y que le rodearan de un culto cuya dulzura le hiciese olvidar tantos años de tormento. Pero ¿viviría hasta aquel día de verdad y de justicia? Ya era un milagro que no hubiera sucumbido entre los brutos que le martirizaban. Para no sucumbir había necesitado una energía moral extraordinaria, una resistencia fría, un feliz temperamento lógicamente cuidado. Sin embargo, las últimas cartas eran más inquietantes, pues se manifestaba sin fuerzas, quebrantado… Tales fueron los

temores de Raquel, que ella, tan poco activa, se atrevió, sin consultar con nadie, a ir una mañana a ver al barón Nathan, que veraneaba con los Sangleboeuf en la Désirade. Se llevó la última carta de su marido para mostrársela al barón, suplicándole que interpusiera su gran influencia, ya que era un judío triunfante, rey del dinero, para obtener un poco de compasión hacia el pobre desdichado, hacia el mártir judío que agonizaba allá lejos. Y volvió deshecha en lágrimas, estremecida, como si saliera de un lugar deslumbrador y terrible. Ni siquiera recordaba bien lo que había ocurrido. El barón la había recibido muy serio, irritado por aquel atrevimiento. Quizá le había encontrado con su hija, la condesa de Sangleboeuf, una señora de rostro blanco y frío. Raquel no podía decir ni cómo había sido despedida, lo mismo que una pedigüeña, con palabras negativas. Después se encontró fuera, con los ojos deslumbrados de haber visto tantas riquezas acumuladas en la maravillosa Désirade, con sus suntuosos salones, sus aguas corrientes y sus claras estatuas. Y tras aquella tentativa abortada, volvió a su triste espera, no siendo en su duelo perenne, perseguida por los hombres y las cosas, sino la protesta viva del dolor.

En aquella mísera casa donde se alojaba el sufrimiento no contaba Marcos más que con David, hombre de inteligencia clara y de corazón tan recto como hermoso. Desde que condenaron a su hermano, ya hacía casi diez años, le veía aplicado a la misma tarea, sin impaciencias ni desfallecimientos, sin desesperar jamás, a pesar de las dificultades de su labor. Conservaba toda su fe y su convicción en la inocencia de su hermano, así como la certeza de que brillaría alguna vez. Y proseguía su obra con una discreción absoluta y con una limpidez y una lógica admirables, empleando semanas y meses para avanzar un paso y sin dejarse distraer por nada. Seguidamente comprendió que para semejante trabajo necesitaba algún dinero. Por ello dividió en dos partes su vida, reasumiendo ostensiblemente la dirección de las canteras que tenía arrendadas al barón Nathan. A los ojos de todo el mundo las explotaba personalmente, cuando, en realidad, era un hombre muy afecto a él, su contramaestre, quien llevaba prácticamente la dirección. Y los beneficios, prudentemente empleados, le bastaban para su obra, para su verdadera misión, o sea la continua investigación proseguida sin descanso. Hasta se le creía avaro y se le acusaba de que, ganando considerables cantidades, no acudiera en auxilio de su cuñada, refugiada en el tabuco de los Lehmann, donde tanto trabajo producía tantas privaciones. Hubo un instante en que estuvo a punto de ser desposeído de su cantera, pues los Sangleboeuf amenazaron con entablarle un pleito, evidentemente impulsados por el padre Crabot, quien hubiera querido arrojar de la comarca, o cuando menos privar de recursos, a aquel David tan callado y tan activo, cuyos continuos trabajos en la sombra no dejaba de percibir el religioso. Afortunadamente, había un contrato de treinta años concedido antaño por el barón, con lo que David pudo continuar la extracción de arenas y guijarros, que le aseguraba el dinero necesario para su misión. Su principal esfuerzo dirigíase hacía tiempo hacia el traslado ilegal que sospechaba hecho por el presidente Gragnon al jurado en la sala de deliberaciones tras la terminación de la vista. Al cabo

de un sinfín de pesquisas, casi había reconstituido la escena. El presidente Gragnon había sido llamado por los jurados, que, abrigando escrúpulos, deseaban interrogarle sobre la aplicación de la pena. Entonces el presidente, para calmar sus escrúpulos, creyó poderles enseñar una antigua carta de Simón, que le fue inmediatamente devuelta. Aquella carta, dirigida a un amigo y de un contenido insignificante, llevaba una postdata con una rúbrica absolutamente parecida, según se decía, a la de la muestra caligráfica. Y este singular documento, manifestado a última hora, sin conocimiento del acusado ni del defensor, fue lo que seguidamente determinó la condena. Pero ¿cómo demostrar la verdad? ¿Cómo llevar a uno de los jurados a declarar el hecho, cosa que hubiera provocado la revisión inmediata, tanto más cuanto David estaba convencido de que la postdata y la rúbrica eran falsas? Durante mucho tiempo intentó influir sobre el presidente del jurado, el arquitecto Jacquin, hombre perfectamente honrado y católico practicante, y, según creía, consiguió por fin despertar en él un gran remordimiento de conciencia, haciéndole saber la ilegalidad de semejante comunicación por las circunstancias en que había ocurrido. El día en que consiguiese probarle la falsificación, aquel hombre declararía la verdad.

Cuando Marcos llegó a la calle del Hoyo con motivo de la cita dada a David, encontró la tienda cerrada y la mansión como deshabitada. Para mayor prudencia, la familia se había refugiado en la trastienda, donde Lehmann y su mujer trabajaban a la luz de la lámpara. Y allí se desarrolló la escena, a la que asistieron Raquel estremecida y sus dos hijos con los ojos centelleantes.

Marcos, antes de hablar, quiso enterarse del estado en que se encontraban los trabajos de David. Y éste explicó:

—Se avanza, pero muy lentamente, muy lentamente… Jacquin es un buen cristiano que adora a un Jesús cariñoso y justo. Si algún día he tenido miedo por él, al enterarme de la presión con que le abruma el padre Crabot, mediante todos los intermediarios imaginables, ahora estoy tranquilo y convencido de que sólo obedecerá a su conciencia… Lo difícil es obtener el informe de los peritos sobre el documento comunicado.

—Pero ¿no destruyó Gragnon ese documento? —preguntó Marcos.

—Parece ser que no. Luego de enseñarlo a los jurados no se atrevió a hacerlo desaparecer y lo uniría sencillamente al sumario, donde aún debe de estar. Delbos está convencido de ello por ciertos informes que tiene. Por tanto, habrá que sacarlo del archivo, cosa que no le parece fácil… Pero, en fin, vamos avanzando…

Y tras un instante de grave silencio, preguntó:

—¿Nos trae usted alguna buena noticia?

—Sí. Una noticia importantísima.

Lentamente les contó Marcos lo ocurrido: la enfermedad de Sebastián, la desesperación de la viuda de Alejandro, el remordimiento de ésta, la entrega de la muestra caligráfica y el hecho de que dicha muestra llevara el sello de la escuela de los hermanos y la rúbrica indispensable del hermano Gorgias.

—Aquí está… El sello se halla en esta punta, arrancada del ejemplar encontrado junto a Ceferinito. Habíamos creído en un posible mordisco de la víctima. Pero fue que el padre Filibín tuvo tiempo de arrancar el trozo, según recuerda claramente mi auxiliar Mignot… Miren ahora la rúbrica. En esta muestra aparece mucho más legible aún, siendo idéntica. Se distingue perfectamente una F y una G enlazadas, iniciales del hermano Gorgias, que los formidables peritos señores Badoche y Trabut, por una aberración increíble, se empeñaron en creer una L y una S, iniciales de su hermano de usted… Hoy mi convicción es absoluta respecto a la culpabilidad del hermano Gorgias.

Todos miraban ansiosamente a la débil luz de la lámpara aquel papel amarillento. Los ancianos esposos Lehmann, dejando la aguja, tendían sus ajados rostros, que parecían resucitar un poco. Y sobre todo, Raquel, saliendo de su ensimismamiento, estremecíase, mientras sus dos hijos, José y Sara, se ponían de pie y se empujaban para ver mejor con sus abrasados ojos. Entre el gran silencio de la dolorida mansión, David cogió el papel, lo examinó y le dio unas vueltas.

—Sí, sí —repitió—. Estoy tan convencido como usted. Lo que sospechábamos resulta hoy cierto. El hermano Gorgias es el culpable.

Siguió una larga discusión en la que todos los hechos fueron recordados, relacionados y unidos en apretado haz, que tenía una irresistible fuerza de evidencia. Unos hechos proyectaban luz sobre otros, y todos llevaban a la misma conclusión. Aun aparte de las pruebas materiales que comenzaban a poseer, había una certeza, comparable a la demostración de un problema matemático, que el raciocinio basta a resolver. Sin embargo, permanecían dos o tres puntos obscuros: la presencia del modelo en el bolsillo del religioso y la desaparición de la punta donde se hallaba el sello, destruida indudablemente. Pero el resto aparecía con gran claridad: el regreso de Gorgias, la casualidad que le llevaba ante la ventana iluminada, la tentación, el asesinato, y la otra casualidad del día siguiente, que fue el paso del padre Filibín y del hermano Fulgencio, que se mezclaron al drama y actuaron para salvar a uno de los suyos. Aquella punta arrancada de la muestra resultaba una confesión y señalaba de una manera innegable al culpable, cuyo nombre pregonaba también la feroz campaña posterior, así como todo el esfuerzo de la Iglesia para encubrirle y hacer que en su lugar condenaran a un inocente. Cada día que pasaba aportaba una nueva luz, con lo que el enorme edificio de la mentira pronto se derrumbaría.

—¡Ya van a acabarse los sufrimientos! —dijo el anciano Lehmann lleno de alegría—. Enseñando ese papel nos devolverán enseguida a Simón.

Y los niños danzaban jubilosamente, cantando con alegre ritmo:

—¡Va a volver papá! ¡Papá va a volver!

Sin embargo, David y Marcos permanecían serios, porque, mejor informados, sabían que la situación continuaba siendo difícil y peligrosa. Planteábanse las cuestiones más delicadas: cómo utilizar el nuevo documento; por qué procedimiento solicitar la revisión. Al cabo, murmuró Marcos:

—Hay que meditar, hay que esperar…

Entonces, Raquel, echándose a llorar, balbuceó entre lágrimas:

—¿Esperar a qué? ¿A que el pobre se muera entre los sufrimientos de que se queja?

Y en aquella casita sórdida volvió a renacer la angustia. Todos comprendieron que la desgracia no había terminado. El júbilo de un momento antes dejaba paso de nuevo a la horrible ansiedad del día de mañana.

—Sólo Delbos puede aconsejarnos —concluyó David—. Si le parece, Marcos, iremos a visitarle el jueves.

—Conforme. Pase el jueves a recogerme.

En diez años, la posición del abogado Delbos en Beaumont había mejorado extraordinariamente. Lo que había decidido su porvenir fue el proceso Simón, aquel asunto comprometedor que habían rechazado prudentemente todos sus colegas y que él había aceptado y defendido tan bravamente. Entonces no era más que un hijo de labriegos, con instinto democrático y dotado de elocuencia. Pero estudiando el asunto y convirtiéndose poco a poco en defensor apasionado de la verdad, se había encontrado frente a todos los poderes burgueses coaligados en pro de la mentira para mantener las iniquidades sociales, y había acabado siendo un socialista militante, convencido de que la única salvación del país estaba en el pueblo. Y todo el partido revolucionario de la ciudad se había ido agrupando a su alrededor: en las últimas elecciones puso en verdadero peligro al radical Lemarrois, que ostentaba la representación hacía veinte años. Y si bien se resentían aún sus intereses inmediatos por haber defendido a aquel judío, a quien se achacaba toda suerte de crímenes, iba conquistando lentamente una posición admirable, por la solidez de su fe y por el tranquilo valor que aquel hombre, sonriente y fuerte, seguro de la victoria, denotaba en sus actos.

Cuando Marcos enseñó a Delbos el modelo de escritura entregado por la viuda de Alejandro, el abogado lanzó una exclamación de alegría.

—¡Ya lo tenemos por fin!

Y volviéndose hacia David, añadió:

—He aquí otro dato nuevo… El primero es la carta comunicada ilegalmente al jurado, y que debe de ser una falsificación. Ya veremos de encontrarla en el proceso… Y el segundo es esta muestra, con el sello de la escuela de los hermanos y la evidente rúbrica del hermano Gorgias. Creo que este dato puede emplearse de una manera más fácil y directa.

—Entonces, ¿qué me aconseja usted? —preguntó David—. Yo pensaba escribir, en nombre de mi cuñada, una carta al ministro haciéndole una denuncia en regla contra el hermano Gorgias, acusando a éste de violación y asesinato de Ceferinito y pidiendo la revisión del proceso de mi hermano.

Pero Delbos, preocupado, dijo:

—Ése es, indudablemente, el camino a seguir. Pero la cuestión continúa siendo muy delicada y no hay que precipitarse… Volvamos al traslado o comunicación ilegal de la carta, que será muy difícil demostrar mientras no decidamos al arquitecto Jacquin para que descargue su conciencia. Recuerde usted la declaración del padre Filibín acerca de la pieza de que habló vagamente diciendo que llevaba una rúbrica del hermano de usted, parecida a la de la muestra, pieza que el secreto confesional le vedaba designar de una manera precisa. Estoy convencido de que entonces deslizaba una alusión a la carta entregada al presidente Gragnon a última hora, por lo que sospecho una falsificación. Pero todo esto no son más que suposiciones, razonamientos, a falta de una prueba que habría que dar… Ahora bien: si de momento nos contentamos con el dato que nos proporciona este ejemplar de modelo caligráfico, con su sello y su rúbrica más clara, estamos todavía ante inquietantes obscuridades. Sin detenerme a pensar en la presencia algo inexplicable de un papel semejante en el bolsillo del hermano Gorgias en el momento del crimen, me interesa sobre todo la desaparición de la punta del papel donde estaría el sello. Esa punta es la que yo quisiera encontrar antes de actuar, porque adivino todas las razones que van a oponernos y con las que intentarán enmarañar la cuestión.

Marcos le miró con asombro, para decir:

—¿Cómo? ¿Encontrar ese trocito de papel? Sería una gran casualidad. Hasta llegamos a admitir que pudo ser arrancado por los dientes de la víctima.

—No es de creer —añadió Delbos—. Además, se hubiera recogido el trozo en el suelo. Desde el momento en que nada se recogió, es que el trozo fue rasgado voluntariamente. Y también en esto intervino el padre Filibín, ya que el auxiliar de usted, Mignot, recuerda que al principio el modelo le pareció intacto y que se sorprendió al volverlo a ver, ya incompleto, en manos del padre Filibín, luego de haberlo perdido de vista un instante. No cabe ninguna duda de que quien lo hizo desaparecer fue el padre Filibín. ¡Él, siempre él en los momentos decisivos, cuando se trata de salvar al culpable!… Y por eso me gustaría tener la prueba total, el trocito de papel que se llevó.

David preguntó, sorprendido:

—¿Cree usted que lo conserva?

—Así lo creo. En todo caso, ha podido guardarle. Ese Filibín es un hombre silencioso y de una astucia profunda, a pesar de su aparente torpeza. ¿Habrá conservado el trozo de papel como un arma de defensa personal y un medio para mantener a raya a sus cómplices? Acabaré sospechando que ha sido el gran artífice de la iniquidad con una finalidad que permanece obscura. Quizá fidelidad a su jefe, el padre Crabot, quizá haya de por medio algún cadáver en el negocio tan turbio de la donación de Valmarie, o quizá, finalmente, se trate de mero celo militante en pro de la Iglesia. En fin, que es un hombre terrible, de voluntad y de acción, muy diferente del hermano Fulgencio, vacío y bullicioso, de una vanidad estúpida.

Marcos estaba pensativo.

—Ese padre Filibín, ese padre Filibín… Me he equivocado radicalmente acerca de él. Aun después del proceso le creía un hombre honrado, un carácter seco, pero recto, echado a perder por el ambiente… ¡Pero él es el principal culpable, el terrible forjador de falsificaciones y de mentiras!…

David preguntó a Delbos:

—Supongamos que haya guardado ese trocito de papel. Supongo que usted no esperará que se lo entregue si se lo pide, ¿eh?

—Desde luego, no —contestó el abogado riendo—. Pero antes de intentar nada definitivo me gustaría reflexionar y ver si tenemos un medio de asegurarnos la prueba irrefutable. Un recurso de la revisión es algo muy grave para que se deje algo a la casualidad… Déjenme preparar el expediente, concédanme algunos días, dos o tres semanas si es preciso, y pondremos manos a la obra.

Al día siguiente comprendió Marcos, por la actitud de su mujer, que «aquellas señoras» habían hablado y que todos los religiosos, desde el padre Crabot hasta el último de los hermanos, se hallaban sobre aviso. De repente resucitó el asunto, y Marcos notó en torno una agitación creciente y horrible, un bronco rumor. Prevenidos del hallazgo de un ejemplar del modelo de escritura, viendo que la familia del inocente estaba ya en marcha hacia la verdad y esperando que el padre Gorgias fuera denunciado de un momento a otro, los culpables, el hermano Fulgencio, el padre Filibín y el mismo padre Crabot, se pusieron de nuevo en campaña y se esforzaban en cubrir su antiguo crimen con nuevos crímenes. Adivinaban que estaba en gran peligro aquella obra maestra de iniquidad, tan fuertemente defendida hasta entonces, y estaban dispuestos a las peores acciones para salvarla por la fatalidad que de una mentira hace nacer las mentiras sinfín. No se trataba, por otra parte, de salvaguardar solamente sus personas, ya que hasta la salvación de la Iglesia iba a depender de la victoria. ¿Acaso no quedarían sepultados todos los religiosos por el hundimiento de las ignominias acumuladas? Ello implicaba la escuela de los hermanos arruinada y cerrada, frente a la escuela laica rehabilitada y triunfante; los capuchinos perjudicados en su negocio y sin poder obtener más que ingresos irrisorios con su San Antonio de Padua; el colegio de Valmarie amenazado y los jesuitas obligados a abandonar la comarca, donde seguían enseñando encubiertamente; el catolicismo disminuido, la herida abierta y ensanchada en el costado de la Iglesia, el libre pensamiento abriendo el camino del porvenir. De ahí lo desesperado de la resistencia y que todo el ejército clerical se pusiera en pie para no ceder absolutamente nada de los tristes dominios de errores y sufrimientos que hacía siglos mantenía en constante obscuridad.

Inmediatamente, y aun antes de que el hermano Gorgias fuera denunciado, sus jefes cedieron a la necesidad de defenderle. Había que encubrirle a toda costa y prevenir el ataque, presentándolo como inocente. En los primeros momentos hubo, sin embargo, mucho temor y se vio al hermano que, trastornado, recorría Maillebois y sus contornos dando grandes zancadas con sus flacas piernas. Con su picuda nariz,

sus pómulos salientes y sus hundidos ojos negros de abultadas cejas, parecía un ave de rapiña feroz y grotesca. El mismo día le vieron en el camino de Valmarie, saliendo de casa del alcalde Philis y apeándose del tren que le traía de Beaumont. También se vieron por la ciudad y el campo muchas sotanas y hábitos, cuyos agitados movimientos demostraban un verdadero pánico. Al día siguiente quedó explicada aquella agitación con un artículo publicado en «Le Petit Beaumontais», donde se recordaba todo el asunto de Simón, para anunciar con frases violentas que los amigos del innoble judío se proponían de nuevo trastornar la comarca denunciando a un digno religioso, que era el más santo de los hombres. No se citaba al hermano Gorgias; pero, a partir de entonces, hubo todos los días su correspondiente artículo, y poco a poco fue desarrollándose toda la versión imaginada por los superiores del hermano para oponerla a la versión de David, ya prevista, sin que éste la hubiera dado a conocer. Tratábase de anularla de antemano. Se negaba todo rotundamente: el hermano Gorgias no había podido detenerse ante la ventana de Ceferino, porque los testigos habían demostrado que volvió a la escuela a las diez y media; la rúbrica del modelo caligráfico no era de él, ya que los peritos habían reconocido categóricamente los rasgos de la mano de Simón. La cuestión, pues, era sencilla: Simón, luego de haberse procurado un modelo, había imitado la rúbrica del hermano copiándola del cuaderno de Ceferino. Y luego, sabiendo que los modelos estaban sellados, había arrancado la punta, con astucia verdaderamente diabólica, para que se creyese en una precaución del asesino. Y todo ello lo había hecho con objeto de achacar el crimen a un siervo del Señor y saciar así su odio de réprobo contra la Iglesia. Esta absurda explicación, repetida todas las mañanas por el periódico, no tardó en ser artículo de fe para los lectores embrutecidos y envenenados de mentiras.

De todos modos, hubo al principio cierta vacilación y circularon otras explicaciones, pues hasta el hermano Gorgias pareció haber caído en confidencias inquietantes. Extraordinaria figura la de aquel hermano Gorgias que hasta entonces había permanecido en la sombra y que, súbitamente, aparecía a plena luz. Su padre había sido un cazador furtivo, Juan Plumet, a quien la condesa de Quédeville, antigua propietaria de Valmarie, se había ingeniado para convertir en guardabosque. Y nunca había conocido a su madre, una vagabunda de los campos, con la que su padre estuvo una noche y que desapareció después del parto. Doce años tenía el niño, llamado Jorge, cuando perdió a su padre, muerto de un tiro por un antiguo compañero de cacerías furtivas. Entonces quedó en Valmarie, protegido por la condesa y compañero de juegos de Gastón, el nieto de ésta. Indudablemente, estaba muy bien informado acerca de lo ocurrido al morir de accidente el joven Gastón, durante un paseo con su preceptor, el padre Filibín, así como de los acontecimientos que sucedieron al morir la última de los Quédeville, donando la finca a su confesor, el padre Crabot. El caso fue que, a partir de aquella época, ambos padres no dejaron de interesarse por Jorge, quien, gracias a ellos, acabó haciéndose hermano de la Doctrina Cristiana, a pesar de graves impedimentos, según se decía, lo cual inducía a ciertos espíritus malignos a

sospechar la existencia de algún cadáver entre ambos superiores y el subalterno comprometedor. De todos modos, se tenía al hermano Gorgias por un religioso admirable y de espíritu perfecto. Tenía fe, esa fe sombría y salvaje que pone en manos de un dueño absoluto, rey de cólera y castigo, al hombre débil, presa de continuos pecados. Sólo Dios reinaba, y la Iglesia debía ser la ejecutora de sus venganzas; el resto de la tierra no tenía más que inclinar la cabeza bajo una servidumbre sinfín hasta el día de la resurrección entre las delicias del reino de los cielos. No por ello dejaba de pecar con frecuencia; pero entonces confesaba su culpa con gran vehemencia de sentimientos, dándose con ambos puños en el pecho y humillándose hasta el suelo, tras lo cual se alzaba absuelto y tranquilo, con una provocativa serenidad de conciencia pura. Había pagado y ya no debería nada hasta el próximo pecado, en el que pronto le haría caer la debilidad de su carne. De niño había correteado por los bosques, había crecido en el merodeo y había atacado ya a las muchachas. Después, al ingresar entre los hermanos de la Doctrina Cristiana, mostró violentos apetitos y se manifestó como un gran comedor y un gran bebedor, lleno de lubricidad y violencias. Pero, como decía al padre Filibín y al padre Crabot con aire humilde, cazurro y amenazador cuando éstos le reprochaban alguna fechoría demasiado gruesa, ¿acaso no pecaba todo el mundo y no necesitaba todo el mundo perdón? Les divertía y les atemorizaba, por lo que se mostraban indulgentes con él, aparte de que su remordimiento parecía enorme y sincero, hasta el punto de condenarse a ocho días de ayuno y de llevar sobre el bajovientre cilicios provistos de clavos. Por estas razones sus superiores le habían conceptuado siempre bien, reconociendo en él un verdadero espíritu religioso, ya que los desenfrenados vicios del fraile eran recompensados por el látigo vengador de la penitencia.

En sus primeras confidencias a los redactores de «Le Petit Beaumontais», el hermano Gorgias cometió la equivocación de hablar demasiado. Sin duda sus superiores no le habían impuesto todavía su versión y era lo bastante inteligente para comprender lo absurda que resultaba. Ante el modelo de escritura recientemente descubierto le parecía necio negar que la rúbrica era suya. Todos los peritos del mundo no impedirían que sobre este punto brillara una deslumbrante claridad. Así, pues, dejó entrever su versión, más razonable, en la que confesaba una parte de la verdad, diciendo que se detuvo un instante ante la ventana de Ceferino, que habló amistosamente con el enfermito y que hasta le riñó al ver sobre la mesita de noche la muestra de caligrafía que había sacado sin permiso de la escuela. Luego proseguía la mentira diciendo que se había ido, que el niño cerró la ventana, que Simón acudió para cometer el asqueroso crimen, que se sirvió del modelo gracias a una repentina inspiración de Satanás y que volvió a abrir la ventana para hacer creer que el asesino había escapado por allí. Pero esta versión, dada el primer día en el periódico como procedente de fuente segura, fue enérgicamente desmentida el día siguiente por el hermano Gorgias en persona, quien se tomó la molestia de protestar en la misma redacción. En efecto: juró por los Evangelios que la noche del crimen había regresado

directamente a la escuela y que su rúbrica había sido falsificada, como habían demostrado los peritos. Si quería que sus superiores le apoyaran y salvaran, tenía que aceptar lo que ellos habían inventado. Pero lo hizo a regañadientes y encogiéndose de hombros, por lo estúpida que le parecía la invención, lo cual no obstaba para que en adelante se atuviera a ella, aun previendo que, inevitablemente, se vendría abajo. En aquellos momentos, el hermano Gorgias estuvo verdaderamente espléndido en cuanto a cinismo y a mentir desvergonzadamente. ¿No le guardaba Dios las espaldas? ¿No mentía por la salvación de la Santa Madre Iglesia y seguro de que la absolución lavaría sus pecados? Incluso soñaba con las palmas del martirio, ya que cada una de sus pías ignominias le valdría un gozo en el cielo. A partir de entonces, no fue, pues, sino un dócil instrumento en manos del hermano Fulgencio, tras el cual actuaba la sombra del padre Filibín bajo las discretas órdenes del padre Crabot. Su táctica consistía en negarlo todo, hasta la evidencia, por temor a que la menor brecha en el muro sagrado de las congregaciones no resultara el principio de la inevitable ruina. Y aunque su absurda versión pudiese parecer imbécil a cerebros que discurrían lógicamente, no por ello dejaría de ser durante mucho tiempo la única verdad para la embrutecida masa de sus fieles, con la que se atrevían a todo, por conocer su credulidad sin límites, su credulidad insondable.

Una vez los religiosos tomaron la ofensiva sin esperar la denuncia de que estaba amenazado el hermano Gorgias, fue principalmente el director de la escuela, o sea el hermano Fulgencio, quien demostró un celo más desenfrenado. En las horas de grandes emociones parecía revivir en él su padre, el médico alienista que murió en el manicomio. Su cerebro embrollado y turbio, descompuesto por la vanidad y la ambición, cedía al primer impulso soñando con prestar a la Iglesia algún importante servicio que le hiciera ascender al frente de su orden. Luego del proceso había acabado de perder el poco sentido común que tenía, por la preocupación de alcanzar la esperada gloria, y al ver que renacía dicho proceso, deliraba nuevamente. Por las calles de Maillebois se le veía continuamente, pequeño, moreno, canijo, dejando volar los pliegues del hábito y como llevado por un viento de tempestad. Defendía apasionadamente su escuela y ponía a Dios por testigo de la angelical pureza de los hermanos, sus ayudantes. Los abominables rumores que habían corrido tiempo atrás acerca de los dos hermanos innoblemente comprometidos, a quienes hubo que hacer desaparecer a toda prisa, eran infamias inventadas por el diablo. Y en sus vehementes afirmaciones, contrarias a la verdad, quizá el hermano Fulgencio había comenzado manifestándose de buena fe. Una vez cogido en el engranaje de la mentira, necesitaba continuar mintiendo a sabiendas y, en efecto, se empleaba con una especie de furia devota, mintiendo con exceso por amor a Dios.

¿Acaso no era él un hombre casto? ¿No había luchado siempre contra las tentaciones vergonzosas? Por lo tanto, se consideraba en el deber de jurar por la absoluta castidad de su orden, respondía de los hermanos débiles y negaba a los seglares el derecho de juzgarles, puesto que no eran más que el rebaño ignorante de

las intimidades del templo. Si el hermano Gorgias había pecado, sólo a Dios y no a los hombres había de rendir cuentas, A fuer de religioso, la justicia humana no tenía nada que ver con él. Y el hermano Fulgencio, devorado por el ansia de figurar, se agitaba a impulsos de manos sabias y discretas que acumulaban sobre él las responsabilidades.

No era difícil adivinar tras él, en la sombra, al padre Filibín, que a su vez era un instrumento del padre Crabot. Pero era un instrumento flexible y fuerte a la vez, que conservaba su personalidad hasta en la obediencia. Exageraba adrede su origen rústico, aceptando la burda bonachonería de un labriego apenas desbastado, a pesar de lo cual poseía la más firme astucia y la paciencia necesaria para desarrollar complicados proyectos con una firmeza extraordinaria. Siempre estaba de camino hacia alguna finalidad tenebrosa, pero sin alboroto y sin ambición personal, pues sólo disfrutaba con la concentrada alegría solitaria de ver que triunfaba su obra. Hombre de fe, quizá hubiera peleado entonces como soldado obscuro y sin escrúpulo, con el solo propósito de servir a sus superiores y a la Iglesia. Prefecto de estudios en Valmarie, lo vigilaba todo, se ocupaba de todo y lo veía todo, siempre alerta, a pesar de su aspecto, de su jocundidad de hombre gordo y rojo, con anchos hombros y cara redonda. Mezclado sin cesar con sus alumnos, con quienes jugaba y a quienes acechaba e investigaba, penetrando hasta el fondo de su espíritu y llegando a su parentesco y a sus amistades, era el ojo que se oía, era la inteligencia que desnudaba los cerebros y los corazones. Luego, según se decía, encerrábase con el padre Crabot, el rector, quien afectaba la actitud de dirigir la casa desde las alturas, sin ocuparse jamás directamente de los alumnos, y le comunicaba sus notas, sus informes, sus expedientes provistos de los detalles más completos y más íntimos. Hasta se murmuraba que el padre Crabot, que tenía por principio de la más elemental prudencia no conservar papeles y destruir todo rastro, desaprobaba aquella manía de amontonar y catalogar documentos. Le dejaba hacer, no obstante, en consideración a los grandes servicios que había prestado y se figuraba ser él la mano que guiaba y la superior inteligencia que se valía del padre Filibín. ¿No reinaba, desde su austera celda, sobre la sociedad aristocrática del departamento? Las señoras a quienes confesaba y las familias a cuyos hijos educaba, ¿no le pertenecían gracias al prestigio de su sagrado carácter? Vanagloriábase de urdir la trama, de tejer la vasta red en que esperaba envolver el país entero; pero, en realidad, el padre Filibín solía ser quien preparaba taimadamente las campañas y aseguraba las victorias que se obtenían. En particular en el proceso de Simón parecía haber sido él el principal agente oculto, el hombre que no sintió repugnancia ante tarea alguna, ni la más baja y subterránea; el político sin escrúpulos que continuaba siendo amigo de aquel muchacho vicioso de antaño, enterado de tantas cosas, que era ahora el terrible hermano Gorgias, y él fue quien siguió sus pasos en la vida, protegiéndole como a un ser peligroso, pero útil, y quien procuró sacarle de aquel terrible apuro, para no caer con él, arrastrando a su superior, el ilustre padre Crabot, una de las glorias de la Iglesia.

Nuevamente volvieron a apasionarse los habitantes de Maillebois. Pero aún no había más que rumores a ras de tierra, la alarma que habían ido sembrando los religiosos respecto a las criminales maniobras que estaban preparando los judíos para achacar el crimen del infame Simón al admirable hermano Gorgias, un santo varón venerado por todos. Intrigábase extraordinariamente acerca de los padres de los escolares, excitando, hasta a aquéllos cuyos hijos concurrían a la escuela laica, a que manifestasen su reprobación. Discurrían los partidarios de los religiosos como si las calles estuviesen minadas por una partida secreta de malhechores, enemigos de Dios y de Francia, resueltos cualquier día a hacer saltar las casas cuando les diesen la señal desde el extranjero. El alcalde Philis, en una sesión del Ayuntamiento, aludió al vago peligro que amenazaba a la población y hasta habló del oro de los judíos y de un arca misteriosa donde se acumulaban millones para aquella obra diabólica. Después censuró claramente las impías maniobras del maestro, aquel Marcos Froment, de quien no había conseguido librar todavía al vecindario. Estaba acechándole continuamente y esperaba obligar aquella vez al inspector académico a que hiciese con él un escarmiento ejemplar. Las sucesivas versiones publicadas por «Le Petit Beaumontais» habían producido la confusión en los espíritus. Era público que en casa de las señoras de Milhomme, las de la papelería, se había hallado cierto documento; pero unos creían que era otra infame falsificación de Simón y otros aseguraban que era una prueba aplastante de la complicidad del padre Crabot. Lo único cierto fue que el general Jarousse hizo otra visita a su prima la viuda de Eduardo, pariente lejana y pobre, de cuya existencia no solía acordarse. Se le vio llegar una mañana, meterse violentamente en la humilde tiendecita y salir a la media hora escasa, muy colorado. El resultado de aquella visita tempestuosa fue que al día siguiente partieron para el Mediodía la viuda de Alejandro y su hijo Sebastián, aún convaleciente de las terribles fiebres tifoideas que habían puesto en peligro su vida, quedando al frente de la papelería la viuda de Eduardo con su hijo Víctor, la cual halagaba a la parroquia clerical, explicando el viaje de su cuñada por solicitudes de su amor de madre, y a quien, desde luego, estaba dispuesta a llamar, en interés de su negocio, si salía triunfante la escuela laica en la gran batalla próxima.

En medio de aquel fragor que anunciaba la furiosa tempestad que se acercaba, aplicábase Marcos con la más escrupulosa probidad a su delicada misión de maestro. El asunto estaba ahora en manos de David, y él esperaba que llegase el instante de ayudarle con su testimonio. Nunca se había consagrado tan por entero a su clase, a aquellos niños a quienes quería hacer hombres racionales y buenos, como si le exaltase más en pro de la divina solidaridad humana su activa participación en la reparación de una de las más monstruosas iniquidades del siglo. En sus relaciones con Genoveva evitaba suscitar las cuestiones que pudieran desunirlos y, muy cariñoso, aparentaba ocuparse solamente en las pequeñeces cotidianas, que suelen ser tan importantes. Pero cuando volvía su mujer de casa de «aquellas señoras» la veía más nerviosa, más impaciente, cada vez más irritada contra él, con la cabeza llena de

las historias que propalaban sus enemigos. Y no siempre podía evitar las disputas, que poco a poco se envenenaban y resultaban fatales.

Una noche sobrevino la batalla, a causa del desdichado Férou. Aquel día se había enterado Marcos de una trágica noticia; el asesinato de Férou, muerto de un tiro de revólver por un sargento contra quien se había rebelado. Subió a casa de la mujer de Férou y la encontró hecha un mar de lágrimas, en la miseria más atroz, invocando a la muerte para que cuanto antes se la llevase también a ella con las dos hijas que le quedaban, ya que primero había tenido la bondad de arrebatarle a la mayor. Aquel desenlace era horrible, pero lógico, pues el maestro pobre, despreciado, agriado hasta el punto de sublevarse, arrojado de su puesto, desertor para no pagar en el cuartel la deuda ya satisfecha en parte en la escuela, vencido luego por el hambre e incorporado por fuerza a las filas el día en que acudió al desesperado llamamiento de los suyos, había muerto como un perro rabioso allá lejos, bajo un cielo de fuego, entre los tormentos de las compañías disciplinarias. Y ante aquella mujer anegada en lágrimas y aquellas dos niñas asustadas, al ver aquellos harapos humanos, a quienes la iniquidad social condenaba a la peor de las agonías, sintió Marcos que su sentimiento de fraternidad humana se alzaba en furiosa protesta.

Por la noche aún no había logrado calmarse y se dejó llevar de su emoción ante Genoveva, que andaba dando vueltas por la habitación de ambos, antes de retirarse a la pequeña alcoba inmediata donde se había empeñado en acostarse.

—¿Sabes la noticia? En una revuelta, en Argelia, un sargento ha dado muerte al desdichado Férou.

—¡Oh!

—He ido a ver esta tarde a la viuda, que está como loca… La verdad es que ha sido un asesinato premeditado. No sé si el general Jarousse, que se mostró tan duro con Férou, dormirá tranquilo esta noche. En sus manos hay sangre de aquel pobre hombre a quien convirtieron en una fiera.

Vivamente, como si se viera atacada en sus ideas, replicó Genoveva:

—El general sería un infeliz si durmiera mal. Férou no podía acabar de otro modo.

Marcos hizo un gesto de dolor e indignación; pero se contuvo y volvió sobre sí, sintiendo haber nombrado al general, que era uno de los más asiduos penitentes del padre Crabot y en quien hasta se había pensado por un instante para un golpe de estado militar. Decíase que era bonapartista, tenía una corpulencia aparatosa y se mostraba muy severo con los soldados, aunque era de carácter jovial, muy aficionado a la buena mesa y a las mujeres, lo cual no constituía un inconveniente para el caso; pero, de todos modos, apenas se celebraron las primeras entrevistas, le encontraron demasiado imbécil. Y ya no era para la Iglesia más que un auxiliar de más o menos importancia a quien aún se guardaban consideraciones.

—En Moreux —dijo Marcos cariñosamente— conocimos a los Férou, tan pobres y tan cargados de trabajo y de preocupaciones, en su mísera escuela, que no puedo

acordarme de ese hombre, de ese maestro acosado y muerto como un lobo, sin sentir en el corazón mucha lástima y un infinito dolor…

Entonces Genoveva, alterada, pasando del enojo a una especie de exaltación nerviosa, se echó a llorar.

—Sí, sí. Ya te entiendo. No tengo corazón, ¿verdad? Primero me creíste tonta y ahora me crees mala. ¿Cómo quieres que podamos seguir queriéndonos si me tratas como a una mujer estúpida y mala?

Procuró apaciguarla, asombrado y afligido por haber provocado aquel conflicto. Pero ella continuaba diciendo, cada vez más excitada:

—¡No, no!… Hemos terminado. Puesto que me aborreces cada día más, sera mejor que nos separemos enseguida, sin esperar a que lleguemos a cosas indignas…

Y violentamente pasó a la habitación donde dormía y se encerró dando un fuerte portazo. Marcos se quedó desesperado, con lágrimas en los ojos, ante aquella puerta cerrada con doble vuelta de llave. Generalmente quedaba^ abierta de par en par, y el matrimonio hablaba y seguía reunido, aunque los esposos hicieran cama aparte. Pero lo de ahora era separación completa: marido y mujer iban a vivir como extraños.

Las noches siguientes se obstinó Genoveva en seguir encerrándose y, una vez adquirida ya la costumbre, no se volvió a presentar ante su marido sino vestida y peinada, como si le molestase la menor intimidad de tocador. Estaba embarazada de siete meses; había aprovechado al principio su estado para romper todo trato conyugal, y a medida que se aproximaba el parto, mostraba mayor repugnancia a las caricias, hasta el punto de que el más leve roce la hacía retroceder, azorada y molesta, cuando antes había sido tan tierna y apasionada. Marcos, asombrado, atribuyó esto durante las primeras semanas a los singulares trastornos que acompañan a algunos embarazos, conformándose a ello y esperando muy cariñosamente el despertar del deseo. Pero fue creciendo su sorpresa al observar que iba llegando la esposa a una repulsión rayana en el odio, siendo así que, al parecer, el nacimiento de un nuevo hijo hubiese debido acercarla otra vez a su marido y unirlos más estrechamente. Por otra parte, su inquietud aumentaba precisamente por saber cuán peligrosos son los disgustos y las desavenencias de alcoba, pues mientras la mujer y el hombre permanecen el uno en brazos del otro, mientras son una misma carne, no hay ruptura posible, ya que los mayores motivos de enojo se funden cada noche en un beso; pero cuando cesa esa intimidad, cuando hay divorcio consentido, el menor conflicto es fatal y no hay ya reconciliación posible. Por eso, el desastre en algunos matrimonios, que sorprende por lo inexplicable, la causa secreta, es siempre la ruptura del vínculo carnal, cortado para siempre. Mientras Genoveva permaneció abrazada a Marcos, queriéndole y adorándole, no tembló él ante la campaña que hacían para arrebatársela. Sabía que era profundamente suya y que no había poder en el mundo que venciese al amor omnipotente. Pero si dejaba de amarle y desearle, ¿no se la arrebataría por fin el furioso esfuerzo de sus enemigos? A medida que la veía

enfriarse con él comprendía que la catástrofe era posible y sentía oprimido su pobre corazón por una angustia creciente e insoportable.

Y ocurrió un hecho que, de momento, dio alguna luz a Marcos acerca del obscuro problema de aquella mujer adorada, que iba a ser madre otra vez y parecía ir dejando de ser esposa amante. Supo que Genoveva había cambiado de confesor, dejando al abate Quandieu, aquel cariñoso y buen sacerdote, para elegir en su lugar al padre Teodosio, el superior de los capuchinos, el apóstol, el admirable director de escena de los milagros de San Antonio de Padua. La razón dada para el cambio fue el estado de desasosiego, el no saciado anhelo en que la dejaba el cura de San Martín, demasiado tibio para su ardiente fe; el padre Teodosio, tan simpático, tan fervoroso, la alimentaría con el místico pan de que necesitaba saciarse. En realidad, había sido el padre Crabot que era amo y señor en casa de «aquellas señoras», quien había dispuesto aquella mudanza de confesor, a fin de precipitar el triunfo, ya cierto, después de preparado con tan hábil lentitud. Ni siquiera se le ocurría a Marcos la mera sospecha de que Genoveva pudiese tener alguna baja intriga con el arrogante capuchino, moreno Cristo, cuyos grandes ojos llameantes y cuya rizada barba sacaban de quicio a las beatas; sabía que era muy honrada y muy digna, con esa honestidad corporal que había observado en ella hasta en los instantes voluptuosos del amor en que le entregaba toda su persona; pero, sin llevar las cosas a tal extremo, ¿no era admisible que en la creciente influencia del padre Teodosio sobre una mujer todavía joven tuviese alguna parte la dominación del macho gallardo, la soberanía sensual del hombre que se identifica con Dios y habla como un Dios a quien se ha de obedecer? Después de las conversaciones devotas y, especialmente, después de los largos ratos de confesonario, volvía Genoveva agitada, fuera de sí, como jamás la había visto su marido en la época en que confesaba con el cura Quandieu. ¿Acaso se iniciaba en ella alguna pasión mística y hallaba en la confesión nuevo pasto para su necesidad de amar, con el cual reemplazaba por algún tiempo las caricias conyugales, por efecto de la crisis de extraña perturbación en que la colocaba el embarazo? Tal vez el fraile actuaba contra aquella mujer fecunda, arrodillada tan cerca de él, hablando a Genoveva del ser que llevaba en sus entrañas, hijo de un réprobo. En diferentes ocasiones habló ella tristemente del pobre ser que iba a nacer, dominada por una especie de miedo, semejante al de algunas madres a quienes acosa el temor de dar a luz un monstruo. Si nacía normal, ¿cómo le libraría de la atmósfera de pecado circundante y dónde le llevaría para alejarle de la mala compañía y de la morada sacrílega del padre? Esto daba alguna luz sobre la separación de hecho exigida por ella, determinación que obedeció, sin duda, al remordimiento de haber concebido por obra de un incrédulo y al juramento de no concebir más, prestado a impulsos de un amor pervertido y exasperado que soñaba con satisfacerse en adelante más allá del deseo. Pero, sin embargo, ¡qué seguridad y qué dolor los de Marcos al no comprender con claridad aquel cambio y al sentir que se le iba escapando por

momentos la mujer adorada, arrebatada por la Iglesia para atormentarle, aniquilando con él su obra de emancipación humana, a la que se había entregado por entero!

Precisamente al regresar de una de sus largas conversaciones con el padre Teodosio, fatigada al par que excitada, dijo Genoveva, dirigiéndose a Luisa, que volvía de la escuela:

—Mañana, a las doce, irás a los capuchinos a confesarte. Si no te confiesas, no te admitirán más en la doctrina.

Marcos intervino resueltamente. Había consentido que Luisa fuese a la doctrina, pero hasta entonces se había opuesto a que se confesara.

—Luisa no irá a los capuchinos —dijo con firmeza—. Ya sabes, Genoveva, que he cedido en todo, pero en lo de la confesión no cedo.

Conteniéndose aún, le preguntó Genoveva:

—¿Por qué no quieres ceder?

—No puedo decirlo delante de la niña. Pero ya sabes, tan bien como yo, las razones que tengo para ello. No quiero que manchen la inocencia de mi hija con pretexto de absolverla de pecados pueriles, para corregir los cuales basta su familia.

Efectivamente, había tenido con Genoveva varias explicaciones sobre el particular, pues le parecía abominable aquella especie de iniciación de una niña en los apetitos de la carne, llevada a cabo por un hombre a quien el voto de castidad puede conducir a todas las curiosidades y aberraciones sexuales. Basta que haya por cada diez sacerdotes virtuosos y prudentes uno pervertido, para que la confesión sea una suciedad, a la que no quería exponer a su Luisa. Luego, aquella promiscuidad perturbadora, aquel secreto coloquio en las sombras y en el místico ambiente de una capilla, no sólo le parecía una ofensa y una desmoralización posible para una mujercita de doce años, crítica edad en que se despiertan a la vida los sentidos, sino también algo así como la toma de posesión de la joven soltera y de la esposa y madre futura, que es ya para siempre la mujer iniciada y desflorada por aquel ministro sagrado, cuyas preguntas, violentando su pudor, la prometen a su Dios celoso. A partir de entonces, la mujer pertenece al confesor por sus confidencias, se convierte en cosa suya, trémula y obediente, siempre dispuesta a ser en sus manos un instrumento de investigación y servidumbre.

—Si nuestra hija ha cometido alguna falta —repitió Marcos—, nos la confesará a ti o a mí, cuando sienta necesidad de hacerlo. Eso será más lógico y menos peligroso para ella.

Genoveva se encogió de hombros, como si aquella proposición de Marcos le pareciese impía y grotesca.

—No quiero discutir contigo… Pero si impides a Luisa confesarse, ¿cómo podrá hacer su primera comunión?… Contesta…

—¿Su primera comunión? Pero ¿no hemos quedado en que cuando cumpla veinte años decidirá lo que le parezca? La he dejado ir a la doctrina, como aprende historia y ciencias, sencillamente para que se instruya y pueda juzgar por sí misma.

La ira se apoderó entonces de Genoveva, que, volviéndose hacia la niña, dijo:

—Y tú, Luisa, ¿qué dices? ¿Qué es lo que quieres hacer?…

La niña, inmóvil, con expresión de seriedad en su alegre rostro, había escuchado a sus padres sin pronunciar una sola palabra. Cuando ocurrían tales disputas, esforzábase visiblemente en permanecer neutral, por miedo a agravarlas. Sus inteligentes ojos miraban al uno y a la otra como si les suplicara que no se disgustasen por ella y desesperara por verse convertida en continua causa de desunión. Se mostraba muy cariñosa y muy respetuosa con su madre, pero ésta comprendía, sin embargo, que la niña se inclinaba más hacia su padre, a quien adoraba y del cual había heredado la sólida razón y la pasión por la verdad y la justicia.

Durante un instante siguió Luisa mirándoles con aire cariñoso, pero indecisa. Después dijo dulcemente:

—Lo que yo pensaría y querría más a gusto, mamá, sería lo que vosotros pensarais y decidierais los dos juntos… ¿Tan mal te parece lo que dice papá? ¿Por qué no esperar un poco?…

Su madre, fuera de sí, no quiso oír más.

—¡Eso no es contestar, hija mía. Quédate con tu padre, puesto que no me respetas ni me obedeces! ¡Acabaréis por echarme de aquí!

Desapareció rápidamente y se encerró en su alcoba, como solía hacerlo apenas había el menor disgusto. Era su nueva manera de acabar las disputas. Y cada vez parecía alejarse más, poner más espacio por medio entre ella y aquel hogar tan amado antaño.

Otro acontecimiento acabó de convencerla de que se trataba de sustraer a su hija de su autoridad. La señorita Rouzaire, gracias a sus hábiles y prolongados manejos, consiguió, por fin, el empleo de primera ayudante en una escuela de Beaumont, puesto que ambicionaba hacía mucho tiempo. El inspector académico Le Barazer cedió a las instancias de los diputados y senadores clericales, a la cabeza de los cuales figuraba con aire fanfarrón de gran capitán el conde Héctor de Sangleboeuf. Pero como compensación política y con su acostumbrada malicia, Le Barazer hizo que nombrasen para la vacante de maestra de Maillebois a la de Jonville, señorita Mazeline, la antigua colaboradora de Marcos, en la que éste apreciaba tanto la clara inteligencia y el fervoroso entusiasmo por la verdad y la justicia. Tal vez el inspector, que seguía apoyando indirectamente a Marcos, quiso ponerle al lado una amiga que trabajase en la misma obra en vez de estorbar su labor a cada paso, como hacía la señorita Rouzaire. Y aparentó sorprenderse cuando el alcalde Philis, en nombre del Ayuntamiento, se atrevió a quejarse de aquella designación, que iba a poner en manos de una incrédula a las niñas de Maillebois. ¿No había hecho lo solicitado por el conde de Sangleboeuf? ¿Podían quejarse de él porque el movimiento administrativo del personal le hubiese obligado a elegir a una maestra de los mayores méritos, de la cual no se habían quejado hasta entonces las familias? Afortunadamente, fueron muy

felices los principios de la señorita Mazeline en Maillebois, pues gustó mucho por su serena alegría y por el proceder maternal con que supo desde el primer día captarse las simpatías y el afecto de sus alumnas. En cuanto a amabilidad y celo era admirable, y se aplicaba, sobre todo, a hacer de sus hijas, como les decía, mujeres honradas, esposas y madres emancipadas, que pariesen hombres libres. Pero no llevaba a las niñas a misa y suprimió la asistencia a las procesiones, los rezos y el catecismo, con lo cual, Genoveva, que la conocía bien desde que fueron vecinas en las escuelas de Jonville, se irritaba y protestaba en unión de algunas familias que formaban parte de la facción clerical. Aunque no tenía ningún motivo para estar agradecida a la señorita Rouzaire, pues con sus sordas intrigas había contribuido a turbar la paz del matrimonio, parecía echaría de menos ahora y hablaba de la nueva maestra como de una mujer peligrosa capaz de abrigar los más negros propósitos.

—Oye, Luisa… Si la señorita Mazeline os dice cosas inconvenientes, no dejes de comunicármelo. No quiero que me roben el alma de mi hija.

Marcos no podía menos de intervenir, incomodado.

—Pero ¿estás loca? ¿La señorita Mazeline robando almas? Y eso que tú la admirabas antes tanto como yo, porque no hay otra maestra de inteligencia más elevada ni de más tierno corazón…

—¡Claro! Tú la defiendes. ¡No faltaba más! Sois tal para cual. ¡Vete con ella y entrégale nuestra hija, puesto que yo no soy nadie!

Y de nuevo iba Genoveva a meterse sollozando en su alcoba, adonde Luisa tenía que ir a llorar con ella y a suplicarle horas enteras para conseguir que volviese a ocuparse de los quehaceres de la casa.

De pronto circuló una increíble noticia, que causó honda sensación. El abogado Delbos había ido a París, había hecho gestiones en los ministerios, enseñando la muestra entregada por la viuda de Alejandro Milhomme y, gracias a no se sabía qué elevada influencia, consiguió que se practicara un registro judicial en Valmarie, en la celda del padre Filibín. Lo más extraordinario del caso fue que el registro se efectuó con la rapidez del rayo, pues el comisario de policía se presentó cuando no le esperaban, empezó a registrar los numerosos legajos del prefecto de estudios y descubrió en la segunda carpeta que abrió un sobre, ya amarillento, en que se encontraba cuidadosamente guardada la punta de la muestra, arrancada hacía tanto tiempo. No era posible negarlo, pues el pedazo se ajustaba exactamente a la rotura que tenía la muestra caligráfica recogida junto a la víctima. Se decía que el padre Filibín, a quien interrogó inmediatamente su superior el padre Crabot, consternado por aquel suceso, había confesado rotundamente. La explicación que daba era que había cedido a una especie de movimiento instintivo; que al ver en la muestra el sello de la escuela de los hermanos, había sentido tal inquietud, que estuvo más ligera su mano que su pensamiento. Y si después guardó silencio fue porque, tras un detenido examen del asunto, había adquirido la plena convicción de que Simón era culpable y de que su intención, al dejar en sitio visible aquella falsificación grosera, había sido

perjudicar a la religión. El padre Filibín se vanagloriaba de su acto, por consiguiente, como si lo que hizo y el silencio que después guardó sobre aquello fuera propio de un héroe que ponía a la Iglesia sobre la justicia de los hombres. Un cómplice vulgar ¿no hubiese destruido el pedazo de la muestra? Pues él, guardándolo, mostraba su resolución de aclarar los hechos el día que fuese menester. Verdad es que muchos no veían en aquella singular imprudencia otra cosa que la manía del jesuita de clasificar hasta los papeles más insignificantes y quizá también el deseo de reservarse un arma. Decíase que el padre Crabot, que rompía hasta las tarjetas de visita, desesperado y frenético contra aquella estúpida manía de acumular legajos, papeles y expedientes, había exclamado en su iracunda sorpresa: «¡Cómo! ¿Le mandé que lo quemara todo y guardaba eso?». Por lo demás, es de advertir que la misma noche que siguió al registro desapareció el padre Filibín, contra quien no se había dictado ningún mandato de detención. Como algunas almas piadosas acudieron solícitamente a enterarse de lo que había sido de él, se les dijo que el padre Poirier, provincial de Beaumont, había resuelto enviarle a un convento de Italia, donde, como si hubiese caído en un abismo, quedó sepultado en eterno silencio.

A la sazón, la revisión de la causa de Simón parecía ya inevitable. Delbos, muy satisfecho, llamó enseguida a Marcos y David para convenir entre los tres la forma de solicitar la revisión al ministro de Justicia. Delbos era quien había sospechado la posibilidad de que exisitiera el fragmento de la muestra con el sello de la escuela de los hermanos y quien acababa de conseguir su hallazgo, dato nuevo suficiente para revisar el fallo de la audiencia de Beaumont. Y fue de parecer que debían limitarse a dicho dato, prescindiendo, por el momento, de la comunicación ilegal hecha por el presidente Gragnon a los miembros del jurado, difícil todavía de probar, pero que seguramente la información complementaria esclarecería. A su juicio, la táctica mejor era atacar de frente al hermano Gorgias, ahora que la verdad se descubría; refutar el informe de los peritos y alegar hechos de certeza indiscutible, como la procedencia de la muestra sellada y rubricada, tan acusadora, según denotaban el disimulo y la mentira con que el padre Filibín se había hecho cómplice del delito. Cuando David y Marcos salieron de casa de Delbos estaba acordada la línea de conducta que había que seguir. Y al día siguiente David dirigió al ministro un escrito de formal denuncia, acusando al hermano Gorgias de haber violado y asesinado a Ceferinito, crimen por el cual estaba en presidio hacía diez años su hermano Simón.

Entonces la emoción llegó al colmo. A raíz del hallazgo del trozo de la muestra entre los papeles del padre Filibín, hubo un instante de cansancio y desaliento hasta entre los más ardientes defensores de la Iglesia. Parecía perdida la partida, y en «Le Petit Beaumontais» mismo pudo leerse un artículo que claramente censuraba lo hecho por el padre jesuita. Pero dos días después se rehizo el bando y el mismo periódico inventó la canonización del robo y de la mentira. San Filibín, héroe y mártir. Publicáronse retratos suyos con una aureola y palmas. Incluso se creó una leyenda, presentándose al padre Filibín en ignorado rincón, en un convento de los Apeninos,

situado en medio de las selvas, donde, mortificado con un cilicio, se pasaba los días y las noches rezando y ofreciéndose en holocausto por los pecados del mundo. Además, empezaron a circular piadosas estampitas que le representaban de rodillas y que al dorso llevaban una oración en verso, recitando la cual se ganaban indulgencias. La pública y ruidosa acusación lanzada contra el hermano Gorgias devolvió a los clericales su acometividad furiosa, pues estaban convencidos de que el triunfo del judío sería el quebrantamiento fatal de las congregaciones y abriría una brecha en el mismo corazón de la Iglesia. Todos los antisemitas de antaño se levantaron más intransigentes y más resueltos que nunca a vencer o a morir. Y en Maillebois, en Beaumont, de uno a otro extremo de la comarca, se reanudó la pasada lucha, en la que, a un lado, estaban todos los espíritus libres, los cerebros iluminados por la verdad y la justicia, los que caminaban hacia lo porvenir, y al otro todos los reaccionarios, los partidarios de la autoridad, los que se aferraban al pasado regido por un Dios de ira, que salvaba al mundo por obra y gracia de soldados y sacerdotes. En el Ayuntamiento de Maillebois volvieron a disputar violentamente ambos bandos a propósito del maestro; familias muy unidas hasta entonces se desavinieron; los discípulos de Marcos y los de los hermanos se tiraban piedras en la plaza de la República, al salir de clase. Y en particular se vio a la buena sociedad de Beaumont, trastornada por la inquietud que acosaba a los que fueron actores en el proceso, a los empleados, a los magistrados, hasta a los que no pasaron de comparsas, temerosos todos de resultar comprometidos si se revolvía aquel monstruoso montón de iniquidades enterradas bajo la sombra. Para un Salvan, que se regocijaba con Marcos a cada entrevista que tenían, ¡cuántos otros dormían intranquilos por las noches, ante el temor a aquellos muertos que parecían próximos a resucitar! Temblaban los políticos por sus actas de diputado en las próximas elecciones; el radical Lemarrois, el alcalde indispensable en otro tiempo, miraba asustado cómo crecía la popularidad de Delbos; el amable Marcilly, que andaba siempre al acecho de la victoria, perdía pie y no sabía a qué carta quedarse; los diputados y senadores reaccionarios, con el fiero Héctor de Sangleboeuf a la cabeza, resistían a la desesperada, sintiendo formarse la tempestad que iba a tragarlos. En la burocracia y en la universidad no era menor la preocupación, pues el prefecto Hennebise se lamentaba de no poder echar tierra al asunto; el rector Forbes, amilanado, se descargaba de cuidados en el inspector académico Le Barazer, el único tranquilo y risueño en medio de aquella tempestad, mientras el director del liceo, Depinvilliers, seguía llevando sus hijas a misa, como quien se tira de cabeza al agua, y el inspector Mauraisin, muy apurado y sorprendido por el giro que tomaban los acontecimientos, se preguntaba si era llegada la hora de pasarse a la masonería. Pero donde mayor emoción reinaba era en la magistratura, pues la revisión de la antigua causa, ¿no representaba un nuevo proceso instruido a los jueces de entonces? Y si se abrían de nuevo los autos, ¿qué revelaciones no saldrían de ellos? El juez de instrucción, Daix, aquel buen hombre de tan mala suerte, a quien perseguía el remordimiento de haber cedido a la desatentada

ambición de su mujer, aparecía lívido y silencioso en su despacho del Palacio de Justicia. El elegante fiscal Raúl de la Bissonnière mostraba, en cambio, un buen humor y una serenidad de ánimo afectados, tras los cuales se adivinaba el angustioso afán de no dejar traslucir sus temores. Y el presidente Gragnon, que era el más comprometido, parecía haber envejecido de repente; arrastraba su corpachón, mostraba la cara embotada y parecía que se encorvaban sus espaldas bajo un peso invisible, aunque se enderezaba lanzando una mirada de reojo cuando notaba que alguien le observaba. Las señoras de estos personajes, por su parte, habían convertido otra vez sus salones en focos de intrigas, de negociaciones y de desenfrenada propaganda. Y desde las familias de la burguesía hasta sus criados, de éstos a los comerciantes en cuyas tiendas compraban y de los proveedores a los obreros, la población entera enloquecía, arrastrada por la tempestad de general demencia que arrebataba hombres y cosas.

Notóse la brusca desaparición del padre Crabot, cuyo elegante talle y finos hábitos eran tan conocidos en las reuniones de la avenida Jaffres. No volvió a dejarse ver. Y aquella retirada de que hablaban con enternecimiento sus amigos, pareció una prueba de buen gusto y de profunda piedad. Como el padre Filibín había desaparecido, no quedaba más que el hermano Fulgencio, el cual, comprometedor como siempre, se agitaba mucho, pero con tal torpeza en sus gestiones, que empezaron a circular entre los clericales siniestros rumores que obedecían acaso a una consigna enviada desde Valmarie para sacrificar al hermano. Pero el héroe, la figura extraordinaria que cada día inspiraba mayor asombro, era el hermano Gorgias, que hacía frente a la acusación con prodigiosa audacia. El mismo día que se publicó la carta de David denunciándole, acudió a «Le Petit Beaumontais» a defenderse, insultando a los judíos, inventando extravagantes cuentos, disfrazando la verdad con estupendas mentiras capaces de turbar las cabezas más serenas: aparentando burlarse preguntaba si era costumbre que se paseasen los maestros con muestras de escritura en los bolsillos; lo negaba todo —rúbrica y sello—, diciendo que Simón, que había fingido su letra, podía haberse hecho con un sello de la escuela y hasta haber mandado fabricar uno semejante… Era estúpido y necio aquello, pero proclamaba su versión con voz tan estruendosa y tan violentos ademanes, que logró que la aceptaran como versión oficial sus partidarios. «Le Petit Beaumontais» no vaciló más y adoptó la historia del sello y rúbrica falsificados y de la perversa premeditación de Simón que, al cometer el crimen, había tenido la infernal astucia de achacárselo a un santo religioso, para difamar a la Iglesia. Y aquella imbécil invención exaltó los cerebros del pueblo infeliz, embrutecido por siglos de catecismo y de esclavitud, con lo que el hermano Gorgias ascendió a la categoría de los mártires de la fe, junto al padre Filibín. Le vitoreaban indefectiblemente cuando se presentaba en público; las mujeres le besaban el hábito; acudían los niños a que les bendijese, y él, cínico y triunfante, arengaba a la multitud y se prestaba a exhibiciones extravagantes como un ídolo popular, seguro del aplauso. Pero, sin embargo, detrás de aquella serenidad, las

personas discretas y enteradas de la verdad veían la desesperada angustia del desdichado, obligado a representar un papel cuya inconsistencia era el primero en comprender. Era evidente que allí no había más que un actor en escena, un trágico polichinela a quien movían invisibles manos. Aunque el padre Crabot había desaparecido y había ido a encerrarse con humildad en su fría y desnuda celda de Valmarie, su negra sombra pasaba a cada momento por la escena y se adivinaban sus hábiles manos tirando de los hilos, moviendo a los fantoches y trabajando, en fin, por el triunfo de las Congregaciones.

En medio de la más violenta agitación, y a pesar de la oposición de todas las fuerzas reaccionarias coaligadas, el ministro de Justicia tuvo que remitir al Tribunal Supremo el recurso de revisión incoado por David en nombre de la señora de Simón y de sus hijos. Aquél fue el primer triunfo de la verdad, que por un momento pareció abrumar a la facción clerical. Pero al día siguiente volvió a empezar de nuevo la lucha con más bríos aún, y hasta el Tribunal Supremo fue arrastrado por el lodo, calumniado cada mañana y acusado de haberse vendido a los judíos. «Le Petit Beaumontais» citaba hasta las cantidades y difamaba al presidente, al fiscal y a cada uno de los magistrados, contando escandalosas historias íntimas, completamente inventadas. Durante los dos meses que duró la instrucción del recurso, no cesó de correr el río de inmundicias, ni hubo maniobras indignas, mentiras y hasta delitos que no se intentasen para detener la marcha de la inexorable justicia. Por fin, tras debates memorables, en los cuales dieron algunos magistrados nobles ejemplos de sana razón y animosa equidad, superior a las pasiones, dictóse el auto que, no obstante estar previsto, causó el efecto de un rayo. El tribunal admitía el recurso, declaraba haber lugar a la revisión y apreciaba la necesidad de practicar una información suplementaria de que él mismo se encargaría.

Aquella tarde, después de terminada su clase, se hallaba Marcos en su jardincito, embellecido por un suave crepúsculo de primavera. Luisa no había vuelto todavía de la escuela, donde, como a discípula favorita, la retenía a veces la señorita Mazeline. Genoveva se había ido después de comer a casa de su abuela, donde se pasaba ahora los días casi enteros. Y, a pesar del grato aroma de las lilas que perfumaban el tibio ambiente, Marcos paseaba por las avenidas del jardín el amargo tormento de su hogar en ruinas. Como no había cedido en lo de la confesión, su hija había dejado de acudir a la Doctrina, pues el cura no había querido seguir admitiéndola si no asistía al confesonario. Pero Marcos tenía que luchar a todas horas con los ataques de su mujer, desesperada y enloquecida al pensar en la condenación de Luisa, de que ella se hacía cómplice por no haber tenido la suficiente resolución para tomarla en brazos y llevarla personalmente al tribunal de la penitencia. Recordaba su emocionante primera comunión, el día más hermoso de su vida, con el vestido blanco, el incienso, los cirios, el dulce Jesús a quien eligió con deliciosa inocencia como prometido y que era su verdadero y único esposo, el amor divino, cuyas delicias juraba aquel día gustar exclusivamente. ¿Iba a verse privada su hija de felicidad semejante y rebajada

al nivel de los animales que no tienen religión? Genoveva aprovechaba hasta las menores ocasiones para arrancar a su marido el consentimiento, convirtiendo el hogar en campo de batalla, donde la cosa más nimia originaba interminables y violentas disputas.

Caía lentamente la noche llena de paz, y Marcos, en unos instantes de decaimiento, se asombraba de poder resistir con un valor tan cruel para los tres. Revivía su pasada tolerancia; ya que había dejado bautizar a su hija, ¿por qué no dejarla comulgar? Las razones aportadas por su mujer, y a las cuales había cedido él tantas veces, le parecía que no dejaban de tener fuerza: eran el respeto a la libertad individual, los derechos de la madre y los de la conciencia. En el hogar, la madre tiene que ser por fuerza la educadora, la iniciadora, en particular cuando se trata de las hijas. Y no hacer caso alguno de sus ideas, proceder sin consideración a sus convicciones y a los sentimientos de su corazón, era no sólo atentar contra la unión del matrimonio, sino querer incluso su ruptura. No quedaba ya nada del vínculo necesario; la dicha estaba casi destruida, y los padres y la hija habían caído en aquella horrible guerra íntima que afligía el pobre hogar en que tan unidos y tan contentos habían vivido antes. Y Marcos seguía paseando por las estrechas calles del jardincillo, invadidas ya por la obscuridad, preguntándose cómo podría ceder una vez más para tener un poco de paz y de felicidad.

Pero le atormentaba sobre todo un remordimiento. ¿Acaso no era él el culpable de aquella desdichada situación a que habían llegado, precisamente por su tolerancia? Había llegado a comprender su parte de responsabilidad, y se preguntaba a veces por qué desde el día siguiente al de la boda no intentó inculcar en Genoveva sus opiniones. Entonces, en la revelación del amor, fue cuando le perteneció ella por completo y se abandonó en sus brazos, confiada y dispuesta a identificarse con él en carne y alma. Él hubiese podido, en aquel momento único, arrancar del poder del sacerdote a la mujer, haciendo de la eterna niña, encogida ante el miedo al infierno, la compañera consciente de su vida, dotándola de inteligencia libre, apta para la verdad y para la justicia. En una de sus primeras disputas, Genoveva le había echado en cara: «Si te disgusta ver que no pensamos lo mismo, tuya es la culpa. Debiste instruirme. Soy como me han hecho. Y el mal está en que tú no supiste reformarme». Pero ahora no admitía ya, en el inquebrantable orgullo de su fe, que Marcos pudiese influir sobre ella. Y él recordaba amargamente la ocasión perdida y lamentaba su adoración egoísta en aquella deliciosa primavera del matrimonio en que no hizo más que admirar la belleza de Genoveva, juzgándola perfecta, sin que se le ocurriese descender a su conciencia para iluminarla. Bien es verdad que no pensaba aún en ser el artífice de la verdad en que después se convirtió; aceptaba determinadas transacciones y se creía lo bastante amado y lo bastante fuerte para considerarse como dueño. Y todas sus penas de hoy provenían de aquella su vanidad de hombre, de las ciegas debilidades de su amor.

Detúvose Marcos ante un arbusto de lilas, en flor desde la víspera, que exhalaba penetrante aroma, y sintió renacer una llama, la del afán de pelear. Si antaño no había cumplido su obligación esforzándose en emancipar aquella inteligencia que le entregaron impregnada de errores, ¿era ello acaso una razón para que tampoco la cumpliese ahora y dejara que la hija se perdiese como la madre? Su falta sería hoy tanto más imperdonable, cuanto al presente se había impuesto una misión. Él, que se proponía salvar de la mentira secular a los hijos de los demás, ¿daría el cobarde ejemplo de no preservar de ella a su propia hija? Podía perdonarse que un padre de familia obscuro, para vivir en paz, transigiera con una mujer devota que se obstinara en embrutecer a su hija con pedestres y peligrosas devociones. ¡Pero él, él, que había quitado el crucifijo de su clase, que se atenía estrictamente a la enseñanza laica, que profesaba francamente la necesidad de arrancar a la mujer de la Iglesia si quería fundar, por fin, la ciudad dichosa!… ¿No sería ello la peor confesión de impotencia y la peor de las derrotas? Su misión entera resultaría negada, desmentida, aniquilada. Perdería toda su fuerza y carecería de autoridad en lo sucesivo para pedir a los demás lo que él era incapaz de realizar en su casa, es decir, donde primeramente debían vencer su razón y su corazón. Además, ¡qué educación de hipocresía y de egoísta debilidad para su hija, que estaba enterada de sus ideas y de sus creencias, que le sabía opuesto a la confesión y a la comunión y que, por tanto, no podría menos de preguntarse cómo permitía en su casa actos que en la ajena condenaba! ¿Conque pensaba una cosa y hacía otra? ¡No, no! ¡Era imposible la tolerancia! No podía ceder otra vez sin que su obra emancipadora se derrumbase bajo el peso del general desprecio.

Y Marcos se puso otra vez a pasear, bajo el cielo pálido en que se encendían las primeras estrellas. Uno de los triunfos de la Iglesia consistía en que los padres librepensadores no se atreviesen a quitarle sus hijos, por miedo al escándalo, atados por las costumbres mundanas. ¿Quién sería el que empezase, sin temor alguno, a no colocar al hijo, a no casar a la hija, si no pasaban por los sacramentos, aunque fuese por pura fórmula? Seguramente era necesario esperar mucho tiempo todavía, todo el incierto período que tardase la ciencia en destruir el dogma y arrancar de las costumbres lo que ya ha suprimido la razón. Pero los espíritus animosos debían empezar por dar ejemplo. Y lo que, sobre todo, asombraba a Marcos, eran los grandes esfuerzos que hace en la actualidad la Iglesia para apoderarse de las mujeres, maltratadas y ultrajadas por ella durante siglos, calificadas de hijas del demonio, culpables de todos los pecados del mundo. Los jesuitas, con su genial idea de acomodar a Dios a las exigencias de las pasiones, le parecían los autores de ese gran movimiento que ha puesto a las mujeres en manos de los eclesiásticos, como instrumentos de conquista política y moral. Luego de haber fulminado toda clase de anatemas contra el amor, se valen de él. Luego de haber llamado a la mujer bestia lujuriosa a quien no debían de tocar los santos, la acarician y la colman de adulaciones, hacen de ella el adorno y la columna del templo, desde que se les ocurrió

la idea de explotar la omnipotencia sensual femenina sobre el hombre. Resplandece el sexo entre los cirios del altar, le aceptan como camino de la gracia, se valen de él como de una trampa con que esperan coger y domar al hombre. Toda la desunión y todas las dolorosas discusiones de la sociedad contemporánea proceden de ahí, del divorcio del hombre, emancipado a medias, y la mujer, que sigue siendo sierva, esclava alucinada y adulada por el catolicismo agonizante. La cuestión era no dejar a la Iglesia aprovecharse de este tardío cariño con que adormece a nuestras hijas y a nuestras mujeres, quitarle el mérito de la falsa emancipación que las otorga, emanciparlas realmente y arrebatárselas, puesto que son nuestras y nosotros suyos. Tres fuerzas compiten entre sí: el hombre, la mujer y la Iglesia. Por tanto, no conviene que la mujer y la Iglesia estén contra el hombre, sino que el hombre y la mujer estén contra la Iglesia. La pareja humana, por lo demás, ¿no forma unidad? Ni el marido ni la mujer pueden nada separados, pero unidos en carne y alma son invencibles, son la potencia y la creación misma de la vida, representan la dicha cumplida por fin en la Naturaleza conquistada. Y de pronto percibió Marcos la verdad, la única solución: instruir a la mujer, darle a nuestro lado el lugar de igual y de compañera que le corresponde, porque sólo la mujer libre puede libertar al hombre.

Cuando Marcos, ya sereno y reanimado, recobraba el valor para seguir luchando, oyó a Genoveva que volvía y se reunió con ella en la clase, vagamente iluminada por la postrera luz crepuscular. La halló de pie. Su avanzado embarazo le había deformado el talle; pero estaba muy derecha, muy firme y, además, le brillaban tanto los ojos y era su actitud tan agresiva, que comprendió él que le amenazaba una larga y tormentosa escena.

—¡Ea! —dijo ella con voz áspera—. ¡Ya estarás contento!…

—¿Contento por qué, Genoveva?

—¡Ah! ¿No lo sabías?… Entonces voy a tener el gusto de ser yo quien te dé la primera noticia. Vuestros heroicos esfuerzos no han sido baldíos. Ahora mismo acaba de recibirse el telegrama. El Tribunal Supremo ha decidido la revisión del proceso.

Marcos lanzó una exclamación de inmensa alegría, sin querer notar el tono de amarga ironía con que su mujer le anunciaba el triunfo.

—¡Por fin hay jueces justos! ¡El inocente no sufrirá más!… Pero…, ¿es cierta la noticia?

—Sí, sí, completamente cierta. Yo la he sabido por honradas personas a quienes se le ha telegrafiado. ¡Oh! La abominación es completa; puedes regocijarte.

Se percibía en aquel amargo estremecimiento de Genoveva el eco de la violenta escena a que sin duda acababa de asistir en casa de «aquellas señoras». Algún santo varón, quizá un religioso, amigo del padre Crabot, habría acudido allí para anunciar la catástrofe, que ponía a Dios en peligro.

Jovialmente, obstinándose en no querer comprenderla, Marcos tendió los brazos a su mujer.

—Gracias, Genoveva. No podía haber para mí mensajero mejor ni más querido. ¡Abrázame!

Pero ella le contuvo con un gesto de horror.

—Abrazarte, ¿por qué? ¿Porque tú has sido el artífice de un acto infame, porque eres feliz con esta victoria criminal sobre la religión? Es tu país, es tu familia, es a ti mismo a quien conduces a la ruina, al fango, para salvar a tu vil judío, que es el mayor malvado de la tierra.

Marcos aún trató de apaciguarla suavemente.

—¡Vamos, querida, no digas esas cosas! Tú, tan inteligente, tan buena otras veces, ¿cómo puedes repetir semejantes barbaridades? ¿Será verdad que el error es tan contagioso que acaba por perturbar las más sólidas inteligencias?… Reflexiona: tú conoces el asunto; Simón es inocente; dejarle en presidio es una ignominia horrorosa, un veneno corruptor que acabaría por matar a la nación.

—¡No, no! —gritó ella, en un rapto de exaltación mística—. Simón es culpable; fue condenado irrevocablemente; hombres de reconocida santidad le han acusado y le acusan aún. Para creerle inocente sería necesario no creer en la religión, creer que el mismo Dios era capaz de incurrir en error. ¡No, no! Debe seguir en presidio. Su libertad equivaldría al fin de todo lo que hay de venerable y de divino en este mundo.

Poco a poco Marcos se impacientaba.

—No comprendo cómo una cuestión tan clara de verdad y de justicia pueda separarnos. El cielo no tiene nada que ver en todo esto.

—Perdona: sin el cielo no hay verdad ni justicia.

—¡Ah! Acabas de pronunciar la palabra justa, la que explica nuestra discordia y nuestro tormento. Tú pensarías aún como yo si no hubieras puesto el cielo entre los dos, y volverás de nuevo a mí el día en que quieras tener de nuevo una inteligencia sana y un corazón compasivo. No hay más que una verdad, no hay más que una justicia: las que establece la ciencia bajo el control de la certeza y de la solidaridad humanas.

Genoveva se exasperó aún más.

—Expliquémonos de una vez: lo que tú quieres destruir es mi religión y mi Dios.

—¡Sí! —gritó él—. Lo que yo combato es el catolicismo, la imbecilidad de sus enseñanzas, la hipocresía de sus prácticas, la perversión de su culto y su funesta influencia sobre el niño, sobre la mujer, sobre la sociedad toda. La Iglesia católica es el enemigo de quien primero debemos desembarazar nuestro camino. Antes que la cuestión social, antes que la cuestión política, está la cuestión religiosa, que lo obstruye todo. Nunca lograremos dar un paso hacia delante si no conseguimos abatir a la Iglesia, corruptora, envenenadora, asesina… Y ¡óyeme bien! Ése es el motivo de mi inquebrantable y firme resolución de no dejar a nuestra Luisa que confiese ni comulgue. Creería haber faltado a mi deber, me pondría en completa contradicción con mis ideas y mis lecciones si hiciera lo contrario; al día siguiente sería necesario que dejara la escuela, que dejara de enseñar a los hijos de los demás, pues no tendría

la sinceridad ni la firmeza necesarias para guiar a mi hija hacia la verdad, la única verdad, que es también la sola bondad… No cederé: nuestra hija juzgará y escogerá cuando tenga veinte años.

Genoveva, fuera de sí, iba a contestarle, cuando entró Luisa. La señorita Mazeline la había retenido largo tiempo después de terminada la clase, y ella misma venía acompañándola alegremente, para explicarle a los padres cómo le había enseñado un punto difícil de ganchillo. La maestra era bajita y delgada, carecía de belleza, pero poseía un gran encanto su rostro alargado, con la boca grande y admirables ojos negros, rebosantes de ardiente simpatía. Desde la puerta exclamó:

—Pero ¿qué es eso?… ¿Están ustedes sin luz? ¡Y yo que venía a enseñarles el bello trabajo de una niña muy aplicada!…

Pero Genoveva, sin hacerle caso, dijo a la niña con voz seca:

—¡Ah! ¿Eres tú, Luisa? Ven acá… Tu padre me está martirizando otra vez por tu culpa. Se opone definitivamente a que hagas la primera comunión… Y yo exijo que la hagas este año. Tienes ya doce años y la cosa no puede prolongarse más sin dar un escándalo… Por eso, antes de tomar una resolución, he querido conocer tu opinión. ¿Qué piensas?

Alta para su edad y ya formada, Luisa era una mujercita de rostro inteligente, en el cual se fundían los rasgos finos de su madre con una expresión de tranquila sensatez que le venía de su padre. Respondió sin precipitarse, con afectuosa deferencia:

—¿Mi parecer? ¡Ay, mamá, yo no puedo tenerlo! Pero creía que ya era cuestión resuelta, puesto que lo único que papá desea es que espere hasta que sea mayor… Entonces te diré lo que pienso.

—¿Eso me contestas, desgraciada? —exclamó la madre con creciente irritación —. ¡Esperar, cuando es evidente que las horribles lecciones de tu padre te corrompen y te arrancan un poco cada día de mi corazón!

En este momento, la señorita Mazeline cometió el error de intervenir con la mejor intención, como una buena amiga que sufría con este drama íntimo que ensombrecía la vida de aquel matrimonio a quien tan feliz había conocido en otro tiempo.

—¡Oh, señora! ¡Si Luisa la adora, si lo que acaba de decir no puede ser más razonable!…

Violentamente se volvió Genoveva hacia ella.

—Usted, señorita, métase en sus asuntos. No quiero averiguar la parte que usted tiene en todo esto; pero, enséñeles usted a sus alumnas a respetar a Dios ya sus padres… Y cada uno en su casa…

Y, viendo que la maestra se retiraba con el corazón oprimido, deseosa de no agravar la cuestión, Genoveva se dirigió a su hija.

—Escúchame, Luisa, y tú también, Marcos… Estoy harta, os juro que estoy harta, y lo que acaba de ocurrir esta tarde ha colmado el vaso… Ya no me queréis, me ofendéis en mis creencias, queréis echarme de casa.

En el fondo de la larga y obscura sala lloraba desconsoladamente la niña, mientras el marido, trastornado, permanecía inmóvil y con el corazón sangrante ante aquel rompimiento definitivo. Ambos protestaron a un tiempo.

—¡Echarte de casa!

—¡Sí! Hacéis cuanto podéis para que se me haga insoportable… Pues bien: me es imposible permanecer más tiempo en este lugar de escándalo, de error y de impiedad, donde cada palabra, cada gesto, me hieren y me indignan. Veinte veces me han dicho que mi puesto no está aquí; no quiero condenarme con vosotros y me voy, me vuelvo al sitio de donde vine.

Genoveva había puesto una extraordinaria vehemencia en estas palabras.

—A casa de tu abuela, ¿no es eso?

—¡Sí, a casa de mi abuela! Aquella casa es el asilo, el refugio de la verdadera paz. Allí, al menos, me saben comprender y me quieren. ¡Ojalá no hubiera abandonado nunca aquella santa morada de mi juventud!… ¡Adiós! Ni mi alma ni mi cuerpo tienen ya aquí nada que les retenga.

Y, altiva y adusta, se dirigió hacia la puerta, con paso vacilante a causa del embarazo. Luisa lloraba dando grandes sollozos. Marcos, resueltamente, hizo el último esfuerzo y trató de impedir que saliera.

—Ahora te ruego yo que me oigas… Que quieras volverte al sitio de donde viniste no me sorprende, porque sé que han hecho todo lo posible para arrancarte de mi lado. Aquélla es una casa de tristeza y de venganza… Pero tú no estás sola, debes acordarte del hijo que llevas en tus entrañas, y no puedes arrebatármelo así para entregárselo a otros.

Genoveva se había quedado frente a su marido que, apoyado en la puerta, le cerraba el paso. Pareció crecer, y más rígida y más obstinada que nunca, le arrojó en cara estas palabras:

—¡Si precisamente me voy para quitártelo, para substraerle a tu abominable influencia! No quiero que hagas de él un judío, que perviertas su inteligencia y su corazón, como has hecho con esta desgraciada niña. Todavía es mío, y creo que no irás a pegarme, con pretexto de conservarle a tu lado… ¡Vamos, quítate de esa puerta! ¡Déjame salir!

Él no contestó, pues estaba haciendo sobrehumanos esfuerzos para contenerse, para no emplear la fuerza y dejarse llevar de la ira. Por un instante se miraron a la débil claridad, que iba extinguiéndose.

—¡Quítate de esa puerta! —repitió ella altivamente—. Comprende que mi resolución está firmemente tomada. Tú no querrás un escándalo, ¿verdad? No ganarías nada con ello; te quitarían el cargo y no podrías continuar lo que llamas tu obra. Te separarían de esos chicos a quienes has preferido a mí y de quienes harás unos perfectos bandidos con tus enseñanzas… ¡Vamos, no te comprometas! Resérvate para tu escuela de condenados y déjame volver a mi Dios, que te castigará algún día.

—¡Oh, pobre mujer! —murmuró él en voz baja, sintiéndose herido en medio del corazón—. Afortunadamente no eres tú quien habla; son las gentes que se sirven de ti en contra mía, como de un arma mortífera. Lo noto en tus palabras inspiradas por ellos, en la esperanza de un drama, en el deseo ardiente de mi destitución, de ver cerrada mi escuela y muerta mi obra. Hay que aniquilar al justiciero, al amigo de Simón, al que está en camino de probar su inocencia… Tienes razón, mujer; no quiero escándalos que alegrarían a mucha gente.

—Entonces, déjame salir —dijo ella con obstinación.

—Sí, ahora mismo… Pero antes, oye: te quiero como siempre, más aún, como a una pobre niña enferma que sufre atacada de una de esas fiebres contagiosas y de larga duración. Pero no desespero, porque tú eres en el fondo una criatura buena y sana, una mujer razonable, inteligente y cariñosa que forzosamente despertará algún día de su pesadilla… Y, después, hemos vivido cerca de catorce años juntos, soy yo quien te ha hecho mujer, esposa y madre, y aunque es mía la culpa de no haberte reformado del todo, he puesto en ti demasiadas cosas nuevas para que no surtan efecto… Tú volverás a mí, Genoveva.

Ella reía retadoramente.

—No lo creo.

—Volverás a mí —dijo él con voz convencida—. Cuando sepas la verdad, el amor que me has tenido hará el resto; tú eres cariñosa e incapaz de cometer una prolongada injusticia… Nunca te he violentado en nada; siempre respeté tu voluntad. Entrégate, pues, a tu locura, apúrala hasta el fin, puesto que no hay otro medio de curarte.

Se separó de la puerta y le dejó libre el paso. Genoveva pareció vacilar un instante entre las sombras medrosas que invadían la casa amada, el hogar doméstico anegado en lágrimas. No se le distinguía la cara, pero debían haberle emocionado las palabras de su marido. Por fin se decidió bruscamente y dijo con voz ahogada:

—¡Adiós!

Pero Luisa, a quien no se veía a causa de la obscuridad, se lanzó tras ella y quiso detenerla antes de partir.

—¡Oh, mamá, mamá! No es posible que nos dejes así. Nosotros, que tanto te queremos y que no deseamos más que tu bien…

La puerta se había cerrado y no se oyó más que un último grito ya lejano, ahogado por el ruido de rápidos pasos.

—¡Adiós, adiós!

Entonces Luisa, tambaleándose, sollozando, se arrojó en brazos de su padre, y por mucho tiempo, caídos sobre un banco de la clase, lloraron juntos, abrazados fuertemente. Se había hecho completamente de noche y no se oía más que el pequeño murmullo de sus sollozos en la vasta sala a obscuras. De la casa vacía venía un profundo silencio de abandono y de tristeza. La esposa, la madre, se había ido, se la habían robado al hombre y a la niña para atormentarles, para arrojarles en la

desesperación. Se le representaba a Marcos toda aquella lenta maquinación, todo el hipócrita trabajo subterráneo con que habían conseguido hacerle sangre en el corazón, arrancándole a su Genoveva adorada para debilitarle e impulsarle a algún violento arrebato que acabara con él y con su obra. Él había tenido fuerza de voluntad bastante para soportar su martirio, y nadie en el mundo sabría su tormento, porque nadie le veía llorar con su hija en las tinieblas de su hogar desierto. ¡Pobre hombre, que no tenía ya más que aquella niña y que enloquecía de terror al pensar que podían también quitársela algún día!

Poco después, aquella misma noche, como Marcos debía dar una clase de adultos, se encendieron las cuatro luces de gas, se iluminó la sala y se llenó de alumnos. Muchos de sus antiguos discípulos, que eran ahora obreros o dependientes de comercio, seguían asiduamente aquellos cursos de historia, de geografía, de ciencias físicas y naturales. Marcos, sentado detrás de su mesa, habló durante hora y media, con gran claridad, refutando el error, llevando un poco de verdad a los cerebros confusos de los humildes. Un dolor espantoso le martirizaba: su hogar estaba deshecho, destruido; su amor lloraba a la amada, a la esposa perdida a quien no encontraría ya arriba, en la alcoba fría, antaño caldeada por el cariño. Pero, animoso, como un héroe ignorado, continuaba su obra.

# LIBRO TERCERO

# I

Una noche, en la obscura tiendecilla de los Lehmann, convinieron David y Marcos que, en vista de que el Tribunal Supremo había comenzado su información suplementaria, lo mejor era cesar en toda agitación y aparentar que se mantenían al margen del asunto. Aceptada la idea de revisión, la familia se hallaba animada por una gran alegría y una gran esperanza. Si el Tribunal practicaba lealmente la información, seguramente se reconocería la inocencia de Simón y éste quedaría en libertad. Bastaba, pues, con permanecer alerta vigilando la marcha del asunto, pero sin denotar que ponían en duda la conciencia y el espíritu justiciero de los más altos magistrados del país. Una sola preocupación impedía que fuera completa la alegría de aquella pobre gente, pues las noticias de la salud de Simón continuaban sin ser buenas. ¿Sucumbiría allá lejos, antes del triunfo? El Tribunal había decidido que no había lugar a trasladarle a Francia antes de que recayese el fallo definitivo y, por otra parte, la información amenazaba durar bastantes meses. Pero, a pesar de todo, David estaba henchido de confianza, pues contaba con la extraordinaria fuerza de resistencia demostrada hasta entonces por su hermano. Como le conocía bien, tranquilizó a todos y hasta les hizo reír refiriéndoles incidentes de la juventud de ambos y rasgos característicos de Simón, hombre reconcentrado, metódico y meticuloso, con extraordinaria voluntad y sobremanera celoso de su dignidad y de la dicha de los suyos. Y aquel día se separaron unos y otros, resueltos a no aparentar inquietud ni impaciencia, como si ya se hubiera logrado la victoria.

A partir de entonces, Marcos se encerró en su escuela, dedicándose por completo a sus alumnos, desde la mañana hasta por la noche, con una abnegación que parecía crecer entre los obstáculos y los sufrimientos. Durante las clases, en compañía de sus alumnos, como si fuera un hermano mayor y esforzándose en compartir con ellos el pan del saber y las certidumbres de la verdad, se olvidaba algo de sus torturas y sentía menos el dolor de la herida, siempre sangrante en su corazón. Pero de noche, cuando se encontraba solo en la casa sin amor, caía en horrible desesperación y preguntaba cómo continuaría viviendo bajo la frialdad de su viudez. Cuando Luisa volvía de la clase de la señorita Mazeline, le aportaba algún consuelo. Sin embargo, cuando se encendía la lámpara para la cena, ¡qué prolongados silencios entre el padre y la hija, que se daban cuenta de su inconsolable desgracia, del abandono de la esposa y madre, cuyo recuerdo les obsesionaba! Trataban de escapar a la pesadilla hablando de las pequeñas incidencias de la jornada, pero todo les llevaba a ella y acababan hablando de ella solamente, acercando sus sillas y cogiéndose las manos como para darse mutuo calor en su soledad. Y todas las veladas acababan lo mismo: la hija sobre las rodillas del padre pasándole un brazo por el cuello y ambos llorando y estremecidos bajo la triste luz de la lámpara. El aposento estaba muerto, pues la ausente se había llevado la vida, el calor y la luz.

Sin embargo, Marcos no hizo nada para obligar a Genoveva a que volviese junto a él. No quería deber nada al derecho que podía ejercer. Le era odiosa la idea de un escándalo, de una pública querella. Y no solamente procuraba no caer en el lazo tendido por los autores del rapto, los cuales seguramente contaban con un drama conyugal para destruir al maestro, sino que, además, ponía toda su esperanza en la sola fuerza del amor. Genoveva reflexionaría y seguramente volvería al hogar. Sobre todo le parecía imposible que quisiera guardar para sí sola el hijo que llevaba en las entrañas; en cuanto naciera se lo llevaría al padre, puesto que era de ambos. Si bien la Iglesia había conseguido desviar a la mujer enamorada, no llegaría, sin duda, a anular a la madre. Y la madre, al volver en sí, se quedaría con el hijo. Por lo tanto, no había que esperar más que un mes, ya que el alumbramiento estaba próximo. Poco a poco, tras haber esperado tal desenlace a manera de consuelo, llegó a creerlo cierto, y vivía esperando la hora del parto como si hubiera de ser la del fin de sus sufrimientos. A causa de su bondad, y no queriendo separar a la hija de su madre, enviaba a Luisa a pasar las tardes de los jueves y domingos junto a Genoveva, en casa de la señora de Duparque, en aquella casita devota, húmeda y sombría, que tanto le había hecho sufrir. Quizá sin saberlo era aquello una postrera satisfacción melancólica, un modo de no cortar bruscamente todas las relaciones y de conservar un lazo de unión entre la ausente y él. Luisa le traía de cada visita como un algo de Genoveva, y las noches de los días en que la niña había pasado varias horas con su madre, Marcos la conservaba más tiempo sobre sus rodillas y le hacía preguntas, deseoso de saber y de sufrir.

—¿Cómo las has encontrado hoy, hija mía? ¿Se ríe algo? ¿Parece contenta? ¿Ha jugado contigo?

No, no, papá… Ya sabes que hace tiempo que no juega. Aquí todavía estaba algo alegre, pero ahora la encuentro muy triste y con aspecto de enferma.

—¿Enferma?

—No enferma para quedarse en cama. Al contrario, no puede estar nunca en el mismo sitio. Sus manos arden como si tuviera fiebre.

—¿Y qué habéis hecho, hija mía?

_____Hemos ido a las vísperas como todos los domingos. Luego hemos vuelto para merendar. Había allí un fraile, al que no conozco, un misionero que ha contado cosas de salvajes.

Entonces Marcos calló un instante lleno de amargura, pues no quería juzgar a la madre delante de la hija ni dar a ésta la orden de desobedecerle negándose a acompañarla a la iglesia. Suavemente preguntó:

—¿Te habló de mí, hija mía?

—No, no, papá… Nadie me ha hablado de ti; y como me has recomendado que no sea yo la primera en hablar, parece que no existas.

—La abuela de la mama no se porta mal contigo, ¿verdad?

—La abuela de la mamá ni siquiera me mira, y me alegro de que sea así, porque su mirada me hace daño cuando llega a reñirme… Mi abuelita sí que es cariñosa

conmigo, pero cuando nadie la ve. Me da bombones, me coge en sus brazos y me besa muy fuerte.

—¿Tu abuelita?

—Sí. Y hasta un día me dijo que te quisiera mucho. Es la única que me ha hablado de ti.

De nuevo calló Marcos, por miedo a iniciar demasiado pronto a su hija en las miserias de la vida. Siempre había sospechado que la doliente y silenciosa viuda de Berthereau, antaño tan querida y tan mimada en brazos de su marido, agonizaba desde su viudez bajo la pauta devota de su madre, la inexorable señora de Duparque. Y Marcos adivinaba una posible aliada en aquella mujer, aunque tan quebrantada, que jamás encontraría valor para hablar ni para obrar.

—Pórtate bien con ella —concluyó diciendo—. Creo que, sin manifestarlo, sufre como nosotros… Pero, sobre todo, abraza a tu madre por los dos para que note que yo tomo parte en tus caricias.

—Sí, papá.

Y las veladas se prolongaban así, muy amargas y muy dulces en el desolado hogar. Cuando la hija llevaba al padre en domingo alguna mala noticia referente a jaquecas de la madre o a alteraciones nerviosas de que a la sazón sufría, Marcos tenía materia para forjarse inquietudes hasta el siguiente jueves. Por lo demás, aquellas alteraciones no le sorprendían, y hasta temblaba de que su pobre esposa se consumiera en las perversas e imbéciles llamas del misticismo. Y si al siguiente jueves su hija le enteraba de que mamá había sonreído y había preguntado por el gatito que dejó en casa, Marcos recobraba sus esperanzas y hasta sonreía a su vez, consolándose. Con ello volvía a esperar a la amada ausente, que regresaría con el recién nacido en el pecho.

Desde que se fue Genoveva, la señorita Mazeline se había convertido forzosamente en una confidente e íntima de Marcos y de Luisa. Casi todas las tardes, después de la clase, acompañaba a la chica y prestaba algunos servicios en aquel hogar desorganizado, en aquella casa donde no había ama. Las habitaciones del maestro y de la maestra casi estaban contiguas, pues no había que atravesar más que un pequeño patio. Es más: por la parte trasera comunicaban por una puerta los respectivos jardines. Así es que las relaciones fueron cada vez más estrechas, sobre todo gracias a la gran simpatía que sentía Marcos por aquella valerosa y admirable mujer. Ya en Jonville había aprendido a estimarla al verla libre del error religioso y esforzándose en que sus alumnas tuvieran una solida razón y un corazón tierno. Y ahora, en Maillebois, sentía una especie de apasionada amistad por ella, pues realizaba perfectamente su ideal de mujer educadora e iniciadora, la única capaz de libertar a la sociedad futura. Estaba seguro de que no se realizaría ningún serio progreso si mujer no acompañaba al hombre y hasta no le precedía en el camino de la ciudad dichosa. Y era para él muy consolador encontrar, cuando menos, a una de tales preceptoras, muy inteligente, muy sencilla y muy buena que realizaba su labor de

salvación como una función propia de su humana ternura. En el íntimo drama que torturaba a Marcos, fue aquella mujer la amiga serena y alegre, a la vez consuelo y esperanza.

Comenzaron estos sentimientos por la satisfacción que experimentó Marcos cuando Luisa dejó de estar en manos de la señorita Rouzaire. Como no podía sacarla de la vecina escuela, sufría al verla bajo la autoridad de una beata ambiciosa que trabajaba por su ascenso, llevando a las discípulas a misa. Además, le molestaba aquella detestable vecindad, pues mientras en la escuela de niños se instruía a éstos prescindiendo de toda concepción religiosa, en la escuela de niñas se iba a las procesiones, se confesaba y se comulgaba. Ambas maneras de instruir chocaban y se perjudicaban, de modo que repercutían en el seno de las familias, produciendo continuas disputas. También Francia se hallaba dividida en dos pueblos enemigos que luchaban sinfín, eternizando la miseria social. ¿Cómo podrían entenderse el hermano y la hermana, el marido y la mujer, el hijo y la madre, si desde la cuna se les moldeaba de distinto modo el cerebro, donde ni las ideas ni las palabras tendrían el mismo valor? Si por una parte el bueno de Salvan había querido aliviar a Marcos de la preocupación de ver a su hija en las pías manos de la señorita Rouzaire, por otra parte, el inspector académico Le Barazer, al trabajar por el nombramiento de la señorita Mazeline y al conseguir la firma de este nombramiento, se había propuesto principalmente llevar a cabo uno de sus íntimos deseos, consistente en unificar la primera enseñanza en los pueblos donde había una escuela de niños y otra de niñas. El maestro y la maestra no podían realizar una tarea útil si no iban de acuerdo, animados del mismo espíritu y de las mismas creencias y resueltos a enseñar las mismas verdades. Y desde que Marcos y la señorita Mazeline se entendían tan bien y caminaban al mismo paso hacia el mismo porvenir, germinaba por fin la buena semilla en Maillebois, y los hombrecitos y las mujercitas crecían juntos para la gran cosecha futura.

Además, lo que acabó de emocionar profundamente a Marcos fue la actitud, tan sentida y cortés, de la señorita Mazeline tras la partida de Genoveva. La maestra hablaba continuamente de la esposa con una afectuosa preocupación, excusándola y explicando aquel caso como una mujer razonable llena de tierna simpatía para con la sinrazón de las demás. Sobre todo recomendaba a Marcos que no fuera un marido violento, un amo egoísta y celoso que considerase a la esposa como a una esclava o una cosa entregada por la ley. Y, seguramente, influyó mucho la señorita Mazeline en la cuerda actitud de Marcos, que, lleno de paciencia, confiaba en el buen sentido y en el amor para convencer algún día a Genoveva y traerla nuevamente al hogar. Por último, la maestra se esforzaba en substituir junto a Luisa a la madre ausente, con tal delicadeza, que se había convertido en amiga deliciosa y en alegría de aquel hogar tan triste donde el padre y la hija se estremecían al verse abandonados.

Al iniciarse el buen tiempo, Luisa y Marcos se reunían todas las tardes con la señorita Mazeline en el jardincillo que había detrás de la escuela. La maestra no tenía

más que abrir la puerta de comunicación, provista de cerrojos a una parte y a otra para, dejando su propio jardín, penetrar en el del maestro, donde había una mesa y sillas bajo un cenador de lilas. Bromeando llamaban a aquello el bosque, como si se hubieran refugiado bajo grandes encinas en un rincón de la selva. El escaso césped se convertía en una vasta pradera, y las dos platabandas equivalían a un parterre de palacio real. Y tras la intensa jornada, en la paz del crepúsculo, la conversación era dulce y agradable.

Una tarde, Luisa, con su aire meditabundo de niña precoz, interrogó de pronto:

—¿Por qué no se ha casado usted, señorita Mazeline?

La maestra se echó a reír para contestar:

—¡Oh! Tú no me has mirado bien, muchacha… No es fácil encontrar marido con una nariz tan grande y una figura tan insignificante como la mía.

Luisa la miró asombrada, porque nunca le había parecido fea. Realmente no era alta, tenía la nariz demasiado gruesa, la cara ancha con frente abombada y los pómulos salientes. Pero sus admirables ojos sonreían tan tiernamente, que ponían en todo el rostro un profundo encanto.

—¡Es usted muy bonita! —declaró Luisa convencida—. Si yo fuera hombre, me querría casar con usted.

Esto divirtió mucho a Marcos, mientras la señorita Mazeline sentía una contenida emoción algo melancólica.

—Pues parece que los hombres no tienen un gusto igual que el tuyo —dijo después, recobrando su serena alegría—. De los veinte a los veinticinco años me hubiera casado de buena gana. Pero no encontré quien me quisiera. No creo que vaya a casarme ahora, a los treinta y seis años…

—¿Por qué no? —preguntó Marcos.

—Porque ya ha pasado la hora… Una maestra, una pobre mujer dedicada a la primera enseñanza e hija de padres pobres, no tienta a quienes buscan esposa. ¿Dónde hay un hombre dispuesto a aceptar la carga de una compañera que gana poco, tiene grandes deberes que cumplir y está obligada a vivir en un rincón lejano? La maestra, si no tiene la suerte de casarse con un maestro y de unir las dos pobrezas, se queda fatalmente solterona… Por mi parte, me he hecho el ánimo y vivo satisfecha, a pesar de todo.

Luego añadió vivamente:

—Claro esta que el matrimonio es algo necesario; es preciso que la mujer se case, porque si no ha sido esposa y madre puede decirse que no ha vivido ni ha cumplido su misión. Para un ser humano no hay salud ni felicidad posible si no ha realizado su completo florecimiento. En las lecciones a mis discípulas no olvido jamás que algún día tendrán marido e hijos… De todos modos, cuando una ha sido olvidada y sacrificada, no tiene más remedio que buscarse un refugio de contento. Por eso me he impuesto una misión y no me quejo demasiado, pues he conseguido ser madre,

porque dispongo de todas las hijas de las demás, de esas pequeñuelas de las que me ocupo todo el día. No estoy sola, sino que tengo una numerosa familia.

Reía y manifestaba con sencillez su admirable abnegación, como si se creyera obligada para con las generaciones de alumnas que accedían a ser las innumerables hijas de su espíritu y de su corazón.

—Sí —concluyó Marcos—. Cuando la vida se muestra dura con uno de nosotros es preciso que el desheredado se porte bien con ella. Es el único modo de conjurar la desgracia.

Pero lo más frecuente era que la señorita Mazeline y Marcos, en el jardincillo invadido por las sombras crepusculares, hablasen de Genoveva, sobre todo los días en que Luisa, luego de haber pasado la tarde en casa de la señora de Duparque, traía alguna noticia de su madre. Un día volvió muy apurada, pues su madre, a la que había acompañado a la capilla de los Capuchinos, con objeto de asistir a una gran ceremonia en honor de San Antonio de Padua, se había desmayado allí y hubo que llevarla a casa en estado alarmante a causa de su embarazo.

—¡Me la matarán! —exclamó Marcos desesperado.

La señorita Mazeline, para animarle, procuraba mostrarse optimista.

—¡No, no!… Genoveva, al fin y al cabo, no es más que una razón enferma en un cuerpo sano y fuerte. Ya verá usted cómo algún día triunfará la inteligencia ayudada por el corazón… ¡Qué le vamos a hacer!… Ahora está pagando su instrucción y su educación místicas en uno de esos conventos de donde, mientras no los cierren, continuarán saliendo las desdichas de la mujer y los desastres del matrimonio actual. Hay que perdonarla, porque no es ella la verdadera culpable, ya que sufre la prolongada herencia de sus abuelas, poseídas, aterrorizadas y embrutecidas por la Iglesia.

Marcos, abatido por la tristeza, exhaló sin querer ante su hija una queja y una confesión en voz baja.

—¡Ay! Mejor hubiera sido para la felicidad de ella y la mía no habernos unido nunca. ¡No, no podía ser mi compañera, mi otro yo!

—Pero ¿con quién se hubiera casado usted? —objetó la maestra—. ¿Dónde, entre las familias burguesas, hubiera encontrado usted una joven no educada bajo la regla católica y no envenenada por errores y mentiras? ¡Ay, amigo mío! La mujer que necesitaba su espíritu libre, la mujer que necesitaba un forjador del porvenir…, ¡todavía está por hacer! Quizá hay algunas muestras, pero muy poco numerosas y estropeadas por los efectos del atavismo y de una educación equivocada.

Luego, echándose a reír con aire amable y resuelto a la vez, agregó:

—Ya sabe usted que estoy trabajando en formar esas compañeras para maridos desprovistos de dogmas y ávidos de verdad y de justicia. Procuro forjar algunas para los muchachos que usted educa a su lado… Pero el caso es que usted nació demasiado pronto.

Y ambos, el maestro y la maestra, humildes artífices de la sociedad futura, se olvidaban un tanto de la niña de trece años, que les escuchaba silenciosa y atentamente. Marcos, por una especie de discreción sentimental, se había abstenido hasta entonces de dar lecciones directas a su hija. Se contentaba predicando con el ejemplo, y había conseguido que su hija le adorara, mostrándose muy bueno, muy sincero y muy justo. Y la muchacha, que iba despertando a la razón, aún no se atrevía a intervenir en aquellas conversaciones entre su padre y la señorita Mazeline; pero, seguramente, sacaba provecho de ellas, no obstante su aspecto de no comprender ni entender, propio de muchos niños cuando los mayores dicen ante ellos cosas que juzgan superiores a su inteligencia. Luisa, con su mirada perdida en las primeras sombras nocturnas y con la boca inmóvil, o apenas agitada por un ligero temblor en las comisuras de los labios, se instruía y ordenaba en su cabecita todas aquellas ideas de las dos personas a las que, con su madre, más quería en el mundo. Y cierto día, tras una de aquellas conversaciones, se le escapó una reflexión pueril, como al despertar de un profundo sueño, con lo que demostró que comprendió perfectamente lo que oía.

—Cuando yo me case, quiero que sea con un hombre que tenga las ideas de papá, para que podamos explicarnos y entendernos. Si pensamos igual, todo saldrá bien.

Esta manera de resolver el problema hizo mucha gracia a la señorita Mazeline. Y Marcos se emocionó al notar que en su hija renacía su pasión por la verdad, su inteligencia clara y firme. Claro está que en aquella obscura formación de un cerebro infantil no se podía ni analizar ni prever lo que sería el pensamiento maduro y completo de la mujer; pero, sin embargo, creía presentirla razonable, sana y emancipada de muchos errores. Y ello representaba para él un gran consuelo, como si esperara de aquella hija, tan niña todavía, la futura ayuda y la tierna mediadora que, devolviendo a la ausente al hogar, reanudaría todos los lazos tan trágicamente interrumpidos.

Mas las noticias que traía Luisa después de cada una de sus visitas a la casita de la plaza de los Capuchinos iban siendo muy malas. Genoveva, a medida que se acercaba el momento del parto, caía en una tristeza más sombría, y se ponía de un humor tan caprichoso y raro, que a veces llegaba a rechazar hasta las caricias de su hija. Había tenido nuevos desvanecimientos y parecía sumirse en una creciente exaltación religiosa, cómo esos enfermos que, decepcionados por la ineficacia de ciertos estupefacientes, doblan la dosis y llegan, finalmente, a envenenarse. Las noticias dadas por Luisa una tarde deliciosa en el florido jardincillo inquietaron tanto a la señorita Mazeline, que propuso:

—¿Quiere que vaya a ver a su esposa? Antes me demostraba mucho afecto, y quizá ahora me atienda si le hago ver la razón.

—Pero ¿qué le dirá usted?

—Le diré que el sitio de ella está junto a usted; que continúa queriéndole sin saberlo y sin comprender qué horrible equívoco produce su sufrimiento, y que no

curará hasta el día en que le traiga a usted el hijo querido que la ahoga como un remordimiento.

Asomaron lágrimas a los ojos de Marcos, conmovido por aquellas palabras. Luisa se apresuró a intervenir:

—¡Oh, señorita Mazeline! ¡No vaya a ver a mamá!… No se lo aconsejo.

—¿Por qué no, Luisita?

Entonces la niña se ruborizó y quedó cortada. No sabía cómo expresar los términos despectivos y rencorosos con que hablaban de la maestra en la casita de la plaza de los Capuchinos. Sin embargo, la maestra lo comprendió, y suavemente, como mujer avezada a los ultrajes, dijo:

—¿Es que tu mamá ya no me quiere? ¿Tienes miedo de que me reciba mal?

—¡Oh, mamá no dice nada! —acabó confesando Luisa—. Son los demás.

Marcos se había rehecho, dominando su emoción.

—La niña tiene razón —añadió—. La gestión de usted pudiera ser desagradable, y seguramente no serviría de nada. De todos modos, le agradezco su bondad, que no me extraña, dado su gran corazón.

Hubo entonces un prolongado silencio. El cielo tenía una pureza admirable y descendía una serena paz de aquel infinito azul donde el sol se apagaba entre un gran resplandor sonrosado. Los claveles y alelíes del jardincillo perfumaban el tibio ambiente. Y aquella tarde ya no hablaron más, bañados en la melancolía de aquel delicioso crepúsculo de un hermoso día.

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir. No hacía aún ocho días que Genoveva había dejado a Marcos, cuando todo Maillebois hablaba de las escandalosas relaciones que públicamente mostraban el maestro y la maestra. Rumoreábase que a cada instante salían de sus respectivas clases para verse, y que por la tarde tenían la audacia de reunirse en el jardín de la escuela de niños, donde todos podían verles perfectamente desde algunas ventanas próximas. Y lo peor del caso era que la pequeña Luisa se encontraba siempre presente a sus indecencias. Circulaban los más repugnantes detalles, y no faltaban transeúntes que aseguraban haberles oído desde la plaza de la República reír y cantar innobles canciones. Con ello se formó una leyenda y se aceptó que, si Genoveva había abandonado el domicilio conyugal, fue en un momento de rebelión y asco legítimos, para dejar el sitio a la otra, a aquella mujer sin Dios que pervertía a las niñas confiadas a su custodia. Y no se trataba solamente de devolver a Luisa a su madre, sino que había que arrojar a pedradas al maestro y a la maestra, para salvar de la perdición y de las garras del diablo a todos los niños de Maillebois.

Algunos de estos rumores llegaron a oídos de Marcos, quien se limitó a encogerse de hombros, porque inmediatamente, por la imbécil violencia de aquellas habladurías, comprendió de dónde procedían. Eran la continuación de la guerra a muerte que le hacían las congregaciones. Estas, al no haber podido conseguir el escándalo esperado al día siguiente de la partida de Genoveva, gracias a la digna actitud adoptada por el marido en medio de sus sufrimientos, reanudaban subrepticiamente su tarea

calumniosa, procurando envenenar la nueva situación. Ya que no había bastado arrebatarle la mujer para destituirle, quizá se llegara a ello adjudicándole una querida en condiciones especiales. Aquella maniobra alcanzaba y manchaba a la misma escuela laica, gracias a las sucias maquinaciones de sacristía, que celebraban el triunfo de Dios a fuerza de mentiras. Aunque el padre Crabot, desde que volvió a agitarse el asunto de Simón, vivía encerrado como en el fondo de un santuario inaccesible, todos los hábitos y todas las sotanas se agitaban por Maillebois. Él parecía colocado demasiado alto para lanzar aquellas invenciones abominables, pero los hermanos y los capuchinos eran como un vuelo de ropas negras en continuas idas y venidas por el camino de Valmarie. Se les veía volver presurosos y, seguidamente, en los confesonarios de toda la comarca, en los rincones de las capillas y en locutorios no faltaban cuchicheos sinfín con las beatas, excitadas e indignadas por tantos horrores. Aquellos horrores se difundían en voz baja y a medias palabras, llegando a las familias, a los comerciantes, al pueblo humilde, y convirtiéndose en la pesadilla de las solteronas abrasadas por el culto insaciado de Jesús. Y lo único que indignaba a Marcos era el miedo a que en casa de «aquellas señoras» murmurasen, con un refinamiento cruel, innobles patrañas en los oídos de su Genoveva con objeto de consumar para siempre su separación.

Por fin transcurrió el mes y se aproximó el parto. Marcos, que había contado los días con febril espera, se asombraba de no haber recibido aún ninguna noticia, cuando un jueves por la mañana Pelagia fue a la escuela para decir secamente que no enviara a Luisa a ver a su madre por la tarde. Y como al oír aquella voz acudiera Marcos pidiendo una explicación, la criada acabó por decirle que la señora había dado a luz el lunes por la noche y no se encontraba nada bien. Seguidamente se marchó enojada por haber hablado, pues seguramente había recibido la orden de no decir nada. Por un instante quedó Marcos estupefacto ante aquel propósito de obrar como si él no existiera. Le había nacido un hijo y nadie le había avisado. Fue tal la indignación que sintió, así como su deseo de protestar, que con el corazón herido cogió su sombrero y se dirigió a casa de «aquellas señoras».

Pelagia, al abrirle, quedó sofocada y pasmada por aquel atrevimiento. Pero Marcos la apartó de un manotón y entró directamente, sin decir una palabra, en el saloncillo donde, según costumbre, la señora de Duparque hacía labor junto a la ventana, mientras la señora de Berthereau, un poco atrás, bordaba lentamente. La pequeña habitación tenía su acostumbrado olor de moho y humedad, y se hallaba envuelta en el profundo silencio y la triste claridad que llegaban de la plaza. Pero al ver a Marcos, la abuela se levantó bruscamente, estupefacta y asombrada.

—¿Cómo se permite usted…? ¿Qué quiere, qué viene a hacer aquí?…

La increíble violencia del aquel recibimiento, cuando era él quien acudía legítimamente indignado, sirvió para devolverle la calma.

—Vengo a ver a mi hijo… ¿Por qué no se me ha avisado?…

La vieja, que permanecía rígidamente en pie, pareció comprender que un arrebato la dejaría en condiciones de inferioridad.

—Yo no tenía por qué avisarle… Esperaba que Genoveva lo decidiese.

—¿Y no lo ha pedido?

—No.

De pronto creyó comprender. La Iglesia no solamente se había esforzado en matar en Genoveva a la mujer enamorada, sino que también había querido matar a la madre. Para que ésta, en vísperas del parto, no hubiera vuelto junto al marido como él esperaba, y para que se hubiera ocultado sombría y vergonzosamente antes de dar a luz, era preciso que le hubieran hecho creer que aquel pobre niño a punto de nacer constituía un crimen. Para retenerla la habrían horrorizado hablándole de su hijo como de un pecado, del que no podría ser absuelta si no acababa de cortar todos los lazos carnales que la habían unido al demonio.

—¿Es niño? —preguntó.

—Sí, niño.

—¿Dónde está? Quiero verle y darle un beso.

—Ya no está aquí.

—¿Cómo?

—Ayer le bautizaron con el nombre del bienaventurado San Clemente y se lo llevaron a casa de la nodriza.

Marcos, repentinamente dolorido, exclamó:

—¡Eso es un crimen! No se bautiza a un hijo sin permiso de su padre ni se le quita en un rapto premeditado… Genoveva, que ha criado a Luisa con tanta alegría maternal, ¿no va a criar a su pequeño Clemente?

La señora de Duparque, muy dueña de sí misma y con un sordo gruñido de viejo rencor satisfecho al verle sufrir, respondió:

—Una madre católica tiene siempre derecho a bautizar a su hijo, sobre todo cuando teme que la salvación de éste puede peligrar por la incredulidad del padre. Y en cuanto a que el niño siguiera aquí, no hay que pensar en ello, porque ni convenía a él ni a nadie.

Como Marcos había supuesto, al hijo del demonio se le había esperado como a un Anticristo, y se había considerado necesario bautizarle y alejarle cuanto antes para evitar grandes desgracias. Más adelante le recogerían y procurarían consagrarle a Dios, convertirle en sacerdote para calmar la cólera divina. Así la piadosa casita de la plaza de los Capuchinos no pasaría por la vergüenza de cobijarle, ni su padre la mancillaría con su presencia al ir a darle un beso y, sobre todo, su madre sería libre del remordimiento de haberle concebido desde el momento en que no le tendría continuamente a la vista.

Marcos, que haciendo un esfuerzo consiguió calmarse, declaró terminantemente:

—Quiero ver a Genoveva.

Pero con la misma decisión dijo a su vez la señora de Duparque:

—No puede verla.

—Quiero ver a Genoveva —repitió el marido—. ¿Dónde está? ¿Arriba, en su vieja habitación? Voy a verla.

Y ya se dirigía hacia la puerta, cuando la abuela le cerró el paso.

—No puede usted verla. Es imposible… Supongo que no tendrá ganas de matarla. Y su presencia sería para ella la emoción más terrible. Ha estado a punto de morir en el parto. Hace dos días que ha perdido el color y la voz; la menor fiebre la vuelve loca. Ha habido que sacar al niño sin enseñárselo… ¡Ay! Puede usted estar orgulloso de su obra, porque el cielo fulmina todo lo que usted ha manchado…

Entonces Marcos, sin poder contenerse, descargó su corazón mascullando trémulas palabras:

—Es usted una mala mujer, que ha envejecido en la triste frialdad de su Dios y que quiere aniquilar toda su descendencia… Usted no se ha propuesto más que nuestro tormento, la agonía lenta que padecemos. Quiere usted exprimir su raza mientras tenga en su carne un poco de sangre y de bondad humana… Desde que su hija quedó viuda ha procurado suprimirle todas las dulzuras de la vida, y hasta le ha quitado las fuerzas para hablar y quejarse. Y si su nieta se muere arriba por haberla separado de su marido y de su hija, usted tiene la culpa, porque ha servido de instrumento a quienes han tramado el abominable crimen. ¡Oh, cuántas mentiras y cuántas enormes imbecilidades habrán hecho falta para quitarme a mi pobre Genoveva, a mi adorada Genoveva! Así la han embrutecido y pervertido de tal manera con las prácticas necias de una fúnebre religión, que ya no es ni mujer, ni esposa, ni madre. Su marido es el diablo, a quien no podrá volver a ver sin ir al infierno, y su hijo es el fruto de un pecado que la expondría al peligro de condenarse si le diera el pecho… Pero le advierto que semejantes fechorías no se consumarán hasta el fin. La vida tiene siempre razón, y cuando sale el sol se lleva nieblas y pesadillas. Estoy seguro de que usted será vencida. Y aunque me da horror, todavía me da más lástima, porque es usted una pobre vieja sin razón y sin corazón.

La señora de Duparque le había escuchado con su aire de altiva serenidad y sin siquiera intentar interrumpirle.

—¿Nada más? —preguntó—. No me extraña su falta de respeto. Usted, que niega a Dios, ¿cómo iba a inclinarse ante los cabellos blancos de una anciana?… Pero, para demostrarle cuán equivocado está al acusarme de tener encerrada aquí a Genoveva, le voy a dejar paso… ¡Suba, mátela si quiere de un disgusto, y usted será el único responsable de lo que suceda!

Y, en efecto, se apartó de la puerta y volvió a sentarse junto a la ventana, donde fríamente y sin que la menor emoción aparente hiciera temblar sus manos, reanudó su labor.

Por un instante, Marcos permaneció inmóvil, trastornado, sin saber a qué decidirse. ¿Era posible en aquel momento ver a Genoveva, procurar convencerla y hacerla nuevamente suya? Comprendió que semejante esfuerzo era poco oportuno y

hasta peligroso. Así, pues, se dirigió lentamente hacia la puerta de salida sin decir una palabra de adiós. De pronto tuvo un pensamiento y se volvió.

—Ya que mi hijo no está aquí, deme la dirección de la nodriza.

La señora de Duparque no contestó. Sus dedos, grandes y secos, siguieron manejando las agujas con el mismo movimiento regular.

—¿No quiere darme la dirección de la nodriza?

Al cabo de unos instantes, la vieja acabó diciendo:

—No tengo ninguna dirección que dar. Suba a preguntárselo a Genoveva, ya que su intención es matarla.

Marcos se enfureció. Dando un salto llego junto a la vieja, en cuya cara impasible gritó:

—¡Inmediatamente me va usted a dar las señas del ama!

La anciana, silenciosamente, seguía desafiándole y le miraba con sus claros ojos, cuando la señora de Berthereau, trastornada, intervino. Al principio de la disputa había permanecido con la cabeza inclinada sobre el bordado, como mujer resignada y hasta cobarde, que no quiere comprometerse por miedo a acarrearse disgustos personales. Pero cuando Marcos, al reprocharle a la abuela su dura tiranía de beata insensible, aludió a lo que la hija venía padeciendo en aquella piadosa mansión desde que enviudó, no pudo contener la emoción creciente que la ahogaba, y la ola de lágrimas tanto tiempo contenida la inundó por completo. Olvidando en parte su silenciosa timidez, levantó la cabeza y se enardeció al cabo de tantos años. Y cuando oyó a su madre negar a aquel pobre hombre, tan sufrido y resignado, las señas de la nodriza de su hijo, no pudo contenerse más y le gritó:

—El ama vive en Dherbecourt, cerca de Valmarie; es una mujer que se llama Delorme de apellido.

La señora de Duparque, como disparada por el impulso de músculos jóvenes, volvió a ponerse de pie y fulminó con el ademán a la osada a quien trataba siempre como a una niña, a pesar de sus cincuenta años cumplidos:

—¿Quién te ha dado permiso para hablar, hija?… ¿Vas a volver a tus pasadas debilidades? ¿No han bastado tantos años de penitencia para borrar la culpa de una boda impía? Ten cuidado, pues el pecado no se aparta de ti. Harto lo noto, a pesar de tu aparente y silenciosa resignación. ¿Por qué has hablado sin orden mía?

Estremecida aún por la compasión y la ternura que sentía, la señora de Berthereau aún resistió un momento.

—He hablado porque mi corazón sangra y se indigna. No tenemos ningún derecho para ocultar a Marcos las señas del ama… ¡Sí, sí, lo que estamos haciendo es horrible!…

—¡Cállate! —dijo furiosa la abuela.

—Digo que es sencillamente abominable haber separado a la mujer del marido y querer separarla ahora del niño. Mi pobre marido, que tanto me quería, de haber vivido, jamás hubiese consentido este asesinato del amor.

—¡Calla, desgraciada, calla!

Y la vieja parecía agrandarse, con la vigorosa rigidez de sus setenta y tres años. Con tal imperio ordenó a su hija, ya con el pelo blanco, que callara, que ésta, aterrorizada, cedió e inclinóse nuevamente sobre el bordado. Hubo un violento silencio, durante el cual un leve estremecimiento convulsivo agitó a la señora de Berthereau, mientras corrían lentamente las lágrimas por sus pobres mejillas, surcadas por tantas lágrimas secretas.

Marcos estaba muy emocionado al ver estallar súbitamente aquel drama íntimo, hasta entonces vagamente sospechado. La pobre viuda, atontada y abrumada hacía más de diez años bajo aquel despotismo maternal ejercido en nombre de un Dios envidioso y vengativo, inspirábale inmensa simpatía. Y aunque la pobre mujer no había sabido defender a su Genoveva y les había abandonado a los dos a la rabia sombría de la terrible abuela, Marcos le perdonaba su cobardía al verla sufrir también a ella.

La señora de Duparque, muy dueña de sí otra vez, dijo tranquilamente:

—Ya ve usted, caballero, que su presencia aquí sólo es motivo de escándalo y de violencias. Todo cuanto usted toca se echa a perder, y hasta parece que sólo su aliento basta para contaminar el aire del sitio en que se encuentra. Ahí tiene usted a mi hija, que nunca se había atrevido a levantar la voz ante mí: en cuanto ha entrado usted me desobedece y me injuria… ¡Váyase, váyase a proseguir su labor abominable!… Deje usted en paz a la gente honrada y trabaje para sacar de presidio a su repugnante judío, que acabará de pudrirse allí, se lo profetizo, pues Dios no ha de consentir la derrota de sus venerables siervos…

Marcos, a pesar de la emoción que le embargaba, no pudo menos de sonreírse.

—¡Ya estamos al cabo de la calle! —dijo suavemente—. En toda esta guerra no hay más que el proceso, ¿verdad? Lo que se quiere es hundir, a fuerza de persecuciones y tormentos morales, al amigo y defensor de Simón, al justiciero… Pues bien: tenga el pleno convencimiento de que, más o menos tarde, se impondrán la verdad y la justicia: Simón saldrá de la cárcel y triunfará algún día. Y llegará día en que los verdaderos culpables, los embusteros, los amigos de las tinieblas y de la muerte, serán arrojados y barridos con sus templos, donde, desde hace siglos, atemorizan y embrutecen a la humanidad.

Y con voz amable, dirigiéndose a la señora de Berthereau, que había vuelto a sumirse en su ensimismamiento, añadió:

—Espero a Genoveva. Dígale usted, cuando pueda comprenderla, que la espero… La esperaré hasta que me sea devuelta. Estoy seguro de que, aunque tarde años, volverá a buscarme… No me importa el dolor que me espera: hay que padecer mucho para gozar al cabo de alguna felicidad.

Y entonces se fue con el corazón desgarrado y lleno de amargura, pero animoso, sin embargo. La señora de Duparque volvió a coger su eterna labor. Y le pareció que,

al salir Marcos, la casita se hundía otra vez en la sombría frialdad con que la helaba la proximidad de la iglesia.

Transcurrió un mes. Marcos supo que Genoveva se iba reponiendo lentamente. Un domingo fue Pelagia a buscar a Luisa, y por la noche se enteró el padre de que la niña había encontrado a su madre ya levantada, muy flaca y muy débil, aunque bajaba ya al comedor y se sentaba a la mesa. Entonces abrigó Marcos una nueva esperanza: la de que Genoveva volvería en cuanto fuera capaz de recorrer por su pie la distancia que la separaba de la escuela. Seguramente habría reflexionado y su corazón habría despertado en el dolor. Por ello, el menor ruido le hacía estremecerse, pensando que era su mujer que volvía. Pero fueron transcurriendo las semanas. Y las invisibles manos que le habían arrebatado a su mujer atrancaban, sin duda, puertas y ventanas para retenerla. Marcos volvió a caer, pues, en profunda tristeza, sin perder, no obstante, su invencible fe y su seguridad de vencer mediante las armas de la verdad y el amor. Su consuelo en aquellas negras jornadas era ir a dar un beso siempre que podía a Clementín en casa de su nodriza, en la linda aldea de Dherbecourt, situada en mitad de las praderas del Verpille, entre álamos y sauces. Allí pasaba horas de delicioso consuelo, figurándose que una propicia casualidad le haría encontrarse con Genoveva junto a la cuna del hijo adorado. Pero, según decían, ella estaba todavía demasiado débil para poder ir a ver al niño y, por ello, el ama se lo llevaba una vez a la semana.

Desde entonces permaneció Marcos esperando. Iba a hacer un año que el Tribunal Supremo había comenzado la información, aplazada por toda clase de complicaciones y por continuos obstáculos que se reproducían sin cesar, así como por la subterránea labor de aviesas influencias. En casa de los Lehmann, tras la enorme alegría producida por el primer auto que decidió la práctica de la información, comenzaban a desesperar nuevamente en vista de aquella lentitud y de lo malas que eran las noticias que recibían de Simón. El Tribunal había juzgado improcedente hacerle conducir, desde luego, a Francia; se había cuidado de hacerle saber que se estaba tramitando la revisión de su causa. Pero ¿en qué estado volvería? ¿Acabarían con él sus largos padecimientos antes de que llegara el instante del regreso, siempre constantemente aplazado? El mismo David, tan firme y animoso, se horrorizaba al pensarlo. Y aquella prolongada y angustiosa espera en que vivían Marcos y David hacía padecer al país entero, y especialmente a Maillebois, que pasaba por una crisis agotadora, cuya persistencia adormecía la vida social. Aquella situación acabó por aprovechar a los antisimonistas, repuestos ya del terrible hallazgo hecho en la celda del padre Filibín. Poco a poco, gracias a la lentitud de los trámites y a las noticias falsas originadas por el secreto de la información, se mostraban como vencedores y daban por seguro el fracaso de los simonistas. En los artículos de «Le Petit Beaumontais» volvieron a surgir las mentiras y las injurias de los días memorables. El padre Teodosio, en una ceremonia celebrada en honor de San Antonio de Padua, se atrevió a aludir desde el púlpito al próximo triunfo de Dios sobre la maldita raza de Judas.

Nuevamente se vio pasar por calles y plazas, como un huracán, al hermano Fulgencio, con paso apresurado y rostro radiante, como si arrastrara tras sí, en una apoteosis, el carro de la Iglesia. En cuanto al hermano Gorgias, empezaba a juzgarle la comunidad demasiado comprometedor y se procuraba tenerle encerrado el mayor tiempo posible, sin atreverse aún a hacerle desaparecer en algún oculto refugio, como al padre Filibín. Era poco maleable, pues le agradaba mucho exhibirse y asombrar a la gente con actitudes de santo que trata directamente con el cielo en lo tocante a su salvación. Dos veces promovió escándalos, abofeteando a dos niños que le pareció que no salían de su escuela con un aire bastante devoto. Por eso, el alcalde Philis, cuya correcta devoción se asustaba ante aquel sujeto de piedad tan impetuosa, se creyó en el caso de intervenir, en interés de la misma religión. Tratóse de lo ocurrido en el Ayuntamiento, donde seguía D arras en minoría por algunos votos y, por tanto, paralizado y tanto más prudente cuanto no desesperaba de volver a ser alcalde con una mayoría más crecida que antes si la revisión del proceso de Simón acababa en bien. Mientras tanto, rehuía las ocasiones de hablar y no abría la boca, aunque se asustaba mucho al observar que frailes y curas volvían a predominar en Maillebois como en ciudad conquistada.

Por lamentables que fueran las noticias, Marcos se aferraba a la esperanza. Mucho le ayudaba la franca lealtad de su auxiliar Mignot, cada día más entregado a él, y que participaba de su vida íntima de abnegación y de lucha. Se había producido un singular fenómeno moral en aquella lenta, pero segura influencia del maestro sobre su discípulo rebelde al principio, reducido y absorbido luego. Nadie hubiera sospechado antes en Mignot la calidad de héroe que a la sazón demostraba. Durante la vista de la causa de Simón se condujo medianamente, procurando ante todo no comprometerse. Parecía que no pensaba más que en el ascenso y que en el fondo no era ni bueno ni malo, sino dispuesto a seguir uno u otro rumbo, según las circunstancias y los hombres que le rodearan. Pero Marcos fue en aquella trágica historia el hombre indicado, la inteligencia y la voluntad llamadas a decidir en aquella otra conciencia para embellecerla y elevarla a la verdad y la justicia. De ahí se desprendía una lección luminosa y cierta: bastaban el ejemplo y la enseñanza de un héroe para hacer que surgieran otros héroes del cúmulo confuso y obscuro que formaban la multitud de medianías. En el transcurso de diez años, dos veces habían querido nombrar a Mignot maestro titular de un pueblo próximo, pero se había negado a aceptar, prefiriendo permanecer junto a Marcos, cuya influencia sobre él había llegado a ser tan grande, que aseguraba Mignot estar resuelto a no separarse de su lado, cual discípulo fiel, decidido a vencer o a ser vencido con el maestro. Por lo mismo, como había dejado pasar el tiempo sin casarse, siguiendo su primitiva línea de conducta de prudente expectativa, había resuelto permanecer soltero, diciendo que era ya demasiado tarde para crear un hogar y que su familia la constituían sus discípulos. Además, ¿no comía en casa de Marcos, donde se le trataba como a un hermano, y podía decir que aquél era su hogar, por cuanto en él gustaba la dulzura de

los lazos más estrechos, que se fortalecen a medida que hay mayor unanimidad de pensamientos? La lenta desunión del matrimonio, que él había presentido y presenciado, le había afligido mucho. Y desde que se fue Genoveva le desesperaba verse obligado a comer en un modesto restaurante cercano para no aumentar las molestias de aquel triste hogar sin mujer. Pero, por ello mismo, redoblaba las muestras de respetuosa atención hacia Marcos, procurando consolarle de los golpes que le abrumaban. Si no iba por las noches a hacerle compañía después de cenar, era obedeciendo a un sentimiento de discreta delicadeza, para dejar solo al maestro con su hija, pues comprendía que ésta le bastaba al padre. También cedía la vez a la señorita Mazeline, juzgándola más útil que él para el marido abandonado y más apta para cuidar las heridas de éste con sus leves manos de hermana. Y cuando veía a Marcos demasiado triste, próximo a rendirse a su sombría desesperación, no hallaba otro recurso para lograr que volvieran a su rostro la alegría y la esperanza que acusarse a sí mismo, como de un crimen, de la antigua declaración que prestó en el proceso de Simón y prometerse que en el próximo proceso descargaría públicamente su conciencia proclamando la verdad. ¡Sí! Juraría que Simón era inocente, de lo cual estaba plenamente convencido, gracias al raudal de luz que había iluminado sus recuerdos.

Mientras tanto, las lentitudes del Tribunal Supremo continuaban dando pábulo a la furiosa campaña de los antisimonistas. Y, sobre todo, arreciaban los ataques contra Marcos, a quien se trataba de perder para asegurar el triunfo de la escuela de los hermanos sobre las ruinas de la escuela laica. Si se dejaba pasar aquella ocasión favorable, la Iglesia se vería amenazada y mortalmente herida el día en que la privasen del derecho de enseñar y de moldear a su antojo las nuevas generaciones. Una mañana, pues, circuló por Maillebois el rumor de que habían sorprendido a la señorita Mazeline acostada con Marcos, cerca de la alcoba de Luisa y sin que la puerta de comunicación estuviese cerrada. Se añadían pormenores repugnantes, suponiéndoles un refinado cinismo, obra evidente de torturadas imaginaciones devotas. Aunque aquella historia carecía de base, pues era imposible hallar testigos, las versiones diferentes que se sucedían unas a otras eran tanto más terribles cuanto se contradecían, agravando cada vez más la calumnia. Mignot, muy asustado, se atrevió a prevenir a Marcos de la gravedad y de las proporciones que iba tomando el escándalo. Y Marcos no pudo ya aquella vez contestar a semejante infamia con un altivo desprecio. Transcurrió el día presa de un terrible desasosiego, con el corazón destrozado por el nuevo sacrificio que se veía obligado a hacer. Pero cuando llegó el crepúsculo estaba resuelto, y bajó, como de costumbre, al jardincillo donde pasaba todas las tardes una hora tan agradable y tan alentadora en compañía de la señorita Mazeline. Como la encontró sentada junto al cenador de las fragantes lilas, con aire triste y como pensativa también, sentóse frente a ella y la contempló algunos instantes sin pronunciar palabra.

—¡Ay, pobre amiga mía! —exclamó por fin—. Tengo un gran disgusto y voy a abrirle mi corazón antes de que venga Luisa… No podemos seguir viéndonos así todos los días. Hasta creo que debemos abstenernos prudentemente, de ahora en adelante, de toda relación… Como usted ve, se trata de un verdadero adiós. Es necesario que nos separemos, amiga mía…

Ella, que le había estado oyendo atentamente sin dar pruebas de sorpresa, como si ya presintiera de antemano lo que iba a decirle, contestó con voz animosa, aunque triste:

—Sí, pobre amigo. También yo he venido a sentarme aquí esta tarde para darle a usted mi adiós. No tiene que convencerme, pues comprendo como usted la dolorosa necesidad de nuestra separación… Hasta mis oídos han llegado las murmuraciones y, ante tales calumnias, no nos quedan más armas que la abnegación y la renuncia.

Hubo un prolongado silencio bajo aquel vasto cielo sereno en que iba muriendo lentamente el día. De los alelíes brotaba un penetrante aroma. Y el césped, calentado por el sol, recobraba un poco de frescura.

Marcos prosiguió a media voz, como si reflexionara alto:

—Esos desgraciados que viven fuera de la sencillez de la naturaleza y del sentido común, no pueden concebir nada que se relacione con el hombre y la mujer sin sospechar las porquerías que se les ocurren a sus imaginaciones pervertidas por la idea del pecado. La mujer sigue siendo para ellos el demonio, cuyo contacto todo lo corrompe: ternura, afecto, amistad… Yo había sospechado lo que está sucediendo, pero aparentaba no enterarme, por no darles la alegría de ver que hacía caso de sus infamias. Yo puedo encogerme de hombros, pero ¿y usted? Y, sobre todo, Luisa, a quien llegaría a manchar ese cieno… ¡Ay! ¡Otra vez han vencido y se jactarán de haber añadido un nuevo dolor a nuestros pesares!

Muy conmovida, la señorita Mazeline contestó:

—Para mí será lo peor. No sólo voy a perder el consuelo de nuestras conversaciones de por la tarde, sino que sentiré la tristeza de pensar que no puedo seguir siéndole útil y que usted se sentirá más solitario y más desgraciado que antes. Perdóneme esta pequeña vanidad, querido amigo, pero me enorgullecía ayudarle en su obra y creer que le confortaba y le reanimaba en algo… Ahora no podré pensar en usted sin imaginármele abandonado, solo y reducido a la desgracia de no poder tener ni una amiga… ¡Oh! ¡Hay gentes muy aborrecibles!…

Marcos hizo un gesto tembloroso que demostraba su emoción.

—Eso es lo que pretenden: aislarme, reducirme, haciendo el vacío a mi alrededor de todo lo que me sea agradable. Y le confieso a usted que ésa es la única herida que me tortura de veras. Lo demás, los ataques directos, las calumnias, las amenazas, todo eso me estimula más y me embriaga con ansias de heroísmo. Pero verme herido en los míos, verlos a ellos manchados, envenenados y convertidos en víctimas de las crueldades e infamias de la lucha, es algo horroroso, que casi me mata y me vence.

Me han quitado a mi pobre mujer; ahora nos separan a usted y a mí; seguramente acabarán por quitarme también a mi hija…

La señorita Mazeline, con los ojos llenos de lágrimas, le hizo callar.

—Conténgase. Ahí viene Luisa precisamente.

Marcos, resueltamente, contestó:

—No hay para qué ocultárselo. La esperaba. Es preciso que lo sepa.

Y volviéndose a la niña, que se había sentado entre ellos muy sonriente, le dijo:

—Haz un ramito, preciosa, para la señorita Mazeline. Deseo que tenga unas flores nuestras antes de que echemos el cerrojo a la puerta que divide los dos jardines.

—¿Echar el cerrojo a la puerta? ¿Por qué, papá?

—Porque la señorita Mazeline no debe volver aquí… Nos quitan a nuestra amiga, como nos arrebataron antes a tu madre…

Luisa quedó pensativa y seria durante el largo silencio que siguió a aquellas palabras. Miró a su padre, miró a la señorita Mazeline y… no pidió más explicaciones. Parecía comprender, pues precoces pensamientos pasaban como ligeras sombras por su elevada y pura frente, heredada de su padre, mientras una expresión de tierna bondad brillaba en sus ojos.

—Voy a hacer el ramo —dijo por fin—. Y tú, papá, se lo darás a la señorita Mazeline.

En tanto que Luisa, buscando las flores más frescas, iba y venía a lo largo del jardincillo, Marcos y la maestra pasaron aún algunos minutos tan tristes como deliciosos. No se decían una palabra; sólo sus ideas hablaban, fraternales, tendiendo a la dicha de todos, en la reconciliación de sexos, en el deseo de que la mujer, instruida y emancipada, emancipara a su vez al hombre. Era la gran obra de solidaridad humana, todo lo más íntimo y más absoluto que la amistad puede tejer entre dos seres, hombre y mujer, fuera del amor y del deseo. Eran como hermano y hermana. Y la noche, que cada vez iba cayendo más densamente sobre el perfumado jardín, les traía como una sedante frescura para aplacar su pesar.

—Aquí está el ramo, papá —oyeron decir a Luisa—. Lo he atado con un manojo de hierbas.

Entonces la señorita Mazeline se levantó y Marcos le entregó el ramo. Los tres se dirigieron hacia la puerta que comunicaba los dos jardincillos. Cuando llegaron frente a ella se quedaron parados unos segundos, sin decir nada, gozando sencillamente en retrasar unos momentos la despedida. Por fin Marcos abrió la puerta del todo, y la señorita Mazeline, después de haber entrado a su jardín, volvióse y miró otra vez al padre, a quien se había abrazado la hija, apoyando la cabeza en su pecho.

—¡Adiós, amigo mío!

—¡Adiós, amiga mía!

Y no hubo más, pues la puerta se cerró lentamente. Enseguida, por una y otra parte, fueron corridos los cerrojos suavemente, aunque, como estaban herrumbrosos,

rechinaron un poco, cual si se quejaran. Y aquello pareció lleno de tristeza, pues, en efecto, se había roto algo bueno y confortador, muerto por el odio ciego.

Transcurrió otro mes. Marcos, que no contaba más que con su hija, sentía cómo se apretaba a su alrededor el cerco de la soledad y el abandono. Luisa continuaba asistiendo a la clase de la señorita Mazeline, quien, ante las curiosas miradas de las alumnas, procuraba tratarla como a las demás, sin preferencia alguna. La niña no se quedaba ya en la escuela, sino que volvía enseguida junto a su padre para estudiar sus lecciones. Y cuando el maestro y la maestra se encontraban como por casualidad, lo único que hacían era cambiar un ligero saludo, evitando hablarse en lo posible, a menos que lo demandaran las exigencias de sus cargos. En Maillebois llamó la atención y fue comentadísima esta actitud. Las personas sensatas les agradecieron que cortasen rápidamente los infames rumores que circulaban; pero los otros se burlaban triunfalmente, dando a entender que con aquello se respetaban las apariencias, pero no impedía que se juntaran por la noche los enamorados y que la niña siguiera oyendo ciertas cosas, si tenía el sueño ligero. Cuando Marcos supo por Mignot estas nuevas calumnias, experimentó una profunda amargura. Había ratos en que flaqueaba su valor, pues ¿por qué había de ennegrecerse la vida y renunciar a todas las satisfacciones, si ningún sacrificio era tomado en cuenta por aquellos malvados? Jamás le había parecido tan pesada e ingrata su soledad. Cuando, por la noche, se encontraba a solas con Luisa, en la casa fría y desierta, se apoderaba de él una desesperación invencible ante la idea de que si llegaba a perder algún día a aquella niña no le quedaría nadie que le amase y diera calor a su corazón.

Luisa encendía la lámpara y sentábase junto a su mesita de colegiala.

—Papá, voy a escribir mi lección de historia antes de acostarme.

—Bueno, hijita; estudia.

Marcos, en el profundo silencio de la casa vacía, experimentaba una gran congoja. No podía continuar corrigiendo los ejercicios de sus discípulos, se levantaba y andaba nerviosamente de un extremo a otro de la habitación. Durante mucho tiempo paseaba así, como perdiéndose en la sombra, fuera del estrecho círculo de luz que caía de la pantalla de la lámpara. A veces, al pasar por detrás de su hija, se inclinaba y le besaba los cabellos, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué tienes, papá? —decía ella—. ¿Otra vez estás martirizándote?

A veces la niña notaba que le caía una cálida lágrima en la frente. Volvíase, le abrazaba mimosamente y le obligaba a sentarse a su lado.

—No obras bien desesperándote así, papá… Durante el día estás más animado; parece que al llegar la noche tienes miedo, como yo antes, de pequeña, cuando no quería quedarme sin luz… Puesto que tienes que hacer, debieras ponerte a trabajar.

Marcos procuraba sonreírse.

—Ahora haces tú de persona formal, ¿verdad, Luisita?… Tienes razón: voy a ponerme a trabajar.

Pero, al mirarla, sus ojos se nublaban de nuevo y volvía a besarle desesperadamente los cabellos.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? —balbuceaba ella, enternecida, asomándole las lágrimas también—. ¿Por qué me besas tan fuerte?

Y él, trémulo, confesaba su horror y la amenaza de que parecían rodearla aquellas sombras.

—¡Con tal de que me quedes tú, hija mía! ¡Con tal de que no te arranquen de mis brazos a ti también!

Luisa callaba, él la acariciaba y ambos lloraban estrechamente unidos. Luego, cuando la hija conseguía que su padre se calmara y volviera a sentarse a corregir los ejercicios de sus alumnos, continuaba ella sus lecciones. Pero en cuanto transcurrían algunos minutos, Marcos volvía otra vez a ser presa de sus temores y tenía que levantarse para dar paseos y más paseos, como si fuera tras de su felicidad perdida entre el silencio y las sombras de aquel hogar destruido.

Aproximábase la época de la primera comunión de la niña, y con ello renacía el escándalo. Como Luisa acababa de cumplir trece años, la gente beata de Maillebois se indignaba de que aquella niña que ya era una mujercita siguiera sin religión, sin querer confesarse, sin siquiera ir a misa. Decían que, especialmente desde que se fue su madre, vivía como los animales y naturalmente, hablaban de ella como si les inspirara una gran compasión, como si fuese una víctima, pues la representaban oprimida por la autoridad brutal del padre, que acaso le hiciera, a modo de oración sacrílega, escupir al crucifijo por la mañana y por la noche. También la señorita Mazeline le daría lecciones, seguramente, de diabólica depravación. ¿Y no era un crimen dejar que se perdiera aquella pobre alma en manos de semejantes réprobos, cuya notoria inmoralidad sublevaba las conciencias? Hablábase de intervenir y de organizar manifestaciones para obligar al desnaturalizado padre a que devolviese su hija a la madre, aquella santa mujer a quien él había obligado a huir de su casa, al ofenderla con la repugnante miseria de su vida.

Marcos, avezado a soportar injurias, sólo se preocupaba al pensar en las violentas escenas que tendría que sufrir Luisa a cada visita que hacía a «aquellas señoras». Genoveva, que seguía muy débil y se reponía lentamente del parto, se limitaba a mostrarse muy fría, invadida de muda tristeza, y dejaba a la señora de Duparque, a la terrible abuela, el cuidado de reñirle en nombre de un Dios sombrío y de atizar las infernales llamas de las calderas de Pedro Botero. Una niña tan mayor, casi de catorce años, ¿cómo no se avergonzaba de vivir en estado salvaje, como los perros, que ignoran a Jesús, y a quienes se arroja de las iglesias? ¿No le daba horror la idea del castigo eterno que padecería: el aceite hirviendo, los tridentes de hierro, los garfios enrojecidos al fuego, la perspectiva de que su carne maldita fuese cocida, asada, destrozada, durante miles de millones de siglos? Y cuando Luisa volvía por la noche a su casa y contaba a Marcos aquellas amenazas, el padre se estremecía ante

semejantes tentativas de violación de una conciencia mediante el miedo y procuraba leer en los ojos de la niña si se había asustado.

A veces se mostraba impresionada; pero las cosas que le contaban eran demasiado abominables. Y ella, con su aire sereno y prudente, decía:

—¡Tendría gracia, papá, que Dios fuera tan malo! La abuela me decía hoy que si pierdo una sola vez la misa, el diablo me cortará los pies a cachitos durante toda la eternidad… Eso no sería justo, ¿verdad? Y, además, no me parece posible.

El padre se tranquilizaba un tanto. Por sus escrúpulos de violentar aquella naciente inteligencia, no discutía directamente las extravagantes lecciones que daban a Luisa en casa de «aquellas señoras». Se limitaba, sencillamente, a darle una instrucción general, basada en la razón, y apelando constantemente a la verdad, a la justicia y a la bondad. Y lo que más le entusiasmaba de su hija era el precoz despertar del buen sentido, la innata necesidad de la lógica y de la certidumbre que había heredado de él. ¡Con qué alegría veía formarse en aquella niña, tan tierna aún, presa de las flaquezas y debilidades propias de su edad, una mujer de clara y firme inteligencia, de cariñoso corazón! Lo que más le preocupaba era el temor de que malograsen aquella promesa de un hermoso porvenir. Sólo se tranquilizaba los días en que le asombraba la niña con sus razonamientos de persona mayor.

—Mira… —le decía Luisa—. Estoy muy amable con la abuela. Le contesto que si no voy a confesar ni hago la primera comunión, es porque espero a tener veinte años, como tú me lo has pedido… Esto me parece muy lógico. Y como no me sacan de ahí, estoy muy firme, porque, cuando se tiene razón, uno se siente muy fuerte, ¿verdad, papá?

A veces, a pesar del cariño y del respeto que sentía por su madre, se reía y bromeaba dulcemente.

—¿Te acuerdas, papá, de que mamá me dijo que me explicaría el catecismo? Y yo le contesté: «Eso es: tú me repasarás las lecciones. Ya sabes que no tengo mala voluntad para aprender». Pero, como no acabo de entender nada del catecismo, mamá ha querido explicármelo, y lo malo es que ¡sigo sin entenderlo!… Eso me pone en un gran compromiso, porque como temo disgustarla, tengo que fingir que al pronto he comprendido las cosas. Pero debo de hacer una cara tan pasmada, que mamá siempre acaba por terminar sus explicaciones enojada y llamándome tonta… El otro día, sin ir más lejos, hablando del misterio de la Encarnación, me repitió que no se trataba de comprender, sino de creer. Y como cometí la torpeza de contestarle que no podía creer sin comprender, me dijo que eso era una frase tuya, papá, y que el demonio nos llevaría a los dos… ¡Yo me eché a llorar, sí, lloré mucho!… ¡Oh!

Sin embargo, ahora sonreía, y añadió en voz baja:

—Lo que hace el catecismo es más bien apartarme de las ideas de mamá. Hay en él muchas cosas que me desagradan… Y mamá hace mal en querer metérmelas en la cabeza a la fuerza.

El padre la hubiese llenado de besos. ¿Le estaría reservada la gran alegría de que su hija fuese una excepción, una de esas cabecitas bien equilibradas, que maduran temprano y en las cuales brota espontáneamente la razón como en terreno abonado? Las niñas, en esa delicada edad de la pubertad, suelen ser tan chiquillas aún, tan accesibles a la impresión de lo nuevo, presa tan fácil de los cuentos fantásticos y los ensueños místicos… Rara suerte sería que la suya se librase del destino común de sus compañeras, invadidas y conquistadas por la Iglesia, gracias al instante de turbación en que se apodera de ellas el sacerdote. La veía formarse sin tropiezos, muy sana, alta y fuerte. Pero, aunque era ya una mujercita, había días en que parecía más chiquilla, en que se divertía jugando con cualquier cosa, decía muchas tonterías y volvía a jugar con su muñeca, con la que sostenía grandes conversaciones. Y en aquellos momentos, al observarla, volvían mayores inquietudes al ánimo de su padre, que temblaba ante tanta niñería como conservaba aún Luisa y se preguntaba con terror si no acabarían por robársela y por eclipsar su clara razón, que tan límpida y lúcida apuntaba.

—¡Oh, papá! ¡Cuántas tonterías me decía hace un momento la muñeca! Pero ¡qué le vamos a hacer! Aún es muy poco formal…

—¿Y tú esperas volverla formal, hija mía?

—No lo sé. ¡Tiene una cabeza tan dura! Para la Historia Sagrada, menos mal; la sabe toda de memoria. Pero para la gramática y la aritmética, es un alcornoque…

Y se reía. Aunque el triste hogar estuviese helado y vacío, ella le llenaba con su alegría infantil, bulliciosa como música abrileña.

No obstante, a medida que transcurrían los días, iba volviéndose seria y preocupada. Cuando regresaba de ver a su madre los jueves y los domingos, traía de aquella casa aires y ademanes tristes, silencios soñadores. Por la noche, mientras trabajaba junto a la lámpara, se distraía a veces contemplando largamente a su padre con los ojos llenos de tierna bondad. Y, finalmente, ocurrió lo que tenía que suceder.

Fue en una noche calurosa en que amenazaba tormenta y una nube negrísima velaba el cielo. Como tenían por costumbre, trabajaban padre e hija en el reducido círculo de claridad que se desprendía de la lámpara. Y por la ventana, abierta de par en par, que daba a Maillebois, obscuro y dormido, entraban nocturnas mariposas: lo único que alteraba el profundo silencio en que ambos estaban sumidos. La niña, que había pasado la tarde en la casita de la plaza de los Capuchinos, parecía muy fatigada, como si pesara sobre su frente un grave pensamiento. Inclinada sobre el papel, no escribía, meditaba. Por fin se decidió a dejar la pluma y habló en medio de la triste y silenciosa paz de la casa.

—Papá: tengo que decirte una cosa que me da mucha lástima. Seguramente voy a darte un disgusto grande, muy grande… Por eso no me he atrevido a decírtela antes. Pero hoy me he propuesto no acostarme sin que sepas mi resolución, que me parece necesaria y prudente.

Marcos levantó vivamente la cabeza, con el corazón oprimido y atemorizado, adivinando un nuevo desastre en la voz temblorosa de su hija.

—¿Qué dices, hija mía?

Mira, papá… Lo he pensado muy bien, le he estado todo el día dando vueltas en mi cabeza y creo que, si tú me lo permites, debo irme a casa de la abuela para vivir con mamá.

Marcos, violentamente trastornado al principio, protestó:

—¡Cómo! ¿Crees que te voy a dejar marchar?… ¡No! ¡No quiero! ¡Con todas mis fuerzas te retendré a mi lado e impediré que tú también me abandones!…

—¡Pero, papaíto!… —dijo ella desconsolada—. Reflexionad un poquito y verás como tengo razón en lo que te propongo.

Marcos, sin hacerle caso, se levantó y se puso a pasear desesperado por la habitación medio a obscuras.

—No tengo a nadie más que a ti y ¿quieres irte? Me han quitado a mi mujer y ahora quieren llevarse también a mi hija, dejarme solo, abandonado, sin cariño alguno… ¡Ah! Lo veía venir, adivinaba este golpe de gracia, preveía que las abominables manos que trabajan subterráneamente me arrancarían el último pedazo^ de mi corazón… ¡No, no! Esto es demasiado. ¡Jamás consentiré en esa separación!…

Y parándose súbitamente ante su hija, le pregunto con voz ruda:

—¿También te han pervertido a ti la inteligencia y el corazón para que no me quieras?… En cada visita tuya han debido de acusarme, ¿verdad? Te habrán dicho mil calumnias, ¿no? Lo que desean con toda su alma es apartarte de la influencia del maldito, del condenado, para entregarte a los buenos amigos de esas señoras, que harán de ti una hipócrita y una demente. ¿Es eso lo que quieren? ¡Y tú haces caso a mis enemigos, vas a ceder, abandonándome!…

La niña, desesperada, con los ojos llenos de lágrimas, alzó hacia él las manos suplicantes.

—¡Papá, papá! Tranquilízate… Te aseguro que te equivocas… Mamá no ha consentido nunca que delante de mí dijeran de ti nada malo. Es verdad que la abuela no te quiere y que sería mejor que se callara muchas veces cuando yo estoy delante… Mentiría si te dijera que ella no hace lo posible para que yo me vaya con mamá a su casa. Pero te juro que ni ella ni nadie tiene parte alguna en mi determinación… Ya sabes que nunca miento. He sido yo, sólo yo, quien ha reflexionado y ha pensado en nuestra separación, como en una cosa necesaria y conveniente.

—¿Una cosa buena tu marcha? ¡Me moriré si me quedo solo!

—No, papá. Tú me comprenderás y, ademas, me dejarás ir, porque tienes mucho valor… Siéntate y escucha.

Y dulcemente le obligó a sentarse ante ella. Con sus manitas le cogió las manos cariñosamente y, como una personita muy avispada, empezó a discutir con él.

—En casa de la abuela están todos convencidos de que tú me separas de la religión, de que pesas sobre mí y me oprimes para imponerme tus ideas… Creen que si saliera de tu influencia me confesaría mañana y pasado tomaría mi primera comunión… Pues bien: ¿por qué no hemos de demostrarles que se equivocan?

Mañana me iré a vivir a casa de la abuela y ya verán por sus propios ojos cómo se engañan, pues ello no me impedirá darles la misma contestación: «Me he comprometido formalmente a no tomar la primera comunión hasta que cumpla los veinte años, para poder aceptar plenamente la responsabilidad de ese acto, y cumpliré mi promesa esperando hasta entonces».

Marcos hizo un gesto de duda.

—¡Pobre hija mía! ¡Tú no las conoces! Al cabo de algunas semanas te habrán quebrantado y conquistado. Todavía no eres más que una niña.

Entonces ella, a su vez, protestó:

—¡Ay, papá! Poco favor me haces al creerme tan poco formal. Es verdad que soy una niña, pero también lo es que soy tu hija, de lo cual me enorgullezco…

Fue tan resuelto el tono con que dijo estas palabras, que su padre no pudo menos de sonreírse. Aquella criatura era quien daba calor a su corazón, y por momentos se veía revivir en ella todo entero, con su reflexión y su lógica en las pasiones. La miraba y la encontraba muy bonita y muy lista, con el rostro serio y altivo, con los ojos claros, admirables y llenos de franqueza. Y permanecía escuchándola mientras ella, con las manos de su padre prisioneras entre las suyas, continuaba haciéndole ver las razones que tenía para ir a reunirse con su madre en la casita sombría y devota de la plaza de los Capuchinos. Sin aludir para nada a las abominables calumnias que habían propalado, le dio a entender cuánto convenía no desafiar a la opinión pública. Decían por todas partes que su lugar estaba en casa de «aquellas señoras»; pues bien, ella consentía en ir allí, ya que, aunque sólo contaba trece años de edad, sería, indudablemente, la más sensata y ya se vería quién sacaba mejor partido.

—No importa, hija mía —dijo Marcos con gran desaliento—. Nunca me convencerás de la necesidad de separarnos.

Ella comprendió que su padre iba convenciéndose.

—Pero, papá, si no es una separación… Yo iba a ver a mamá dos veces a la semana, ¿no es eso? Pues ahora vendré a verte a ti, y con más frecuencia. En fin: quizá cuando esté a su lado, mamá quiera hacerme caso, ¿comprendes? Le hablaré de ti, le contaré cuánto sigues queriéndola, cuánto la echas de menos… Y ¿quién sabe? Puede que, a fuerza de repetírselo, la haga reflexionar. Quizá te la traiga…

Gruesas lágrimas corrieron por las mejillas del padre y de la hija. Muy conmovidos, se abrazaron tiernamente. El padre estaba asombrado ante el encanto profundo que se desprendía de aquella niña, que, en medio de su deliciosa puerilidad, mostraba tanta inteligencia, tanta bondad, tantas esperanzas. Y la hija se dejaba llevar de su corazón, iniciada antes de tiempo en cosas que sentía confusamente, pero que no hubiera podido explicar.

—Haz lo que quieras —dijo por último Marcos, llorando—. Pero, aunque cedo, no apruebo tu conducta. Todo mi ser se rebela y protesta…

Tal fue la última velada que pasaron juntos. Fuera, la noche seguía negra, sin un soplo de aire. Por la gran ventana abierta no penetraba el más leve ruido del pueblo

dormido: sólo el vuelo silencioso de las mariposas que revoloteaban alrededor de la lámpara. La tempestad, sin embargo, no llegó a estallar. Y hasta muy tarde siguieron juntos el padre y la hija, sin hablar palabra, sentados uno enfrente de otro, como si estuvieran absortos en su trabajo, recreándose en seguir aún reunidos, en medio de aquella inmensa paz…

Pero, al día siguiente, ¡qué noche tan horrorosa para Marcos! Su hija se había marchado, se encontraba absolutamente solo, en la casa triste y vacía. Después de la esposa, la hija; ya no tenía a nadie que le quisiera. Tira a tira le habían ido arrancando el corazón. Antes, con objeto de que no tuviera ni tan sólo el consuelo de una amiga, le habían obligado arteramente a romper con la única mujer cuyo espíritu elevado y fraternal le hubiera sostenido. Sí, sí: era el desastre completo que sentía acercarse hacía tiempo, el taimado trabajo destructor realizado en torno suyo por execrables e invisibles manos para socavar su posición y derribarle sobre los escombros de su propia obra. Ahora creían tenerle sujeto, sangrando por cien heridas, martirizado, abandonado y sin fuerzas en su hogar devastado por la tempestad, en su hogar mancillado y desierto, donde él agonizaba. Y aquella primera noche de soledad era verdaderamente un vencido, y sus enemigos le hubieran supuesto ya sometido a su arbitrio de haberle visto paseando arriba y abajo a la triste hora del crepúsculo como un mísero animal herido que buscase un refugio sombrío donde desplomarse y morir.

Realmente, el momento era horrible. Teníanse muy malas noticias de la información abierta por el Tribunal Supremo, cuyas lentitudes parecían tender a echar tierra al asunto. Aunque Marcos había procurado hasta entonces confiar y esperar, cada día sentía más temores de que muriera Simón antes de que se hubiese llegado a la revisión de su proceso. En aquellos días de tristeza veíalo todo perdido: la revisión denegada, el esfuerzo baldío y la verdad y la justicia aplastadas definitivamente en virtud de un execrable crimen social y de una vergonzosa catástrofe, en la que se hundía toda la patria.

Y ante ello experimentaba un santo horror, un escalofrío de espanto. Además de aquel desastre público, sentía el inevitable abatimiento de su desastre personal. Ahora que Luisa no estaba allí para endulzarle la vida con sus encantos y para ilusionarle con su inteligencia y con su decisión precoces, preguntábase cómo había sido lo suficientemente loco para dejar que se fuera a casa de «aquellas señoras». Como al fin y al cabo no era más que una niña, sería avasallada y conquistada por la omnipotencia de la Iglesia, triunfadora sobre la mujer hace muchos siglos. Se la habían quitado y no se la devolverían ni la vería jamás. Y era él, ¡él!, quien había enviado hacia el error a aquella víctima, aún indefensa. Pensando en la anulación de su obra, de sí mismo y de los suyos, caía en una atroz desesperación…

Dieron las ocho sin que Marcos se sintiera con fuerzas para sentarse solo a la mesa en la triste habitación. Entonces llamaron tímidamente a la puerta. Y el maestro, asombrado, vio entrar a Mignot que, no sin dificultades, se explicó así:

—Señor Froment… Como usted me ha anunciado esta mañana la marcha de Luisita, todo el día he estado pensando una cosa… Por eso esta noche, antes de ir a cenar al restaurante donde acostumbro…

Se detuvo buscando una frase.

—¡Cómo! —exclamó Marcos—. ¿Aún no ha cenado usted, Mignot?

—No, señor Froment… Precisamente mi idea era venir a cenar con usted para hacerle compañía, pero he vacilado y he perdido el tiempo… Si no le parece mal, ya que está usted solo, podría comer, como antes, en su casa. Dos hombres siempre se entienden. Cocinaríamos nosotros mismos y nos cuidaríamos de todo… ¿Qué le parece? A mí me gustaría mucho…

En el corazón de Marcos penetró un rayo de alegría. Sonriendo con emoción, dijo:

—No tengo inconveniente… Es usted un buen muchacho, Mignot… Siéntese y vamos a empezar cenando juntos.

Y cenaron uno frente al otro, el maestro sumido en su amargura, y el ayudante, levantándose silenciosamente para coger un plato o un trozo de pan entre la profunda y melancólica paz de la noche.

# II

Durante los meses y meses que todavía duró la información del Tribunal Supremo, Marcos hubo de encerrarse nuevamente en su escuela y entregarse en cuerpo y alma a su tarea de instruir a los humildes y de inculcarles la verdad y la justicia.

Y entre las esperanzas y las desesperaciones que continuaron enardeciéndole, según las noticias eran malas o buenas, sentía una preocupación que se agravaba sin cesar. Antaño, lo primero que se preguntó fue cómo Francia no se alzaba en masa para exigir la libertad del inocente. Una de sus más queridas ilusiones era pensar en la Francia generosa, en la Francia magnánima y justa que tantas veces se había apasionado en nombre de la equidad y que, seguramente, daría una vez más al mundo la prueba de su gran corazón esforzándose en reparar el más lamentable de los errores judiciales. Y la dolorosa sorpresa que había experimentado viéndola como aletargada en indiferencia al día siguiente de vista la causa de Beaumont, aumentaba y resultaba cada vez más angustiosa, porque entonces Marcos podía disculparla por ignorar los hechos y estar envenenada de mentiras; pero ahora, luego de tanta verdad, de tanta luz, no encontraba ya ninguna explicación posible a un sueño tan prolongado, profundo y vergonzoso en el seno de la iniquidad. ¿Le habían cambiado su Francia? ¿Ya no era el libertador? Si estaba enterada de lo ocurrido, ¿por qué no se levantaba en masa en vez de continuar siendo un obstáculo, ya que la multitud ciega y sorda cerraba el camino?

Y siempre volvía al punto de donde había partido cuando vio la necesidad de su tarea de simple maestro. Si Francia continuaba su pesado sueño de inconsciencia ello procedía, sencillamente, de que Francia todavía no sabía bastante. Y sentía un escalofrío pensando cuántas generaciones y cuántos siglos se necesitan para que un pueblo dirigido hacia la verdad sea capaz de justicia. Pronto haría quince años que se esforzaba en hacer hombres justos, y ya había pasado por sus manos una generación que constituía una etapa hacia el porvenir. Por eso se preguntaba cuál era el camino realmente recorrido. A menudo procuraba volver a ver a sus antiguos alumnos, asombrado de no sentirlos más estrechamente ligados a él. Cuando les encontraba, gustaba de hablar con ellos y les comparaba con sus mismos padres, menos desprendidos de la tierra original, y con los alumnos que actualmente ocupaban los bancos de la escuela, a quienes contaba desprender más. Era una gran obra la misión aceptada un día de crisis mortal y proseguida a través de todos los sufrimientos: una gran obra de la que podía dudar en sus horas de cansancio, pero que al día siguiente proseguía con nueva fe.

Así, una clara tarde de agosto, como llegara paseando por el camino de Valmarie hasta la granja de los Bongard, vio a Fernando, su antiguo alumno, que volvía de segar con una hoz al hombro. Fernando, que tenía veinticinco años, se acababa de casar con la hija del albañil Doloir, Lucila, de diecinueve años. Los dos esposos

habían sido camaradas escolares y habían jugado juntos de pequeños, al salir de su respectiva escuela. La joven, una rubita de aire suave y sonriente, también se encontraba allí, sentada en el corral, repasando ropa.

—¡Hola, Fernando! ¿Estás satisfecho? ¿Cómo se encuentra el trigo este año?

Fernando continuaba con su rostro impenetrable, su frente estrecha y ruda, su palabra lenta.

—¡Oh, señor Froment! Nunca puede uno estar satisfecho de esta maldita tierra, que quita más de lo que da.

Su padre, que apenas tenía cincuenta años, ya se notaba las piernas pesadas y doloridas. Por eso él, cuando volvió del servicio, decidió ayudarle en vez de trabajar para otro. Siempre la antigua y dura lucha: la familia viviendo de padres a hijos en el mismo campo donde parecía haber nacido y aferrándose a una labor ciega en su tozuda ignorancia de todo progreso.

—¿Aún no piensas —prosiguió Marcos alegremente— en el hombrecito que vendrá a mi escuela a romper pantalones?

Lucila se ruborizó mucho, mientras Fernando contestaba:

—Creo, señor Froment, que ya está en camino. Pero no se lo voy a entregar enseguida a usted. ¡Quién sabe dónde estaremos todos cuando el muchacho aprenda a leer!… Al fin y al cabo, usted, que es persona tan instruida, tampoco vive muy contento…

Marcos creyó ver en esto cierto desprecio cazurro del mal discípulo, obtuso de cráneo y con la inteligencia dormida a quien tanto costaba antaño aprender la lección. También vio una prudente alusión a los acontecimientos que tenían trastornada a la comarca. Y seguidamente aprovechó la ocasión para darse cuenta del estado de espíritu en que se encontraba su exalumno. Ninguna cuestión del mundo le apasionaba más que aquélla.

—Te diré, te diré… —añadió sonriendo—. Yo siempre estoy contento cuando mis alumnos cumplen y no me dicen muchas mentiras. Ya lo sabes; acuérdate… Además, hoy he tenido buenas noticias del asunto que me viene preocupando hace tanto tiempo. Va a reconocerse definitivamente la inocencia de mi pobre amigo Simón.

Fernando, muy cohibido, con la cara más impenetrable y el mirar apagado, masculló:

—Pues no es eso lo que dicen.

—¿Qué dicen?

—Dicen que los magistrados han encontrado más cosas contra aquel maestro de escuela.

—¿Qué cosas?

—¡Ay! Cosas…

—Por fin accedió a explicarse y contó una historia extraordinaria. Los judíos habían entregado a su correligionario Simón una importante cantidad de dinero, cinco millones, para que se guillotinase a un hermano de la Doctrina Cristiana. Y como

Simón había fallado el golpe, los cinco millones estaban guardados en un escondrijo. Por eso los judíos trabajaban para enviar al hermano Gorgias a presidio, dispuestos a anegar a Francia en sangre con tal de que Simón volviera en persona a desenterrar el tesoro del escondite, que sólo él conocía.

—Supongo, hijo mío —exclamó Marcos asombrado— que no creerás semejantes absurdos.

El joven campesino, con su rostro embotado, le miró, procurando abrir los ojos.

—¿Por qué no?

—Porque tu buen sentido debiera rebelarse… Sabes leer, sabes escribir, me ufano de haber despertado algo tu razón enseñándote los medios de distinguir la verdad de la mentira… ¿Es posible que no recuerdes nada de lo que yo te enseñé?

El otro hizo un ademán de fatiga y despreocupación.

—¡Oh! Si hubiera que recordarlo todo, señor Froment, tendría uno la cabeza demasiado llena… Yo repito lo que oigo decir en todas partes… Personas más listas que yo lo aseguran bajo palabra de honor… Además, he leído algo por el estilo en «Le Petit Beaumontais» de anteayer. Desde el momento en que lo dice un periódico, seguramente será verdad.

Marcos hizo un gesto de desesperación. ¡Tantos años de esfuerzos no habían conseguido nada contra la ignorancia!… Aquel joven continuaba siendo una fácil presa para el error y la mentira. Acogía las más estúpidas invenciones y no tenía ni la libertad de espíritu ni la lógica necesaria para discutir las patrañas del periódico. Y tanta era su credulidad, que su misma mujer, la rubia Lucila, más lista que él, parecía sufrir por ello, hasta el extremo de que, levantando la vista de su labor, observó:

—¡Un tesoro de cinco millones!… ¡Oh, es demasiado!

Lucila era una de las alumnas pasaderas de la señorita Rouzaire; aunque no había obtenido el certificado de estudios, parecía bastante despierta. Tenía fama de devota, y la maestra la citaba con cierto orgullo por su manera de recitar, sin ningún tropiezo, el largo evangelio de la Pasión. Pero, desde que se había casado, ya no guardaba las prácticas religiosas, aunque conservaba las sumisiones y restricciones hipócritas propias de la mujer que la Iglesia ha hecho suya. Y hasta discutía un poco.

—Eso de los cinco millones en un escondrijo —repitió Marcos—, eso de los cinco millones que duermen esperando la vuelta de mi pobre amigo Simón, es una locura… En cambio, ¿qué me dicen ustedes de los nuevos documentos descubiertos y de todas las pruebas abrumadoras contra el hermano Gorgias?

Lucila, enardecida, sonrió y dijo:

—Poco daría yo por ése. Quizá también tenga alguna pesada carga sobre la conciencia; pero, de todos modos, debieran dejarle en paz a causa de la religión… También yo he leído y he reflexionado…

—¡Bah! —concluyó Fernando—. Si uno tuviera que reflexionar luego de leer, no acabaría nunca. Más vale que cada cual esté tranquilo en su rincón.

Iba Marcos a protestar de nuevo, cuando un ruido de pasos le hizo volver la cabeza. Era el matrimonio Bongard, que también volvía del campo con su hija Ángela. Bongard padre, que había oído las palabras del hijo, comentó, dirigiéndose al maestro:

—Tiene razón el muchacho, señor Froment. Lo mejor es no calentarse la cabeza leyendo tantas cosas… En mis tiempos no leíamos el periódico, y no por eso éramos más desgraciados. ¿Verdad, tú? —concluyó, dirigiéndose a su mujer.

—¡Claro! —corroboró enérgicamente ésta.

Pero Ángela, que, a pesar de tener la cabeza dura, había obtenido su certificado de estudios en la escuela de la señorita Rouzaire a fuerza de obstinación, sonreía ahora como chica avisada. Su cara terrosa, de nariz corta y boca grande, parecía iluminarse por momentos con una claridad interior que luchaba para atravesar la espesa materia. Iba a casarse al mes siguiente con Augusto Doloir, el hermano de su cuñada Lucila, un buen mozo, albañil como su padre, para quien ambicionaba un gran porvenir mediante alguna obra por su cuenta cuando ella estuviera en condiciones de dirigirle. Así, pues, intervino diciendo:

—Yo prefiero saber. Cuando se ignora, no se llega a nada. Todo el mundo engaña y roba al que no sabe… Ayer mismo, mamá, hubieras dado quince céntimos de más al fontanero si yo no hubiera repasado la cuenta.

Todos movieron la cabeza, y Marcos prosiguió meditabundo su paseo. El corral de aquella granja donde se había detenido unos minutos no había cambiado desde la lejana época en que entró él una mañana el día en que detuvieron a Simón buscando testimonios favorables. También los Bongard eran los mismos, con su crasa ignorancia y su silencioso recelo de pobres seres apenas desprendidos de la tierra, que temblaban siempre por miedo a que les devorasen los más grandes y los más fuertes. Allí no había nada nuevo sino los hijos, con algo más de conocimiento, pero que se libertaban y progresaban tan poco a poco como si lo incompleto de su instrucción les mantuviera débiles y les hiciera caer en otras imbecilidades. De todos modos, habían avanzado algo, y el menor paso hacia adelante es una esperanza en el largo camino de la humanidad.

Unos días después acudió Marcos a casa de Doloir para hablarle de un proyecto por el que sentía gran cariño. Luego de haber tenido en su escuela a los dos hijos mayores del albañil, Augusto y Carlos, había tenido ahora al menor, Julio, que había logrado grandes éxitos. El muchacho, dotado de viva inteligencia y habiendo obtenido su certificado de estudios a los doce años, iba a dejar la escuela. Y Marcos se desesperaba porque pensaba hacer de él un maestro, siempre preocupado por el reclutamiento de personal apto para la primera enseñanza de que su amigo Salvan le hablaba a veces con tanta inquietud.

En el piso que el albañil seguía ocupando en la calle Plaisir, encima de una tienda de vinos, encontró a la mujer de Doloir con su hijo Julio. Los hombres iban a volver del trabajo. La esposa de Doloir le escuchó muy atentamente, con su aspecto serio y

no de muchos alcances, propio de una buena ama de casa que sólo se preocupaba de velar por los intereses de la familia.

—¡Ay, señor Froment! No creo que eso sea posible… Necesitamos a Julio y vamos a ponerle enseguida de aprendiz en un oficio. ¿Dónde encontraríamos dinero para que continuara los estudios? Eso siempre cuesta mucho, aun cuando no cueste nada.

Y volviéndose hacia el muchacho, dijo:

—¿No te parece? Lo que más te conviene es ser carpintero. Mi padre fue carpintero también.

Pero Julio, con los ojos brillantes, atrevióse a decir:

—¡Oh, no, mamá! ¡Sería tan feliz si pudiera seguir estudiando!…

Iba Marcos a acudir en ayuda de su discípulo favorito, cuando entró Doloir acompañado de sus dos hijos. Augusto trabajaba en el mismo taller que él, y a su regreso a casa habían recogido a Carlos, que trabajaba como oficial en una cerrajería vecina. Puesto al corriente del asunto por Marcos, el padre se manifestó conforme con la opinión de su mujer, que era quien mandaba en la casa, la conservadora, la guardiana de las sanas tradiciones. Era una honrada y animosa mujer, pero muy obstinada y de un egoísmo estrecho. Y el marido acababa siempre por ceder, a pesar de sus bravuconadas de viejo soldado, a quien la vida del cuartel ha abierto los ojos.

—¡No, no, señor Froment! No me parece posible…

—¡Vamos! —dijo Marcos pacientemente—. Hay que ser razonables. Yo me encargo de preparar a Julio para la Escuela Normal. Después, una vez ingresado, le concederemos una beca. Por lo tanto, no les costará a ustedes absolutamente nada.

—¿Y su alimentación hasta entonces? —preguntó la madre.

—¡Dios mío! La alimentación de una persona más, cuando son muchos los que se sientan a la mesa, no constituye un gran dispendio. Bien puede arriesgarse algo por un hijo que hace concebir tantas esperanzas.

Los dos hermanos mayores se miraron riéndose, como dos buenos muchachos que eran, pues les chocaba el aspecto ansioso y, al mismo tiempo enorgullecido, del pequeño.

—¡Ah tunante! ¿Conque vas a ser el gran hombre de la familia? —gritó Augusto —. Pero no te engrías mucho, pues también nosotros tenemos nuestra certificación de estudios, Lo que nos ocurrió fue que estábamos ya hartos del montón de historias que dicen los libros y que no se acaban nunca… Verdaderamente, yo prefiero amasar yeso.

Después, dirigiéndose al maestro, le dijo alegremente:

—¡Oh, señor Froment! ¡Cuántas diabluras le he hecho! No podía estarme quieto en ningún sitio; me acuerdo de los días en que le revolvía a toda la clase. Afortunadamente, Carlos era un poco más formal que yo.

—Por supuesto —contestó Carlos—, pero siempre acababa haciendo lo mismo que tú, para que no creyeran que era un cobarde o un tonto.

Y Augusto concluyó:

—¡Oh! Tontos no éramos; no éramos más que unos chicos traviesos y holgazanes… Hoy, señor Froment, le pedimos a usted mil perdones. Yo estoy completamente de acuerdo con usted: creo que si Julio tiene condiciones, debe ayudársele. ¡Qué diantre! ¡Hay que ir con el progreso!…

Estas palabras produjeron una gran alegría a Marcos, quien se contentó por aquella vez con este voto favorable, dejando para más tarde el cuidado de convencer al padre y a la madre. Siguió hablando un momento con Augusto, a quien dijo que el día anterior había visto a su novia, Ángela Bongard, una personita que parecía dispuesta a abrirse camino en la vida. Y viendo que el joven volvía a sonreír, halagado, quiso proseguir su experimento y saber en qué actitud se encontraba aquel antiguo alumno, salido de sus manos, respecto a la cuestión que a él le apasionaba.

—Fernando Bongard, el hermano de Ángela, el que se casó con tu hermana Lucila… ¿Te acuerdas de cuando venía a la escuela con vosotros dos?…

Los dos hermanos se echaron a reír.

—Fernando… ¡Oh! Aquél sí que tenía la cabeza dura…

—Pues Fernando cree que en esta triste historia de Simón hay un tesoro de cinco millones dado por los judíos y escondido no se sabe dónde, tesoro que irá a parar a Simón cuando éste vuelva de presidio y se haya conseguido que allí le substituya un hermano de la Doctrina Cristiana…

La esposa de Doloir, súbitamente, se puso muy seria replegándose sobre sí misma. El mismo Doloir, siempre con sus trazas robustas, a pesar de que su color rubio estaba ceniciento, hizo un ademán de disgusto. Y, quebrantando su silencio, masculló entre dientes:

—¡Bah! Son asuntos de los que mi mujer hace bien en no querer que se ocupen.

Pero Augusto exclamaba ya muy divertido:

—¡Ah!… Es la historia del tesoro publicada en «Le Petit Beaumontais». No me extraña que Fernando crea semejante cuento… Cinco millones enterrados. ¡Ahí es nada!…

El padre pareció molestarse y abandonó su reserva.

—¿Por qué no puede ser eso?… Te crees demasiado listo, pequeño. Y es que ignoras de qué son capaces los judíos. Cuando yo hacía el servicio militar, conocí a un cabo que había servido en casa de un banquero judío. Y allí vio que aquel banquero enviaba todos los sábados a Alemania toneladas de oro, todo el oro de Francia, como él decía… No cabe duda de que estamos vendidos…

—¡Pero, papá! —interrumpió Augusto con aire de mozo irrespetuoso—. ¡No nos vengas otra vez con tus cuentos de regimiento! Yo, que vuelvo del cuartel como quien dice, puedo asegurarte que aquello es idiota… Ya verás, Carlos, ya verás…

Augusto, en efecto, acababa de salir del servicio militar, mientras su hermano Carlos tenía que incorporarse en el siguiente octubre.

—Así es —prosiguió— que yo no me trago ese absurdo de los cinco millones enterrados al pie de un árbol para ir a buscarlos una noche de luna… Lo cual no me impide reconocer que harían muy bien dejando ya de una vez allá lejos a ese Simón, para que no nos molestara más con su inocencia…

Esta brusca conclusión, que Marcos no esperaba, le sorprendió de una manera dolorosa, precisamente cuando estaba alegrándose por las cosas inteligentes que ya había dicho su exalumno.

—¿Cómo? —objetó—. Si es inocente, ¡qué tortura la del pobre hombre! Nunca se le podrá dar una reparación suficiente.

—Es que falta probar esa inocencia. Suelo leer lo que se escribe, y la verdad es que cada vez veo el asunto menos claro.

—Es que no lees más que mentiras. Se ha demostrado que la muestra de caligrafía procedía de los hermanos. La punta desgarrada que se ha descubierto en la celda del padre Filibín lo prueba, así como se ha probado el grosero error de los peritos, ya que la rúbrica es seguramente de mano del hermano Gorgias.

—Yo no estoy enterado de todo. ¿Cómo voy a leer todo lo que se imprime? Pero el caso es que cuanto más quieren explicarme eso, menos lo comprendo. En fin de cuentas, ya que los peritos y el tribunal atribuyeron tiempo atrás la muestra de escritura al condenado, lo más sencillo es creer que a él pertenece.

Y no salía de ahí, a pesar de los esfuerzos de Marcos, que desesperaba al encontrarle todavía tan obcecado y tan poco apto para percibir la verdad, no obstante haber creído por un momento que era un hombre más emancipado de prejuicios.

—Basa, ¿no? —dijo finalmente la esposa de Doloir, con su autoridad de mujer sencilla y prudente—. Perdone, señor Froment, si le ruego que no se hable más de ese asunto en esta casa. Haga usted lo que le plazca, que yo no tengo nada que decir. Ahora bien: nosotros, que somos unos pobres, lo mejor es que procuremos no meternos en lo que no nos importa.

—Sin embargo, señora, si enviaran a un hijo de usted a presidio, siendo inocente, sí que le importaría. Y nosotros luchamos únicamente para que no pueda repetirse esa monstruosa injusticia.

—Es posible, señor Froment. Pero a mí no se me llevarían a ningún hijo, precisamente porque procuro estar bien con todo el mundo, incluso con los curas. Los curas tienen mucho poder. Prefiero no chocar con ellos.

Doloir quiso intervenir a fuer de patriota.

—Los curas… ¡Bah! Me importan un bledo. Lo que hay que defender es la patria. Por cierto que el Gobierno va a humillarla ante los ingleses…

—Tú también vas a hacerme el favor de callar —le dijo su mujer—. Lo mejor es no meterse en nada, tanto si se trata del Gobierno como si se trata de los curas. Lo mejor es procurar que no nos falte un trozo de pan.

Y Doloir tuvo que someterse, aunque con los compañeros se las daba de socialista, sin saber a ciencia cierta lo que decía. Augusto y Carlos, de una generación

más instruida, daban, sin embargo, la razón a su madre, pues no habían digerido completamente la instrucción recibida a medias, tenían más dudas y más egoísmo y eran, en suma, todavía demasiado ignorantes para admitir esa ley de humana solidaridad en virtud de la cual la felicidad de cada cual se compone de la felicidad de todos. Sólo el pequeño Julio, con su ardiente sed de aprender, se apasionaba esperando con inquietud el giro que tomarían las cosas.

Marcos, desolado y comprendiendo la inutilidad de discutir más, se dirigió hacia la puerta. Al despedirse, se limitó a decir:

—Ya volveremos a vernos, señora, y entonces hablaremos. Espero convencerla para que permita que Julio sea maestro.

—Bien, señor Froment. Pero ya sabe que, aun no costándonos un céntimo, saldremos perdiendo.

Cuando Marcos volvió a su casa, sintióse invadido por amargas reflexiones. Como en casa de los Bongard, había revivido en casa de los Doloir la ya lejana visita que les había hecho el día de la detención de Simón. Aquella pobre gente, socialmente aplastada y condenada a una vida de injusto trabajo, creía defenderse desinteresándose en el seno de las tinieblas donde vivía, y no había cambiado ni quería saber nada por miedo a encontrar más miseria. Sus hijos, sí, sabían más, pero muy confusamente y no lo bastante para ver claramente la verdad. Si bien comparados con Fernando Bongard, tan pegado al terruño, Augusto y Carlos Doloir se desprendían ya de éste, comenzaban a razonar y no aceptaban las patrañas absurdas; de todos modos, ¡cuánto camino habían de recorrer todavía sus hijos antes de libertarse completamente! Daba pena que se avanzara con tanta lentitud y, sin embargo, había que contentarse con ello, si se quería tener valor para proseguir la dura tarea de la enseñanza y la emancipación.

Cierto día, Marcos encontró al empleado Savin, con quien había tenido desagradables disputas cuando los dos hijos gemelos de aquel pobre hombre agriado, Aquiles y Felipe, iban a su escuela. Savin era entonces un tímido instrumento de los religiosos, siempre temblando por si disgustaba a sus jefes y que se creía obligado a servir a la Iglesia por política, aunque afectara personalmente prescindir de ella a fuer de republicano autoritario y moroso. Pero las catástrofes habían caído sobre él, acabando por sumirle en la amargura. En primer término, su hija Hortensia, aquella niña tan bonita, discípula modelo cuyo ardiente fervor para la primera comunión encantaba a la señorita Rouzaire, y que tenía una refinada hipocresía de mujercita precoz, se había entregado a los dieciséis años al primer muchacho que se le acercó, que fue el dependiente de una lechería cercana, y el padre, desesperado y herido en su orgullo al verla embarazada, tuvo que casarla con aquel chico de clase inferior, a pesar de que soñaba para ella, a causa de su belleza, con el hijo de uno de sus jefes. Luego su mujer, aquella fina y cariñosa Margarita, a la que obligaba a realizar las prácticas religiosas, a pesar de lo que le repugnaban, por un exceso de celos enfermizos, y convencido de que la religión era el freno necesario para la perversidad

femenina, le había hecho sangrar con una traición que le había herido todavía más malignamente. El caso fue que le había impuesto como confesor al superior de los Capuchinos, o sea al padre Teodosio, aquel Cristo moreno con el que soñaban las beatas. Y no se supo nunca concretamente lo ocurrido, pero corría el rumor de un flagrante delito, de que el marido había ido a buscar una tarde de invierno a su mujer a la capilla y la había encontrado en un rincón obscuro y en brazos de su confesor, besándose ambos glotonamente en plena boca. Forcejeando entre su rabia y su miedo, no armó ningún escándalo y sufrió la ironía de las cosas en virtud de las cuales, por ser imbécilmente celoso, impulsó al pecado a aquella esposa fiel hasta entonces. Y también se decía que se vengaba terriblemente de la desventurada, en el abominable infierno en que se había convertido el hogar.

Ahora Savin estaba cerca de Marcos en cuanto a odiar a curas y frailes. Y cuando salía de su oficina con mal gusto de boca y el aire cansino de viejo animal de carga, pareció animarse al ver al maestro.

—¡Hola, señor Froment! ¡Cuánto me alegro de verle! ¿Por qué no me acompaña hasta casa? Mi hijo Felipe me está preocupando por lo holgazán que es, y sólo usted podría sermonearle un poco…

—Con mucho gusto —contestó Marcos, siempre deseoso de ver y juzgar.

En el triste pisito de la calle de Fauche encontraron a la señora de Savin, todavía agradable a los cuarenta y cuatro años, ocupadísima en terminar unas flores de perlas que había de entregar aquel mismo día. Luego de la desgracia, Savin no parecía ya ruborizarse porque vieran a su mujer trabajando cual simple obrera, como si en ello hubiese una expiación de su culpa. Aquella mujer, de la que él se había mostrado tan orgulloso cuando salía con sombrero de señora, podía ahora llevar delantal y contribuir al mantenimiento de la familia. Por lo demás, el mismo Savin se abandonaba y descuidaba la levita.

—¿Otra vez has invadido la habitación? —exclamó brutalmente—. ¿Dónde quieres que se siente el señor Froment?

Ella, muy suave y temerosa, enrojeciendo un poco, se apresuró a recoger sus bobinas y sus cartones.

—Es que cuando trabajo —dijo— necesito bastante sitio. No te esperaba tan pronto.

—¡Ya, ya! Tú no me esperas nunca.

Aquellas palabras, que podían ser una cruel alusión, acabaron de turbarla. Lo que el marido no le perdonaba era el haberla encontrado en brazos precisamente de un buen mozo, siendo así que él se sentía pequeño, mísero en su estrecha vida oficinesca y sin ninguna esperanza de progreso ni de fortuna. Enfermizo, quisquilloso y envidioso, se enfurecía leyendo en los claros ojos de su esposa una excusa que hablaba de la tentación fatal que su débil carne de enamorada no había podido resistir, luego de haber comparado al marido flaco y ridículo con el varón exuberante

hacia el que la había empujado el mismo marido. Y Margarita inclinó la cabeza sobre su labor, procurando pasar inadvertida.

—Siéntese, señor Froment —prosiguió Savin—. Como le decía antes, ese chico que usted ve me tiene desesperado. Pronto cumplirá veintidós años. Ha probado ya dos o tres oficios y sólo sirve para ver cómo trabaja y ensarta perlas su madre.

Felipe, en efecto, estaba silencioso y quieto en un rincón. La señora de Savin, humillada, dirigió a su hijo una mirada tierna, a la que él respondió con una leve sonrisa, como para consolarla. Entre su madre y él adivinábase una simpatía de comunes sufrimientos. El escolar de antaño, avieso, haragán y embustero, parecía haberse convertido ahora en un muchacho triste y sin energías, pálido y de escasa salud, que se acogía a la bondad de aquella madre de apariencia tan joven todavía y que era como una hermana mayor que sufría y le compadecía.

—¿Por qué no me hicieron caso ustedes? —preguntó Marcos—. Le hubiéramos hecho maestro.

La señora de Savin exclamó:

—¡Oh, no! Prefiero tenerlo aquí… ¡Vaya un oficio ese de calentarse la cabeza estudiando hasta más de los veinte años para ganar primero sesenta y tantos francos al mes y no llegar a los cien más que luego de diez años largos de servicios! Nadie, nadie quiere ser maestro; hasta los campesinos prefieren ir a romper piedras en las carreteras.

Marcos procuró no contestar directamente, diciendo:

—Creí que se habían decidido a que su hijo León se dedicara a la primera enseñanza.

—¡Ca! Le he colocado en casa de un comerciante en abonos químicos. Tiene dieciséis años y ya gana veinte francos… Algún día me lo agradecerá.

Marcos expresó su disgusto con un gesto. Recordaba al pequeño León todavía en pañales entre los brazos de su madre. Luego, de los seis a los trece años, lo había tenido por discípulo; un discípulo de inteligencia superior a la de sus dos hermanos mayores, los gemelos, y del que esperaba mucho. Sin duda, la señora de Savin compartía el disgusto ante el hecho de que el pequeño interrumpiera sus estudios, porque alzó nuevamente sus bellos ojos lanzando una furtiva y triste mirada.

—¿Qué me aconseja usted? —repitió Savin—. Ante todo, le ruego que haga avergonzar a este holgazán, porque se pasa así los días. Quizá le haga caso, ya que usted ha sido su maestro.

Pero, en aquel momento, entró Aquiles, que volvía de casa del escribano donde estaba empleado, y donde había comenzado a los quince años para llevar los recados, sin que, al cabo de cerca de siete años, se ganara el sustento. Más pálido y de sangre más pobre que su hermano, era un muchacho imberbe que había conservado la cazurrería y la inquieta cobardía del mal escolar de antaño, siempre a punto de vender a un compañero para ahorrarse un castigo. Pareció sorprenderse de encontrar allí a su

antiguo maestro. Y, luego de haber saludado, comenzó a dar noticias, seguramente con mala intención.

—No sé lo que traerá «Le Petit Beaumontais», porque arrebatan los ejemplares de casa Milhomme. Seguramente hablará todavía de ese asqueroso asunto.

Marcos conocía de qué se trataba. Era un artículo conteniendo una rectificación del hermano Gorgias, de un extraordinario impudor en la mentira. Y aprovechó sencillamente la ocasión para sondear a los jóvenes. Dijo, pues:

—Aunque «Le Petit Beaumontais» publique cuentos de millones enterrados y desmienta soberbiamente los hechos mejor demostrados, el caso es que la inocencia de Simón comienza a ser admitida por todo el mundo.

Los dos gemelos se encogieron ligeramente de hombros. Aquiles, con voz gangosa, respondió:

—En cuanto a eso de los millones enterrados, allá los imbéciles que se lo crean. La verdad es que se miente mucho. Pero ¿qué nos va ni qué nos viene a nosotros?

—¿Cómo? —preguntó el maestro sin comprender aquella frase.

—Quiero decir que no nos importa esa historia con la que nos están dando la lata hace tanto tiempo.

Marcos se fue enardeciendo poco a poco.

—Me dais pena, muchachos… ¿Admitís la inocencia de Simón?…

—Eso sí. No está muy clara, ¿eh? Pero leyendo con atención lo que se ha publicado, puede admitirse que es inocente.

—¿Y no os indignáis al pensar que está inicuamente en presidio?

—Realmente, no será nada agradable para él; pero ¡hay tantos otros inocentes en presidio! Por lo demás, yo no me opongo a que le suelten. Y, sobre todo, tiene uno ya bastantes preocupaciones para amargarse la vida con la desgracia de los demás.

A su vez, Felipe se manifestó con voz más suave.

—No me ocupo de ese asunto porque me disgustaría mucho. Comprendo que si uno fuera influyente tuviese el deber de obrar. Pero cuando uno no puede hacer nada, lo mejor es no preocuparse y permanecer tranquilo.

En vano se alzó Marcos contra aquella indiferencia y aquel cobarde egoísmo, en los que veía la peor de las decepciones. Las protestas de cada uno, de todos, de los más humildes, de los más débiles, formaban el gran eco, la irresistible voluntad del pueblo. Nadie podía considerarse exento de cumplir con su deber, pues un acto aislado podía bastar para cambiar el destino. Además, era falso que en la lucha sólo estuviera comprometida la suerte de una persona, pues todos los miembros de una nación eran solidarios y cada uno de ellos defendía su libertad al salvaguardar la ajena. Finalmente, la ocasión era admirable para realizar de una vez la tarea de un siglo de penoso progreso político o social. De una parte, todos los poderes reaccionarios coaligados contra un pobre inocente, con el único objeto de mantener el viejo tinglado católico y monárquico; de otra, todas las fuerzas del porvenir, todos los espíritus amigos de la razón y de la libertad que habían acudido de los cuatro puntos

cardinales, se habían reunido en nombre de la verdad y de la justicia. Bastaría un esfuerzo de éstos para aniquilar a aquéllos bajo los escombros del viejo andamiaje carcomido y que crujía por todas partes. El asunto adquiría más alcance, y ya no era solamente el caso de un pobre diablo inocente condenado por error, sino que había acabado por referirse a un mártir de la humanidad, a quien había que sacar de su secular calabozo. Cuando Simón fuera libre estaría el pueblo de Francia más emancipado y en marcha para conquistar más dignidad y felicidad.

De pronto, Marcos calló al ver que Aquiles y Felipe le miraban asombrados con sus ojillos parpadeantes en su cara pálida.

—¿Qué está diciendo usted, señor Froment? Si complica de tal manera el asunto, no le podemos seguir. Ni podemos ni sabemos…

Savin había escuchado nervioso y burlón, aunque sin interrumpir, pero acabó estallando y dirigiéndose al maestro para decirle:

—Todo eso son tonterías. Y perdone que se lo diga, señor Froment: respecto a la inocencia de Simón, tengo mis dudas. No me oculto de decir que pienso lo mismo que pensaba y que no quiero leer nada más, pues antes me matarían que me obligaran a leer una línea de todo ese fárrago que se publica. Y conste que si hablo así no es por afición a los curas. Son unos malos bichos. ¡Ojalá una peste acabara con todos ellos! Pero, cuando se trata de la religión, no puede perderse de vista que hay una religión, como el ejército es la sangre de Francia. Soy republicano, soy masón y hasta me atrevo a decir que soy socialista, en el buen sentido de la palabra, pero, ante todo, soy francés y no quiero que se atente contra lo que constituye la grandeza de mi patria. Simón es culpable, como lo demuestra todo: el sentir general, las pruebas del proceso, su condena y las infames maniobras que han hecho y que todavía hacen los judíos para salvarle… Y si por un milagro no fuese culpable, ello constituiría una gran desgracia para la patria, porque es absolutamente preciso que lo sea.

Marcos tuvo que inclinarse ante tanta obcecación unida a tanta estupidez. E iba a marcharse, cuando vio llegar a Hortensia con su hijita Carlota, que ya tenía cerca de siete años. No era ya la linda Hortensia de antes, sino una mujer preocupada por los trabajos de un hogar pobre desde que tuvo que casarse con su seductor, el dependiente de la lechería. Además, Savin la recibía muy mal, como padre rencoroso y avergonzado de aquel matrimonio que hería su incurable orgullo de empleadillo soberbio. Y se necesitaba toda la gracia y la viva inteligencia de la pequeña Carlota para endulzar tanta amargura.

—Buenos días, abuelo. Buenos días, abuela… Otra vez he sido la primera en clase de lectura, y la señorita Mazeline me ha dado la medalla.

Era realmente deliciosa. La señora de Savin dejó sus perlas y la cogió en sus brazos para besarla, sintiéndose consolada y feliz. La niña se dirigió también a Marcos, a quien conocía perfectamente.

—¿Sabe usted, señor Froment, que he sido la primera? ¡Qué gusto da ser la primera!

—Sí, pequeña, da mucho gusto. Ya sé, ya, que eres muy lista… Si sigues haciendo caso de la señorita Mazeline, llegarás a ser una mujercita muy instruida y muy razonable, que será feliz y hará feliz a todos los suyos.

Hortensia se había sentado como cohibida, mientras sus dos hermanos, Aquiles y Felipe, se consultaban con la mirada, deseosos de salir hasta la hora de comer. Pero Savin volvía a refunfuñar sordamente. ¿Que la niña haría felices a todos? No dejaría de ser una novedad, porque ni la abuela ni la madre le habían hecho feliz a él. Y si realmente la señorita Mazeline realizaba el milagro de convertir a una muchacha en algo decente y útil, él mismo iría a comunicárselo a la señorita Rouzaire. Luego, molesto al ver que su mujer reía como rejuvenecida y embellecida por la niña, la obligó a reanudar el trabajo con una frase tan ruda, que ella inclinó la cabeza sobre su labor con los ojos llenos de lágrimas.

Como quiera que se levantara Marcos, Savin volvió a su preocupación.

—¿No me aconseja usted nada para el holgazán de Felipe?… Quizá por medio del señor Salvan, que es amigo del señor Le Barazer, podría conseguirle usted algún destinillo en la prefectura…

—Puede intentarse, en efecto. Le prometo que hablaré de ello al señor Salvan.

Una vez en la calle, Marcos, andando lentamente y con la cabeza inclinada, resumió el resultado de las tres visitas que había hecho sucesivamente a los padres de sus antiguos alumnos. Desde luego, había encontrado a Aquiles y Felipe, los hijos del empleado Savin, con el espíritu más maduro y más emancipado que los del albañil Doloir: Augusto y Carlos, los cuales, a su vez, no tenían la grosera credulidad de Fernando, el hijo del labriego Bongard. En casa de los Savin acababa de observar la ciega obstinación del padre, que no había aprendido ni había olvidado nada, y que permanecía en el mismo surco de estúpido error, mientras los hijos habían evolucionado algo, aunque apenas, hacia un poco más de razón y de lógica. Se había dado un breve paso, por lo que había que alegrarse. Pero ¡qué tristeza cuando comparaba su esfuerzo, que pronto duraría quince años con la escasez de los resultados obtenidos! Y se estremeció pensando el constante trabajo, la abnegación y la fe que necesitaría el humilde mundo de los maestros de primera enseñanza antes de conseguir que los míseros, los que padecían, los embrutecidos, los esclavos y los degradados fueran trocados en hombres conscientes y libres. Para ello se necesitarían generaciones enteras. Y en medio de su dolor, al no haber podido alzar como una cosecha sana a un pueblo amigo de la verdad y de la justicia, capaz de rebelarse contra la iniquidad y de repararla, pensaba con obsesión de pesadilla en su amigo Simón. El país no quería ser aquel país noble, generoso y equitativo en el que Marcos había creído durante tanto tiempo. Y esto le dolía en el cerebro y en el corazón, pues no podía acostumbrarse a una Francia de imbécil fanatismo. Luego, pasó por su mente una alegre visión, en la que se representó a la pequeña Carlota, tan despierta y tan contenta con sus triunfos escolares. Y nuevamente se llenó de esperanza pensando

que el porvenir era de los niños. ¿Por qué aquellas criaturas deliciosas no podrían dar pasos gigantescos el día en que firmes y rectas inteligencias les guiaran hacia la luz?

Cuando iba a entrar en su casa tuvo otro encuentro que nuevamente le oprimió el corazón. La viuda de Férou pasaba llevando en la mano un paquete de labor. Había perdido a su hija mayor, muerta más de miseria que de fiebre, tras largos sufrimientos. Y seguía viviendo con la hija menor en un infame cuchitril, matándose una y otra en el trabajo, que no les daba para comer.

Marcos la detuvo al ver que pasaba de largo con la mirada en el suelo, avergonzada de su indigencia. Ya no era aquella rubia gruesa y agradable, de carnosos labios y bellos ojos claros, sino una pobre mujer marchita, arruinada y envejecida prematuramente.

—¿Qué tal, señora? ¿Cómo va la costura?

Ella comenzó balbuceando, pero acabó serenándose.

—¡Ay, señor Froment! La costura va muy mal, aunque nos dejamos la vista en ella. Todo lo más, llegamos a ganar cinco reales para las dos.

—¿Y la petición de socorro que dirigió a la prefectura como viuda de maestro?

—Ni siquiera nos han contestado… Luego, me atreví a presentarme personalmente y a poco me detienen. Un señor alto, moreno, con barba, me preguntó si es que me burlaba al atreverme a hablar de mi marido, el desertor, el anarquista, condenado por un consejo de guerra, y a quien tuvieron que matar como a un perro rabioso. Tanto miedo me dio, que eché a correr desesperada.

Marcos, conmovido, callaba. Pero ella iba enardeciéndose.

—¡Dios mío! ¡Llamar perro rabioso a mi marido! Usted le conoció cuando estábamos en Moreux. Sólo pensaba en la abnegación, en la fraternidad, en la verdad, en la justicia… Pero a fuerza de miseria, de persecuciones y de iniquidades, acabaron enloqueciéndole… Cuando se despidió de mí para no volver, me dijo: «Francia es un país perdido, completamente podrido por los curas, envenenado por periódicos asquerosos y hundido en una ciénaga de ignorancia y de credulidad de donde jamás le sacarán»… Y ya ve usted, señor Froment, que tenía razón.

—¡No, no, señora, no tenía razón! ¡Nunca debemos desesperar de nuestra patria!

Pero la viuda, excitada ya, gritó:

—¡Le aseguro que tenía razón!… ¿Es que no tiene usted ojos para ver lo que ocurre? ¿No es una vergüenza lo que pasa en Moreux con ese Chagnat, criado de los curas, que sólo se dedica a embrutecer a los niños, hasta el punto de que, desde hace años, ni uno de ellos ha conseguido el certificado de estudios? ¿Y qué me dice usted de Jauffre, el que sucedió a usted en Jonville? ¡Vaya cosas las que hace ése para complacer al abate Cognasse! Al paso que llevan, supongo que antes de diez años no habrá en Francia nadie que sepa leer ni escribir.

Y se enderezaba, al profetizar, movida por el odio, en su horrible desolación de pobre mujer aplastada por la injusticia social.

—Óigalo usted bien, señor Froment: un país perdido, del que no se puede esperar nada bueno ni justo, que va a convertirse en una nación muerta, de la que se apoderará el catolicismo como los gusanos y la suciedad.

Y, temblorosa aún por aquel enardecimiento, se marchó con aire humilde y receloso, como pesarosa de haber dicho demasiado, en busca de su hija, pálida y silenciosa.

Marcos permaneció impresionado, creyendo haber oído la voz de Férou. Era, sin duda, la voz de Férou que salía de la tumba para proclamar su pesimismo, la salvaje protesta de su calvario de humilde maestro aniquilado. Y, aun descontando la parte de exageración que le hacía añadir el rencor, lo que decía era la pura verdad. Chagnat continuaba embruteciendo al pueblo de Moreux, y Jauffre proseguía su obra nefasta en Jonville, bajo la dirección exclusiva del abate Cognasse, a pesar de la sorda indignación que se iba adueñando de aquel maestro al ver que no conseguía tan pronto como se lo había propuesto la dirección de una escuela de Beaumont. Por otra parte, en el resto del país no marchaba mejor la primera enseñanza. Las escuelas de Beaumont se encontraban casi todas en manos de maestros y maestras cobardes, cuyo único pensamiento era el ascenso y que necesitaban estar bien con la Iglesia. La señorita Rouzaire tenía grandes éxitos, debido a su extremado celo religioso. Doutrequin, retirado ya, antiguo republicano a quien preocupaciones patrióticas habían conducido poco a poco a la reacción, seguía siendo una autoridad todopoderosa, un noble modelo a quien debían imitar los maestros jóvenes. ¿Cómo habían de creer en la inocencia de Simón, ni como habían de procurar la ruina de las escuelas de las congregaciones religiosas los maestros recién salidos de la Escuela Normal, cuando un hombre como aquél, que se había batido en 1870 y fue amigo del fundador de la República se ponía al lado de los frailes en nombre de la patria, amenazada por los judíos? Para encontrar una maestra como la señorita Mazeline, tan constante siempre en sus esfuerzos para enseñar el camino de la justicia y de la verdad, para un Mignot, catequizado por el ejemplo de Marcos y convertido en un maestro modelo, ¡cuántos traidores y cobardes había, con qué lentitud iba progresando el personal dedicado a la primera enseñanza en independencia de espíritu, en generosidad y en abnegación, a pesar de los grandes esfuerzos que cada año hacía la Escuela Normal! Y, no obstante, Salvan proseguía su obra de regeneración cada vez con más entusiasmo, con mayor fe, convencido de que el humilde maestro sería quien salvase a la nación del horroroso fanatismo en que la sumía el clericalismo, cada vez más triunfante, el día en que el maestro fuera, a su vez, independiente y capaz de enseñar la verdad y la justicia. Así que él repetía sin cesar: la nación valdrá lo que valga el maestro de primeras letras. Y si el progreso era tan lento, debíase a que el trabajo de evolución necesario para producir buenos maestros tenía que repartirse en generaciones sucesivas, del mismo modo que se precisarían también nuevas generaciones de discípulos para que naciera el pueblo justo, emancipado ya del error y del engaño.

Entonces, de las tentativas infructuosas que había hecho y de aquel grito de desesperación que parecía salido de la tumba de Férou, sacó Marcos, a pesar de todo, nuevos alientos para proseguir la lucha, redoblando sus esfuerzos. Desde hacía ya algún tiempo se preocupaba mucho de obras postescolares, para mantener un lazo de unión vivo y perenne entre los maestros y sus antiguos discípulos, a quienes la ley obligaba a dejar la escuela a los trece años. Por todas partes se iban creando sociedades de amigos, y se pensaba en ir federando las de cada partido, luego las de cada departamento y, por ultimo, las de Francia entera. Después les llegaría el turno a las sociedades de patronato, de mutualidad, de retiros y de socorros. Pero para lograr el fin que perseguía Marcos, le parecía lo más indicado la creación de clases nocturnas de adultos en la escuela municipal. La señorita Mazeline había dado ya el ejemplo, coronado por un enorme éxito, reuniendo en determinados días de la semana a sus antiguas discípulas, que ya eran mujeres hechas, a las que daba lecciones prácticas de cocina, de higiene doméstica y de cuidar a los enfermos. Ante la gran asistencia de alumnas, había acabado por sacrificar su descanso dominical, con objeto de dar clase por la tarde a las que no podían acudir a las clases nocturnas entre semana. La hacía feliz poder ayudar a sus hijitas, como las llamaba, para hacer de ellas, después de haberles enseñado la mayor cantidad de verdad posible, buenas esposas y buenas madres, capaces de dirigir una casa y de esparcir en torno suyo la alegría, la salud y la felicidad. Y Marcos, obrando como ella, daba clases nocturnas tres veces por semana para completar la instrucción de los muchachos que habían dejado la escuela, esforzándose en completar su instrucción para todas las necesidades prácticas de la vida. Lanzaba la buena semilla, sin escatimarla, en aquellos jóvenes cerebros, dándose por suficientemente recompensado si una sola simiente, entre ciento, germinaba y fructificaba. Sobre todo, se interesaba grandemente por los escasos discípulos a quienes conseguía convencer para que se dedicasen al magisterio; les retenía a su lado y les preparaba para el examen de la Escuela Normal, entregándose a ellos en cuerpo y alma. Estas lecciones particulares, a las que consagraba las tardes de los domingos, le encantaban como la mejor de las distracciones.

Una de las victorias que Marcos obtuvo por entonces fue conseguir de la señora Doloir que dejase seguir sus estudios a Julio, con objeto de que pudiera ingresar en la Escuela Normal. Uno de sus antiguos alumnos, el más querido por él, se encontraba ya allí, Sebastián Milhomme, cuya madre, la viuda de Alejandro, había vuelto otra vez a ocupar su puesto en el almacén de papel, junto a su cuñada la viuda de Eduardo, desde que la inocencia de Simón estaba en camino de probarse y recobrar nuevamente un auge insospechado la escuela laica, si bien la madre de Sebastián permanecía prudentemente en la sombra para no provocar recelos en la clientela clerical, pues todavía era superior su posición. Sebastián, matriculado ya en el segundo año, se había granjeado tan bien el cariño de Salvan, que contaba con él para convertirle en uno de los misioneros de la buena semilla a quienes quería repartir por

los campos. Al empezar el curso había tenido Marcos la alegría de confiar a su antiguo maestro otro de sus discípulos: José Simón, el hijo del inocente condenado, firmemente decidido a hacerse maestro como su padre, a pesar de todos los obstáculos, y con el propósito de vencer donde el idolatrado vencido había luchado. Así se habían vuelto a encontrar Sebastián y José Simón, animados del mismo celo y de la misma fe y reanudando con una más estrecha simpatía su antiguo lazo de compañerismo. ¡Y qué horas más felices pasaban cuando podían aprovechar una tarde de holganza para ir a Maillebois y estrechar la mano de su antiguo maestro!

Marcos, ante aquel lento desenvolvimiento de los hechos, permanecía alerta, desesperado un día y esperanzado al día siguiente. Inútilmente había supuesto la vuelta de Genoveva, luego de ver claro y haberse salvado del veneno. Por ello, ponía su único consuelo y su indeclinable esperanza en la serena firmeza de su hija Luisa. Esta, como le había prometido, iba a verle los jueves y domingos, siempre alegre y llena de suave decisión. Marcos no se atrevía a interrogarla acerca de su madre, pues ella callaba seguramente porque encontraba el tema desagradable al no tener ninguna buena noticia que dar. Pronto cumpliría los dieciséis años, y penetraba mejor en la sangrante herida de que sufrían los tres a medida que avanzaba en edad. De buena gana hubiera sido la mediadora, curándoles en su enemistad y haciendo que se abrazaran los padres por ella amados. De todos modos, los días en que observaba una angustia demasiado impaciente en las miradas de su padre, abordaba discretamente la horrible situación que les preocupaba y de la que no hablaban.

—Mamá todavía está mala. Hay que llevar mucho cuidado, y no me atrevo a hablar con ella como con una amiga. Es cuestión de esperar. A veces me abraza y me estrecha fuertemente, al mismo tiempo que se echa a llorar. En cambio, otras veces se muestra conmigo dura e injusta, pues se queja de que no la quiero y se lamenta de que nunca la ha querido nadie… Hay que portarse bien con ella, papá, porque debe sufrir horriblemente al creer que jamás saciará su amor.

Entonces Marcos se exaltaba y gritaba:

—Pues ¿por qué no vuelve? Yo continúo queriéndola con toda mi alma, y si ella aún me quisiera… ¡seríamos tan felices!…

Luisa, suavemente, con gesto triste y mimoso, le ponía la mano en la boca.

—¡Papá!… No hablemos de eso. He hecho mal empezando, porque acabaremos sufriendo más. Hay que esperar… Ahora estoy junto a la mamá, ¿no? Ya se dará cuenta algún día de que sólo nosotros dos la queremos. Me hará caso y me seguirá.

Otras veces, la muchacha llegaba a casa de su padre con los ojos brillantes y el aire decidido, como si saliera de una lucha reciente. Y no se equivocaba él al decirle:

—Seguramente has disputado con tu madre.

—¿Lo has notado? Pues sí, esta mañana me ha cogido durante una hora para avergonzarme y asustarme respecto a la primera comunión. Me habla como si yo fuera cualquier cosa y me pinta los tremendos suplicios del infierno, asombrada y escandalizada de lo que llama mi inconcebible terquedad.

Y Marcos se tranquilizaba, y hasta se alegraba por unos momentos. ¡Había temido tanto que su hija cediera como las demás niñas! ¡Sentíase tan feliz de ver aquella firmeza y aquella razón ya tan sólidas, aun cuando él no estaba junto a su hija para apoyarla! Luego se enternecía al figurársela entre obsesiones de toda suerte, disputas y escenas con las que la molestarían continuamente.

—¡Cuánto valor necesitas, hija mía! Esas continuas violencias deben ser muy peligrosas para ti.

Pero ella, ya recobrada y serena, sonreía.

—No hay violencia, papá. Yo me muestro con la abuela demasiado respetuosa para tener violencias. Ella es la que se enfada y la que arremete contra mí. Pero yo la escucho muy cortésmente, sin aventurarme nunca a la menor objeción. Luego, cuando ha terminado y vuelto a empezar varias veces, me limito a decir suavemente: «¡Qué le vamos a hacer, abuelita! He prometido a papá esperar a los veinte años antes de tomar la primera comunión, y cumpliré mi palabra, ya que lo he jurado». Te advierto que repito siempre la misma frase, sin cambiar ni una palabra, porque la sé de memoria. Eso es lo que me hace invencible. Y ya empiezo a tenerle lástima a la pobre abuela por lo que se enfurece. Bastará que te diga que en cuanto comienzo la frase da un portazo y se va.

De todos modos, Luisa sufría a causa de aquel permanente estado de guerra. Pero, al ver a su padre encantado, se le echaba graciosamente al cuello.

—Puedes estar tranquilo, que no en balde soy tu hija. Nunca me decidirán a hacer lo que he decidido no hacer.

También tenía que librar una batalla para proseguir sus estudios, pues había resuelto formalmente consagrarse a la enseñanza. Quería ser maestra y, por fortuna, en esto tenía de su parte a su madre, que apoyaba este proyecto porque veían con inquietud que el porvenir era inseguro a causa de la creciente avaricia de la señora de Duparque, cuyo pequeño capital pasaba a fundaciones pías. Además, la señora de Duparque, desde que albergaba a la madre y a la hija, les exigía una pensión con objeto de molestar a Marcos, quien de esta manera se veía obligado a pasarles una renta onerosa a costa de su escaso sueldo. Quizá la anciana había esperado una negativa y el consiguiente escándalo, aconsejada en ello por sus buenos amigos, los amos y señores cuyas invisibles manos lo disponían todo. Pero Marcos, que se mantenía con poco, cedió inmediatamente al requerimiento, satisfecho de continuar siendo el padre de familia, el que trabajaba para mantenerla. Por lo tanto, su soledad estaba agravada por una gran escasez, y las comidas que hacía con Mignot eran de una extremada frugalidad. No por ello sufría, pues le bastaba saber que Genoveva se había conmovido ante su desinterés y que a causa de ello había tenido una razón para aprobar la vocación de Luisa, deseosa de que asegurase su porvenir. Luisa, pues, continuaba trabajando con la señorita Mazeline. Ya había obtenido su título elemental y preparaba su examen para el título superior, lo cual era una nueva causa de disputas desagradables con la señora de Duparque, exasperada porque imperase la moda de

dar mucha instrucción a las chicas, como si a éstas, según ella, no les bastase con el catecismo. Y como Luisa le respondía, siempre con mucho respeto: «Sí, abuela… Desde luego, abuela…», se exasperaba más y más, y acababa atacando a Genoveva, quien a veces, sin poder aguantarse, le hacía frente.

Cierto día, Marcos se asombró al oír las noticias que le daba su hija.

—¿Se ha peleado mamá con su abuela? —preguntó.

—Sí, papá, sí. Es la segunda o tercera vez. Y la verdad es que mamá no anda con muchas contemplaciones. Se enfada enseguida, grita y va a encerrarse en su habitación, como hacía aquí antes de irse.

Marcos escuchaba sin manifestar la secreta alegría y la esperanza que despertaba en él.

—¿Y no interviene tu abuela en esas discusiones?

—¡Oh! Mi abuela no dice nunca nada. Creo que está de nuestra parte, pero no se atreve a apoyarnos para no disgustarse… Está muy triste y parece que sufre mucho.

Aún transcurrieron varios meses sin que Marcos viera que se realizaba ninguna de sus esperanzas. De todos modos, cuando interrogaba a su hija lo hacía muy discretamente, pues le repugnaba convertirla en una especie de espía que le informase de todo cuanto pasaba en la sombría casita de la plaza de los Capuchinos. Y durante semanas enteras, cuando la hija no le decía nada, volvía a sumirse en su inquieta ignorancia y perdía nuevamente toda esperanza. El único consuelo que le quedaba era el de las tardes de los jueves y domingos, que tan deliciosamente pasaba en compañía de Luisa. Frecuentemente, los dos compañeros de la Escuela Normal, José Simón y Sebastián Milhomme, llegaban de Beaumont alrededor de las tres de la tarde y permanecían en Maillebois hasta las seis, contentos de encontrar allí a su antigua amiguita Luisa, vibrante como ellos de juventud, de ánimo y de fe. Y hablaban largamente, entremezclando sus palabras con risas, que dejaban alegría para toda la semana en la triste y solitaria mansión. Marcos se reanimaba con ello, y a veces rogaba a José que llevara también a su hermana Sara, sacándola de casa de los Lehmann, adonde acudía en primer lugar para saludar a los suyos. También decía a Sebastián que celebraría mucho verle allí con su madre, la viuda de Alejandro Milhomme. Le hubiera gustado agrupar en torno suyo a todas las personas buenas que representaban las fuerzas del porvenir. Y en aquellas reuniones tan afectuosas se reanudaban las antiguas simpatías, que adquirían una fuerza tierna y grave al mismo tiempo entre Sebastián y Sara, entre José y Luisa, mientras él, sonriente, esperando la victoria nada más que del pueblo joven del mañana, dejaba que obrasen la madre naturaleza y las influencias benéficas del amor.

De pronto, entre la desesperante lentitud del Tribunal Supremo y en un momento en que les abandonaban las fuerzas, David y Marcos recibieron una carta de Delbos haciéndoles saber una gran noticia y rogándoles que fueran a hablar con él. Acudieron, en efecto. La gran noticia, que iba a caer en Beaumont como un rayo, era que Jacquin, el arquitecto diocesano, presidente del jurado que condenó a Simón, se

decidía, finalmente, a descargar su conciencia tras largas y crueles indecisiones. Hombre muy piadoso, que confesaba y comulgaba, hombre de una fe estricta y de una perfecta honradez, había acabado sintiéndose inquieto respecto a su salvación y preguntándose si, poseyendo la verdad, podía callar más tiempo sin correr el peligro de condenarse para siempre. Decíase que su director espiritual, perplejo y no atreviéndose a pronunciarse en un sentido o en otro, le había aconsejado que consultara con el padre Crabot. Y decíase también que si el arquitecto había guardado silencio durante varios meses, más era a causa de la extraordinaria presión ejercida sobre él por el padre jesuita, que, en nombre de los intereses políticos de la Iglesia, le impedía hablar. Pero, precisamente, si Jacquin no podía guardar más tiempo su terrible secreto era por su angustia de cristiano, por su fe en la divinidad de Cristo, que descendió a la tierra para asegurar el triunfo de la verdad y de la justicia. Aquella verdad, cuya posesión atormentaba al arquitecto, era el traslado que el presidente Gragnon hizo a los jurados de un documento, desconocido por la defensa y por el acusado. Dicho presidente, llamado a la sala de las deliberaciones a fin de ilustrar a los jurados sobre la aplicación de la pena, les había enseñado una carta recibida poco antes, luego de haber levantado la sesión: la famosa carta de Simón a un amigo, seguida de una postdata y de una rúbrica absolutamente parecida a la del modelo de caligrafía. A esta pieza había aludido el padre Filibín en su sensacional declaración, cuando exclamó que había tenido a la vista la prueba de la culpabilidad de Simón, pero que no podía decir más porque estaba atado por el secreto confesional. Y acababa de demostrarse que, si bien la carta propiamente dicha era de puño y letra de Simón, la postdata y la rúbrica constituían, desde luego, la más descarada falsificación, una falsificación grosera que no hubiera podido engañar ni a un niño.

David y Marcos encontraron a Delbos con aire triunfal.

—¿No se lo dije a ustedes? Ya se ha demostrado la ilegalidad del traslado. Jacquin acaba de escribir al presidente del Tribunal Supremo confesando la verdad y pidiendo ser oído… Yo sabía que esa carta de Simón estaba en el sumario, porque Gragnon no se atrevió a destruirla, pero ¡cuán difícil era sacarla de allí y hacer que dictaminasen sobre ella los peritos! Me olía la falsificación, y hasta adivinaba en ella la mano del terrible padre Filibín… ¡Caramba con el hombre! Parecía uno de tantos, más bien lerdo; pero cuanto más avanzo en el asunto, veo aumentar su habilidad, su astucia y su audacia. Como ustedes ven, no se había limitado a arrancar la punta sellada de la muestra caligráfica, sino que también había falsificado una carta de Simón, arreglando, además, las cosas de modo que esta carta decidiera la voluntad de los jurados a última hora, pues la falsificación es cosa suya.

David, luego de tantas decepciones, conservaba un temor. Así es que preguntó:

—¿Está usted seguro de que Jacquin, el arquitecto diocesano, que está a merced de los sacerdotes, llegará hasta el final?

—Absolutamente seguro… No conoce usted a Jacquin. No está a merced de los sacerdotes, porque es uno de los rarísimos cristianos que únicamente dependen de su

conciencia. Me han contado cosas extraordinarias acerca de su entrevista con el padre Crabot. El jesuita hablaba al principio autoritariamente, creyendo avasallar a su interlocutor en nombre de un Dios absoluto que absuelve y glorifica las peores acciones cuando se trata de la salud de la Iglesia. Pero Jacquin respondió también en nombre de Dios, de su Dios de bondad y equidad, de su Dios de los inocentes y de los justos, que no admite ni el error, ni la mentira, ni el crimen. ¡Hermoso combate, al que me hubiera gustado asistir, entre el simple creyente y el agente político de una religión que se derrumba! Y, según me han dicho, fue el jesuita quien acabó humillándose y suplicando de rodillas al hombre honrado, sin conseguir que éste dejara de cumplir con su deber.

—De todos modos —interrumpió Marcos—, ha necesitado mucho tiempo para descargar su conciencia.

—¡Desde luego! Pero es que yo no digo que viera enseguida su deber. Por de pronto, durante años enteros ignoró que la comunicación dada por Gragnon a los jurados era ilegal. A la casi totalidad de los jurados les ocurre lo mismo, pues al ignorar la ley aceptan como bueno todo cuanto les sugieren los magistrados. Luego, vaciló evidentemente, conservando la inquietud de su conciencia durante años y años por temor al escándalo. Seguramente, no podemos ni imaginarnos las angustias y los tormentos de ese hombre, que confesaba y comulgaba por miedo a condenarse. Pero le aseguro que el día en que tuvo la certeza de que la pieza era una falsificación, ya no vaciló y decidió hablar, aunque se hundiera la catedral de San Magencio, pues estaba convencido de servir, a pesar de todo, a su Dios.

Seguidamente, Delbos resumió con alegría la situación como hombre que llegaba a la meta tras prolongados esfuerzos.

—A mi parecer, la revisión es un hecho. Hoy tenemos los dos datos nuevos que yo sospechaba y que tanto nos ha costado demostrar. En primer lugar, el modelo de caligrafía procede de los hermanos, ya que la rúbrica no es de Simón. En segundo lugar, el presidente Gragnon ha comunicado ilegalmente a los jurados una pieza que, además, es una falsificación. En estas condiciones es imposible que el Tribunal Supremo no case la sentencia.

David y Marcos regresaron radiantes. Pero ¡qué terribles rumores y comentarios en Beaumont cuando conocieron la carta de Jacquin, su confesión y su ofrecimiento para declarar! El presidente Gragnon, personalmente aludido, cerró la puerta de su casa, negóse a contestar a los periodistas y pareció envolverse en un altivo silencio. Decíase que estaba anonadado y que ya no recobraba su ironía jovial de gran cazador y de conquistador bajo aquel derrumbamiento que le amenazaba en vísperas de su jubilación y en el momento de recibir una distinción elevada de la Legión de Honor. Su bella esposa, al no tener ya edad para leer versos en compañía de los oficiales jóvenes del general Jarousse, había convertido, aunque tarde, a su esposo, demostrándole, sin duda, las ventajas de una piadosa vejez. Y él la seguía, confesando, comulgando y dando, en una palabra, el elevado ejemplo de un católico

ferviente, lo cual explicaba el apasionado celo desplegado por el padre Crabot para impedir que Jacquin descargara su conciencia. El jesuita quería, sobre todo, salvar a Gragnon, un fiel de tanta importancia, del que la Iglesia sentíase orgullosa. Por lo demás, toda la magistratura de Beaumont se solidarizaba con el presidente, defendiendo la antigua sentencia como su propia obra, como una obra maestra que no podía tocarse sin cometer delito de lesa patria. Bien es verdad que por debajo de esta gallarda actitud de indignación tiritaba un miedo rastrero, cobarde e inmundo: miedo al presidio y a los gendarmes, que un día dejarían caer sus pesadas manos sobre las togas negras o rojas forradas de armiño. El antiguo y lindo fiscal de La Bissonnière, ya no estaba en Beaumont, pues había sido nombrado para el mismo cargo en otra Audiencia cercana: la de Mornay, donde acababa de amargarse y desesperarse por no haber llegado aún a París, a pesar de su habilidad acomodaticia con todos los ministerios. Daix, el juez de instrucción, que había ascendido a magistrado, continuaba en Beaumont, siempre martirizado por su terrible esposa, cuya ambición y cuya ansia de lujo, nunca satisfecha, arruinaban el pobre hogar. Y lo peor era que, según se decía, Daix, como Jacquin, era presa de remordimientos y estaba a punto de escapar a la dura autoridad de su mujer, contando cómo antaño tuvo la cobardía de hacerle caso cuando iba a dictar un auto de sobreseimiento por falta de pruebas. El Palacio de Justicia, pues, andaba revuelto y atravesado por grandes corrientes de cólera y terror, porque se esperaba un cataclismo que acabara llevándose el antiguo y carcomido armazón de la justicia humana.

No menos trastornado estaba el mundo político de Beaumont. El diputado Lemarrois, alcalde de la ciudad, notaba que su situación de antiguo republicano radical era desbordada y estaba a punto de ser destruida por aquella crisis suprema que descomponía los partidos, haciendo que asomaran al horizonte las fuerzas vivas del pueblo. Por ello, el tan concurrido salón de la inteligente señora de Lemarrois había acentuado todavía más su orientación reaccionaria. Por allí se veía mucho a Marcilly, el que fue diputado de la juventud intelectual y esperanza del pensamiento francés, sumido a la sazón en una especie de parálisis política, asombrado de no ver dónde estaba su interés personal e inmovilizado por el continuo temor a no ser reelegido. También se veía por allí al general Jarousse, de una nulidad agresiva desde que ya no se pensaba en él para dar un golpe militar, y como espoleado por las continuas trapatiestas de su pequeña y morenucha mujer, la cual estaba tan escuálida, que, según decían, había sentado ya la cabeza. También acudía a veces el prefecto Hennebise, acompañado de su prudente esposa, los cuales no tenían más deseo que el de vivir en paz con todo el mundo, pues tal era también el deseo del Gobierno. Nada de complicaciones: sólo apretones de manos y sonrisas. Había mucho temor a que las elecciones fueran desfavorables en aquel departamento, enfebrecido por la resurrección del proceso de Simón. Y Marcilly y el mismo Lemarrois, sin confesarlo, estaban dispuestos a hacer causa común, por bajo mano, con sus colegas reaccionarios, al frente de los cuales se hallaba Héctor de Sangleboeuf, para aplastar a

los candidatos socialistas y, sobre todo, a Delbos, cuyo triunfo era seguro si ganaba la causa del inocente, del mártir. De ahí el trastorno producido al saberse la intervención de Jacquin, que hacía inevitable la revisión del proceso. Triunfaban los simonistas, y durante algunos días los antisimonistas permanecieron anonadados. De nuevo en la avenida de Jaffres, que era el paseo de buen tono, sólo se hablaba del mismo asunto. Y aunque «Le Petit Beaumontais» aseguraba todas las mañanas, para satisfacer a su clientela, que la revisión sería denegada por las dos terceras partes de votos, no por ello era menor la desolación entre los amigos de la Iglesia, pues los cálculos que apasionadamente se hacían en los hogares daban precisamente el resultado contrario.

Entre los universitarios hubo cierta alegría. Casi todos eran simonistas convencidos; pero tantas veces habían esperado en vano, que no se atrevían a regocijarse demasiado. El rector Forbes, sobre todo, sintió un gran descanso viendo que se aproximaba el día en que ya no tendría que preocuparse del caso del maestro de Maillebois, aquel Marcos Froment, respecto al cual las fuerzas reaccionarias le hacían objeto de continuos ataques. A pesar de su deseo de no mezclarse en nada y de confiarse por completo al inspector académico Le Barazer, tuvo que hablar con éste sobre la necesidad de tomar medidas. El mismo Le Barazer no podía resistir más, y preveía el momento en que su sabia política le obligaría a sacrificar a Marcos. Así lo manifestó a Salvan, que se mostró consternado. Por lo tanto, puede suponerse la alegre y triunfal acogida que el bueno de Salvan dispensó a Marcos cuando éste acudió a darle la gran noticia de que seguramente estaba próxima la revisión. Al abrazarle, le hizo saber el peligro en que se encontraba, del que sólo podía sacarle la feliz resolución del Tribunal Supremo.

—Si no se concede la revisión, hijo mío, seguramente le trasladarán, porque esta vez se halla usted muy comprometido y toda la reacción pide su cabeza… Pero estoy contento al verle victorioso y al ver que con usted triunfa nuestra escuela laica.

—Bien lo necesita —dijo Marcos—, porque es muy escaso el terreno conquistado al error y a la ignorancia, a pesar de los esfuerzos personales de usted para dotar al país de buenos maestros.

Salvan, con un gesto de inquebrantable esperanza, comentó:

—Desde luego, se necesitan muchas vidas de hombres; pero no importa, porque avanzamos y llegaremos.

Pero lo que acabó de demostrar ja Marcos que había vencido verdaderamente fue la manera cómo le recibió el inspector de primera enseñanza, el lindo Mauraisin, que se precipitó hacia él aquel mismo día en el momento en que salía de casa de Salvan.

—¡Oh, señor Froment! ¡Cuánto celebro encontrarle! ¡Tiene uno tan pocas ocasiones de verle, fuera de las necesidades del servicio!…

Desde que había vuelto a hablarse del proceso, Mauraisin andaba preocupado por mortal inquietud. El modelo de caligrafía que se había encontrado, la punta desgarrada por el padre Filibín y la falsificación descubierta le habían llevado a sentir el horrible temor de haber equivocado el camino. Hasta entonces se había alistado

francamente con los antisimonistas, pensando que los curas arreglarían las cosas para salir bien librados. Pero si perdían la partida, ¿qué sería de él? Estaba descompuesto sólo de pensar que no se encontraría entre los más fuertes.

Y se inclinó hacia Marcos para decirle al oído, aunque no pasaba nadie por la calle:

—Ya sabe usted, querido Froment, que nunca he dudado de la inocencia de Simón… En el fondo, estaba convencido de ella. Lo que ocurría es que los hombres públicos estamos obligados a ser muy prudentes.

Hacía mucho tiempo que Mauraisin acariciaba la idea de suceder a Salvan. Y por si vencían los simonistas creía oportuno predisponerles y estar con ellos desde la víspera de su victoria. Ahora bien: no estaba bastante seguro de esta victoria para exhibirse demasiado con los simonistas. Así es que se apresuró a separarse de Marcos, murmurando mientras le daba un postrer apretón de manos:

—El triunfo de Simón será el triunfo de todos nosotros.

Cuando Marcos volvió a Maillebois notó también que había cambiado algo. Darras, el exalcalde, a quien encontró, no se contentó con saludarle discretamente como solía hacer. Le detuvo en medio de la calle Mayor y estuvo hablando más de diez minutos con él, en voz alta y con grandes risas. Él había sido uno de los primeros simonistas, pero luego, molesto por haber tenido que ceder la alcaldía al clerical Philis y deseando desplazarle de allí, se había guardado la bandera y cerró las puertas, mudo y diplomático, antes de decir lo que pensaba. Para que se manifestara así, en plena calle, muy segura, le había de parecer la próxima libertad de Simón. Precisamente entonces el clerical Philis pasó por la acera apretando el paso, con la cabeza baja y la mirada recelosa. Darras, muy divertido, miró con picardía a Marcos para decirle:

—¿Qué le parece, señor Froment? Lo que causa placer a unos es el tormento de otros. La risa va por barrios.

La verdad es que se manifestaba un gran cambio en el público. Durante las semanas siguientes, Marcos pudo observar que, día por día, aumentaba el éxito de la causa defendida por él. Pero lo que principalmente le permitió calcular la decisiva importancia del terreno conquistado fue una carta que le dirigió el barón Nathan, que entonces veraneaba en La Désirade con su yerno Héctor de Sangleboeuf, carta en la que le rogaba que fuera a hablar con él acerca de un premio que deseaba fundar para la escuela laica. Inmediatamente adivinó un pretexto. Ya dos o tres veces, el barón había dado cien francos, y eran distribuidos a los mejores alumnos en libretas de la caja de ahorros. Y Marcos, sorprendido y curioso, acudió a La Désirade.

No había vuelto allí desde el día en que acompañó a David, que deseaba interesar al omnipotente barón por la causa de su hermano, encarcelado y acusado. Y recordaba los menores detalles de aquella visita y, sobre todo, el modo con que el judío triunfador, rey de las finanzas y suegro de un Sangleboeuf, se había desembarazado del judío pobre, aplastado bajo la execración pública. La Désirade

había ganado todavía en majestad y belleza, pues habíase invertido un millón en nuevas terrazas y nuevos estanques, que daban a los jardines de frente al castillo una soberana grandeza. Atravesando aquel paraje entre las aguas corrientes y las numerosas estatuas de ninfas, llegó Marcos a la escalinata, donde esperaban dos apuestos criados con librea verde y dorada. Uno de éstos le llevó a un saloncito, rogándole que esperase. Permaneció allí un instante y oyó un confuso rumor de voces, que seguramente procedía de una estancia próxima. Se cerraron dos puertas, se hizo el silencio y entró el barón Nathan, tendiéndole la mano.

—Perdone que le haya molestado, señor Froment, pero sé cuánto se interesa usted por sus alumnos y quisiera doblar la cantidad que le he entregado estos años últimos. No ignora usted que mis ideas son muy amplias, ni mi deseo de recompensar al mérito donde quiera que se encuentre y prescindiendo de cuestiones políticas y religiosas. Para mí no hay diferencia entre las escuelas religiosas y las escuelas laicas, pues todas son francesas, que es lo interesante.

Y continuó hablando, mientras Marcos examinaba a aquel hombre de corta estatura, algo encorvado, cara pálida, cráneo pelado y gran nariz de ave de rapiña. Sabía que recientemente se había redondeado todavía con cien millones, procedentes de un asunto colonial, colosal botín de robos que había compartido con un Banco católico. Por ello se había lanzado a una reacción desesperada, comprendiendo, a medida que nuevos millones se acumulaban sobre sus primeros millones, que el sacerdote y el soldado le eran cada vez más necesarios para guardar sus bienes, tan mal adquiridos. Ahora, no contento con haberse introducido mediante su hija en la rancia familia de los Sangleboeuf, renegaba de su raza, ostentaba un antisemitismo feroz, monárquico y militarista, y se mostraba amigo respetuoso de los que antiguamente quemaban a los judíos. Marcos, al encontrarle tan henchido por su inmensa fortuna, asombrábase de su nativa humildad, del miedo a las persecuciones ancestrales que vagaba en sus ojos inquietos, acechando las puertas, como si siempre estuviera a punto de esconderse bajo la mesa al menor peligro.

—He decidido —continuó después de una serie de explicaciones expresamente confusas— que disponga usted a su gusto de esos doscientos francos, porque tengo plena confianza en su sagacidad.

Como no había más que decir, Marcos dio las gracias, aun sin comprender a ciencia cierta de qué se trataba. Ni la necesidad política de estar bien con todo el mundo, ni el deseo de hallarse junto a los vencedores si triunfaban los simonistas, bastaban a explicar aquella entrevista halagüeña e inútil, aquel recibimiento tan amable en la Désirade. Y ya se iba, cuando tuvo la explicación.

El barón Nathan, que le había acompañado hasta la puerta del salón, le detuvo allí sonriéndole finamente, como si de pronto hubiera tenido una idea.

—Mi querido señor Froment… Quizá le parezca a usted indiscreto… Cuando me han anunciado su visita estaba yo con cierta persona, un importante personaje, que

exclamó: «¡Hombre! El señor Froment. Celebraría mucho poder hablar con él». Fue un grito salido del corazón, créalo usted.

Y calló, dejando transcurrir unos segundos, como si esperara que Marcos le hiciera alguna pregunta. Luego, viendo el silencio que guardaba su interlocutor, rióse, como pretendiendo tomarlo a broma.

—Su sorpresa sería muy grande si yo le dijera su nombre.

Y al ver que el maestro permanecía gravemente silencioso, como si se mantuviera a la defensiva, dijo por fin:

—¡Es el padre Crabot! ¿No lo presumía usted, verdad?… Sí, el padre Crabot ha almorzado hoy con nosotros. Ya sabrá usted que quiere mucho a mi hija y que le hace el honor de frecuentar su casa muy a menudo… Entonces, al saber que estaba usted aquí, me ha manifestado su deseo de hablar con usted. Salvo la diferencia de opiniones que les separa a ustedes, es un hombre de muchísimo mérito. ¿Por qué se niega a verle?

Marcos comprendió, y sintiendo cada vez más curiosidad, respondió tranquilamente:

—¡Pero si yo no me niego a hablar con el padre Crabot! Dígale que si quiere decirme algo le escucharé con sumo gusto.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó el barón, entusiasmado por el éxito de su tentativa—. Voy a prevenirle.

Nuevamente volvió a oírse el ruido de dos puertas que se abrían, y un confuso rumor de voces se esparció por el saloncito donde esperaba el maestro. Después, todo volvió a caer en el mayor silencio, y Marcos esperó bastante tiempo. Como se había aproximado a una ventana, vio salir de una terraza próxima a las personas a quienes había oído hablar. Reconoció al conde Héctor de Sangleboeuf y a su esposa, la siempre bella Lía, acompañados de su buena amiga la marquesa de Boise, quien, a pesar de sus cincuenta y siete años, era todavía una rubia espléndida. Detrás de ellos salió el barón Nathan, y a la puerta del gran salón que comunicaba con la terraza se veía la alta silueta negra del padre Crabot, todavía en animada conversación con sus amigos, que se sentían orgullosos de dejarle por dueño de aquella suntuosa habitación para que pudiese recibir en ella a Marcos, como si estuviera en su casa. En particular, la marquesa se mostraba encantada con aquel incidente. Había acabado por vivir en el castillo, aunque formó el propósito de romper sus relaciones con Héctor cuando cumpliera los cincuenta años, pues no quería imponerle una amante demasiado vieja. Pero puesto que la decían que seguía siendo adorable, ¿por qué había de negarse a hacer la felicidad del matrimonio, la de Héctor, a quien había tenido la habilidad de casar en vez de imponerle la miseria en su compañía, y aun la de la propia Lía, de la cual había llegado a ser íntima amiga y a quien evitaba molestias que podían resultar excesivas para su temperamento de mujer indolente, enamorada sólo de sí misma? Y, a pesar de la edad de la marquesa, la felicidad se eternizaba en La Désirade, rodeada

de un lujo esplendoroso, bajo las suaves sonrisas y las piadosas bendiciones del padre Crabot.

Marcos, por los gestos y por los movimientos de cabeza que le veía hacer, creyó adivinar que el terrible Sangleboeuf, aquel hombre de rubicundo y grueso rostro y frente estrecha y dura, protestaba de tanta diplomacia y del gran honor que se hacía a aquel maestrillo anarquista recibiéndole y hablando con él. Aunque Sangleboeuf no se había batido con nadie en los días en que sirvió de coracero, hablaba siempre de acuchillar a la gente. Y aunque la marquesa, luego de empeñarse en que fuera diputado, habíale obligado a reconocer la República, cumpliendo las órdenes del Papa, hablaba continuamente de su regimiento y se encolerizaba en nombre de la bandera. ¡Cuántas tonterías habría hecho de no intervenir la marquesa, que era tan inteligente! Ésta era una de las razones que se daba la de Boise para disculpar su falta de valor para abandonarle. En esta ocasión también intervino, y se alejó paseando por el jardín entre marido y mujer, mostrándose muy alegre y maternal con ambos.

El barón Nathan volvió a entrar en el gran salón, cuya puerta a la terraza cerró, y se dirigió a buscar a Marcos.

—¿Tiene usted la bondad de seguirme, señor Froment?

Le hizo atravesar una sala de billar. Después, abriendo la puerta del salón, introdujo por ella a Marcos, encantado, al parecer, del papel que desempeñaba, en actitud en que desaparecía el orgulloso rey de la banca para dar paso a la humildad de su raza.

—Haga el favor de entrar; le están esperando.

Él no entró, sino que cerró discretamente la puerta, mientras Marcos, estupefacto, se encontraba con el padre Crabot, que, de pie, con su larga sotana negra, estaba en medio de la estancia tapizada de rojo y oro. Hubo unos instantes de silencio.

El jesuita, de aire tan distinguido y elegante, le pareció aviejado, encanecido, demostrando en su rostro las terribles zozobras que pesaban sobre su cabeza hacía tiempo. Pero su voz conservaba las mismas melosas inflexiones.

—Caballero, puesto que las circunstancias nos han reunido a los dos en esta casa, me perdonará usted que haya solicitado una entrevista que hace tiempo deseaba. Conozco sus méritos y sé rendir homenaje a todas las creencias, siempre que sean sinceras, leales y francas.

Y siguió hablando largamente, colmando de alabanzas a su adversario, como para aturdirle y adueñarse de él. Pero el procedimiento era demasiado conocido, demasiado infantil. Y Marcos, inclinado por pura cortesía, le oía con aire tranquilo, procurando ocultar hasta la ardiente curiosidad que sentía, pues un hombre como aquél debía tener un motivo muy grave para aventurarse en una entrevista semejante.

—¡Es muy deplorable —dijo por fin el padre Crabot— que las desgracias de los actuales tiempos separen inteligencias dignas de comprenderse! Nuestras luchas ocasionan víctimas que inspiran verdadera lástima. Ahí tiene usted, por ejemplo, al presidente Gragnon…

Pero se contuvo al ver el vivo movimiento que dejó escapar el maestro.

—He citado al presidente, porque le conozco a fondo. Soy su confesor y amigo. No se podría encontrar un hombre de más noble alma, un corazón más recto y leal. Y no ignora usted en qué horrorosa situación se encuentra ahora, al verse acusado de prevaricación. Es el hundimiento de su carrera de magistrado. No duerme, no sosiega… Le daría a usted lástima si presenciase su agonía.

Entonces Marcos lo comprendió todo. Se quería salvar a Gragnon, aquel hijo predilecto de la Iglesia, para la cual representaba una verdadera derrota su caída.

—Comprendo su tormento —respondió—, pero no hace más que purgar su falta. Un magistrado tiene obligación de conocer las leyes, y la comunicación ilegal de que se hizo culpable ha tenido horrorosas consecuencias.

—¡Oh, no! Se lo aseguro a usted; obró inocentemente —exclamó impetuosamente el jesuita—. Esa carta, recibida en el último momento, le pareció sin importancia. La llevaba en la mano cuando entró en la sala de las deliberaciones llamado por los jurados y él mismo no se explica cómo fue el enseñársela…

Dulcemente, Marcos se encogió de hombros.

—Siendo así, ya se defenderá ante el nuevo tribunal, suponiendo que se abra otra vez el proceso… Lo que yo no me explico es la intervención de usted conmigo. Yo nada valgo.

—¡Oh, no diga usted eso! Sé su gran influencia, bajo la modesta apariencia de su situación. Por eso me he dirigido a usted. Usted ha sido la voluntad inteligente y activa de este asunto. Usted es amigo de la familia de Simón, la cual hará lo que usted le aconseje. ¿No quiere usted ayudarme a salvar a un desgraciado, cuya perdición no es indispensable para lograr los fines que usted desea?

Y juntó las manos, suplicando a su adversario con tal afán, que Marcos, atónito, no acababa de comprender por qué había dado aquel paso tan torpe e impolítico. ¿Es que el jesuita creía perdida la causa que defendía? ¿Es que había obtenido informes particulares que le permitían considerar la revisión como cosa hecha? Se le veía hacer concesiones, abandonar a sus colegas demasiado comprometidos hoy. El pobre hermano Fulgencio era un espíritu nebuloso, desequilibrado, lleno de orgullo, cuya intervención había producido desastrosas consecuencias. El desgraciado padre Filibín había sido siempre, sin duda, un religioso ferviente; pero ¡presentaba tantas lagunas y estaba tan falto de sentido moral! Y, por lo que se refería al hermano Gorgias, lo arrojaba sin compasión al agua, presentándole como uno de los religiosos pervertidos y aventureros, que son una plaga para la Iglesia. Si no llegaba hasta reconocer la posible inocencia de Simón, tampoco estaba lejos de creer al hermano Gorgias capaz de todos los crímenes.

—Como usted ve, señor mío, no me hago ilusiones; pero hay realmente otros hombres a los que sería cruel hacer pagar muy caros sencillos errores. Ayúdenos usted a salvarlos y se lo recompensaremos dejando de combatir a usted en otras cosas.

Nunca había experimentado Marcos una sensación tan evidente de su fuerza y de la fuerza misma de la verdad. Habló y entabló una verdadera discusión para formarse una opinión definitiva sobre el valor del padre Crabot. Y su estupefacción aumentó aún a medida que le fue conociendo, pues le encontró extraordinariamente pobre en argumentos y muy torpe, a causa de su vanidad de hombre acostumbrado a que nadie le contradijera. ¿Era aquél el profundo diplomático cuyo genio astuto temían todos y cuya mano veían todos en el fondo de los acontecimientos, como si dirigiera el mundo? En aquel lamentable encuentro, tan pobremente preparada, se mostraba, por el contrario, como un pobre espíritu desorientado, que se descubría demasiado y sin motivo, incapaz de mantener su fe contra un interlocutor simplemente razonable y lógico. Sólo era una medianía con fachada de cualidades mundanas, cuyo esplendor engañaba superficialmente. Su verdadera fuerza consistía únicamente en la estupidez del rebaño, en la sumisión con que los fieles acataban sus afirmaciones, que para ellos eran absolutamente indiscutibles. Y Marcos, ante la mediocridad del personaje, acabó por comprender que tenía enfrente a un jesuita de relumbrón, a quien la orden permitía figurar, brillar y seducir, mientras detrás de él había otros jesuitas como, por ejemplo, el padre Poirier, que era el provincial, residente en Rozan, y que, aun cuando su nombre no se pronunciaba nunca, era el que con inteligencia ignorada y dominadora lo dirigía todo desde el fondo de su residencia.

Sin embargo, el padre Crabot fue bastante fino para darse cuenta de que había equivocado el camino con Marcos, y procuró como pudo ganar el terreno perdido. La entrevista terminó con frías cortesías por ambas partes. Luego, el barón Nathan, que se había quedado detrás de la puerta, se presentó con aire mohíno también y con el claro deseo de librar cuanto antes a la Désirade de aquel maestrillo suficientemente necio para no comprender cuál era su interés. Le acompañó hasta la escalinata y vio cómo se alejaba. Y cuando Marcos volvió a atravesar los jardines, entre las aguas corrientes y las ninfas de mármol, vio a lo lejos, bajo la sombra de los árboles, a la marquesa de Boise, que reía tiernamente entre su buen amigo Héctor de Sangleboeuf y su buena amiga Lía, con quienes paseaba apaciblemente.

Aquella misma noche fue Marcos a la calle del Hoyo, a casa de los Lehmann, donde había citado a David. Allí tuvo una gran alegría. Un despacho enviado por un amigo de París acababa de hacerles saber que el Tribunal Supremo había dictado por fin sentencia casando por unanimidad la de Beaumont y disponiendo que Simón compareciese de nuevo ante la Audiencia de Rozan. Aquello fue para Marcos un rayo de luz, en virtud del cual le pareció más excusable la torpeza del padre Crabot, que, evidentemente bien informado, conocía ya la noticia y sólo había querido, ante la seguridad de la revisión, salvar lo que creía que aún podía salvar. En casa de los Lehmann lloraban de alegría, pensando que la desventura había terminado. José y Sara abrazaban locamente a Raquel, la esposa y madre envejecida y agotada. Y sentían una especie de embriaguez ante el retorno de aquel padre, de aquel marido tan añorado y tan deseado. Olvidaban ultrajes y torturas, porque daban por descontada la

absolución, cosa de la que nadie dudaba ya ni en Maillebois ni en Beaumont. Y David y Marcos, los dos esforzados artífices de la justicia, se abrazaron, igualmente elevados de un impulso conmovedor.

Pero en los siguientes días volvieron las inquietudes. Simón se había puesto tan malo en el presidio, que durante mucho tiempo estarían en la absoluta imposibilidad de llevarle a Francia. Quizá transcurrieran meses y meses antes de que pudieran celebrarse en Rozan las sesiones del nuevo proceso. Con ello, la injusticia tendría el tiempo necesario para revivir y crecer nuevamente mediante la mentira y la cobarde ignorancia de las muchedumbres.

# III

Desde el año siguiente, que transcurrió lleno de ansiedad, de malestar y de luchas, la Iglesia hizo un supremo esfuerzo para reconquistar su poderío. Nunca se había encontrado en una situación más crítica, ni bajo tantas amenazas, jugando realmente una partida desesperada que, si la ganaba, prolongaría su imperio durante un siglo o quizá dos. Para ello necesitaba continuar siendo maestra y educadora de la juventud francesa y conservar su influencia sobre la mujer y el niño, sobre la ignorancia de los pequeños y de los humildes, a fin de moldearles y de convertirles en el pueblo crédulo y sumiso que necesitaba para reinar. El día en que se le prohibiera enseñar, el día en que se le cerrasen sus escuelas y desapareciesen, comenzaría su próximo fin y su inevitable aniquilamiento en medio del nuevo pueblo emancipado, que crecería aparte de sus mentiras, con otro ideal de razón y de humanidad libre. Y los momentos eran graves, porque el asunto Simón, con el anunciado regreso y el triunfo del inocente, podía asestar el más terrible golpe a la escuela religiosa, glorificando la escuela laica. El padre Crabot, que quería salvar al presidente Gragnon, se encontraba tan comprometido por su parte, que había desaparecido de los lugares mundanales y no salía de su celda, donde estaba lívido y estremecido. El padre Filibín, hundido en un convento de Roma, acababa su vida en la penitencia, si no había muerto ya. El hermano Fulgencio, trasladado por sus superiores, como castigo al descrédito que había hecho disminuir ya en una tercera parte los alumnos de la escuela de los hermanos de Maillebois, había caído gravemente enfermo, según se decía, en un departamento lejano. Finalmente, el hermano Gorgias, acababa de huir por miedo a una posible detención e inquieto al comprender que sus jefes le abandonaban dispuestos a sacrificarle como víctima expiatoria. Aquella huida había acabado de sembrar la angustia entre los defensores de la Iglesia, quienes, a pesar de tantos motivos de trastorno, sólo vivían con la idea de librar una postrera batalla sin cuartel cuando el proceso de Simón volviera a la Audiencia de Rozan.

También Marcos, lamentando que la mala salud de Simón no permitiera aún traerlo a Francia, aprestábase para aquella batalla, cuya decisiva importancia comprendía. Casi todos los jueves iba a Beaumont, unas veces con David y las más solo, llevado del deseo de informarse. Iba a ver a Delbos, y le sugería ideas y le interrogaba sobre los menores acontecimientos de la semana. Después iba a ver a Salvan, que le tenía al corriente de las opiniones de la ciudad, cuyo flujo y reflujo alcanzaba a todas las clases sociales. Uno de aquellos jueves, al salir de la Escuela Normal, al final de la avenida de Jaffres y cerca de la catedral de San Magencio, tuvo un encuentro que le trastornó.

En uno de los paseos paralelos, y en un sitio solitario por donde no pasa nadie después de las cuatro, estaba Genoveva, sentada en un banco, con aire de cansancio,

abatimiento y abandono a la sombra fría de la catedral, cuya vecindad pone verde musgo en los troncos de los viejos olmos.

Quedó inmóvil y sorprendido por un instante. De vez en cuando la había encontrado en Maillebois, pero siempre iba acompañada de su abuela y hacia alguna ceremonia religiosa, con la mirada ausente. Aquella vez se encontraban los dos cara a cara, sin que nadie pudiera separarles y en una absoluta soledad. Ella le vio perfectamente y le dirigía una mirada, en la que él creyó leer un gran sufrimiento y una inconfesada necesidad de auxilio. Por ello se acercó y se atrevió a sentarse en el banco, a cierta distancia, como si temiera molestarla y ahuyentarla.

Se produjo un gran silencio. Era el mes de junio. En el horizonte descendía el sol en un cielo puro y despejado, acribillando la arboleda con finas flechas de oro. La cálida tarde se refrescaba ya con algunos hálitos de viento. Y Marcos seguía mirando a su esposa sin decir nada, muy emocionado por encontrarla enflaquecida y pálida, como tras una grave enfermedad que todavía hubiera sutilizado su belleza. Su rostro de antaño, con la hermosa cabellera rubia y los grandes ojos apasionados y alegres, se había demacrado y había adquirido una expresión de ardiente inquietud, como atormentada por una sed cuyo ardor nada podría apagar. Genoveva parpadeó y resbalaron por sus mejillas dos lágrimas que se esforzaba en contener. Entonces habló Marcos como si se hubiera separado de ella la víspera, pues deseaba tranquilizarla.

—¿Está bien nuestro hijito?

Ella no respondió enseguida, seguramente por miedo a mostrar la emoción que la embargaba. El niño, que acababa de cumplir cuatro años, ya no estaba en Dherbecourt; le había separado de la nodriza y le tenía con ella, a pesar de que la señora de Duparque refunfuñaba.

—Está muy bien —dijo por fin Genoveva con un ligero temblor en la voz y afectando también una especie de paz indiferente.

—¿Estás satisfecha de nuestra Luisa? —prosiguió él.

—Sí. No siempre obedece mis deseos, porque tú mandas en su espíritu; pero es prudente, es buena, es trabajadora. No puedo quejarme de ella.

Volvió a producirse el silencio. La violencia de la situación les tenía mudos otra vez. Había bastado la alusión a las terribles disensiones que les habían separado con motivo de la primera comunión de su hija. Pero, sin embargo, era un desacuerdo cuya virulencia se atenuaba cada día más, por cuanto la niña había cargado con toda la responsabilidad al manifestar serenamente su voluntad de esperar a los veinte años antes de llevar a cabo aquel acto de fe religiosa. Suavemente había ido cansando a su madre, la cual, al hablar de ello, había bosquejado un gesto de fatiga, como si hablara de una felicidad largo tiempo deseada, pero cuya alegría no esperase ya.

Al cabo de un instante, Marcos se atrevió a preguntarle cariñosamente:

—Y tú, Genoveva, que has estado tan mala, ¿cómo te encuentras ahora?

Ella se encogió de hombros, desesperada, y, seguramente, retuvo nuevas lágrimas.

—¿Yo? Hace mucho tiempo que no sé cómo estoy.

Igual da. El caso es que me resigno a vivir, ya que Dios me da fuerzas para ello.

Marcos sintió tal estremecimiento de compasivo amor ante aquellos sufrimientos, que no pudo evitar un grito de inquietud.

—¡Genoveva, Genoveva mía! ¿Qué te ocurre, que te atormenta? Dímelo… ¡Oh, si yo pudiera consolarte y curarte!

Pero ella se apartaba de él al ver que se le acercaba hasta tocar los pliegues de su ropa.

—¡No, no! Entre nosotros no hay nada común. Tú no puedes hacer nada por mí, porque somos de dos mundos distintos… ¡Ay, si yo te dijera!… Pero ¿para qué? ¡No me comprenderías!…

Sin embargo, Genoveva habló, manifestando sus padecimientos y su angustia cada día mayor, en frases cortadas y febriles, sin darse cuenta que confesaba, pues encontrábase en una de esas horas de dolor en que el corazón se abre y se expansiona. Refirió que una tarde había escapado de Maillebois para ir, sin que lo supiera su abuela, a hablar con un misionero célebre, el padre Atanasio, cuyos consejos de elevada piedad traían revolucionadas a las devotas de Beaumont. Sólo estaba de paso y, según se decía, había realizado curaciones maravillosas, pues a muchas mujeres de espíritu insatisfecho y atormentado por el deseo de Jesús les había devuelto, con una bendición o una oración, la calma sonriente de los ángeles. Precisamente salía ahora de la vecina catedral, donde había orado dos horas, luego de haber confesado su insaciable sed de divina felicidad al santo religioso, quien se había limitado a absolverla por lo que él llamaba demasiado orgullo y demasiada pasión humana, imponiéndole la penitencia de ocupar su espíritu en humildes practicas, como el cuidado de los pobres y de los enfermos. Y aunque Genoveva se había humillado y abatido en el fondo de la capilla más triste y más desierta de San Magencio, no se había calmado ni se había saciado, pues continuaba ardiendo en las mismas ansias, en el deseo de entregar totalmente su ser a Dios, sin que todavía hubiese encontrado en él la paz serena de su carne y de su corazón.

Entonces Marcos sospechó la verdad, y por ello experimentó una sensación de esperanza en medio de la tristeza que le causaba ver a Genoveva tan mísera y desdichada.

Evidentemente, ni el abate Quandieu, ni siquiera el padre Teodosio, habían satisfecho la gran necesidad de amar que tenía aquella mujer. Había conocido el amor y siempre amaría al hombre, al marido de quien se había separado y que, a su vez, la adoraba. El pálido Cristo de las místicas dilecciones la dejaba excitada e insatisfecha. Ya no era más que la orgullosa y obstinada católica que acudía a prácticas religiosas cada vez más exageradas y rudas, como si acudiera a estupefacientes cada vez más fuertes de los que necesitara para adormecer la amargura y la rebelión de sus crecientes desilusiones. Todo indicaba ya el despertar de la madre en aquella mujer, tanto el hecho de que hubiera recogido al pequeño Clemente y se preocupara de él, como el que encontrara consuelo en Luisita, tan tiernamente diplomática y que ejercía

sobre ella una suave influencia curativa, acercándola un poco cada día al padre y esposo. Ademas, comenzaba a indisponerse con la terrible abuela y acababa no pudiendo vivir ya en la casita de la plaza de los Capuchinos, donde se moría de frío entre el silencio y las tinieblas. Y la crisis había llegado a la suprema tentativa de acudir al omnipotente misionero en quien ella había puesto su fe, ya que ni el abate Quandieu ni el padre Teodosio habían podido llevarla hasta Cristo. Así pues, había acudido a consultar secretamente, para que no se lo impidiesen, con aquel confesor milagroso, del que no había obtenido más que el irrisorio remedio de un régimen de prácticas pueriles.

—¡Genoveva! —gritó nuevamente Marcos en un arrebato y perdiendo toda prudencia—. Te atormentas y estás desesperada porque te falta nuestro hogar. ¡Ven, vuelve, que eres muy desgraciada!

Ella, rígida en su orgullo, repitió:

—¡No, no! ¡Jamás volveré junto a ti!… No es cierto que sea desgraciada. Lo que sufro es el castigo por haberte amado, por haber participado de tu carne y de tu crimen. Cuando tengo la debilidad de quejarme, la abuela me lo recuerda oportunamente. Expío tu culpa, me hiere Dios para castigarte y tu veneno es lo que me quema, sin esperanza de alivio.

—¡Pobre mujer!… Estás diciendo cosas monstruosas. Te vuelven loca. Y si bien es cierto que he sembrado en ti una cosecha nueva, precisamente con esa cosecha cuento para asegurar un día nuestra felicidad. ¡Sí! Nos hemos confundido mutuamente el uno con el otro y volverás a mí porque nuestros hijos te traerán. El supuesto veneno de que habla la imbécil de tu abuela es, precisamente, nuestro amor, que trabaja en tu corazón para devolverte a mí.

—¡Nunca!… Dios nos fulminaría a los dos. Tú me arrojaste, con tus blasfemias, de nuestra casa. Si me hubieras querido, no me hubieses quitado a mi hija negándole el permiso para tomar la primera comunión. ¿Cómo quieres que vuelva a un hogar impío donde no podría ni rezar? ¡Oh, qué desgracia! Nadie me quiere. ¡Ni el mismo cielo se abre para mí!…

Y se echó a llorar. Marcos desesperado ante aquel llanto desgarrador, comprendió que era una crueldad inútil atormentaría más. La hora aún no era propicia. Y nuevamente se hizo el silencio, mientras a lo lejos de la avenida de Jaffres se oían en el aire límpido de la tarde gritos de niños que jugaban.

Durante aquella conversación tan animada, marido y mujer se habían acercado en el solitario banco. Uno al lado del otro, parecían reflexionar con la mirada perdida entre el polvo dorado del crepúsculo. Después, Marcos fue el primero en hablar, como si terminara en voz alta sus reflexiones.

—Supongo, Genoveva, que ni por un momento habrás dado crédito a las abominaciones con que cierta gente ha querido mancharme a propósito de mis relaciones fraternales, eso sí, con la señorita Mazeline.

—¡Oh, no! —replicó ella vivamente—. Te conozco y la conozco. No me hagas tan necia como para creer cuanto han venido a contarme.

Y, tras cierta vacilación, prosiguió:

—También sé que a mí me han incluido en el rebaño del que, según decían, el padre Teodosio se había hecho una especie de corte galante. En primer lugar, no creo en la existencia de esa corte, porque el padre Teodosio podrá ser un religioso excesivamente engreído de su persona, pero tiene una fe sincera. Además, yo hubiera sabido defenderme. Y supongo que tú no lo dudarás…

Marcos, a pesar de su aflicción, no pudo reprimir una ligera sonrisa. La evidente confusión de Genoveva le revelaba alguna tentativa del capuchino rechazada por ella, lo cual acababa de hacerle comprender su amarga turbación y la necesidad de cambiar de confesor.

—Claro está que no lo dudo —respondió—. También yo te conozco y sé que eres incapaz de una villanía… El padre Teodosio no me inquieta por ti, aunque un marido a quien conozco le haya visto en amigable conversación con su mujer… Lo único que lamento es el malísimo consejo que te decidió a dejar al abate Quandieu para ponerte en manos de ese fraile presuntuoso.

Un fugitivo rubor de Genoveva le indicó que había acertado. No sin un profundo conocimiento de lo que es la mujer todavía joven y de lo que es la enamorada en la penitente, había obrado el padre Crabot al aconsejar a la señora de Duparque que quitara a su nieta de las manos del abate Quandieu para confiarla a las del padre Teodosio. El pretexto invocado era la incompetencia del viejo cura y su gran tolerancia para con un espíritu exaltado que exigía una firme dirección. Y el capuchino, tan apuesto, tendría toda la autoridad necesaria y toda a potencia dominadora en la delicada intervención con la que se trataba de suplir a Jesús, haciendo que le adorara una mujer a la que había de arrancar del amor que todavía sentía por su marido. Los doctores católicos saben perfectamente que sólo el amor mata el amor y que la carne que ama algo fuera de Cristo no pertenece completamente a Cristo. La vuelta de Genoveva a su pecado era fatal si no dejaba de amar o si no ponía en otra parte su amor. Pero el padre Teodosio, mal psicólogo, se engañó acerca de aquella penitente apasionada y leal, y, por lo visto, había procedido con cierta brutalidad. De esta manera precipitó la crisis, produciendo la repugnancia y la desesperada rebeldía de aquella dolorida mujer que, sin volver todavía a la sana razón, veía desplomarse a su alrededor la gloriosa pompa mística del Dios de su infancia. Marcos, satisfecho por el nuevo síntoma que creía descubrir, preguntó con cierta malicia:

—Entonces ¿ya no te confiesas con el padre Teodosio?

Ella le dirigió una mirada serena, y contestó claramente:

—No. El padre Teodosio no me conviene y he vuelto al abate Quandieu, a quien la abuela acusa con razón de tibieza, pero que a veces me calma porque es muy bueno.

Quedó un instante pensativa. Y luego, en voz baja, dejó escapar otra confesión:

—¡Ay, ese santo varón no sabe cuánto ha aumentado los tormentos en que vivo al hacerme una confidencia sobre ese lamentable asunto!…

Genoveva se interrumpió; pero él, adivinando de qué se trataba y apasionándose al ver que ella abordaba semejante cuestión, exclamó:

—¿El proceso de Simón? El abate Quandieu cree que Simón es inocente, ¿verdad?

Genoveva, con la mirada en el suelo, callaba. Luego dijo muy quedamente:

—Sí, cree en su inocencia. Me lo ha dicho con gran misterio, en el coro de la iglesia, al pie de la cruz, ante Nuestro Señor que le escuchaba.

—Y tú, Genoveva, ¿crees ahora en la inocencia de Simón? Dímelo…

—No, no creo. No puedo creer. Acuérdate. Nunca me hubiera separado de ti de haberle creído inocente, porque su inocencia equivaldría a la horrible culpabilidad de los defensores de Dios. Tu mismo, al defenderle, acusabas a Dios de error y de mentira.

Marcos se acordaba perfectamente. La evocaba cuando al darle la noticia de la revisión, se exasperó ante su alegría, gritó que no había verdad ni justicia fuera del cielo y acabó abandonando la casa donde sentía ultrajada su fe católica. Y hoy que creía sentirla quebrantada, deseaba ardientemente convencerla, comprendiendo que la reconquistaría el día en que la necesidad de la justicia se impusiese a aquella mujer ante el triunfo resplandeciente de la verdad.

—¡Genoveva! ¡Genoveva mía!… Te repito que tú, tan recta, tan sincera y de una inteligencia tan clara cuando no la perturban las leyendas de tu infancia, no puedes aceptar tan burdas mentiras. Infórmate, lee los documentos…

—Te aseguro, Marcos, que estoy enterada y que lo he leído todo.

—¿Has leído los sumarios publicados y la información del Tribunal Supremo?

—Sí, sí. He leído todo lo que se ha publicado en «Le Petit Beaumontais». Ya sabes que la abuela compra el periódico todas las mañanas.

Con un gesto violento expresó Marcos su disgusto y su indignación.

—¡Vaya una información, Genoveva! Ese innoble papelucho de que hablas es una letrina que envenena al público y que no lleva más que porquería y mentira. Allí falsifican los documentos, truncan los textos y atiborran de estúpidas patrañas los pobres y crédulos cerebros de los pequeños y de los humildes… Y a ti te han envenenado como a tantas otras personas honradas…

Seguramente, Genoveva se daba cuenta de aquellas necedades y de aquel excesivo impudor, porque nuevamente bajaba los ojos turbada.

—Oye —prosiguió él—. Permíteme que te envíe el sumario publicado íntegramente con los documentos en que se apoya y prométeme leerlo con atención y desapasionadamente.

Pero ella irguió vivamente la cabeza.

—¡No, no me envíes nada, no quiero!

—¿Por qué?

—Porque es inútil. No necesito leer nada.

Él la miró con desaliento, lleno de tristeza.

—Di que no quieres leer nada.

Como gustes. ¡Todo sea por Dios! No quiero leer nada… ¿Para qué sirve eso?, como dice la abuela. Hay que desconfiar de la razón.

—No quieres leer nada porque temes convencerte, porque ya dudas de lo que ayer reputabas cierto.

Genoveva se limitó a hacer un gesto de cansancio y de amarga despreocupación.

—Pesa sobre ti la convicción del abate Quandieu y te preguntas, con espanto, cómo un santo sacerdote puede creer en una inocencia que te llevaría a renegar de los años de error con que has afligido nuestro pobre hogar.

Ahora Genoveva ni siquiera esbozó un gesto, como si nada hubiera oído. Sus miradas permanecieron unos instantes clavadas en el suelo. Luego, lentamente, dijo:

—No te complazcas en atormentarme más. Nuestra vida esta rota. Es una cosa acabada. Yo me consideraría todavía más culpable si volviera junto a ti. Además, ¡qué satisfacción personal te produciría figurarte que me he equivocado y que no encuentro en casa de mi abuela la mansión de paz donde creí refugiarme! Mis males no curarían los tuyos.

Aquello era casi una confesión, el oculto pesar de su huida, la duda angustiosa en que había caído. Y él, comprendiéndolo, gritó de nuevo:

—¡Si eres desgraciada, dilo! ¡Vuelve con tus hijos, porque nuestra casa te espera! ¡Sería un gran júbilo y una gran felicidad!

Ella, levantándose, repitió con su voz opaca de penitente obstinada, ciega y sorda:

—No soy desgraciada. Sufro un castigo y llegaré hasta el fin. Si sientes alguna compasión por mí, quédate sentado sin seguirme y vuelve la cabeza si acaso me encuentras otra vez, porque todo ha muerto, todo debe morir entre nosotros.

Y Genoveva se fue entre la suave y dorada luz del crepúsculo a través de la avenida desierta. Era todo sombra. Delgada y alta, sin que mostrara ya de su belleza más que la admirable cabellera rubia, cuyos bucles incendiaba un rayo moribundo. Y él, obediente, no se movió y miró cómo se alejaba con la esperanza de un último adiós. Pero ella no volvió la cabeza, y desapareció entre los árboles, mientras una ráfaga vespertina hizo correr entre el follaje un frío estremecimiento.

Cuando Marcos, a su vez, se levantó penosamente, quedó asombrado viendo ante sí al bueno de Salvan con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—¡Vaya con los enamorados! Conque se dan citas en los rincones solitarios, ¿eh? Les vi hace un rato y les acechaba sin querer molestarles… Por eso ha sido tan corta la visita que me ha hecho usted esta tarde, ¿no?

Marcos, moviendo tristemente la cabeza, echo a andar junto al anciano.

—Ha sido un encuentro casual y he salido con el corazón destrozado.

Luego le refirió el encuentro, la larga conversación que había tenido con Genoveva, y de la que salía más aplanado y más convencido de lo definitivo de su ruptura. Salvan no podía consolarse de haber sido el promotor de aquel matrimonio, al principio tan apasionado tan dichoso, pero que acababa tan mal. Se acusaba de haber procedido imprudentemente, contribuyendo a casar al librepensador con la Iglesia. Por eso le escuchaba tan atentamente, sin sonreírse ya, pero con aire satisfecho, sin embargo.

—Pero —acabó por decir— todo eso que me cuenta usted no es muy malo que digamos. No creo que fuera usted a creer que su esposa corriera a arrojarse en sus brazos y a pedirle humildemente que la admitiera usted en su casa. Una mujer que se ha entregado a Dios tiene mucho orgullo para que confiese el desamparo en que su Dios la deja, rehusándola. A mi juicio, lo que le ocurre es que atraviesa una crisis terrible, que puede devolvérsela a usted de un momento a otro… Si la verdad la ilumina, le producirá el efecto de un rayo. Ha conservado demasiada inteligencia para no hacer justicia.

Y, animándose, prosiguió alegremente:

—Yo no le he querido decir a usted nunca, amigo mío, las tentativas que he hecho cerca de la señora de Duparque en estos últimos años. Como no han servido para nada, no era caso de vanagloriarme de ellas ante usted… Sí; cuando su mujer cometió aquella locura, me creí en el deber de ir a hablarle, con la autoridad que me da ser un antiguo amigo de su padre, además de haber sido su tutor. Estos títulos, naturalmente, me valieron el acceso a la casita de la plaza de los Capuchinos, tan cerrada y sombría de ordinario. Ya puede usted suponer cómo me recibiría la terrible abuela. No me dejaba un instante a solas con Genoveva e interrumpía toda frase conciliadora que yo aventuraba, desatándose en improperios contra usted. Por otra parte, yo creo que dije todo cuanto debía decir… La pobre muchacha, en verdad, no estaba en estado de poder comprenderme. Son horribles los estragos que produce la fe religiosa en el cerebro de una mujer cuando retoña otra vez su educación católica. A Genoveva, que parecía tan sensata y tan inteligente, le basto, sin embargo, ese desgraciado proceso de Simón para producirle el más completo desequilibrio. No quería ni escucharme, contestándome locuras capaces de turbar la razón… En fin, me declaré vencido. Materialmente, no me echaron a la calle; pero, luego de otras dos tentativas que hice, dejando pasar largos intervalos, me vi obligado a renunciar a poner un poco de lógica y buen sentido en aquella casa de locos, en la que sólo la pobre señora de Berthereau parece que conserva la inteligencia lúcida. La desgraciada debe sufrir mucho.

Marcos seguía sombrío.

—Ya lo ha oído usted: es cosa perdida. No se puede traer de tan lejos a personas que se empeñan en no querer saber nada.

—¿Por qué no?… Yo fracasé, es verdad. Y hasta sería contraproducente que hiciera otra tentativa, pues serían capaces de taponarse los oídos y cerrar los ojos para no ver ni oír. Pero usted tiene allí un auxiliar omnipotente, el mejor de los abogados,

el más sutil de los diplomáticos, el más inteligente de los capitanes, el más glorioso de los vencedores.

Y Salvan, cada vez más exaltado, sonreía.

—Sí, sí, es su adorable Luisita, a quien quiero y admiro como un prodigio de gracia y de inteligencia… Ya sabe usted que su conducta tan firme y tan dulce desde los doce años es propia de una heroína. Yo no conozco otro ejemplo más alto y más conmovedor. Ha demostrado una sensatez y un valor precoces como no se encuentran entre las muchachas de su edad. Y ¡cuánto cariño y qué respetuosa deferencia muestra en su negativa al deseo de su madre, cumpliendo lo que le prometió a usted de no confesar ni comulgar antes de los veinte años! Hoy, que ha conquistado ya el derecho de mantener su promesa, da gusto verla tan serena, maniobrando tan dulcemente para atraerse aquella casa cuyo ambiente le es hostil, dejando gruñir a la abuela. Pero lo más maravilloso es el trabajo que realiza cerca de su madre, a quien rodea de una ferviente admiración, tratándola como a una convaleciente que necesita recobrar las fuerzas perdidas, tanto físicas como morales, para volver a ser capaz de vivir como todo el mundo. Rara vez le nombra a usted, pero la va acostumbrando a sentir otra vez su influencia, las ideas y el amor de usted. Es como si estuviera usted allí, pues no cesa un momento de trabajar para devolver al hogar la esposa y la madre, y con sus adorables manecitas está atando nuevamente el lazo roto… Si recobra usted a su mujer, amigo mío, la niña será quien se la devuelva. Los hijos pueden mucho: son la salud y la felicidad del hogar.

Marcos le escuchaba muy conmovido, sintiendo renacer sus esperanzas.

—¡Ojalá acertase usted! Pero mi pobre Genoveva ¡está todavía tan trastornada!

—Deje usted a la enfermita. Con el beso con que saluda a su madre cada mañana le da la vida. Genoveva sufre tanto porque la vida está luchando en ella y cada día le da un nuevo tirón para sacarte de esa crisis mortal en que usted ha estado a punto de perderte. Cuando la naturaleza venza a esa insensatez mística que la posee, Genoveva volverá a sus brazos, con sus hijos. ¡Vamos, valor, querido amigo! Sería terrible que, cuando ha logrado usted devolver al pobre Simón a su familia, ese triunfo de la verdad y de la justicia no asegurase también la felicidad doméstica de usted.

Se estrecharon fraternalmente tes manos, y Marcos, mas reanimado, volvió a Maillebois, donde al día siguiente habría de encontrarse otra vez dispuesto para el combate. En Maillebois era donde con más violencia soplaba la tempestad de las pasiones clericales, movida por el supremo esfuerzo que estaba haciendo la Iglesia para salvar y reanimar la enseñanza religiosa. La desaparición del hermano Gorgias había producido un efecto desastroso. No había casa donde no se comentara la posible culpabilidad de aquel terrible fraile, cuya figura adquiría desmedidas proporciones.

Al huir, había tenido el hermano Gorgias el cinismo de dirigir una carta a «Le Petit Beaumontais» diciendo que, entregado por sus superiores a sus enemigos, se ponía a salvo para poder defenderse cuando juzgase llegada la ocasión propicia y en

la forma que mejor le pareciese. Lo más importante de esta carta era la nueva versión que daba para explicar la presencia de la ya famosa muestra de caligrafía en la habitación de Ceferino. Al hermano Gorgias debía haberle parecido siempre demasiado tonta aquella complicada historia de la falsificación que sus superiores inventaron en su obstinado deseo de no admitir en modo alguno que la muestra hubiera salido de la escuela de los hermanos. Le parecía estúpido negar la procedencia de la muestra e infantil que le impidieran reconocer la autenticidad de su firma. Aunque todos los peritos del mundo se obstinasen en reconocer que era de puño y letra de Simón, aquella firma, para las personas de sentido común, seguía siendo de puño y letra del hermano Gorgias. Sin embargo, ante la imposición de sus superiores, que le amenazaban con dejarle abandonado a sus propias fuerzas si no aceptaba aquella versión, se resignó y desistió de la suya propia. Pero ahora volvía a ella, juzgando ridícula la otra, después de haber sido encontrada en la celda del padre Filibín la punta arrancada que tenía el sello. Era, en verdad, demasiado necio sostener, como lo hacía la congregación, que Simón se había procurado un sello o lo había mandado fabricar para hundir a los hermanos de la escuela rival. Al verse abandonado por los suyos, pues lo consideraban ya como muy comprometedor, el hermano Gorgias se libertaba de ellos, a su vez, y procuraba imponerse diciendo parte de la verdad. Su nueva explicación, que estaba en vías de apoderarse de los crédulos lectores de «Le Petit Beaumontais», era que la muestra procedía, en efecto, de la escuela de los hermanos y llevaba su rúbrica; pero lo sucedido había sido que Ceferino se la llevó a su casa, del mismo modo que Víctor Milhomme se llevó otra, a pesar de estar esto prohibido terminantemente, y que Simón la había encontrado encima de la mesa, en la alcoba de la víctima, la noche del repugnante crimen.

Quince días después publicó el periódico una carta del hermano Gorgias. Decía que se había refugiado en Italia, pero no daba señas claras. Ofrecíase para declarar cuando se viera nuevamente el proceso en la Audiencia de Rozan, siempre que le diesen la seguridad de que no se atentaría contra su libertad. Seguía llamando a Simón asqueroso judío, y aseguraba poseer la prueba abrumadora de su culpabilidad, dando a entender que sólo la presentaría ante el tribunal. Aparte de esto, hablaba de sus superiores y, sobre todo, del padre Crabot, en términos molestos y ofensivos, con la amarga desesperación del cómplice consentido primero y luego sacrificado y olvidado. ¡Qué imbécil era la historia del sello falsificado, inventada por ellos! ¡Qué mentira tan pobre, cuando la verdad podía decirse sin temor! Eran tontos y cobardes, sobre todo cobardes, puesto que acababan de llevar a cabo la mayor de las ruindades, abandonándole a él, fiel siervo de Dios, después de haberse desembarazado del heroico padre Filibín y del desdichado hermano Fulgencio. De este último hablaba con compasivo desprecio, dando a entender que era un pobre hombre, un desequilibrado, un vanidoso, de quien se habían librado enviándole lejos, con el pretexto de una enfermedad, después de haber dejado que se comprometiera profundamente. Al padre Filibín le ensalzaba, presentándole como amigo suyo y

como un héroe fiel cumplidor de sus deberes religiosos, entregado pasivamente en manos de sus superiores, utilizado por ellos en los momentos difíciles y sacrificado el día que tuvieron por conveniente cerrarle la boca. Pintábale como un mártir de la fe en el convento de los Apeninos, donde agonizaba el héroe; en suma, tal como le habían representado los más furiosos antisimonistas en una piadosa estampa en que aparecía con aureola y palma. De ahí tomaba pie para glorificarse a sí mismo con extraordinaria vehemencia, con un frenesí asombroso a fuerza de cinismo y embustes… Estaba soberbio, y de tal modo mezclaba la verdad y la mentira, la energía y la doblez, que parecía que un desalmado como él habría llegado a ser un grande hombre si el destino lo hubiese consentido. Era, como confesaban aún sus superiores, el religioso perfecto, de fe admirable, intransigente y batalladora que, dando a la Iglesia el imperio en el cielo y en la tierra, se consideraba como soldado de ella, al cual todo le está permitido para defenderla. Para él no existía más que Dios, sus superiores y su conciencia, y cuando había dado cuenta de sus actos a sus superiores y a Dios, a los demás no les reconocía derecho alguno para intervenir en sus asuntos. Y aun de sus superiores podía prescindir, pues los juzgaba indignos. Quedábase, pues, solo con Dios: Dios y él. Cuando se confesaba y Dios le absolvía, juzgábase único, puro, fuera de las leyes humanas, sin obligación de dar cuenta de sus actos a nadie. Y, en realidad, ¿no era ésa la verdadera doctrina católica, según la cual, los ministros de la Iglesia sólo dependen de la autoridad divina? Había sido precisa toda la mundana cobardía del padre Crabot para atemorizarse de la justicia humana y de la estúpida opinión de la gente.

Sin embargo, en esta segunda carta reconocía el hermano Gorgias que pecaba a veces. Dábase fuertes golpes de pecho, acusándose de no ser más que un lobo y un puerco, humillándose en el polvo, a los pies de su Dios. Y tranquilo, después de haber pagado su culpa, seguía sirviendo santamente a la Iglesia, hasta que el barro de su carne le volviese otra vez a hundir en otro pecado y necesitara nueva absolución. Pero él, como fiel católico, tenía el valor suficiente para confesar sus flaquezas y someterse a la penitencia, mientras que los altos dignatarios del clero, aquellos superiores de las órdenes religiosas, de quienes tan amargamente se quejaba, eran pusilánimes, cobardes, temblaban ante sus propias faltas, ocultándolas como redomados hipócritas y se las achacaban a otros por temor a las consecuencias y al juicio de los hombres. Al principio no había dejado entrever el hermano Gorgias en sus recriminaciones más que la cólera que le producía verse brutalmente abandonado después de haber servido de dócil instrumento. Haciendo suya también la causa del padre Filibín y la del hermano Fulgencio, se presentaba y les presentaba como víctimas de la más monstruosa ingratitud. Mas luego, a las recriminaciones se unieron vagas y veladas amenazas. Decía que si él siempre había expiado sus culpas, como buen cristiano, también otros debían expiarlas con alguna penitencia pública. ¿Por qué no pagaban su deuda? ¡Ya la pagarían algún día, si al cielo se le terminaba la paciencia o enviaba un vengador justiciero que les acusase de sus impunes

crímenes! Era evidente que aludía al padre Crabot, refiriéndose a aquella misteriosa historia acerca de la cual circulaban tan contradictorias versiones: la usurpación del inmenso caudal de la condesa de Quédeville y la magnífica posesión de Valmarie, donde se estableció más tarde el colegio de jesuitas. Se recordaban ciertos detalles: la condesa, una rubia, célebre durante mucho tiempo por sus ligerezas, se había vuelto extremadamente devota; el padre Filibín, que era entonces muy joven, entró en la casa como preceptor del nieto de la condesa, Gastón, un niño de nueve años escasos, el último de la familia, pues sus padres habían perecido recientemente en un incendio. Más tarde, el padre Crabot, aureolado por la cercana tragedia de su amor que le había convertido, penetró en el castillo, y poco a poco llegó a ser el confesor, el consejero, el amigo y hasta se decía que el amante de la condesa. Cuando ocurrió la desgracia, la horrorosa muerte de Gastón, que se había ahogado durante un paseo que daba en unión del padre Filibín, la condesa legó su magnífica posesión de Valmarie y toda su fortuna al padre Crabot, valiéndose de un heredero fideicomisario, que fue un obscuro banquero clerical de Beaumont, nombrado heredero universal con la condición de transformar el castillo y su parque en un colegio de segunda enseñanza dirigido por religiosos. También se recordaba que el compañero de juegos de Gastón era el hijo de un cazador furtivo, nombrado guarda más tarde por la condesa; este chico se llamaba Jorge Plumet, protegido más tarde por los jesuitas y convertido hoy en el hermano Gorgias. Por eso las duras y amenazadoras palabras de éste evocaban aquel pasado lejano en la memoria de las gentes, despertando la antigua sospecha de que existía algo terrible entre el humilde hijo del guarda y los poderosos frailes, omnipotentes señores de la comarca. Así se explicaba la continua protección que le habían dispensado, la audacia con que trataban de encubrirle y el hecho de que se unieran a él en tan peligrosa aventura. Indudablemente, habían querido salvar a la Iglesia en primer término, pero, además, habían hecho cuanto podían para librar al terrible hermano de la Doctrina Cristiana, y si últimamente le habían abandonado, fue porque se convencieron de la imposibilidad absoluta de seguir defendiéndole. Quizá el hermano Gorgias no se proponía otra cosa que amedrentarles, para sacar de ellos cuanto pudiera. Y la verdad era que les atemorizaba, pues les producían enorme consternación las cartas y artículos que aquel terrible charlatán escribía, ya que le creían muy capaz de darse golpes de pecho y de proclamar sus pecados y los ajenos. A pesar del aparente abandono en que le habían dejado, adivinábase que le rodeaba una protección solícita y oculta, que se delataba en los continuos envíos de dinero y las buenas palabras que debían de dirigirle, pues a veces el hermano Gorgias guardaba repentinos silencios, que le duraban semanas enteras.

Pero las confesiones y amenazas del hermano Gorgias producían enorme confusión en el bando clerical. Aquello se consideraba como la profanación del templo, los secretos del tabernáculo entregados a la maligna curiosidad de los incrédulos. Sin embargo, y a pesar de todo, muchos permanecían fieles al hermano y se enardecían al ver la intransigencia católica con que únicamente apelaba ante Dios,

sin conceder nada respecto a los supuestos derechos de la sociedad humana. Y aparte de esto, ¿por qué no había de admitirse su versión, mediante la cual la muestra de caligrafía, rubricada, en efecto, por él, había sido sacada por Ceferino de la escuela de los hermanos y Simón la había utilizado con fines diabólicos? Al fin y al cabo era una explicación menos irracional que la otra y disculpaba al padre Filibín que, al arrancar la punta donde se hallaba el sello, perdió la cabeza, cegado unos momentos, sin duda alguna por su amor a la Santa Madre Iglesia. Pero la mayoría, los partidarios del padre Crabot y la casi totalidad de los curas y frailes, se aferraban a la primera versión, corregida y aumentada, afirmando que Simón había falsificado la rúbrica de la muestra y la había sellado con un sello falso. Esto era una locura, y por ello mismo se entusiasmaban más y más los lectores de «Le Petit Beaumontais», cual si aquella nueva invención del sello falsificado les sedujese por la inverosimilitud que añadía a la explicación. Cada mañana repetía el periódico, con una serenidad imperturbable, que tenía las pruebas materiales de la fabricación del sello y que la condena de Simón por la Audiencia de Rozan no ofrecía duda alguna. Tal era la consigna, y toda la sociedad sensata afectaba creer en el triunfo cierto de la escuela de los hermanos, mientras los impíos enemigos del hermano Gorgias serían aniquilados. Gran falta le hacía este triunfo a la escuela de los hermanos, pues acababa de perder otros dos alumnos a consecuencia del descrédito que sobre ella caía a cada nuevo descubrimiento desfavorable. Para que nuevamente recobrase su antiguo esplendor y arruinase por segunda vez a la escuela laica, no existía más que un medio: el aniquilamiento definitivo de Simón y su vuelta a presidio. Al sucesor del hermano Fulgencio se le había recomendado que procurase pasar desapercibido y estuviera quieto hasta entonces. Pero el superior de los capuchinos, el padre Teodosio, seguía triunfando sobre las ruinas y explotaba hábilmente la situación, induciendo a los devotos a hacer pequeñas ofrendas periódicas a San Antonio de Padua, dos francos mensuales, por ejemplo, para rogarle que intercediera por que continuase en Maillebois la escuela de los hermanos.

El incidente más grave ocurrido entonces fue la actitud desconsolada e indignada que el abate Quandieu adoptó en pleno púlpito de su parroquia de San Martín. Durante mucho tiempo se le había considerado como simonista prudente, y se decía también que el obispo, monseñor Bergerot, le apoyaba, como el padre Crabot, a su vez, apoyaba a los capuchinos y a los hermanos de la Doctrina Cristiana. Era la lucha entre el clero secular y el regular, los dos ejércitos que sin cesar parecía que iban a venir a las manos, pues los curas no se resignaban a que los frailes se los comiesen apoderándose del culto y de los emolumentos. Y esta vez, como tantas otras, la razón estaba de parte del sacerdote, que representaba una concepción más justa y más humana de la religión de Cristo. Después se recordaba que, escuchando los consejos de monseñor Bergerot, que se veía vencido, arrollado por la ola de superstición y obligado a transigir con ella, bajo pena de perder la dirección de su diócesis, el abate Quandieu habíase visto obligado a someterse, asistiendo, con el alma destrozada, a

una ceremonia idólatra celebrada en la capilla de los capuchinos. Luego de esto se había retirado de la lucha, limitándose al ejercicio de su ministerio, a bautizar, confesar, casar y enterrar a sus feligreses, como un funcionario fiel cumplidor de sus deberes, que no dejaba traslucir, bajo la bondad con que ejercía su ministerio, las amarguras de su corazón ni las desilusiones de su espíritu. Pero, a consecuencia de los desastrosos acontecimientos (el padre Filibín, convicto de mentira y de falsificación; el hermano Fulgencio, comprometido y desterrado, y el hermano Gorgias, casi confeso, apelando a la fuga), el cura de Maillebois, ardiendo en indignación, volvió a su íntima y vieja convicción de la inocencia de Simón. Aun así habría guardado silencio, por espíritu de disciplina, si el cura de Jonville, el terrible abate Cognasse, no le hubiera aludido claramente en una de sus pláticas diciendo que al frente de una parroquia cercana estaba un sacerdote vendido a los judíos, traidor a Dios y a la patria. De pronto todo el fervor cristiano que había en el abate Quandieu se encendió y no pudo contener por más tiempo el profundo dolor que le producía ver a los que él llamaba mercaderes del templo traicionar y crucificar a Jesús por segunda vez, al Jesús de la verdad y de la justicia. Y al domingo siguiente habló en la plática de la funesta actitud de los hombres que por su complicidad con los autores de los más repugnantes crímenes acabarían asestando un golpe de muerte a la Iglesia. Puede imaginarse el escándalo, el gran trastorno que produjeron estas declaraciones en el bando clerical, tan intranquilo ya respecto al desenlace del proceso Simón. Y lo peor de todo era que, según se decía, monseñor Bergerot estaba de nuevo tras el abate Quandieu, decidido a no permitir esta vez que sectas fanáticas inspiradas en el odio comprometieran nuevamente a la religión.

Por fin, en medio de aquellas pasiones desencadenadas, comenzaron las sesiones de la nueva vista de la causa ante la Audiencia de Rozan. A Simón se le había podido llevar a Francia, todavía muy enfermo, mal curado de las agotadoras fiebres que habían retardado su regreso más de un año. Durante la travesía se temió que no se le podría desembarcar con vida. Luego, por temor a desórdenes, violencias e injurias, hubo que ocultar el lugar del desembarco y llevarle a Rozan por caminos extraviados y que nadie sospechaba. Y a la sazón se hallaba en una cárcel cercana al Palacio de Justicia, pues no tenía más que atravesar una calle para comparecer ante sus jueces, lo cual hacía estrechamente vigilado, custodiado y también defendido, ya que no en balde era el personaje importante y temible al que se hallaba unida la suerte de toda la nación.

Su esposa Raquel fue la primera que pudo verle, con la natural emoción, luego de tantos años horribles. No llevó a sus hijos, José y Sara, que se quedaron en casa de los Lehmann, en Maillebois.

¡Qué abrazo se dieron los esposos! Ella rompió a llorar al verle tan flaco y tan débil, con los cabellos blancos. Él se encontraba en una situación singular, pues ignoraba todo lo sucedido y sólo se había enterado de la próxima revisión de su proceso, mediante una breve comunicación, sin detalles de ninguna clase, del

Tribunal Supremo. Aquella revisión, acordada por fin, no le había sorprendido, pues vivía hacía muchos años en la seguridad de que se celebraría alguna vez, siempre firme, a pesar de sus atroces sufrimientos, y victorioso de todo, por la sola fuerza de su inocencia. Quería vivir y vivía para volver a sus hijos y legarles un nombre sin tacha. Pero ¡qué tétrica angustia espiritual había pasado dando vueltas sin cesar al espantoso enigma de su condena, sin poder encontrar la solución! Aún no sabía nada a ciencia cierta. Y fueron su hermano David y el abogado Delbos, al acudir a verle, quienes acabaron poniéndole al corriente de la monstruosa aventura, de la encarnizada guerra librada a consecuencia de su caso durante años enteros, entre los dos campos eternamente en pugna, pues los hombres autoritarios defendían el carcomido edificio del pasado y los hombres de pensamiento libre avanzaban hacia el porvenir. Solamente entonces comprendió lo ocurrido y consideró sus sufrimientos personales como un simple incidente, cuya única importancia era la de haber sido la causa de un admirable levantamiento justiciero, útil a toda la humanidad. Por lo demás, no gustaba de referirse a sus sufrimientos, pues había padecido menos por culpa de sus compañeros de presidio, los ladrones y los asesinos, que por culpa de sus guardianes, brutos y feroces, cobardes en la ejecución de sus caprichos y que experimentaban una sádica voluptuosidad en martirizar y en matar impunemente. De no ser por la fuerza de resistencia que debía a su corazón y a su temperamento de hombre fríamente lógico, hubiera dado veinte veces ocasión a que le mataran de un tiro de revólver. Y hablaba de todo esto con tranquilidad, mientras demostraba su ingenuo asombro al enterarse de las extraordinarias complicaciones del abominable Gragnon, de que era víctima.

Marcos, que había hecho que le citaran como testigo, consiguió un permiso y, varios días antes del proceso, fue a Rozan, donde encontró a David y a Delbos ya instalados allí y plenamente dispuestos para la batalla decisiva.

David, habitualmente tan sereno y animoso, le sorprendió con su nerviosidad y su rostro preocupado. También encontró preocupado a Delbos, a pesar de su alegre optimismo de costumbre. Realmente se trataba de un asunto muy importante, en el que arriesgaba su carrera de abogado y su creciente popularidad de candidato socialista en las próximas elecciones. Si ganaba la causa, acabaría venciendo a Lemarrois en Beaumont. Pero el caso era que de momento en momento se producían toda clase de síntomas inquietantes, de suerte que el mismo Marcos no tardó en asustarse con aquel desconocido ambiente de Rozan, adonde llegó con tantas esperanzas. Fuera de allí, incluso en Maillebois, la absolución de Simón se consideraba como segura, por las personas de buen sentido. Hasta los amigos del padre Crabot confesaban en la intimidad que la partida estaba muy comprometida. Y de París llegaban las mejores noticias, asegurando que los ministros estaban ciertos de un justo desenlace y que confiaban plenamente tranquilizados por las notas de sus agentes acerca del Tribunal y de los jurados. Pero en Rozan el ambiente era muy distinto, pues un olor de mentira y de traición flotaba por las calles y se arrastraba y

se insinuaba por el fondo de las almas. La ciudad, antigua capital de una provincia, decaída en su importancia de antaño, había conservado su fe monárquica y religiosa, así como el fanatismo por un pasado que ya desapareció. Por ello era terreno abonado para los religiosos, quienes se esforzaban en conseguir la decisiva victoria que necesitaban si querían conservar su derecho a la enseñanza, es decir, la fuerza que les hacía dueños del porvenir. La libertad de Simón equivalía al triunfo de la escuela laica y a que el librepensamiento se apoderara del niño, librándole del error, dotándole de la verdad y convirtiéndole en el ciudadano de la futura ciudad de solidaridad y de paz. Una nueva condena de Simón equivalía a la salvación de la escuela de los hermanos, que recobraría nuevamente su poder de obscura opresión, asegurando, mediante el niño, un siglo o dos más de ignorancia supersticiosa y de cobarde servidumbre bajo el aplastamiento social del antiguo andamiaje católico y monárquico. Nunca había notado Marcos mejor que entonces el interés de Roma en ganar aquella batalla. Nunca había adivinado de tal manera, tras las menores peripecias del interminable y monstruoso proceso, a aquella Roma papal empeñada en su ensueño de dominar el mundo que encontraba a cada paso en las calles de Rozan cuchicheando, maniobrando y conquistando.

Delbos y David le aconsejaron que fuera muy prudente. Ellos mismos iban guardados por agentes de policía por temor a alguna emboscada. Y al día siguiente de su llegada se dio cuenta de que en torno suyo había también sombras discretas. ¿No era, acaso, el sucesor de Simón, el maestro laico, el enemigo declarado de la Iglesia del que había que desembarazarse si se quería que la Iglesia triunfara?

Y aquel odio sordo con que se sentía perseguido, aquella amenaza de un artero golpe en la sombra, bastaban para demostrar la situación del combate y de dónde procedían los adversarios, hombres de ciega violencia que han quemado y matado a través de los siglos en su loco ensueño de detener la marcha de la humanidad. Entonces pudo darse cuenta del terror que pesaba sobre la ciudad, del triste aspecto de las casas con las persianas cerradas como en tiempo de epidemia. Rozan, que solía estar poco animado en verano, parecía haberse quedado más vacío que de costumbre; bajo el fuerte sol, los transeúntes apretaban el paso con la mirada inquieta, y los tenderos permanecían detrás de los cristales contemplando la calle como si temieran algún asesinato. Principalmente la elección de jurado había trastornado a aquella silenciosa población, y los nombres de los favorecidos se citaban con tristes movimientos de cabeza, considerando como un desastre tener a uno de ellos en la familia. Había allí muchas personas que iban a la Iglesia, pequeños rentistas, industriales y comerciantes, pues en aquella ciudad clerical la falta declarada de religión constituía una mancha vergonzosa muy perjudicial para los intereses. Y ya puede imaginarse la furiosa presión de las madres y de las esposas, guiadas por los curas, por los abates, por los innumerables frailes que poblaban las seis parroquias y los treinta conventos, cuyas campanas siempre estaban sonando. Todavía en Beaumont la Iglesia hubo de poner cierta discreción en sus maniobras, porque se

encontraba allí frente a una antigua burguesía volteriana y a barrios revolucionarios. Pero en Rozan, vieja ciudad dormida, que sólo contaba con tradiciones devotas, no había por qué adoptar precauciones. Las mujeres de los obreros iban a misa, y todas las burguesas formaban parte de asociaciones piadosas, con lo que se formó una santa cruzada, en la que ni una mujer negó su ayuda para derrotar a Satanás. Ocho días antes del proceso toda la ciudad se convirtió en un campo de batalla, donde no hubo ni una casa donde no se librara un combate en pro de la buena causa. Y los pobres jurados se encerraban y no se atrevían a salir, porque hasta en la calle les abordaban los desconocidos, atemorizándoles con las miradas y con palabras pronunciadas al pasar con la amenaza sobreentendida de perjudicarles en sus negocios o en su persona si no se mostraban como buenos católicos, volviendo a condenar al judío.

Pero todavía se inquietó Marcos más en vista de los informes que le dieron acerca del magistrado Guybaraud, que había de presidir el tribunal, y del fiscal Pacart, encargado de la acusación. El primero era un exalumno de los jesuitas de Valmarie, a quienes debía lo rápido de su carrera, y estaba casado con una jorobada muy rica y muy piadosa que le habían proporcionado ellos. El segundo, antiguo demagogo, algo comprometido en un asunto de juego, se había convertido en un frenético antisemita afecto a la Iglesia, de la que esperaba un cargo en París. Marcos temía, sobre todo, a este último, al ver que los antisimonistas afectaban recelos sobre su probable actitud, como si temieran un despertar de su pasado revolucionario. Mientras se hacían lenguas de la impecable conciencia y del gran espíritu de Guybaraud, hablaban de Pacart con reticencias y con equívocos, opinando que su antisemitismo era insuficiente y queriendo, sin duda, reservarle el papel heroico del hombre honrado fulminado por la verdad el día en que pidiese la cabeza de Simón. Iba, pues, por todo Rozan, repitiendo con aire desolado que Rozan no estaba con ellos. Y esto era precisamente lo que hacía desconfiar a Marcos, pues sabía de buena tinta la venalidad del personaje en cuestión, decidido a las peores combinaciones y firmemente dispuesto a restaurar su honor consiguiendo una elevada posición. Además, en Rozan, aquella encarnizada y ardiente lucha motivada por el segundo proceso de Simón parecía desenvolverse subterráneamente. Allí no hubiera podido encontrarse, como en Beaumont, con motivo del primer proceso, algo equivalente al salón de la bella señora de Lemarrois, donde se reunían el amable diputado Marcilly, el discreto prefecto Hennebise, el ambicioso general Jarousse, universitarios, funcionarios y magistrados que manejaban el asunto con frivolidad entre las sonrisas de las damas. Asimismo tampoco había un prelado liberal, como monseñor Bergerot, que tuviese en jaque a las congregaciones por el dolorido temor de ver a la Iglesia hundida y arrebatada por la ola creciente de las bajas supersticiones. Ahora la lucha, rabiosa y virulenta, se desenvolvía entre las horribles tinieblas, propicias a los grandes crímenes sociales. Y proseguía la labor asesina bajo la triste paz de la ciudad muerta, no mostrándose a la superficie más que un hervor turbio, significado por aquel terror que soplaba por las calles como a través de una ciudad pestífera. Y precisamente la

angustia de Marcos procedía de eso, de no ver el choque vibrante de simonistas y antisimonistas, de asistir a los criminales preparativos de una tenebrosa ejecución, en la que un Guybaraud y un Pacart le parecían los instrumentos necesarios y escogidos.

Todas las noches David y Delbos se reunían en casa de Marcos, en la gran habitación que éste había alquilado en el fondo de la calle solitaria. Allí les rodeaban fervorosos amigos procedentes de todas las clases sociales. En aquella pequeña falange sagrada, cada cual aportaba sus noticias, sus ideas, su valor. No querían desesperar y se separaban reanimados y dispuestos a nuevos combates. Sin embargo, ni Marcos ni los demás ignoraban que en una calle próxima, y en casa de un cunado del presidente Gragnon, se celebraban los conciliábulos del bando enemigo. Gragnon, citado como testigo por la defensa, se hospedaba allí, donde recibía a los antisimonistas militantes de la ciudad, un alud de hábitos y sotanas que, en cuanto cerraba la noche, acudían discretamente. Según se decía, el padre Crabot había dormido allí dos veces, y luego había vuelto a Valmarie, donde se entregaba a la penitencia con gran ostentación de humildad. Turbias figuras rondaban por aquel barrio desierto, en cuyas calles no había seguridad. Por ello, cuando David y Delbos salían por la noche de casa de Marcos, sus amigos les acompañaban en grupo hasta sus respectivos domicilios. Cierta noche sonó un tiro, sin que los agentes, siempre al acecho, pudieran detener a nadie. Pero la mejor de las armas clericales seguía siendo la venenosa calumnia, el asesinato moral perpetrado cobardemente entre sombras. Delbos fue la víctima elegida el mismo día en que iba a comenzar la vista del proceso. El número de «Le Petit Beaumontais» que llegó aquella mañana contenía una abominable delación, aumentada con mentiras, en que se exhumaba, diestramente desfigurada, una acusación contra el padre del abogado, por unos hechos ocurridos hacía medio siglo. El padre de Delbos había sido un modestísimo platero establecido cerca del palacio episcopal de Beaumont, y a quien acusaron de la desaparición de unos vasos sagrados, cuya compostura le habían encargado. La verdad era que el platero, robado por una mujer a quien no quiso denunciar, tuvo que abonar el importe de los objetos que le habían confiado, pero ni se le siguió proceso por ello ni el hecho se dio a la publicidad. Era preciso leer aquella inmunda hoja para comprender a qué grado de rebajamiento en el odio y la calumnia pueden llegar ciertos hombres. Aquella dolorosa aventura del padre, olvidada y enterrada ya, se sacaba a relucir a la faz pública para echársela en cara al hijo con una verdadera profusión de pormenores y detalles falsos, en un lenguaje mitad injurioso, mitad chabacano. Y, ciertamente, el violador de sepulcros, el difamador asesino, había recibido los documentos publicados de las mismas manos del padre Crabot, al que sin duda alguna se los había comunicado algún sacerdote deseoso de encumbrarse pronto. Con aquel inesperado golpe pensaban herir a Delbos en mitad del corazón, asesinarle moralmente, desacreditarle como abogado, anonadarle hasta el punto de que le fuera imposible defender a Simón, dejándole sin fuerzas y sin autoridad para hacerse oír.

El proceso dio comienzo en lunes, un caluroso día del mes de julio. La defensa había citado a numerosos testigos, además de Gragnon, a quien pensaba carear con Jacquin, el presidente del primer jurado. En la lista se encontraban Mignot, la señorita Rouzaire, el juez de instrucción Daix, Mauraisin, Salvan, Sebastián y Víctor Milhomme, Polidoro Souquet, los hijos de Bongard, Doloir y Savin. Había citado también al padre Filibín, al hermano Fulgencio, al hermano Gorgias, pero se sabía positivamente que estos tres últimos no se presentarían. Por su parte, el fiscal Pacart se había limitado a citar a los testigos de la acusación que habían declarado en el primer proceso. Las calles de Rozan, desde la víspera, se hallaban animadísimas por la multitud de testigos, periodistas y curiosos que habían acudido, y de los cuales traía cada tren nuevas remesas. Alrededor del Palacio de Justicia, sobre todo, empezó a congregarse la muchedumbre desde las seis de la mañana, con el deseo vehemente de ver a Simón. Pero habían sido movilizadas considerables fuerzas militares, con objeto de evacuar la calle, y Simón la atravesó entre dos filas de soldados tan espesas, que nadie pudo distinguir bien sus facciones. Eran las ocho de la mañana. Se había elegido esta temprana hora para huir del calor, con objeto de que las sesiones no resultasen tan pesadas y sofocantes.

El local era muy distinto al de la sala de la Audiencia de Beaumont, completamente nueva, con dorados relucientes, que brillaban a la intensa luz que entraba a raudales por las grandes ventanas. La Audiencia de Rozan, instalada en un antiguo castillo feudal, ocupaba una pequeña sala, larga y baja de techo, con artesonado de viejo roble e iluminada apenas por ventanas que parecían profundas por el espesor de los muros. Podía decirse muy bien que era una de las negras capillas donde la Inquisición pronunciaba sus sentencias. Las pocas señoras que habían podido ser admitidas iban tocadas con vestidos sombríos. La casi totalidad de los bancos se encontraba ocupada por los testigos, y el escaso espacio reservado al público había sido reducido más todavía, permaneciendo éste de pie. El auditorio, que desde las siete se amontonaba en aquel local triste y severo, guardaba relativo silencio, agitado por un sordo estremecimiento, reflejado en las ardientes miradas y en los ademanes contenidos. Las pasiones parecían hallarse enterradas. Semejaba aquello una ejecución subterránea, un aniquilamiento consumado lejos de la luz del día, con el menor ruido posible.

Y Marcos, desde que se sentó en su banco, al lado de David y entre los demás testigos, experimentó una sensación de ahogo, como si temiera que el techo se le viniera encima. Había visto dirigirse todas las miradas hacia ellos; sobre todo David producía una gran curiosidad. Después, hondamente conmovido, vio entrar a Delbos que, pálido y resuelto, avanzaba entre las maliciosas miradas de la mayoría de los asistentes, que le escudriñaban para ver si le había hecho sangre el artículo publicado por la mañana. Pero el abogado, como si se hubiera puesto una armadura de desprecio y valor, permaneció en pie durante mucho tiempo, mostrando su faz sonriente. Marcos se fijó entonces en el jurado, examinando a cada uno de sus

componentes a medida que iban penetrando en la sala, procurando enterarse a qué clase de hombres se había confiado la misión reparadora. Eran insignificantes figuras de pequeños comerciantes, industriales, burgueses, un farmacéutico, un veterinario, dos capitanes retirados. Y sobre todos aquellos rostros aparecía la misma expresión de inquieta tristeza, el deseo de no dejar traslucir la turbación que sentían en su interior. Llevaban sobre sus hombros las enojosas molestias que habían padecido desde que se hizo pública su designación. Muchos tenían descoloridos semblantes de chupacirios, de sacristanes afeitados e hipócritas, acostumbrados a las gazmoñerías del culto, mientras otros, muy gordos, congestionados, parecían haber duplicado su matinal ración de aguardiente para hacer de tripas corazón. Se adivinaba detrás de ellos a la vieja ciudad clerical y militarista, con sus conventos y sus cuarteles, y se sentía un helado estremecimiento al pensar que aquella obra de reparadora justicia se había encargado a aquellos hombres, a quienes el miedo había deformado la inteligencia y la conciencia.

De repente circuló por la sala un confuso rumor, y Marcos experimentó una de las emociones más intensas de su vida. No había visto aún a Simón, y le distinguió de pronto detrás de Delbos, de pie en el banquillo de los acusados. Fue para él una terrible aparición la de aquel pobre hombre flaco y encorvado, con la cara marchita y la cabeza calva, en la que sólo se veían escasos cabellos blancos. ¡Cómo! ¿Aquel agonizante, aquella ruina era su antiguo compañero, a quien había conocido tan ágil y tan inteligente? Aunque Simón no había tenido nunca buena figura, aunque su voz fue siempre débil y sus ademanes lentos, poseía al menos un ardiente y juvenil entusiasmo. Y el presidio le devolvía convertido en un guiñapo humano, en un pobre ser extenuado, en quien solamente tenían vida los ojos, llenos de fuego, en los cuales parecían concentrarse la voluntad y el invencible valor, que era lo único que había conservado. Sólo por los ojos se le reconocía, y sólo en ellos se encontraba la explicación de su larga resistencia, de su victoria final, debida a aquel mundo de ideas puras y de ilusiones en que siempre había vivido. Todas las miradas del auditorio se hallaban fijas en él, sin que lo notase, gracias a su extraordinaria fuerza de abstracción, que le hacía mirar al numeroso gentío con aire ausente. Después tuvo una sonrisa de infinita ternura al distinguir a su hermano David y a Marcos, que se hallaba al lado de éste y que sintió todo su cuerpo estremecido por un convulso temblor.

Eran las ocho y cuarto cuando el ujier anunció a los magistrados, y el tribunal quedó constituido. La concurrencia se puso de pie y luego sentóse. Marcos, que recordaba la actitud violenta del público de Beaumont, murmurando, chillando, se asombraba de la pesada calma de éste, bajo la cual adivinaba las mismas pasiones, el mismo afán del asesinato, como emboscado en el fondo de las tinieblas. A la vista de la víctima no había tenido el público más que un murmullo ahogado, y ahora, mientras el tribunal se instalaba, había tornado a su sombría espera. Al mismo tiempo comparaba Marcos al antiguo presidente Gragnon, grosero y jovial, con el presidente

Guybaraud, de perfecta cortesía, de suaves gestos y palabras insinuantes. Era un hombrecillo que exhalaba un vago olor a sacristía, sonriente y dulce, pero cuyos ojos grises tenían la frialdad y la dureza del acero. No llamaba menos la atención la antítesis entre el antiguo fiscal, el brillante Raúl de la Bissonnière, y Pacart, el fiscal actual, muy largo, muy flaco, con el rostro cetrino, como consumido por el ardiente deseo de borrar su turbio pasado haciendo rápida carrera. A derecha e izquierda del presidente se sentaron los dos magistrados, vulgares figuras que tenían el aire indiferente de las personas que no sirven para nada y cuya responsabilidad es nula. Y, de pronto, el fiscal colocó ante sí un voluminoso legajo de papeles, que empezó a hojear con mano firme y metódica.

Después de cumplidas las primeras formalidades, cuando quedó constituido el jurado y volvió a reaparecer el tribunal, un secretario fue llamando a los testigos, que se retiraron uno a uno. Marcos tuvo que salir con los demás. Después el presidente Guybaraud procedió, sin apresurarse, al interrogatorio de Simón. Formulaba las preguntas con voz inexpresiva, en que se notaba como la frialdad de una hoja de acero manejada con precisión y destreza mortíferas. Aquel interminable interrogatorio, que se fijaba en los más nimios detalles del antiguo procedo y volvía insistentemente sobre la acusación destruida por las diligencias del Tribunal de Casación, fue una sorpresa. Se esperaba que el presidente aclararía el terreno, haciendo un sencillo examen de las preguntas formuladas por la jurisdicción suprema, pero fue evidente enseguida que el tribunal de Rozan prescindía de los hechos comprobados por el Tribunal Supremo, y que el presidente usaba de sus facultades discrecionales para examinar el hecho procesal desde su origen. Bien pronto pudo comprenderse, por las preguntas hechas, que no se había abandonado ninguno de los puntos en los que se basaba la primera acusación, según la cual, Simón, que había vuelto de Beaumont en el tren y se encontraba en Maillebois a las once menos veinte, entró a dar un abrazo a Ceferino, que estaba acostándose, y en un rapto de locura monstruosa le violó y le estranguló. Y en este punto aparecía la nueva versión, consecuencia obligada del hallazgo en la celda del padre Filibín de la punta de la muestra caligráfica que llevaba el sello de la escuela de los hermanos. Se acusaba, al presente, a Simón, de haberse apoderado de la muestra y haber mandado hacer un sello falso, con el que la selló, y, por último, de haber falsificado las iniciales y la rúbrica del hermano Gorgias. Se admitía, pues, aquella pueril historia, cuya estupidez había comprendido el mismo hermano Gorgias, y que le llevó a confesar la autenticidad de la muestra y de la firma y rúbrica. No se abandonaba ni un ápice de la primera acusación, antes bien, se la reforzaba con una tosca invención y sin otro fundamento que el informe de los famosos peritos señores Badoche y Trabut, quienes, a pesar de la confesión del hermano Gorgias, se obstinaban en sostener sus primeras conclusiones. Y para que no pudiera dudarse acerca de su actitud, el fiscal Pacart intervino en el interrogatorio, obligando al reo a precisar sus negativas referentes a la fabricación del sello falso.

Durante este largo interrogatorio, la actitud de Simón fue juzgada lamentablemente. Se creía, y muchos de sus amigos participaban de esta ilusión, que se presentaría como un vengador justiciero, armado del rayo, que surgía del sepulcro en que le habían hundido inicuas manos. Y como contestó con voz tímida, tiritando aún por efecto de las calenturas, sin ningún arrebato, como se esperaba, produjo una gran decepción, y sus enemigos empezaron a correr la especie de que con su aspecto y modo de portarse confesaba ser el autor del crimen, cuya ignominia parecía verse reflejada en su desagradable rostro. No se indignó más que un instante, cuando el presidente preguntó a propósito del sello falso, de que entonces oía hablar por primera vez. No se aducía prueba alguna, y todo se reducía a referir que un obrero desconocido había confiado a una mujer, que acababa de hacer, en secreto, un trabajo muy singular para el maestro de Maillebois. Ante la brusca y violenta protesta de Simón, no insistió más el presidente, tanto más cuanto vio a Delbos decidido a provocar un incidente. Y el fiscal añadió sencillamente que si bien era cierto que no se podía encontrar a aquel obrero desconocido, él se reservaba dar al indicio en su informe toda la gravedad que por su verosimilitud tenía. Por la noche, cuando David refirió a Marcos lo ocurrido en la primera sesión, Marcos adivinó una nueva maniobra de abominable iniquidad, sintiendo una gran opresión en el corazón ante la seguridad del insuperable crimen que estaban preparando. No se asombraba de la actitud serena y modosa de Simón, que, confiado en la fuerza de su inocencia, era incapaz de exteriorizar sus emociones. Pero se daba perfectamente cuenta del mal efecto producido y, sobre todo, sentía la frialdad excesiva del presidente, así como la importancia que daba a las preguntas más inútiles, todo lo cual le producía una impresión desastrosa y la casi seguridad de una nueva condena. David, a quien se creyó en el caso de no ocultar su inquietud, hizo esfuerzos para contener dos grandes lágrimas, porque también él había salido del Palacio de Justicia desesperado e invadido por un horrible presentimiento.

Sin embargo, las siguientes sesiones, enteramente dedicadas al interrogatorio de los testigos, les devolvieron algún ánimo y alguna esperanza, arrojándoles en plena lucha. Primero se oyó a los antiguos testigos de la acusación, con lo cual se repitió el desfile de los ferroviarios y de los empleados de consumos, que se contradecían en lo tocante a dilucidar si Simón había regresado a Maillebois a pie o en el tren de las diez y media. Marcos, queriendo estar cuanto antes en el salón, rogó a Delbos que le llamara enseguida y declaró acerca del descubrimiento del cuerpecito de Ceferino. Luego volvió a sentarse cerca de David, que se había quedado en un rincón del estrecho espacio reservado a los testigos. Así pudo presenciar el primer incidente provocado por el abogado, muy valiente y muy dueño de sí, a pesar de la tremenda repugnancia que inundaba su corazón. Delbos se había levantado para pedir la comparecencia del padre Filibín y de los hermanos Fulgencio y Gorgias, citados en forma. Entonces el presidente comenzó a dar breves explicaciones, diciendo que las citaciones no habían podido llegar ni al padre Filibín ni al hermano Gorgias, que

seguramente se hallaban fuera de Francia y cuyo domicilio se ignoraba y que, en cuanto al hermano Fulgencio, se hallaba gravemente enfermo, según certificado médico que había remitido. Delbos insistió respecto al último, y acabó obteniendo la promesa de que le visitaría un médico forense. Luego no quiso conformarse con una carta del padre Crabot, a quien también se había citado, y en la cual el jesuita alegaba sus trabajos y sus deberes confesionales, declarando, además, que no sabía nada del asunto. Y también el abogado defensor consiguió, no obstante una áspera intervención del fiscal, que se prometiera insistir cerca del rector de Valmarie. Pero aquel primer choque había encendido los ánimos, con lo que el presidente y el defensor no dejaron ya de estar en pugna. Y aquel día la sesión terminó con la profunda emoción producida por la inesperada declaración de Mignot, el maestro auxiliar. La señorita Rouzaire, siempre dura y categórica, acababa de ratificar su seguridad respecto a que, alrededor de las once menos veinte, había oído pasos y la voz de Simón, que regresaba, hablando con Ceferinito. Tras aquel testimonio, que tanto había pesado en la primera condena, compareció Mignot, quien se retractó de su primera declaración con acento de emoción y de franqueza, diciendo que no había oído nada, que ahora estaba convencido de la inocencia de Simón, y que por creerlo así tenía las más poderosas razones, que expuso. Llamada de nuevo la señorita Rouzaire, sostuvo con él un dramático careo, en el que ella acabó llevando las de perder, pues se armó un lío en sus cálculos de horas y no supo qué contestar respecto a la imposibilidad de oír desde su casa lo que hubiera pasado en la habitación de Ceferinito. Marcos tuvo que volver a apoyar los argumentos de Mignot, y en la barra se encontró un momento con Mauraisin, el inspector de primera enseñanza, quien, habiendo sido preguntado para que opinase sobre el acusado y los testigos, creyó salir del paso haciendo un exagerado elogio de los méritos de la señorita Rouzaire, sin pronunciarse demasiado contra Mignot, contra Marcos ni contra el mismo Simón, ya que ignoraba el cariz que podía tomar finalmente el asunto.

Las dos sesiones siguientes todavía fueron mejores para la defensa. Ni siquiera se planteó, porque el presidente no se atrevió a ello, la cuestión de celebrar la vista a puerta cerrada, que tanto había apasionado al público al verse el primer proceso. Por lo tanto, fueron interrogados públicamente los antiguos discípulos de Simón, niños entonces, y ahora jóvenes, casi todos casados. Fernando Bongard, Augusto y Carlos Doloir, Aquiles y Felipe Savin comparecieron, sucesivamente, a manifestar lo poco de que se acordaban, y que más bien era favorable al acusado. Y así se derrumbaba la infame leyenda creada a favor de la puerta cerrada y a base de inmundos detalles que se suponía habían dado aquellos niños y que podían manchar los oídos de un auditorio donde había mujeres. Pero las declaraciones que produjeron sensación aquel día fueron las de Sebastián y Víctor Milhomme. Sebastián, que ya tenía veintidós años, explicó con voz emocionada su mentira, infantil, las alarmas de su madre y el falso testimonio que ambos habían expiado luego de haberlo padecido largo tiempo como un tormento. Restableció los hechos, refiriéndose al modelo de caligrafía visto

por él en manos de su primo Víctor: modelo desaparecido, vuelto a encontrar y entregado, por fin, cuando la madre, a la cabecera del hijo que se moría, se creyó castigada por su mala acción. En cuanto a Víctor, para ser grato a su madre, que deseaba no comprometer más la papelería, afectó un total olvido y se mostró como un muchachote de inteligencia algo limitada que no recordaba nada de lo sucedido. Seguramente se habría llevado el modelo de la escuela de los hermanos, ya que lo habían encontrado en uno de sus cuadernos, pero no sabía nada más ni podía añadir otra cosa. Finalmente, compareció otro de los antiguos alumnos de los hermanos, Polidoro Souquet, el sobrino de Pelagia, la vieja criada de la señora de Duparque, quien sufrió una serie de apremiantes preguntas de Delbos acerca de la forma en que el hermano Gorgias le había acompañado a su casa la noche del crimen, los incidentes del camino, las palabras que se cruzaron y la hora en que ocurrió aquello. Fue Marcos quien aconsejó al abogado que citara a dicho testigo, pues tenía la convicción de que aquel muchacho cazurro de antaño, que a la sazón era un desagradable haragán, sirviente en un convento de Beaumont, sabía, seguramente, parte de la verdad. De todos modos, Delbos sólo consiguió a duras penas respuestas evasivas y miradas entre maliciosas y estúpidas. ¿Quién podía acordarse, al cabo de tantos años? La excusa era demasiado cómoda, y el fiscal dio muestras de impaciencia, no exenta de inquietud, mientras el público, aun no comprendiendo la insistencia del abogado al insistir cerca de aquel testigo insignificante, notaba en el ambiente el estremecimiento de la verdad que pasaba, aunque todavía incierta y huidiza.

En la sesión siguiente hubo nuevas emociones. Comenzó con las interminables discusiones de los dos peritos, los señores Badoche y Trabut, quienes se obstinaban, contra el mismo hermano Gorgias, en no reconocer las dos iniciales F. y G. colocadas sobre su rúbrica, pues sólo veían la rúbrica de Simón y una E. y una S. enlazadas, aunque, a decir verdad, ilegibles. Durante más de tres horas acumularon los argumentos y prodigaron las demostraciones, machacando en el hierro frío de su locura. Y lo prodigioso era que el presidente les dejaba hablar y les escuchaba con visible complacencia, mientras el fiscal, simulando que tomaba notas, les hacía precisar ciertos detalles, como si la acusación dependiera de aquello. Ante lo que sucedía, hubo en la sala personas razonables que comenzaron a vacilar. ¿Por qué no iba a ser cierto lo que aseguraban aquellos peritos, si en cuanto a clase de letra nunca sabía uno a qué atenerse? Pero, al final de la sesión, un incidente que no llegó a durar diez minutos trastornó los espíritus. Presentóse ante el tribunal el antiguo juez de instrucción Daix, completamente vestido de negro, a quien había citado la defensa. Apenas tenía cincuenta y seis años y aparentaba setenta. Flaco, encorvado, con el pelo completamente blanco y el rostro tan demacrado que parecía reducido al delgado filo de la nariz. Acababa de perder a su terrible esposa. Y corría en lenguas el tormento en que le había hecho vivir aquella mujer ambiciosa, fea y coqueta, al ver que nada les sacaba del mediocre destino de su hogar, ni aun aquella condena del

judío Simón propugnada por ella y de la que tanto había esperado. Y Daix, tímido, inquieto, meticuloso profesionalmente y hombre honrado en el fondo, iba a descargar su conciencia ahora que no vivía su mujer, atormentado por los actos cometidos a causa de su debilidad y con el propósito de conseguir la paz interior. No habló directamente de aquello, ni siquiera reconoció que en el estado en que se hallaba la causa entre sus manos cuando terminó el sumario abierto por él, se imponía el sobreseimiento. Pero, cuando le interrogó Delbos y le preguntó su opinión actual, declaró rotundamente que la información practicada por el Tribunal Supremo anulaba por completo la labor realizada, así como la primera acusación, por lo cual ahora tenía como inocente a Simón. Seguidamente, se retiró entre el mudo asombro del auditorio. La aparición de aquel hombre enlutado, la confesión que hizo con voz lenta y triste, conmovieron todos los corazones.

Y aquella noche, en la aislada habitación de Marcos, donde se reunían los amigos luego de cada sesión para ponerse de acuerdo, Delbos y David expresaron una viva satisfacción y una casi seguridad en el triunfo final, pues la declaración de Daix parecía haber impresionado al jurado. Sin embargo, Marcos seguía preocupado. Refirió los rumores que corrían acerca de las ocultas maniobras del antiguo presidente Gragnon que, desde su llegada a Rozan, llevaba muy activamente una encubierta campaña. No ignoraba Marcos que mientras ellos se reunían allí, también en la casa de Gragnon, que estaba cerca, se celebraban todas las noches conciliábulos en el mayor misterio, durante los cuales seguramente se decidía la conducta para el día siguiente, inventando las respuestas, disponiendo los incidentes y, sobre todo, preparando las declaraciones según los resultados de cada sesión. Si la sesión del día era considerada como desastrosa para la acusación, podía tenerse la seguridad de que en los comienzos de la sesión siguiente se produciría alguna sorpresa que abrumase al acusado. Habíase visto al padre Crabot entrando furtivamente en casa de Gragnon. Algunas personas afirmaban haber reconocido al joven Polidoro que salía de allí. Otros aseguraban que a altas horas se habían encontrado en aquella calle con una señora y un caballero que se parecían extraordinariamente a la señorita Rouzaire y Mauraisin. Pero lo peor eran ciertas maniobras y misteriosos trabajos realizados en torno a los jurados notoriamente clericales, maniobras y trabajos de que habían hablado a Marcos, sin poder informarle completamente. Gragnon no cometía la torpeza de llamarles a su casa, ni siquiera de dirigirse a ellos personalmente, sino que hacía que les visitaran y les mostraran, según decía, la prueba irrefutable de la culpabilidad de Simón, un documento terrible que, por razones graves, no se atrevían a hacer público, pero que, sin embargo, acabaría mostrándolo si la defensa le obligaba a ello. Marcos, preocupado por la nueva infamia que recelaba, anunció que al día siguiente, a causa del terrible golpe asestado por Daix a la acusación, se produciría alguna reacción ofensiva y, probablemente, el rayo que Gragnon decía tener en el bolsillo.

La sesión del día siguiente fue, en efecto, una de las más graves y apasionantes. También Jacquin, el presidente del primer jurado, acudió a descargar su conciencia. Refiriendo con gran sencillez que el presidente Gragnon, llamado por los miembros del jurado, que deseaban ser informados acerca de la aplicación de la pena, entró con aire emocionado y una carta en la mano, que mostró a todos, carta que iba firmada por Simón y cuya postdata llevaba una rúbrica de absoluto aparecido con la de la muestra caligráfica. A partir de entonces, varios jurados que vacilaban se mostraron convencidos de la culpabilidad del acusado. En cuanto a él, Jacquin, fue de los que ya no dudaron, y se felicitó de aquella seguridad, que llevaba la paz a su conciencia. Entonces ignoraba la ilegalidad de semejante comunicación. Sólo más tarde le había atormentado lo ocurrido hasta el día en que, habiéndose demostrado la falsedad de la postdata y de la rúbrica, se decidió a reparar su falta, aunque era involuntaria, portándose como buen cristiano. Un postrer detalle que dio con su voz apacible, hizo correr un escalofrío entre el auditorio, pues manifestó que el mismo Jesús fue quien le había dicho que hablara una tarde en que, martirizado por los remordimientos, entró a arrodillarse en una obscura capilla de San Magencio. En el desfile de testigos le siguió Gragnon, quien comenzó queriendo tratar las cosas con su antiguo desenfado brutal de presidente autoritario. Todavía grueso, aunque pálido por el miedo y ocultando sus prolongadas angustias bajo su desvergüenza de vividor, aseguraba que no recordaba bien los detalles secundarios. Desde luego, creía haber entrado en la sala de deliberaciones del jurado, llevando en la mano la carta que acababa de recibir. Estaba muy emocionado y había enseñado dicha carta, llevado de su misma emoción, pero sin darse perfecta cuenta de su acto y con el solo deseo de que brillara la verdad. Nunca había lamentado aquella comunicación, pues estaba perfectamente convencido de la autenticidad de la postdata y de la rúbrica. Según él, faltaba demostrar que fueran falsas. Luego acusó formalmente a Jacquin de haber leído la carta en voz alta a los jurados, comentándola, además, por lo que volvieron a llamar al arquitecto y se entabló entre ambos una vivísima discusión. Gragnon acabó por sorprender a Jacquin en falta, bien por error o por olvido, en lo referente a aquella lectura en voz alta. De esta manera quedó triunfante, mientras el auditorio abucheaba al hombre honrado por suponer que estaba vendido a los judíos. Inútilmente intervino Delbos varias veces, esforzándose para impacientarle, desenmascararle y acosarle con objeto de que enseñara el famoso documento, considerado como la bomba final. Pero el antiguo presidente, muy dueño de sí mismo y satisfecho de haber escapado al peligro inmediato lanzando la duda sobre la veracidad de su adversario, volvió de nuevo a sus respuestas evasivas. Sin embargo, llamó la atención que uno de los jurados pidiera que se le dirigiese una pregunta que nadie del público comprendió: «¿Había tenido conocimiento de otra maniobra de Simón para dar al modelo caligráfico toda la autenticidad apetecida?». Pero el declarante respondió enigmáticamente que se atenía a sus declaraciones anteriores, sin querer entrar en un nuevo orden de hechos por ciertos que pudieran ser. En resumen: aquella sesión, que se anunciaba como

decisiva contra la acusación, fue buena para ésta. Y por la noche, en casa de Marcos, volvieron a desesperar.

El interrogatorio de los testigos ocupó todavía varias sesiones. El médico encargado de visitar al hermano Fulgencio para examinar su estado de salud volvió con un informe en que manifestaba la gravedad del testigo, por lo cual éste no podía desplazarse. Asimismo, el padre Crabot consiguió evitar la molestia de una comparecencia, alegando un repentino accidente: la torcedura de un pie. Inútilmente pidió Delbos que se librara exhorto para tomarle declaración, pues el presidente Guybaraud, tan flemático al principio, le atajaba ahora todo con evidentes ganas de acabar. Al mismo Simón le trataba con dureza, como a un culpable ya condenado. Diríase que le indignaba la actitud de aquel acusado, de una calma tan especial, que escuchaba a los testigos con la estupefacta curiosidad de un hombre a quien narraran un caso extraordinario de otro hombre. Sólo en dos o tres ocasiones estuvo a punto de arrebatarse contra testimonios demasiado embusteros; pero lo más frecuente era que se limitase a sonreír y a encogerse de hombros. Finalmente, hizo uso de la palabra el fiscal, Pacart. Alto, flaco, de grandes gestos descompuestos, afectaba una elocuencia sin adornos, de una matemática precisión. Su tarea no era fácil ante un fallo tan claro por parte del Tribunal Supremo, pero su táctica resultó muy sencilla, pues prescindió en absoluto de aquello y no hizo ni la menor alusión a la prolongada información que había dado como resultado la nueva vista del proceso ante aquella Audiencia. Tranquilamente repitió la primitiva acusación, apoyándose en el informe de los dos peritos, y sostuvo la culpabilidad de Simón, aceptando la nueva versión, agravada, relativa a la muestra caligráfica, que antes sólo tenía la falsificación de una rúbrica y ahora también la de un sello. Hasta se permitió, respecto al sello, frases singulares y afirmaciones absolutas, como si hubiera tenido pruebas concluyentes de su empleo y no pudiera darlas. En cuanto al hermano Gorgias, no era para él más que un desgraciado, quizá un enfermo, seguramente un hombre menesteroso y exaltado, vendido ahora a los judíos y separado de la Iglesia, donde siempre había sido un elemento perjudicial y comprometedor. Terminó pidiendo a los jurados que acabasen ya con aquel asunto, tan pernicioso para la paz moral del país, diciendo de una vez dónde estaba el culpable, si entre los anarquistas, aquellos universalistas empeñados en la destrucción de la idea de Dios y de patria, o entre los hombres de fe, de respeto y de tradición, que durante siglos habían peleado por la grandeza de Francia.

Luego habló Delbos durante dos sesiones. Duro y nervioso, con apasionada elocuencia, pasó revista a todo el asunto, con objeto de destruir, mediante los argumentos facilitados por la información del Tribunal Supremo, los hechos alegados en la primitiva acusación. Ni uno de éstos quedó en pie, pues estaba demostrado que Simón volvió a Maillebois andando, que llegó alrededor de las doce menos veinte, cuando ya hacía una hora que se había cometido el crimen, y, sobre todo, que era auténtico el modelo de escritura sellado en la escuela de los hermanos y rubricado por el hermano Gorgias, cuya confesión ni siquiera era necesaria, ya que otros

dictámenes periciales, nuevos y concluyentes, habían anulado el estupendo informe de los señores Badoche y Trabut. Al llegar aquí examinó la nueva versión, fijándose principalmente en la supuesta fabricación del sello. Aunque no había podido darse ninguna prueba, no por ello dejó de insistir, pues adivinaba alguna tremenda infamia bajo la turbia maniobra, las afirmaciones y las reticencias. Habíase dicho que una mujer se había enterado por un obrero enfermo de lo referente al sello fabricado para el maestro de Maillebois. Pero ¿dónde estaba y qué hacía aquella mujer? Y como nadie podía o quería contestar, el defensor se consideraba con derecho a reputar todo aquello como una de tantas patrañas lanzadas por «Le Petit Beaumontais». No obstante, si bien había podido reconstituir por entero el crimen, mostrando cómo el hermano Gorgias, luego de acompañar a Polidoro, pasó ante la ventana abierta de Ceferinito, se acercó, habló y saltando a la habitación en un acceso de lúbrica y criminal demencia al ver al pobre desgraciadito en camisa, tan sonrosado y sonriente, con su cabecita de ángel rubio, confesaba que había una laguna en la reconstrucción de aquellas horribles escenas. ¿De dónde sacó el hermano Gorgias la muestra de escritura? Porque tenía razón éste cuando preguntaba burlonamente si es costumbre pasear por la noche llevando modelos de caligrafía en el bolsillo. Lo que desde luego llevaría en el bolsillo sería el número de «Le Petit Beaumontais», empleado para amordazar a su víctima. En cuanto a la muestra, también debía de llevarla, pero ¿a santo de qué? La verdad era que Delbos sospechaba de dónde la había sacado, y que si interrogó tanto a Polidoro era con el solo propósito de hacérselo decir, aunque no pudo obtener nada de su hipócrita estupidez. Por lo demás, ¿qué importaba que permaneciese obscuro aquel detalle? ¿Acaso, de todos modos, no se manifestaba con cegadora evidencia la culpabilidad del hermano Gorgias? Su coartada apoyábase únicamente en un conjunto de falsos testimonios. Todo demostraba su culpabilidad: su huida, sus confesiones a medias, los esfuerzos criminales que habían hecho para salvarle y la dispersión de sus cómplices, pues el padre Filibín se había sumido en el fondo de un convento de Italia, el hermano Fulgencio se había ocultado aprovechando una oportuna indisposición, y el mismo padre Crabot había sido favorecido por el cielo con una feliz torcedura de pie. ¿Para qué, sino para salvarle, cometió el presidente Gragnon el traslado ilegal de un documento falso, según se había demostrado por la declaración del arquitecto Jacquin? Sólo este delito, unido a los demás, hubiera debido bastar para abrir los ojos a los más reacios. Y Delbos terminó pintando los espantosos sufrimientos de Simón en presidio durante los quince años que había pasado allí, soportando las peores torturas físicas y morales mientras lanzaba su eterno grito de inocencia. También dijo que hacía suyo el deseo de terminar de una vez, manifestado por el fiscal; pero de terminar como correspondía al honor de Francia, es decir, haciendo justicia, porque si se castigaba otra vez al inocente, ello constituiría para Francia una vergüenza incalificable y provocaría un porvenir de incalculables males.

No hubo rectificaciones. Los debates se dieron por terminados y se declaró conclusa la vista, pasando los jurados seguidamente a la sala de deliberaciones. Eran las once de la mañana de un calurosísimo día del mes de julio; los abrasadores rayos del sol caldeaban terriblemente el local, pasando a través de las cortinas. La espera fue, a lo sumo, de una hora; y el auditorio, mudo y ansioso, no recordaba en nada al antiguo auditorio de Beaumont, tan apasionado y tan violento. Un aire inmóvil, pesado como el plomo, parecía caer desde el techo de la sala. Apenas se hablaba, y sólo se cruzaban miradas disimuladas entre simonistas y antisimonistas. Semejaba la sala una cámara mortuoria en la que se decidiera la vida o la muerte, toda la angustia del porvenir de un pueblo. Por fin, reaparecieron los jurados y entró el tribunal en medio de un silencio imponente. Entonces se levantó el presidente del jurado, un hombrecito canoso y flaco, de oficio platero, cuya clientela la constituían casi exclusivamente los numerosos clérigos de la ciudad. Su voz desapacible y seca se oía claramente. La contestación respecto a la culpabilidad del acusado era que sí por mayoría, y, por unanimidad, el jurado reconocía circunstancias atenuantes. Antiguamente, en Maillebois, la culpabilidad se había reconocido por unanimidad, al paso que una mayoría muy débil había admitido circunstancias atenuantes. Entonces, precipitadamente, una vez cumplidas los trámites legales, el presidente Guybaraud pronunció el fallo definitivo: se condenaba al acusado a diez años de reclusión. Y se fue, seguido por el fiscal Pacart, después de saludar al jurado como dándole las gracias.

En la sala, Marcos había mirado a Simón, y no sorprendió en su rostro inmóvil más que una débil sonrisa y una especie de contracción imperceptible de los labios. Delbos, fuera de sí, apretaba los puños. David no había querido presenciar el deseado fallo, ahorrándose aquella emoción, y esperaba fuera la noticia. Fue como un rayo. Marcos sentía que un frío mortal le helaba la sangre; soplaba un viento de horror. Era como un horror helado, la suprema abominación, que se negaban a creer los espíritus justos, el crimen de los crímenes que todavía parecía imposible de realizar aquella misma mañana, rechazado por la razón y bruscamente convertido en monstruosa realidad. Allí no hubo, como en Beaumont, feroces gritos de alegría ante el cálido despojo que convidaba con sangriento festín a los caníbales; la sala, a pesar de hallarse llena de antisemitas fanáticos, permaneció en espantoso silencio ante aquel horror que helaba los huesos. Sólo se denotó el estremecimiento general en un murmullo ahogado. Y la salida se verificó sin ruido, sin empujones, como si fuera el desfile de una fúnebre reunión ahogada por la emoción, estremecida de espanto. En la calle, Marcos encontró a David sollozando.

Nuevamente había vencido la Iglesia. La escuela de los hermanos volvería a revivir, mientras que la escuela laica sería considerada como la antesala del infierno, el antro satánico donde se pervertía el cuerpo y el alma de los niños. El esfuerzo desesperado, gigantesco, de las congregaciones y de la casi totalidad del clero había logrado retrasar su derrota, segura en el futuro. Todavía durante varios años se

embrutecería a las nuevas generaciones en el error y la mentira. El progreso de la humanidad quedaría otra vez retrasado, hasta el día en que el pensamiento, libre, invencible y arrollando todos los obstáculos, emancipase al pueblo con el auxilio de la ciencia, que es la única que puede llevarle a obrar con verdad y justicia.

A la noche siguiente, cuando Marcos regresó a Maillebois, rendido de fatiga y con el corazón destrozado, encontró una carta de Genoveva que contenía solamente estas tres líneas: «He leído toda la información; he seguido la marcha del proceso. Se acaba de perpetrar el más monstruoso de los crímenes. Simón es inocente».

# IV

A la mañana siguiente, un jueves, cuando Marcos acababa de levantarse sin haber dormido apenas, rendido de fatiga y con el corazón amargado por los espantosos días que había vivido en Rozan, recibió la visita matinal de su hija Luisa. Enterada de su regreso, habíase apresurado a escaparse un momento de la siempre cerrada mansión de la señora de Duparque. Y se había echado locamente en sus brazos.

—¡Ay, papá, papá! ¡Qué pena debes tener y cuán dichosa me siento al abrazarte!

Se había convertido ya en una mujer y estaba muy al corriente del proceso de Simón. Participaba de toda la fe, de todo el entusiasmo por la justicia de su padre, a quien adoraba, considerándole como a su maestro, y cuya influencia seguía en todo. En su doloroso grito se reflejaba toda la desesperación que le había producido el monstruoso fallo de Rozan.

Pero al verla junto a sí, al devolverle el abrazo, Marcos pensaba en la carta de Genoveva, que había contribuido no poco a su insomnio de aquella noche.

—¿Y tu madre? ¿Sabes que me ha escrito y que en adelante estará de nuestra parte?

—¡Sí, sí, papá! Ya lo sé… Me lo ha dicho. ¡Si yo te contara los disgustos que ha tenido con la abuela, cuando ésta vio que empezaba a leer todo lo referente al proceso, que se agenciaba documentos que nunca habían entrado en casa y que salía ella misma todas las mañanas a comprar la reseña completa de la nueva vista de la causa!… La abuela quería quemar todos los papeles, pero mamá se encerraba con llave y pasaba los días sin salir de su cuarto… Yo también lo he leído todo: mamá me ha dejado. ¡Ay, papá, qué horrible historia la de ese pobre hombre, la de ese infeliz a quien persiguen tantas desgracias! Si fuera posible, te querría aún más por lo que le has defendido y le has querido.

Volvió a besar a su padre y le abrazó de nuevo, llena de exaltación. Él, a pesar de sus sufrimientos, sonreía, como si un bálsamo delicioso hubiera calmado un poco el dolor de sus abiertas llagas. Era a las imágenes de su mujer y de su hija a quienes sonreía, a quienes se figuraba ver leyendo, enterándose al fin de la verdad.

—¡Si vieras qué consuelo, qué esperanza tan grande me ha producido su carta, esa carta querida! —exclamó Marcos a media voz—. Al cabo de tantas penas, ¿será posible que reciba una alegría tan grande?

Después, ansiosamente, preguntó a Luisa:

—Entonces, ¿tu madre te habla de mí? ¿Se da cuenta de los tormentos que hemos pasado? He creído siempre que, en cuanto sepa la verdad, volverá a mí.

Pero la joven llevóse graciosamente un dedo a los labios, y sonrió a su vez.

—¡Vamos, papá! No me hagas decirte lo que todavía no debes saber. Mentiría si te diera demasiado buenas noticias. Nuestros asuntos marchan bien, eso es todo…

Ten un poco de paciencia todavía y ten confianza en tu hija, que se esfuerza en ser tan sensata y tan cariñosa como tú…

A continuación dióle noticias poco tranquilizadoras del estado de salud de la señora de Berthereau. Desde hacía años padecía de una enfermedad del corazón, y los últimos acontecimientos parecían haberla agravado. Los disgustos casi continuos de la señora de Duparque, las bruscas tempestades que levantaba la vieja en la obscura y triste casita, hacían que la enferma viviera en un continuo sobresalto, produciéndole temblores y ahogos de los que tardaba mucho en reponerse. Así es que, para librarse de aquella especie de sustos nerviosos en que caía a cada momento, acabó por no bajar a la salita. Permanecía en su cuarto, acostada sobre un diván, mirando la desierta plaza de los Capuchinos desde la mañana a la noche con sus pobres ojos melancólicos, afligidos por la pérdida de la alegría desde hacía tantos años.

—No es divertido aquello, no —prosiguió diciendo Luisa—. Mamá en su cuarto, mi abuela en el suyo, y la otra abuela subiendo, bajando, cerrando puertas, peleándose con Pelagia cuando no encuentra otra persona con quien reñir… Yo, entonces, me encierro también en mi cuarto y trabajo. Como ya sabes, mamá ha consentido, y dentro de seis meses me presentaré a la Escuela Normal. Espero ser admitida.

En este momento entró Sebastián Milhomme, que venía de Beaumont, pues tenía libre aquel día y deseaba abrazar a su antiguo maestro, cuyo regreso había sabido. Y casi al mismo tiempo se presentaron José y Sara, que venían a dar las gracias a Marcos por sus esfuerzos y su heroísmo inútiles, en nombre de su madre y de los Lehmann, a quienes la noticia de la nueva condena de Simón tenía anonadados. Le manifestaron el efecto que había causado la nueva catástrofe en la mísera tienda de la calle del Hoyo, cuando el día antes David telegrafió desde Rozan la horrible noticia. La esposa de Simón había preferido ir a esperarle allí con sus padres y sus hijos, esquivando el ambiente hostil de aquella gran ciudad clerical, donde, por otra parte, sus escasos recursos no le permitían vivir. Todo eran lágrimas en la triste mansión, donde sin más noticias que la del inicuo fallo e ignorantes todavía de lo que iba a ocurrir, esperaban el regreso de David, que se había quedado junto a su hermano para evitar el curso de los acontecimientos.

Y hubo entonces una conmovedora escena entre los cuatro jóvenes, que, luego de haberse conocido en la escuela, continuaban viéndose y queriéndose en aquella casa amiga. José y Sara todavía mostraban los ojos enrojecidos por el llanto y por toda una noche de fiebre, en la que no habían tenido ni una hora de descanso. Y como reanudaran el llanto al hablar de su padre, Sebastián abrazó a su amiga Sara llevado de un irresistible impulso de su corazón, mientras Luisa, cogiendo las manos de José, lloraba a su vez y le manifestaba el afecto que por él sentía con el propósito de consolarle un poco. Tenía ella diecisiete años y él veinte. Sebastián iba a cumplir los veintiuno y Sara los dieciocho. Marcos, que los contemplaba vibrantes de juventud, inteligencia y bondad, sintióse conmovido. Y pensó algo cuya dulce esperanza había

pasado ya por su mente al contemplar sus antiguos juegos infantiles. ¿Por qué no habría parejas predestinadas, germen para la feliz cosecha futura, que contribuyesen con su gran corazón y con su inteligencia emancipada a la gran tarea del porvenir?

Si bien la visita de su hija y la esperanza que con ella aportaba constituían para Marcos una deliciosa fuente de consuele en su amargura, no tardó en sentirse nuevamente abatido durante los días siguientes al ver el bochornoso espectáculo de su país envenenado y deshonrado. Había sido posible el mayor de los crímenes sin que Francia se sublevara. Ya durante la prolongada lucha de la revisión del proceso no había reconocido en ella a la generosa, a la magnánima, a la libertadora, a la justiciera, de la que antaño se había enamorado de una manera tan noble y tan apasionada. Pero nunca la hubiera creído capaz de descender hasta el punto de ser aquella Francia sorda, dura, adormecida y cobarde que se recreaba en la vergüenza y en la iniquidad. ¿Cuántos años y cuántas generaciones se necesitarían para despertarla de aquel sueño lamentable? Por un momento desesperó y creyó perdida la patria, como si hubiera oído que las maldiciones de Férou salían del suelo repitiendo que aquello era un país sin remisión, completamente podrido por los curas, emponzoñado por los periódicos repugnantes, hundido en tal ciénaga de ignorancia y de credulidad, que jamás se le podría arrancar de allí. Al día siguiente del monstruoso fallo de Rozan había creído en un posible despertar y había esperado una sublevación de las conciencias honradas y de las inteligencias sanas ante los horrorosos vientos que soplaban. Pero nada se movía, los más valientes parecían haberse guarecido en su rincón, y se llevaba a cabo la suprema ignominia gracias a la imbecilidad y a la cobardía universales.

En Maillebois, Marcos vio a Darras, con el rostro desencajado, literalmente desesperado al ver que la alcaldía se le escapaba nuevamente de las manos ante el triunfo del clerical Philis. Pero lo que más le disgustó fue encontrarse con sus antiguos alumnos: Fernando Bongard, Augusto y Carlos Doloir, Aquiles y Felipe Savin, quienes le demostraban de una manera concluyente cuán poco había conseguido infundir en ellos la justicia social y el valor cívico. Fernando se encogía de hombros, como quien no sabe nada. Augusto y Carlos volvían a dudar de la inocencia de Simón. En cuanto a los dos gemelos, Aquiles y Felipe, continuaban convencidos de la inocencia de Simón, pero, en fin de cuentas, no podían hacer una revolución por sí solos, y además consideraban que un judío más o menos es cosa de relativa importancia. Reinaba el terror, y cada cual se refugiaba en su casa, completamente decidido a no comprometerse más. Y peor ocurría en Beaumont, adonde Marcos tuvo la locura de ir para ver si podía despertar ciertas conciencias y determinar a ciertos elementos poderosos a que intentaran un postrer esfuerzo a fin de conseguir inmediatamente la revocación del fallo criminal. Y, en efecto, Lemarrois, a quien se atrevió a dirigirse, le demostró que le tomaba por un loco, contestándole clara y casi brutalmente, a pesar de su acostumbrada amabilidad, que el asunto estaba ya terminado y que sería una demencia querer reanimarlo de nuevo, porque el país ya

estaba harto, lleno de agitación febril y en pleno malestar a causa de aquello. Aquel asunto había sido fatal desde el punto de vista político, y seguramente la República quedaría de cuerpo presente en las venideras elecciones si se daba ocasión para que siguieran explotándolo los reaccionarios y clericales. ¡Las próximas elecciones! Con esto lo había dicho todo, pues se trataba del argumento máximo, de la consigna para enterrar la iniquidad suprema bajo un silencio mayor que el que se produjo tras el primer proceso. Los diputados, los senadores, el prefecto Hennebise, toda la burocracia, todos los cuerpos constituidos, sin haberse puesto expresamente de acuerdo, se sumían en un completo aplanamiento y en un absoluto silencio, pues estaban inquietos a causa del dos veces condenado, cuyo nombre ni siquiera había de pronunciarse, pues les espantaba el fantasma que con ello se evocaba. Y antiguos republicanos, antiguos volterianos como Lemarrois, terminaban su evolución aproximándose a la Iglesia, como si la necesitaran para hacer frente al creciente socialismo, que constituía su razón de temer para el día de mañana y que amenazaba con desalojar de su larga usurpación a la burguesía poseedora. Desde luego, a Lemarrois no le había sabido mal ver que Delbos, su contrincante en las elecciones, cuyos votos —socialistas— aumentaban a cada nueva elección, era derrotado en Rozan y perjudicado por la catástrofe. Es más: en su cobarde deseo de silencio entraba por mucho su propósito de que se acabaran de ahogar quienes estaban comprometidos en aquel asunto. Y en medio de aquel desastre de las conciencias y de los caracteres, sólo Marcilly conservaba su amable sonrisa y se movía con desenvoltura, pues habiendo desempeñado ya la cartera de Instrucción pública en un ministerio radical, estaba seguro de volverla a desempeñar un día u otro en un ministerio moderado, tan convencido se hallaba de la fuerza irresistible de su listeza y de sus universales apretones de manos. Él fue el único que recibió bien a Marcos, a quien le dio toda clase de esperanzas para cuando fuese poder, aunque sin comprometerse formalmente por lo demás.

La congregación religiosa exaltóse jubilosamente en la insolencia de su triunfo. ¡Qué peso se les había quitado de encima desde el momento en que el padre Crabot, sus cómplices y sus satélites estaban salvados! En casa del presidente Gragnon hubo un gran banquete, seguido de recepción, a la que acudió una multitud de magistrados, funcionarios y hasta universitarios. Todos sonreían y se estrechaban las manos, satisfechos de vivir tras un peligro tan grave. Todas las mañanas, «Le Petit Beaumontais» celebraba la victoria de los valientes soldados de Dios y de la patria. Luego calló de pronto y se sumió asimismo en profundo silencio, pues seguramente había recibido para ello órdenes superiores. Era que ya comenzaban a notar todos, bajo el alborozo de la victoria, la derrota moral, y, como volvía el temor por el mañana, se consideraba prudente distraer los espíritus. Como habían hablado los jurados, se sabía ya que habían condenado a Simón por un solo voto de mayoría. Además, al terminar la sesión, todos firmaron una petición de indulto en favor de Simón, con lo cual no podían confirmar de una manera más clara su mortal zozobra y

la cruel necesidad en que se habían visto de confirmar el primer veredicto, aun cuando no dudaban de la inocencia del acusado. La inocencia brillaba todavía más a los ojos de todos por la extraordinaria actitud de un jurado que, con la más inexplicable de las contradicciones, castigaba y perdonaba a la vez. Y el indulto se imponía de tal modo y era considerado por todos tan necesario o tan inevitable, que nadie se asombró cuando fue firmado unos días más tarde. «Le Petit Beaumontais» se creyó en el caso de injuriar por última vez al «cochino judío», aunque en el fondo lanzase un suspiro de satisfacción al verse ya libre de su repugnante papel. El indulto fue para David un nuevo motivo de angustia, de penosas luchas de conciencia. Su hermano estaba ya casi sin fuerzas, y en tal estado de agotamiento físico y moral, que seguramente moriría si volvía a entrar en la cárcel. Llorando, su mujer y sus hijos le esperaban y esperaban salvarle todavía a fuerza de cariño y de cuidados. Y, sin embargo, David rechazó al principio el indulto y quiso hablar de ello con Marcos, con Delbos y con todos los heroicos defensores del inocente, comprendiendo que si la gracia no quitaba a Simón el derecho a hacer que algún día se reconociera su inocencia, a ellos, en cambio, les quitaría el arma más poderosa: la continuación del calvario de aquel mártir que arrancaba lágrimas y gritos de rebelión al mundo entero. Pero como todos, con el corazón dolorido, se inclinaron ante la necesidad, David aceptó el indulto. Marcos y Delbos también lo sintieron, porque con ello los religiosos tenían motivos para juzgarse triunfantes, ya que el asunto de Simón podía darse por terminado en lo humano desde el momento en que no conmovería ya el espíritu de equidad y la generosidad de las masas.

Seguidamente, se decidió la suerte de Simón. Era imposible llevarle a Maillebois, donde se convino que su esposa permanecería aún algunos días en casa de los Lehmann con sus hijos José y Sara, que esperaban volver a las vecinas Escuelas Normales, cuyos cursos seguían. Nuevamente se mostró abnegado David. Hacía tiempo que tenía decidido un plan, consistente en ceder la explotación de la cantera de arena y grava que había dejado en manos de un gerente y comprar, en cambio, la concesión de una cantera de mármol en un valle desierto de los Pirineos, excelente negocio que le había indicado un amigo y que él había estudiado a fondo. Y allí se llevaría a Simón, a quien tomaría como socio y a quien el aire del monte y la alegría de una vida activa devolverían la salud antes de seis meses. Una vez instalados allí, la esposa de Simón se reuniría con su marido y, por otra parte, los hijos podrían acabar de pasar las vacaciones junto a su padre. Todo ello se llevó a cabo con exactitud y rapidez notables. Simón, como si le hubieran escamoteado, salió de Rozan, donde aún reinaba cierta agitación, sin que nadie sospechara su marcha. Viajó sin que persona alguna le conociera y desapareció con David en el valle lejano, perdido entre las altas cumbres. Sólo se supo, gracias al artículo de un periódico, que su familia se había reunido con él. Y a partir de entonces se fue borrando totalmente hasta caer en el olvido.

El mismo día en que la familia de Simón se reunió en aquel lugar desierto, en aquella paz donde aún temblaban las emociones, Marcos, llamado por una carta urgente de Salvan, acudió a la Escuela Normal para hablar con éste. Se estrecharon las manos y comenzaron a hablar, evocando la escena tan dulce y emocionante que ocurriría muy lejos de allí, en un extremo de Francia.

—Ésa es nuestra recompensa —comentó Salvan—. Si no hemos podido sacar inmediatamente del asunto una gran sanción social, por lo menos hemos conseguido la felicidad de que ese pobre mártir esté en brazos de su mujer y de sus hijos.

—Desde esta mañana —prosiguió Marcos— estoy evocando esa escena. Les veo tranquilos y sonrientes bajo el espléndido cielo azul. Para él, para ese pobre hombre tanto tiempo atado a su cadena, ¡qué alegría más grande debe ser la de caminar libremente y respirar la frescura de la fuente y el olor puro de las plantas y de los árboles! Y para ellos, los hijitos y la esposa, ¡qué ensueño hecho realidad el de tener, por fin, al padre y al esposo y pasearle como a un niño que sale de una enfermedad, sonriéndole y contemplando cómo renace!…

—¡Tiene usted razón: ésa es nuestra única recompensa!

Calló, y luego añadió en voz baja, con la secreta amargura de un combatiente que no pudiera consolarse de que el arma se hubiera quedado en su mano.

—Nuestro papel ha terminado… El indulto, desde luego, era inevitable, pero nos ha quitado toda nuestra fuerza de acción… Ahora sólo hay que esperar la cosecha de la buena simiente que sembramos, si es que algún día quiere salir de la dura tierra a la que la hemos confiado.

—No dude usted de que saldrá, amigo mío —exclamó Salvan—. Nunca se debe desesperar de nuestro pobre y gran país. Aunque puede ser engañado y engañarse, siempre vuelve a la verdad y a la razón. Estemos satisfechos de nuestra obra, porque está preñada de un próximo porvenir.

A su vez, calló y mostró un gesto de preocupación.

—Claro está que yo, en el fondo, pienso como usted, que nuestra victoria no es para mañana. Los momentos actuales son verdaderamente abominables, y nunca los hemos atravesado más turbios y más amenazadores. Precisamente le he rogado que viniera a verme para hablar un poco de la inquietante situación en que nos encontramos.

Entonces le puso al corriente de lo que sabía. Después del fallo de Rozan, todos los simonistas declarados, todos los que bravamente se habían comprometido en el asunto, estaban expuestos a la venganza de los religiosos y al odio de la multitud egoísta y cobarde. Iban a pagar duramente en sus intereses y en sus personas el crimen de haberse alistado en nombre de la verdad y de la justicia.

—¿Se ha enterado usted? A Delbos no le saluda nadie en la Audiencia; le han quitado la mitad de los pleitos y los clientes le consideran demasiado comprometedor. Tiene que empezar otra vez a crearse una posición, y lo peor es que, en las próximas elecciones, seguramente será derrotado otra vez, porque el mismo partido socialista

se encuentra dividido en dos bandos a causa del proceso… En cuanto a mí, probablemente me echarán…

Marcos le interrumpió con un grito de sorpresa y desolación.

—¡Cómo! ¿A usted?

—A mí, sí, amigo mío. Ya sabe usted que Mauraisin ambiciona hace mucho tiempo la dirección de esta escuela. Siempre se ha limitado a maniobrar para desplazarme y ocupar mi sitio. Sus continuas concomitancias con la Iglesia eran, sencillamente, una táctica hábil para que ella le impusiera cuando triunfara. Sin embargo, al practicarse la información del Tribunal Supremo sintió miedo y comenzó a decir que siempre había creído inocente a Simón. Y cuando Simón fue condenado de nuevo, Mauraisin aulló otra vez con la facción clerical en la seguridad de que obligaría a Le Barazer a que me sacrificara bajo la presión de todas las fuerzas reaccionarias vencedoras… Me asombraría permanecer todavía aquí cuando se reanuden las clases en octubre.

Marcos seguía manifestando su desolación.

—Pero ¿cómo pueden hacer eso con usted, a quien tanto necesita la primera enseñanza y que ha prestado tan grandes servicios, dando a las escuelas laicas toda una legión de maestros de espíritu clarividente y emancipados del dogma? Como decía usted, era una cuestión de vida o muerte que los misioneros del librepensamiento, instalados en todas partes del campo, rehicieran para Francia una mentalidad de razón y de solidaridad, salvándola de las mentiras seculares y de su credulidad de rebaño servil, y llevando la verdad a los humildes y a los que sufren. En el futuro, Francia valdrá lo que valgan los maestros de primera enseñanza. ¿Y va usted a irse de aquí antes de haber realizado toda su tarea, cuando tanto le queda por hacer? ¡No, no, imposible! Le Barazer, que en el fondo estaba con nosotros, aunque no se pronunciara claramente, no cometerá jamás esa mala acción.

Salvan, sonriendo con cierta tristeza, dijo:

—En primer término, ningún hombre es indispensable, por lo que, si yo desaparezco de aquí, surgirán otros para continuar la buena obra empezada. Y aunque Mauraisin ocupe mi cargo, estoy convencido de que no causará grandes males, porque lo ocupará durante poco tiempo y se verá obligado a seguir mis huellas. Hay obras que, una vez empezadas, se realizan por la fuerza de la evolución humana y prescindiendo de los hombres… Por otra parte, parece que usted no conoce a Le Barazer. Nosotros no representamos nada en las decisiones de su sabia diplomacia republicana. Cierto es que estaba con nosotros. Aún lo estaría si hubiéramos salido victoriosos, pero hoy nuestra derrota le ocasiona el más grave de los trastornos. En el fondo, no tiene más que un deseo: el de salvar su obra, la enseñanza laica y obligatoria, de la que es uno de los creadores en los tiempos heroicos de nuestra pobre República, tan lenta en llegar al uso de razón. Y como la Iglesia, que ha recobrado poder para algún tiempo, amenaza con arruinar su obra, Le Barazer se resignará a sacrificarle lo que sea preciso, contemporizando y esperando el momento

en que, a su vez, pueda hablar alto. El hombre es así, y no está en nuestra mano cambiar su manera de ser.

Prosiguiendo su discurso, manifestó todas las incidencias y todos los poderes que actuaban y pesaban sobre él. Forbes, el rector de la Universidad, aquel erudito tan indiferente y tan amigo de la tranquilidad, le había ordenado claramente que satisficiera las exigencias de los diputados de la oposición, pues temía tener algún disgusto con el ministro. Y los diputados de la oposición, al frente de los cuales destacaba por su violencia el conde Héctor de Sangleboeuf, gestionaban sin descanso la destitución de los simonistas destacados que pertenecían a la burocracia y a la enseñanza, mientras los diputados republicanos, entre ellos el radical Lemarrois, ni siquiera se movían, consintiendo la hecatombe para halagar a la opinión pública y no perder muchos electores. Muchos profesores y maestros seguían a la sazón el ejemplo de Depinvilliers, el director del Instituto, yendo a misa los domingos en compañía de su esposa e hijas. En el Instituto reinaba el capellán, y los ejercicios religiosos eran obligatorios, pues todo alumno que prescindía de ellos era mal mirado, hostigado y tiranizado, hasta el punto de verse en el caso de tomar la puerta. La mano del padre Crabot descargaba allí con la autoridad reaccionaria demostrada en la dirección del colegio de Valmarie. Por lo demás, para probar la creciente osadía de los religiosos hubiera bastado el hecho de que el citado establecimiento se hallaba lleno de profesores jesuitas, siendo así que hasta entonces los disfrazaban de sacerdotes seculares para burlar la ley.

—El caso es —concluyó Salvan— que, gracias a la nueva condena de Simón, hablan como si fueran los amos, y lo obtienen todo de la cobardía y de la imbecilidad universales. Por eso, seguramente, van a barrernos para dejar sitio a sus favoritos… Ya se habla de dar la mejor escuela de Beaumont a la señorita Rouzaire. Por otra parte, a Jauffre, el maestro de Jonville, le nombrarán también para aquí, pues ha amenazado con ponerse frente al cura Cognasse si tardan en recompensar sus servicios. Finalmente, Doutrequin, aquel antiguo republicano que se unió a la Iglesia por una lamentable aberración patriótica, ha conseguido dos escuelas de los arrabales para sus dos hijos, que son de un nacionalismo y de un antisemitismo desesperados y dogmáticos. De manera que estamos otra vez en plena y aguda reacción. Supongo que ésta será la última crisis mientras llega el día en que el país vomite el veneno que le está matando…

Y ya supondrá usted, amigo mío, que si me echan a mí, también le tocará saltar a usted.

Marcos le miró sonriendo, pues comprendía, por fin, para qué le había llamado con urgencia.

—Estoy sentenciado, ¿no?

—Así lo temo. Y por eso he querido prevenirle enseguida… Desde luego, la cosa no está hecha. Le Barazer guarda silencio y aparenta esperar su hora sin transparentar sus intenciones. Pero no puede usted figurarse las acometidas que le están dando,

sobre todo en lo que se refiere a usted. Su ejecución, su destitución, es lo que exigen con más interés. Hace poco le hablaba de ese necio de Sangleboeuf, a quien la vieja marquesa de Boise tira del hilo, no sin desesperarse por lo mal que Sangleboeuf ejecuta sus movimientos de pelele. Ya ha ido tres veces a la prefectura amenazando a Le Barazer con una interpelación en la Cámara si no se ponía de acuerdo con el prefecto Hennebise para sacrificar a usted.

Y ya le hubieran sacrificado de no haberlo pedido con esa grosería… Pero, amigo mío, no es posible que Le Barazer resista más tiempo. Ni siquiera hay que enfadarse con él. Recuerde la suave obstinación y la fina diplomacia con que le ha sostenido durante tantos años. Siempre encontraba medio de salvarle, dando compensaciones a sus adversarios, en una verdadera obra maestra de inercia y de equilibrio inestable. Pero ahora no se puede hacer nada y ni siquiera le he hablado de usted, porque toda gestión sería inútil. Hay que dejarle obrar. Seguramente, sólo retrasa la decisión para encontrar una solución ingeniosa, porque tampoco a él le gusta ser derrotado y nunca abandonará el triunfo de su obra, la escuela laica y obligatoria, que es la única que puede modelar la Francia del porvenir.

Marcos ya no sonreía, sino que se hallaba sumamente triste.

—Para mí —murmuró— será eso una pena desgarradora, porque dejaré lo mejor de mi ser en aquella modesta escuela de Maillebois y entre aquellos queridos alumnos, que son para mí como hijos. Todo mi corazón y mi alma están allí. Además, ¿en qué voy a ocupar luego mi vida rota? Soy incapaz de otro trabajo útil, porque me había impuesto esa misión y sufriré un gran dolor al verla interrumpida, sin terminar, cuando la verdad necesitaba tantos obreros fuertes.

Pero Salvan, bravamente optimista, estrechó sus manos para decirle:

—No se desanime, que no estaremos con los brazos cruzados, ¡qué diablo!

Y Marcos, reanimado, le estrechó las manos a su vez.

—Tiene usted razón. Cuando un hombre como usted es perseguido, se le puede seguir en la desgracia. El porvenir es nuestro.

Pasaron unos días. En Maillebois, los religiosos aprovechaban su victoria para convertirla en algo efectivo, intentando un gran esfuerzo para devolver a la escuela de los hermanos su antigua prosperidad. El plan consistía en aprovechar la vergüenza infligida a la escuela laica para celebrar las virtudes de la escuela religiosa, donde no crecían sino flores de sencillez e inocencia. Y convencieron así a muchas familias, con lo que, a la apertura de las clases, los hermanos ganarían unos diez alumnos. Por cierto que los capuchinos mostraron una imaginación y una audacia todavía más asombrosas. En fin de cuentas, ¿no era el glorioso San Antonio de Padua quien lo había guiado y lo había obtenido todo de la bondad de Dios? Porque nadie podía negar que sólo a él se debía la nueva condena de Simón, gracias a las monedas de uno y dos francos que tantas almas caritativas habían depositado en su cepillo pidiéndole el definitivo aplastamiento del judío. Tratábase de un nuevo milagro, pues nunca se había afirmado tan claramente su poder, con lo que las ofrendas se multiplicaban y

afluían de todas partes. Y el padre Teodosio, animado e iluminado, tuvo repentinamente una iniciativa genial para obtener del santo otra cosecha de dinero. Para ello lanzó un estupendo negocio financiero, consistente en emitir obligaciones hipotecarias de cinco francos sobre el Paraíso. En circulares y prospectos que inundaron la comarca explicaba el ingenioso funcionamiento de aquella participación en acciones de las bienaventuranzas celestiales. Cada obligación se dividía en diez cupones de cincuenta céntimos contra el tesoro de las buenas obras, oraciones y santas misas, pagadero todo ello al contado en este mundo y reembolsable en el cielo en la caja del milagroso San Antonio. Además, había primas para estimular las suscripciones, pues veinte títulos daban derecho a una estatuilla policromada del santo, y cien títulos a una misa anual. Finalmente, el prospecto anunciaba que se había dado a aquellos títulos el nombre de obligaciones de San Antonio, porque el santo era el cajero encargado de reintegrarlos en el otro mundo a razón de ciento por uno. Y terminaba con las siguientes frases: «Estas sobrenaturales garantías hacen de estas obligaciones verdaderas obligaciones hipotecarias de una seguridad absoluta. Ninguna catástrofe financiera puede amenazarla. La misma destrucción del mundo, si llegara el fin de los tiempos, las dejaría indemnes o, mejor dicho, pondría inmediatamente a los subscriptores en posesión de los intereses capitalizados».

Aquello obtuvo un éxito enorme y resonante. En unas cuantas semana fueron colocadas miles de obligaciones. Las beatas muy pobres se reunían, poniendo cada una un franco y repartiéndose luego los cupones. Todos los espíritus crédulos y doloridos arriesgaban su dinero en aquella nueva lotería, cuyo premio grande representaba la realización de la tan acariciada quimera, pues otorgaba una eternidad de supervivencia feliz. Sin embargo, corría el rumor de que monseñor Bergerot, escandalizado, iba a prohibir aquella impúdica especulación, que escandalizaba también a algunos católicos sensatos. De todos modos, no debió de atreverse, a causa de la difícil situación en que le había colocado la derrota de los simonistas, a quienes se le acusaba de haber apoyado siempre ocultamente. Nunca se había sentido con valor para hacer frente a las todopoderosas congregaciones, pues no estaba muy seguro de su clero, aunque le disgustase tener que abandonar a la Iglesia al embate de la creciente superstición. Además, al hacerse más viejo, se había vuelto aún más débil, y no le quedaban fuerzas más que para arrodillarse pidiendo perdón a su Dios porque, para salvar el templo mismo, dejaba que los mercaderes invadieran el templo, del que los fieles se hubieran apartado de no haber acudido para traficar con su alma. Pero en Maillebois, el cura de San Martín, o sea el abate Quandieu, no pudo resistir más: la segunda condena de Simón le había llegado al corazón, haciéndole desesperar al ver que la Iglesia consumaba aquel crimen de suprema ceguera. Desde el día en que se descubrió el asesinato estaba convencido de la inocencia de Simón, y no ocultaba su desolación al presenciar aquel lamentable espectáculo en que los sacerdotes y los fieles de Cristo, del Dios bondad, verdad y justicia, se encarnizaban realizando la obra más monstruosa de iniquidad, salvajismo y mentira. Creía

firmemente que aquella falta sería duramente castigada, porque la Iglesia, tan amenazada ya, se destruía con sus propias manos precipitando su ruina. Su viejo ensueño de una Iglesia de Francia, independiente y liberal que evolucionara con arreglo al gran movimiento democrático del siglo, parecía ya definitivamente muerto. Por otra parte, los capuchinos le hacían la vida imposible. Y su capilla, tan acreditada, acababa de matar a la parroquia, con lo que el cura veía su querida iglesia de San Martín cada día un poco más solitaria y más pobre. Las limosnas y las misas escaseaban cada vez más e iban a parar al triunfante San Antonio de Padua. Él, que era hombre de costumbres muy sobrias y sencillas, se acomodaba fácilmente a los reducidos ingresos, pero sufría viendo la indigencia de sus pobres, a quienes se lo había dado todo, hasta la lana de sus colchones. Y el lanzamiento de las obligaciones hipotecarias sobre el paraíso colmó su tristeza e hizo que una colérica indignación le sacara de toda resignación cristiana. Como entendía que aquello era una explotación demasiado descarada, se atrevió a manifestar desde el púlpito su indignación como sacerdote cristiano y su dolor por presenciar la grosera decadencia del gran cristianismo que había renovado el mundo y que tan ilustres espíritus habían elevado hasta las cumbres más puras del ideal. Luego fue a visitar por última vez a su antiguo protector, a su obispo y amigo monseñor Bergerot. Y viéndole incapaz de continuar la lucha y, por otra parte, viéndose vencido y paralizado, dimitió el curato de San Martín y se retiró a una casita de los arrabales, donde pensaba vivir con una cortísima renta, apartado de la Iglesia, cuya política de odio y cuyo culto de baja superstición no podía servir.

Entonces los capuchinos juzgaron que la ocasión era propicia para mostrarse triunfantes. Y el padre Teodosio tuvo la idea de celebrar lo que llamaba la huida de su antiguo adversario. Gracias a hábiles maniobras, el obispo acababa de nombrar para el curato de Maillebois a un joven vicario arribista, hechura del padre Crabot. La genial idea consistió en organizar, de acuerdo con el nuevo cura, una solemne procesión que, saliendo de la capilla parroquial de los capuchinos, llevara un soberbio San Antonio de púrpura y oro a la iglesia parroquial para instalarlo allí con gran pompa. Aquello sería la brillante demostración de la victoria definitiva, el coronamiento, la apoteosis, pues la parroquia sería invadida por la comunidad, y los frailes, como dueños y soberanos, instalarían en todas partes el idolátrico culto con el que esperaban subyugar y embrutecer a Francia hasta el punto de convertir a sus ciudadanos en el ignorante rebaño de los tiempos de servidumbre. Y un cálido día de septiembre salió la procesión, verdaderamente magnífica, con el concurso de todo el clero de los alrededores y en medio de una enorme multitud que acudió de todo el departamento. La capilla no estaba separara de San Martín más que por la plaza de los Capuchinos y una corta calleja; pero se dio un rodeo para pasar por la plaza de la República y por la calle Mayor, paseando el San Antonio de un extremo a otro de la ciudad. El alcalde, Philis, rodeado de la mayoría clerical del Ayuntamiento, seguía a la abigarrada estatua, que iba sobre un anda cubierta de terciopelo rojo. Había sido

movilizada toda la escuela de los hermanos, aunque aún duraban las vacaciones, reclutando a los niños, vistiéndoles y poniéndoles un cirio en la mano. Seguían las hijas de María, las cofradías, las asociaciones piadosas y una interminable cohorte de beatas, sin contar un alud de monjitas, pues desde Beaumont habían llegado comunidades enteras. Sólo faltaba monseñor Bergerot, que se había excusado, pues había caído enfermo precisamente la antevíspera. Hasta entonces nunca había sido presa Maillebois de semejante fiebre religiosa. Todos se arrodillaban en las aceras, había hombres que lloraban y no faltaron muchachas que se desmayaron y tuvieron espasmos nerviosos, por lo que hubieron de ser conducidas a la farmacia. Fue una verdadera maravilla la bendición, celebrada por la tarde en San Martín, mientras sonaban las campanas al vuelo. Y ya nadie dudó que Maillebois había sido, por fin, rescatado y perdonado, pues Dios había permitido, mediante aquella grandiosa ceremonia, que el repugnante recuerdo del judío Simón quedara borrado para siempre.

Precisamente aquel día Salvan había ido a Maillebois para ver a la señora de Berthereau, respecto a la cual había recibido muy malas noticias. Y cuando salía de la casita de la plaza de los Capuchinos vio a Marcos que volvía de visitar a los Lehmann y que había tenido que detenerse a causa de la inacabable procesión. Los dos tuvieron que esperar largo tiempo, sin poder moverse, luego de haberse estrechado las manos. Y cuando pasó el último fraile tras el ídolo dorado y embadurnado de rojo, se limitaron a cambiar una mirada y dieron unos pasos en silencio.

—Iba a verle —dijo por fin Salvan.

Marcos creyó que iba a darle la noticia de que ya había sido firmada su destitución.

—¿Ya está? —preguntó sonriendo—. ¿Puedo ya preparar mis maletas?

—No, amigo mío. Le Barazer aún no ha dado señales de vida. Prepara no sé qué… Pero nuestra ejecución es segura. Hay que tener un poco de paciencia…

Ya en serio, reflejando el disgusto en su rostro, añadió:

—Es que he sabido que la señora de Berthereau estaba muy mal y he querido visitarla… Vengo de allí y he salido muy mal impresionado: creo que el fin está cerca.

—Luisa vino a avisarme anoche —dijo Marcos—. Me hubiera gustado hacer lo que usted, yendo enseguida a ver a la moribunda; pero parece ser que la señora de Duparque ha manifestado su formal propósito de abandonar inmediatamente la casa si yo me atrevía a poner allí los pies con cualquier pretexto. Y la señora de Berthereau, que quería verme, según me consta, procura disimularlo para no provocar ningún escándalo en torno a su lecho de muerte… ¡Ay, amigo mío! Las beatas, cuando odian, no pueden perdonar…

Nuevamente caminaron en silencio.

—Sí. La señora de Duparque está alerta —siguió diciendo Salvan—. Creí que no me dejaría subir ni a mí. No me ha abandonado, y ha vigilado todo cuanto le decía a

la enferma y a su señora de usted… Parece sentirse menos fuerte y temer una posible sorpresa en medio del duelo que va a llenar esa casa.

—¿Cómo?

—¡Oh, no sé qué decirle! Se trata de una simple impresión mía. La señora de Berthereau, es decir, su hija, se le va a escapar al morirse, y puede temer que Genoveva, su nieta, se encuentre cerca de la liberación…

Marcos se detuvo y le miró fijamente para preguntarle:

—¿Ha observado usted algún síntoma?

—Sí… Pero estaba resuelto a no hablarle de ello, porque me disgustaría hacerle concebir una esperanza que resultara fallida… Es a propósito de esta procesión, de esta idolatría a pleno sol que acabamos de presenciar. Y por eso mismo he encontrado a la señora de Duparque en su casa, porque, como usted supondrá, ella hubiera querido exhibirse en primera fila de las damas piadosas, ostentando su fe, Pero, de haber estado ausente un solo minuto, hubiera temido que algún demonio, usted u otro ladrón de almas, se hubiera metido de rondón en su casa para robarle a su hija y a su nieta. Por eso se quedó… Y no puede figurarse el furor frío que albergaba. Sus ojos me atravesaban de parte a parte como venablos…

Marcos escuchaba atentamente, apasionándose.

—¡Ah! Genoveva se ha negado a ir a esa procesión. Por lo visto ha comprendido que era una cosa torpe, burda y necia. Ha recobrado en parte su sana razón de antaño…

—Sin duda —comentó Salvan—. Según creo, lo que principalmente la ha molestado han sido esas extravagantes obligaciones hipotecarias sobre el Paraíso… Qué cosas, ¿eh? Nunca se ha visto tanto descaro religioso explotando tanta imbecilidad humana.

Los dos amigos se habían dirigido lentamente hacia la estación, donde Salvan pensaba tomar el tren para regresar a Beaumont. Y Marcos, al separarse de él, estaba lleno de esperanza.

En efecto: en la casita de la plaza de los Capuchinos, más fría y más triste a causa del próximo duelo que la amenazaba, se encontraba Genoveva presa de una nueva crisis que, lentamente, la trastornaba. Al principio había sido como fulminada por la verdad, pues la lectura de los documentos le había demostrado la inocencia de Simón, terrible luz a cuyo resplandor se le había manifestado la infamia de los santos varones a quienes hasta entonces había aceptado como directores de su conciencia y de su corazón. Todo lo demás arrancaba de allí, pues la duda penetraba en ella y la fe se le escapaba y no podía dejar de discutir, juzgar y someter todas las cosas a su libre examen. El padre Teodosio le había dejado una sensación de malestar, la turbia vergüenza de haber estado con él al borde de una mala acción. Y he aquí que aquel lanzamiento de obligaciones, aquella baja explotación de a pública credulidad, acababan de indignarla contra él, aclarándole de pronto la venalidad del personaje en cuestión. Y no solamente consideraba envilecido al fraile, sino que el mismo

sentimiento que le nacía respecto a éste se extendía también al culto que representaba, a aquella religión que por tanto tiempo la había hechizado con una deliciosa exaltación de místicos deseos. ¿Cómo? Si quería continuar siendo una católica practicante y fiel a su fe ¿tenía que aceptar aquel tráfico indigno y aquella superstición idolátrica? Durante largo tiempo se había sometido a las creencias y a los misterios, aun cuando su sentido común protestara sordamente; pero todas las cosas tenían límites, y ella no podía llegar hasta aquel lanzamiento de las acciones celestiales y se negaba a caminar tras aquel San Antonio, rojo y dorado, al que paseaban como un muñeco de reclamo para multiplicar en las taquillas la concurrencia de suscriptores. Pero lo que sobre todo fomentó en Genoveva la rebelión de su razón fue la retirada del abate Quandieu, de aquel confesor tan dulce y tan humano al que había vuelto tras los sospechosos ardores del padre Teodosio. Para que semejante varón no se sintiera con fuerzas para seguir viviendo en la Iglesia, tal como la estaba dejando una política clerical de odio y dominación, había de ser difícil que las almas rectas y buenas pudieran seguir viviendo en el seno de ella.

Pero seguramente no hubiera evolucionado Genoveva tan rápidamente, gracias a las circunstancias, de no haberse operado en ella, sin que ella se diera cuenta, un trabajo preparatorio. Para comprender bien las causas primeras, había que recordar la historia de aquella mujer. Como su padre, era tierna, alegre, apasionada, con los sentidos desarrollados, y por ello se había enamorado de Marcos, al que quiso y deseó hasta el extremo de conformarse a vivir con él, pobre maestro, en el fondo de un pueblecito. Como también ansiaba la libertad, y a los diez años estaba en el triste hogar de la señora de Duparque, pareció desprenderse por un momento de su educación piadosa y se entregó a su marido con tal impulso de juventud, que él mismo llegó a creer que la poseía enteramente. Y aunque Marcos no había dejado de abrigar ciertos temores respecto al particular, había prescindido de ellos, pues como la adoraba, se creía bastante fuerte para volverla a crear a su imagen y semejanza, aplazando esta conquista moral para más tarde, ya que entonces no le dejaba lugar para ello el aturdimiento de su felicidad. Luego, cuando el antiguo defecto reapareció en la mujer, el marido se mostró débil otra vez y tardó en intervenir, con el noble pretexto de respetar la libertad de conciencia de su esposa, a la que dejó que volviera a las prácticas religiosas, frecuentara la iglesia y se dedicara intensamente a ello. Con esto renacía toda su infancia, retornaba el veneno místico todavía no eliminado y se producía una crisis fatal, propia de los espíritus femeninos nutridos de errores y mentiras: crisis agravada en ella por el trato con su devota y absorbente abuela. Entonces los hechos —el proceso de Simón, el aplazamiento de la primera comunión de Luisita— precipitaron la ruptura entre los esposos. En ella ardía sobre todo un desenfrenado deseo de ir más allá en la pasión, una esperanza de encontrar en el cielo la dicha ilimitada y divina prometida antaño a sus precoces sentidos de niña. Y su amor a Marcos se había nublado ante el ensueño de los éxtasis alabados en los cánticos, ante un amor más elevado y siempre decepcionante. Aunque la exaltaban, la

mentían y la hacían obrar contra su marido, prometiéndole que alcanzaría su verdad superior y la felicidad perfecta, su continua derrota procedía de haber abandonado la única felicidad humana posible y natural, pues nunca había vuelto a verse saciada y había vivido en una angustia creciente, sin descanso ni júbilo, a pesar de su obstinación en asegurar que se sentía feliz con el vacío de su quimera. Aun ahora no confesaba la decepción de las largas oraciones sobre las frías losas de las capillas y de las inútiles confesiones que burlaban su esperanza de sentir por fin en su carne y en su sangre la carne y la sangre de Jesús, ya suyo en una unión de eterna alegría. Pero la Naturaleza iba reconquistándola, poco a poco, cotidianamente, con lo que la devolvía a la salud y al amor humano, mientras el antiguo veneno del misticismo se iba eliminando tras cada nuevo fracaso de la mentira religiosa. El padre Teodosio, tan peligroso, había sido rechazado, y el abate Quandieu, tan bueno, resultaba ineficaz. Y Genoveva, en medio de sus dudas y desconciertos, continuaba aturdiéndose con algunas prácticas religiosas muy pesadas y amargas, porque no comprendía aún que se había despertado en ella el amor a Marcos, una sed inmensa de descansar en sus brazos de esposo y de padre, en esa única verdad que hace del hombre y de la mujer la pareja de la salud y de la alegría.

Desde entonces los disgustos entre la señora de Duparque y Genoveva estallaron más frecuentemente. La abuela se daba cuenta de que se le escapaba la nieta. La sometía a una estrecha vigilancia, la tenía poco menos que presa, pero la nieta, a la menor disputa, se encerraba en su cuarto, dando un fuerte portazo, y allí, entregada a sus pensamientos, ni siquiera contestaba cuando la terrible abuela venía a golpear la puerta con el puño. Dos domingos seguidos se encerró así, negándose a acompañar a la señora de Duparque a la iglesia, a pesar de sus súplicas, seguidas de amenazas. La señora de Duparque, a los setenta y ocho años, seguía siendo la devota intransigente, trastornada por una larga vida dedicada al servicio absoluto de la Iglesia. Educada por una madre muy severa, cuando contrajo matrimonio con Duparque, que no pensaba más que en su comercio y era áspero e incapaz de tratar cariñosamente a su esposa, sus sentidos estaban dormidos y tardaron en despertar. Durante más de veinticinco años tuvo el matrimonio una tienda de mercería situada frente a la catedral de San Magencio, y frecuentada principalmente por una parroquia procedente de conventos e iglesias. Y fue entonces cuando, hallándose próxima a los treinta años, y viéndose tan poco amada por su marido, quien no supo halagar ni su corazón ni sus sentidos, se fue entregando paulatinamente a la religión, pues era demasiado honrada para tomar un amante. Tuvo buen cuidado de refrenar su sensualidad, procurando engañarla y satisfacerla con las ceremonias del culto, con el olor del incienso, con las oraciones exaltadas y las místicas citas con el rubio Jesús de las sagradas imágenes. Como no había conocido el apasionado abrazo del amante, le satisfizo el consuelo del suave trato con los sacerdotes, hombres con los cuales no se peca jamás, ni aun respirando su aliento y entregándoles la intimidad carnal del propio ser. Si los gustos piadosos y las palabras llenas de unción de su confesor la bañaban en perpetua alegría, sus

mismos rigores, las amenazas del infierno y de sus horribles tormentos comunicaban también a su carne castigada un estremecimiento delicioso. Creyendo con fe ciega, amoldándose estrictamente a las más severas penitencias, no sólo proporcionaba satisfacción a sus mortecinos sentidos, sino que hallaba también el dominio y el sostén que eran necesarios a su condición de débil mujer. La Iglesia lo sabe perfectamente: no conquista solamente a la mujer por el sensualismo que despliega en el culto, sino atemorizándola, tratándola brutalmente como a una esclava que, acostumbrada desde hace siglos a los golpes, ha terminado por hallar cierto amargo deleite en la esclavitud. La señora de Duparque, acostumbrada desde la cuna a la obediencia, fue hija sumisa de la Iglesia; pasó a la condición de ser una de las criaturas de quienes ésta recela siempre, a quienes aterra y sujeta a rígida disciplina; fue, en una palabra, el dócil instrumento con que se conquista al hombre. Cuando quedó viuda y realizó su pequeño capital, algo comprometido, se instaló en Maillebois, y ya no tuvo en su vida, que momentáneamente había quedado ociosa, más ocupación ni más distracción que aquella devoción autoritaria, donde ella se consolaba de su existencia de mujer sin alegrías. Y en la ruda violencia con que pretendía^ imponer a su nieta Genoveva su culto estrecho y glacial entraba en gran manera la nostalgia de aquella felicidad amorosa que ella no había conocido jamás y el odio a la emancipación de la mujer, que ella hubiese deseado impedir a la joven como un infierno desconocido, quizá delicioso, pero donde no debía poner nunca los pies.

Pero entre la abuela y la nieta, entre la devota testaruda y la creyente próxima a emanciparse estaba la madre, la triste señora de Berthereau. En apariencia era otra devota sumisa a la regla, conquistada por la Iglesia desde su nacimiento. No había descuidado las prácticas religiosas un solo día, pues su marido, el librepensador Berthereau, el amigo de Salvan, llevó su debilidad, en su tierna adoración por ella, a acompañarla a misa. Pero la madre de Genoveva conoció el amor de aquel hombre exquisito, la ardiente pasión de que la rodeaba a todas horas y quedó impregnada de ella, poseída, palpitante por aquel amor. Y después de tantos años de su muerte ella seguía perteneciéndole por entero, no viviendo nada más que de su recuerdo, y terminaba solitariamente su existencia de mujer en brazos de su querida sombra. Esto explicaba sus prolongados silencios, la resignación con que se había conformado a no ser nadie en aquella silenciosa y triste casita, en donde se refugió con su hija, como podía haberse retirado a un convento. Ni aun se le había ocurrido volverse a casar, y se había vuelto otra señora de Duparque, de religión rígida y meticulosa, siempre vestida de negro, con la cara color de cera y el aire abatido de mujer sometida a la dura mano de la abuela, que pesaba sobre toda la casa. A veces, a duras penas se marcaba en su boca una amarga arruga, y en sus ojos humildemente fijos en el suelo fulgía un fugitivo resplandor de rebelión, cuando el muerto adorado, resucitando en ella, le infundía la atroz añoranza de la antigua felicidad en aquel helado desierto de prácticas religiosas en que lentamente agonizaba. Y había sido necesario, en aquellos

últimos años, el horroroso martirio de su hija Genoveva, al que ella asistía, aquella lucha de la mujer cuya alma se debatía entre el sacerdote y el marido, para sacarla de su prolongado abandono de reclusa, muerta para las zozobras mundanas, e infundirle el valor necesario para enfrentarse con su madre.

Mientras tanto, la señora de Berthereau se sentía morir y, personalmente, casi la hacía feliz aquella emancipación. Pero viendo que sus fuerzas disminuían por momentos, sentía mayor desesperación al ver que dejaba a Genoveva en manos de la señora de Duparque y presa del horrible tormento en que se debatía. ¿Qué sería de su pobre hija cuando ella no existiera ya, en aquella terrible esclavitud, en aquella implacable casa en que se agonizaba lentamente y donde ella tanto había padecido? Se le hacía intolerable la idea de partir sin haber hecho nada para salvar a Genoveva y ayudarla a recobrar algo de su salud y de su felicidad. Y tanto le acosaba aquella pena, que tuvo energías para desahogarse una tarde en que aún se encontraba con fuerzas para hablar, aunque sólo podía hacerlo en voz baja y lentamente.

Era una tarde del mes de septiembre, cálida y lluviosa. Caía la noche, y la pequeña alcoba, de una sencillez casi monacal, con sus antiguos muebles de nogal, iba obscureciéndose poco a poco y quedando envuelta en pálido crepúsculo. Y como la enferma no podía hallarse acostada, porque le faltaba enseguida la respiración, estaba sentada en un diván, con la espalda apoyada en una almohada. Aunque apenas tenía cincuenta y seis años, su largo rostro, marchito y triste, y su pelo, blanco como la nieve, le hacían parecer muy vieja, cual si el vacío de su vida le hubiese ajado y descolorido. Genoveva estaba a su lado, sentada en un sillón, y Luisa acababa de entrar llevando una taza de leche, único alimento que la enferma podía tolerar ya. Un pesado silencio parecía invadir la casa, y el último toque de la campana de los capuchinos acababa de extinguirse en la pequeña plaza, siempre desierta.

—Hija mía —dijo la señora de Berthereau con voz muy débil y muy lenta—, ahora que estamos solas te ruego que me escuches. Tengo muchas cosas que decirte, y ya es hora de que lo haga.

Genoveva, sorprendida e inquieta por aquel esfuerzo de la enferma, quiso interrumpirla. Pero ante su ademán resuelto, dijo simplemente:

—Mamá, ¿quieres hablarme a mí sola o quieres que se quede también Luisita?

La señora de Berthereau guardó silencio unos segundos. Luego volvió la cabeza hacia la jovencita, muy alta ya y muy linda, que la miraba con profunda ternura con sus ojos francos bajo su despejada frente, y terminó por decir:

—Prefiero que Luisa se quede. Tiene ya diecisiete años y es bueno que ella se entere también… Mi querida nenita, ven a sentarte aquí, cerca de mí.

Cuando tuvo a su nieta sentada a su lado en una silla, cogió una mano a Genoveva y le dijo dulcemente:

—Sé lo sensata y lo buena que eres; y aunque alguna vez te haya censurado, reconozco tu sinceridad… Pues bien: hoy, que noto cómo se acerca mi última hora, no creo más que en la bondad.

Quedó un momento ensimismada, como si tratara de coordinar sus pensamientos. Volvió los ojos hacia la abierta ventana, hacia el cielo empalidecido, cual si viese reflejado en el adiós del sol toda su larga vida de resignación y de melancolía. Luego miró nuevamente a su hija, que la contemplaba fijamente, con aire de infinita compasión.

—Genoveva mía, me apena dejarte tan desgraciada… No digas que no; he oído muchas veces tus sollozos, de noche, cuando no podías dormir. Me doy cuenta de tu angustia, de tus congojas, de la lucha que sostienes… Hace muchos años que sufres, sin que yo haya tenido el valor de acudir en tu auxilio.

Copiosas lágrimas derramaron los ojos de Genoveva. Aquella evocación de sus sufrimientos en aquella hora solemne la trastornó por completo.

—Mamá, te lo ruego, no pienses en mí. Yo no tengo más pena que la de perderte.

—¡No, hija mía! A todos nos llega la vez, contentos o desesperados, según la vida que se haya hecho. Por eso es necesario que los que se quedan procuren no sufrir inútilmente cuando todavía pueden ser felices.

Y uniendo las manos, las elevó en un ademán de fervorosa súplica:

—¡Hija mía! Te suplico que no permanezcas ni un día más en esta casa. Apresúrate, coge a tus hijos y vuelve con tu marido.

Genoveva no tuvo tiempo de contestar, pues una gran sombra negra se había interpuesto entre ella y la enferma. Era la señora de D upar que, que acababa de entrar sin producir ruido alguno. Andaba siempre acechando por la casa y se desesperaba en cuanto no sabía dónde estaban Genoveva y Luisa, obsesionada siempre por la idea del pecado. Si se ocultaban, no sería para nada bueno. Y, sobre todo, no consentía que estuvieran mucho tiempo juntas en la habitación de la señora de Berthereau, por miedo de que se dijera allí algo prohibido. Había subido de puntillas, y con el oído atento logró coger algunas palabras, abriendo la puerta cuidadosamente para sorprenderlas «in fraganti».

—¿Qué dices, hija? —preguntó imperiosamente, con su voz seca, trémula por la cólera.

Esta repentina intervención hizo palidecer a la enferma más aún, mientras Genoveva y Luisa se quedaron cortadas y muy inquietas por lo que iba a suceder.

—¿Qué dices, hija? —repitió—. ¿No sabes que te oye Dios?

La señora de Berthereau se había reclinado nuevamente sobre las almohadas y cerraba los ojos, como para cobrar nuevos ánimos. Ella esperaba hablar con Genoveva a solas, no librar batalla con la terrible abuela. Toda su vida se la había pasado procurando huir de aquel choque, de aquella lucha, en la que se veía vencida de antemano. Pero como no le quedaban ya más que unas cuantas horas para ser valiente y buena, abrió nuevamente los ojos y se atrevió a decir:

—¡Que Dios me oye, madre mía!… Creo cumplir mi deber diciendo a Genoveva que coja a sus hijos y vuelva con su marido, pues su salud y su única felicidad están allí, en el hogar que abandonó tan imprudentemente.

Haciendo un gesto violento, la señora de Duparque quiso interrumpirla desde las primeras palabras. Luego, atemorizada quizá por la majestad de la muerte, que llenaba ya con su hálito la alcoba, confusa ante el grito de aquella pobre criatura esclavizada cuya razón y cuyo amor se sublevaban en su última hora, dejó que acabase la moribunda. Seguidamente hubo unos minutos de profunda angustia. Aquellas mujeres representaban cuatro generaciones.

Las cuatro tenían aire de familia, pues eran altas, de cara alargada y de nariz algo saliente. Pero la señora de Duparque, con las mandíbulas fuertes, con las mejillas surcadas por rígidas arrugas y con setenta y ocho años, había enflaquecido y empalidecido en las prácticas de su estrecha devoción, mientras la señora de Berthereau, que acababa de cumplir los cincuenta y seis años, más gruesa y al mismo tiempo más esbelta, a pesar de la enfermedad, conservaba en su descolorido rostro la dulzura de aquel amor que había gustado un instante y del que llevaba eterno luto. Tras aquellas dos mujeres morenas y severas había nacido Genoveva, afinada por su padre, rubia, alegre, cariñosa y simpática, todavía apetecible, habiendo cumplido los treinta y siete años. Y Luisa, la última, que también era morena, pero con vislumbres dorados como Marcos, tenía también la frente despejada y los grandes ojos ardientes, donde brillaba la pasión de la verdad, tal como le ocurría a su padre. En cuanto a lo moral, también había una evolución, pues la abuela era una sierva absoluta de la Iglesia, pasivo instrumento de error y de esclavitud, con la carne y el espíritu domados; la hija practicaba también la religión, siempre sometida, pero ya estaba conturbada y atormentada por haber conocido la dicha humana; la nieta era un pobre corazón que luchaba, una pobre mentalidad donde el catolicismo libraba su postrer combate, dislacerada entre el engañoso vacío de su educación mística y la viva realidad de su amor de esposa y de su ternura de madre, por lo que necesitaba todas las fuerzas su ser para emanciparse; por último, la bisnieta ya era libre, había escapado a la tutela del sacerdote sobre la mujer y el niño y había vuelto a la Naturaleza, a la gloriosa y benéfica acción del sol, lanzando un grito de juventud y de salud.

La señora de Berthereau prosiguió con su voz queda y lenta:

—Óyeme, Genoveva. ¡No sigas aquí! En cuanto yo me muera, vete, ¡vete enseguida!… Mi desgracia empezó el día en que perdí a tu padre. ¡Él sí que me quería! Y las únicas horas en que he vivido fueron las que pasé con él, entre sus brazos. Muchas veces me he arrepentido de no haber disfrutado más de ellas, pues por mis necios errores ignoraba lo que valían y sólo comprendí cuán deliciosas, cuán únicas eran al verme aquí, viuda, sin amor, apartada del mundo… ¡Oh, qué horrible frialdad la de esta casa donde tanto he sufrido! ¡Qué silencio, qué sombra, en que me he ido muriendo hora tras hora, sin atreverme siquiera a abrir la ventana para respirar un poco de aire puro, pues tan cobarde y necia fui!

De pie e inmóvil, la señora de Duparque no osaba interrumpirla. Aquel grito de dolorida rebelión le arrancó, sin embargo, un ademán de protesta:

—Di todo lo que quieras, hija… No te lo impido, pero lo mejor será que venga el padre Teodosio, si es que quieres confesarte… Si no eras toda de Dios, ¿por qué viniste a refugiarte en mi casa? ¿No sabías que aquí no hallarías más que a Dios?

—Me he confesado —contestó dulcemente la moribundo— y no quiero morirme sin recibir la extremaunción, pues pertenezco por entero a Dios, y ahora no puedo ser más que suya… Aunque padecí mucho con la pérdida de mi marido, nunca me arrepentí de haber venido a esta casa. ¿Dónde iba a ir? No tenía otro refugio, y estaba demasiado dominada por la religión para que, ni por un instante, se me ocurriese buscar en otra parte la felicidad. Mi vida, por tanto, ha sido lo que necesariamente tenía que ser… Pero mi hija también padece como yo, y como es libre y tiene un marido que la adora, no quiero que se repita en ella mi triste historia, que viva en esta triste soledad en que yo he ido agonizando lentamente… ¿Me oyes, me oyes, hija mía?

Y con ademán de tierna súplica extendió sus pobres manos, que parecían de cera, con lo que Genoveva cayó de rodillas a su lado, tan trastornada por aquella extraordinaria escena, por aquel emocionado despertar del amor en la hora de la muerte, que gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Mamá, mamá! ¡No te apures por mis penas, te lo suplico por Dios! Se me parte el corazón al ver que no piensas más que en mí, cuando todos estamos aquí, a tu lado, sin otro deseo que darte algún consuelo para que no estés tan apenada.

Pero la señora de Berthereau, que cada vez iba exaltándose más, cogió a Genoveva la cabeza y la miró a los ojos muy de cerca:

—No, no; quiero que me sigas escuchando… La única alegría que puedes darme antes de abandonarte es la de irme con la seguridad de que tú no vas a repetir aquí mi inútil sacrificio y mi martirio. Dame ese último consuelo, hija mía; no me dejes morir sin prometérmelo formalmente… Ya me oyes, y te lo repetiré mientras me queden fuerzas para ello. Escápate de esta casa de opresión y muerte y vuelve a tu hogar, junto a tu marido. Devuélvele sus hijos y quereos mucho, con toda vuestra alma. Allí es donde están la vida, la verdad y la dicha… Te lo suplico, hija mía. ¡Prométeme, júrame que cumplirás mi último deseo!

Y como Genoveva, trastornada y ahogada por los sollozos, no respondiera, se volvió hacia Luisa que, muy conmovida también, había ido a arrodillarse al otro lado del diván.

—Ayúdame tú, nietecita querida… Sé cuáles son tus ideas. He visto tus esfuerzos; he visto lo que has trabajado para que tu madre volviera a su casa. Tú eres un hada, una mujercita muy buena y muy sensata que ha hecho cuanto ha podido para que tuviéramos un poco de tranquilidad las cuatro… Tu madre tiene que prometérmelo, ¿verdad? ¡Dile que me dará una gran alegría prometiéndome ser nuevamente feliz!

Luisa había cogido las manos de la pobre señora, y se las besaba balbuceando:

—¡Oh, abuela, abuelita adorada, qué buena eres y cuánto te quiero!… Mamá se acordará de tu última voluntad, reflexionará y se guiará por su corazón, tenlo por

seguro.

La señora de Duparque, muy tiesa, no pestañeaba. En su helado rostro, surcado por grandes arrugas, sólo los ojos tenían vida. Iba encendiéndose en ella una furiosa ira, a medida que trataba de contenerse para no hablar duramente a la moribunda. Al cabo rezongó sordamente:

—¡Callaos las tres! ¡Sois unas impías desgraciadas que os rebeláis contra Dios y que seréis castigadas con las llamas del infierno!… ¡Callaos! ¡No quiero oír una palabra más! ¡Yo soy aquí el ama, porque soy la abuela! A ti, hija mía, tu enfermedad te trastorna. ¡Quiero suponerlo así!… Tú, nieta, tienes a Satanás metido en el alma, pero te disculpo que no hayas podido expulsarle por completo, a pesar de tus penitencias. Y a ti, bisnieta mía, espero salvarte de la perdición cuando tenga libertad para corregirte… ¡Callaos, hijas! Sin mí no existiríais. Por eso os lo mando, ¡y sería un nuevo pecado mortal desobedecerme!

Se erguía nuevamente y hablaba con imperioso acento en nombre de su Dios de ira y de venganza. Pero su hija, viéndose libre ya por la muerte próxima, se atrevió a seguir, no obstante la prohibición.

—Hace más de veinte años que te obedezco, madre. Hace más de veinte años que callo. Y si no viese llegar mi última hora, quizá tendría la cobardía de seguir obedeciendo y callando… Pero es demasiado: todo lo que me he atormentado, todo lo que no he dicho, me ahogaría debajo de tierra. No puedo llevármelo. Aunque no quisiera, se escaparía de mis labios lo que tanto tiempo he callado… ¡Ay, hija mía, te lo pido de rodillas! ¡Prométemelo, prométemelo!

La señora de Duparque, fuera de sí, gritó con voz tonante:

—Genoveva: yo, tu abuela, te prohíbo contestar.

Luisa, viendo que su madre seguía sollozando, presa del más horroroso combate interior, con la cara oculta entre las ropas del sillón, se atrevió a contestar con firmeza no exenta de respeto:

—Hay que ser buena con la pobre abuelita, que está tan mala. Mamá padece mucho también y es una crueldad afligirla así… Cada uno debe hacer lo que le dicte su conciencia.

Entonces, sin dar tiempo a la señora de Duparque para que de nuevo interviniese, Genoveva, con el corazón enternecido por la dulzura y el valor que mostraba su hija, alzó la cabeza y besó apasionadamente a la moribunda.

—¡Mamá, mamá, tranquilízate! ¡No quiero que por culpa mía te lleves esa amargura!… Te prometo, sí, acordarme de tu deseo; te prometo hacer lo que me aconseje el cariño que te tengo… Sí, sí, tienes razón; el amor y la bondad son la única verdad.

Y mientras la señora de Berthereau, rendida por aquel esfuerzo, pero con el rostro iluminado por una divina sonrisa, apretaba a su hija contra su pecho, la señora de Duparque hizo el último gesto amenazador. Había anochecido totalmente y la alcoba no tenía más luz que el débil resplandor del vasto y puro cielo, con sus primeras

estrellas; por la abierta ventana penetraba el profundo silencio de la abierta plazoleta, donde no se oía más risa que la de un niño. Y en medio de aquella paz de las cosas, por entre la cual pasaba el hálito augusto de la muerte próxima, la abuela, testaruda, ciega y sorda, añadió:

—¡No sois ya nada mío, ni hija, ni nieta, ni bisnieta! ¡Vais a la perdición eterna, empujándoos una a otra! ¡Andad, andad! ¡Dios os rechazará, y yo reniego de vosotras!

Y se fue, dando un terrible portazo. En la obscura habitación quedaron la madre agonizante, con su hija y su nieta, unidas en el mismo abrazo… Y durante largo tiempo lloraron las tres juntas, no sin que en sus lágrimas se mezclara cierta triste delicia a su gran dolor.

Dos días más tarde murió cristianamente la señora de Berthereau, después de haber recibido la extremaunción, como deseaba. En el funeral se notó el aspecto severo de la señora de Duparque, vestida de rigurosísimo luto. Sólo la acompañó Luisa, pues Genoveva tuvo que volver a meterse en cama a consecuencia de una conmoción tan grande, que apenas la dejaba ver ni oír. Tres días pasó así, acostada, con la cara vuelta hacia la pared, sin querer contestar a nadie, ni siquiera a su hija. Debía de padecer horriblemente, suspiraba, y grandes lloros la estremecían toda. Cuando subía la abuela y se obstinaba en permanecer allí horas y horas, sermoneándola y predicándole la necesidad de aplacar la ira de Dios, asaltaban a Genoveva crisis más violentas aún, con gritos y convulsiones. Y Luisa, deseando ahorrar a su madre tal martirio en aquellos momentos de suprema y desgarradora lucha, acabó por cerrar la puerta y constituirse en centinela, a fin de que nadie pudiese penetrar en la alcoba.

Al cuarto día se produjo el desenlace. Pelagia era la única persona que conseguía entrar en la habitación para ciertos menesteres domésticos. Tenía sesenta años, había adelgazado con la edad, quedándose amojamada, y su cara, de gran nariz y delgados labios, era repelente. Habíase vuelto insufrible, siempre estaba refunfuñando, tiranizaba hasta a su terrible ama y ahuyentaba a las asistentas que ésta tomaba para que la ayudasen. La señora de Duparque la conservaba como un antiguo instrumento suyo, pues siempre la había tenido a su lado, y se figuraba que no podría vivir sin aquella mujer, sin aquella esclava a quien utilizaba como una especie de prolongación de su dominio sobre cuanto la rodeaba. Era su espía, la ejecutora de sus caprichos, a cambio de lo cual tenía que resignarse a pertenecería en cierto modo y a sufrir sus malos humores y la añadidura de disgustos y tristezas con que llenaba la casa aquella criada.

En la mañana del cuarto día, después del desayuno, Pelagia, que había subido a recoger los cacharros, corrió asustada a decir a su ama:

—¿Sabe la señora lo que pasa arriba?… Están haciendo los baúles.

—¿La madre y la hija?

—Sí, señora. Y no se ocultan, ¿eh? La hija sale, va y viene de su alcoba, llevando brazadas de ropa blanca… Si quiere subir la señora, la puerta está abierta de par en par.

Sin decir palabra, con aire glacial, subió la señora de Duparque. Y, en efecto, encontró a Genoveva y Luisa que se estaban dando mucha prisa en llenar dos baúles como para irse inmediatamente, mientras Clementito, que apenas tenía seis años, estaba sentado en una silla con mucha formalidad, mirando los preparativos. Al entrar la abuela, ellas se limitaron a levantar la cabeza y siguieron ocupadas en su tarea.

Al cabo de un instante de silencio, la señora de Duparque, más tiesa y severa que nunca, pero sin aparentar en su semblante la menor alteración, preguntó:

—Por lo visto te sientes mejor, Genoveva…

—Sí, abuela. Todavía tengo fiebre, pero si sigo encerrada aquí, no me curaré nunca.

—Y has decidido irte, según veo… ¿Adónde vas?

Genoveva levantó otra vez la cabeza. Tenía los ojos encendidos y estaba temblorosa.

—Voy adonde prometí a mi madre que iría. Hace cuatro días que me consumo luchando.

Siguió un silencio.

—No me pareció formal aquella promesa, pues creí que se trataba sólo de un consuelo… ¿De modo que vuelves a casa de ese hombre? ¡Verdaderamente tienes bien poco orgullo!

—¡Ah! ¡Orgullo! Ya lo sé; por el orgullo me has retenido desde hace mucho tiempo, ¿no? Yo también lo he tenido y me ha hecho pasar noches enteras llorando, sin querer confesar mi error… Pero, al fin he comprendido que mi orgullo era estúpido y que me martirizaba demasiado estérilmente.

—¡Desgraciada! ¿Ni la oración ni la penitencia han podido librarte del veneno? El veneno vuelve a apoderarse de ti, y te condenará a las penas eternas si vuelves a caer en tu abominable pecado.

—¿De qué veneno hablas, abuela? Mi marido me adora, y yo, por más que he luchado, le sigo queriendo también. ¿Es ése el veneno?… He luchado cinco años, queriendo entregarme por completo a Dios. Y ¿por qué no ha llenado Dios la atroz soledad de mi alma, en la que yo me esforzaba en hacer el vacío para recibirle a él solo, como único dueño y señor? Con la religión no he satisfecho ni mi felicidad de esposa ni mi cariño de madre. Y si vuelvo a esa felicidad y a ese amor, es por el desengaño que hallé en el cielo, donde no he encontrado más que decepción y mentira…

—¡Blasfemas, hija! Y serás castigada con crueles dolores… Si ese veneno que te atormenta no viniera de Satanás, entonces tendría que venir de Dios. Te abandona la fe y estás en camino de la negación, de la perdición total.

—Es verdad. Hace meses que voy dejando de creer un poco cada día. No me atrevía a confesármelo a mí misma, pero ha sido un cambio lento que, en medio de mis amarguras, me iba arrebatando mis creencias de niña y de joven… ¡Es singular! Toda mi infancia llena de quimeras, toda mi juventud devota habían despertado en mí con el afán de los hermosos misterios, de las ceremonias del culto y el ardiente deseo de Jesús cuando vine a refugiarme aquí. Y cuando pude otra vez sumirme en el más allá de los misterios, cuando quise entregarme a Jesús entre cánticos y flores, aquellos ensueños fueron palideciendo poco a poco y se convirtieron en engañosas imaginaciones que no satisfacían ya en nada mi ser viviente… Sí: el veneno ha sido aquella educación primera, aquel error en que me crié, y cuyo despertar me ha hecho padecer tanto, error del que curaré el día en que pueda eliminar el fermento maligno… Pero ¿curaré?… ¡Estoy tan resentida aún!

La señora de Duparque procuraba contenerse, comprendiendo que una violencia por su parte consumaría el rompimiento entre ella y aquellas dos mujeres, que eran las únicas personas que quedaban de su familia, aparte del niño, que seguía muy seriecito sentado en su silla, escuchando y sin entender lo que decían. Quiso, pues, intentar el último esfuerzo dirigiéndose a Luisa.

—¡Tú, pobre niña, eres quien me da más lástima! Me horroriza pensar en el abismo de abominaciones al cual vas a arrojarte… Si hubieras hecho la primera comunión se habrían evitado todos estos males. Dios nos castiga por no haber sabido vencer tu resistencia impía. Pero todavía es tiempo… ¿Qué gracias no obtendrías de su infinita misericordia el día en que te sometieras y te acercaras a su sagrada mesa como humilde esclava suya?

La joven contestó con mucha dulzura:

—¿Para qué insistes en eso, abuela? Sabes ya la promesa formal que hice a papá. Mi respuesta tiene que ser siempre la misma: a los veinte años decidiré, si entonces tengo fe.

—Pero ¡pobre desdichada, si vuelves a tu casa, a casa de ese hombre que os ha perdido a las dos, tu contestación la sé de antemano! ¡Te quedarás sin creencias, sin religión, como un animal!

En vista del silencio deferente de la madre y la hija, las cuales, para no prolongar más aquella discusión inútil y penosa, habían vuelto a arreglar sus baúles, la abuela manifestó un supremo deseo suyo.

—Bien. Si estáis resueltas a marcharos las dos, dejadme al menos al niño, dejadme a Clementito. Será el rescate de vuestra locura, le educaré en el santo temor de Dios y haré de él un santo, un sacerdote. Así no me quedaré sola y seremos dos para rezar y pedirle a Dios que os libre de su divina cólera en el día terrible del juicio.

Genoveva se irguió vivamente y replicó:

—¿Dejarte al niño? Pero ¡si es el mayor motivo que tengo para irme! No sé cómo educarle y quiero devolvérselo a su padre para que nos pongamos de acuerdo y tratemos de hacer de él un hombre… ¡No, no, me lo llevo!

Luisa se adelantó a su vez hacia la abuela con aire muy tierno y muy respetuoso, pero firme.

—¿Por qué dices que te quedas sola, abuela? Nosotras no queremos abandonarte y vendremos a verte con frecuencia; todos los días, si tú quieres. Te querremos mucho y procuraremos demostrarte cuánto deseamos verte feliz.

Entonces la señora de Duparque no pudo contenerse por más tiempo. La ira, que tantos esfuerzos le costaba reprimir, se desbordó, manifestándose en rabiosas palabras.

—¡Basta! ¡Callaos! ¡No quiero oíros más! Hacéis bien, despachad pronto vuestros baúles y marchaos… ¡Marchaos los tres, os echo!… ¡Marchaos con vuestro adorado réprobo, con ese bandido que ha escupido tanta baba contra Dios y sus ministros, para salvar a ese asqueroso judío, dos veces condenado!…

—¡Simón es inocente! —gritó Genoveva, exaltándose a su vez—. ¡Y los que han hecho que le condenen, unos embusteros y unos falsarios!

—¡Sí, ya sé que el proceso es lo que te ha perdido nuevamente y lo que nos separa! ¡Como crees inocente al judío no puedes seguir creyendo en Dios! Tu necia justicia es la negación absoluta de la autoridad divina… Pero eso ha concluido todo entre nosotras. ¡Vete, vete con tus hijos! ¡No deshonréis más esta casa ni atraigáis más la cólera divina sobre ella! Vosotros sois la única causa de las desdichas que han ocurrido aquí… Y, sobre todo, jamás volváis a poner aquí los pies… Os echo, os echo para siempre. En cuanto hayáis traspasado el umbral no volváis a llamar a la puerta, porque no se os abrirá. No tengo ya ni nieta ni bisnietos, ni tengo familia. Viviré y moriré sola.

Y aquella mujer, que pronto cumpliría ochenta años, erguía su elevada estatura con feroz energía y hablaba con voz fuerte aún y ademanes dominantes. Maldecía, castigaba, exterminaba, como su Dios de ira y de muerte. Y bajó con implacable resolución y fue a encerrarse en su cuarto, esperando a que los últimos hijos de su carne se alejasen para siempre.

Precisamente aquel día recibió Marcos la visita de Salvan, que le encontró en la gran sala de la clase, iluminada por el claro sol de septiembre. Las clases iban a dar comienzo dentro de diez días, y Marcos, aunque esperaba de un momento a otro su destitución, estaba repasando sus cuadernos y sus apuntes, como si preparara las tareas del nuevo curso. Pero al notar el semblante grave, aunque sonriente, del director de la Escuela Normal, comprendió enseguida lo que ocurría.

—Es ya cosa hecha, ¿verdad?

—Sí, amigo mío. ¡Todo sea por Dios! Le Barazer ha puesto a la firma toda la combinación, un verdadero cambio… Jauffre deja la escuela de Jonville y viene a Beaumont, que es un bonito ascenso. El clerical Chagnat pasa de Moreux a Dherbecourt, lo cual es escandaloso, tratándose de semejante mastuerzo… A mí me jubilan, sencillamente para dejar paso franco a Mauraisin, que por fin se sale con la suya. Y usted, amigo mío…

—A mí me destituyen.

—No, no, le postergan solamente. Le vuelven a enviar a usted a Jonville para substituir a Jauffre. Y a su auxiliar de usted, Mignot, a quien alcanza también el castigo por haberse comprometido, le mandan a Moreux a reemplazar a Chagnat.

Marcos, que no esperaba aquella solución, exclamó con alegre sorpresa:

—¡Pues por mí, contentísimo!

Salvan, que había venido ex profeso a anunciarle la noticia, se reía bondadosamente.

—¡Ahí está la política de Le Barazer! Esto era lo que tramaba, mientras procuraba ganar tiempo, según su costumbre. Ha satisfecho al terrible Sangleboeuf y a todos los reaccionarios del departamento dando mi plaza a Mauraisin y ascendiendo a Jauffre y a Chagnat. Eso le ha permitido sostener a usted y a Mignot, de manera que, aunque parece castigarles, no les desautoriza por completo. Además, deja aquí a la señorita Madine y ha hecho que nombrasen para la vacante de usted a Joulic, uno de mis mejores alumnos, de espíritu muy sano e inteligencia muy independiente, de modo que, para lo sucesivo, Maillebois, Jonville y Moreux quedan dotados de excelentes trabajadores, llenos de celo en pro de la labor para lo porvenir… ¿Qué quiere usted? Le repito una vez más que a Le Barazer no hay manera de hacerle variar: hay que tomarle tal como es, y todavía hay que agradecerle sus términos medios…

—¡Yo, encantado! —contestó Marcos—. Lo que verdaderamente me afligía era tener que dejar la enseñanza. Desde esta mañana tenía el corazón en un puño, acordándome de la proximidad del nuevo curso… y pensando dónde estaría yo entonces y qué haría. Siento dejar aquí alumnos a quienes quiero, pero me consolaré hallando allí a otros a quienes querré también. ¿Y qué me importa la humildad de la escuela si puedo continuar allí la obra de toda mi vida, la buena siembra, que es lo único que puede darnos la futura cosecha de verdad y de justicia?… Sí, sí, volveré a Jonville de buena gana y animado de nuevas esperanzas…

Y alegremente se puso a pasear por la sala espaciosa y clara, llena de sol, como si tomara posesión otra vez de la misión de maestro, cuyo abandono forzoso tanto le había contristado. Y, en un simpático arranque de juvenil alegría, se lanzó al cuello de Salvan y le abrazó. Precisamente apareció entonces Mignot, quien, seguro de que sería también destituido, andaba buscando colocación hacía días y volvía desesperado por haber dado otro paso en balde, pues no le había querido admitir el director de una fábrica próxima. Cuando se enteró de que le nombraban maestro de Moreux se puso también muy alegre.

—¡Moreux, Moreux, un verdadero país de salvajes! Pero ¡no importa! Veremos de civilizarlos un poco. Además, no nos separaremos, pues apenas hay cuatro kilómetros de distancia, y eso se anda pronto. Crean ustedes que eso es lo que más me satisface.

Marcos se había calmado, pero renacía otra vez el dolor en su espíritu y se le nublaron los ojos nuevamente. Hubo un instante de silencio, en el que los otros dos hombres sintieron pasar el escalofrío de las esperanzas aplazadas, de las heridas sin cicatrizar, en medio de las ruinas. Antes de recobrar la dicha perdida ¡cuán dura sería aún la lucha y cuántas lágrimas costaría! Los tres permanecían silenciosos. Y Salvan, de pie ante la gran ventana llena de sol que daba a la plaza, parecía cavilar tristemente al ver su impotencia para producir mayor suma de felicidad.

—¡Hola! —exclamó de repente—. ¿Espera usted a alguien?

—¿Cómo? ¿Que si espero a alguien? —preguntó Marcos.

—Sí, abajo hay un carrito de mano con baúles.

Se abrió la puerta. Todos se volvieron y entró Genoveva llevando de la mano a Clementito, con Luisa a su lado. Fueron tan grandes la emoción y la sorpresa, que al principio nadie pudo decir una palabra. Marcos temblaba. Genoveva pudo pronunciar al cabo con voz entrecortada:

—Te traigo a tu hijo, Marcos mío. Sí, te lo devuelvo porque es tuyo, es de los dos. Tratemos de hacerle hombre.

El niño extendió sus bracitos, y el padre, hondamente conmovido, le cogió y le apretó contra su corazón, mientras la madre, su esposa, añadía:

—Y yo vuelvo con él, Marcos mío. Dijiste bien al decirme que te lo devolvería y que volvería a reunirme contigo… La verdad ha sido la primera que me ha vencido. Y luego, lo que tú habías sembrado en mí ha germinado, sin duda, pues ya no tengo orgullo y aquí me tienes, porque te sigo queriendo como siempre… En vano intenté buscar otra felicidad: sólo en tu amor he hallado la vida. Fuera de nosotros dos y de nuestros hijos, sólo encontré locuras y miserias… Admíteme otra vez, Marcos, porque me entrego a ti como tú te entregaste a mí.

Avanzaba despacio e iba a echar los brazos al cuello de su marido, cuando se oyó la alegre voz de Luisita, que decía:

—¿Y yo, y yo, papá? ¡También estoy yo aquí!… No me olvidéis.

—¡Oh, sí, sí, aquí está nuestra alhaja querida! —dijo Genoveva—. ¡Si vieras cuánto ha trabajado, con qué dulzura y qué tino para conseguir esta dicha!

Y abarcando a Luisa en el mismo abrazo les besó a ella y a Marcos, que apretaba contra su pecho a Clementito. Los cuatro volvían a hallarse juntos por fin, apretados por el mismo lazo de carne y amor, como si un mismo corazón y un mismo aliento les animasen. ¡Qué gran emoción de verdadera humanidad, de alegría sana y fecunda sentíase en la gran sala, desnuda y vacía, que esperaba a la legión de chicos que traerían las próximas clases! A Salvan y Mignot, enternecidos por aquella escena, se les llenaron los ojos de lágrimas.

Por fin, Marcos pudo hablar, aunque el corazón se le subía a los labios.

—¡Ay, querida Genoveva! Cuando vuelves a mi es que estás curada. Ya sabía yo que sucedería esto. Te entregabas a esas prácticas religiosas cada vez más rígidas, usándolas como narcóticos tomados cada día en más altas dosis para adormecer la

naturaleza; pero, a pesar de todo, la sana naturaleza tenía que eliminar ese veneno el día en que otra vez volvieras a sentirte esposa y madre… Sí, sí, tienes razón: el amor te ha salvado y él te ha reconquistado del poder de esa religión de errores y muerte, del que agonizan desde hace dieciocho siglos nuestras sociedades.

Genoveva se echó a temblar otra vez, turbada e inquieta.

—¡Oh no digas eso, Marcos! ¿Quién sabe si estoy bien curada? Tal vez no curaré nunca por completo… Nuestra Luisa es la que, al fin, se ve libre. Comprendo que en mí es imborrable la mancha y que temblaré siempre de miedo a caer en el ensueño místico… Si he vuelto a nuestra casa y si me entrego a ti otra vez es para asirme de tu cuello y para que acabes la obra comenzada. Consérvame, modifícame, procura que nada pueda separarnos en lo sucesivo…

Volvieron a unirse en más estrecho abrazo, confundidos en un solo ser. ¿No era aquélla la gran obra de Marcos, consistente en rescatar a la mujer del poder de la Iglesia para darle junto al hombre su sitio verdadero de madre y compañera, pues la mujer emancipada es quien únicamente puede emancipar al hombre? Su esclavitud es la nuestra.

De pronto, Luisa, que había desaparecido un instante, volvió a abrir la puerta y entró, trayendo a la señorita Mazeline, que venía sonriéndose y jadeante.

—Mamá, la señorita Mazeline debe participar de nuestra alegría. ¡Si supieras cuánto cariño me ha demostrado, qué buena ha sido para nosotros y cuán útil nos fue!

Genoveva se adelantó y besó cariñosamente a la maestra.

—Ya sé… ¡Gracias, amiga mía, por todo lo que ha hecho usted por nosotros durante nuestras largas penas!

La buena de la maestra sonreía con los ojos llenos de lágrimas.

—No me dé usted las gracias, amiga mía. ¡Yo sí que le agradezco a usted la alegría que me da en estos momentos!

Salvan y Mignot sonreían también. Todos se dieron la mano. Y, como en medio de las palabras que salían a la vez de todos los labios, Salvan informara a la maestra de la combinación firmada la víspera, Genoveva exclamó alegremente:

—¿Conque volvemos a Jonville? ¿De veras?… ¡Oh, Jonville, aquel rincón escondido y encantador en que tanto nos quisimos, en que empezamos a vivir tan dichosos y donde fuimos tan felices…! ¡Qué buen augurio me parece volver allí para empezar otra vez una vida de cariño y de paz! Maillebois me alarmaba, pero Jonville es la esperanza segura.

Nuevos ánimos y una confianza infinita en lo porvenir inspiraron a Marcos un brioso arranque.

—¡El amor ha vuelto a nuestra casa! ¡Somos invencibles otra vez! ¡Por más que triunfen hoy la mentira, la iniquidad y el crimen, mañana será nuestra la victoria eterna!

# LIBRO CUARTO

# I

En octubre, Marcos, con serena alegría, fue a tomar posesión otra vez de su antiguo y modesto cargo de maestro de primera enseñanza en Jonville. Se había hecho en su espíritu una gran calma. Y nuevas esperanzas, nuevos alientos habían sucedido a la triste desesperación en que le había sumido el monstruoso fallo de Rozan.

Como jamás se consigue por completo un ideal, casi se reprochaba por haber supuesto un triunfo apoteósico. La humanidad no se desenvuelve, en efecto, dando soberbios saltos y mediante resultados gloriosamente teatrales. Era una quimera creer que la justicia iba a ser aclamada por millones de bocas de un pueblo, y figurarse el regreso del inocente entre una gran fiesta nacional que convirtiera la patria en una nación de hermanos. Todo progreso, incluso el más pequeño y legítimo, se ha conquistado mediante siglos de lucha. Todo paso hacia adelante de la humanidad ha necesitado torrentes de sangre y lágrimas, hecatombes de víctimas que se sacrificaran por la felicidad de las generaciones futuras. Y, por lo tanto, en esta lucha eterna contra las fuerzas del mal, no era lógico esperar una victoria decisiva, uno de esos golpes supremos con los que se realiza toda la esperanza y todo el ensueño de una humanidad fraternal justa.

Por lo demás, había acabado percatándose del considerable paso dado en el rudo y trabajoso camino del progreso. En mitad de la pelea, entre los ultrajes y las heridas, no siempre se ve el terreno ganado. Cuando uno se cree vencido, a lo mejor ha avanzado mucho y se encuentra próximo a la meta. Si bien la segunda condena de Simón en Rozan había parecido una horrible derrota, la victoria moral de sus defensores no había dejado de ser inmensa. Se consiguieron muchos bienes, entre ellos una unión de espíritus libres y corazones generosos, una ampliación de la solidaridad humana por todo el mundo, una siembra de verdad y de justicia que se cosecharía algún día, aun cuando la buena simiente hubiera de germinar en el surco durante prolongados inviernos. A duras penas, las castas reaccionarias habían salvado todavía por algún tiempo el podrido armazón del pasado a fuerza de mentiras y crímenes. Pero no por ello crujía menos por todas partes; el terrible golpe recibido acababa de rajarlo de arriba abajo, y los golpes sufridos acabarían derrumbándolo en un montón de repugnantes escombros.

Así es que, Marcos, sólo sentía no haber podido extraer del extraordinario proceso de Simón la admirable lección que hubiera podido enseñar al pueblo de una manera práctica y viva. Seguramente, jamás volvería a darse un caso tan completo y decisivo en que la complicidad de todos los poderes y de todas las opresiones se unieran para aplastar a un pobre hombre, a un inocente, cuya inocencia ponía en peligro el pacto de explotación humana firmado entre los poderosos de este mundo, y en que el crimen probado del sacerdote, del soldado, del magistrado, del ministro, se acumulasen para intentar engañar de nuevo al pueblo con el más extraordinario

conjunto de infamias, sin perjuicio de ser cogidos todos en flagrante delito de mentira y de asesinato y a punto de hundirse en un océano de fango. Por todo ello, el país se dividió en dos campos, estando a un lado la antigua sociedad, autoritaria y caduca, condenada a perecer, y a otro lado, la joven sociedad del porvenir, ya emancipada y siempre en busca de más verdad, de más justicia y de mayor paz.

Al reconocerse la inocencia de Simón, se derrumbaba de un golpe el pasado reaccionario y se mostraba el alegre porvenir a los ojos de la gente más sencilla, abiertos por fin. En ninguna época había entrado tan profundamente el hacha revolucionaria en el viejo y carcomido edificio social. Un impulso irresistible hubiese llevado la nación hacia la ciudad futura. En unos cuantos meses, el proceso de Simón hubiera hecho más por la emancipación del pueblo y por el reinado de la justicia que cien años de ardiente política. Y el dolor de haber visto que los hechos estropeaban y destruían entre sus manos aquella obra admirable tenía que ser imperecedero en el corazón de los combatientes.

Pero, como la vida continuaba, había que seguir luchando, había que luchar siempre. Se había dado un paso y quedaban otros por dar. Día por día, generalmente en la realidad amarga y obscura, el deber consistía en dar de nuevo sangre y lágrimas con objeto de ganar terreno pulgada a pulgada sin tener la recompensa de presenciar jamás la victoria. Marcos aceptaba este sacrificio ya sin la esperanza de ver la inocencia de Simón reconocida legalmente, definitiva y triunfal para el pueblo en la nación entera. Comprendía la imposibilidad de resucitar el asunto, dadas las pasiones del momento, pues estaba seguro de que volverían a empezar las atroces campañas y que de nuevo sería aplastado el judío gracias a la declaración de unos cuantos y a la cobardía de los más. Seguramente, habría que esperar la muerte de los personajes comprometidos, una transformación de los partidos y otra de la política más propicia, para que el Gobierno se atreviera a acudir por segunda vez al Tribunal Supremo con objeto de borrar de la historia del país tan abominable pagina. Hasta los mismos David y Simón parecían convencidos de ello, mientras se hallaban encerrados en su cantera de los Pirineos, siempre al acecho de una circunstancia o de un hallazgo feliz, pero con las manos atadas por la situación y comprendiendo perfectamente la necesidad de esperar si no querían provocar otra vez un tormento inútil y peligroso. Y en aquella forzosa espera, Marcos volvía a su misión, a la única obra en la que tema plena confianza: a la instrucción de los humildes y de los pequeños, a la verdad engendrada por el conocimiento, que es lo único que puede hacer a un pueblo capaz de justicia. Los escasos progresos obtenidos debíalos a su enseñanza. Los nietos de los niños de hoy alcanzarían, mediante el saber, mayor equidad, y los bisnietos de estos nietos quizá fueran ya bastante libres de errores y bastante justos para reparar el crimen glorificando al inocente. Habiendo adquirido una gran serenidad, aceptaba la necesidad de que se necesitaran generaciones para sacar a Francia de su letargo y neutralizar los venenos que le habían imbuido, renovando su sangre de modo que se formara la Francia de sus antiguos ensueños: poderosa, libertadora y justiciera.

¡La verdad! ¡Oh la verdad! Nunca la había amado tan apasionadamente. Antes la necesitaba como el aire que se respira, no podía vivir sin ella y sufría angustiosamente, de una manera insoportable en cuanto dejaba de poseerla. Ahora, luego de haberla visto tan furiosamente combatida, negada, hundida en lo más profundo de las mentiras, como una muerta que no hubiera de despertar jamás, creía más en ella y la sentía de una manera irresistible, sintiéndose capaz de volar el mundo el día en que quisieran enterrarla. La verdad caminaba sin una hora de descanso hacia su meta de luz y nada la detenía. Marcos se encogía de hombros con irónico desden cuando veía que los culpables estaban convencidos de haber aniquilado la verdad y de tenerla bajo sus pies, como si ya no existiera. Cuando llegara el momento, la verdad estallaría y los reduciría a polvo apareciendo serena y resplandeciente. Y esta certidumbre de tener consigo la verdad siempre viva y victoriosa aunque transcurrieran siglos, era lo que le daba fuerzas y tranquilidad para volver a su tarea y esperar al aire libre aunque fuera más allá de su vida, el triunfo seguro.

Ademas, el espantoso espectáculo que ofreció el proceso de Simón había afirmado sus convicciones y ensanchado su fe. Si antes condenaba la burguesía, una clase agotada por el abuso del poder, que usurpó y robó el día del reparto, una clase liberal que se había convertido en reaccionaria, pasando del librepensamiento al más bajo clericalismo el día que adivinó en la Iglesia la natural aliada de sus rapiñas y de sus disfrutes, ahora la había visto actuando, cobarde y embustera, débil y tiránica, negando toda justicia al inocente, resignada a todos los crímenes para no soltar nada de sus millones a causa del terror que sentía ante el pueblo, que despertaba poco a poco reclamando su parte. Y juzgándola más podrida y agonizante de lo que había caído, la condenaba a pronta desaparición si la nación no quería morir de una infección incurable. En adelante, la única salvación estaba en el pueblo, fuerza nueva, inagotable reserva de hombres, de trabajo y de energía. Notaba como subía sin cesar, cual joven humanidad renovada, aportando a la vida social un ilimitado poder para conseguir más verdad, más justicia y más felicidad.

Y ello le confirmaba en la misión que se había conferido, aquella misión tan modesta en apariencia de maestro de pueblo, y que, sin embargo, era el apostolado moderno, la única obra importante de la que surgía la sociedad del mañana. No había papel más importante que el de abatir los errores de la Iglesia para substituirlos por la verdad de la ciencia, por la paz humana, formada de conocimiento y de solidaridad. La Francia futura nacía en los campos, en el fondo de las más humildes cabañas, que era donde había que laborar y vencer.

Inmediatamente, Marcos puso de nuevo manos a la obra. Se trataba de reparar el mal que Jauffre había dejado hacer abandonando Jonville a la omnipotencia del cura Cognasse. Los primeros días de instalación fueron jubilosos para el matrimonio reconciliado, que reanudó los primeros amores al encontrarse en el pobre nido de antaño. Al cabo de dieciséis años nada había cambiado en la pequeña escuela, con las estrechas habitaciones y el jardincillo posterior. Únicamente se habían blanqueado las

paredes, y lo demás estaba casi limpio gracias a intensas operaciones de limpieza que dirigió Genoveva. Y ésta no se cansaba de llamar a Marcos para despertar sus recuerdos, dichosa y sonriente, por todas las cosas que volvían del pasado.

—¡Mira, mira! El cuadro de los insectos útiles que colgaste en la clase. ¡Todavía está!… Y esas perchas que clavé yo para los sombreros de los niños… ¡Ahí, en el fondo del armario están los cuerpos geométricos de haya que tú hiciste!…

Él acudía y se regocijaba con ella. Otras veces era él quien, a su vez, la llamaba.

—¡Sube, sube aprisa! ¿Ves en esa pared de la alcoba una fecha grabada con el cortaplumas? ¿Te acuerdas que la puse el día en que nació Luisita?… Acuérdate de la grieta del techo: cuando estábamos acostados, la mirábamos y bromeábamos diciendo que las estrellas se asomaban por allí para mirarnos y sonreímos…

Otras veces, recorriendo el jardincillo, se llamaban y exclamaban juntos:

—¡Mira la vieja higuera! Está como si hubiéramos dejado de verla ayer… ¡Hola! En vez de estas acederas teníamos todo esto lleno de fresas. Habrá que plantarlas de nuevo… Han cambiado la bomba; no está mal, porque con ésta quizá pueda regarse… Mira nuestro banco, bajo la parra. Tendremos que sentarnos y abrazarnos como antes. Todos los besos de entonces reviven en el beso de hoy.

Se emocionaban hasta llorar y permanecían un momento abrazados, volviendo a empezar deliciosamente su felicidad. Aquel ambiente propicio, donde no habían dejado una lágrima, les infundía ánimos. Todas las cosas les unían y les prometían la victoria.

Desde los primeros días se impuso una separación, ya que Luisa tuvo que partir para la Escuela Normal elemental de Fontenay, donde había sido admitida. Quería ser maestra, por afición y por la adoración que sentía hacia su padre, así como él era simple maestro de pueblo. Y Marcos y Genoveva, al quedarse solos con Clementito, tristes a pesar de todo por aquella partida, se estrechaban más entre sí para no sentir demasiado el vacío que se había producido. Por lo demás, Clementito les ocupaba con su presencia y adquiría una importancia de hombrecito, en quien vigilaban cariñosamente el despertar de la razón. Por otra parte, Marcos había decidido a Genoveva para que se encargara de la escuela de niñas, luego de haber rogado a Salvan que obtuviera de Le Barazer el nombramiento para aquel cargo. Genoveva, al salir del convento, había obtenido el título de maestra superior y el certificado de aptitud pedagógica. Y si antaño, al ser nombrado su marido para Jonville, no se encargó de la escuela de niñas fue porque la dirigía la señorita Mazeline. Pero ahora que el ascenso otorgado a Jauffre y a su mujer había dejado libres los dos puestos, era preferible confiar ambas escuelas al nuevo matrimonio. Los niños al marido y las niñas a la mujer, cosa que, además, prefería justificadamente la administración de la enseñanza pública. En cuanto a Marcos, creía muy ventajosa la solución, pues con ello la enseñanza del pueblo tenía una dirección única, y él, por su parte, estaba seguro de contar con una colaboración abnegada que trabajaba en la misma obra y le servía en vez de estorbarle en su marcha hacia el porvenir. Además, aunque no

abrigaba preocupaciones respecto a Genoveva, ¿no era aquello una manera de ocuparla y de obligarle a reconquistar toda su razón, convirtiéndola en una educadora, en una guardiana de la sensibilidad y de la inteligencia de las mujercitas que se estaban formando para ser las esposas y las madres del día de manana? Finalmente, ¿no acabaría ello de unirles y de confundirles para siempre entre sí si se dedicaban conjuntamente con toda su fe y con todo su cariño a la misma tarea sagrada: a la enseñanza de los pequeños y de los humildes, de quienes había de nacer la felicidad futura? Cuando llegó el nombramiento sintieron una gran alegría, como si se hubieran sentido un solo corazón y un solo cerebro para los dos.

Pero ¡en qué estado de malestar y ruina encontró Marcos aquel pueblo de Jonville que tanto había amado! Recordaba sus primeras luchas de maestro contra el terrible cura Cognasse, en las que acabó triunfando, poniendo de su parte al alcalde Martineau, campesino rico, ignorante y de mucho sentido común, que tenía el odio atávico de su raza contra el sacerdote corruptor de mujeres y holgazán, que vive del culto sin trabajar. Entre los dos comenzaron a laicizar intensamente el pueblo; el maestro no cantaba ya al facistol, ni tocaba a misa, ni llevaba al catecismo a sus discípulos, mientras el alcalde y el Ayuntamiento en masa escapaban a la rutina, favoreciendo la evolución que anteponía la escuela a la Iglesia. En poco tiempo, Marcos, por su actuación con los niños y sus familias y por su influencia en la Alcaldía, de la que era secretario, pudo ver que nacía y crecía un movimiento de gran prosperidad, al mismo tiempo que conquistaba para sí el puesto que le correspondía, o sea el primero. Pero cuando se fue a Maillebois, Martineau, cayendo en manos del otro maestro, Jauffre, hechura de los religiosos, se ablandó pronto, porque era incapaz de actuar si no sentía tras él el apoyo de una firme voluntad. La prudencia campesina le impedía definirse, y estaba de parte del cura o del maestro, según cuál de los dos era el más fuerte. Y mientras Jauffre se limitaba a trabajar por su conveniencia, prestándose a cantar, tocar las campanas y comulgar, el cura Cognasse iba apoderándose nuevamente del pueblo y sometiendo al alcalde y al Ayuntamiento con interior satisfacción de la hermosa señora de Martineau, que, sin ser beata, gustaba de estrenar vestidos en los solemnes oficios de los días de fiesta. Nunca se vio tan claro como entonces que, a tal maestro, tal escuela, y que, a tal escuela, tal pueblo. En pocos años quedó anulada la prosperidad que se iniciaba y se perdieron los pasos progresivos dados gracias a Marcos, con lo que Jonville retrocedía, y un creciente sopor paralizaba la vida social desde que Jauffre entregó a Martineau y sus administrados al triunfador Cognasse.

Así transcurrieron dieciséis años. Y aquello fue un desastre. Toda decadencia moral e intelectual produce fatalmente, una miseria material. No hay un país donde la Iglesia haya reinado como dueña absoluta que no sea un país muerto. La ignorancia, el error y la baja credulidad producen en el hombre una total impotencia. ¿Para qué desear, obrar y progresar si estamos en manos de Dios como juguetes, con los cuales se divierte a su antojo? Dios basta y lo suple todo. En último término, de esa religión

de la nada terrenal y humana sólo están la estupidez, la inercia, el abandono en manos de la providencia, las tierras cultivadas por la rutina y los habitantes entregados a la pereza y al hambre. Jauffre dejaba que atiborrasen a sus alumnos de historia sagrada y catecismo, mientras que entre las familias todo cultivo nuevo inspiraba desconfianza. Ni sabían ni querían saber. Los campos permanecían improductivos y ciertas cosechas se perdían por falta de cuidados inteligentes. Como todo esfuerzo se reputaba excesivo e inútil, el campo empobrecíase y parecía desierto bajo la omnipotente fecundidad del sol, dios de la vida, ignorada e insultada. La ruina del pueblo se había acentuado rápidamente, sobre todo desde el día en que el cura Cognasse obtuvo de la debilidad del alcalde Martineau que el Municipio fuera consagrado al Sagrado Corazón. Recordábase el boato de la ceremonia, en la que el maestro llevaba la bandera nacional con un sangrante corazón bordado, en la que figuraron las autoridades puestas de gala y a la que acudieron de todas partes innumerables sotanas entre las bellas campesinas, contentas por exhibir sus vestidos nuevos. Pero todavía esperaban los campesinos que aquel Sagrado Corazón, al que se habían entregado, les concediera cosechas prodigiosas, debidas a un favor especial que suprimiera el granizo y concediera la lluvia y el tiempo despejado en justa proporción. En el pueblo sólo había más imbecilidad, una letárgica espera de la intervención divina, la lenta agonía del creyente fanático en quien ha perecido toda iniciativa y que se dejaría morir de hambre, antes que mover un brazo, si su Dios no le nutría.

Marcos, durante los primeros días de su estancia allí, al pasear por el campo acompañado de Genoveva, se desconsolaba viendo el abandono y la incuria en que se encontraban las tierras, dando lástima verlas tan mal cuidadas y los caminos tan sucios, que apenas se podía pasar por ellos. Una mañana anduvieron los cuatro kilómetros que les separaban de Moreux, y allí encontraron a Mignot, instalándose en su mísera escuela y tan desesperado como ellos por el estado de dejadez en que se encontraba la comarca.

—¡No tienen ustedes idea, queridos amigos, de los estragos que ha hecho aquí ese terrible Cognasse! En Jonville aún se moderaba un poco. Pero aquí, en este pueblucho escondido, cuyos doscientos vecinos son demasiado avaros para mantener un cura para ellos solos, aparece como una tempestad, atemorizando a la gente y atropellándolo todo. Y desde que ese sacristán de Chagnat le obedecía como si fuera un humilde siervo suyo, mangoneaban el pueblo a su gusto, hasta el punto de que casi habían suprimido al alcalde Saleur, que no es más que un hombretón muy gordo a quien hace feliz verse reelegido a cada elección, pero que procura zafarse de las molestias de la Alcaldía en el secretario, y hasta se deja acompañar a misa por él, pues la vanidad de mostrar su empaque de tratante de ganados enriquecido puede más en él que su antipatía por los curas… ¡Ah! Comprendo perfectamente lo que ha debido de sufrir aquí aquel desgraciado Férou, y me explico su trágica desesperación y el acceso de locura que ha hecho de él un mártir.

Con gesto tembloroso dijo Marcos cuán vivo conservaba el recuerdo del pobre muerto, asesinado allá lejos de un tiro de revólver.

—Sí, al entrar en esta pobre escuela me pareció verle de nuevo. Hambriento, sin más que el escaso sueldo para su sostenimiento, el de su mujer y el de sus hijas, le desesperaba ver que él, el único ser inteligente, el único instruido en medio de tantos ignorantes que vivían con desahogo, se veía despreciado y temido, como si les humillara… Esto ayuda a comprender, asimismo, el ascendiente que adquirió Chagnat sobre el alcalde, deseoso de vivir en paz con el producto de sus rentas en el beatífico sopor de sus apetitos satisfechos.

—Pero el pueblo sigue en el mismo estado —repuso Mignot—. No se encuentra un pobre. Cada labrador se contenta con el trigo que recoge, no por prudencia, sino por una especie de egoísmo, de ignorancia y de fanatismo. Y si están en perenne lucha con el cura es porque creen que no les guarda la debida consideración y no les celebra las misas y ceremonias a que creen tener derecho. Gracias a Chagnat, reinaba relativa armonía, y lo que se ha hecho y dicho aquí en honor de San Antonio de Padua excede de toda imaginación… Los resultados no han podido ser más funestos. He encontrado la escuela en un estado tal de suciedad, que más bien parecía una cuadra. Se hubiera creído que el matrimonio Chagnat había dejado pasar por allí a todos los animales de la comarca. Y he tenido que tomar una mujer para que me ayudara a rascar y limpiar todo aquello.

Genoveva estaba como abstraída, cual si sus ojos se perdieran en lejanos recuerdos.

—¡Ah! ¡Pobre Férou! No he sido siempre buena para con él y para los suyos… Es uno de mis remordimientos. Pero ¿cómo remediar tantos sufrimientos y tantos desastres? ¡Somos muy débiles, muy pocos todavía! Hay momentos en que desespero de triunfar…

Después, como si saliera rápidamente de su ensimismamiento, abrazó sonriendo a su marido y le dijo:

—Sí, sí, no me riñas injustamente, querido Marcos. Es necesario dejarme tiempo para que me haga como tú, sin miedo… Pondremos manos a la obra y venceremos, tenlo por seguro.

Como si estas palabras les reanimaran, sonrieron los tres. Entonces, Mignot manifestó su deseo de acompañar al matrimonio y, hablando, llegó con ellos hasta cerca de Jonville. Allí, a un lado del camino, se elevaba un gran edificio cuadrado, una especie de fábrica: la sucursal del Buen Pastor, de Beaumont, prometida cuando la consagración de la comarca al Sagrado Corazón, y ya hacía años que funcionaba. La buena sociedad clerical había alabado mucho la prosperidad que un establecimiento de tal índole reportaría, sin duda, a las hijas de los campesinos, pues todas encontrarían colocación y se convertirían en hábiles obreras; habría mayor moralidad, pues tanto las perezosas como las charlatanas se corregirían en adelante; esto sin contar que tal movimiento comercial podía, a la larga, dotar al país de una

industria. El Buen Pastor confeccionaba, especialmente, para los grandes almacenes de París, enaguas, pantalones y camisas de mujer, toda la lencería fina, más adornada y más lujosa. Trabajaban allí unas doscientas obreras, dirigidas por diez hermanas; allí se mataban la vista, desde la mañana a la noche, confeccionando ricas prendas interiores destinadas a un género de lucimiento cuya secreta y ardiente fiebre acaso hiciera soñar a aquellas pobres muchachas. Y estas doscientas pobres costureritas no eran más que una ínfima parte de las infelices mercenarias explotadas, pues la orden tenía montados establecimientos en toda Francia. Cerca de cincuenta mil obreras trabajaban en sus talleres, obreras que, con su esfuerzo, le producían millones, a quienes correspondía pagándolas, tratándolas y alimentándolas mal. En Jonville, sobre todo, el desengaño no se hizo esperar, pues ninguna de las hermosas promesas se había realizado, y el establecimiento parecía un abismo que se tragara las últimas energías de la comarca. Las casas de labor se quedaban sin criadas y los aldeanos perdían a sus hijas, pues éstas acudían por la ilusión de ser señoritas, de pasarse la vida sentadas haciendo trabajos ligeros. Pero se arrepentían muy pronto, pues no había tarea más terrible que aquélla, con sus largas horas de inmovilidad y la fatiga de una continua fijeza, con el estómago vacío y la cabeza pesada, sin siesta en el verano y sin fuego en el invierno. Aquélla era una galera donde, con el pretexto de la caridad, de obra saludable en favor de las buenas costumbres, se explotaba a la mujer de la manera más inicua, pues con el cuerpo deshecho y la inteligencia embotada, era tratada como una verdadera bestia de carga, de la cual era necesario sacar todo el dinero posible.

Y, sobre todo en Jonville, estallaron varios escándalos: una muchacha salió casi muerta de hambre y de frío; otra estuvo a punto de volverse loca; otra fue arrojada a la calle sin darle un céntimo, a pesar de llevar allí varios años matándose a trabajar, por lo que ella, indignada por fin, amenazó con llevar a las hermanas a un ruidoso proceso.

Marcos se había detenido en medio del camino, mirando la gran fábrica, silenciosa como una cárcel, muerta como un claustro, y en la que tantas vidas jóvenes se marchitaban sin que nada cantase fuera el trabajo dichoso y fecundo.

—Ésta es —dijo— otra de las fuerzas de la Iglesia que, en la práctica, se aviene perfectamente con las exigencias de la vida moderna y que se sirve de nuestras mismas armas para combatirnos. Hoy se ha convertido en industrial y comerciante y no hay ningún artículo de consumo diario que ella no produzca o venda, desde los vestidos hasta los licores. Hay órdenes numerosas que no son más que asociaciones industriales, que trabajan a bajo precio gracias a que tienen la mano de obra casi gratuita y hacen así una competencia desleal y ruinosa para nuestros fabricantes en pequeña escala de los barrios populares, incapaces de luchar con ellas. Los millones así obtenidos van a parar a las negras arcas, pagan la guerra de exterminio que se nos hace y aumentan los miles de millones que las congregaciones poseen, ya que todavía las hacen más temibles.

Genoveva y Mignot le escuchaban atentamente. Hubo un inquietante silencio en medio de la completa paz de la tarde, mientras el sol, en su ocaso, incendiaba con su luz rosada el edificio cerrado y triste del Buen Pastor.

—¡Vamos, también yo tengo el aire desesperado! —dijo alegremente Marcos—. Son todavía muy poderosos, en verdad. Pero nosotros tenemos de nuestra parte el libro, el librito de primera enseñanza, que lleva la verdad y que acabará por vencer para siempre sus errores de tantos siglos… Ahí reside toda nuestra irresistible fuerza, Mignot. Por más que se afanen en acumular ruinas y empujar hacia atrás a los desgraciados ignorantes, en destruir el poco bien que nos han dejado hacer, basta que nos pongamos otra vez a nuestra labor de progreso por medio del conocimiento para que ganemos el terreno perdido y avancemos sin descanso hacia la ciudad de solidaridad y de paz. Su cárcel del Buen Pastor acabará por hundirse, como tantos otros presidios; su Sagrado Corazón irá a reunirse con el Falo antiguo y los demás groseros fetiches de las religiones muertas… Ya lo oye usted, Mignot: cada alumno a quien enseña usted una verdad es un ciudadano más ganado para la justicia. ¡Manos a la obra, pues! La victoria es segura, cualesquiera que sean las dificultades y las amarguras con que tropecemos en el camino.

Este ardiente grito de fe y de eterna esperanza se esparció libremente por el campo, que se recogía bajo la serena puesta del sol, que anunciaba un claro día de mañana. Y Mignot volvió animosamente a la misión que había de cumplir en Moreux, mientras Marcos y Genoveva regresaban a Jonville a proseguir la obra comenzada.

Obra ardua, de voluntad y de paciencia, porque se trataba de vencer nuevamente por la razón, de arrancar al alcalde Martineau, al Municipio y a la comarca entera, de las férreas manos del cura, muy decidido a no soltarlos. Cuando se supo el nombramiento del nuevo maestro, el cura Cognasse, en vez de mostrar cólera o miedo ante el temible adversario que se le venía encima, habíase limitado a encogerse de hombros, afectando un gran desprecio. Y empezó a decir por todas partes que aquel vencido, aquella medianía caída en desgracia, deshonrado por su complicidad en el proceso de Simón no estaría seis meses en Jonville, adonde sus superiores le habían enviado para no desautorizarle de repente. Pero en el fondo no debía estar muy tranquilo, puesto que sabía la serenidad, la firmeza y el entusiasmo de aquel hombre por la verdad. Y buena prueba de que presentía el peligro fue la sangre fría y la mucha prudencia con que procuró conducirse, por miedo a echarlo todo a perder si se dejaba llevar por sus arrebatos. Así se tuvo el espectáculo inaudito de un cura Cognasse diplomático y soberbio que dejaba personalmente a Dios el cuidado de destruir a su enemigo. Como su vieja criada Palmira, a quien los años habían vuelto más terrible aún, no tenía la suficiente fuerza de voluntad para imitar su mudo desprecio, la riñó públicamente un día porque dijo que el nuevo maestro había robado hostias en Maillebois para profanarlas ante sus alumnos. Aquello no estaba probado, pero tampoco estaba probada la historia que circulaba y, según la cual, Marcos tenía

un diablo, prestado por el infierno, que salía de la pared para ayudarle a dar clase cuando aquél le llamaba. Pero, de puertas adentro, el cura y la criada se entendían muy bien, pues ambos eran de una avaricia extraordinaria: uno acaparaba todas las misas que podía, y la otra llevaba las cuentas, indignándose mucho cuando no entraba dinero. Y se entabló, por parte del cura Cognasse, una lucha solapada y envenenadora, apelando a las más burdas invenciones para destruir al maestro y su escuela, a fin de continuar siendo el amo del pueblo, cuya iglesia parroquial debía ser el centro, la única autoridad religiosa y civil.

Por su parte, Marcos obraba sencillamente como si no exisitiese la iglesia. Para atraerse nuevamente a Martineau, al Municipio y a todos los habitantes de la comarca, no utilizaba más arma que enseñar la verdad, la razón triunfando poco a poco de los absurdos dogmas. Aspiraba a que la escuela fuera el eje, el centro de la vida del pueblo, la casa de todos, de donde salieran la fraternidad, la fuerza y la alegría de vivir, la dichosa y justa sociedad del mañana. Se encerraba, pues, estrictamente en su papel de maestro y educador, seguro de la victoria de la verdad y del bien el día en que los hombres tuvieran corazones y cerebros capaces de comprender y de querer. Toda su fe y todo su esfuerzo los tenía puestos ahí. En la Alcaldía, donde otra vez ejercía de secretario, se contentaba con aconsejar discretamente al alcalde Martineau, muy alegre, en el fondo, por su regreso. Ya había tenido Martineau un disgusto con su mujer, a causa de las misas cantadas, pues el cura Cognasse las había suprimido desde que Chagnat no estaba allí para ayudarle a cantarlas. Había resucitado también la antigua cuestión referente al reloj de la iglesia, que no andaba. Y el primer acto en que se conoció que algo había variado en Jonville fue un acuerdo del Ayuntamiento votando la cantidad de trescientos francos destinados a la compra e instalación de un reloj nuevo en la fachada de la Alcaldía. Esto pareció muy atrevido, pero se aprobó, sin embargo, porque así se sabría la hora exacta, pues la iglesia, con su antigua carraca enmohecida, no la daba ya… Se bromeaba a este respecto diciendo que ya no sería la iglesia quien diera la hora, sino la Alcaldía… Marcos, muy tranquilo, no quería vanagloriarse de su triunfo, porque sabía que serían necesarios muchos años para reconquistar el terreno perdido. Cada día traería un nuevo progreso; él sembraba pacientemente para el porvenir, seguro de que al fin se pondrían a su lado los egoístas y los cobardes de la víspera, aquellos campesinos que no creían ya y que serían conquistados definitivamente por la verdad el día en que vieran que ella era la única fuente de salud, de prosperidad y de paz.

Entonces empezaron para Marcos y Genoveva años fecundos de trabajo y de felicidad. Él, sobre todo, no se había encontrado nunca tan animoso, tan fuerte. La cariñosa vuelta de su mujer, aquella completa penetración que hacía del matrimonio un solo corazón y una sola inteligencia, le infundía fuerzas, constantemente renovadas, armonizando su vida y su obra. Si antes había padecido tanto, era porque él, que pretendía enseñar la verdad a los demás, no podía convencer a su esposa, a la compañera adorada, a la madre de sus hijos; si se había visto cohibido y paralizado en

su misión de arrancar al prójimo del error, cuando por debilidad e impotencia lo toleró en su propia casa, ahora, en cambio, poseía la irresistible fuerza, la gran autoridad que da el ejemplo de la felicidad conseguida en el hogar doméstico, gracias a una perfecta armonía y a una fe común. ¡Qué alegría tan sana y qué labor tan fecunda había en la obra a que se consagraban marido y mujer, obrando de acuerdo, pero cada uno con libertad y personalidad propias! Si Genoveva flaqueaba a veces, Marcos apenas intervenía, prefiriendo dejarla a ella misma para que se arrepintiese de sus horas de turbación y duda, renaciendo del pasado. Todas las tardes, después de clase, cuando se habían ido ya los niños y las niñas, el maestro y la maestra se reunían, permaneciendo juntos en su pobre morada, y hablaban de aquellos niños confiados a su cuidado, refiriéndose mutuamente los incidentes del día y acordando lo que habían de hacer en el siguiente, aunque no se ceñían a los mismos planes. Ella, que era sentimental, tenía menos fe en los libros, y tendía, sobre todo, a despertar en sus discípulas la lealtad y la sinceridad, procurando libertarlas de la antigua servidumbre por la razón y por el amor, pues temía producir en ellas el orgullo si seguía otro camino. SI, quizá, hubiera ido más lejos comunicando a niños y niñas los mismos conocimientos, confiando en que las circunstancias de la vida darían a cada sexo su papel. Lo que sentían verdaderamente era no poder dirigir una escuela mixta, como la de Mignot, en Moreux, cuyos doscientos y pico habitantes enviaban a la escuela una docena escasa de chicos y otra de chicas. En Jonville, con cerca de ochocientos habitantes, el maestro tenía unos treinta alumnos e igual número de alumnas había matriculadas en la escuela de niñas. ¡Qué hermosa clase hubieran formado, uniéndolas, con Marcos de director y Genoveva de ayudante! Aquello les parecía un descubrimiento suyo: no separar las niñas de los muchachos y confiar este pequeño mundo a un matrimonio, a un padre y una madre, para que les instruyesen y educasen juntos, como a sus propios hijos. Veían en ello innumerables ventajas: un aprendizaje más lógico de la vida, una verdadera emulación, costumbres más francas y más suaves. Sobre todo les parecía que colocar a la mujer como auxiliar de su marido sería especialmente fecundo en muy buenos resultados. Una simple pared separaba las dos clases, cosa que reputaban un lamentable error. ¡Con qué alegría la hubiesen derribado, para no dejar más que una escuela, un mundo en pequeño, completo, al cual él hubiese aportado su viril energía y ella su ternura! ¡Qué labor más completa y eficaz hubiesen hecho consagrándose por entero a aquellos matrimonios del porvenir, ellos que formaban también una pareja que se adoraba, hechos una misma carne y un mismo espíritu!

Marcos prosiguió su obra, tal como la había realizado por espacio de quince años en Maillebois. Aquí su clase era menos numerosa y más débiles los medios de que disponía. Pero, en cambio, tenía la ventaja de obrar como si estuviera en familia; su influencia sobre sus discípulos era más directa y más constante. ¡Qué le importaba el reducido número de alumnos, si hacía hombres a veinte o treinta niños! Bastaba que en todas las aldeas de Francia siguieran los maestros las huellas de Marcos y diesen

veinte hombres sensatos y libres de prejuicios a la nación, para que Francia se convirtiese en la nación emancipadora, la justiciera, la libertadora del mundo. También constituyó una gran dicha para él la libertad casi completa en que le dejaba el inspector de primera enseñanza, Mauroy, un amigo a quien Le Barazer había nombrado para aquel cargo, dándole instrucciones concretas y especiales. Como aquel pueblo era poco importante, nadie se fijaba en Marcos, y él, así, podía hacer lo que creía más conveniente, sin que apenas le molestaran. Lo primero que hizo fue suprimir todos los emblemas religiosos y todos los cuadros, cuadernos y libros en que triunfaba lo sobrenatural o aquéllos en que la guerra, la matanza y el incendio eran presentados como un ideal de poderío y de belleza. Para él constituía un verdadero crimen emponzoñar así los cerebros infantiles, perturbar para siempre su razón, haciéndole creer en milagros, presentándole como el primer deber del hombre y del patriota la fuerza bruta, la muerte y el robo. Con semejante enseñanza no se obtendría más que una sociedad de imbécil inercia, de violentos y criminales errores, de iniquidad y de miseria. En cambio, Marcos soñaba con presentar únicamente a los ojos de sus alumnos las imágenes del trabajo y de la paz, la razón soberana gobernando al mundo, la justicia estableciendo la fraternidad entre los hombres, la antigua violencia de las edades guerreras condenada y sustituida ya por la solidaridad entre todos los pueblos de la tierra para conseguir la mayor felicidad posible. Luego, limpia ya la clase de aquellos envenenadores fermentos del pasado, procuraba dar sobre todo mayor importancia a las lecciones de moral cívica, esforzándose en convertir cada niño en un ciudadano que conociese bien su país y fuese capaz de amarle y servirle lo suficiente para no querer verle aislado de la humanidad. No era con las armas como Francia debía soñar en conquistar el mundo, sino con el poder irresistible de las ideas, de la libertad, de la verdad y de la justicia, que libertarían a todas las naciones y que tendrían la suprema gloria de fundar con ellas la gran confederación de los pueblos libres y hermanos.

En lo demás, Marcos procuraba amoldarse todo lo posible a los programas, aunque a veces procurase omitir algunas cosas, por considerarlos excesivamente recargados. Su larga experiencia le había demostrado que no sirve de nada saber una cosa si no se ha comprendido y no se pueden utilizar los conocimientos adquiridos. Por ello, sin excluir el libro, que continuaba siendo la base, la letra escrita, daba el mayor desenvolvimiento a la explicación oral, a la lección viva, y allí era donde sus cualidades innatas de maestro hacían maravillas, como si las luchas y los sufrimientos pasados, aquella tormenta donde había envejecido, le hubieran acercado más a los pequeños y a los humildes, haciéndole feliz al volver a sus inteligencias iniciales, tan frescas y tan sedientas de certidumbre. Nunca había jugado tan alegremente con ellos. Jamás se había puesto tan complacientemente a su alcance como un hermano mayor, que parecía haber olvidado lo que sabía, a fin de tener el placer de aprenderlo de nuevo, deletreando incluso, lo mismo y al mismo tiempo que los niños de seis años. Igual que con las letras le ocurría con la gramática, con la aritmética, con la historia y

con la geografía, en las que parecía hacer descubrimientos personales y buscaba la verdad con sus alumnos como si nunca la hubiera poseído, pues acababa maravillándose de encontrarla gracias a la ayuda de los niños. Y esto producía pasión en las lecciones, pues los discípulos se interesaban por ellos lo mismo que por el juego más divertido, al propio tiempo que le adoraban por ser tan buen compañero. De los niños se obtiene lo que se quiere al calor de la simpatía. Y basta quererles para conseguir que nos entiendan y comprendan. Además, procuraba hacerles vivir lo que les enseñaba, explicándoles en los campos los trabajos de la tierra y llevándoles a ver cómo trabajaban los ebanistas, los cerrajeros, los albañiles, con objeto de darles unas primeras nociones exactas acerca de los oficios manuales. Según él, la gimnasia debía confundirse con los juegos y los recreos estaban dedicados, naturalmente, a los ejercicios corporales. También se erigía en administrador de la justicia, rogando a sus alumnos que le sometieran todas sus pequeñas diferencias y poniendo gran cuidado en dictar sentencias inatacables, que fueran aceptadas por ambas partes, pues no solamente tenía una fe absoluta en la bienhechora influencia de la verdad sobre los cerebros jóvenes, sino que, además, estaba convencido de la necesidad de la justicia para que pudieran estar satisfechos y se formaran por completo. Por el camino de la verdad y de la justicia había que llegar al amor. Un niño a quien nunca se miente y a quien se trata siempre con justicia, resulta un hombre amable, razonable, inteligente y sano. Por esto, Marcos vigilaba sobremanera los libros que los programas le obligaban a poner en manos de sus alumnos, pues sabía que los mejores, incluso los escritos con excelentes propósitos, están todavía llenos de las seculares mentiras y de las grandes iniquidades consagradas por la historia. Si bien temía las frases y palabras cuyo sentido escapara a sus tiernos lugareños, por lo cual se esforzaba en verterlas en palabras y frases sencillas y claras, todavía temía más las leyendas peligrosas, los errores convertidos en artículos de fe y las abominables lecciones dadas en nombre de una religión embustera y de un falso patriotismo. Entre los libros escritos por religiosos para las escuelas de los hermanos y los redactados por universitarios para las escuelas laicas, no había, frecuentemente, diferencia alguna. De manera que los voluntarios errores de los primeros se encontraban textualmente reproducidos en los segundos. Y ¿cómo no había de intervenir Marcos a fin de aclararlos y expurgarlos mediante sus explicaciones orales, ya que su única finalidad era arruinar la enseñanza religiosa, origen de toda mentira y toda miseria?

Durante cuatro años Marcos y Genoveva trabajaron tan modesta como eficazmente. En sus estrechos dominios procuraban realizar en silencio la mejor tarea posible. Se sucedían las generaciones de niños. Y los maestros se decían que cincuenta años hubieran bastado para renovar el mundo, si cada niño, al convertirse en hombre, hubiera aportado un poco más de verdad y de justicia. Realmente, el esfuerzo de cuatro años todavía era poco perceptible. Sin embargo, ellos se regocijaban ya, pues se producían buenos síntomas de que germinaba el porvenir en las fecundas tierras generosamente sembradas.

Salvan, ya retirado, había acabado refugiándose en Jonville, en una casita que le había legado un primo suyo. Allí vivía como un sabio, con una modesta renta que le daba bastante para sus necesidades y para cultivar unas flores. En un jardín tenía, bajo un cenador de clemátides y rosales, una gran mesa de piedra, en torno a la cual gustaba de reunir los domingos a sus amigos y antiguos alumnos de la Escuela Normal, que hablaban y fraternizaban acariciando bellos ensueños. Él, como patriarca, sonreía a aquellas personas esforzadas que proseguían el trabajo de regeneración preparado durante tanto tiempo por él. Marcos acudía todos los domingos, y su alegría era completa cuando encontraba allí a Joulic, el maestro que le había sucedido en Maillebois, quien le daba noticias de su antigua y amada escuela. Joulic era alto, rubio, amable y enérgico al mismo tiempo, hijo de un modesto empleado; había ingresado en el magisterio por afición y por escapar a la embrutecedora vida oficinesca en la que había visto sufrir a su padre.

Además, era uno de los mejores discípulos de Salvan. Llevaba a la primera enseñanza un espíritu emancipado de todos los dogmas absurdos y completamente conquistado por los métodos experimentales. Y conseguía excelentes resultados en Maillebois, gracias a su perspicacia y a su serena firmeza, que se imponía sin violencias, burlando todos los lazos en que los religiosos habían querido hacerle caer. Se había casado recientemente con la hija de un maestro, una muchacha pequeña, rubia y amable como él, quien había acabado de convertir la escuela en una mansión de alegría y de paz.

Al llegar Marcos uno de los domingos, vio que Joulic hablaba ya con Salvan, sentados ante la mesa de piedra, bajo el cenador florido de clemátides y de rosas. Los dos maestros se alegraron mucho al verse.

—Pase, pase, amigo —gritó Salvan—. Joulic me está contando que la escuela de los hermanos ha perdido más alumnos. Dicen que estamos vencidos, pero trabajamos sin ostentación, y cada año nuestra influencia aumenta y triunfa.

—Sí —confirmó el maestro—. Todo marcha bien en Maillebois, que parece la ciudad más podrida por el clericalismo… El hermano Joaquín, sucesor del hermano Fulgencio, es un hombre tan hábil, listo y prudente como el otro era rudo y extravagante. Pero no puede vencer el recelo de las familias, ya que hay un sordo movimiento de opinión contra las escuelas religiosas, donde los estudios son medianos y las costumbres inquietantes. Aunque se haya vuelto a condenar a Simón, la sombra monstruosa de Gorgias vuelve a las clases mancilladas por él, y los mismos que le defendieron furiosamente padecen la pesadilla de su crimen. Y he ahí cómo he ido ganando los discípulos que pierden los religiosos.

Marcos se había sentado para reposar en el aire fresco y balsámico del jardín. Muy satisfecho daba las gracias a su joven camarada.

—No puede figurarse usted la alegría que me proporciona, querido Joulic. Cuando tuve que irme de Maillebois dejé allí parte de mi corazón. Sentía una gran amargura al abandonar mi obra, proseguida durante quince años y bruscamente

interrumpida, con la inquietud de no saber qué iba a ser de ella. Es como si usted me anunciara los triunfos de un hijo mío que hubiera crecido lejos de mí, acumulando fuerza y belleza… Calla usted, sin embargo que usted es quien realiza esa obra, continuándola animosamente y dándole más solidez y alcance. Ya hace tiempo que cesó mi inquietud, pues sé en qué manos se encuentra mi antigua escuela. Y si la ponzoña va eliminándose de Maillebois, si la fuerza de la verdad hace que reine allí más justicia, ello se debe a que los niños que todos los años salen de manos de usted se convierten en hombres amigos de la razón y de la equidad… Pregunte, pregunte a su maestro Salvan lo que piensa de usted.

Joulic hizo un gesto enérgico para atajar tantos elogios.

—Nada de eso. Yo sólo soy uno entre los que combaten. Lo que yo pueda valer no es mío, pues todo el mérito pertenece a nuestro maestro… Por lo demás, no estoy solo en Maillebois, ya que la señorita Mazeline constituye para mí la más valiosa ayuda y hasta el apoyo más fuerte. Muchas veces me ha consolado y animado. No puede imaginar usted la energía moral que hay en el fondo de esa mujer suave y prudente. Desde luego, a ella se debe la mayor parte de nuestros éxitos, porque ella es quien poco a poco ha conquistado la familia mediante las buenas esposas y las buenas madres que han salido de su escuela… La mujer es una gran fuerza cuando es verdad, justicia y amor.

En aquel momento llegó Mignot, que acababa de recorrer alegremente a pie los cuatro kilómetros que separaban Moreux de Jonville, pues aquellas reuniones dominicales constituían para él un descanso Delicioso. Como había oído las últimas palabras de Joulic, intervino para decir:

—¿La señorita Mazeline? ¡Ah! ¿Saben ustedes que quise casarme con ella? Nunca he dicho una palabra a nadie; pero ahora ya puedo contarlo… Aunque no es bonita, yo sonaba con ella en Maillebois, al verla tan buena, tan sensata, tan admirable… Así, pues, un día le hable de mi propósito, y no pueden figurarse ustedes lo seria que se puso. De todos modos, acabó sonriéndose y mostrándose fraternal en su emoción. Me explicó claramente la situación en que se encontraba, diciendo que ya tenía demasiados años: treinta y cinco, que son precisamente los que tengo yo. Además, consideraba que sus alumnas eran su familia y hacía ya mucho tiempo que había renunciado a vivir para sí. Sin embargo, creo firmemente que mi proposición removió en el fondo de su alma antiguos pesares, todo un pasado doloroso… El caso es que quedamos como buenos amigos y entonces decidí permanecer soltero, lo cual no deja de ser a veces un inconveniente en Moreux, a causa de mis discípulas, nenas a quienes una mujer sabría, en ocasiones, atender mejor que yo.

A continuación dio también buenas noticias sobre el estado de espíritu en su pueblo. Comenzaba a desaparecer la costra de ignorancia y de error que su antecesor Chagnat había dejado que se fuera formando. Saleur, el alcalde, había tenido grandes disgustos con su hijo Honorato, educado en el Liceo de Beaumont, donde el capellán le había administrado más religión que en un seminario, hasta el punto de que,

nombrado en París director de un pequeño banco católico, acababa de fracasar, bordeando la acción de los tribunales. El extratante en ganados, convertido en burgués, ya antes poco amigo de los curas, no podía ver ahora a quienes llamaba la banda negra, desesperado por aquel desastre de su hijo, que había venido a perturbar su vida regalona de aldeano enriquecido. Por ello se ponía de parte del maestro Mignot cuando éste peleaba con el cura Cognasse, arrastrando tras sí al Ayuntamiento y amenazando con desertar de la Iglesia si el cura continuaba tratándoles como a un rebaño. Nunca habían penetrado tan poderosamente las nuevas corrientes en Moreux, aquel pueblecito solitario y tranquilo donde no había ni un pobre. Mucho se debía ello a la mejor y más digna posición que hacía algunos años disfrutaban los maestros, pues no cesaba la preocupación por ellos, se aprobaban leyes que favorecían su situación y los sueldos más bajos eran de mil doscientos francos, sin descuento. Los efectos no se habían hecho esperar, pues si antaño Férou, mal pagado, harapiento y miserable, era menospreciado por los campesinos, que le comparaban con el cura Cognasse, cebado por los derechos que cobraba y los regalos, considerado y temido, en cambio, Mignot, que podía vivir dignamente, se había elevado y se había colocado en el lugar que le correspondía, que era el principal. En la lucha secular entre la Iglesia y la Escuela se había producido un movimiento en toda la comarca a favor de la última, cuya victoria parecía ya segura.

—¡Oh! —prosiguió diciendo Mignot—. Todavía son muy ignorantes, pues no pueden figurarse ustedes la pereza y la rutina que reinan allí. Como poseen tierra y nunca les falta el pan, preferirían dejarse trasquilar, como antes, por miedo a las novedades y al futuro desconocido. Pero, de todos modos, algo ha cambiado, cosa que noto por los saludos que me dirigen, por el papel cada vez más preponderante que desempeña la escuela… Esta misma mañana, cuando el cura Cognasse ha ido a decir misa, sólo ha encontrado en la iglesia a tres mujeres y un niño, por lo que, al irse, ha dado un portazo en la sacristía, amenazando con no volver. ¿Para qué molestar sin provecho a Dios y a sí mismo?

Marcos se echó a reír.

—¡Ya, ya! Empieza a enfadarse en Moreux. Aquí todavía se contiene, aunque intenta luchar con astucia diplomática, sobre todo con las mujeres, pues sus maestros le habrán enseñado que, mientras pueda contarse con las mujeres, no hay derrota posible. Según me han dicho, va con frecuencia a Valmarie, donde se entrevista con el padre Crabot, en el profundo retiro donde éste procura desaparecer y de donde saca, seguramente, esa unción y esa amabilidad para con las señoras que tanto me sorprenden en un ser tan rudo como él. Cuando la ira le venza otra vez, todo habrá terminado… Por lo demás, la situación es buena en Jonville. Todos los años ganamos un poco de terreno, y el pueblo recobra su prosperidad y su bienestar. Los aldeanos no dejan ya que sus hijas vayan a trabajar al Buen Pastor, a causa de los últimos escándalos. Y el Ayuntamiento, con Martineau al frente, creo que lamenta infinitamente el acceso de imbécil debilidad a que le lanzaron el cura Cognasse y

Jauffre el día en que dejó consagrar el pueblo al Sagrado Corazón. Estoy buscando una coyuntura para borrar ese mal recuerdo, y seguramente acabaré encontrándola.

Hubo unos instantes de silencio. El tiempo era suave y delicioso. Y Salvan, que había escuchado con satisfacción, concluyó alegre y serenamente:

—Todo eso es alentador. He ahí a Maillebois, Jonville y Moreux en marcha hacia los tiempos mejores por los que tan duramente hemos luchado. Han creído vencernos y exterminarnos para siempre; durante meses enteros se nos ha creído muertos; pero ya se nota el lento despertar, la semilla se ha expansionado bajo la tierra y nos ha bastado reanudar silenciosamente la tarea para que la buena simiente creciera y floreciese. Ahora ya nada dificultará la cosecha futura. Y es que nosotros representamos la verdad, que nada destruye ni detiene cuando resplandece… Es muy cierto que las cosas todavía no van en Beaumont como debieran ir. Los hijos de Doutrequin, ese republicano de los tiempos heroicos que se pasó luego a la reacción clerical, han sido ascendidos, mientras la señorita Rouzaire continúa envenenando a sus discípulas con Historia Sagrada y catecismo. De todos modos, también el espíritu de la ciudad va modificándose poco a poco. Mauraisin no ha tenido éxito en la Escuela Normal, pues unos alumnos suyos me han contado riendo que parece como si mi sombra anduviera por allí y le paralizase con un sordo terror. Como el impulso dado hacia la completa emancipación del maestro era muy fuerte, no ha podido hacer nada para contenerle, y espero que pronto nos librarán de ese señor… Otro síntoma gratísimo es que, además de Maillebois, Jonville y Moreux, hay otros pueblos, casi todos, donde el maestro está en camino de vencer al cura, colocando la escuela laica en su verdadero sitio, sobre las ruinas de la escuela religiosa. En Dherbecourt, en Juilleroy, en Rouville, en Bordes, triunfan la razón, la verdad y la justicia, que aumentan lentamente sus conquistas. Es un impulso general, un movimiento irresistible que conduce a Francia a su misión emancipadora.

—¡Pues todo eso es obra de usted! —exclamó Marcos con entusiasmo—. En cada uno de esos pueblos hay un antiguo alumno de usted. Joulic está transformando Maillebois porque usted le ha comunicado su ciencia y su fe. Y todos los demás son hijos de su corazón y de su cerebro, misioneros enviados por usted por los campos para enseñar el nuevo evangelio de verdad y de justicia. Si finalmente el pueblo despierta, recobra la dignidad humana y se hace capaz para una democracia justiciera, libre y sana, se debe a que la generación de los alumnos de usted ocupa las escuelas, instruye a los pequeños y los convierte en ciudadanos. Usted ha sido el buen forjador: no hay progreso posible sino mediante el saber y la razón.

Joulic y Mignot, entusiasmados, coincidieron con él.

—¡Sí, sí! Usted ha sido el padre y todos nosotros somos sus hijos. El pueblo será lo que sea el maestro. Y el maestro no puede ser sino tal como lo hayan hecho en las Escuelas Normales.

Salvan, muy emocionado, protestaba con su característica sencillez.

—Hombres como yo, hijos míos, se encuentran en todas partes y los habrá siempre con tal de que les dejen en libertad de obrar… Le Barazer me ha ayudado mucho sosteniéndome en mi cargo, sin atarme demasiado. Lo que yo hice, Mauraisin mismo se ve obligado a continuarlo, pues la evolución le arrastra, y la obra, una vez comenzada, no puede abandonarse. Y ya verán ustedes cómo el sucesor de Mauraisin formará maestros aún más liberales y mejores que los que salieron de mis manos… Hay una cosa que me tiene entusiasmado y de la cual no me han hablado ustedes, y es que el reclutamiento de alumnos para las Escuelas Normales es hoy mucho más fácil. Mi gran temor, entonces, era ver el desprecio, la desconfianza que inspiraba la carrera de maestro, tan mal pagado y tan poco considerado. Pero, desde que los sueldos han aumentado y hasta los más humildes maestros gozan de verdadera consideración, acuden aspirantes de todas partes y así se puede seleccionar un personal excelente. Y si verdaderamente yo he prestado algunos servicios, crean ustedes que recibo una recompensa superior a mis esperanzas, viendo mi obra realizada y en marcha. Yo no puedo ser ya más que un espectador; aplaudo los esfuerzos que ustedes hacen y me considero muy feliz en la calma tranquila de este jardín, en donde mi única alegría consiste en vivir olvidado de todos, excepto de ustedes, hijos míos.

Todos se enternecieron alrededor de la gran mesa de piedra situada en el centro del cenador, perfumado por las rosas. Del bello jardín verdeante, del campo entero, venía una serenidad infinita.

Todos los años, desde que sus padres volvieron a instalarse en Jonville, Luisa acudía a pasar las vacaciones con ellos. Al salir de su querida Escuela Normal de Fontenay, donde crecía en sólida razón y clara inteligencia, constituían para ella un delicioso descanso aquellos dos meses de estrecha intimidad con su hermano Clemente y con sus padres. Clemente, que iba a cumplir diez años, iba a la escuela de su padre, quien le daba por de pronto aquella instrucción elemental que él hubiera querido generalizar y extender a todos los niños de la nación, sin distinción de clases, con objeto de basar en ella seguidamente los estudios generales y gratuitos de la enseñanza superior. Para más tarde, si el chico sacaba sus aficiones, pensaba modestamente hacerle ingresar en la Escuela Normal de Beaumont, porque, todavía por mucho tiempo, la verdadera tarea salvadora habría que hacerla en las modestas escuelas de los pueblos. En cuanto a Luisa, continuaba con desinteresado propósito de no ser más que una simple maestrita de primera enseñanza. Y cuando salió de la escuela de Fontenay con su título superior y su certificado de aptitud pedagógica, tuvo la satisfacción de ser inmediatamente nombrada auxiliar en Maillebois, precisamente en la escuela de la señorita Mazeline, su antigua y queridísima maestra.

Luisa tenía entonces diecinueve años. Salvan había influido cerca de Le Barazer para obtener el nombramiento, que, por lo demás, pasó casi inadvertido. Los tiempos cambiaron cada vez más y ya había pasado la época de delirios en que los simples nombres de Simón y de Froment levantaban tempestades. Ello permitió que seis meses después Le Barazer se atreviera a colocar a José, el hijo de Simón, como

auxiliar de Joulic. José, al salir de la Escuela Normal de Beaumont, dos años antes, con notas excelentes, había comenzado en Dherbecourt. El ascenso era casi nulo, pero no por ello representaba menos valor el traslado a aquella escuela de Maillebois, donde su presencia iba a ser un comienzo de rehabilitación para su padre. Al principio no faltaron protestas, y los religiosos intentaron amotinar a las familias, pero luego el nuevo auxiliar se hizo simpático por su discreción, suavidad y al mismo tiempo energía para con los niños. Uno de los hechos que entonces acabaron de demostrar cómo evolucionaba la opinión pública fue una pequeña revolución interior acaecida en la papelería de Milhomme, pues un día la viuda de Eduardo, o sea la dueña absoluta, se eliminó ante la viuda de Alejandro y desapareció en el fondo de la trastienda, donde la otra había estado durante tantos años. La viuda de Alejandro ocupó su sitio en el mostrador para servir a la clientela. Y nadie se equivocó suponiendo que la clientela cambiaba, indicando poco a poco el triunfo de la escuela laica sobre la escuela religiosa, pues la viuda de Eduardo, en su firme posición de buena comerciante, nunca había tenido más preocupación que la de estar con la mayoría de sus clientes, y era mujer bastante enérgica para ceder el sitio a su cuñada si se trataba de salvar la casa. Y he aquí cómo la presencia de la viuda de Alejandro en el mostrador de la papelería de Milhomme fue para todos señal de que la escuela de los hermanos debía de estar muy enferma. Además, la viuda de Eduardo tenía grandes disgustos con su hijo Víctor, que procedía de aquella escuela y que, luego de haber alcanzado los galones de sargento, acababa de encontrarse comprometido en una fea aventura, mientras la viuda de Alejandro podía mostrarse muy orgullosa de su hijo Sebastián, antiguo alumno de Simón y de Marcos, compañero de José en la Escuela Normal de Beaumont y auxiliar en Rouville hacía tres años. Toda aquella juventud —Sebastián, José, Luisa—, luego de haber crecido juntos, llegaban así a la vida activa llevando a ella una razón amplia, una amabilidad y una inteligencia regadas con lágrimas para continuar la obra de sus mayores, tan duramente discutida.

Un año después, Luisa acababa de cumplir los veinte. Todos los domingos iba a Jonville, donde pasaba el día con su padre y con su madre. Y allí solía encontrar a José y a Sebastián, que continuaban siendo grandes amigos y acudían a visitar a sus antiguos maestros Marcos y Salvan. También era frecuente que Sara acompañase a su hermano José para disfrutar de aquella jornada al aire libre en cariñosa intimidad. Tres años antes había manifestado su propósito de quedarse con sus abuelos, los Lehmann, pues le gustaba dirigir las labores de costura que se hacían en aquella casa. Y se mostraba tan activa y tan hábil, que acabó consiguiendo alguna prosperidad para la mísera tienda de la calle del Hoyo. Por una parte había vuelto clientela y por otra parte conservaron los encargos de los grandes almacenes de París, tomando obreras y asociándolas en una especie de grupo cooperativo. La abuela acababa de morir, y el viejo Lehmann, que tenía setenta y cinco años, no sentía su avanzada edad sino por suponer que le impediría ver la rehabilitación de Simón. Todos los años iba a pasar varias días junto a éste en el corazón de los Pirineos. Abrazaba a su hija Raquel y a

David y volvía feliz de haber encontrado a los tres trabajando en su tranquila soledad, pero muy triste al comprender que no había felicidad posible para ellos mientras no fuera revisado el monstruoso fallo de Rozan. Aunque Sara había querido que se quedara allí, obstinábase en no abandonar la calle del Hoyo a pretexto de que todavía era útil, vigilando el taller. Y esto, en efecto, permitía que la joven Sara tomara vacaciones los días en que se encontraba un poco cansada por haber acompañado a su hermano José a Jonville.

La nueva aproximación entre los jóvenes y los días que tan alegremente pasaban juntos produjeron los matrimonios previstos. Desde que jugaban cuando niños, las dos parejas se habían vuelto a encontrar siempre reunidas por creciente cariño. Primero se trató del casamiento de Sara con Sebastián, cuyo anuncio no sorprendió a nadie. Solamente se pensó que si el joven Milhomme se casaba con la hija de Simón autorizado por su madre, y sobre todo por su tía, constituía ello otra señal de los nuevos tiempos. Luego, cuando se retrasó este casamiento unos meses para que coincidiera con el de Luisa y José, Maillebois acabó enardeciéndose un poco, porque entonces se trataba del hijo del condenado y de la hija de su más heroico defensor: el hijo, que era auxiliar en la escuela donde el padre había sido castigado, y la hija, auxiliar también de la señorita Mazeline, su antigua maestra. La gente, creyendo ver el aspecto malo de las cosas, se preguntaba cómo la señora de Duparque, abuela de Luisa, acogería semejante unión. El idilio de aquellos novios, su proximidad en el trabajo, los alegres encuentros domingueros en la pobre escuela de Jonville, todo cuanto de las antiguas luchas dolorosas y de los antiguos heroísmos iba a confundirse en ellos, llegó bien pronto a los corazones y hasta acabaron pacificando un poco más a la población. Pero, de todos modos, persistió la curiosidad de saber si Luisa sería recibida por su bisabuela, que hacía tres años que no salía de su casita de la plaza de los Capuchinos. Y ambos matrimonios fueron aplazados otro mes, esperando lo que decidiera la señora de Duparque.

Luisa aún no había tomado la primera comunión a los veinte años, y se había convenido que las dos parejas no se casaran por la Iglesia. Luisa escribió a la se ñora de Duparque suplicándole que le abriera sus puertas; pero fue inútil, pues ni tan sólo recibió contestación. Aquellas puertas no habían vuelto a abrirse ante Genoveva y sus hijos desde el día en que salieron para reunirse con el marido, con el padre, y hacía cerca de cinco años que la vieja cumplía su feroz juramento de prescindir de la familia y vivir aislada como en el claustro, sin más compañía que su Dios. Genoveva había realizado algunas tentativas de aproximación, conmovida al pensar en aquella mujer de más de ochenta años que llevaba una vida tan obscura y silenciosa. Pero siempre había chocado con una obstinación salvaje, a pesar de lo cual Luisa quería aventurar otra tentativa, pues le desolaba que todos los suyos no participaran de su felicidad.

Una tarde, pues, cuando obscurecía, se permitió ir a llamar a la casita, ya envuelta por las sombras crepusculares. Y le sorprendió no oír ningún tintineo, como si

hubieran cortado el hilo de la campanilla. Entonces llamó con la mano, primero discretamente y luego cada vez con más fuerza. Por fin se oyó un ruidillo como sí se corriera una mirilla, igual que en ciertos conventos.

—¿Es usted, Pelagia? —preguntó Luisa—. ¡Vamos, conteste!

Y tuvo que aguzar el oído, pegándolo casi a la mirilla, para oír la voz opaca y casi desconocida de la criada.

—¡Váyase, váyase! La señora dice que se vaya enseguida.

—¡Pues no, Pelagia, no me voy! Dígale a la abuela que no me iré de aquí hasta que ella no venga a contestarme…

Permaneció allí diez minutos, un cuarto de hora. De vez en cuando volvía a llamar sin rudeza, con una especie de insistencia respetuosa y tierna. De pronto, volvió a abrirse la mirilla, pero precipitadamente, y gruño una voz ruda, indignada y cavernaria.

—¿Para qué has venido?… Me has escrito a propósito de otra cosa bochornosa, de un casamiento que acabara de matarme de vergüenza… ¿Para qué hablar de eso? ¿Acaso puedes casarte? ¿Has tomado ya la primera comunión? No, ¿verdad? Te has burlado de mí, pues aplazabas la comunión para cuando tuvieras veinte años, y ahora, sin duda, decides no comulgar jamás… ¡Vete, vete! He muerto para ti…

Luisa, trastornada y estremecida, como si le pasara por el rostro un hálito de la tumba, tuvo tiempo para gritar:

—¡La espero, abuela! Volveré dentro de un mes.

Pero la mirilla se había vuelto a cerrar violentamente, y la obscura y muda mansión parecía haberse sumido en las tinieblas de la noche.

Desde hacía cinco años, la señora Duparque había ido rompiendo completamente, cada mes un poco más, sus relaciones con el mundo. Tras la muerte de la señora de Berthereau y la partida de Genoveva se había limitado al principio a no recibir a su familia, dedicándose por completo a amigas beatas, a religiosas y a sacerdotes familiares de la casa. El nuevo cura de San Martin, o sea el abate Coquard, que había sucedido al abate Quandieu, era un sacerdote rígido y de fe sombría, cuyas amenazas gustaba de oír la anciana, pues hablaba del infierno con sus llamas, sus rojos tridentes y su aceite hirviendo. Se la veía por la mañana y por la tarde en la parroquia, en los capuchinos y en todas partes donde había oficios y ceremonias. Pero luego salió cada vez menos y acabó no poniendo los pies fuera de casa como sujeta por la sombra y el silencio, como lentamente sepultada. Un día dejaron de abrirse las puertas de las ventanas que aún se abrían y cerraban por la mañana y por la noche, con lo que la fachada quedó como ciega y la casa parecía muerta, sin que salieran de ella ni una luz ni un soplo de vida. Hubiera podido creerse que estaba abandonada y deshabitada, si en cuanto llegaba la noche no entraran discretamente hábitos y sotanas. Eran el abate Coquard, el padre Teodosio y hasta en ocasiones, según se decía, el padre Crabot, que le hacían amistosas visitas. La pequeña fortuna que la anciana había procurado dejar por mitad al colegio de Valmarie y a la capilla de los capuchinos, los dos o tres mil

francos de su herencia, quizá no hubieran bastado a explicar semejante fidelidad en torno suyo; había que admitir también un efecto de sus exigencias y de su carácter despótico, que doblegaba ante ella a los más poderosos personajes, inquietos por saberla capaz de ciertas locuras místicas. Decíase que había obtenido autorización para oír misa y comulgar en su casa y que, seguramente a causa de ello, era por lo que no salía, ya que mediante la fuerza de su piedad, había obligado a Dios en persona a tomarse la molestia de ir a su casa para evitarle a ella la de ir a casa de Dios. Ver las callos, ver a los transeúntes, ver el siglo abominable en que agonizaba la Santa Madre Iglesia, resultaba para ella una tortura tal, que, según se aseguraba, había acabado haciendo clavar las puertas de las ventanas y tapar las rendijas para que ni un rumor, ni un resplandor de fuera llegasen hasta ella.

Fue la crisis suprema. Pasaba los días rezando. No le bastaba haber roto con su impía y condenada familia, sino que se preguntaba si acaso no estaría comprometida su salvación, si acaso no tendría alguna responsabilidad en la condenación de todos los suyos. La sacrílega rebelión de su hija la señora de Berthereau en su lecho de muerte la preocupaba, haciéndole creer que la desventurada se hallaba en el purgatorio y quién sabe si en el infierno. Luego había ocurrido la perdición final de Genoveva, tan combatida por el demonio, que volvió a su error. Y, finalmente, estaba Luisa, la pagana, la definitivamente sin Dios, que había rechazado hasta el divino cuerpo de Jesús. Estas dos pertenecían en cuerpo y alma al diablo. Y si bien la anciana hacía decir misa y quemar cirios por el descanso del alma de la difunta, había abandonado a su nieta y a su bisnieta a las justas venganzas del Dios de cólera y castigo. Pero no por ello su inquietud y su angustia dejaban de ser extremadas, pues preguntábase por qué el cielo la hería así en su estirpe y esforzábase en ver en ello una terrible prueba, de la que su santidad debía salir triunfante y resplandeciente. Su encierro, su vida entre paredes, dedicada por completo a las prácticas religiosas, le parecía una reparación necesaria que le sería recompensada por eternas delicias. Así expiaba el monstruoso pecado de su estirpe, de aquellas mujeres culpables, de espíritu libre, que, en tres generaciones, habían escapado de la Iglesia para dar en la locura de una religión de solidaridad humana. Y queriendo rescatar la apostasía de una descendencia maldita, ponía toda la ferocidad de su orgullo en humillarse y en vivir solamente para Dios con desprecio de su indignidad sexual y con el solo deseo de castigar su sexo maldito, matando lo poco que de mujer quedara en ella.

Y puso en ello tan recio y sombrío empeño, que desalentó a los sacerdotes y religiosos, que eran los únicos seres que la unían aún al mundo de los vivos. La anciana notaba la decadencia de la Iglesia y oía los crujidos del catolicismo bajo la presión del diabólico siglo que ella había abandonado para protestar contra la victoria de Satanás, como si la negara al no presenciarla. Quizá su renunciamiento, lo que ella creía su martirio, devolvería vigor a los soldados de Cristo, a quienes ella hubiera querido ver tan ardientes, tan resueltos y tan frenéticos como ella era, encerrados en la rigidez de los dogmas y yendo a sangre y fuego entre los incrédulos para ayudar al

Exterminador en la reconquista de su pueblo con fragores de trueno. Jamás satisfecha, encontraba demasiado tibios al padre Crabot, al padre Teodosio y hasta al sombrío abate Coquard, a quienes acusaba de pactar con el execrable espíritu mundanal y de consumar en sus propias manos la ruina de la Iglesia al acomodar a Dios al gusto del día. Por ello, exaltada por la soledad, delirante, siempre insatisfecha, a pesar de las penitencias con que la abrumaban, les dictaba su deber predicándoles una campaña de franqueza y violencias. El padre Crabot fue el primero que se cansó de aquella extraña penitente, tan dura consigo misma a los ochenta y tres años y tan inquietante por sus trazas de profetisa desesperada, cuya intransigencia católica equivalía a condenar el prolongado esfuerzo de su orden para humanizar al terrible Dios de las matanzas y de las hogueras. Así, pues, espació sus discretas visitas, y acabó dejando de acudir, pues seguramente opinaba que la parte de herencia esperada para Valmarie no valía los peligros que representaba semejante espíritu, siempre atormentado. Unos meses después siguió su ejemplo el abate Coquard, desapareciendo a su vez, no por el cobarde temor de comprometerse, sino porque cada conversación con la anciana resultaba una batalla atroz, pues él, despótico y duro como ella, quería conservar su omnipotencia de sacerdote, hasta que un día se enfadó y no quiso seguir viendo los papeles trocados, ya que ella, vociferando en nombre de Dios, le reprochaba su inacción, mientras él parecía tener la actitud de un simple pecador. Así es que, durante cerca de un año, a la hora del crepúsculo, sólo se vieron los hábitos del padre Teodosio, deslizándose en la casita muda y hermética de la plaza de los Capuchinos.

Indudablemente, el padre Teodosio encontraba muy aceptable la modesta fortuna de la señora de Duparque, porque los tiempos eran duros para San Antonio de Padua. Aunque lanzaba nuevos prospectos, ya no se llenaban los cepillos como en los días felices en que había tenido la genial inspiración de hacer que monseñor Bergerot bendijera el relicario que contenía un hueso del Santo. Entonces, la lotería de milagros entusiasmaba a las multitudes; no había un enfermo, un holgazán, un pobre que no soñara con ganar la felicidad del cielo por un franco. Ahora, a medida que la verdad y la razón se propagaban gracias a la escuela, los clientes eran cada vez más raros, y el tráfico grosero explotado en la capilla de los capuchinos se mostraba en toda su vergonzosa estupidez. Por unos instantes, la otra inspiración genial del padre Teodosio, consistente en la creación de obligaciones hipotecarias sobre el paraíso, había trastornado nuevamente las almas de los humildes y de los que sufren, tan ávidos de felicidad, aunque sea más allá de la tumba, ya que la tierra era con ellos tan cruel. Durante meses enteros acudió el dinero de los tontos, así como las economías guardadas en el fondo de las medias y puestas a contribución por la posibilidad de conseguir la paz en las desconocidas alturas. Finalmente, ante la creciente incredulidad y al ver cuánto le costaba colocar sus obligaciones, el padre Teodosio acababa de tener otra inspiración genial, consistente en la invención de jardincillos personales y reservados en los campos, siempre floridos, de los bienaventurados. Se

trataba de rinconcitos deliciosos y eternos, con rosas y lirios de primera calidad, bajo umbráculos dispuestos para el placer de la vista junto a manantiales especialmente puros y frescos. Gracias a la decisiva influencia de San Antonio de Padua, era posible encargar de antemano aquellos jardincillos asegurándose el disfrute eterno de ellos, cosa que, naturalmente, resultaba muy cara, sobre todo si se quería uno grande y confortable, porque los había de todos los precios, según su hermosura, su situación y su proximidad a los ángeles y a Dios. Dos ancianas habían legado ya su fortuna a los capuchinos para que el santo milagroso les reservara lo mejor que hubiese disponible en jardines, uno de ellos por el estilo de los antiguos parques franceses, y otro de estilo más romántico, con laberintos y cascadas. Y decíase que la señora de Duparque había elegido una gruta dorada junto a un monte azul, entre bosquetes de mirtos y de adelfas.

Únicamente el padre Teodosio la visitaba aún, soportando sus malos humores y retornando siempre, aunque le despidiese echándole en cara su tibieza y su resignación ante el triunfo de los enemigos de la Iglesia. Había acabado por obtener de ella una llave de la casa para poder entrar cuando quisiera, sin tener necesidad de estar llamando largo rato, pues la pobre Pelagia, cada día más sorda, no podía abrir enseguida. Fue entonces cuando las dos mujeres, que hacían vida de reclusas, cortaron el alambre de la campanilla. ¿Para qué conservar aquella comunicación con el mundo? El único ser vivo que entraba en la casa poseía llave, y ellas se ahorraban de ese modo la sacudida nerviosa que les producía el sonido de la campanilla, al cual no querían contestar. Pelagia se había vuelto tan adusta y tan maniática como su señora, embrutecida a fuerza de sombrías devociones. Primeramente había dejado de hablar en las tiendas. Apenas contestaba, y se escurría en las paredes como una sombra. Luego no iba a la compra más que dos veces por semana, pues tanto ella como su señora se habían condenado a no comer más que pan duro y legumbres, como los anacoretas del desierto. Y ahora, los escasos proveedores de la casa acudían los sábados por la noche a dejar un cesto con provisiones, cesto que al sábado siguiente encontraban vacío y con el dinero envuelto en un periódico viejo. Pero Pelagia tenía un gran tormento con su sobrino Polidoro, a la sazón fámulo en un convento de Beaumont y que le proporcionaba enormes escándalos para sacarle algún dinero. Tanto la aterrorizaba aquel individuo, que no se atrevía a dejarle en la puerta, pues sabía que era capaz de alborotar el barrio o de tirar la puerta a patada limpia si no le abría. Y cuando le veía dentro de la casa temblaba más aún, pues le creía capaz de hacer cualquier atrocidad si le negaba diez francos. Desde hacía muchos años acariciaba Pelagia el deseo de emplear en beneficio de su alma, cuando muriera, unos diez mil francos que había ahorrado céntimo a céntimo, y, si aún no lo había hecho, si todavía guardaba el dinero escondido en el jergón, era porque no había decidido aún respecto a cuál sería la colocación más ventajosa y eficaz, si una memoria de misas perpetuas en sufragio de su alma o la adquisición de un jardincito reservado, de un rinconcito de cielo junto al señorial jardín de su terrible ama. Pero sucedió una

desgracia: una noche que dejó entrar a Polidoro, aquel desalmado, si bien no la asesinó, empezó a remover todos los muebles, rompió el colchón y se escapó con los diez mil francos, mientras Pelagia, a quien maltrató y dejó tirada en el suelo junto a la cama, lanzaba sordos gritos de desesperación, viendo cómo se le iba, en manos de un ladrón de su familia, aquel dinero, destinado a San Antonio de Padua. ¿Se condenaría ahora que estaban cerradas para ella las ventanillas de la lotería del milagro? Dos días después falleció, y el padre Teodosio fue quien halló su cadáver, frío ya, en la sucia y destartalada buhardilla, a la cual subió, entre sorprendido e inquieto, al no ver a la criada. Él tuvo que arreglar todo lo referente al entierro y preocuparse de qué manera viviría en lo sucesivo la única moradora de aquella casita cerrada y muerta, donde no, quedaba ya nadie que cuidase y sirviera a la sombría señora de Duparque.

Hacía ya varias semanas que la anciana no se levantaba de la cama, pues sus piernas se negaban a sostenerla. Sin embargo, permanecía sentada en el lecho, muy tiesa todavía, muy alta, con su afilado rostro cubierto de simétricas arrugas, boca pequeña y saliente nariz. Habíase quedado como una momia, y sólo tenía un débil aliento, pero seguía reinando despóticamente en la casa vacía, silenciosa y obscura, de donde había arrojado a los suyos y en la que acababa de morir la única criatura que la pudo soportar y que fue para ella una especie de animal doméstico. Cuando el padre Teodosio quiso hablar con la señora de Duparque, al regreso del entierro de Pelagia, para preguntarle qué pensaba hacer y cómo quería vivir en adelante, ni siquiera obtuvo contestación. El capuchino, muy consternado, insistió, y hasta le propuso enviarle una religiosa, pues ella no podía valerse, toda vez que estaba en cama. Entonces la señora de Duparque se enfadó y empezó a gruñir, como fiera herida que no quiere que la molesten en sus últimos momentos. Palabras confusas salieron de su garganta: todos eran unos cobardes, unos traidores a su Dios, a quien abandonaban. El padre Teodosio, muy resentido y furioso, a su vez, la abandonó, con el propósito de ver si al día siguiente la encontraba más razonable.

Transcurrieron un día y una noche, pues el superior de los capuchinos no se presentó hasta veinticuatro horas después, al anochecer del día siguiente. La señora de Duparque permaneció sola todo el día y toda la noche en aquella alcoba completamente a obscuras, donde no penetraba ni un rayo de luz ni el menor ruido, pues las persianas estaban echadas y herméticamente cerradas puertas y ventanas. Así lo había dispuesto desde hacía años, al cortar todo vínculo con los suyos, aislándose del mundo en señal de protesta contra aquella abominable sociedad en la que triunfaban todos los pecados. Y, no contenta con haberse entregado por entero a la Iglesia con el ardimiento que exigía su indignidad de mujer, había llegado hasta a juzgar a aquellos religiosos sin valor heroico, considerándoles demasiado apegados a los placeres mundanos y carnales. Por último, los había despedido también y se había quedado sola, con Dios, con su Dios implacable y testarudo como ella, que reinaba con absoluta plenitud de su poder exterminador y vengador. Había muerto la luz, había muerto la vida, y no quedaba ya en aquel tétrico y helado sepulcro, cerrado por

todos lados, más que una anciana octogenaria, sentada todavía en su cama, muy derecha y con los ojos extraordinariamente abiertos, como si de las tinieblas que la rodeaban esperara ver surgir a su Dios celoso para que se la llevara y le permitiera dar así, a las almas tibias, el ejemplo de una muerte ejemplarmente piadosa. Y al atardecer del día siguiente, cuando acudió el padre Teodosio para visitarla, se quedó muy sorprendido al ver que no conseguía abrir la puerta, por encontrar una resistencia inesperada. Sin embargo, la llave corría en la cerradura, mas parecía que estuviesen corridos los cerrojos. Pero ¿quién podía haberlos echado, si allí no había nadie más que la enferma y ésta no podía moverse de la cama? Fueron vanos los esfuerzos que hizo para intentar abrir la puerta, y, últimamente, se fue a la alcaldía a decir lo sucedido, comprendiendo que no le convenía comprometerse. Enseguida fueron a casa de la señorita Mazeline, para avisar a Luisa, y la casualidad hizo que aquel día se encontrasen en Maillebois Marcos y Genoveva, a quienes tenían inquietos las últimas noticias recibidas acerca de la salud de la terrible abuela.

Aquello fue trágico. Toda la familia se dirigió entonces a la plaza de los Capuchinos. Como la puerta no cedía, hubo necesidad de llamar a un cerrajero, el cual dijo que no podía abrirla, porque los cerrojos estaban echados por dentro. Después fue necesario llamar a un albañil, quien hizo saltar los goznes a golpes de pico. La casa, a cada golpe de pico, resonaba como si fuera una cueva tapiada. Y cuando se hubo arrancado la puerta, Marcos y Genoveva, seguidos de Luisa, penetraron con un escalofrío glacial en aquella morada familiar, donde no los habían querido recibir más. Reinaba una terrible humedad y les costó no poco trabajo lograr encender una bujía. Arriba, en su cama, derecha siempre, apoyada en las almohadas, hallaron a la señora de Duparque muerta, la cual tenía sujeto un gran crucifijo entre sus largas, flacas y crispadas manos. Seguramente, haciendo un esfuerzo sobrehumano, tuvo la suprema energía necesaria para levantarse de la cama y bajar a correr los cerrojos para que nadie en el mundo, ni siquiera un sacerdote, la molestara en su postrera intimidad con Dios, Luego volvió a subir y había muerto. Tembloroso, el padre Teodosio, que se hallaba allí, cayó de rodillas murmurando una plegaria. Permanecía anonadado, comprendiendo que aquello no era solamente el terrible fin de la anciana, que había mostrado cierta bárbara grandeza en su fe intransigente y sombría, sino que con ella había muerto también toda la intolerante religión de las supersticiones y de las mentiras. Y Marcos, en cuyos brazos se refugiaron Genoveva y Luisa, aterrorizadas, sintió pasar un gran soplo, la eterna vida renaciendo de aquella muerte.

Después del entierro, del que se encargó el cura Coquard con el beneplácito de la familia, no se encontró nada en los cajones de los muebles de la muerta, ni testamento ni valores de ninguna clase. No se podía acusar al padre Teodosio de haberlos substraído, puesto que no había podido entrar más en la casa. ¿Se los habría dado en vida a él o a algún otro? ¿O quizá los habría destruido, para aniquilar aquellos bienes perecederos, de los cuales no quería que se beneficiase su familia? Nunca pudo

aclararse este misterio, pero no se encontró un céntimo. Quedaba solamente la casita, que fue vendida, y el importe de la cual repartió Genoveva entre los pobres, diciendo que creía cumplir así la última voluntad de su abuela.

La tarde en que se celebró el entierro, al volver a su casa, Genoveva, en un arranque espontáneo, arrojóse en brazos de su marido y le dijo:

—¡Si tú supieras!… Otra vez estaba cogida, desde que supe que mi abuela, completamente sola, se mostraba tan valiente y tan animosa en su obstinada fe. Sí, me preguntaba si mi lugar no estaba cerca de ella, si había obrado bien al dejarla… ¿Qué quieres? No me curaré nunca; siempre habrá en el fondo de mi ser un poco de mi fe antigua… Pero ¡Dios mío!, qué cosa más horrible ha sido aquella muerte, y cuánta razón tienes tú en amar la vida, en querer que la mujer, emancipada, ocupe su papel de compañera, de igual al hombre, en desear todo lo bueno, todo lo que es verdadero, todo lo que es justo.

Un mes más tarde se celebraron los dos matrimonios civilmente. Luisa se casó con José, y Sara con Sebastián. Marcos vio en aquello como un principio de victoria. Las cosechas futuras, sembradas con tantos esfuerzos, en medio de las persecuciones y de los ultrajes, germinaban y brotaban ya.

# II

Habían transcurrido dos años. Marcos continuaba su obra, robusto aun a los sesenta años y tan apasionada por el triunfo de la verdad y de la justicia como al principio de la gran lucha. Y un día que había ido a Beaumont para ver a Delbos, éste le dijo bruscamente:

—A propósito, he tenido un encuentro muy raro… La otra tarde volvía a casa cuando empezaba a anochecer, y vi por la avenida de Jaffres a un hombre de la edad de usted, de aspecto muy miserable y destrozado… Y he aquí que, al darle la luz del escaparate de la confitería que hay en la calle de Gambetta, creí reconocer en él a nuestro Gorgias.

—¿Cómo nuestro Gorgias?

—¡Sí, sí! El hermano Gorgias, no de sotana, sino vestido con una levita vieja y grasienta. Iba pegado a las paredes, con el andar receloso de un lobo envejecido y flaco… Puede haber vuelto secretamente, vivir escondido en cualquier parte, tratando aún de explotar y atemorizar a sus antiguos cómplices.

Marcos, muy sorprendido, permanecía perplejo.

—¡Oh! Debe usted de haberse equivocado. Gorgias le tiene demasiado cariño a su pellejo para venir a Beaumont, exponiéndose a ir a presidio el día en que un hecho nuevo nos permitiera conseguir la casación de la sentencia de Rozan.

—Está usted en un error, amigo mío —declaró Delbos—. Nuestro hombre no tiene nada que temer, pues como la acción pública en materia criminal prescribe a los diez años, el asesino de Ceferino puede pasearse tranquilamente hoy día… Por otra parte, es posible que yo esté equivocado. Y aunque fuera así, la vuelta de Gorgias no tendría ningún interés para nosotros, pues tanto usted como yo opinamos que nada bueno ni útil podemos esperar de él, ¿no es eso?

—Absolutamente nada. Miente tanto, que si hablara nuevamente, volvería a mentir… La verdad que tanto hemos deseado y buscado no la obtendremos de él.

De vez en cuando, Marcos iba también a casa de Delbos, para hablar con éste acerca de la eterna cuestión de Simón, que hacía tantos años seguía en el corazón del país como un cáncer devorador. Aunque el mal era negado y no se hablaba ya de él, continuaba sordamente sus estragos, como veneno secreto que inficiona una vida. Y dos veces al año David escapaba de su desierto de los Pirineos e iba a reunirse en casa de Delbos con Marcos, porque, a pesar del indulto, ni un momento había dejado de perseguir la absolución de su hermano. Los tres estaban firmemente convencidos de que conseguirían revocar el monstruoso fallo y el proceso terminaría indefectiblemente con el triunfo del inocente. Pero, como cuando se proponían la primera revocación, forcejeaban entre las más inextricables mentiras. Tras haber vacilado algún tiempo sobre la pista a seguir, se decidieron por la nueva felonía cometida por el antiguo presidente Gragnon, sospechada por ellos en Rozan, y de la que ahora estaban seguros. Gragnon se había limitado simplemente a repetir su

recurso de la comunicación ilegal. Y se trataba, precisamente, como en Beaumont, de una carta de Simón con una postdata falsificada que llevaba la rúbrica del famoso modelo de caligrafía; se trataba de la supuesta confesión escrita por el obrero que había fabricado un sello falso para el maestro de Maillebois y que, al agonizar en el hospital, la había entregado antes de morir a una religiosa. Seguramente, Gragnon se había paseado por Rozan con aquella confesión en el bolsillo, hablando de ella como de un rayo que dispararía si lo arrojaban, mostrándola o haciendo que la mostraran a ciertos miembros del jurado, los más beatos y los más pusilánimes, y aparentando, sobre todo, que no querían mezclar públicamente en el escándalo a una santa religiosa. Y esto lo explicaba todo, incluso la abominable actitud del jurado volviendo a condenar al inocente, pues aquellos hombres de mediana inteligencia y suficiente honradez habían cedido sencillamente a razones que permanecían secretas o habían sido engañados a conciencia, como los primeros jurados de Beaumont. Marcos y David recordaban todavía ciertas preguntas formuladas por miembros del jurado que les habían parecido preguntas extravagantes. Ahora comprendían que entonces los miembros del jurado aludían al terrible documento que obraba en la sombra y respecto al cual era prudente no abrir la boca. Y, en virtud de ello, habían condenado. Delbos, pues, partía de este nuevo hecho y buscaba la prueba legal de esta segunda comunicación criminal, pues el día en que pudieran encontrarle provocarían la inmediata revocación del fallo. Ahora bien: nada más difícil de encontrar que aquella prueba, hasta el punto de que los tres se agotaban hacía años buscándola de una manera cierta y decisiva. Sólo les quedaba una esperanza: la de que uno de los miembros del jurado, un anciano médico llamado Beauchamp, estaba atormentado por los remordimientos, como antes lo estuvo el arquitecto Jacquin, al haber adquirido la certeza de que la supuesta confesión del obrero muerto en el hospital era una grosera mixtificación. Pero aquel hombre, a pesar de que no era clerical, tenía una mujer extraordinariamente devota, a la que no quería disgustar descargando su propia conciencia. Por lo tanto había que esperar.

De todos modos, los años, a medida que transcurrían, creaban un ambiente cada vez más favorable. Se producía una vasta evolución social que daba grandes resultados, gracias a la triunfante instrucción laica emancipada de los dogmas. Toda Francia se renovaba, y un nuevo pueblo salía de sus miles de escuelas municipales, en las que los humildes maestros de primera enseñanza terminaban el prodigio de rehacer la nación para las futuras y grandes tareas de verdad y de justicia. Todo iba a salir de la escuela, que era el fecundo campo de infinitos progresos y a la que se encontraba en el nacimiento de toda reforma conseguida y de toda nueva etapa hacia la solidaridad y la paz. Lo que la víspera parecía imposible, se realizaba ahora con holgura en medio de un pueblo mejor, libre del error y de la mentira, que sabía y quería.

Así, en las elecciones de mayo, Delbos venció, por fin, a Lemarrois, alcalde de Beaumont durante tantos años. Este ultimo, antiguo amigo de Gambetta, parecía que

nunca había de ser desposeído de su cargo, de tal manera representaba exactamente el término medio de los franceses. Pero, a partir de aquella época, los acontecimientos se habían precipitado y la burguesía había traicionado su pasado revolucionario, aliándose a la Iglesia con propósito de no ceder nada del poder usurpado antaño. Quería conservar los privilegios conquistados, no compartir ni su predominio ni su dinero, y estaba presta a emplear todas las antiguas fuerzas reaccionarias para reducir a la servidumbre al pueblo, ya despierto e instruido, cuyo creciente oleaje la aterrorizaba. Y Lemarrois era el típico ejemplo del burgués republicano de ayer que se creía en el deber de defender su clase, y que por ello caía en una especie de involuntaria reacción, viéndose desde entonces condenado y arrebatado en el inevitable desastre de aquella burguesía, rápidamente podrida por cien años de negocios y de placeres. El advenimiento del pueblo era fatal para el día en que se diera cuenta de su omnipotencia y de las inagotables reservas de energía, de inteligencia y de voluntad que dormían en él; había de bastar con que la escuela le emancipara y le sacara del pesado sueno de la ignorancia para que ocupara todos los puestos y rejuveneciera a la nación. La burguesía iba a morir, y el pueblo era, necesariamente, la gran Francia del mañana, libertadora y justiciera. Y hubo como una anunciación de todas estas cosas en el triunfo de la candidatura de Delbos en Beaumont, pues Delbos era el abogado de Simón, tan combatido y ultrajado por mucho tiempo y que, hasta entonces, no había recogido más que unos cuantos votos socialistas que, poco a poco, se habían convertido en mayoría aplastante.

Otra prueba de la aproximación del pueblo al poder fue el completo cambio de Marcilly. Primero formó parte de un ministerio radical; tras la segunda condena de Simón entró en un ministerio moderado, y ahora proclamaba una profesión de fe violentamente socialista y acababa de conseguir que le eligieran de nuevo, enganchándose al carro triunfal de Delbos. Por lo demás, la victoria era incompleta en el departamento, pues también el conde Héctor de Sangleboeuf había sido reelegido como reaccionario intransigente, gracias a ese fenómeno de los tiempos turbios en que sólo vencen las opiniones extremadas, francas y claras. Lo que para siempre quedaba de cuerpo presente era aquella antigua burguesía liberal que el egoísmo y el miedo hacían conservadora, ya desviada, asustada, sin lógica ni fuerza, a punto de caer. Y la clase ascendente, la multitud Inmensa de los desheredados de ayer, iba, naturalmente, a ocupar su puesto, un puesto que se le debía, luego de haber barrido, mediante un postrer esfuerzo, a los escasos defensores obstinados de la Iglesia que todavía quedaban.

La elección de Delbos, sobre todo, era el primer éxito resonante de uno de aquéllos sin patria, de uno de aquellos traidores que habían afirmado públicamente la inocencia de Simón. Tras el monstruoso fallo de Rozan, todos los simonistas destacados, heridos de impopularidad, habían sufrido en sus personas y en sus intereses por el crimen de haber querido la verdad y la justicia. Las injurias, las persecuciones y las ejecuciones sumarias se habían encarnizado contra ellos. Delbos

no encontraba un cliente que le entregara la defensa de un asunto; Salvan había pasado a la situación de retiro; Marcos, caído en desgracia, fue enviado a un pueblecillo. Y detrás de éstos, que eran los más conocidos, ¡cuántos otros, parientes o amigos, pagaban con grandes molestias y hasta con la misma ruina su simple actitud de personas decentes! Hacía años que, bajo el mudo dolor de aquella aberración pública y comprendiendo perfectamente la inutilidad de toda rebelión, habían reanudado heroicamente su tarea, esperando la inevitable hora de la razón y de la justicia. Y aquella hora parecía llegar por fin, pues Delbos, uno de los más comprometidos en la cuestión, vencía a Lemarrois, cuya cobarde política había consistido mucho tiempo en no pronunciarse en contra ni en pro de Simón por miedo a no ser reelegido. La opinión, pues, había cambiado. ¿Y no era ello una prueba de la gran etapa recorrida? También Salvan tuvo el consuelo de que nombraran director de la Escuela Normal a uno de sus antiguos alumnos, luego de haber casi arrojado a Mauraisin, culpable de notoria incapacidad. Y el prudente Salvan tuvo una gran alegría en su jardincillo florido, no por triunfar sobre su adversario, sino por saber que su obra se hallaba ahora en manos de un hombre bueno y fiel. Finalmente, Le Barazer llamó un día a Marcos para ofrecerle una dirección en Beaumont, pues ya se sentía con fuerzas para reparar la antigua injusticia. Aquel ofrecimiento por parte del inspector académico, prudente diplomático, era tan significativo, que Marcos se alegró mucho, pero rechazó el ofrecimiento, porque no quería abandonar Jonville, donde aún no había terminado su tarea. Además, había otras muchas clases de signos precursores. El prefecto Hennebise acababa de ser substituido por un prefecto muy sensato y enérgico que, inmediatamente, pidió la destitución de Depinvilliers, el director del liceo, durante cuya dirección aquel centro de enseñanza se había convertido en una especie de seminario. El mismo rector Forbes, tan abismado en sus estudios de historia antigua, tuvo que mostrarse riguroso despidiendo capellanes, desembarazando las aulas de emblemas religiosos y laicizando la segunda enseñanza lo mismo que la primera. El general Jarousse, ya retirado, había decidido marcharse de Beaumont, a pesar de que su mujer tenía allí un hotelito, pues estaba exasperado por el nuevo espíritu que reinaba en la ciudad, y no quería vivir en contacto con su sucesor, un general republicano y hasta socialista, según se decía. El exjuez de instrucción, Daix, había muerto miserablemente, preocupado por pesadillas, a pesar de su tardía confesión en Rozan, mientras el exfiscal Raúl de la Bissonnière, que había acabado haciendo en París una bonita carrera, iba a desaparecer en el derrumbamiento provocado por una inmensa estafa con la que había tenido complacencias. Y —último síntoma excelente— el presidente Gragnon ya no era saludado cuando pasaba por la avenida de Jaffres, sino que andaba con aire inquieto, la cabeza baja, flaco y pálido, lanzando miradas oblicuas como si temiera que le escupiesen al pasar.

En Maillebois, adonde Marcos iba con frecuencia para ver a Luisa, instalada con su marido José en la escuela municipal, en las habitaciones que Mignot había

ocupado durante tantos años, se dejaban sentir igualmente los felices efectos de la instrucción laica, generosamente propagada, y que aportaba claridad y salud. Ya no era el antiguo pueblo clerical donde los religiosos habían conseguido que fuera alcalde un instrumento de e los, el antiguo fabricante de toldos, Philis, un viudo a quien acusaron de acostarse con su criada. Antes, en aquel pueblo de dos mil habitantes, los ochocientos obreros del arrabal, muy divididos, no conseguían llevar al Ayuntamiento sino contados republicanos, que se veían reducidos a la inacción, y ahora, en recientes elecciones, la lista republicana y socialista había triunfado completamente por una gran mayoría, de manera que el contratista Darras, venciendo a su rival, Philis, fue nombrado otra vez alcalde, luego de haber esperado durante mucho tiempo aquel desquite. Y su alegría al volver por fin a aquella alcaldía, de donde le habían arrojado los curas, era tanto mayor cuanto volvía con mayoría absoluta, que le permitiría actuar desembarazadamente sin verse condenado a continuas componendas.

Marcos, que le encontró, le notó radiante. Darras, con su aspecto bonachón, le dijo:

—Seguramente usted no me consideró hace tiempo muy decidido. Yo estaba convencido de la inocencia del pobre Simón, a pesar de lo cual me negué a actuar cuando usted vino a verme a la alcaldía. ¡Qué le iba a hacer yo! Apenas tenía dos votos de mayoría, y el Ayuntamiento se me escapaba de las manos sin cesar. La prueba de ello es que acabó derribándome… ¡Ay, si yo hubiera tenido la mayoría de hoy! Ahora somos los amos, y yo prometo que las cosas van a ir muy rectas.

Marcos le preguntó qué era de Philis, el vencido.

—¡Oh! Ha tenido un gran disgusto, pues recientemente ha perdido a quien usted sabe. Desde entonces ha tenido que resignarse a vivir con su hija Octavia, una señorita muy beata que no quiere casarse. Su hijo Raimundo es oficial de marina, por lo que siempre está lejos. Realmente, la casa no debe parecerle muy alegre en esta hora de la derrota, a menos que se consuele, porque he visto una nueva criada, realmente buena moza, fuerte y frescachona.

Se echó a reír. Él, que había traspasado su negocio, se había retirado con una bonita fortuna y envejecía junto a su mujer en una perfecta unión, solamente entristecida por el pesar de no haber tenido hijos.

—Entonces —prosiguió Marcos—, Joulic puede estar seguro de que no le molestarán… Ya sabe usted con que esfuerzo y entre qué adversidades ha convertido su escuela en el campo abonado para crecer el nuevo Maillebois que ha elegido a usted.

—¡Oh! —exclamó Darras—. ¡Usted fue el primer sembrador, y jamás olvidaré la inmensa labor realizada por usted!… Puede tener la seguridad de que Joulic y la señorita Mazeline estarán en adelante al abrigo de toda vejación y hasta de que les ayudaré cuanto pueda para apresurar su excelente tarea, que dará como resultado un nuevo Maillebois, cada vez más inteligente y libre… Por cierto que ahora son Luisa,

su hija de usted, y José, el hijo del desgraciado Simón, quienes se sacrifican, a su vez, continuando el trabajo emancipador. Son ustedes una familia de trabajadores heroicos y modestos a la que todos deberemos algún día mucha gratitud.

Hablaron unos instantes de la época, ya lejana, en que Marcos llegó a la escuela municipal de Maillebois en circunstancias tan desastrosas tras la primera condena de Simón. Hacía de aquello más de treinta años. ¡Cuántos acontecimientos desde entonces! ¡Y cuántos escolares habían pasado por los bancos de la escuela, llevando el nuevo espíritu! Marcos evocó el recuerdo de sus primeros alumnos. Fernando Bongard, el labriego de cabeza tan dura, se había casado con Lucila Doloir, una chiquilla inteligente, saturada de religión por la señorita Rouzaire. Y era padre de una niña de once años, Clara, mejor dotada, y a la que la señorita Mazeline emancipaba un poco de la servidumbre clerical. Augusto Doloir, el hijo del albañil, indisciplinado y holgazán, tenía de su mujer, Ángeles Bongard, testaruda y muy ambiciosa, un hijo de quince años, Adrián, muchacho listo de quien hacía grandes elogios el maestro Joulic. Su hermano, el cerrajero Carlos Doloir, que había sido tan mal alumno como él, pero que se había corregido algo después de casarse con la hija de su patrono, Marta Dupuis, tenía también un robusto niño de trece años llamado Marcelo, que acababa de salir de la escuela con notas excelentes. En cuanto a Julio Doloir, que se había hecho maestro gracias a Marcos, y que era uno de los mejores alumnos de Salvan, regentaba la escuela de Bordes, con su mujer Julieta Hochard, que había obtenido el número uno en la Escuela Normal de Fontenay, y constituía, con su marido, una pareja llena de salud, de inteligencia y de alegría, agraciada con un diablillo de cuatro años, Edmundo, muy listo para su edad, pues ya sabía leer. Recordó, después, a los dos Savin, los gemelos, hijos del empleadillo. Aquiles, antaño cazurro y embustero, colocado posteriormente en casa de un escribano y embrutecido, como su padre, por los años de oficina, se había casado con la hermana de un compañero, Virginia Deschamps, una rubia delgada e insignificante, de la que tenía una deliciosa hija, Leontina, que era una de las predilectas de la señorita Mazeline y que acababa de obtener su certificado de estudios a los once años. Felipe, tras largo tiempo sin colocación alguna, mejoró mediante una vida de continuas luchas, y hoy, continuando soltero, era director de una granja modelo, a la que había asociado a su hermano menor León, el más inteligente de los tres, quien había concebido la idea de dedicarse a la tierra y que casó con una campesina, Rosalía Boni, cuyo primer hijo, Pedro, había ingresado recientemente, a los seis años, en la escuela de Joulic. Recordando a la familia Savin había que evocar también a su hija Hortensia, la perla de la señorita Rouzaire, tan piadosa, que había sido seducida y tuvo, a los dieciséis años, una hija, Carlota, que, luego de haber sido una de las alumnas favoritas de la señorita Mazeline y de haberse casado después con un comerciante en maderas, había tenido recientemente una hija, en quien, seguramente, se cumpliría la emancipación final. Así, pues, las generaciones sucedían a las generaciones, y cada una avanzaba hacia mayor conocimiento, mayor razón, mayor

verdad y justicia. Y mediante esta continua evolución, gracias a la instrucción, se realizaría la felicidad de los pueblos futuros.

Marcos se interesaba, sobre todo, por el matrimonio de su Luisa y José, así como por el de su más amado discípulo, Sebastián Milhomme, que se había casado con Sara. Aquel día, luego de separarse de Darras, fue a la escuela municipal para abrazar a su hija. La señorita Mazeline, que ya tenía más de sesenta años, luego de haber dedicado más de cuarenta años de su vida a la primera enseñanza, se había retirado poco antes a Jonville, donde vivía en una casa modestísima, cerca del bello jardín de Salvan. Todavía hubiera podido prestar servicios, pero su vista había disminuido mucho, hasta el punto de que casi estaba ciega. Pero en su retiro forzoso había tenido el consuelo de entregar la dirección de su escuela a su auxiliar Luisa, que la substituyó como maestra titular. Respecto a Joulic, hablábase de darle una dirección en Beaumont, con lo que su auxiliar José podría sucederle. De esta manera, el matrimonio podría compartir aquella escuela de Maillebois, donde todavía resonaban los nombres de Simón y Marcos, donde el hijo y la hija de aquéllos continuarían la excelente labor de sus padres. Luisa, que ya tenía treinta y dos años, había dado a José un niño, Francisco, que a los doce años se parecía extraordinariamente a su abuelo Marcos. Y aquel muchacho de ojos claros y frente en forma de torre, quería ir a la Escuela Normal, pues también él deseaba ser un sencillo maestro de primera enseñanza.

Como era jueves, Marcos encontró a Luisa al salir de un cursillo de economía doméstica que daba a sus alumnas una vez por semana, aparte de las clases reglamentarias. José y su hijo se habían ido con otros alumnos a dar un paseo geológico y botánico por las orillas del río Verpille. En cambio, estaba allí Sara, muy amiga de su cuñada Luisa, a la que visitaba cuando venía de Rouville, donde su marido Sebastián era, a la sazón, maestro titular.

El matrimonio tenía una encantadora niña de nueve años, Teresa, en la que revivía toda la belleza de su abuela Raquel. Sara iba tres veces a la semana desde Rouville a Maillebois, pueblos apenas separados por diez minutos de ferrocarril, para inspeccionar el taller de confección que el anciano Lehmann continuaba dirigiendo en la calle del Hoyo. Pero ya estaba muy viejo, pues tenía más de ochenta años, por lo que ella pensaba traspasar la casa, de la que le resultaba difícil ocuparse.

Marcos, luego de abrazar a Luisa, estrechó las manos de Sara.

—¿Y mi buen Sebastián? ¿Y vuestra hija Teresa? ¿Y tú, hija mía?

—Todos estamos bien —respondió ella alegremente—. Hasta el abuelo Lehmann está fuerte como un roble, a pesar de su edad. Además, tengo buenas noticias, pues hemos recibido una carta del tío David, donde nos dice que mi padre se ha repuesto de los accesos de fiebre que le dan a veces.

Marcos movió suavemente la cabeza para decir:

—En el fondo la herida es incurable. Para restablecerle por completo hace falta esa rehabilitación tan deseada y tan difícil de obtener. Pero vamos por buen camino y

no pierdo la esperanza, ya que se acercan los tiempos gloriosos… Repítele a Sebastián que cada niño que convierte en un hombre, es un trabajador más por la causa de la verdad y de la justicia.

Luego se entretuvo unos momentos hablando con Luisa y dándole noticias de la señorita Mazeline, que vivía muy retraída en Jonville, rodeada de pájaros y flores. Asimismo consiguió su promesa de que el próximo domingo le enviaría a Francisco, pues la abuela sentía una gran satisfacción al tener al niño todo el día con ella.

—Ven tú también y dile a José que venga. Así iremos todos juntos a saludar a Salvan, que estará encantado de ver esta descendencia de buenos maestros, de los que, en cierto modo, es el padre. También le llevaremos a la señorita Mazeline… Tú, Sara, debieras procurar que acudieran también Sebastián y Teresa. Con esto, la alegría sería completa… Quedamos, pues, en que el domingo todo el mundo estará allí.

Abrazó a las dos mujeres y apresuró el paso para no perder el tren de las seis. Pero estuvo a punto de perderlo, a causa de un singular encuentro que le retuvo unos momentos. Desembocaba de la calle Mayor para seguir la avenida de la Estación, cuando vio a dos individuos que hablaban con violencia tras un macizo de evóminos. Uno de ellos, de unos cuarenta años, le llamó la atención a causa de su cara prolongada, pálida y obtusa, con cejas apenas señaladas. ¿Dónde había conocido aquel rostro que denotaba la estupidez y el vicio? De pronto recordó: seguramente era Polidoro, el sobrino de Pelagia. Hacía más de viente años que no le había visto, pero sabía que, arrojado del convento de Beaumont, donde servía como criado, vivía ahora al azar, entregado a la crápula en los barrios equívocos. Polidoro, al darse cuenta de que era observado y al reconocer, sin duda, a quien le miraba, se llevó enseguida a su compañero. Y Marcos, al mirar a éste, tuvo una sorpresa, pues aquel sujeto de sucia levita, aspecto miserable y feroz y demacrado rostro de vieja ave de rapiña era el hermano Gorgias, Marcos recordó al punto el encuentro que Delbos le había referido, y quiso cerciorarse, para lo cual se esforzó en alcanzar a aquellos dos hombres, que se habían metido en una calleja. E inspeccionando ésta con la mirada, no vio absolutamente a nadie, pues Polidoro y el otro habían desaparecido en una de las sospechosas casuchas que la componían. Y nuevamente se puso a dudar. ¿Era, realmente, Gorgias? No hubiera podido afirmarlo, por miedo a haber cedido a una alucinación.

Ahora triunfaba Marcos en Jonville. Allí, como en todas partes, se producía evidente progresa, obtenido por la verdad y por la instrucción, vencedoras de la ignorancia. Unos cuantos años habían bastado para reparar el desastre de que era autor a sabiendas el maestro Jauffre al abandonar el pueblo en manos del cura Cognasse. A medida que iban saliendo hombres sanos y razonables de la escuela de Marcos iba renovándose la mentalidad de la comarca y se iba creando poco a poco una población exenta de mentiras y apta para razonar. Y no solamente aumentaba la riqueza intelectual habiendo más lógica, más franqueza y más fraternidad, sino que

también se manifestaba una gran prosperidad material, porque la fortuna y la felicidad de un país dependen únicamente de su cultura y de su moralidad cívica. Nuevamente volvía la abundancia a las casas limpias y bien conservadas, y los campos se cubrían de magníficas cosechas, gracias a los nuevos métodos adoptados, con los que la campiña se había convertido otra vez en alegría de la vista bajo el espléndido sol de estío. Aquel feliz rincón de la tierra caminaba hacia la paz, tan ardientemente deseada durante siglos.

El alcalde Martineau, reconquistado por Marcos, actuaba ahora de acuerdo con él y secundado por todo el Ayuntamiento. Una serie de circunstancias habían precipitado este acuerdo del maestro, y las autoridades, pues, permitía avanzar rápidamente por el camino de las reformas apetecibles. El abate Cognasse, luego de haberse contenido durante algún tiempo cediendo a los consejos de amable untuosidad recibidos en Valmarie para conservar el dominio sobre las mujeres en la seguridad de que quien cuenta con ellas es invencible, había vuelto otra vez a sus acostumbradas violencias, porque era incapaz de reprimirse y se enfurecía al ver que las mujeres se le escapaban, pues realmente era torpe para retenerlas. Así llegó a cometer verdaderas brutalidades como ministro vengador del Dios que destruye y mata repartiendo a voleo espantosas penas eternas por las menores ofensas. Un día tiró de las orejas, hasta hacerle sangre, al chico de Moulin, por haber tirado de las faldas a la horrible Palmira, la vieja criada del cura, gran aficionada a dar pescozones y azotes. Otro día abofeteó a una muchacha llamada Catalina, por haberse reído durante la celebración de la misa, precisamente mientras él se sonaba en el altar. Finalmente, el último domingo, fuera de sí al ver que decididamente perdía el dominio sobre el pueblo, soltó un puntapié a la alcaldesa, figurándose que le desafiaba, porque no se apartaba bastante aprisa para dejarle paso. Como aquello ya era el colmo, Martineau recurrió judicialmente contra el cura que, a partir de entonces, forcejeó furiosamente entre un cúmulo de querellas. Marcos, para completar su obra, acariciaba una idea que por fin pudo realizar. A consecuencia de las nuevas leyes, las hermanas del Buen Pastor, que explotaban en condiciones tan duras un taller de ropa blanca en el que doscientas obreras se morían la mitad de hambre y la otra mitad de cansancio, acababan de verse obligadas a dejar Jonville, lo cual era una gran satisfacción para el pueblo, que contaba con una plaga y una vergüenza menos. En vista de ello. Marees decidió al Ayuntamiento a comprar el vasto edificio que habían dejado libre y que se vendía en pública subasta. El proyecto de Marcos consistía en disponer aquellos edificios, aquellos grandes talleres, de manera que constituyesen un hogar común, donde poder instalar, a medida que lo permitieran los recursos, un salón de juegos y de baile, una biblioteca, un museo y hasta baños gratuitos. El pensamiento íntimo de Marcos consistía en levantar frente a la iglesia, para acabar de vaciarla, una especie de palacio cívico donde el pueblo trabajador encontrara lugar de reunión y descanso. Si durante mucho tiempo las mujeres habían continuado yendo a misa sólo para enseñar sus vestidos nuevos y ver

los de las otras, más a gusto irían en adelante a aquel palacio de risueña solidaridad, donde les esperaba un poco de benéfico placer. La inauguración del salón de recreo, que fue la primera, dio lugar a una gran manifestación popular.

Principalmente se trataba de borrar y, por decirlo así, rescatar la antigua consagración del pueblo al Sagrado Corazón, en remordimiento de lo cual contristaba al alcalde y al Ayuntamiento desde que habían recobrado el buen sentido. Martineau, para disculparse, con su prudencia habitual acusaba al maestro Jauffre de haberle abandonado en manos del abate Cognasse, luego de haberle perturbado el espíritu con toda suerte de vagas amenazas contra Jonville y contra él si no se sometía totalmente a la Iglesia, que eternamente continuaría siendo la más fuerte, la dueña de los hombres y de las fortunas. Y ahora, Martineau, viendo que esto no era verdad, ya que la Iglesia iba a ser vencida y que el país resultaba más próspero a medida que se iba separando de ella, tenía verdaderos deseos de ponerse al lado de los vencedores, como viejo y práctico lugareño que pensaba sobre base segura, aunque hablara poco. Por su parte, hubiera querido una especie de abjuración, una ceremonia que le permitiese ir al frente del Ayuntamiento para devolver el pueblo al culto de la razón y de la verdad, con objeto de hacer olvidar la otra ceremonia, en virtud de la cual el pueblo había erigido un ídolo sangrante, un ídolo de demencia y mentira. Y aquella ceremonia fue la que Marcos concibió, haciendo que el alcalde y el Ayuntamiento inaugurasen el salón de juegos y bailes del hogar común, donde el país debía reunirse todos los domingos para celebrar fiestas cívicas.

Se hicieron grandes preparativos. Los alumnos de Marcos y de Genoveva, reunidos fraternalmente, representarían unas piececillas, bailarían y cantarían. Se había formado una orquesta integrada por jóvenes de la comarca; las muchachas, vestidas de blanco, como antes las hijas de María, también cantarían y bailarían en honor de los trabajos del campo y de las alegrías de la vida. La vida, una vida sana y plenamente vivida, una vida desbordante de deberes y dichas sería lo que principalmente se celebraría como fuente universal de fuerza y de certidumbre. Después, todos los juegos instalados allí, juegos de astucia y de energía, los gimnasios, las pistas y las praderas del jardín contiguo, todo ello sería entregado al pueblo, que se reuniría allí todas las semanas, no sin que se reservaran trozos sombreados para las mujeres, esposas y madres, ya unidas en la alegría, pues tenían para ellas un salón que era centro de reunión y distracciones. Para la ceremonia inaugural se había adornado la sala principal con flores y hojarasca. Desde la mañana, toda la población de Jonville, con su ropa dominguera, llenaba alegremente las calles.

Aquel domingo, Mignot, por invitación de Marcos, llevó a sus alumnos de Moreux, con el permiso de los padres, para que pudiesen tomar parte en la fiesta. Ya que hasta entonces el mismo cura había servido a Jonville y Moreux, bien podía el mismo salón de juegos y de baile servir a los dos pueblos. Precisamente cuando llegaba Mignot le encontró Marcos ante la iglesia, cuya puerta cerraba violentamente la vieja Palmira, dando dos vueltas a las enormes llaves. Aquella mañana, el abate

Cognasse había dicho misa ante los bancos completamente vacíos. Y era él quien, en un acceso de furiosa cólera, acababa de dar a su criada la orden de cerrar así la casa de Dios, para que ya no entrara nadie, ya que aquel pueblo impío iba a sacrificar ante los ídolos de la humana bestialidad. En cuanto a él, desapareció, seguramente encerrado en la casa abadía, cuyo jardín daba a la carretera que llevaba al hogar común. No se equivocaba, pues aquello era escupir sobre el Sagrado Corazón, ya que Jonville se emancipaba de aquel culto nuevo, de aquella nueva y última encarnación de Jesús.

—Ya sabrá usted —dijo Mignot a Marcos— que hace dos domingos que no ha venido a Moreux. Afirma, no sin cierta razón, que no tiene por qué recorrer cuatro kilómetros para decir misa ante dos pobres mujeres y tres chiquillos. El pueblo entero se puso contra él el día en que persiguió y pegó a la hija de Louvard porque le había sacado la lengua. En cuanto se nota vencido se vuelve loco furioso. Ahora, me veo obligado a defenderle por miedo a que la población vejada haga una barbaridad.

Y Mignot, sonriente, daba otros detalles al ser preguntado.

—Sí, Saleur, nuestro alcalde, tan receloso y tan deseoso de no alterar su buena vida de tratante enriquecido y aburguesado, hablaba de intervenir judicialmente y de escribir al obispo. La verdad es que, si al principio pasé lo mío para sacar a Moreux de la crasa ignorancia y credulidad en que le había sumido mi antecesor el clerical Chagnat, ahora me limito casi a dejar que hablen los hechos. Todo el pueblo viene hacia mí; mi escuela pronto reinará sin rival; la iglesia se cierra. Esto está visto.

—Todavía no, todavía no —observo Marcos sonriendo también—. Aquí, el abate Cognasse resistirá hasta el último día, mientras le pague el Estado y lo imponga Roma. Siempre he creído que los pequeños y apartados pueblos como Moreux, sobre todo aquéllos donde la vida es fácil, serán los primeros en librarse del sacerdote, por que allí puede desaparecer sin alterar en nada la vida social. Como ya casi no le querían e iban a la iglesia cada vez menos, le verán marcharse sin disgusto alguno en cuanto se haya creado fuertemente el lazo de unión cívico engendrando otro pacto humano y otras satisfacciones vivas y seguras.

Como la ceremonia iba a empezar, Marcos y Mignot se dirigieron hacia el hogar común, donde estaban reunidos sus alumnos y donde encontraron a Genoveva en compañía de Salvan y la señorita Mazeline, que habían abandonado su retiro para asistir a aquella fiesta laica que, en cierto modo, era obra suya y representaba la victoria de sus prolongadas enseñanzas. El acto fue muy sencillo, muy fraternal y muy jubiloso. Las autoridades —al frente del Ayuntamiento iba Martineau con su fajín— tomaron posesión de aquel palacio del pueblo en nombre del Municipio, que representaban. Luego, los niños de las escuelas hicieron de actores, cantaron e iniciaron el porvenir de agradable trabajo y dichosa paz con sus manos todavía inocentes, sanas y puras, entre grandes risas. El niño, la eterna juventud, vencería los últimos obstáculos que se oponían a la futura ciudad de solidaridad perfecta. Lo que no había podido hacer el niño de hoy lo haría el niño de mañana. Y después que los

niños lanzaron su grito de esperanza, llegaron los jóvenes y las muchachas con la tierna promesa de las próximas fecundidades. Seguidamente, se presentó la madurez, la cosecha, compuesta por los esposos y los padres, las esposas y las madres, el oleaje humano consagrado al trabajo, tras el cual no quedaban más que los ancianos, tierno recuerdo, feliz crepúsculo de la vida cuando se ha vivido ésta lealmente. La humanidad recobraba la conciencia de sí misma y colocaba el antiguo ideal divino en la norma de la vida terrenal, hecha de razón, verdad y justicia, para la fraternidad, la paz y la felicidad de los hombres. En adelante, Jonville tendría como punto de reunión aquella casa alegre, sana y fraternal, donde no habría amenazas ni castigos, donde penetraría el sol para alegrar a las personas de toda edad. Allí no serían perturbados los corazones ni las inteligencias; allí no se venderían participaciones de un paraíso mentido. De allí no saldrían más que ciudadanos fortalecidos y satisfechos de vivir la vida por la alegría de la vida misma. Y toda la absurda crueldad de los dogmas se derrumbaba ante aquella simple alegría y aquella luz bienhechora.

El baile se prolongó hasta la noche. Las lindas campesinas del pueblo nunca se habían encontrado en fiesta semejante. Se comentó mucho lo sonriente que estaba la alcaldesa, la bella esposa de Martineau, que había sido una de las últimas fieles del abate Cognasse, aunque sólo iba a la iglesia para exhibir sus vestidos nuevos. También hoy llevaba uno que mostraba ufanamente, sin miedo a mancharlo en las húmedas losas. Además, aquí tenía la seguridad de que no le darían ningún puntapié si no se apartaba bastante aprisa. Por fin, pues, Jonville iba a tener un salón donde la gente podría verse, hablar y hasta darse un poco de tono.

Aquella gran jornada terminó con un incidente extraordinario. Marcos y Genoveva se llevaban a sus alumnos en compañía de Mignot, que se llevaba también a los suyos. Les acompañaban, asimismo, Salvan y la señorita Mazeline, todos muy contentos, bromeando y riendo. También iba con ellos la esposa de Martineau, entre unas mujeres del pueblo a quienes contaba cómo había terminado el juicio incoado por su marido contra el cura a causa del puntapié famoso. Quince testigos fueron a declarar, y el juez, después de violenta discusión entre ambas partes, había condenado al cura Cognasse a veinticinco francos de multa, lo cual explicaba la furia en que se encontraba éste hacía algunos días. Y como al pasar junto al jardín de la casa abadía levantara la voz diciendo que el cura tenía bien merecido aquello, asomó sobre la tapia la cabeza del párroco, que se puso a lanzar injurias.

—¡Vanidosa embustera! ¡Ya te haré tragar esa lengua de víbora que arroja babas sobre Dios!

—¿Cómo se encontraba allí el cura, precisamente en aquel momento? ¿Acaso había acechado detrás de la tapia el regreso de los concurrentes a la fiesta? ¿Tenía preparada una escalera que le permitiese subir y asomarse? Cuando vio a la hermosa mujer de Martineau con vestido nuevo, rodeada de todas aquellas mujeres tan peripuestas que habían abandonado la iglesia para ir a una fiesta impía celebrada en el hogar del diablo, perdió completamente la cabeza.

—¡Ay mujeres desvergonzadas que hacéis llorar a los ángeles!… ¡Ah condenadas mujeres que corrompéis el pueblo con vuestras porquerías!… ¡Esperad, esperad, que voy a empezar a arreglaros las cuentas mientras llega Satanás a cargar con vosotras!

Y, desesperado, al ver que ya no disponía ni de las mujeres —las miserables mujeres temidas y execradas por la Iglesia, que, no obstante, las conserva para reinar mediante ellas—, arrancó las piedras de la arruinada albardilla que coronaba la tapia y las lanzó contra las mujeres con toda la rudeza de sus manos secas y negras.

—¡Toma! ¡Ésta para ti, la de Mathurine, que te acuestas con todos los criados de tu marido!… Ésta para ti, la de Durande, que robaste a tu hermana la parte que le correspondía en la herencia de vuestro padre… Ésta para ti, Deseada, que aún no me has pagado las tres misas que dije para el descanso del alma de tu hijo… Y éstas para ti, alcaldesa, que, al multarme, castigaste a Dios… Una, dos, tres piedras… Espera, espera, que voy a tirarte tantas piedras como francos me han puesto de multa…

El escándalo fue enorme. Resultaron heridas dos mujeres. Y el guarda rural, que se encontraba allí, comenzó inmediatamente el atestado. Entre los gritos e imprecaciones, el cura Cognasse pareció de pronto volver en sí. Haciendo un gesto feroz, como si fuera su vengativo Dios, amenazando con destruir el mundo nuevo, desapareció a manera de diablillo de caja de sorpresa que vuelve a meterse en ella. Por lo visto, no contento con ahogarse ya bajo la creciente ola de las citaciones, iba a vérselas otra vez con los Tribunales.

El siguiente jueves, Marcos, que fue a Maillebois, consiguió súbitamente una certeza, disipando la duda que le preocupaba hacía algún tiempo. Atravesaba la estrecha plaza de los Capuchinos cuando llamó su atención un sujeto tétrico y lamentable que se hallaba frente a la escuela de los hermanos mirando fijamente las paredes. Inmediatamente reconoció en él al hombre que un mes antes había visto en compañía de Polidoro tras un macizo de la avenida de la estación. Como ahora pudo examinarle a sus anchas y con toda claridad, ya no vacilo más: era el hermano Gorgias, un Gorgias con astrosa y vieja levita, devastado por la edad, con el rostro hundido y encorvado todo él, pero a quien se podía reconocer por su saliente nariz de ave de rapiña entre sus acusados pómulos. Delbos no se había equivocado. El hermano Gorgias había vuelto y debía de hacer ya muchos meses que rondaba por la comarca.

En la profunda meditación en que acababa de sumirse en aquella plaza dormida y casi siempre desierta se dio cuenta de aquella mirada clavada en él y que le escudriñaba profundamente. Volviéndose poco a poco, sus 030s se encontraron con los de la persona detenida a algunos pasos. También él le reconoció sin duda. Pero en vez de asustarse y huir como hizo la primera vez, movió los labios a su modo habitual, descubriendo a la izquierda parte de sus dientes de lobo con un movimiento involuntario en el que había sarcasmo y crueldad. Luego habló serenamente, señalando los muros que se desmoronaban en la escuela de los hermanos.

—¿Qué tal, señor Froment? ¿Verdad que cuando pase por aquí deben agradarle esas ruinas?… En cambio a mí me exasperan y me dan ganas de incendiarlo todo para quemar a los últimos cobardes.

Y como viese que Marcos, estupefacto de que aquel bandido se atreviera a dirigirle la palabra, no sabía que responder, volvió a sonreír terrible y silenciosamente.

—¿Le asombra que me confiese con usted?… Usted ha sido mi peor enemigo, pero por qué le había de guardar rencor. Usted no tenía razón ninguna para guardarme consideraciones, ya que luchaba por sus ideas… A quienes odio y a quienes perseguiré hasta morir es a mis superiores, a mis hermanos en Jesucristo, a todos los que, debiendo encubrirme y salvarme, me han arrojado a la calle con la esperanza de verme morir de vergüenza y de hambre… Y menos mal, por lo que respecta a mí, ya que en fin de cuentas yo soy una pobre y lamentable criatura; pero es que esos miserables cobardes han traicionado y vendido al mismo Dios, porque ellos, con su imbécil debilidad, tienen la culpa de que la Iglesia vaya a ser vencida y de que, mientras llega eso, esa pobre escuela que usted ve se esté cayendo por todas partes… ¡Cuando uno piensa la importancia que esa escuela tenía en mis tiempos! Nosotros, victoriosos, habíamos reducido casi a la nada la escuela laica de ustedes, esa escuela que hoy es la triunfante y que, a no tardar, será la única que reine. Mi corazón revienta de pena y de rabia.

En esto pasaron dos viejas y salió un fraile capuchino de la cercana capilla. El hermano Gorgias, lanzando a su alrededor oblicuas miradas, añadió vivamente y en voz baja:

—Hace tiempo, señor Froment, que tengo vehementes deseos de hablar con usted. Tengo muchas cosas que decirle. Si usted lo permite, uno de estos días, cuando haya anochecido, iré a verle a Jonville.

Y desapareció antes de que Marcos hubiera pronunciado una sola palabra. Froment, trastornado por el encuentro, no habló de él a nadie, excepto a su mujer, que se alarmó. Y ambos convinieron en no recibir a aquel hombre, ya que la visita anunciada podía ser una asechanza, una nueva maquinación traicionera y pérfida. Aquel hombre había mentido y mentiría siempre. ¿A qué, pues, esperar de sus confidencias el dato nuevo que hacía tanto tiempo se buscaba? El caso es que transcurrieron los meses sin que Gorgias se presentase. Y Marcos, que al principio había estado avizor para cerrarle las puertas, llegaba a asombrarse y hasta a impacientarse de no verle. Preguntábase cuáles podían ser las confidencias prometidas, y acabó sintiéndose disgustado por no conocerlas. En fin de cuentas, ¿por qué no iba a haberle recibido? Aunque no llegase a enterarse de nada útil, conseguiría profundizar más en el espíritu de aquel hombre. Y a partir de entonces vivió esperando aquella visita que tanto tardaba en realizarse.

Por fin, una noche de invierno en que llovía fuertemente se presentó Gorgias, envuelto en un viejo abrigo empapado de agua y fango. En cuanto se quitó aquella

prenda inmunda, Marcos le hizo pasar al aula, todavía tibia, pues aún no se había apagado del todo la estufa. Sólo una pequeña lámpara de petróleo iluminaba aquella estancia vasta y silenciosa llena de extensas sombras. Genoveva, algo temblorosa, se había quedado escuchando detrás de la puerta, pues tenía el vago temor de un posible atentado.

Luego, el hermano Gorgias prosiguió la conversación interrumpida en la plaza de los Capuchinos como si hubiera sido empezada la tarde anterior.

—Como usted está viendo, señor Froment, la Iglesia se muere porque ya no tiene sacerdotes resueltos a sostenerla a sangre y fuego si hace falta. Ni uno tan sólo de los alfeñiques llorones de hoy ama, ni siquiera conoce al verdadero Dios, el que exterminaba los pueblos por una simple desobediencia, el que reinaba entre las almas y los cuerpos como señor indiscutible, siempre armado del rayo… ¿Qué va a ser del mundo si no han quedado para hablar del nombre del Señor más que cobardes e imbéciles?

Entonces arremetió contra sus superiores, contra sus hermanos en Jesucristo, como él les llamaba, y fue despachándose a su gusto, dejándoles de cuerpo presente uno por uno. Monseñor Bergerot, que había muerto recientemente casi octogenario, nunca había sido más que un pobre hombre, tímido e incoherente, incapaz del valor necesario para separarse de Roma y fundar su famosa Iglesia de Francia, liberal y racionalista, que no hubiera sido más que una nueva secta del protestantismo. Aquellos obispos sin una fe sólida, cultos, presa del libre examen, con manos débiles, desarmadas del trueno, eran los que dejaban que la multitud de los fieles se apartara de los altares, en vez de impresionarles constantemente y sin compasión hablándoles del fuego eterno. Pero a quien odiaba más ferozmente era al abate Quandieu, que aún vivía con más de ochenta años. El antiguo cura de San Martín, la parroquia de Maillebois, era considerado por él como un perjuro, como un apóstata, como un mal sacerdote, que había escupido contra su religión poniéndose francamente al lado de los enemigos de Dios cuando se planteó el proceso de Simón. Ello se vio más tarde, cuando abandonó el sacerdocio para retirarse a una casita con florido jardín, enclavada en un barrio desierto. Decíase desalentado por la burda superstición de los últimos fieles y llevaba su audacia hasta asegurar que los frailes, los mercaderes del Templo, como les llamaba, eran los que inconscientemente derribaban la Iglesia apresurando su hundimiento. Y quien la derribaba era él, cuya deserción servía de argumento a los adversarios del catolicismo. ¡Abominable ejemplo de un hombre que renegaba de toda su vida anterior y quebrantaba sus votos, prefiriendo al martirio una vejez comodona y vergonzosa! En cuanto al abate Coquard, su sucesor en la parroquia de San Martín, hombre seco y de aspecto grave y hasta severo, no era más que un imbécil, a pesar de las excelentes apariencias.

Marcos había escuchado hasta entonces en silencio y dispuesto a no interrumpir. Pero el violento ataque contra el cura Quandieu le indignó, por lo que dijo sencillamente:

—Usted no conoce a ese sacerdote, del que habla como enemigo, obcecado por el rencor… Él ha sido el único sacerdote de esta comarca que comprendió desde el primer día el grave daño que la Iglesia iba a hacerse declarándose franca y apasionadamente contra la verdad y la justicia. ¡Ah! Ella, que asegura ser la representación en la tierra de un Dios de certidumbre y equidad, de bondad y de inocencia; ella, que fue fundada para la protección de los desgraciados y de los humildes, se desenmascara desde el momento en que, para conservar su poder temporal, hace causa común con los opresores, con los embusteros, con los falsarios. Las consecuencias de semejante actitud forzosamente habían de ser terribles para ella el día en que triunfasen la verdad y la justicia, el día en que la inocencia de Simón brillase con fulgurante claridad. En realidad, había por su parte una especie de suicidio, ya que preparaba con sus manos su propia condena y no volvería a ser la mansión de lo verdadero, de lo justo, de lo eternamente puro y lo eternamente bueno. La expiación de su culpa apenas comienza ahora, pues pronto se la verá morir lentamente, a causa de la horrible injusticia que ha hecho suya y que lleva en su ser como un cáncer voraz… Y el abate Quandieu tuvo el talento de prever y decir eso. Es falso que haya huido de la Iglesia por cobardía, pues ha salido ensangrentado y llorando, y acaba dolorosamente una vida de miseria y amarguras.

El hermano Gorgias, con un ademán rudo, dio a entender que no quería discutir. Sin apenas prestar atención, con los ojos ardientes y fijos a lo lejos, pensando en lo duro de su caso personal, había esperado impacientemente la ocasión de poder proseguir su rabiosa diatriba.

—Está bien. Yo digo lo que siento y no le impido que usted piense lo que quiera… Pero hay otros imbéciles y otros cobardes a los que usted seguramente no defenderá. ¿Qué me cuenta de ese perillán del padre Teodosio, imán de beatas y cajero ladrón del paraíso?

Y volvió a las andadas, arremetiendo con furia criminal contra el superior de los capuchinos. Y no era que censurase el culto a San Antonio de Padua, pues, al contrario, lo alababa, ya que ponía su única esperanza en los milagros y hubiera querido que todo el mundo llevara monedas al santo, para obligar así a Dios a que incendiara con sus rayos las ciudades impías. Pero el padre Teodosio era un vulgar farsante sin conciencia, que reunía dinero para él solo, negándose a ayudar a los siervos de Dios que lo necesitaban. Cuando antaño los cepillos de la capilla desbordaban de miles y miles de francos hubiera sido incapaz de sacar de allí, de vez en cuando, una moneda de cinco francos para contribuir a que fuera menos dura la vida de los pobres hermanos de la escuela cristiana, vecinos suyos. Y ahora, que los donativos escaseaban más cada año, la cosa era peor, pues había negado un socorro al propio Gorgias en circunstancias tan tremendas para éste, que diez francos podían salvarle la vida. Todos le abandonaban, sí, empezando por aquel padre Teodosio, disoluto, negociante, acaparador de dinero. Y no decía nada del otro, del jefe superior, del gran culpable, tan necio como malvado. Acabó soltando el nombre del padre

Crabot, que le quemaba los labios y que había retenido hasta entonces por un resto de terror sagrado que subsistía aun en medio de la furia con que entraba a saco en el santuario. ¡Oh, el padre Crabot! Antes le había considerado como a un Dios y le había servido de rodillas, silenciosamente, dispuesto a llevar la abnegación hasta el crimen. Entonces le consideraba como un dueño todopoderoso, inteligentísimo y muy decidido, visitado por Jesús, quien le aseguraba para siempre la victoria en este mundo. Con él se creía al abrigo de los malvados y seguro de triunfar en todas sus empresas, aun las más desagradables. Y era aquel venerado maestro por cuya salvación había estropeado su vida, era aquel glorioso padre Crabot quien ahora renegaba de él y le dejaba sin pan y sin lecho. Hacía más, pues procuraba que se abogara, como un cómplice molesto cuya desaparición se desea. Bien era verdad que siempre se había mostrado como un monstruo de egoísmo. ¿Acaso no había sacrificado ya al pobre padre Filibín, muerto recientemente en un convento de Italia, donde ya hacía años que parecía como sepultado? El padre Filibín sí que era un héroe, una víctima, que siempre se había limitado a obedecer a su superior y que había llevado su abnegación hasta el punto de pagar él solo los actos que le habían mandado y que había llevado a cabo en silencio. Otra víctima también era aquel chisgarabís del hermano Fulgencio, con su cabeza de chorlito, que en realidad era un idiota frenético, inconsciente en el fondo y que no merecía haber sido barrido, anulado, llevado al rincón —no se sabía a ciencia cierta dónde— en que acababa de morir. ¿Por qué tanta vileza e ingratitud? El hecho de que el padre Crabot abandonara así a sus antiguos amigos, los instrumentos de su fortuna, ¿no argüía en e tanta estupidez como maldad? ¿Acaso no se quebrantaba a sí mismo dejando que se hundiesen? ¿No temía que alguno de ellos se cansara y se plantase para lanzarle al rostro verdades terribles?

—Le aseguro —masculló Gorgias— que, a pesar de su fachada y de la fama de diplomático inteligente y hasta genial que tiene ese padre Crabot, es de una inmensa estupidez. Realmente, hay que ser muy bruto para portarse conmigo como se está portando. Pero que lleve cuidado, mucho cuidado, porque ¡algún día hablaré!…

No acabó la frase, porque Marcos, que le escuchaba con gran interés, le interrumpió para excitarle.

—¿Y qué dirá entonces?

—Nada. Son cosas entre él y yo que sólo diré ante Dios en una confesión.

Seguidamente, acabó su amarga enumeración.

—¿Y que me cuenta usted de ese hermano Joaquín que han puesto al frente de nuestra escuela de Maillebois en substitución del hermano Fulgencio? Es hechura del padre Crabot, es un hipócrita elegido por su habilidad y su astucia, que se cree un gran hombre porque no tira de las orejas a esa plaga de chiquillos. Pero ya ve usted el resultado: la escuela pronto tendrá que cerrar sus puertas por falta de alumnos. Dios manda que la execrable semilla de los hombres sea tratada a puntapiés y puñetazos si se desea que crezca rectamente… En resumen: ¿quiere usted que le diga mi opinión?

Pues es la de que en toda la comarca no hay más que un cura decente con arreglo al verdadero espíritu de Dios. Y es el abate Cognasse. También éste fue, como los demás, en plena lucha a pedir consejo a Valmarie, donde estuvieron a punto de estropearlo, recomendándole que fuera flexible y hábil. Pero, rectificando bien pronto, persiguió a pedradas a los enemigos de la Iglesia. Y ésa es la actitud de los verdaderos santos; de ese modo, Dios, el día en que quiera descender a ella, acabará seguramente reconquistando el mundo.

Salvaje y vehemente, había levantado los puños, que blandía en la extensa aula, tan tranquila y tibia, donde la lamparilla esparcía su discreta claridad. Hubo un momento de profundo silencio, durante el cual sólo se oyó el rumor de la lluvia que daba contra los cristales de las ventanas.

—De todos modos —comentó Marcos con cierta ironía—, me parece que Dios le ha abandonado y sacrificado a usted, lo mismo que a sus superiores.

El hermano Gorgias lanzó una mirada a su mísero indumento y a sus descarnadas manos, que revelaban sus sufrimientos.

—Cierto es que Dios ha castigado en mí con extremada dureza las culpas de los demás y las mías. Yo me inclino ante su voluntad, pues lo hace por mi salvación, pero no lo olvido ni perdono a los otros que hayan agravado así mi mal. ¡Bandidos! ¡A qué vida tan horrible me han condenado desde el día que me obligaron a salir de Maillebois y en qué estado tan miserable he tenido que volver para procurar al menos arrancarles el trozo de pan que me deben!

No quiso hablar más, pero la trágica historia se adivinaba en su estremecimiento de fiera acorralada y hambrienta. Seguramente, su orden le había enviado de comunidad en comunidad por las más pobres y obscuras, hasta el día en que, arrojado como demasiado comprometedor, tuvo que ahorcar los hábitos y rodar por los caminos la mancha del religioso exclaustrado. ¿A qué lejanos países había ido entonces? ¿Qué vida de privaciones y aventuras había llevado? ¿Por qué aventuras inconfesables y por qué vicios inmundos había pasado? He aquí lo que nunca se sabría, lo que solamente se leía un poco bajo la curtida piel de su rostro y en el fondo de sus ojos, donde brillaban los sufrimientos y el rencor. Desde luego, la parte principal de sus recursos debió de llegarle durante mucho tiempo de sus cómplices de antaño, que le comprarían su alejamiento y su silencio. Cuando escribía carta tras carta, poniéndose amenazador, recibía pequeñas sumas y podía ir tirando unos meses con su vida de paria rechazado por todos. Pero llegó un tiempo en que dejó de recibir contestación, en que sus cartas y sus amenazas no producían efecto alguno y en que sus antiguos superiores se habían cansado de sus voraces exigencias, o quizá pensaban que aquel hombre ya no era peligroso al cabo de tantos años transcurridos. Y, en efecto, él había tenido la inteligencia de comprender que sus confesiones ya no ofrecerían nada verdaderamente grave contra los demás, y que, en cambio, le harían perder su última probabilidad de sacarles algún dinero. No obstante, se había decidido a merodear alrededor de Maillebois, pues conociendo el código, sabía que le

amparaba la prescripción. Así, pues, hacía muchos meses que vivía por allí en la sombra, arrancando monedas de cinco francos al miedo de los acusadores de Simón, que todavía temblaban pensando en el bochornoso triunfo de Rozan. Aquel hombre era su remordimiento y su castigo, que se erguía ante su puerta, avisándoles la infamia que, seguramente, caería sobre ellos. Pero, por lo visto, ya debían de ir cansándose de esta persecución a domicilio, porque Gorgias se mostraba muy amargado, y seguramente no les hubiera lanzado tantas injurias si la víspera le hubieran dejado meter mano en sus bolsillos para comprar, una vez más, su silencio.

Marcos comprendió perfectamente que el hermano Gorgias no reaparecía, no salía de las equívocas tinieblas donde se refugiaba ahora sino cuando había invertido en crapulosas distracciones los socorros obtenidos. Y para que hubiera acudido a su casa en aquella noche de invierno y con aquella intensa lluvia, seguramente debía estar sin un céntimo y pensaría conseguir cualquier beneficio de semejante visita. Pero ¿qué beneficio? ¿A qué venían aquellas prolongadas y furiosas quejas contra todos aquellos hombres de quienes aseguraba no haber sido más que un dócil instrumento?

—¿Vive usted en Maillebois? —preguntó Marcos, a quien se le despertaba una viva curiosidad.

—No, en Maillebois, no. Vivo donde puedo.

—Lo digo porque creo que le vi antes de encontrarle en la plaza de los Capuchinos. Me parece que estaba usted con uno de sus antiguos alumnos, llamado Polidoro…

En el torturado semblante del hermano Gorgias se dibujó una débil sonrisa.

—¡Polidoro!… Sí, sí, le he querido mucho. Era un niño piadoso y discreto. Luego ha padecido como yo a causa de la maldad de los hombres. Le han acusado de toda clase de crímenes y también a él le han arrojado injustamente sin haber comprendido su carácter. Al volver aquí, me alegré mucho de encontrarle, pues hemos unido nuestras miserias y nos hemos consolado mutuamente, entregándonos a los divinos brazos de Nuestro Señor Jesucristo… Pero Polidoro es joven y me tratará como los demás. Hace un mes que ha desaparecido y le estoy buscando. ¡Oh, todo va mal! Hay que acabar de una…

Se le escapó un ronco quejido, y Marcos se estremeció al darse cuenta de la ardiente ternura que aquel viejo, devastado por monstruosas pasiones, aquel antiguo ogro de criaturas, había puesto en su voz cascada, al hablar de Polidoro. Por lo demás, no tuvo tiempo de entretenerse contemplando el infierno que entrevió, pues el exfraile continuó acercándose violentamente a él.

—¡Oiga usted, señor Froment!… Estoy harto ya, y he venido aquí para decírselo todo… Si usted promete escucharme como me escucharía un sacerdote, le diré la verdad, la verdadera verdad. Usted es el único hombre a quien puedo hacer esta confesión, sin que padezca nada mi dignidad ni mi orgullo, porque usted ha sido siempre un adversario desinteresado y leal… Atienda, pues, mi confesión, y

comprométase únicamente a mantenerla secreta hasta el día en que yo le autorice para hacerla pública.

Marcos se atrevió a interrumpirle, diciendo:

—No, no… No quiero aceptar ese compromiso. No he provocado yo sus confidencias, sino que ha venido usted espontáneamente a contarme lo que ha querido. Si realmente usted me proporciona una verdad, quiero quedar en libertad de hacer de ella el empleo que señale mi conciencia.

El otro tuvo un instante de vacilación.

—Está bien. Pues a su conciencia me confío.

Pero el hermano Gorgias no habló enseguida, ya que de nuevo se hizo el silencio. Fuera, seguía repiqueteando la lluvia en los cristales y grandes ráfagas de viento aullaban por las calles desiertas. Dentro, la llama de la lamparilla, inmóvil y recta, lanzaba un poco de humo entre las vagas sombras de la estancia dormida. Poco a poco Marcos iba sintiendo cierto malestar, pues le hacían padecer los recuerdos de las cosas turbias y lamentables que se despertaban en su mente a la presencia de aquel hombre. Dirigió una inquieta mirada hacia la puerta, tras la cual sabía que estaba Genoveva. ¿Genoveva les oiría? ¡Qué malestar produciría también en ella aquel antiguo cieno al ser removido!

El hermano Gorgias, tras una nueva pausa, como si deseara dar más solemnidad a su confesión, levantó dramáticamente la mano hacia el cielo y por fin declaró con voz lenta y áspera:

—Confieso ante Dios que la noche del crimen entré en el cuarto de Ceferino.

Aunque Marcos esperaba con mucho escepticismo la anunciada confesión, pues tenía la seguridad de una nueva mentira, no pudo contener un escalofrío, y se irguió como horrorizado, sin querer. Pero su interlocutor le hizo sentar con ademán tranquilo.

—Entré o, mejor dicho, me apoyé desde fuera en el alféizar de la ventana. Eran las diez menos veinte minutos, antes de cometerse el crimen. Y eso es lo que voy a contarle, para descargar mi conciencia… Al salir de la capilla de los capuchinos, como era noche avanzada, me encargué de acompañar precisamente a Polidoro a casa de su padre, el peón caminero que vivía en la carretera de Jonville, por miedo a que le ocurriese alguna desgracia. Salimos de la capilla a las diez y, como emplearíamos diez minutos para ir y diez para volver, ya ve usted cómo serían las diez y veinte… Entonces, al pasar por delante de la escuela, atravesando la plazoleta desierta, me sorprendió que la ventana de Ceferino estuviera abierta de par en par y vivamente iluminada, por lo cual me acerqué y vi que el pobrecito niño estaba medio desnudo, en camisa, y entreteniéndose en ordenar unas estampitas que le habían regalado sus compañeros de primera comunión. Entonces le reñí por no haber cerrado la ventana, ya que, estando en la planta baja, cualquier transeúnte podría entrar de un salto en su cuarto. Pero él se echó a reír, diciendo que tenía mucho calor y, realmente, aquella noche de tormenta fue sofocante, como usted seguramente recordará… En vista de

ello, le dije que me prometiera acostarse pronto, cuando, desde lejos, vi sobre la mesilla de noche, y junto a las estampitas, un modelo de caligrafía procedente de mi clase, sellado y rubricado, por lo que me enfadé, recordándole que está absolutamente prohibido a los alumnos llevarse el material de la escuela. Él se puso muy colorado y se excusó diciendo que había querido acabar en casa un ejercicio urgente. Además, me suplicó que le dejara la muestra hasta el día siguiente, y me prometió que la llevaría a clase y me la entregaría personalmente… Cerró su ventana y me fui. Ésa es la verdad. ¡Lo juro ante Dios!

Marcos, que había reaccionado, miraba a Gorgias fijamente, sin denotar en nada sus impresiones.

—¿Está usted seguro de que cerró la ventana?

—La cerró. Le oí poner la barra detrás de la puerta.

—De manera que usted continúa sosteniendo que Simón es el único culpable, ya que nadie podía entrar desde fuera, y supone usted, además, que Simón, luego de realizado el crimen, abrió la ventana para que recayeran las sospechas sobre cualquier merodeador desconocido.

—A mi juicio, Simón es el culpable. Sin embargo, queda otra hipótesis, y es la de que Ceferino, al ahogarse de calor, abriera nuevamente la ventana cuando yo me fui.

Marcos permaneció inalterable al escuchar aquella suposición, que se le ofrecía como pista de un nuevo dato. Luego, se encogió ligeramente de hombros, dando a entender el concepto que le merecía aquella supuesta confesión, desde el momento en que Gorgias acusaba a otro de su crimen. De todos modos, en aquella constante mezcla de verdad y de mentira, se había dado otro paso hacia la luz, y quiso levantar acta de ello.

—¿Por qué no dijo usted eso ante los tribunales? Hubiera podido evitarse una gran injusticia.

—¿Por qué no lo dije? Porque me hubiera perdido inútilmente. Nunca hubieran querido creer en mi completa inocencia. Como tenía y tengo aún el absoluto convencimiento de la culpabilidad de Simón, mi silencio era muy lógico… Además, le repito que vi sobre la mesilla de noche el modelo de caligrafía.

—¡Ya, ya! Pero ahora reconoce usted que ese modelo procedía de su clase, que estaba sellado y que llevaba su firma, de lo cual nunca ha dicho nada.

—¡Ah! Tienen la culpa esos imbéciles, el padre Crabot y los demás, que me impusieron una explicación absurda y ridícula. Y en Rozan, para apoyar su necia tesis con sus grotescos peritos, la complicaron con la todavía más idiota falsificación del sello… En cuanto a mí, quería reconocer, desde luego, la autenticidad del modelo de caligrafía, que era una cosa que saltaba a la vista; pero tuve que someterme y aceptar sus fantásticas invenciones, si no quería que me abandonaran y me sacrificaran… Antes del juicio de Rozan, cuando comenzaron a abandonarme y acabé reconociendo mi rubrica en la muestra de caligrafía, ya vio usted cómo se enfurecieron por eso contra mí. Querían salvar al desgraciado Filibín y creían ser bastante fuertes para

evitar a la Iglesia hasta la sombra de una sospecha. Por eso todavía no me han perdonado que entonces dejara de mentir.

Marcos, viendo que Gorgias iba exaltándose, dijo, como si pensara en voz alta y con objeto de acuciarle:

—De todos modos, es raro que la muestra caligráfica estuviera sobre la mesilla del niño.

—¿Por qué? Era frecuente que los niños se llevasen muestras. El mismo niño Víctor Milhomme se había llevado una, gracias a lo cual debió usted sospechar la verdad… Pero ¿es que todavía me acusa usted de haber sido el asesino y cree que yo me paseaba con esa muestra en el bolsillo? ¿Cree usted que eso es racional?

Dijo esto con tal violencia agresiva y sarcástica, torciendo la boca de manera que descubría por la izquierda sus dientes de lobo, que Marcos quedó algo desconcertado, pues, en efecto, a pesar de lo seguro que estaba de que aquel hombre era el culpable, siempre había considerado como un punto obscuro el del modelo llegado de no se sabía dónde. Era poco verosímil, como Gorgias repetía sin cesar, que aquella noche llevara aquel papel encima, después de la ceremonia religiosa en los capuchinos. ¿De dónde, pues, procedía el papel? ¿Cómo podía tenerlo a mano junto con un número de «Le Petit Beaumontais»? De haber podido Marcos penetrar en aquel misterio, todo se hubiera encadenado perfectamente y no hubiera quedado nada a obscuras en aquel asunto. Y, para disimular su disgusto, apeló a un argumento que se le ocurrió de pronto:

—No necesitaba usted llevarlo en el bolsillo, ya que estaba sobre la mesa donde usted dice que lo vio.

Pero el hermano Gorgias se levantó, cediendo a su vehemencia habitual o con el propósito de representar una farsa, siempre con el deseo de acabar fulminantemente una conversación que no tomaba un giro conveniente para él. Con torvos ademanes de loco, iba y venía por la clase llena de sombras.

—Sobre la mesa, sí, sobre la mesa estaba. Cuando lo digo es que no tengo que temer nada de semejante confesión. Aun suponiendo que yo sea culpable, no vendría seguramente a darle un arma diciéndole dónde pude coger la muestra… Estaba sobre la mesa, ¿no? Entonces yo la hubiera cogido y hubiera sacado después el periódico de mi bolsillo para estrujarlos y utilizarlos como una mordaza. ¡Vaya una operación! ¡Vaya una sencillez y una lógica!… ¡No, no! Si yo llevaba el periódico en mi bolsillo, también debía de llevar la muestra. Demuéstreme usted que la llevaba, porque, en caso contrario, no hay nada sólido ni decisivo… No la llevaba, por que la vi sobre la mesa. ¡Lo juro, una vez más, ante Dios!

Y se acercó a Marcos, descompuesto y salvaje, lanzándole a la cara aquellos gritos en que se adivinaba una especie de provocación audaz, verdades cínicamente confesadas en forma de hipótesis, mentiras que disfrazaban apenas la horrenda escena que debía de recordar Gorgias con horrible deleite demoníaco.

Marcos, sumido otra vez en la perturbación de su incertidumbre, quiso acabar ya, convencido como estaba de que no sacaría de Gorgias nada útil.

—Pero… ¿Qué motivos tengo yo para creerle? Usted ha venido a contarme esa historia, que es ya la tercera versión que hace usted del crimen… Al principio se mostró usted conforme con la acusación, diciendo que la muestra caligráfica procedía de la escuela laica y que la rúbrica no era de usted, sino que Simón la había falsificado para achacarle su crimen. Después, cuando la punta sellada que arrancó el padre Filibín fue encontrada entre los papeles de éste, comprendió usted la imposibilidad de seguir resguardándose en el estúpido informe de los peritos, y confesó que la rúbrica era suya y que la muestra había pasado por sus manos. Y, por último, hoy, impulsado por motivos que ignoro, viene usted a hacerme esta otra confesión y me dice usted que vio a Ceferino en su alcoba momentos antes de cometerse el crimen, que tenía la muestra encima de la mesa, que le riñó usted y que cerró la ventana… Reconozca usted que no hay razón alguna para que yo crea que esta versión es la verídica. Espero, pues, la verdad desnuda, si quiere usted decirla algún día.

El hermano Gorgias, interrumpiendo su nervioso paseo, habíase parado en mitad de la habitación, donde se erguía flaco y trágico. Con los ojos llameantes y el rostro contraído por una risa forzada, no contestó de momento. Y cuando lo hizo, aparentó tomarlo a broma.

—Como usted guste, señor Froment. He venido como amigo para darle a usted algunos detalles de ese asunto que le sigue interesando, puesto que no ha renunciado usted todavía a la esperanza de rehabilitar a su amigo Simón. Puede usted utilizar esos datos, pues le autorizo para hacerlos públicos. Pero no le pido a usted que me lo agradezca, ya que no creo en la gratitud de los hombres.

Se envolvió en su harapiento abrigo y se fue como había venido, abriéndose él mismo las puertas, sin siquiera volver la cabeza al salir. Fuera, la helada lluvia caía en furiosos chaparrones y el viento llenaba la calle con sus aullidos. Y Gorgias desapareció como una sombra entre las temerosas tinieblas.

Genoveva abrió la puerta, tras la cual había estado escuchando durante toda la escena. De pie, nerviosa y asombrada por lo que acababa de oír, dejó caer los brazos y miró un momento a Marcos, que, inmóvil como ella, no sabía si debía tomar aquello a risa o enfadarse.

—¡Está loco! —dijo Genoveva—. Yo, en tu lugar, no hubiera tenido paciencia para escucharle tanto tiempo. Miente ahora, como ha mentido siempre.

Y al ver que Marcos se decidía por tomar la cosa a broma, prosiguió:

—No, no me ha hecho ninguna gracia su venida. Me ha puesto mala esa abominable evocación. Y, además, no estoy tranquila, porque no comprendo qué es lo que busca en nuestra casa. ¿A qué viene esa supuesta confesión? ¿Por qué te ha escogido a ti?

—¡Oh! Eso me lo figuro, querida… El padre Crabot y los otros no deben darle ya ni un cuarto, fuera de la reducida mensualidad que se comprometieron a pasarle. Y como ese hombre tiene grandes apetitos, se las ingenia para asustarles de vez en cuando, a fin de sacarles alguna cantidad de importancia. Me he enterado de que, desde que volvió, han hecho todo lo posible para que se fuera a otra parte; han conseguido ya alejarle dos veces, llenándole el bolsillo; pero en cuanto se le acaba el dinero vuelve otra vez. No se atreven a acudir a la policía; los gendarmes les hubieran librado de él hace tiempo. Y por eso al hombre se le ocurriría esta vez, ante alguna categórica negativa de ellos, darles un susto, amenazándoles con venir a contármelo todo. Y al ver que de todos modos no le hacían caso, ha venido y ha soltado un poco de la verdad, mezclada aún con muchas mentiras, esperando que yo hable y que los otros, asustados, le disuadan, a fuerza de dinero, de confesar el resto.

Esta explicación, tan lógica, tranquilizó a Genoveva, que añadió sencillamente:

—Lo demás, la verdad desnuda y completa, no la dirá nunca.

—¿Quién sabe? —replicó Marcos—. Tiene mucha necesidad de dinero; pero el odio puede más todavía en su corazón. Es bravo y daría su sangre por vengarse de sus antiguos cómplices, que tan cobardemente han renegado de él. Y, sobre todo, a pesar de sus crímenes, cree de veras en su Dios absoluto y exterminador y arde en una fe sombría y dominadora que le llevaría al martirio si creyese que así ganaba la salvación y precipitaba a sus enemigos en los tormentos del infierno.

—Entonces, ¿vas a utilizar lo que ha venido a contarte?

—No, creo que no. Hablaré con Delbos; pero sé que está resuelto a no proceder más que sobre seguro… ¡Ah, pobre Simón! Ya desespero de verle rehabilitado; soy demasiado viejo.

Pero, de pronto, apareció el hecho nuevo, esperado hacía tantos años, con lo que Marcos vio realizado el más ardiente anhelo de su existencia. Delbos, que no creía en la posibilidad de que les ayudase el hermano Gorgias, había puesto, en cambio, todas sus esperanzas en aquel médico de Rozan, llamado Beauchamp, jurado de la segunda causa, a quien el antiguo presidente Gragnon había hecho la segunda comunicación ilegal, y de quien se decía estaba lleno de remordimientos. Seguía, pues, esa pista con infinita paciencia, sometiendo al médico a una indagación continua y rodeándole de una vigilancia constante, gracias a lo cual llegó a averiguar que guardaba silencio obligado por las súplicas de su mujer, muy devota y muy delicada, a quien un escándalo hubiese abreviado la vida. En cuanto supo Delbos que la mujer había muerto y consideró seguro el éxito, todavía tuvo que esperar otros seis meses, tras los cuales logró avistarse con Beauchamp, y se encontró con un hombre nervioso, indeciso y lleno de escrúpulos, pero que al fin se resolvió a entregarle un escrito firmado por él en el que refería cómo Gragnon había hecho que le enseñaran en casa de un amigo suyo la supuesta declaración redactada por una hermana de la Caridad, a la que había confesado cierto obrero moribundo, cuando se hallaba en el hospital, la fabricación de un sello falso encargado por el maestro de Maillebois. Y el firmante

añadía que aquel documento secreto fue lo que le decidió, sacándole de la incertidumbre en que se veía, y por virtud de la cual inclinábase a absolver a Simón, ante la falta de pruebas serias.

Cuando Delbos tuvo en su poder este documento decisivo, esperó todavía. Así reunió nuevos testimonios de que Gragnon había comunicado aquella estupenda falsedad a otros jurados, pobres hombres de credulidad asombrosa. Lo extraordinario del caso era que el antiguo presidente se hubiera atrevido a repetir en Rozan su maniobra de Beaumont, sacando del bolsillo un documento burdamente falsificado, mostrándolo a escondidas y explotando, en suma, la imbecilidad humana con soberano desprecio. Y las dos veces le había salido bien; además, la segunda se había librado Gragnon de ir a presidio, con su audacia de verdadero criminal. Pero ahora estaba ya libre de las consecuencias de su doble delito, ya que acababa de morir, no sin haberse quedado en los huesos, con el rostro como surcado por invisibles garras. Y su muerte fue seguramente una de las causas que decidieron a hablar al médico Beauchamp. Marcos y David hacía mucho tiempo que pensaban que se conseguiría la rehabilitación de Simón el día que desapareciesen los personajes comprometidos. También había muerto Daix, el antiguo juez de instrucción. El fiscal Raúl de la Bissonnière acababa de ser jubilado, con la encomienda de la Legión de Honor, después de una brillante carrera. En Rozan, Guybaraud, el presidente de la revisión, agonizaba atacado de una hemiplejía, entre su confesor y su ama de llaves. Y Pacart, el demagogo convertido en fiscal, a pesar de la fea historia de trampas en el juego que sobre él pesaba, había dejado la magistratura para ir a Roma a desempeñar cerca de las congregaciones un misterioso cargo de consejero jurídico. En Beaumont, el personal de la política, de la administración, del clero y hasta de la Universidad, había cambiado casi por completo, pues a los Lemarrois, a los Marcilly, a los Hennebise, a los Bergerot, a los Forbes, a los Mauraisin, habían sucedido otras personas. Y en cuanto a los cómplices directos, como el padre Filibín y el hermano Fulgencio, habían, el uno, muerto misteriosamente en sitio lejano, y el otro, desaparecido y quizá muerto también; no quedaba ya más que el padre Crabot, el jefe principal, pero casi borrado del número de los vivos, pues, según decían, estaba encerrado en ignorada celda, donde hacía grandes penitencias.

Entonces, en aquel renovado ambiente social y en circunstancias políticas enteramente distintas, en las cuales eran otras las pasiones, Delbos procedió con rapidez y energía en cuanto tuvo reunidos los documentos que juzgó necesarios. Como se había conquistado una posición importante en la Cámara, remitió un expediente al ministro de Justicia, decidiéndole a someter inmediatamente al Tribunal Supremo el nuevo hecho procesal. Hubo una interpelación al día siguiente; pero el ministro se limitó a contestar que aquél era un asunto exclusivamente judicial y que el Gobierno no podía consentir que fuera convertido en cuestión política. Así, por mayoría considerable, se dio un voto de confianza al Gobierno, en medio de la indiferencia que aquel lejano proceso de Simón inspiraba ya a los partidos. El

Tribunal Supremo, lastimado aún por el bofetón recibido, tramitó el recurso con extraordinaria rapidez. Y, cumplidos los plazos indispensables, casó la sentencia de Rozan, sin enviar al antiguo sentenciado ante otro tribunal. Aquello fue una mera formalidad, necesaria hacía mucho tiempo: con cuatro palabras lo borró todo el tribunal, haciendo, al fin, plena justicia.

# III

Produjo emoción enorme en Maillebois la noticia de que Simón había sido absuelto. No causó sorpresa, pues eran muchos ya los convencidos de su inocencia. Pero el hecho material, aquella rehabilitación legal y definitiva, no dejó de impresionar a las gentes. Y la misma idea se le ocurría a todo el mundo; unos a otros se la comunicaban, diciendo:

Pero ¿no habrá alguna reparación posible para ese desgraciado que tanto ha sufrido? Claro que nada, ni dinero, ni honores, puede indemnizar de tan atroz martirio. Pero cuando todo un pueblo ha cometido tan abominable error, cuando ha reducido a un hombre a tan lastimoso estado de pena, bien le está el reconocer su falta y otorgar a la víctima los honores del triunfo, realizando así un acto de lealtad que afirme el futuro reinado de la verdad y la justicia. A partir de entonces, la necesidad de una reparación fue abriéndose camino, hasta que poco a poco se enseñoreó de toda la comarca. Y se tuvo conocimiento de un hecho que acabó de ablandar los corazones. Mientras el Tribunal Supremo estaba examinando el expediente relativo a la comunicación ilegal hecha a los jurados de Rozan, el anciano Lehmann, el pobre sastre judío, que era muy viejecito, pues tenía ya noventa años, agonizaba en la mísera casa de la calle del Hoyo, entristecida antaño por tantas lágrimas y tanto duelo. Su hija Raquel acudió enseguida desde su retiro de los Pirineos para recoger el último suspiro del padre, quien parecía revivir cada mañana por un supremo esfuerzo de voluntad, pues, según decía, no quería morir hasta que la justicia hubiese devuelto la honra a su yerno y a sus nietos. Y, en efecto, la tarde del día en que recibió la noticia de la absolución murió, resplandeciente por tan inmensa alegría. Tras los funerales, Raquel se volvió inmediatamente a su desierto, para reunirse con Simón y David, quienes, después de meditarlo maduramente, habían formado el proyecto de permanecer cuatro o cinco años más, antes de liquidar su negocio, vendiendo la cantera de mármoles, aquel rincón de soledad donde habían podido esperar la justicia inmanente. Además, la casita de la calle del Hoyo fue expropiada y derribada por entonces, pues el Ayuntamiento tuvo la feliz idea de sanear aquel barrio sórdido, procediendo a la apertura de una amplia calle y a la plantación de un jardín destinado a los niños de las familias obreras. Sara, cuyo esposo Sebastian acababa de ser nombrado director de una de las escuelas de primera enseñanza de Beaumont, cedió su taller de sastrería a una tal señora Savin, parienta de aquellos Savin que les persiguieron a pedradas a su hermano y a ella. Así, pues, no quedó ni el menor rastro de la morada en que tanto había llorado la familia de Simón en aquellos días, lejanos ya, en que cada carta del inocente, quejándose de sus males, proporcionaba a los suyos nuevos dolores y martirios. Al aire y al calido sol crecían allí árboles, exhalaban su perfume las flores y se extendían verdes céspedes. Y parecía que de aquella salud recobrada, de aquella bondad de la tierra siempre en

aumento, brotaba y crecía también el sordo remordimiento de Maillebois y su afán por reparar la enorme injusticia cometida antaño.

Sin embargo, aún durmieron largos meses los prepósitos. Durante cuatro años no hubo más que iniciativas particulares, sin que se llegase a una inteligencia general. Sucedíanse las generaciones; tras los nietos vinieron los bisnietos de los verdugos que sacrificaron a Simón. Por lo tanto, Maillebois se había ido transformando poco a poco y parecía habitado por un pueblo nuevo. Pero era necesario esperar que aquel gran movimiento social, aquella evolución que había de conducir a una sociedad diferente, se realizara por completo, para que la buena semilla sembrada por espacio de tanto tiempo diese al cabo cosecha de ciudadanos libres del error y la mentira, y capaces, al fin, de una manifestación de soberana equidad.

Mientras tanto, proseguía la vida, y los obreros valerosos, que habían cumplido su misión, conferían la labor a sus hijos, obreros del porvenir. Marcos y Genoveva, que estaban ya próximos a los setenta años, acababan de jubilarse, con lo que las escuelas de niños y niñas de Jonville estaban ahora regentadas por Clemente —el hijo de aquéllos— y por su esposa. Clemente, que pronto cumpliría treinta y cuatro años, estaba casado con Carlota, la hija de Hortensia Savin, dedicada, como él, al magisterio. Siguiendo el ejemplo de su padre Marcos, que, desprovisto de ambición, no había querido abandonar nunca su plaza de Jonville, Clemente quiso establecerse allí también, y de este modo la obra emancipadora del padre pasó al hijo, que tenía el mismo entusiasmo por la verdad e igual modesto heroísmo. También Mignot había dejado ya la escuela de Moreux, donde le sucedió el hijo de uno de los antiguos discípulos de Salvan, y se había retirado a Jonville para acabar sus días al lado de Marcos y Genoveva, quienes vivían en una casita próxima a su antigua escuela, de la que no quisieron alejarse. Así se había formado allí como una colonia de amigos, en la que figuraban los primeros forjadores de la gran obra, pues aún vivían Salvan y la señorita Mazeline, tan buenos como siempre y tan optimistas. En Maillebois, tras el nombramiento de Joulic para la dirección de las escuelas de Beaumont, donde Sebastián, nombrado también director de otra escuela, había vuelto a verse con él, la escuela, la antigua escuela de Simón y de Marcos, se hallaba dirigida por sus hijos: José, maestro de los niños, y Luisa, maestra ce las niñas. Ya no eran jóvenes, pues él contaba cuarenta y cuatro años y ella cuarenta y dos. Tenían un hijo de veintidós, Francisco, que se había casado con su prima Teresa, de la misma edad que él, hija de Sebastián y Sara, matrimonio —el de Francisco y Teresa— que había tenido una niña, Rosa, delicioso querubín que aún no había cumplido un año. También José y Luisa habían resuelto no salir de Maillebois, y gastaban cariñosas bromas a Sebastián y Sara, hablándoles de las grandezas que les esperaban, pues se hablaba de que Sebastián sería nombrado director de la Escuela Normal, en la que con tanto fruto había trabajado Salvan y en la que también prestaría relevantes servicios aquel discípulo tan querido por él. Como por vocación hereditaria, Francisco y Teresa eran, asimismo, maestros, y desde que empezó el curso en octubre de aquel año, servían

como auxiliares en la escuela de primeras letras de Dherbecourt. ¡Qué enjambre de buenos sembradores de la verdad se juntaba, cuando algunos domingos se reunía toda la familia en Jonville, en casa de los abuelos Marcos y Genoveva, conmovidos y encantados al ver aquella descendencia criada en plena razón y en plena verdad! ¡Qué hermosa y sonriente salud traían de Beaumont Sebastián y Sara, de Maillebois José y Luisa, de Dherbecourt Francisco y Teresa, con su Rosita en brazos, cuando iban a Jonville, donde les esperaban Clemente y Carlota, que tenían también una niña, Luciana, una mujercita que pronto cumpliría siete años! ¡Y qué mesa habría que poner para aquellas cuatro generaciones, pues ya lo eran, sobre todo cuando los íntimos amigos y vecinos Salvan, Mignot y la señorita Mazeline acudían también a brindar por la derrota de la ignorancia, madre de todos los males y de todas las esclavitudes!

Los tiempos de la emancipación humana, esperados con tanto afán y tan lentos en venir, habían llegado ya, mediante bruscas evoluciones. La Iglesia acababa de recibir un terrible golpe, pues las Cámaras habían votado, por fin, la separación completa entre la Iglesia y el Estado, con lo que los millones que antaño se entregaban a los curas para que mantuviesen al pueblo en el secular embrutecimiento del rebaño que se deja esquilar y en el odio destructor de la República, iban a recibir mejor empleo, invirtiéndose en duplicar los sueldos a los maestros de primera enseñanza. Con esto variaba radicalmente la situación, pues el maestro dejaba de ser un pobre paria, un criado mal pagado y despreciado por los rústicos, que veían al párroco mejor dotado y además engordando con los derechos de pie de altar y con los regalos de los devotos. El cura dejaba de ser funcionario público, incluido en el presupuesto y apoyado a la vez por el prefecto y el obispo; así, de pronto, le abandonaba toda la consideración de las gentes del campo, pues no inspiraba ya a los labriegos miedo ni respeto y quedaba reducido a la situación de un sacristán a la ventura, sostenido por los últimos fieles que tuvieran a bien pagarle de vez en cuando alguna misa. Las iglesias se convertían, como los teatros, en lugares de espectáculo público, en empresas puramente comerciales sostenidas por espectadores de pago, por los últimos aficionados a las ceremonias allí representadas. Era indudable que muchas de tales iglesias se verían precisadas a cerrar sus puertas, pues algunas hacían poco negocio y estaban amenazadas de inminente quiebra. Y nada más típico que el caso del abate Cognasse, cuyos coléricos arrebatos habían trastornado durante tanto tiempo a Moreux y Jonville. Eran célebres ya los numerosos juicios de faltas que llovían sobre él y había perdido la cuenta de las multas que le habían impuesto por orejas de chicos medio arrancadas, puntapiés dados en las piernas a las mujeres y pedradas que caían como granizo desde las tapias de su casa sobre los transeúntes que no hacían la señal de la cruz al pasar por allí. Pero, sin embargo, seguía allí, a pesar del cúmulo de citaciones que llovían sobre él, porque era como inamovible y formaba parte de la cosa pública, pues ejercía una función retribuida y gubernamental. Pero cuando no representó ya más que una función, una creencia, y dejó de cobrar por practicarla e

imponerla, quedó reducido a la nada y hasta dejaron de saludarle. Entonces, en pocos meses, se fue quedando casi solo con su criada Palmira, en la iglesia, de la cual desertaba poco a poco el pueblo. Por mucho que Palmira tocase a misa con sus flacos brazos, no acudían más que cinco o seis mujeres, que quedaron reducidas luego a tres y después a una sola. Afortunadamente, esta última era muy constante, y el cura estaba muy contento de poder celebrar para ella la misa, pues temía que se repitiese en Jonville el lamentable caso de Moreux. Durante cerca de tres meses había ido a Moreux a decir misa sin conseguir hallar un chico que le ayudara, hasta el punto de tener que llevar de Jonville su monaguillo. Durante aquellos tres meses no acudió un alma y tuvo que decir misa en la iglesia absolutamente vacía, obscura y llena de humedad. Naturalmente, no volvió, por lo que la iglesia estaba cerrada, se desmoronaba y pronto se convertiría en ruinas. Cuando una función desaparece de la vida social, el monumento y el hombre que antes eran necesarios, a la sazón resultan inútiles y desaparecen también. Y, no obstante su actitud siempre violenta, al cura Cognasse le aterrorizaba la idea de que no volviera su última y fiel feligresa y de que su iglesia, donde no entraba un céntimo, se cerrase y se derrumbara invadida por la maleza.

En Maillebois, la separación de la Iglesia y el Estado dio el golpe de gracia a la escuela, tan próspera en otros tiempos, de los hermanos de la Doctrina Cristiana. Vencedora de la escuela laica cuando Simón fue condenado, había ido cayendo paulatinamente en desgracia, a medida que la verdad fue haciéndose poco a poco. Pero seguía existiendo y vegetaba, imponiéndose gracias a la tenacidad eclesiástica, aun cuando no tenía sino cuatro o cinco alumnos reunidos a costa de grandes esfuerzos. Y fueron menester las nuevas leyes, la dispersión de la comunidad y la crisis sufrida por el culto para que se cerrasen definitivamente sus puertas. La Iglesia quedaba expulsada de la enseñanza nacional, con lo que el millón seiscientos mil niños que las congregaciones envenenaban cada año iban a ser entregados a la educación e instrucción puramente laicas. La reforma iba de los establecimientos de primera enseñanza a los de segunda, por lo que hasta el célebre colegio de Valmarie, debilitado ya por la efectiva expulsión de los jesuitas, recibió el golpe de muerte con aquel amplio conjunto de medidas con que se preparaba la renovación docente. Empezaban a prevalecer los principios de la instrucción integral para todos los ciudadanos y de la enseñanza gratuita en todos los grados. ¿Por qué había de haber dos Francias, una clase predestinada a la ignorancia abajo y otra clase instruida y culta, ella sola, arriba? ¿No era ello un contrasentido, una falta y un peligro en una democracia cuyos hijos todos habían de contribuir a multiplicar la inteligencia y la fuerza de la nación? En un porvenir próximo todos los hijos de Francia, unidos por lazos fraternales, empezarían por las escuelas de primeras letras, de las que pasarían a los establecimientos de segunda enseñanza y de enseñanza superior, según las aptitudes, la elección y el gusto de cada cual. Y aquello era la reforma urgente, la gran obra gloriosa y salvadora, cuya necesidad indicaban tan claramente el gran

movimiento socialista contemporáneo, la decadencia de la burguesía, desgastada, rendida y agonizante y, finalmente, la irresistible ascensión del pueblo, en quien palpitaban las energías del futuro. A él había que acudir en adelante y en él se hallarían como en inmenso depósito de potencia acumulada los hombres amigos de la razón, de la verdad y de la justicia, llamados a edificar la verdad futura en nombre de la felicidad y de la paz. El primer resultado, tan interesante, sería que la enseñanza enteramente gratuita, la instrucción nacional dada a todos los niños de Francia, como el agua y el aire que necesitaban para vivir, concluiría por matar a las fingidas escuelas libres, focos de infección clerical, donde no se trabaja más que en pro de la esclavitud y de la muerte. Y tras la escuela de Maillebois, vacía hoy y como muerta hacía mucho tiempo; tras el colegio de Valmarie, cuyos espaciosos edificios y magnífico parque estaban en venta, desaparecerían pronto las últimas congregaciones, con sus establecimientos de enseñanza, sus fábricas y talleres de todas clases, sus posesiones principescas, sus miles de millones sacados a la credulidad humana y gastados en mantener al rebaño en tenebrosa esclavitud, bajo el cuchillo del matarife.

Sin embargo, en Maillebois, cerca de la escuela de los hermanos, triste con sus persianas echadas en las ventanas de abandonadas salas, donde tejían sus telas las arañas, la comunidad de los capuchinos seguía celebrando el culto en la capilla dedicada a San Antonio de Padua, cuya imagen, pintarrajeada y dorada, continuaba en pie. El padre Teodosio, muy viejo ya, era uno de los contados supervivientes de la época heroica en que el santo proporcionaba grandes ingresos a fuerza de milagros. Pero aunque su fecunda fantasía de hacendista ingenioso inventaba todavía estupendas combinaciones poniendo a Dios al alcance de los más escasos bolsillos, resultaba ello inútil, pues había muerto la fe y eran poquísimas las devotas que todavía acudían a echar alguna que otra moneda de dos reales en los cepillos cubiertos de polvo. Rumoreábase que el santo había perdido su virtud milagrosa, pues ni siquiera encontraba ya las cosas perdidas. Una vieja se subió a una silla y le abofeteó cierto día porque en lugar de curar a una de las dos cabras que tenía enfermas, dejó morir a la otra. Y en medio de burlona indiferencia, aquello constituía el fin de una de las más bajas supersticiones, que desaparecía gracias al buen sentido de las gentes, despierto al fin gracias al conocimiento más justo de las cosas que la instrucción les proporcionaba. En la parroquia, en la antigua y venerable iglesia de San Martín, al cura Coquard le ocurría lo mismo que al cura Cognasse en Jonville, pues cada día se veía más abandonado y en mayor peligro de decir misa muy pronto en la soledad y en las tinieblas de una necrópolis. Rígido, triste, silencioso, no pecaba de violento y se empeñaba con sombría obstinación en sostener la religión caída, sin hacer concesión alguna a los impíos del siglo. Habíase refugiado en el culto al Sagrado Corazón y había empavesado su iglesia con todas las banderas nacionales que iban desechando los pueblos vecinos, grandes banderas azules, blancas y rojas, con enormes corazones sangrientos bordados en oro y en sedas de colores vivos.

Además, había un altar lleno de corazones; los había de metal, de porcelana, de talla, rellenos de salvado, de cuero estampado, de pintado cartón; los había de todos tamaños; unos que parecían recién sacados del pecho, calientes y palpitantes aún, partidos en dos por una cuchillada; otros, mostrando las fibras de su carne y como soltando lágrimas de sangre; en fin, un verdadero mostrador de carnicería, donde aquellos despojos de ajusticiados acababan de padecer y de morir. Pero esta segunda encarnación de Jesús, tan grosera, no conmovía ya a las masas, las cuales habían comprendido que un pueblo herido ya por desastres se recobra de ellos mediante el trabajo y la razón y no mediante la penitencia al pie de monstruosos ídolos. A medida que las religiones envejecen, caen en idolatrías más bajas y carnales y parecen pudrirse por sí mismas, descomponerse y enmohecerse. Pero si la Iglesia católica agonizaba de esta manera, se debía principalmente, como dijo el abate Quandieu, a que se suicidó el día en que se puso de parte de la iniquidad y de la mentira, ella que dice ser la morada del Dios de plena justicia y de eterna bondad. ¿Cómo no había comprendido que poniéndose al lado de los embusteros y falsarios accedía a desaparecer con ellos, envuelta en la vergüenza de su infamia el día, que forzosamente había de llegar, en que el inocente y el justo triunfasen a la resplandeciente claridad del sol? Ya no era el maestro verdadero de ella aquel Jesús de inocencia, dulzura y caridad, de quien abiertamente renegaba y a quien arrojaba de su templo; lo único que de él conservaba era el corazón material, bárbaro fetiche recogido en una tarde de batalla entre los dispersos miembros de su Dios moribundo, con la esperanza de seguir influyendo sobre los nervios enfermos de los pobres de espíritu. El abate Quandieu, cargado de años y amarguras, había de morir solo, repitiendo: «Han condenado y crucificado por segunda vez a Jesús; a la Iglesia le costará la vida». Y la Iglesia se moría, en efecto.

Pero no se iba sola, pues con ella se iban también las clases aristocráticas y burguesas, en las cuales intentó vanamente apoyarse y que se arruinaron arrastrándola en su caída. La antigua fuerza nobiliaria y militar y las potencias del dinero se reducían a polvo y se devoraban entre sí, atacadas de impotente locura, desde que el trabajo reorganizado repartía equitativamente la riqueza nacional. Por cierto que en la Désirade habían ocurrido hechos característicos que mostraban el miserable fin de aquellos ricos y aquellos potentados, cuyas débiles manos dejaban deslizarse entre sus dedos el dinero, como si fuese agua clara. Primero perdió Héctor de Sangleboeuf su acta de diputado, cuando el cuerpo electoral, ilustrado y moralizado por la escuela, se zafó de los candidatos reaccionarios, de opiniones violentas. Pero la mayor desgracia para los dueños de la Désirade fue la muerte de la marquesa de Boise, aquella mujer tan inteligente, tan distinguida y tan acomodaticia, que durante tanto tiempo había conservado la floreciente paz del matrimonio, siendo, al par que la antigua querida del marido, la cariñosa amiga de la mujer. Cuando desapareció ella, Sangleboeuf, tan necio como vanidoso, se extravió gravemente, perdió en el juego cantidades de importancia y cayó en escandalosos amoríos, hasta que un día le

trajeron a su casa hecho trizas, tan molido a golpes, que tres días después falleció, sin que la familia se atreviese a mostrarse parte por miedo de que resultase manchada de fango su memoria. Su viuda, la hermosa e indolente Lía de antaño, la piadosa y displicente María de ahora, vivió sola desde entonces, entre los esplendores de su magnífica finca. El padre de Lía, el barón Nathan, el banquero judío dueño de centenares de millones, clavado por la parálisis en su suntuoso hotel de los Campos Elíseos, vuelto a la infancia en su chochez, hacía mucho tiempo que no veía a su hija cuando falleció de repente, dejándole la menor parte posible de sus millones, mermadísimos por toda clase de obras aristocráticas y hasta para señoras de la alta sociedad, que en los últimos años de la vida del barón le dieron, al fin, la ilusión de ser uno de los suyos, considerándole limpio de su infamante origen judío. Y María, tan lánguida que no había jamás sentido pasión alguna, ni siquiera por el dinero, no por eso honró menos a su difunto padre, ni le mandó decir menos misas, pues esperaba así abrirle a la fuerza las puertas del cielo. Como repetía con frecuencia, su padre había prestado muchos servicios a la causa católica y podía sentarse a la diestra de Dios. Y ella, que no había tenido hijos, sumida en su indiferencia de ídolo adorado y acariciado, siguió habitando sola la Désirade, sin moverse apenas del diván de su alcoba, dejando vacía y como herida de muerte aquella admirable posesión, que muros y verjas cerraban por todas partes al público, como un paraíso prohibido. Corrían, sin embargo, ciertos rumores, diciéndose que María había recogido en su casa al padre Crabot, muy anciano ya, cuando se cerró el colegio de Valmarie. Según decía, no había hecho el jesuita más que cambiar de celda, pues, por ascetismo, ocupaba una alcobita en los desvanes, habitación que había pertenecido a un criado y estaba amueblada únicamente con una cama de hierro, una mesa de pino y una silla de paja. Pero, no obstante, reinaba como dueño y señor sobre la finca entera. Y, realmente, las únicas visitas que allí entraban eran religiosos y curas, cuyos hábitos y sotanas se deslizaban discretamente por entre los verdes macizos y las marmóreas fuentes de claras aguas. A los noventa años cumplidos, aquel conquistador de mujeres, aquel encantador de almas devotas, repetía la triunfal hazaña de su juventud. Si acababa de perder Valmarie, regio regalo del cariño de la condesa de Quédeville, estaba en camino de obtener la Désirade de manos de la siempre hermosa Lía, a quien él llamaba apasionadamente «mi hermana María en Jesucristo». Constituido en administrador de las limosnas y donativos de la viuda, tenía ya repartido el caudal de ésta, contribuyendo a obras religiosas y, sobre todo, concurriendo con importantes sumas a suscripciones abiertas por los partidos reaccionarios para aumentar la guerra feroz contra la república y sus instituciones. Y cuando una tarde hallaron muerta a la condesa en su diván, como dormida en su indolencia, estaba arruinada, pues todos sus millones se habían ido a las arcas negras y no quedaba más que la Désirade, de la cual dejaba por único heredero en su testamento al padre Crabot, con el encargo de establecer allí una fundación cristiana como tuviera por conveniente.

Aquéllas eran las últimas sacudidas del final de un mundo, pues todo Maillebois pasaba a manos de aquellos socialistas a quienes antaño se representaban las señoras piadosas como malhechores prestos a violaciones y robos. La antigua población clerical pertenecía ya al libre pensamiento y a la razón triunfante, hasta el punto de no haber ahora en su Ayuntamiento ni un soló concejal reaccionario. Muy lejanos aparecían ya los tiempos en que Darras se lamentaba de no tener una mayoría exclusivamente republicana. Y no sólo Philis, el alcalde de los curas, dormía olvidado en el cementerio, sino que también acababa de morirse el propio Barras, el alcalde de los vendidos y los sin patria, dejando fama de espíritu vacilante y en extremo timorato. Habíale sucedido en la alcaldía un hombre de gran sensatez y laboriosidad, León Savin, el hermano menor de Aquiles y Felipe, los dos hijos gemelos del empleadillo Savin, medianos sujetos ambos. Luego de haberse casado con una aldeana pobre, Rosalía Bonin, se había puesto León animosamente al trabajo, y en quince años había creado una admirable granja modelo que introdujo una revolución en los procedimientos de cultivo de la comarca y multiplicó la riqueza de ésta. Tenía poco más de cuarenta años, le hacían mucho caso todos, y él era algo testarudo, pues sólo cedía en bien de todos ante argumentos sólidos. Bajo su presidencia fue cuando el Ayuntamiento examinó de nuevo el proyecto de ofrecer a Simón una reparación pública, haciendo una especie de retractación honrosa y gloriosa, idea que, después de haber dormitado algún tiempo, despertaba con nuevo espíritu.

Muchas veces habían consultado ya a Marcos acerca de este asunto, y siempre que iba a Maillebois le hablaba alguien de aquel gran proyecto. Lo que más le conmovió fue una conversación que tuvo con Adrián Doloir, hijo de Augusto Doloir, el primogénito del albañil y de Ángela Bongard, la hija del labrador. Adrián había hecho sus primeros estudios, con notable aplicación, en la escuela de Joulic, y llegó a ser un valioso arquitecto y contratista de obras. A los veintiocho años no cumplidos acababa de entrar en el Ayuntamiento, donde era el concejal más joven, de ideas algo atrevidas, según decían, pero prácticas, sin embargo.

—¡Cuánto me alegro de verle, querido señor Froment! Una de estas mañanas pensaba ir a Jonville para charlar un rato con usted.

Risueño y respetuoso permanecía con el sombrero en la mano delante de Marcos, a quien toda la juventud quería y veneraba como a un patriarca, como a uno de los grandes forjadores de la verdad y de la justicia en los tiempos heroicos. Adrián, como era muy joven, sólo le había tenido como maestro en los primeros años de la infancia, pero su hermano y sus tíos habían crecido en los bancos de su clase.

—¿Qué desea usted, hijo mío? —preguntó Marcos, a quien alegraba y enternecía siempre volver a ver a alguno de sus antiguos discípulos.

—Verá usted… ¿Es cierto que Simón y familia van a volver pronto a Maillebois? Dicen que Simón y su hermano David han resuelto, por fin, dejar los Pirineos y venir a retirarse aquí… Usted debe de saberlo…

Marcos, que seguía sonriendo bondadosamente, contestó:

—Ésa es su intención, en efecto. Sin embargo, creo que no hay que esperarles antes de un año, pues aunque han traspasado su cantera de mármoles, se han comprometido a continuar la explotación durante ese tiempo. Además, tienen que hacer aún muchas gestiones, pues ni siquiera saben cómo se establecerán aquí.

—Pues si no tenemos más que un año por delante —exclamó Adrián con vehemencia—, apenas queda tiempo suficiente para realizar mi proyecto… Ante todo, deseo sometérselo a usted. ¿Qué día puedo ir a verle a Jonville?

Marcos, que iba a pasar el día en Maillebois con su hija Luisa, le manifestó que prefería que hablaran aquel mismo día, y se empeñó en ser él quien fuese a visitar a Adrián a su casa, en lo cual quedaron de acuerdo.

Adrián Doloir vivía a las puertas de Maillebois, camino de la Désirade, en una casita muy agradable que se había hecho en medio de una de las tierras de la antigua granja de los abuelos Bongard. Hacía tiempo ya que los abuelos habían muerto, y la granja estaba ahora en manos de Fernando, el padre de Clara.

¡Cuántos recuerdos se despertaron en la memoria de Marcos, cuando todavía con paso firme y ágil fue a llamar a la verja de la casita, después de haber pasado por los viejos edificios de la granja! ¿No era allí donde, cuarenta años antes, la víspera de la detención de Simón, se había presentado en busca del labriego Bongard para solicitar informes que pudiesen favorecer a su amigo? Recordaba a aquel campesino, gordo y cerril, así como a su mujer, huesuda y desconfiada, empeñados en no decir nada por miedo a comprometerse, pues eran como una masa inerte, demasiado pegados aún a la tierra, materia bruta cubierta de espesa costra de ignorancia. Y se acordaba de que no pudo conseguir nada de aquellos pobres seres, incapaces de justicia, porque no sabían ni querían saber nada.

Adrián le esperaba bajo un viejo manzano, cuyas gruesas ramas cargadas de fruto cubrían una mesa y varias sillas rústicas.

—¡Oh maestro! ¡Mucho me honra usted viniendo a descansar aquí un instante! Quiero que bese usted a mi Jorgita, para darle buena suerte.

Estaba presente la esposa de Adrián, Clara, que tenía veinticuatro años cumplidos y era una rubia muy risueña, de rostro franco y ojos llenos de inteligencia y de bondad. Ella fue quien llevó ante Marcos a la niña, deliciosa chiquilla, rubia como su madre y muy avispada para sus cinco años.

—Acuérdate, preciosa, de que el señor Froment te ha dado un beso. Toda tu vida debes estar orgullosa por ello.

—Ya lo sé, mamá. Os he oído hablar de él muchas veces. Es como si un poquito de sol bajara a verme.

Todos se echaron a reír cariñosamente, y en esto aparecieron los padres de Clara, Fernando Bongard y su esposa Lucila Doloir, quienes, enterados de que estaba allí el antiguo maestro de Maillebois, quisieron mostrarse atentos con él. Aunque su discípulo Fernando no le había dado grandes motivos de satisfacción, pues tenía la cabeza muy dura, Marcos se alegró de volverle a ver, convertido ya en un hombre

que andaba alrededor de los cincuenta, con su tosco aire de siempre y con sus inquietos ademanes de ser despierto sólo a medias.

—¿Qué tal? Debe usted de estar satisfecho, Fernando. El año ha sido bueno para el campo.

—Sí, señor Froment, regular. No hay ningún año bueno. Cuando viene bien para una cosa, viene mal para otra. Además, ya sabe usted que nunca he tenido suerte.

Lucila, su esposa, que era mucho más lista, se permitió intervenir en la conversación.

—Dice eso, señor Froment, porque siempre era el último en la clase de usted y se figura que tiene encima un maleficio a causa de no sé qué historia de una gitana a quien tiró piedras cuando era pequeño. ¡Mire usted que estar hechizado! Si al menos creyera en el diablo… ¡Eso sí, yo creo en el diablo! La señorita Rouzaire, en cuya clase era yo la mejor alumna, me lo enseñó un día, poco antes de mi primera comunión.

Y como Clara se sonriera, mientras la chiquitina soltaba una carcajada muy irreverente para el diablo, añadió Lucila:

—¡Oh! Ya sé, hija mía, que tú no crees en nada. Ninguna joven tiene ya religión en este pueblo, desde que la señorita Mazeline os convirtió a todas en espíritus fuertes. Pero lo cierto es que una noche la señorita Rouzaire nos enseñó una sombra que pasaba por la pared, diciéndonos que era el diablo. Y seguramente era él.

Un poco cortado, interrumpió Adrián a su suegra, abordando el asunto que motivaba la visita de Marcos. Se sentaron todos; Clara tenía en la falda a la niña, y los padres estaban un poco apartados, él fumando su pipa y ella haciendo media.

—Verá usted, maestro… Somos muchos los jóvenes convencidos de que pesará sobre el nombre de Maillebois un borrón, mientras no repare de la mejor manera posible la tremenda iniquidad que consintió y de que se hizo cómplice, dejando condenar a Simón. No basta la absolución legal de éste, pues nosotros, los hijos y los nietos de sus verdugos, tenemos el deber de confesar y borrar la falta de nuestros padres… Ayer noche, en casa de mi padre, donde se hallaban mi abuelo y mis tíos, les dije: «¿Cómo pudieron ustedes permitir una infamia semejante, tan estúpida como monstruosa, cuando para evitarla hubiera bastado un poco de buen sentido?». Y me contestaron lo de siempre, con vaguedades, diciendo que no sabían, que no podían saber…

Hubo un momento de silencio, y los ojos de todos se volvieron hacia Fernando, que pertenecía a la generación culpable y que, algo confuso, salió del paso quitándose la pipa de la boca y mirando a lo lejos.

—Nosotros —dijo— no sabíamos nada. ¿Cómo íbamos a saber? Mis padres, que apenas sabían escribir su nombre, no eran tan imprudentes que fueran a meterse en los asuntos ajenos, exponiéndose a que les costase caro. Yo, aunque había aprendido algo más, no me pasaba de listo, y recelaba también, pues el que se sabe ignorante siempre tiene miedo a arriesgar su pellejo y sus cuatro cuartos… ¡Ah! ¡A vosotros os

parece fácil hoy tener valor e inteligencia, porque os han hecho sabios! Pero yo os hubiera querido ver entonces, sin medio de enterarnos, con la cabeza loca entre tantas historias que nadie veía claro.

—Es verdad —añadió Lucila, su mujer—. Yo nunca me he tenido por tonta, y, sin embargo, no entendía gran cosa de todo aquello; ni pensar quería en tal enredo, pues constantemente le oía decir a mi padre que los pobres no deben meterse en los asuntos de los ricos si no quieren verse más pobres todavía.

Marcos les escuchaba silencioso y con aire grave. Evocando todo lo pasado, le parecía estar oyendo a Bongard y a su mujer, los abuelos ya muertos, negarse a contestarle, como rústicos ignorantes y desconfiados, deseosos de conservar su tranquilidad de bueyes de labor, y recordaba también la actitud de Femando, el hijo, que, más pulido, se encogía de hombros al día siguiente de la sentencia de Rozan y no quería saber nada. ¡Cuántos años se habían necesitado, y qué prolongada enseñanza de la razón humana y del valor cívico para que la nueva generación abriese al fin los ojos a la verdad y se atreviera a reconocerla y proclamarla! Movió la cabeza como para indicar que acataba en el fondo las excusas de Fernando y estaba muy dispuesto a perdonar a los atormentadores de antaño, cuyo mayor delito fue la ignorancia. Y acabó sonriendo a la pequeña Jorgita, que era el porvenir en flor y abría sus hermosos ojos y aguzaba sus finos oídos, esperando, sin duda, que contasen alguna historia bonita.

—Mi proyecto es muy sencillo, maestro… —continuó Adrián—. Como usted sabe, se han hecho grandes obras para sanear el barrio viejo de Maillebois. Una nueva avenida ha suprimido las calles del Placer y de Fauche, que eran dos cloacas. Y donde se hallaba la asquerosa calle del Hoyo se ha abierto recientemente una plaza con jardín, que llena ya con sus risas y sus juegos toda la chiquillería del barrio… Pues bien: frente a ese jardín, entre los solares que han quedado para edificar, hay uno sobre el cual se elevaba precisamente la mísera casa de los Lehmann, aquella triste casa que apedrearon nuestros padres y que puede decirse que se ha hundido bajo el peso de la execración de ellos. Mi proyecto, pues, consiste en proponer al Ayuntamiento que edifique allí una casa nueva: no precisamente un palacio, sino una casa modesta, clara y alegre, para ofrecérsela a Simón en nombre del pueblo, a fin de que acabe en ella sus días entre el amor y el respeto de sus convecinos… El valor material del regalo no sería muy grande, pero significaría el más delicado y fraternal de los homenajes.

Tanto conmovió a Marcos aquel generoso pensamiento en obsequio de su compañero, el pobre inocente, que asomaron las lágrimas a sus ojos.

—¿Aprueba usted mi idea? —le preguntó Adrián, muy conmovido también al verle tan emocionado.

Marcos se levantó y le abrazó efusivamente.

—Sí, hijo mío, la apruebo, pues con ella me das una de las mayores alegrías que he recibido en mi vida.

—Gracias, maestro; pero hay algo más… Espere usted, que voy a enseñarle el plano que he levantado ya, pues tendría sumo placer en dirigir gratuitamente las obras de la casa, y creo que encontraría contratistas que facilitaran operarios que la edificasen haciendo rebajas considerables.

Salió un minuto y volvió con el plano, que extendió sobre la mesa del jardín, a la sombra del viejo manzano familiar. Todos se acercaron y se inclinaron para verlo. La casita, en efecto, era muy sencilla, pero muy agradable, de dos pisos, con fachada blanca y rodeada de un jardín cercado por una verja. Sobre la puerta estaba indicada una lápida de mármol.

—¿Se pondrá, por lo visto, una inscripción? —inquirió Marcos.

—¡Claro! Como que la casa es un pretexto para colocar la inscripción… La que yo pienso proponer al Ayuntamiento es la siguiente: «La ciudad de Maillebois al maestro Simón en nombre de la verdad y la justicia y en reparación de sus martirios. —Y la firma será—: Los nietos de sus verdugos».

Fernando y Lucila hicieron un gesto de protesta y de inquietud, mirando a su hija Clara. Aquello les parecía excesivo: Ciara no debía permitir que su marido se comprometiese tanto. Pero Clara, apoyada cariñosamente en el hombro de Adrián, indirectamente, contestó al consternado silencio de sus padres, diciendo:

—Señor Froment, yo he colaborado en la inscripción, y quiero que se sepa.

—Descuida, que yo me encargo de decirlo —exclamó alegremente Marcos—. Pero, por de pronto, es necesario que sea aceptada la inscripción. Y la casa antes, ¿no?

—Eso es —contestó Adrián—. Yo quería consultarle a usted mi proyecto, maestro, para contar, ante todo, con su aprobación y para rogarle seguidamente que me ayude a ponerlo en práctica. No es el gasto, no, lo que puede preocupar al Ayuntamiento; más bien temo chocar con ciertos escrúpulos, con las últimas resistencias del espíritu antiguo. Aunque en el Ayuntamiento estemos todos completamente convencidos de la absoluta inocencia de Simón, hay todavía algunos caracteres tímidos que sólo cederán ante el empuje de la opinión pública. Y nuestro alcalde, León Savin, que está enterado del proyecto, me ha dicho con mucha razón que es preciso que contemos con la unanimidad el día que lo pongamos a votación.

Enseguida, cual si se le ocurriera de repente una idea, añadió:

—Mire usted, maestro, ya que ha tenido usted la bondad de venir, debía llegar al colmo de su amabilidad acompañándome ahora mismo a casa de León Savin. También él ha sido discípulo de usted, y estoy seguro de que nuestra causa avanzará enormemente si usted habla un instante con él.

—¡Ah! Con mucho gusto —respondió Marcos—. Vamos; iré adonde quieras llevarme.

Fernando y Lucila ya no protestaban; él seguía fumando su pipa, y ella haciendo media. Él, especialmente, había vuelto a caer en su absoluta indiferencia de hombre de cabeza dura, incapaz de comprender nada de los nuevos tiempos. Y Clara tuvo que

defender el plano de los ataques de la nena, que quería apoderarse de aquella hermosa estampa. Su padre le había dicho que aquello era una casa de recreo donde serían premiados los niños buenos. Y entre abrazos, risas y apretones de manos se despidieron Marcos y Adrián.

La granja de las Amettes, donde vivía León Savin, estaba al otro extremo de Maillebois, de modo que tuvieron que atravesar, precisamente, el nuevo barrio y la plaza donde se hallaba el jardín plantado recientemente. Y se pararon un instante delante del solar elegido por el arquitecto para edificar la casa proyectada.

—Como verá usted, reúne inmejorables condiciones… —dijo.

Y Adrián se interrumpió, viendo venir a un hombre grueso, de risueño aspecto.

—¡Hola! Mi tío Carlos… ¿No es verdad, tío, que el día que hagamos aquí la casa de que te he hablado para Simón, el mártir, te encargarás tú de la obra de cerrajería a precio de coste?

—Sí, muchacho, sí, lo haré por darte gusto… Y también por usted, señor Froment, pues me pesa lo mucho que le hice rabiar a usted en aquellos tiempos.

Carlos, que se había casado con María Dupuis, la hija de su maestro, dirigía hacía mucho tiempo el taller de su suegro. Tenía un hijo de la edad de Adrián, llamado Marcelo, casado con Laura Dumont, hija de un carpintero, y también se había hecho contratista de obras de carpintería.

—Voy a ver a tu padre —continuó diciendo Marcos, dirigiéndose a su sobrino—. Estoy citado con Marcelo para hablarle de una obra. Acompáñame, ya que tú también tienes que darle trabajo… Y venga usted con nosotros, señor Froment, pues le agradará a usted volver a encontrarse entre sus antiguos discípulos.

Lo decía en tono de broma, a lo que Marcos contestó, riéndose:

—Ya lo creo que tendré mucho gusto en ello… Y haremos el presupuesto.

—¡Oh! No hemos llegado aún a eso —exclamó Adrián—. Además, mi padre no es de los más entusiastas… Pero eso no importa; vamos a verle de todos modos.

Augusto Doloir, gracias a la amistad que le profesó Darras, el que fue alcalde, había llegado a ser un modesto maestro de obras. Cuando murió su padre, se llevó a su madre a vivir con él. Y desde que desapareció la calle del Placer habitaba en la nueva avenida, en una planta baja, precedida de un gran patio, donde Augusto almacenaba sus materiales. El cuarto era muy limpio y muy sano y estaba lleno de sol.

Cuando Marcos se encontró en un claro comedor con la madre, viuda de Doloir, se le despertaron muchos antiguos recuerdos. Aquella mujer tenía sesenta y nueve años y conservaba su aire sensato de mujer de su casa, conservadora por instinto y a quien no agradaba que su marido antes, ni ahora sus hijos, se comprometiesen en la política. Marcos recordaba también al difunto Doloir, el albañil, mocetón rubio, obrero ignorante echado a perder por el cuartel, hombre honrado, pero imbuido de estúpidas creencias, como aquélla de que el ejército estaba desorganizado por los sin patria, la de Francia vendida al Extranjero por los judíos. Un día le trajeron a su casa

en unas parihuelas, muerto a consecuencia de haber caído de un andamio; probablemente, aquel día bebió más de lo regular, pero la viuda de Doloir no quería reconocerlo, pues era de las que no confiesan las faltas de las personas de su familia. Al recibir a Marcos, le dijo:

—¡Ay, señor Froment! Ya no somos jóvenes. ¡Cuánto tiempo hace que nos conocimos!… Mi Augusto y mi Carlos tenían ocho y seis años cuando le vi a usted por primera vez.

—Es verdad, señora… Fui a pedir a usted, en nombre de mi compañero Simón, que dejase usted a sus niños declarar la verdad si les preguntaban.

Al cabo de tantos años, la mujer se puso de pronto seria y recelosa, para contestar:

—Nada teníamos que ver en aquello. Hice bien en no querer semejante lío en mi casa, pues ha perjudicado mucho a todo el mundo.

En tanto, Carlos había llamado a su hermano Augusto, al verle en el patio con Marcelo, que había acudido ya a la cita.

—Ven, hombre, que te traigo una visita. Además, tu hijo Adrián tiene que encargarnos una obra.

Augusto, alto y robusto como su padre, apretó vigorosamente la mano de Marcos.

—¡Ah, señor Froment!… Carlos y yo le nombramos muy a menudo, cuando recordamos los tiempos en que íbamos a la escuela. Yo era un mal estudiante; algunas veces me ha pesado después. Sin embargo, no le avergoncé mucho, ¿verdad?… Y ahí tiene usted a mi hijo Adrián, que ya le complacerá más…

Y añadió, riéndose:

—¡Ya sé el encargo que me va a dar Adrián! Se trata de la casa que se propone edificar para su Simón de usted… La verdad es que me parece un poco exagerada esa casa para un expresidiario…

A pesar del tono de broma inofensiva en que lo dijo, a Marcos le dio pena semejante observación.

—¿Es que todavía le cree usted culpable? Usted estuvo convencido de su inocencia por algún tiempo, aunque más adelante, después del inicuo fallo de Rozan, volviera a dudar de ella.

—¡Sí, señor Froment! El hecho de que los jurados condenen a un hombre, algo impresiona, sobre todo cuando tiene uno otros quebraderos de cabeza… De todos modos, yo no digo que sea culpable, aparte de que, en realidad, lo mismo nos da que lo sea o no lo sea; se trata de hacerle un obsequio para que acabe esto de una vez y no nos mareen más, ¿verdad, hermano?

—Eso —contestó Carlos—. Si hiciéramos caso de estos muchachos, resultaría que los verdaderos y únicos culpables fuimos nosotros por haber tolerado la injusticia. A mí eso me fastidia, en fin de cuentas. ¡Conque, acabemos de una vez!

Los dos primos, Adrián y Marcelo, tan entusiastas el uno como el otro en aquella cuestión, se manifestaban alegres y triunfantes.

—Entonces, ni una palabra más, papá —dijo Marcelo dando una palmada en el hombro a su padre—. Tú te encargas de la obra de cerrajería, mi tío Augusto de la de albañilería y yo de la carpintería… Así quedará reparada la parte que os corresponde en el crimen, como tú dices. Y no volveremos a hablaros de ese asunto: os lo juramos.

Adrián sonreía también, asintiendo con la cabeza, cuando la abuela, la viuda de Doloir, que los escuchaba de pie, silenciosa y grave, intervino con aire testarudo, para decir:

—Augusto y Carlos nada tienen que reparar, pues jamás se sabrá si el maestro Simón fue o no culpable, y, además, la gente pobre como nosotros no debe meterse en los asuntos del Gobierno… Vosotros dos, Adrián y Marcelo, me dais lástima, hijos, pues os figuráis bastante fuertes para cambiar a Dios de sitio. Creéis saberlo todo y no sabéis absolutamente nada… Mi pobre difunto, vuestro abuelo, sabía que en París se celebraba todos los sábados, en un rinconcito subterráneo junto a las fortificaciones, una asamblea general de todos los judíos millonarios, que acordaban allí las cantidades que habían de dar a los traidores para que vendiesen Francia a los alemanes. Y bien cierto estaba de ello, pues así se lo había dicho su capitán, asegurándoselo bajo palabra de honor.

Marcos la miraba asombrado, como retrocediendo cuarenta años. Tratábase de uno de los extraordinarios cuentos traídos del regimiento por el albañil Doloir, trastornado por sus tres años de servicio militar. Augusto y Carlos la habían oído muy serios, sin alterarse, pues desde la infancia estaban acostumbrados a semejantes estúpidas patrañas. Pero Adrián y Marcelo no pudieron menos de sonreírse, a pesar del respetuoso cariño que tenían a su abuela.

—¡El sindicato de los judíos en una cueva! ¡Vamos, abuela! —dijo amablemente Adrián—. Hace ya mucho tiempo que no hay judíos, puesto que apenas quedan católicos… La desaparición de las iglesias es el fin de todas las guerras religiosas.

En esto entró su madre y fue a darle un beso. Ángeles Bongard, la antigua discípula de la señorita Rouzaire, la antaño lista aldeanita, había contribuido mucho a que mejorase de posición su marido, a pesar de que su inteligencia no pasaba de mediana. Preguntó por su hermano Fernando, por su cuñada Lucila y por la hija de éstos, Clara, que era su nuera. Después, toda la familia habló del recién nacido, de Celestino, un hombrecito a quien había dado a luz hacía quince días la mujer de Marcelo.

—Aquí me tiene usted, bisabuela por segunda vez, señor Froment —dijo la viuda de Doloir—. Jorgita, Celestino… La vida sigue… Mi menor, Julio, tiene también un hijo, grande ya, de doce años, que se llama Edmundo, y sólo es nieto: no me hace tan vieja.

La viuda, que se había puesto más amable, siguió hablando para atenuar el efecto de su adustez de antes.

—La verdad es, señor Froment, que nosotros parecemos no estar nunca de acuerdo, y, sin embargo, hay una cosa por la cual le tengo que estar a usted muy agradecida. ¿Sabe cuál es? La de haberme casi obligado a que hiciera a Julio maestro. Yo no quería, porque entonces esa profesión no era nada tentadora, pero usted se empeñó, dio lecciones a Julio, y antes de cumplir los cuarenta años ha llegado a una bonita posición.

Aquella mujer estaba muy orgullosa de su hijo, que acababa de ser nombrado director de una de las escuelas de Beaumont en lugar de Sebastián Milhomme, nombrado para la dirección de la Escuela Normal. Julio se había casado con una maestra, Julieta Hochard, nombrada también en Beaumont directora de la escuela que había regentado la señorita Rouzaire. Y Edmundo, su hijo mayor, cursaba sus estudios en el Instituto con gran aprovechamiento.

Adrián, muy contento, viendo que su abuela se mostraba tan amable con el viejo maestro por quien él sentía tanta veneración, la dio un beso y empezó a bromear.

—Bien, abuela, veo que ya estás de acuerdo con el señor Froment… Mira, vamos a elegirte para que el día que vuelva Simón le ofrezcas en la estación un ramo de flores.

La anciana volvió a ponerse seria y recelosa.

—¡Lo que es eso, no! No quiero meterme en líos. Sois todos unos locos con vuestras ideas nuevas.

Se despidieron riendo. Adrián se llevó a Marcos a casa del alcalde, León Savin. La granja de las Amettes, que dirigía éste, tenía más de cincuenta hectáreas de labor y estaba situada a la salida de Maillebois, al extremo del barrio nuevo. León, al ocurrir la muerte de su madre, había recogido a su padre, el empleadillo de antaño, que tenía ya setenta y un años; de los dos hermanos mayores de León, los gemelos Aquiles y Felipe, el segundo había muerto, y el primero, que había sido también empleado, hallándose un día en la oficina sufrió un ataque de parálisis, a consecuencia de lo cual se encontraba tan enfermo y tan falto de recursos, que el hermano tuvo que recogerle también en su casa. Marcos, por el matrimonio de su hijo Clemente con Carlota, hija de Hortensia Savin, hermana ésta de los tres citados, y fallecida hacía mucho tiempo, estaba emparentado con esta familia. Pero la boda se había hecho contra su gusto, y aunque dejó a Clemente obrar con arreglo a los dictados de su corazón, él se mantuvo retraído. Tenía Marcos suficiente independencia de espíritu para no hacer a Carlota responsable de las ligerezas de su madre, seducida a los dieciséis años, casada luego con su seductor, fugada más tarde y enterrada lejos. Pero, sin embargo, conservaba algunas prevenciones, y tuvo que violentar sus sentimientos íntimos cuando Adrián, movido del deseo, común a ambos, de que prosperase su proyecto, le rogó que le acompañara a las Amettes.

Por cierto que no estaba León cuando llegaron, pero iba a volver enseguida. Y se encontraron con Savin, el padre, que se había quedado al cuidado de su hijo Aquiles, clavado en su sillón junto a la ventana del saloncito donde se pasaba la vida. Era una

habitación pequeña, en el piso bajo de la casa, cómodamente puesta, que habitaba la familia, cerca de los vastos edificios de la granja. En cuanto Savin vio a Marcos, exclamó, sorprendido:

—¡Ah, señor Froment!… Le creía a usted enfadado. Celebro su idea de venir a verme.

Seguía tan flaco y esmirriado como siempre; cuando tosía, parecía que iba a desgañitarse. Pero, sin embargo, había enterrado a su mujer, tan linda, tan gruesa y tan fresca. Alucinado por los celos, persuadido de la necesidad del freno moral de la religión para las mujeres, había matado a la suya a fuerza de disgustos y vejaciones cotidianas a partir del día en que la sorprendió en íntima plática con su confesor, el podre Teodosio. Aquello le había dejado un amargo recuerdo y le hacía hablar muy mal de los curas, a pesar del creciente miedo que le inspiraban.

—¿Enfadados? —contestó tranquilamente Marcos—. ¿Y por qué habíamos de estar enfadados, señor Savin?

—¡Psch! Porque nuestras ideas han sido siempre diferente. Su hijo de usted se ha casado con mi nieta, cierto, pero entre nuestras ideas no hay maridaje posible… A mí, por ejemplo, me parece una desgracia lo que está ocurriendo con esos curas y frailes, a quienes va usted echando de todas partes, pues eso aumentará todavía más el libertinaje… ¡Y bien sabe Dios que yo no los quiero, pues soy republicano de siempre y hasta socialista…, sí, señor Froment, socialista!… Pero las mujeres y los chicos necesitan una amenaza que les retraiga de portarse mal, como tantas veces he dicho.

Marcos se sonrió involuntariamente, recordando lo pasado.

—Ya sé que, según la teoría de usted, la religión es como una especie de policía. Pero ¿cómo quiere usted que la religión siga siendo una fuerza cuando ya no se cree ni son de temer los curas?

—¿Que no son de temer? ¡Dios mío, qué equivocado está usted!… Yo fui siempre, y soy todavía, víctima de ellos. Si me hubiese puesto de su parte, ¿cree usted que hubiera vegetado toda mi vida en una lóbrega oficina y que dependería hoy de mi hijo León, después de haber perdido a mi esposa, muerta a fuerza de privaciones de todas clases? Y mi hijo Aquiles, a quien ve usted aquí en tan triste situación, es otra víctima de los curas. Le debí meter en un seminario, y sería cura o presidente de una Audiencia, en lugar de haber cogido esos dolores en la misma oficina que yo, donde se ha pasado treinta años y de la que ha salido imposibilitado hasta el punto de que ni se puede tomar las sopas solo… ¿No es verdad, Aquiles? Maia gente son los curas, pero es mejor tenerlos de cara que no en contra.

El enfermo, que había saludado a su antiguo maestro con un amistoso movimiento de cabeza, contestó con palabra lenta y algo dificultosa ya, por efecto de la parálisis:

—Desde luego, los curas hacían antes lo que querían, pero ya se empieza a prescindir de ellos… Ahora es muy fácil ajustarles las cuentas y darse tono de

justiciero.

Miraba a Adrián, que permanecía en silencio, y a quien seguramente iba dirigida aquella alusión poco amable. La triste situación en que se veía, la pérdida de su esposa Virginia y la pena que le producía estar reñido con su hija Leontina, casada con un humilde quincallero de Beaumont, le habían agriado el genio a Aquiles, quien, queriendo concretar, siguió diciendo:

—Como usted recordará, señor Froment, cuando la Audiencia de Rozan volvió a condenar a Simón, le dije que seguía convencido de la inocencia del desdichado. Pero ¿qué? ¿Acaso podría yo solo hacer una revolución? Lo mejor era guardar silencio… Y ahora veo un enjambre de caballeretes que nos llaman cobardes y quieren darnos una lección levantando arcos de triunfo para el mártir. ¡Vaya una valentía!

Al verse tan directamente aludido, comprendió Adrián que León Savin debía haber hablado del proyecto en su casa. Y contestó con mucha amabilidad y conciliadores términos:

—¡Oh! Todo el mundo es valiente cuando todos se vuelven justos… Ya sé yo, caballero, que usted ha sido siempre de los sensatos. Confieso que en mi familia hay personas que mostraron y muestran todavía ceguedad y obstinación mucho mayores. Pero hoy el solo deseo que debemos tener todos es el de unirnos y fundirnos en la misma llama de solidaridad y de justicia.

Con expresión de asombro escuchaba Savin, comprendiendo ya a qué habían venido Marcos y Adrián y por qué esperaban a su hijo León. Al principio había creído que se trataba sólo de una visita de cortesía.

—¡Ah! ¿De modo que vienen ustedes con motivo de esa ocurrencia de la reparación?… Yo no estoy conforme con eso, no; me pasa lo que a esos parientes suyos de que ha hablado usted, caballero. Claro está que mi hijo León hará lo que le parezca, pero a mí no hay quien me quite mi idea… ¡Eso es cosa de los judíos, sí, señor! ¡Siempre los judíos!

Adrián, a su vez, le miraba asombrado. ¿Los judíos? ¿Por qué hablaban aún de los judíos? El odio antisemita había muerto, hasta el punto de que la nueva generación no comprendía ya que se quería decir cuando alguien endilgaba a los judíos todos los crímenes. Como acababa de decir Adrián a su abuela, la viuda de Doloir, ya no había judíos, por cuanto no había más que ciudadanos emancipados de los dogmas. La Iglesia católica sí se había aprovechado, exagerándole, del feroz e imbécil antisemitismo, para atraer nuevamente a un pueblo incrédulo; pero el antisemitismo fue desapareciendo a medida que ella se hundía en la sombra de las religiones agonizantes.

Marcos presenciaba aquella escena con vivo interés, preocupado por los recuerdos de lo pasado, comparando los tiempos que fueron con los actuales y acordándose de cada palabra y cada cosa de los cuarenta años transcurridos, para deducir la lección de las cosas y palabras presentes. Pero en esto entró León Savin con su hijo Roberto, un muchachote de dieciséis años, a quien comenzaba a instruir

en las labores de la granja. En cuanto le dijeron el motivo de la visita, se manifestó muy agradecido por el paso que daba Marcos, hacia quien mostró gran deferencia.

—No dude usted, señor Froment, de mi deseo de complacerle y de que usted es hoy para todos nosotros el maestro justo y venerable… Además, ya le habrá dicho a usted mi amigo Adrián que yo no soy contrario a su proyecto, sino que le apoyaré con toda mi autoridad, pues comparto enteramente su parecer, y creo que Maillebois no recobrará su honor hasta el día en que repare su falta… Pero repito, sin embargo, que necesitamos la unanimidad en el Ayuntamiento. Estoy trabajando para conseguirlo, y le ruego a usted que nos ayude.

Y al ver que su padre se burlaba, le dijo sonriendo:

—¡Ea! No quieras aparentar testarudez. ¡Si el otro día convenías conmigo en la inocencia de Simón!

—¡Oh! No pongo en duda su inocencia. Pero también yo soy inocente y no me hacen ninguna casa.

León le contestó con alguna sequedad:

—Tú tienes la mía.

En realidad, lo que más hería a Savin era aquella hospitalidad que había recibido en casa de su hijo, aquella vejez tranquila en el hogar de un hijo que había triunfado gracias a su esfuerzo personal, lo cual desmentía las eternas lamentaciones de Savin y su arrepentimiento de no haberse entregado a los curas, a pesar de la aversión que les tenía. Así fue que, enfadándose, gritó:

—Por mí pueden ustedes hacer una catedral a su Simón. Yo me quedaré en casa ¡y en paz!

El pobre Aquiles, atormentado por los dolores que sufría en las piernas, lanzó un quejido:

—¡Ay! Yo también me quedaré en casa. Pero, si no estuviera clavado en este sillón, iría contigo, querido León, pues pertenezco a la generación que tal vez no cumplió con su deber, pero que no ignoró por completo, y está ya dispuesta a cumplirlo.

Tras estas palabras se fueron Marcos y Adrián, muy contentos, pues estaban seguros del éxito. Y cuando Marcos se quedó solo y se dirigía a casa de su hija Luisa por las anchas calles del barrio nuevo, iba pensando en todo lo que acababa de ver y de oír, mientras los recuerdos de los pasados tiempos le servían para medir el largo camino recorrido. En su mente se desarrollaba la historia entera de su vida, de sus esfuerzos, de su triunfo. Cuarenta años antes se había estrellado en casa de Bongard, en casa de Doloir, en casa de Savin, contra la ignorancia, brutal en el campesino, menos densa en el obrero y menor todavía en el empleadillo, pero suficiente en los tres para alucinarles llenándoles de egoísmo ciego, de tonterías y de miedo. Luego había sucedido otra generación que, gracias a la enseñanza racional, había ganado en inteligencia y en valor, aunque todavía no era capaz de pensar y obrar rectamente. Después, los hijos de aquellos hijos, progresando constantemente en lógica y en buen

sentido, habían salido de la escuela libres ya del error y la mentira y bastante fuertes para iniciar la gran obra de la emancipación humana. Y los hijos de éstos, que estaban criándose, prometían ser trabajadores cada vez más enérgicos y conscientes. Por consiguiente, había tenido Marcos antaño una clara visión del momento en que se encontraba, al decir, a propósito del proceso de Simón, que si Francia no protestaba ni se levantaba en masa era porque todavía pesaba sobre ella demasiada ignorancia, porque estaba embrutecida y envenenada por la estupidez religiosa, porque alimentaban sus pueriles supersticiones periódicos de lucro y estafa. Y asimismo tuvo la clara intuición del único remedio, que era la instrucción emancipadora, la cual mataría la mentira, destruiría el error, barrería los absurdos dogmas de la Iglesia con su infierno, su paraíso y su doctrina de muerte social, formando, en cambio, ciudadanos solidarios y animados de valor inteligente para la vida. Eso era lo que él había querido. Y su obra se realizaba, pues la escuela de primeras letras emancipaba al pueblo, y los ciudadanos, sacados de la iniquidad en que se regodeaban como estúpido rebaño, veíanse, al fin, aptos para la verdad y la justicia.

Pero, sobre todo, se producía una profunda paz en el espíritu de Marcos. De su corazón fluían abundantemente el perdón, la tolerancia y la bondad. Antaño había padecido mucho, y muchas veces se había indignado contra los hombres al verlos tan empedernidos en el mal, tan estúpidamente crueles; pero ahora no se borraban de su memoria las palabras de Fernando Bongard y de Aquiles Savin. Verdad era que habían tolerado la injusticia, pero, como ellos decían, fue porque no sabían, porque no se sintieron con fuerzas para combatirla. A los desheredados, sin más fortuna que su ignorancia, no se les podía culpar porque estuviese dormida su inteligencia. Y él les perdonaba de corazón a todos, pues ni siquiera guardaba resentimiento a los tercos, cuya inteligencia se negaba a abrirse. Y hubiera querido que la fiesta proyectada para el regreso de Simón fuera una amplia reconciliación, un beso general en que todo Maillebois se tornase fraterno, para trabajar en lo sucesivo por la felicidad de todos.

Marcos, al entrar en casa de su hija Luisa, que vivía en el edificio de la escuela, donde le esperaba su esposa Genoveva y donde ambos iban a comer con su hijo Clemente, Carlota y Luciana, tuvo la satisfacción de encontrarse con Sebastián y Sara, que habían llegado poco antes de Beaumont, para comer también con ellos. Estaban reunidos Marcos y Genoveva, Clemente y Carlota con su hija Luciana, que tenía ya siete años; José, Simón y Luisa, Sebastián Milhomme y Sara, Francisco Simón y Teresa Milhomme, ambos primos, por José y Sara, que se habían casado y tenían ya una nena que iba a cumplir dos años y se llamaba Rosa. En total, doce comensales llenos de salud y buen apetito.

Mientras servían la sopa, refirió Marcos lo que había hecho aquella tarde, el proyecto de Adrián y la seguridad que tenía de verlo realizado, lo cual produjo aclamaciones. Y como José dudara, no convencido de los buenos propósitos del alcalde, dijo Carlota:

—Te equivocas, pues mi tío León está completamente de nuestra parte. En mi familia fue el único que se portó bien conmigo.

Cuando desapareció su madre, Hortensia, quedó Carlota sin más amparo que el de su abuelo Savin, pues el padre de la joven, atacado de alcoholismo agudo, fue condueño a un asilo. Entonces sufrió mucho, viéndose tratada con rudeza y mal comida. Savin, que parecía haber olvidado los deplorables frutos que produjeron las lecciones de hipocresía piadosa que dio a su hija Hortensia la señorita Rouzaire, acusaba a su nieta Carlota de ser una atea, una rebelde a quien la señorita Mazeline había educado de la peor manera. Pero, en realidad, Carlota era deliciosa, pues sin fingida gazmoñería tenía una sana y firme honradez y era toda razón y ternura. Y Clemente la quiso y se unió a ella, venciendo todos los obstáculos y sintiéndose plenamente feliz por haber hallado la esposa verdadera que vive exclusivamente para el hogar. Vivían desde entonces muy unidos y felices, criando a su hija Luciana de modo que creciese en gracia, en amor y en libre verdad.

Marcos defendió también al alcalde, León Savin.

—Carlota tiene razón; es de los nuestros… Y lo mejor que tendrá esa casa que se proyecta ofrecer a Simón como fraternal obsequio, será que la harán los dos hermanos Doloir, Augusto el albañil y Carlos el cerrajero, aparte de que también estarán representados por personas de sus familias Fernando Bongard y Aquiles Savin. ¿Eh, querido Sebastián? ¡Quién lo hubiera dicho cuando ibas con esos muchachos a mi escuela!

Marcos mostraba una bondadosa alegría, y Sebastián Milhomme se echó a reír, aunque aún estaba dolorido a consecuencia de un trágico suceso que le había afectado mucho. En la primavera anterior había fallecido de repente su tía, la viuda de Eduardo Milhomme, dejando el almacén de papel de la calle Corta a su cuñada, la viuda de Alejandro. Desde que desapareció su hijo Víctor, la viuda de Eduardo se había desmejorado mucho y no se ocupaba ya de aquel modesto negocio de material escolar que antes había sido su pasión, pues, además, se hallaba desorientada por completo al no comprender las mudanzas de los nuevos tiempos. La viuda de Alejandro, cuando se quedó sola, siguió con el comercio, deseosa de no ser una carga para su hijo Sebastián, aunque la posición de éste había llegado a ser holgada. Pero, de repente, apareció una noche Víctor que, al enterarse del fallecimiento de su madre, salió de los bajos fondos donde alternaba haciendo vida crapulosa. Se presentó estropeado y calamitoso y se condujo brutalmente, pues exigió la venta de la tienda y liquidó la antigua sociedad para llevarse su parte. Aquello fue el fin de la tiendecilla de la calle Corta, adonde generaciones de escolares habían ido a comprar sus cuadernos y sus plumas. Durante algún tiempo se vio a Víctor por las calles de Maillebois mejor vestido, divirtiéndose. Andaba mañana y noche con su antiguo compañero de andanzas, Polidoro Souquet, que se sabía hundido en el fango. Una noche los vio Marcos a los dos en un barrio de mala nota, acompañados de una sombra negra que le pareció el hermano Gorgias. Después, hacía apenas ocho días, la

policía halló delante de una casa de mal vivir el cadáver de un hombre con la cabeza abierta. Era Víctor, víctima de un drama tenebroso e innoble, cuyo escándalo se procuró ahogar.

—Sí, sí —repuso Sebastián lentamente—. Me parece que veo a todos los compañeros de entonces. Y, aparte de algunos desgraciados, hay que reconocer que no han salido malos… Pero hay en la vida venenos implacables.

Nadie insistió, y para desviar la conversación, le preguntaron por su madre, que vivía con él en la Escuela Normal de Beaumont y que se conservaba muy bien, a pesar de su avanzada edad. Su nuevo cargo de director de aquel centro hacía trabajar mucho a Sebastián, animado del deseo de continuar la obra de su venerado maestro Salvan, preparando para la primera enseñanza, cada vez más amplia, maestros capaces de desempeñar su gran misión.

—¡Oh! Para todos nosotros —añadió— será una gran alegría esa reparación pública a Simón, esa glorificación de un humilde maestro. Quiero que mis alumnos la celebren también, y espero conseguirles un día de vacación.

Marcos, a quien el nombramiento de Sebastián par a director de la Escuela Normal había satisfecho como si fuera un triunfo personal, aprobó entusiasmado la idea.

—¡Eso, eso! Nosotros llevaremos a los antiguos, a Salvan, a la señorita Mazeline, a Mignot. Recordaremos al pobre Férou, para que su memoria esté también presente… Sólo con los que estamos aquí formamos ya un hermoso batallón.

Se echaron a reír, pues todos eran, en efecto, maestros y maestras. Clemente y Carlota dirigían las escuelas de Jonville, y José y Luisa tenían resuelto no abandonar jamás las de Maillebois.

Sebastián y Sara, que ocupaban con la viuda de Alejandro las habitaciones que fueron de Salvan, pensaban también no salir de allí hasta el día de la jubilación. En cuanto al matrimonio joven de los dos primeros, Francisco y Teresa, acababa de ser nombrado para Dherbecourt, donde habían comenzado sus padres, Francisco, en quien se confundían los parecidos con José y con Luisa, tenía también mucho de su abuelo Marcos: la frente despejada, los ojos claros, en que brillaba una llama de inextinguible deseo, mientras en Teresa, la gran hermosura de su madre Sara aparecía dulcificada y serenada por las facciones delicadas e inteligentes de su padre Sebastián; y su hija Rosa, la pequeñuela, en quien adoraba toda la familia, parecía el porvenir en flor.

Reinó en la comida cariñosa animación. ¡Qué alegría para José y Sara, los hijos del inocente martirizado durante largos años, la reparadora fiesta que se preparaba! A aquella glorificación tardía asistirían sus hijos, su nieta, todos los de su sangre, con la cual habíase mezclado la de Marcos, el más heroico defensor del mártir. Cuatro generaciones se reunirían para festejar la verdad, conquistada al fin. Y en la comitiva figurarían todos los buenos obreros que por la verdad padecieron y que con ella debían triunfar.

Hubo tras esto nuevas e inacabables risas. Genoveva, la bisabuela, tenía a su lado a Rosita, para cuidar de ella, y llamaba en su auxilio a Luisa, la abuela, y a Teresa, la madre de la niña, porque ésta tocaba con sus manitas todos los postres.

—¡Venid, venid! ¡No puedo con ella! ¡Vaya una golosa!

Quien la ayudó fue su nieta, Luciana, una personita muy formal, de siete años, la cual empezó a cuidar de su primita, pues le gustaba mucho hacer de ama de casa, mostrándose muy maternal con sus muñecas. Todos brindaron por el feliz regreso de Simón. Y daban las diez cuando la dichosa familia seguía todavía reunida, olvidándose de los trenes que habían de conducirles, a unos a Beaumont, y a otros, a Jonville. A partir de entonces avanzaron con inesperada rapidez los acontecimientos agradables. El proyecto de Adrián fue presentado al Ayuntamiento y aprobado por unanimidad, como acertadamente deseaba que lo fuera León Savin, el alcalde. La hermosa y franca inscripción, que revelaba la intención de los donantes, no tuvo ni un solo impugnador. Y para este resultado tan rápido y esta general aprobación hubo una facilidad extraordinaria, sin que los promotores de la idea tuviesen que dar pasos ni abogar por ella, como al principio temieron que sería preciso hacer. Y era que la idea por ellos formulada existía en germen en todos los espíritus; era un remordimiento de lo pasado, un resquemor por la iniquidad que aún sangraba, una necesidad invencible de curar aquella llaga, para dejar a salvo el honor de la ciudad. Todos comprendían ya la imposibilidad de vivir felices sin solidaridad cívica, pues un pueblo sólo alcanza dicha duradera cuando es justo. Así, las listas de suscripción se llenaron en pocas semanas. Como la cantidad que se precisaba era relativamente módica, unos treinta mil francos, pues el Ayuntamiento había dado el solar, se puso cierta coquetería en que las cuotas fueran de dos, de tres o de cinco francos a lo sumo, para que pudiera ser mayor el número de suscriptores. La gente pobre, los obreros de los arrabales y los campesinos de los alrededores se suscribían por medio franco o un franco. Rápidamente, a fines de marzo, empezaron las obras. Se quería que todo estuviese concluido, puesta la madera y seca la pintura para mediados de septiembre, fecha que había fijado Simón para su regreso. Y de este modo, el albañil Augusto y el cerrajero Carlos, con arreglo a los planes de Adrián, su hijo y sobrino, respectivamente, ayudados por el carpintero Marcelo, todos ellos de la familia Doloir, casados con mujeres de la de Bongard, levantaron la casa votiva, ofrecida como obsequio al maestro Simón, bajo la amistosa vigilancia del alcalde León, de la familia Savin.

En septiembre, la sencilla y alegre casa se alzaba en medio de su jardín, cerrado con verja por la parte que daba a la plaza. El huésped cariñosamente esperado podía venir a habitarla, pues nada faltaba. Únicamente, encima de la puerta, la lápida de mármol que llevaba la inscripción estaba cubierta con un paño, como si estuviese sin terminar. Como era la sorpresa, no debía ser descubierta hasta el último instante. Adrián había ido a los Pirineos, donde vivían Simón y David, con objeto de arreglarlo todo de antemano. Convínose en que la señora de Simón, que vivía aún, pero estaba sumamente débil y casi impedida, vendría a instalarse la primera con ayuda de sus

hijos José y Sara. Después, el día convenido, Simón llegaría en unión de su hermano David y, recibido oficialmente en la estación, sería conducido a su gloriosa morada, obsequio de sus convecinos, donde le esperarían su mujer y sus hijos. El veinte de septiembre, que era domingo e hizo un día radiante de sol, de tibia y pura atmósfera, se celebró la solemnidad. Las calles de Maillebois estaban adornadas con colgaduras, y se deshojaron las últimas flores de la temporada por el trayecto que había de recorrer la comitiva. El tren no llegaba hasta las tres, pero desde por la mañana se lanzó a la calle la población en masa, entre cánticos y risas, formando una multitud tan regocijada y endomingada, que sin cesar crecía con el concurso de curiosos que venían de los pueblos cercanos. Desde el mediodía no se podía transitar por delante de la casa, en la gran plaza Nueva, en la cual se había plantado un pequeño jardín, que las familias obreras del barrio habían invadido. Todas las ventanas próximas estaban ocupadas, y hasta el arroyo se hallaba obstruido por la ascendente ola de espectadores, entusiasmados y deseosos de ver y proclamar a gritos su fiebre de justicia. Nada más conmovedor y grandioso que aquel espectáculo.

A primera hora de la mañana vinieron de Jonville Marcos y Genoveva, acompañados de su hijo Clemente, de Carlota y de Lucianita. Todos ellos iban a esperar a Simón en el jardín, agrupados alrededor de Raquel, la señora de Simón, con los hijos de ésta, José y Sara, sus nietos Francisco y Teresa, y su bisnieta Rosa. Luisa estaría, naturalmente, con su esposo José, y Sebastián con su mujer Sara. Eran las cuatro generaciones de la sangre del inocente, mezcladas con la sangre de los paladines de la justicia. También habían sido reservados sus puestos a los supervivientes de los tiempos heroicos, a los primeros defensores: Salvan, la señorita Mazeline y Mignot, así como a los fervientes obreros de la reparación, los individuos, convencidos ya y entusiastas, de las familias de Bongard, Doloir y Savin. Circulaba el rumor de que Delbos, el antiguo abogado, el héroe de los dos procesos, que acababa de ser nombrado ministro del Interior por espacio de cuatro años, había salido al encuentro de Simón y David para llegar con ellos a Maillebois. El alcalde, con una comisión del Ayuntamiento, recibiría a los dos hermanos en la estación, desde donde les acompañaría a la casa, adornada con guirnaldas y banderas, donde se celebraría la ceremonia. Y, ajustándose a este programa, esperaba Marcos allí con la familia, a pesar del deseo vehemente que sentía de abrazar al triunfador.

Dieron las dos. ¡Faltaba todavía una hora!… La multitud seguía aumentando. Marcos se mezcló entre los grupos, deseoso de oír las palabras que se decían y que volaban a la clara luz del sol. No se hablaba más que de aquella extraordinaria historia que surgía del obscuro pasado, de aquella condenación de un inocente, que parecía hoy abominable y había llegado a ser inexplicable a los ojos de las nuevas generaciones. El comentario de los jóvenes era un prolongado grito de indignación y asombro, mientras los viejos, los testigos de la iniquidad, procuraban disculpase con vagos gestos y pudorosas explicaciones. Ahora que la verdad aparecía a la luz del día, con la fuerza de la infalible certeza, los hijos y los nietos no acertaban a comprender

cómo sus padres y abuelos pudieron llevar su estúpida ceguera y su perverso egoísmo hasta no ver claro en tan sencillos asuntos. Verdad es que muchos de los últimos compartían en la actualidad el asombro de los jóvenes y no se explicaban ellos mismos su pasada credulidad. Y su mejor disculpa era decir que se necesitaba haber vivido en aquellos tiempos para darse cuenta del poder de la mentira sobre la ignorancia. Un viejo se arrepentía claramente de lo pasado; otro contaba que silbó a Simón el día en que fue detenido, y que hacía dos horas que le estaba esperando para aplaudirle, pues no quería morirse con el peso de aquella felonía en la conciencia; por cierto que al oírle un muchacho, nieto suyo, se colgó a su cuello y le besó riendo de alegría, conmovido hasta saltársele las lágrimas. Marcos, gratamente impresionado por aquella escena, seguía paseándose lentamente, viendo y escuchando.

De pronto se detuvo. Acababa de ver a Polidoro, andrajoso y con la cara descompuesta, borracho aún, tras una noche de orgía. Y quedó Marcos algo sobrecogido al ver con él al hermano Gorgias, vestido de negro, como siempre, con una vieja y grasienta levita, que llevaba, sin camisa, pegada a la carne. Gorgias, callado, seco, muy tieso en su trágica delgadez, no estaba ebrio, y lanzaba a la multitud miradas de fuego. Y Marcos oyó a Polidoro que, con la terquedad estúpida de los borrachos, le gastaba bromas a su compañero con el proceso, del cual hablaba todo el mundo alrededor de ellos. Tartamudeando, le decía:

—Di, frailazo, ¿te acuerdas de la muestra de caligrafía?… ¿Sabes? Aquella muestra… Yo fui quien la atrapó; la llevaba encima e hice la tontería de dártela cuando me acompañaste a casa… ¡Maldita muestra!…

Aquellas palabras iluminaron a Marcos como un súbito relámpago. Ahora conocía ya la verdad entera. Acababa de llenarse la última laguna que aún le preocupaba. Gorgias llevaba en el bolsillo la muestra, recogida aquella misma noche de manos de Polidoro. Y allí la encontró con un número de «Le Petit Beaumontais» cuando, trastornado y aterrorizado por los gritos de su víctima, buscó un pañuelo, cualquier cosa, para hacer una mordaza.

—Ya sabes, fraile —seguía mascullando Polidoro—, que nos queríamos bien y a nadie contábamos nuestras cosas… Pero ¡mira que si yo hubiese cantado! ¡Ay, qué cara hubiese puesto la tía Pelagia! ¿Te la figuras?

Y se reía con aire estúpido e innoble, sin darse cuenta de que había a su alrededor personas que les estaban escuchando, mientras Gorgias, sin volverse apenas, echaba miradas de desprecio, en las que aún parecía subsistir una cariñosa ternura. Pero, sin duda, comprendió que Marcos había oído la involuntaria confesión del borracho, y le hizo callar, diciéndole ásperamente y en voz baja:

—¡Cállate, pellejo de vino! ¡Cállate, asqueroso! Estás sudando pecados tuyos y míos, y me has hecho condenar una vez más con la ignominia de antes. Cállate, carne inmunda, que yo lo diré, ¡sí!, yo confesaré a gritos mis culpas para que Dios me perdone.

Después, dirigiéndose a Marcos, que seguía escuchando pasmado y silencioso, dijo:

—Lo ha oído usted todo, ¿verdad, señor Froment? Es necesario que lo oigan todos. Hace mucho tiempo que ando en deseos de confesarme ante los hombres, como me confesé ya ante Dios, para que mi salvación sea más gloriosa. Además, esta multitud me exaspera, pues no sabe nada de las personas ni de las cosas, y pronuncia mi nombre con execración, como si fuese yo solo el único culpable. Ahora verán que no; ¡voy a decirlo todo!

A pesar de sus setenta años cumplidos, saltó al bajo muro en que se hallaba colocada la verja de la casa votiva, en cuyo umbral iba a ser recibido triunfalmente Simón, el inocente, y se volvió de cara el inmenso auditorio. Durante una hora había estado paseándose entre los grupos, y, efectivamente, había oído su nombre salir de todas las bocas, maldito y cubierto de infamia. Y un sombrío furor fue exaltándole poco a poco con esa bravura del bandido gallardo que no reniega de ninguna de sus hazañas y quisiera lanzarlas a la cara de los hombres, llevado por el loco orgullo de haber osado cometerlas. Pero lo que verdaderamente le molestaba era que le citaran a él solo, era cargar con todo el peso de la execración pública, mientras los otros, sus cómplices, parecían ya olvidados. La víspera, agotados sus recursos, había intentado una vez más llegar hasta el padre Crabot, encerrado en su finca de La Désirade; pero le habían arrojado dándole una moneda de veinte francos, advirtiéndole que sería la última. Y he aquí que el nombre del padre Crabot no sonaba tras las imprecaciones del público. ¿Por qué cuando él, Gorgias, estaba dispuesto a expiar sus culpas, no había de expiar las suyas el padre Crabot? Verdad era que, confesándolo todo, no volvería a sacar a aquel cobarde otros veinte francos, pero en el alma de Gorgias el odio podía más que el dinero. Además, le parecía bien arrojar a su enemigo a las llamas del infierno, mientras él ganaba las delicias del paraíso, mediante la humillación de aquella confesión pública, que era su idea fija desde hacía algún tiempo.

Entonces sucedió algo inesperado, extraordinario. Con un gesto, violentamente exagerado, pareció Gorgias querer reunir y atraer la atención del innumerable concurso. Y con aguda voz, todavía poderosa, gritó:

—¡Escuchadme, escuchadme! ¡Quiero decirlo todo!

Pero al principio ni le oyeron ni le hicieron caso. Tuvo que repetir dos, tres y hasta diez veces las mismas voces, con energía creciente e incansable. Unos tras otros, poco a poco, se fijaron al fin en él con extrañeza. Y cuando los viejos le conocieron, cuando su nombre circuló de boca en boca con un estremecimiento de horror, se hizo un silencio de muerte en toda la gran plaza.

—¡Escuchadme, escuchadme! ¡Quiero decirlo todo!

A la clara luz del sol, agarrado a la verja con una mano, dominando las cabezas del público, seguía haciendo con el otro brazo violentos ademanes, cual si tajase el aire a sablazos. Y embutido en su vieja levita, seco, retorcido, con la faz requemada y

su gran nariz de pico de ave de rapiña, producía terrible aspecto, pues parecía un espectro que surgiera del pasado, en cuyos ojos volvía a encenderse el abominable fuego de antaño.

—¡Habláis de verdad y de justicia, y no sabéis nada ni sois justos!… Todos me abrumáis, pues soy para vosotros el único culpable, cuando hay otros que pecaron más que yo. Pude ser un criminal, pero otros consintieron mi crimen, y le encubrieron y le continuaron… Ahora veréis cómo confieso valerosamente mi pecado, como si estuviera ante el sagrado tribunal de la penitencia. Pero ¿por qué he de ser el único que esté dispuesto a confesar así? ¿Por qué no está aquí, pronto a humillarse y a confesarlo todo el otro, mi maestro, mi superior, el omnipotente padre Crabot? ¡Que venga, que vayan a buscarle al prudente retiro en que se oculta, que confiese ante los hombres, que haga penitencia conmigo!… ¡Le lo contrario, hablaré y gritaré su crimen y el mío, pues Dios está en mí, aunque soy el más vil y miserable de los pecadores! ¡Y es Dios quien quiere mi expiación y la suya!

Prosiguió hablando duramente y acuso a todos sus superiores, al padre Crabot el primero, de ser católicos degenerados, amigos del placer y comodones. La Iglesia moría por la cobardía de ellos, por sus transacciones con las molicies y vanidades del mundo. La tesis favorita de Gorgias era que el verdadero espíritu religioso había desaparecido de aquellos frailes, de aquellos curas y de aquellos obispos, que debieron hacer remar a Jesús a sangre y fuego. La tierra y los hombres sólo pertenecían a Dios, quien se los había dado a su Iglesia, soberana delegada de su poder. Y ella debía tener, por lo tanto, la posesión de todo, el dominio absoluto sobre todas las cosas y todos los seres. Ella disponía de las riquezas, por lo que no podía haber ricos sin su permiso. Ella disponía hasta de la vida misma, por lo que cada hombre vivo era un súbdito suyo, a quien dejaba vivir o suprimía, según el interés del cielo. Tal era la doctrina de que jamás se habían apartado los verdaderos santos. Y Gorgias, en su humildad de simple hermano de la Doctrina Cristiana, la había practicado y ensalzado siempre, pues sus mismos superiores, a pesar de los agravios para con él en otros puntos, le reconocían el mérito, que había llegado a hacerse raro, de poseer el espíritu religioso íntegro, mientras ellos, los Crabot, los Filibín, los Fulgencio, perdieron a la religión con sus componendas al querer valerse de la astucia con los librepensadores, los judíos, los protestantes y los masones. Poco a poco, como oportunistas deseosos de agradar abandonaban los dogmas y paliaban la dureza de la doctrina, en vez de combatir la impiedad a cara descubierta, en vez de degollar y quemar a los herejes. Él, por su parte, soñaba con una hoguera inmensa encendida en la mitad de París, y a la que hubiese arrojado a toda la nación culpable, para que la llama y el olor de aquellos millones de cuerpos quemados pudiesen subir hasta el cielo rojo, en inmenso surtidor, para regocijar y aplacar a Dios.

Y gritaba:

—¡Cuando el pecador se confiesa y hace penitencia deja de ser culpable y vuelve a la gracia de su soberano Señor!… ¿Qué hombre no peca? Toda carne es flaca. Y el

religioso a quien la bestia hace caer en el crimen, no tiene más obligación que confesarse como un simple seglar. Si entonces recibe la absolución, si expía su culpa con firme arrepentimiento, si se redime, queda puro como la nieve y digno de entrar en el cielo, donde crecen las rosas y los lirios de María… Yo confesé mi crimen al padre Teodosio, que me absolvió, y no debía ya nada a nadie, puesto que Dios, que todo lo sabe y todo lo ordena, me había perdonado por mediación de uno de sus ministros. Y además, desde aquel día, siempre que mentí, siempre que me obligaron a faltar a la verdad mis superiores, volví al confesonario y lavé mi alma de todas las impurezas con que la ensuciaba la fragilidad humana… ¡Ah! ¡He pecado mucho, he pecado con gran frecuencia, porque Dios, sin duda para probarme ha permitido que el diablo me abrasara con todos los ardores de su infierno! Pero me he hundido el pecho a fuerza de golpearle con mis puños, y me he ensangrentado las rodillas en las losas de las iglesias. He pagado; repito que nada debo; una legión de arcángeles me llevaría al paraíso si me muriese ahora mismo, antes de haber tenido tiempo de caer nuevamente en el primitivo fango de donde procedo… Pero, sobre todo, nada debo a los hombres, ni nunca les he debido nada, pues mi crimen sólo era una cosa entre Dios y yo, puesto que yo soy un esclavo suyo. Él me ha perdonado, y si ahora hablo es porque quiero, es porque deseo unir a la misericordia divina la mortificación de una postrera humillación para entrar triunfalmente en el paraíso, divino goce que alcanzaré, a pesar de mi abyección, por virtud de la penitencia, y que vosotros no conseguiréis jamás, ¡raza de incrédulos y blasfemos, que iréis todos al infierno!

Gorgias hostigaba a la multitud, llevado de su furor sombrío, en aquel arranque de fe salvaje, que le hacía erguirse, solo y provocativo, frente al pueblo. Hizo su mueca habitual, que dejaba al descubierto parte de sus dientes en un involuntario rictus sarcástico y cruel. Polidoro, atemorizado al pronto, le miraba primero con sus ojos redondos, turbios por la embriaguez, y luego se dejó caer al pie de la verja, como vencido por el sueño, pues empezó a roncar. La muchedumbre, que esperaba espantada la confesión prometida, había hasta entonces conservado un profundo silencio de muerte; pero ya empezaba a dar muestras de cansarse de tanta palabrería, en que notaba el indomable orgullo, la insolencia y el menosprecio del eclesiástico, que se cree soberano e inviolable al amparo de su Dios. ¿Qué quería decir aquel hombre? ¿Por qué no refería sencillamente las cosas? ¿A qué tanta preparación, cuando cuatro palabras bastaban? Y se levantó un murmullo… Un empujón de la multitud iba a barrerle, cuando Marcos, que seguía muy atentamente la escena, muy dueño de sí, a pesar de la ansiedad con que esperaba la confesión, intervino y calmó con un ademan la creciente ola de impaciencia y cólera. Por su parte, Gorgias, imperturbable, a pesar de las interrupciones, seguía repitiendo con voz chillona que él era el único bueno, el único que estaba a bien con Dios; pero que los demás, los cobardes, iban a pagar también sus culpas, porque Dios le enviaba a él para que hiciese públicamente la confesión de todos los pecadores en una expiación suprema,

de la cual saldría rejuvenecida y victoriosa para siempre la Iglesia, comprometida por indignos ministros.

Repentinamente, su voz tornóse angustiosa, llorosa, y se golpeó violentamente el pecho con sus puños, como en un acceso de agudos remordimientos.

—¡He pecado, Dios mío. Dios mío, perdonadme! ¡Dios mío, sacadme de las garras del diablo para que pueda seguir bendiciendo vuestro santo nombre!… ¡Dios lo quiere! ¡Escuchadme, escuchadme! ¡Voy a decíroslo todo!…

Y se desnudó moralmente ante el pueblo congregado ante la casa, confesando, sin omitir nada de sus desordenados apetitos de gran comedor y gran bebedor, dominado desde la infancia por repugnante lubricidad. De niño, a pesar de su viva inteligencia, no quería trabajar, andaba siempre de escapatorias y merodeo y tumbaba ya a las aldeanitas sobre los montones de heno. Su padre, Juan Plumet, fue un antiguo cazador furtivo, a quien la condesa de Quédeville convirtió en guardabosque. Él, Jorge Plumet, tuvo por madre a una vagabunda, a quien su padre, el cazador furtivo, embarazó en el fondo de una zanja, y que desapareció luego, dejándole el hijo. Y evocaba a su padre muerto, cuando le trajeron en unas parihuelas al gran patio de Valmarie, con el pecho agujereado por dos balas disparadas por un cazador furtivo, antiguo compañero suyo. Después se crió con Gaston, el nieto de la condesa, un muchacho indomable, que también, despreciando el estudio, era más amigo de levantar las faldas a las chiquillas vagabundas, de buscar nidos de urracas en lo alto de los álamos y meterse desnudo en el río para coger cangrejas en sus agujeros. Entonces fue cuando Jorge conoció al padre Filibín, profesor de Gastón, y al padre Crabot, a la sazón arrogante, lleno de vigor y de prestigio, adorado por la condesa de Quédeville y ya dueño, realmente, de Valmarie. Y refirió brusca y brutalmente la muerte de Gastón, el nieto y heredero de la condesa, muerte que él presenció desde lejos, y cuyo terrible secreto guardaba hacía tantos años: el muchacho fue arrojado de un empellón al río, donde se ahogó como por fortuito accidente, durante un paseo, lo cual, algunos meses más tarde, permitió a la condesa dejar legal y definitivamente al padre Crabot la vasta posesión.

Gorgias se golpeó nuevamente el pecho con redoblada furia, y con voz entrecortada por los sollozos, lleno de contrición, gritó:

—¡Pequé, Dios mío, pequé!… ¡Pero mis superiores pecaron todavía más horriblemente, Dios mío, dándome mal ejemplo!… ¡Oh Dios mío, ya que expío aquí las culpas por ellos y por mí, diciéndolo todo, seguramente les perdonarás en tu infinita bondad, oh Dios mío, como me perdonarás a mí!

Hubo en la apiñada multitud profundo rumor de indignada protesta. Se levantaron amenazadoramente puños en alto y sonaron voces clamando venganza, mientras Gorgias proseguía su relato diciendo que desde entonces le protegieron el padre Crabot y el padre Filibín, unidos a él por un vínculo de sangre, y contando con él como él con ellos. Era el antiguo pacto que sospechó Marcos, en virtud del cual, Gorgias se entregó a la Iglesia, se hizo hermano de la Doctrina Cristiana y llegó a ser

la terrible criatura de Dios que espantaba al par que encantaba a sus superiores por el magnífico espíritu religioso que abrasaba su carne pecadora. Y dando un gran sollozo empezó a hablar súbitamente de su inmundo crimen.

—¡Oh, Dios mío! Allí estaba el angelito… Yo volvía de acompañar al otro alumno, y al atravesar la plaza obscura vi al angelito con la ventana abierta en la iluminada alcoba… ¡Tú que viste en mí, Dios mío, sabes que me acerqué sin intenciones impuras, curioso y paternal, para reñir al niño por haber dejado la ventana abierta! Y tampoco ignoras que hablé con él un instante amistosamente pidiéndole que me enseñara las estampas religiosas que tenía encima de la mesa, estampías muy santas y muy dulces, perfumadas aún por el incienso de la primera comunión… Pero ¿por qué, Dios mío, permitiste entonces al diablo que me tentase? ¿Por qué me abandonaste al tentador, que me hizo entrar por la ventana a pretexto de ver más cerca las santas imágenes, con el corazón palpitante ya y la sangre enardecida poco a poco por las llamas del infierno?… ¡Oh Dios mío, Dios mío! ¡Terribles e impenetrables son tus designios!

La multitud había vuelto a caer en un silencio de muerte bajo la terrible congoja que oprimía los pechos de todos, cada vez más rudamente, a medida que avanzaba aquella repugnante confesión. No se oía un soplo; un inmenso espanto se cernía sobre las inmóviles cabezas, aterrorizadas por lo que veían venir. Y Marcos, con el rostro lívido, espantado al ver cómo surgía la verdad después de tantas versiones embusteras, evocaba la horrible escena, que ya él había reconstituido, y miraba fijamente al monstruoso criminal, que, poseído de su antigua demencia, se dejaba llevar por gestos frenéticos entre los sollozos que le ahogaban.

—¡Oh Dios mío! ¡Qué delicioso hiciste al pobre niño con su cabeza rubia y rizada de angelito! Como los querubines de los cuadros religiosos, parecía no tener más que aquella cabecita de ángel con dos alas, tan delicado y endeble era, bajo la camisilla, su cuerpecito de enfermo… ¿Matarle, Dios mío? ¿Tuve yo tan atroz pensamiento? Dilo tú, que lees en mi corazón. ¡Era tan lindo y le quería yo tanto, que no hubiera tocado ni un solo cabello de su cabeza!… Pero, la verdad, sentí el fuego del pecado, me abrasó la concupiscencia y quise acariciarle, pero dulcemente, con palabras y gestos tímidos… Me senté junto a la mesa para mirar las estampas y le llamé a mi lado, sentándole sobre mis rodillas, para verlas juntos. Él, que eran tan dócil y cariñoso, dejó hacer al principio; pero como Satanás se apoderó de mí y me cegaba, se asustó y empezó a gritar, a gritar… ¡Oh Dios mío, qué gritos! ¡Todavía los oigo y me enloquecen!…

Y, en efecto, parecía haberse apoderado de él una creciente crisis nerviosa que hacía arder sus ojos en la faz convulsa y torcía sus labios, a los que asomaba un poco de espuma. Estremecimientos espasmódicos agitaban su flaco y retorcido cuerpo. Le poseyó un postrer acceso de furor, y acabó aullando como un condenado a quien el demonio revolviese con su tridente sobre las hogueras infernales.

—¡No, no! ¡Todavía no es esto la verdad, pues lo que he dicho está arreglado y pulido!… ¡Quiero decirlo todo, quiero decirlo todo, pues sólo a este precio alcanzaré las eternas delicias del paraíso!

Lo que ocurrió entonces fue asqueroso y horriblemente sagrado. Lo dijo todo en términos crudos y abominables, con gestos que evocaban la ignominia de la tremenda escena. Refirió cómo, enardecido y desatado cual un animal rabioso, arrojó a Ceferino al suelo y le atropelló, rasgándole la camisa y tratando de envolverle la cabeza con ella, para que no gritase más. Confesó el hecho sin omitir detalle, con pormenores horribles y salvajes, que reflejaban la demencia de pasiones contra naturaleza, criadas y corrompidas en la sombra del claustro. Refirió el profundo terror que se apoderó de él al ver que continuaban los gritos de la víctima, y el afán de ocultar su crimen, cuando, perdida ya la cabeza, zumbábanle los oídos como si oyera el galopar de los gendarmes en su persecución. Refirió asimismo su extravío, la busca de un objeto cualquiera a su alrededor, cómo se registró los bolsillos, los papeles que encontró en ellos y que metió en la boca de la víctima para sofocar sus gemidos, todo ello estúpidamente, sin previsión alguna, cediendo al deseo de poner fin al tormento que le producían los terribles gritos. Y, por último, confesó el asesinato, la estrangulación, hablando de cómo apretaron, cual argolla de hierro, el cuello delicado del niño los diez dedos de sus manos robustas, secas y peludas, hundiéndose en él y dejando profundos surcos negros.

—¡Oh Dios mío! ¡Soy un puerco, una fiera, cuyos miembros están manchados de fango y sangre!… ¡Huí como un miserable cobarde, sin pensar en nada, saciado y embrutecido, dejando la ventana abierta, lo cual prueba mi estupidez y demuestra que habría conservado la inocencia sin el asalto imprevisto y victorioso del demonio!… ¡Lo he confesado ante los hombres, Dios mío! ¡Que mi penitencia encuentre eco en vuestra bondad y me abra el cielo!

Pero la paciencia de la multitud, que le oía espantada, llegó a su término. De repente, al estupor, que tenía muda y helada a la gente, sucedió un arrebato de irresistible violencia. Un prolongado clamor de imprecaciones recorrió toda la plaza, y se formó una enorme oía de gente que se precipitó, amenazando aplastar contra la verja, a la cual seguía agarrado, al miserable cínico, al monstruoso penitente que, por demencia religiosa, se atrevía a mostrar su crimen a la luz del sol. Le abofeteaban los gritos de: «¡Muera el violador!». «¡Muera el asesino!». «¡Muera el violador y asesino de niños!».

Marcos, pues, se dio cuenta del terrible peligro de que la multitud despedazara a aquel hombre con su afán simplista de hacer justicia en el acto; en tal caso, aquella fiesta de bondad y solidaridad con que se celebraba el triunfo de la verdad y la justicia conquistadas al fin, quedaría manchada por la ejecución del culpable, cuyos miembros dispersos serían lanzados a los cuatro vientos. Se precipitó para arrancar a Gorgias de la verja, pero tuvo que forcejear con él, que, testarudo y frenético, quería seguir hablando. Por fin, mediante la ayuda de algunos hombres de fuertes puños, se

lo llevó y consiguió meterle en el jardín, cuya puerta se cerró al momento. Ya era tiempo, pues la ola enorme de la multitud que llegaba se estrelló contra la verja, nueva y fuerte. Gorgias estaba ya a salvo, en el asilo de aquella casa ofrecida al inocente, martirizado por su culpa. Pero en cuanto le soltaron los brazos que le sujetaban, creyéndole ya domado, se irguió y corrió a cogerse otra vez a la verja por el interior, y volvió a hablar, protegido por los barrotes de hierro, contra los cuales chocaba la ola furiosa del pueblo.

—¡Oh Dios mío! ¡Tú viste mi primera expiación, cuando mis superiores, tan imbéciles como cobardes, me abandonaron en el camino del destierro! ¡Tú sabes los oficios inconfesables a que me redujeron los nuevos y execrables pecados que me hicieron cometer! ¡Tú sabes su sórdida avaricia, y cómo me han negado y me niegan todavía un pedazo de pan después de haber sido los cómplices de mi vida entera!… ¡Tú estás siempre presente, Dios mío! ¡Ellos se habían comprometido conmigo, y después de mi crimen no hice más que obedecerles! Si le agravé con otros nuevos crímenes, ¡por ellos y en beneficio de ellos fue! Es verdad que se trataba de salvar del escándalo a tu Iglesia, y que yo hubiera dado mi sangre y mi vida por conseguirlo; pero ellos sólo pensaban en salvar sus personas, lo cual es lo que me ha enfurecido y me ha impulsado a confesarlo todo… ¡Y ahora, Dios mío, que he sido el instrumento de tu justicia, la boca violentamente abierta por ti para proclamar las faltas ignoradas e impunes de ellos, mira si debes perdonarles o fulminarles con tu cólera ante este pueblo de cerdos que olvidan tu nombre, y para el cual no hay infierno bastante grande en qué tostar sus carnes sacrílegas!

Formidables silbidos interrumpían cada frase, pasaban de mano en mano las piedras y empezaban a volar por encima de la cabeza de Gorgias. Desde luego, la verja no hubiera podido resistir más, y otro empujón gigantesco la hubiese derribado, de no haber conseguido Marcos y los que le ayudaban apoderarse otra vez de Gorgias, desasirle de la verja y llevarle al extremo del jardín, detrás de la casa. Allí había una puerta de escape que daba a una callejuela solitaria. Poco después, el miserable fue conducido allí y arrojado a lo lejos.

Pero lo que calmó de repente a la multitud, rugiente y desencadenada, lo que pronto dominó los gritos de ira, fueron los clamores de alegría y de glorificación, cuyas ondas fueron avanzando desde la lejana entrada, llena de sol, de la nueva avenida. Simón, a quien había recibido en la estación una comisión del Ayuntamiento, llegaba en un gran landó, en el que él y su hermano David iban sentados en los asientos del fondo y, frente a ellos, Delbos y el alcalde León Savin. Al pasar el coche, que avanzaba lentamente entre el enorme gentío, sonó una ovación extraordinaria. Como estimulados por la horrible escena que a todos tenía estremecidos aún, se desbordó el entusiasmo, y no cesaban los aplausos y las aclamaciones a la víctima, cuya inocencia, cuyo martirio y cuyo heroísmo adquirían mayor gloria a consecuencia de la pública confesión del culpable, repulsivo y loco en su salvaje atrevimiento. Lloraban las mujeres y alzaban en brazos a sus hijos para

mostrarles al héroe. Unos hombres quisieron desenganchar los caballos y, por fin, consiguieron soltarlos, con lo que el coche fue arrastrado hasta la casa ofrendada a Simón por robustos hombres del pueblo. Y en todo el camino, sembrado de flores, llovían de las ventanas nuevas flores y se agitaban los pañuelos como si fuesen banderas. Una hermosísima joven se subió al estribo y permaneció allí como estatua viviente de la juventud, contribuyendo al triunfo del mártir con el esplendor de su belleza. Volaban los besos por el aire, y llovían sobre el coche palabras de amor y glorificación, mientras se llenaba éste de ramos de flores que arrojaban de todas partes. Jamás estremeció a un pueblo tan honda emoción, venida de tan lejos, arrancada de las entrañas de todos por el recuerdo de semejante iniquidad, como si buscando una indemnización imposible sólo hallaran medio de suplirla con la entrega espontánea y general de los corazones y el amor de todos. ¡Gloria al inocente que estuvo a punto de perecer por culpa del pueblo, y a quien el pueblo jamás dará bastante satisfacción! ¡Gloria al mártir que padeció tanto por la verdad, negada, estrangulada, y cuya victoria final representa la del espíritu humano, liberándose del error y de la mentira! ¡Gloria al maestro arrollado en sus funciones, víctima de sus esfuerzos para difundir la luz, y tanto más reverenciado hoy cuanto cada partícula de verdad que enseñó a los ignorantes y a los humildes le costó un verdadero sudor!

Y Marcos, de pie, loco de alegría al ver a lo lejos el cortejo triunfal, rodeado de fraternal y tierno entusiasmo, pensaba en el horrible episodio de la prisión de Simón, el día en que en un coche se le llevaron de Maillebois, precisamente cuando se estaba verificando el entierro de Ceferino. Una multitud enfurecida corría, intentando apoderarse del desgraciado, arrastrarle y hacerle pedazos. Resonaban tremendos gritos de: «¡Muera el asesino! ¡Muera el sacrílego! ¡Muera el judío!». Y la multitud seguía tras el coche, sin querer soltar su presa, mientras Simón, muy pálido, helado, replicaba con su eterno grito: «¡Soy inocente! ¡Soy inocente! ¡Soy inocente!». Y hoy, en que tras tantos años brillaba su inocencia, ¡qué transformación tan asombrosa revelaba aquella población, que parecía rejuvenecida y transfigurada, y en la cual los hijos y los nietos de los ciegos insultadores de antaño, que poco a poco habían ido adaptándose a la verdad, aparecían convertidos en aplaudidores entusiastas, que reparaban a fuerza de sinceridad y amor el crimen de sus padres!

El coche paró delante de la verja, y la emoción aumentó todavía al ver bajar a Simón apoyado en su hermano David, que se conservaba más ágil y robusto. Simón, muy delgado, reducido a un soplo, con el rostro suavizado por la ancianidad, tenía blanca como la nieve la fina cabellera. Sonrió para agradecer a David la ayuda que le había prestado. Y se reanudaron las aclamaciones frenéticas al ver a aquellos dos hermanos unidos en tan prolongado y prodigioso heroísmo: el hermano dolorido, que jamás dudó de la devoción de su hermano, y el hermano admirable que se consagró a reivindicar el honor y la vida del otro. Continuaron las aclamaciones cuando bajó, a su vez, con el alcalde, León Savin, Delbos, el gran Delbos, como le llamaba la gente, el héroe de Beaumont y de Rozan, que no había vacilado en proclamar la verdad en

aquellos días terribles en que se corría peligro de muerte al hacerlo, y quien había sido después poderoso forjador de la justa sociedad futura. Marcos salió al encuentro de Simón y David, con quienes se había reunido Delbos, y los cuatro se encontraron un instante juntos en el umbral de la casa. Y entonces se redobló el alborozado entusiasmo, verdadero delirio de voces y gestos, al ver juntos, cogidos del brazo a los cuatro: a los tres heroicos defensores y al inocente, a quien salvaron de los peores tormentos.

Simón, con vivo impulso, se colgó al cuello de Marcos, que le devolvió el abrazo. Los dos sollozaban. Sólo acudieron a sus labios algunas palabras balbucientes, casi las mismas que habían pronunciado antaño, en el instante de la trágica separación:

—¡Gracias, gracias, compañero! ¡Tú has sido para mí otro hermano, como David! ¡Tú salvaste mi honor y el de mis hijos!

—No he hecho más que ayudar a David, compañero. Sólo ha triunfado la verdad… Mira, mira a tus hijos: ellos solos han crecido en fuerza y en razón.

Allí estaba, en efecto, reunida toda la familia en el verde jardín: cuatro generaciones esperaban al abuelo venerable y triunfante, al cabo de tantos años de dolor. Raquel, la esposa, y Genoveva, la mujer del gran amigo, estaban juntas. Detrás aparecían los matrimonios en que se fundieron las dos sangres: José y Luisa, Sara y Sebastián, acompañados de su Francisco y de su Teresa, con quienes había venido su hijita Rosa. También estaban Clemente y Carlota con Luciana. Manaban lágrimas de los ojos de todos y se cambiaron besos sinfín.

Entonces se oyó un cántico dulce y fresco. Eran los niños y niñas de las dos escuelas, los discípulos de José y las alumnas de Luisa, que cantaban un himno de bienvenida al antiguo maestro de Maillebois. Era sencillísimo y conmovedor el canto, pues las estrofas infantiles, llenas de amable ternura, traían un poco del sonriente porvenir, lo más delicado y puro que podía ponerse sobre la llaga del mundo viejo. Después, un pequeñuelo se adelantó para ofrecer a Simón un ramo de flores en nombre de la escuela de niños.

—Gracias, amiguito. ¡Qué guapo eres!… ¿Cómo te llamas?

—Soy Edmundo Doloir, hijo de Julio Doloir, el maestro. Mi papá está allí, mírele usted, con el señor Salvan.

A continuación se acercó una niña, también con su ramo de flores en la mano, en nombre de la escuela de niñas.

—¡Oh, qué nena tan preciosa! Gracias, gracias. ¿Quién eres tú, monina?

—Yo soy Jorgita Doloir, hija de Adrián Doloir y de Clara Bongard. Y mis papás están allí, con mi abuelo y abuela, mis tíos y mis tías. ¿Les ve usted?…

Quedaba aún otro ramo que ofrecer a Simón: el que presentó Luciana Froment en nombre de Rosita Simón, la más chiquitina de la familia, a quien Luciano tenía en brazos.

—Yo soy Luciana Froment, hija de Clemente Froment y de Carlota Savin… Y esta niña es Rosa Simón, su bisnieta, hija de su nieto Francisco y también bisnieta de

su amigo de usted Marcos Froment, por su abuela Luisa.

Simón cogió con sus temblorosas manos a la deliciosa criaturita.

—¡Oh, tesoro mío, carne de mi carne, tú eres como el arca de la alianza, pues en ti parece haber encarnado la reconciliación!… ¡Qué buena y qué vigorosa ha sido la vida, con qué valor infatigable ha trabajado para que de nosotros nacieran tantos seres encantadores y fuertes! ¡Y qué mejora a cada nueva generación! ¡Cuánta verdad, cuánta justicia, cuánta paz ha traído la vida en su labor de eterna renovación!

Todos se agrupaban en torno de Simón y todos se presentaban a él por sí mismos, estrechándole las manos y abrazándole. Allí estaban los Savin; allí estaba, acompañado de su hijo Roberto, León, el alcalde que con tanto tesón había procurado la reparación, y que en nombre de todo Maillebois había ido a saludar a la estación al mártir. Allí estaban los Doloir: Augusto, que había levantado la casa; Adrián, que había hecho los planos; Carlos, que se había encargado de la obra de cerrajería, y Marcelo de la carpintería. Allí se encontraban asimismo los Bongard: Fernando con su esposa Lucila y su hija Clara, todos unidos y mezclados por enlaces, formando como una sola familia, que a Simón le costaba trabajo distinguir. Pero sus antiguos discípulos iban diciéndole sus propios nombres, y al cabo iba recordando, por los arrugados semblantes de ellos, las puras facciones de los niños de antaño. Y se repetían los abrazos, que no acababan, en medio de creciente emoción. De repente, se presentó Salvan, risueño siempre, a pesar de sus muchos años. Y Simón, emocionadísimo, se arrojó en sus brazos.

—¡Oh, querido maestro! ¡A usted se lo debo todo! Su obra es la que triunfa, gracias a los animosos obreros de la verdad que usted formó y envió por el mundo.

Luego le tocó la vez a la señorita Mazeline, a quien Simón besó alegremente en las dos mejillas. Y luego se presentó Mignot, quien se echó a llorar cuando le hubo besado también el antiguo maestro de Maillebois.

—¿Me ha perdonado usted, señor Simón?

—¿Perdonarle a usted, querido Mignot? ¡Si se ha portado usted como el más noble y valiente de los corazones! ¡Qué alegría volverle a ver aquí!

La ceremonia, tan sencilla como grandiosa, iba a terminar. La casa votiva, aquella casa blanca que se alzaba sobre el solar de la antigua y triste casucha de la calle del Hoyo, parecía reír jubilosa al sol, con las guirnaldas de follaje y flores con que estaba adornada. De pronto se descorrió la tela que cubría la inscripción, y sobre la puerta apareció la lápida de mármol con sus resplandecientes palabras en letras de oro: «La ciudad de Maillebois al maestro Simón en nombre de la verdad y la justicia y en reparación de sus martirios. —Y abajo, con caracteres mayores y más visibles, aparecía la firma—: Los nietos de sus verdugos». De la gran plaza, de la próxima avenida, de ventanas y terrazas se alzó la última e inmensa aclamación, que rodó como un trueno en que nuevamente se unían todos los corazones del pueblo, sin que una sola protesta se atreviese a negar la verdad y la justicia triunfantes.

Al día siguiente público «Le Petit Beaumontais» una entusiástica reseña del acto. Hacía tiempo que el asqueroso periódico se había transformado a impulsos del nuevo espíritu que elevaba el nivel moral e intelectual de sus lectores. Para ello había sido necesario barrer y desinfectar como una letrina aquella redacción impregnada de veneno durante tantos años. La Prensa debe convertirse en el más admirable de los instrumentos de la instrucción cuando deje de estar en manos de bandidos de la política y la banca, que embrutecen y saquean al público. Y «Le Petit Beaumontais», renovado y transformado, empezaba a prestar grades servicios, contribuyendo a que cada día se difundiesen más la luz, la razón y la bondad.

Algunos días después, una horrorosa tempestad, una de esas tormentas de septiembre que lo acaban todo, destruyó la capilla de los Capuchinos. Era la última iglesia que quedaba abierta, frecuentada aún por bastante número de fieles. En Jonville habían hallado muerto, en la sacristía, al abate Cognasse, fallecido a consecuencia de congestión cerebral, originada por un terrible arrebato de ira. Y la iglesia, vacía de mucho tiempo atrás, fue definitivamente cerrada. En Maillebois, el abate Coquard ni siquiera abría las puertas del templo de San Martín y oficiaba solo, pues no encontraba quien le ayudara a misa. Y la capilla de los Capuchinos, con ser tan reducida, bastaba para las pocas personas que seguían practicando, y conservó hasta el fin su fama de oficina de milagros y su gran imagen de San Antonio de Padua, dorada y pintarrajeada, entre flores artificiales y cirios.

Precisamente aquel día se celebraba la fiesta del santo, por lo que la función había atraído, dada su importancia, a un centenar de fieles. A instancias del padre Teodosio, el padre Crabot, que no salía de La Désirade, donde había de establecer una fundación piadosa, se decidió a honrar con su presencia la solemnidad. Y allí estaban los dos: el uno oficiando, el otro sentado en un sillón de terciopelo a los pies de la imagen del santo, cuya milagrosa influencia se impetraba para que alcanzase de Dios la gracia de un cataclismo que acabara de una vez con la infame y sacrílega sociedad nueva. Y entonces estalló la tempestad. Una terrible nube, negra como tinta, se cernió sobre Maillebois. Brillaban relámpagos que parecían mostrar a los cielos las hogueras infernales, y truenos semejantes a descargas de artillería bombardeaban la tierra. Como el padre Teodosio había mandado que tocasen las campanas, un continuo tañido se elevaba de la capilla al cielo, como para indicar a Dios que aquella era su casa, a fin de que la protegiera. Y vino el exterminio, pues una exhalación hirió la campana, corrió por la cuerda y vino a estallar en la nave, con tanto estruendo como si se derrumbara el cielo. El padre Teodosio, incendiado en el altar, ardió como una antorcha. Las vestiduras sacerdotales, los vasos sagrados y el tabernáculo mismo quedaron fundidos, reducidos a cenizas. La imagen de San Antonio, hecha pedazos, cayó encima del padre Crabot, aniquilado por el rayo, y del cual no quedó más que el esqueleto retorcido y ennegrecido bajo las cenizas. Y, como si no hubiera bastado con la muerte de los dos ministros del Señor, perecieron cinco beatas, mientras las demás huyeron aterrados, corriendo para que no les aplastara la bóveda que crujía, y que se

derrumbó, formando un inmenso montón de escombros, en el que no quedaba nada del culto.

Aquello causó hondo estupor en Maillebois. ¿Cómo podía equivocarse así el Dios de los católicos? Tal era la pregunta que confundía a la gente, como ya antes había ocurrido cada vez que caía el rayo en una iglesia y el campanario se derrumbaba sobre el sacerdote y los fieles arrodillados. ¿Acaso quería Dios el fin de su religión? ¿O era, pensando más racionalmente, que el rayo no es dirigido por manos divinas, porque se trata de una fuerza natural que será fuente de bienestar cuando el hombre logre dominarla? Por cierto que el hermano Gorgias volvió a aparecer en aquella ocasión y se le vio por las calles de Maillebois gritando que Dios no se había engañado aquella vez, sino que le había escuchado y había aniquilado a aquellos superiores cobardes e imbéciles para dar una lección a toda su Iglesia, la cual sólo mediante el fuego y la sangre podía renacer. Un mes después hallaron el cadáver de Gorgias, con la cabeza partida y el cuerpo cubierto de manchas asquerosas, a la puerta de la misma casa equívoca donde habían recogido anteriormente el cadáver de Víctor Milhomme.

# IV

Transcurrieron años y más años, y Marcos, luego de los ochenta, gustó la alegría suprema de ver que sus ensueños iban realizándose cada vez más, gracias a la benevolencia que entonces tuvo la vida para con él, como si quisiera recompensarle por haberla querido y servido tanto, pues mantuvo en pie tanto a Marcos como a su adorada Genoveva, como triunfantes espectadores.

Las generaciones, los hijos de los hijos, continuaban creciendo y formando una masa cada vez más instruida, más libre, más pura. Antes había dos Francias, cada una de las cuales recibía una instrucción distinta, como si fueran cultivadas aparte y que, por lo tanto, se desconocían, se vituperaban y se combatían. Para las capas humildes del pueblo y para la inmensa mayoría de los pobladores de los campos no existía más que la primera enseñanza: lectura, escritura, algo de cuentas, los rudimentos, lo que bastaba para distinguir al hombre del animal. Para la burguesía, la ínfima minoría de los elegidos, dueña del dinero y del poder, eran accesibles la segunda enseñanza y la enseñanza superior, todas las facilidades para saber y dominar. Así quedaba consagrada la tremenda iniquidad social, en virtud de la cual una pesada losa aplastaba a los pobres y a los humildes en su ignorancia, prohibiéndoles que allegaran conocimientos y llegaran a convertirse en sabios y en hombres poderosos y dominadores. A veces, no obstante, conseguía descollar alguno que llegaba a las más elevadas posiciones. Pero aquello era la excepción tolerada y ofrecida hipócritamente como ejemplo para decir que todos los hombres eran iguales y podían desenvolverse con arreglo a sus propios méritos. Mas se empezaba por negar a la mayoría las lecciones necesarias para desarrollar la inteligencia en todos los hijos de la patria. Y ello se hacía así por miedo al formidable movimiento en pro de la verdad y de la justicia que de ello resultaría y que barrería la gran iniquidad burguesa, recuperando de sus actuales poseedores la fortuna nacional que habían robado, para fundar por fin, mediante las normas justas del trabajo, la ciudad de la paz y de la solidaridad.

Ahora, pues, iba constituyéndose una Francia única, en la que pronto dejaría de haber unos que estuviesen arriba y otros que estuviesen abajo; en la que los que sabían aplastaban y explotaban a los que no sabían, en una sorda guerra fratricida, que a veces aumentaba de tono hasta ensangrentar las calles. Ya funcionaba la enseñanza integral para todos, en virtud de la cual todos los niños de Francia habían de pasar por la escuela primaria, laica, gratuita y obligatoria, donde la base de toda la enseñanza era el hecho experimental y no la regla gramatical. Además, no bastaba con aprender a saber, sino que había que aprender a amar, ya que la verdad sólo podía ser fecundada mediante el amor. Finalmente, se hacía una selección natural con arreglo a los gustos, a las facultades y a las aptitudes de los alumnos, que de la escuela de primera enseñanza pasaban a escuelas especiales, escalonadas según las necesidades y que abarcaban todas las aplicaciones prácticas y llegaban hasta las más altas especulaciones del espíritu. Según la ley, no había privilegiados en el pueblo, y

toda criatura, al nacer, debía ser acogida como una posible fuerza, cuyo cultivo venía exigido por el interés nacional. Y, en efecto, ¡cuántas energías acumuladas y latentes había en el inmenso depósito de los campos y de las ciudades industriales! De allí salía toda una floración intelectual, toda una generación apta para el pensamiento y la acción, que traía la renovadora savia agotada desde hacía tanto tiempo entre las antiguas clases directoras a causa de haber abusado del poder. La fértil tierra popular, roturada por fin, daba cotidianamente genios. Iba a comenzar una gran época que sería como el renacimiento de la humanidad. Aquella instrucción integral, rechazada durante tanto tiempo por la burguesía dominadora, que la presentía destructora del orden social, iba, en efecto, a destruirlo, pero para sustituirlo por la lógica y magnífica expansión de todas las fuerzas intelectuales y morales que habían de convertir a Francia en la libertadora y emancipadora del mundo.

Así desaparecía aquella Francia dividida en dos, en la que había dos clases, dos razas enemigas en continua guerra y colocadas en dos planos diferentes, como si nunca tuvieran que encontrarse ni entenderse. Los mismos maestros ya no estaban recluidos en dos grupos casi hostiles, unos humillados y otros despreciativos, a un lado los pobres maestros de primera enseñanza poco educados, que apenas habían soltado la costra del terruño natal, y a otro lado los profesores de Liceos y escuelas especiales, resplandecientes de ciencia y literatura. De ahora en adelante, se daría a los alumnos de las escuelas de primera enseñanza los mismos maestros que después les seguirían en todos los grados. Se consideraba que se necesitaba tanta inteligencia y tanta cultura para despertar el espíritu del niño, para iniciarle en los primeros métodos y para llevarle por buen camino, como para mantenerle en éste y para desarrollar después sus cualidades. Como todo se había organizado convenientemente, el personal se distribuía sin dificultades, aparte de que era un personal fácilmente reclutado y de gran abnegación desde que la profesión era una de las principales del país, bien retribuida, honrada y glorificada. La nación había comprendido la necesidad de que la instrucción integral fuera gratuita en todos los grados, cualquiera que fuese el gasto que ello acarreara, porque no se trataba de miles de millones invertidos estúpidamente en mentiras y crímenes, sino de miles de millones que contribuían a que surgieran del suelo los forjadores de la prosperidad y de la paz. Y no había cosecha comparable con aquélla, ya que cada céntimo que se gastaba contribuía a que el pueblo fuera más inteligente, más fuerte y más dueño del porvenir. Y era evidente la inanidad del principal reproche que se hacía contra la difusión general de la instrucción diciendo que ésta lanzaba a los inadaptables y a los rebeldes entre las apretadas filas de la antigua sociedad, ya que ésta se había descompuesto para dar lugar al nacimiento de la sociedad nueva. La burguesía, como temía con razón, sería barrida, lo mismo que la Iglesia, el día en que ya no monopolizara el saber. Pero si bien los hijos de campesinos o de obreros que de pronto desarrollaban su inteligencia y conquistaban la sabiduría, eran antes una molestia y un peligro para la sociedad, porque no tenían dinero y en cambio tenían

grandes apetitos, en virtud de lo cual necesitaban colocarse y conquistar su parte de placer a costa de los placeres ajenos, dicha molestia y dicho peligro habían desaparecido por completo, ya que, al no haber clases, no podía haber quien estuviera fuera de ellas, así como tampoco podía haber rebeldes, porque lo normal era que todos avanzaran hacia una mayor cultura para ejercer la mayor influencia cívica que les fuera posible. La instrucción, una vez realizada su labor revolucionaria, se convertía en la fuerza y el orden de la nación, en el poder que al mismo tiempo había ensanchado y apretado el lazo fraterno, pues todos habían sido llamados a trabajar por la felicidad de todos, sin que cupiera ignorar ni pudiera perderse una sola energía.

Aquella generalidad de la instrucción, el hecho de que toda la nación fuera cultivada y rindiese espléndida cosecha, sólo se había hecho posible desde el día en que la Iglesia fue arrojada de la enseñanza. Indudablemente, la separación de la Iglesia y el Estado y la supresión del presupuesto de culto y clero, consecuencia de ello, habían libertado el país y habían permitido dotar mejor las escuelas. El sacerdote dejaba de ser un funcionario, y la fe católica ya no tenía fuerza de ley, por lo que iba al templo quien quería, pero pagando, como en el teatro; por cierto que con ello los templos iban quedando vacíos. Y si se vaciaban era principalmente porque ya no formaban ellos los fieles, los pobres seres embrutecidos que necesitaban para llenar sus naves. Largos y terribles años habían tenido que transcurrir para poder arrancar los niños a la Iglesia educadora o, mejor dicho, envenenadora secular que reinaba por la mentira y el terror. La Iglesia supo desde el primer día que había de matar la verdad si no quería ser muerta por ella. ¡Qué furioso combate y qué resistencia más encarnizada a fin de retrasar la inevitable derrota y el magnífico esplendor de la luz en libertad! Habría que tratarla como a una de esas repugnantes vendedoras de venenos a quienes el comisario de policía les cierra la tienda. Ella, la dogmática, la autoritaria, la que fulminaba a ejemplo de su Dios, se atrevía a invocar la libertad con el propósito de continuar tranquilamente su abominable tarea esclavizadora. Por ello se hicieron precisas leyes de protección social y hubo que reducirla legalmente a la impotencia, negando a sus miembros, frailes o sacerdotes, el derecho a enseñar. ¡Qué griterío se produjo entonces! Hubo tentativas de desencadenar la guerra civil. Alborotaron los padres. Y las órdenes religiosas, expulsadas por la puerta, volvían por la ventana, con la obstinación propia de la gente que confiaba en la eterna credulidad que creía haber sembrado en el hombre. ¿Acaso no representaban ellos el error, la superstición, la miserable cobardía humana y, además, contaban con la eternidad? Mas para ello necesitaban conservar el niño y proseguir obscureciendo el porvenir. Y el porvenir se les escapaba con el niño, pues había llegado la hora en que la Iglesia católica agonizaba bajo el derrumbamiento de su dogma imbécil, agrietado y destruido por la ciencia. La verdad había vencido, y la escuela de todos y para todos formaba hombres que sabían lo que querían.

Así, no pasaba día en que Marcos no observara una feliz conquista, un aumento de cultura y de bienestar. Sólo quedaba él de aquella su brava generación, que tanto

había luchado y sufrido. El primero en desaparecer fue el bondadoso Salvan, al que siguieron la señorita Mazeline y Mignot. Pero de todas las muertes fueron las más dolorosas para Marcos las recientes de Simón y David, los dos hermanos, que murieron en pocos días, como estrechamente unidos en su heroica fraternidad. Les había precedido la esposa de Simón. A la sazón, todos los que habían intervenido en el monstruoso proceso se hallaban ya bajo la apacible tierra, unos junto a otros, los buenos y los malos, los héroes y los criminales, eternamente silenciosos. Incluso muchos hijos y nietos desaparecían antes que sus padres, porque la muerte realizaba sin descanso su obra ignorada, segando vidas humanas como para fertilizar el campo donde nacerían otros hombres. Y Marcos, dejando Jonville, fue con Genoveva a ocupar en Maillebois el primer piso de la casa votiva, que había pasado a poder de José y Sara, los hijos de Simón. Sara y su marido Sebastián continuaban viviendo en Beaumont, donde ésta seguía dirigiendo la Escuela Normal. Pero José, con las piernas imposibilitadas, enfermizo, había tenido que resignarse a la jubilación. Como su mujer, Luisa, dejó al mismo tiempo la escuela de Maillebois, los dos se instalaron en el segundo piso de la casa, que así compartía la familia, satisfecha de reunirse por última vez en las suaves y melancólicas horas de la vejez. Por lo demás, no abandonaron del todo la enseñanza, pues tenían la alegría de que su hermosa tarea fuera proseguida por sus descendientes, ya que Francisco y Teresa acababan de ser nombrados maestros de aquella escuela de Maillebois, en la que se habían sucedido tres generaciones, pues los nietos seguían a los padres y a los abuelos.

Dos años duraba ya aquella alegría de vivir juntos y cariñosamente, cuando un verdadero drama desoló a toda la familia. Francisco, que hasta entonces se había portado muy bien con Teresa, su mujer, se enamoró de una joven con toda la fuerza de sus treinta y cuatro años, y en uno de esos arrebatos que pueden con un hombre. Colasita Roudille, que ya tenía veintiocho años, era hija de una viuda muy devota que había muerto recientemente. Y decíase que había nacido por obra y gracia del padre Teodosio, antiguo confesor de su madre, y a quien la hija se parecía, pues tenía una hermosa cabeza, con una boca encendida y unos ojos ardientes. La viuda vivía de una renta, que su hijo mayor, llamado Faustino, había mermado considerablemente, hasta el punto de que apenas dejó para mal comer. El pequeño grupo que quedaba, resto de la antigua y poderosa facción clerical que antes era dueña de la comarca, se había interesado por Faustino y acabó encontrándole una colocación. Hacía varios meses que era guardián de la finca de la Désirade, sujeta a muchos pleitos tras la muerte del padre Crabot, y que los Municipios contiguos iban a adquirir para convertir aquello en una Casa del Pueblo y en un parque de convalecencia y descanso, siguiendo el modelo de Valmarie, el antiguo colegio de los jesuitas, ya transformado en un delicioso asilo, donde las obreras de la comarca se repondrían de los partos muy laboriosos. Así, pues, Colasita vivía sola y con gran libertad en Maillebois, casi frente a la escuela. Y, desde luego, el fuego de sus hermosos ojos y las risas de sus encarnados labios influyeron mucho en la pasión que enloquecía a Francisco.

Teresa lo sorprendió y sintió una dolorosa indignación, pues no era ella sola la perjudicada, ya que aquella demencia del padre podía ser desastrosa para su hija Rosa, que pronto cumpliría doce años. Por un instante pensó en apelar a sus padres, Sebastián y Sara, con objeto de que éstos fueran jueces de las decisiones que adoptase. Habló de separación, pues prefería dejar en libertad a aquel marido que no la amaba y la engañaba. Pero muy serena, muy firme y muy ponderada, comprendió que entonces era prudente perdonar. Por su parte, Marcos y Genoveva, desesperados por aquella desavenencia, sermonearon largamente a su nieto Francisco. Este se mostraba muy disgustado, reconocía su falta y aceptaba los más violentos reproches. Y en aquel reconocimiento de su culpa, lo peor era su desconcierto, su aire dolorido, su temor evidente de caer otra vez en la tentación y de ceder nuevamente. Nunca había notado Marcos de una manera tan clara la fragilidad de la dicha humana. No bastaba, pues, instruir a los hombres y llevarlos hasta la justicia por el camino de la verdad, sino que se necesitaba también que la pasión no les desgarrase y lanzara a unos contra otros como pobres locos. Durante toda su vida había luchado para que un poco de luz sacara a los hijos de la cárcel obscura donde los padres habían gemido, y creía además haber dado más felicidad a los suyos dándola a los otros; pero he aquí que en el hogar de su nieto, tan emancipado del error y al parecer tan razonable, comenzaba de nuevo otro sufrimiento. ¡Oh, la eterna felicidad y la eterna tortura del amor! Nadie debía estar orgulloso de su sabiduría ni suponer en sí toda la fuerza. Aún había que estar dispuesto a sufrir a causa del corazón, tenerlo firme contra desgarré siempre posibles, y no creer que basta hacer el bien para estar al abrigo de las heridas del mal. Y Marcos, mientras se decía estas cosas y consideraba que la tarea realizada por él era muy modesta, sentíase profundamente triste al ver que la humanidad doliente se dejaba jirones de carne en las zarzas del camino, retardando, como si la deseara, la llegada a la ciudad feliz.

Al llegar las vacaciones, Francisco desapareció de pronto. Como si hubiera estado esperando el término de las ciases, se fue con Colasita, en cuya casa, que daba a la calle Mayor, se vieron cerradas las ventanas. La familia, queriendo ahogar el escándalo, dijo que Francisco, no encontrándose bien de salud, se había ido con un amigo a pasar una temporada en un clima más favorable del extranjero. Como si la gente de Maillebois se hubiera puesto de acuerdo, todos fingieron creer aquellas explicaciones por consideración hacia Teresa, la esposa abandonada, la maestra queridísima; pero, en realidad, nadie ignoraba la verdadera causa de la partida de su esposo. Ella, por su parte, estuvo admirable en tan dolorosas circunstancias, pues no manifestó ningún acceso de cólera, ocultó sus lágrimas y permaneció en su puesto con perfecta dignidad. Sobre todo, consoló con gran cariño a su hija Rosa, a la que desgraciadamente no pudo disimular nada, pero a la que procuró querer por dos, y en la que mantuvo el respeto al padre a pesar de la falta de éste.

Pasó un mes. Marcos, desesperado y tristísimo, iba a verla todos los días, cuando una noche estalló el drama. Rosa había ido a pasar la tarde en casa de una amiga de la

vecindad. Y Marcos encontró a Teresa sola y llorando con toda su alma, en vista de lo cual hizo cuanto pudo para animarla. Pero al anochecer, como la noche amenazaba con una tormenta, hubo de irse sin haber visto a Rosa, que se había entretenido en casa de su amiguita. Y cuando, con su prisa en volver junto a Genoveva, atravesaba por detrás de la escuela la obscura plazoleta a la que daba la ventana del que fue cuarto de Ceferinito, oyó cierto tumulto apagado, pasos y gritos.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó avanzando.

Sin saber por qué, se le había helado la sangre. Sintió un terror que parecía llegar de lejos. Y acabó percibiendo, de pie en la obscuridad, a un hombre en quien reconoció a un tal Marsoullier, sobrino pobre del antiguo alcalde Philis, y que era sacristán en la iglesia de San Martín, donde un grupo de fieles mantenía todavía un cura.

—¿Qué ocurre? —preguntó viéndole gesticular y hablar solo.

Marsoullier le reconoció a su vez.

—No sé, señor Froment —balbuceó el otro, también aterrorizado—. Pasaba por aquí, al volver de la plaza de los Capuchinos, cuando he oído gritos de niño ahogados por el miedo. Y al apresurar el paso he entrevisto a un hombre que huía corriendo precipitadamente, mientras quedaba en el suelo este cuerpo… Y entonces me he puesto a gritar también…

Marcos, efectivamente, distinguía en el suelo una sombra vaga e inmóvil. Y acudió a su mente una sospecha. ¿No sería que aquel Marsoullier hubiera querido forzar al niño? En la mano le veía una cosa blanca, un pañuelo…

—¿Para qué es ese pañuelo? —preguntó.

—Lo acabo de recoger junto a la víctima. Sin duda, aquel hombre quería ahogar los gritos, y lo ha perdido al escapar.

Marcos no le hizo caso. Se había inclinado sobre el cuerpo tendido en el suelo, y de pronto lanzó una exclamación de horrible dolor:

—¡Rosa! ¡Rosita!

La víctima era la preciosa niña que en brazos de su prima Luciana había, diez años antes, ofrendado un ramo de florera Simón cuando regresó triunfalmente. Al crecer era todavía más bonita y deliciosa, con su claro rostro, en el que había graciosos hoyuelos, siempre sonriente, con finos y alborotados cabellos rubios. Fácil era de reconstituir el crimen. La niña volvía al anochecer por aquella plaza desierta y la acechaba algún bandido que, sorprendido y lleno de miedo, la había dejado en el suelo luego de haberla violentado. Desmayada, parecía muerta, pues no se movía. Llevaba un vestidito blanco con florecillas de color de rosa, vestidito que su madre le había permitido ponerse para ir a casa de su amiga.

—¡Rosa! ¡Rosita! —gritaba Marcos enloquecido—. ¿Por qué no me contestas, preciosa? Una palabra… Dime sólo una palabra…

Y la tocaba con suavidad por miedo a hacerle daño, no atreviéndose aún a levantarla del suelo. Al mismo tiempo se decía:

—Sólo está desmayada. La oigo respirar. Pero creo que tiene algo roto… ¡Ah! La desgracia se encarniza con nosotros. Otra vez volveremos a sufrir atrozmente.

Sentíase invadido por indecible espanto, como si renaciera el horroroso pasado. Allí, bajo aquella ventana trágica y junto a aquel cuarto donde el miserable Gorgias había mancillado y muerto a Ceferino, encontraba ahora a su bisnieta, a su amadísima Rosa, una adorable mujercita de doce años, también atropellada y herida, que si se había salvado era por la llegada casual de un transeúnte. ¿Quién comenzaba de nuevo aquellas cosas tan horribles? ¿Qué nueva y prolongada serie de angustias anunciaba semejante crimen? Y, como al fulgor de un relámpago, vio en aquel horrible minuto desarrollarse toda su vida, y revivió todas sus luchas y todos sus sufrimientos.

Mientras tanto, Marsoullier permanecía allí con el pañuelo en la mano. Acabó metiéndoselo en el bolsillo visiblemente confuso, como hombre que no dice todo lo que sabe, y que hubiera dado cualquier cosa para no haber pasado aquella noche por la plazoleta.

—Convendría quitarla de ahí, señor Froment —dijo por fin—. Y como usted ya no está fuerte, si usted quiere, la cogeré en brazos y la llevaré a casa de su madre, que está a dos pasos de aquí.

Marcos hubo de aceptar. Siguió, pues, al sacristán, que, hombre fuerte, había levantado suavemente a Rosa sin interrumpir su desmayo. Así llegaron a casa de la pobre madre, que sufrió una tremenda impresión al ver que su querida hija, su única alegría, se la traían sin conocimiento, pálida en su vestido claro y su hermosa cabellera suelta. La ropa estaba destrozada, y algunos cabellos arrancados se enredaban en la puntilla del cuello. La lucha debió de ser terrible, porque las crispadas manos llevaban arañazos, y el brazo derecho colgaba como si estuviera roto.

Teresa, fuera de sí, repetía continuamente, ahogándose entre lágrimas:

—¡Rosa, Rosita! ¡Han matado a mi Rosita!

Marcos intentaba inútilmente hacerle comprender que respiraba y que no se le veía ni una gota de sangre. Marsoullier subió a la niña y la dejó sobre una cama. Y de pronto, Rosa abrió los ojos y miró a su alrededor con insuperable espanto. Luego musitó, tiritando:

—¡Ay, mamá, mamá, cógeme y escóndeme, que tengo miedo!

Teresa, emocionada al ver que volvía en sí, se inclinó sobre la cama, envolvió a su hija entre sus brazos y la apretó contra su pecho, tan quebrantada por la emoción, que no pudo pronunciar una palabra. Y Marcos, luego de haber rogado a la maestra auxiliar, allí presente, que fuera a buscar urgentemente un médico, quiso saber todo cuanto ocurría, pues estaba trastornado ante tantas cosas desconocidas.

—¿Qué ha sucedido, preciosa, puedes decírnoslo?

Rosa le miró un instante, como para reconocerle, y sus ojos extraviados volvieron a escrutar los rincones sombríos de la habitación.

—¡Tengo miedo, tengo miedo, abuelito!

Él, luego de haberla tranquilizado, comenzó dulcemente el interrogatorio.

—¿No te acompañó nadie para volver de casa de tu amiguita?

—No quise yo. Como está tan cerca y no hay más que dos pasos temí retrasarme más, ya que hábíamos jugado mucho.

—Así es, Rosita, que tú volvías corriendo cuando alguien se echó encima de ti, ¿no es eso?

Pero la niña se puso a temblar aterrorizada y no contestó. Hubo que repetir la pregunta.

—¿Se echó alguien sobre ti?

—Sí, sí, alguien —balbuceó ella por fin.

Marcos dejó que se calmara unos instantes, acariciando con la mano sus cabellos y besándola en la frente.

—Mira. Es preciso que nos lo cuentes… Claro está que tú gritaste y forcejeaste, ¿verdad? Aquel hombre quiso taparte la boca, y luego te echó al suelo…

—¡Ay, abuelito! Pasó todo tan aprisa… Me había cogido de los brazos y me los retorcía. Seguramente quería aturdirme para llevárseme a cuestas. Me hizo tanto daño que me creí muerta, caí y… ya no sé más.

Marcos experimentó un gran alivio al deducir que la niña no había podido ser mancillada, ya que Marsoullier decía haber acudido cuando oyó los gritos. Así es que hizo una última pregunta:

—¿Reconocerías a ese hombre?

Otro estremecimiento sacudió a Rosa, que puso sus ojos en blanco como si surgiera ante ella una terrible visión. Luego se cubrió el rostro con ambas manos y sumióse en obstinado silencio. De todos modos, como su mirada se había posado en Marsoullier, y la niña ni siquiera dio un grito, Marcos dedujo, cuando menos, la certeza de haberse equivocado al sospechar un momento de aquel hombre. Pero, no obstante, quiso interrogarle a su vez, porque aunque hubiera dicho verdad, aunque pasara simplemente y hubiera acudido al oír los gritos, podía no decir todo cuanto sabía.

—Usted vio huir a ese hombre. ¿Le sería posible reconocerle?

—Creo que no, señor Froment. Pasó por delante de mí, pero ya era de noche. Además, estaba yo tan alterado…

El sacristán, ya rehecho, fue franqueándose un poco.

—Creo que al pasar dijo algo… Quizá «¡imbécil!».

—¿Cómo? —preguntó Marcos muy sorprendido—. ¿Por qué le había de llamar eso?

Pero Marsoullier, desesperado por haber dado semejante detalle, y comprendiendo la posible gravedad de la más ligera confesión, se apresuró a borrar el efecto producido.

—En realidad, no estoy seguro de nada, y sólo oí un gruñido… Y en cuanto a ese hombre, desde luego no le reconocería.

Luego, Marcos le reclamó el pañuelo, que el otro sacó del bolsillo con cierta molestia y dejó sobre una mesa. Era un pañuelo completamente ordinario, uno de esos pañuelos bordados mecánicamente al por mayor, con grandes iniciales rojas. La inicial de aquél era una F mayúscula, detalle de poca importancia si se construía el sumario sobre aquella única pieza, porque pañuelos semejantes se vendían a docenas en todos los bazares y almacenes.

Teresa había vuelto a abrazar a su hija con un cuidado en que ponía todo el cariño de su corazón.

—Ahora mismo —dijo—, tesoro mío, va a venir el médico. No quiero tocarte hasta que llegue… No será nada. ¿Sufres mucho?

—Mucho, no, madre. Solamente me duele el brazo, que parece tirarme fuertemente del hombro.

Teresa continuó hablando en voz baja y procurando, a su vez, confesar a su hija, pues también ella sentía una gran ansiedad por conocer el misterio de lo sucedido. ¿Qué se había propuesto? ¿Qué había hecho aquel hombre para abalanzarse sobre la niña? Pero, a cada pregunta, Rosa se trastornaba de nuevo, cerraba los ojos y hundía la cabeza en la almohada, como deseando no ver ni oír nada más. Estremecíase, sobre todo, cuando su madre insistía, suplicándole para que les dijera si conocía al hombre en cuestión y si lo reconocería. De pronto, la niña rompió en grandes sollozos, emocionada hasta el delirio. Y entonces lo declaró todo, con voz alta y desgarrada, creyendo quizá que hablaba sólo al oído de Teresa.

—¡Ay, madre! ¡Qué disgusto tengo!… Sí que le conocí… ¡Era mi padre, que me esperaba allí y que se me echó encima!

Teresa, llena de asombro, se puso en pie.

—¿Tu padre? ¿Qué dices, desgraciada?

Marcos oyó aquello con la natural estupefacción, lo mismo que Marsoullier. Y se acercó a la niña, demostrando incredulidad.

—¿Tu padre? ¡Imposible!… Veamos, preciosa. ¿Has soñado eso?

—¡No, no! Mi padre me esperaba detrás de la escuela, y le conocí por su barba y su sombrero… Intentó cogerme, y como yo no me dejé llevar, me echó al suelo, luego de haberme retorcido los brazos.

Y se encerró en aquel relato, a pesar de la escasez de pruebas. Aquel hombre no había pronunciado ni una palabra. Y la niña se limitaba a referirse a la barba y al sombrero, porque no recordaba nada más, ni siquiera el rostro oculto en la sombra. Pero era su padre. Y Rosita parecía obsesionada por aquella pesadilla, nacida, quizá, de los sufrimientos en que veía a su madre desde que huyó el marido infiel.

—¡Imposible! ¡Qué locura! —repitió Marcos en un grito con que protestaba su razón—. Si Francisco hubiera querido llevarse a la niña, no la hubiera maltratado hasta casi matarla.

También Teresa mostraba una tranquila y absoluta seguridad.

—Francisco es incapaz de acto semejante. Ha podido hacerme mucho daño, pero le conozco y le defenderé si es preciso… Estás equivocada, pobre Rosita.

Sin embargo, cogió y examinó el pañuelo que había sobre la mesa, y no pudo reprimir un doloroso estremecimiento, pues reconoció aquel pañuelo como perteneciente a una docena, con una F mayúscula bordada, que ella misma había comprado en casa de las hermanas Landois, el almacén de la calle Mayor. Abriendo seguidamente un cajón de la cómoda, comprobó que allí quedaban muchos pañuelos semejantes. Francisco había podido llevarse dos cuando escapó. Pero Teresa dominó la impresión que acababa de dejarla helada y se mostró tan firme y categórica como antes.

—El pañuelo, en efecto, puede ser suyo… De todos modos, no ha sido él y jamás le creeré culpable.

Aquella escena parecía haber dejado estupefacto a Marsoullier, que estaba separado de los demás y parecía no saber cómo despedirse de aquellas afligidas personas. Al oír el relato de la niña, abrió desmesuradamente los ojos, y el reconocimiento del pañuelo acabó visiblemente de pasmarle. Cuando llegó el médico, acompañado de la maestra auxiliar, aprovechó la ocasión para desaparecer. Marcos pasó al comedor para esperar el resultado del reconocimiento médico. Desde luego, Rosa tenía el brazo fracturado; pero la fractura no presentaba ninguna complicación inquietante. Por otra parte, fuera de los arañazos y de algunas contusiones, no ofrecía huellas de ninguna otra violencia. En resumen: lo más peligroso era la sacudida nerviosa tan violenta en una niña de su edad. Y el médico no se fue hasta una hora después, luego de haber hecho la reducción de la fractura y cuando vio a Rosita tendida y entregada a un profundo sueño.

Marcos, mientras tanto, había mandado aviso a su mujer y a su hija Luisa para que no se preocuparan porque no volvía. Acudieron ambas, y se horrorizaron y desesperaron ante aquel suceso, que también despertaba en ellas el recuerdo del antiguo y lamentable proceso. Se reunieron con Teresa y celebraron con Marcos una especie de consejo de familia, mientras las tres, oído avizor, escuchaban por la puerta que había quedado abierta si acaso se despertaba la enfermita. Marcos habló larga y febrilmente. ¿Para qué iba a cometer Francisco semejante atentado? Aunque hubiera cedido a un acceso de locura pasional desapareciendo con Colasita, siempre se había mostrado como un padre cariñoso, y su mujer tampoco se quejaba de su actitud para con ella, que, en lo demás, había sido digna y casi deferente. ¿Qué motivo, pues, había podido impulsarle? No cabía imaginar que en el ignorado escondite donde vivía con su amante sintiera el súbito deseo de apoderarse de su hija, con la que luego no hubiera sabido qué hacer. Pero, aun admitiendo la hipótesis de una crueldad para con su esposa, es decir, la perversa necesidad de seguir lastimándola con aquel rapto que la dejaría sola y sin consuelo, era inadmisible que aquel padre, en vez de llevarse sencillamente a la niña, la maltratara, la hiriese y la dejara allí desmayada. ¡No, no! A pesar de la afirmación de Rosa y del pañuelo reconocido, Francisco no era el

culpable, pues había imposibilidades morales y razonamientos más fuertes que las pruebas. Pero, ante el nuevo y arduo problema, ante la verdad que otra vez había que buscar y proclamar cuando la hubieran extraído del misterio, Marcos no ocultaba su turbación y sus preocupaciones, pues esperaba que, desde luego, todo Maillebois, a partir de la mañana siguiente, se ocupara apasionadamente del drama, gracias a las indiscreciones de Marsoullier, que había tomado parte en él y había sido testigo. Todos los hechos parecían acusar a Francisco. ¿Se abalanzaría la opinión pública contra él, como antaño se lanzó contra su abuelo Simón el judío? En este caso, ¿cómo defenderle y qué hacer para impedir se repitiera la monstruosa iniquidad de entonces?

—Lo que me tranquiliza —acabó diciendo— es que han cambiado los tiempos. Ahora se trata de un pueblo nuevo, instruido y libre. No me sorprendería que nos ayudaran todos a descubrir la verdad.

Hubo una pausa de silencio. Teresa, a pesar de los temblores que aún la agitaban, dijo con firmeza:

—Tiene usted razón, abuelo. Ante todo, hay que demostrar la inocencia de Francisco, de la que yo no dudaré ni aun ante las más graves acusaciones… Ahora olvido todo cuanto me ha hecho sufrir. Cuente conmigo, que le ayudaré en todo lo que pueda.

Genoveva y Luisa hicieron ademanes de aprobación.

—¡Qué desdichado! —murmuró esta última—. A los siete años se me cogía del cuello, gritando: «¡Cuánto te quiero, mamita!». Es muy sensible y apasionado, y por eso hay que perdonarle mucho.

Genoveva añadió a su vez:

—Con los que saben querer, siempre hay remedio, hija. Si cometen grandes faltas, el amor les ayuda a repararlas.

Como había previsto Marcos, al día siguiente Maillebois apareció revuelto, pues no se habló más que del intento de rapto, de la niña herida que acusaba a su padre y del pañuelo recogido por un transeúnte y reconocido por la madre. Marsoullier refería el caso a cuantos querían oírle, y hasta se excedía un poco diciendo que lo había visto todo y había intervenido en todo. Marsoullier no era una mala persona, sino, simplemente, un hombre fatuo y haragán, muy satisfecho de convertirse así en el hombre del día, aunque en el fondo temiese las circunstancias enojosas para él si el asunto tomaba mal camino. Sobrino del devoto Philis, vivía de su cargo de sacristán, muy mal retribuido desde que el culto de San Martín era mantenido solamente por un grupo cada vez más raro de fieles. Decíase que era incrédulo y librepensador, pero que se ganaba hipócritamente el pan, porque no sabía ganarlo de otra manera. Los últimos fieles que le pagaban, los católicos heridos por su derrota y por la soledad en que se encontraba la iglesia, se interesaron seguidamente por su relato y quisieron aprovecharlo para explotar aquel escándalo tan oportuno que, seguramente, les enviaba Dios. Nunca se hubieran atrevido a esperar tan buena ocasión para reanudar la lucha; se trataba, por lo tanto, de utilizar, mediante un supremo esfuerzo, aquel

regalo de la Providencia. Otra vez, pues, volvieron a verse faldas negras deslizándose junto a las paredes y viejas que llevaban y traían extraordinarios cuentos. Una persona a la que nadie conocía aseguraba que la noche del crimen vio a Francisco con otros dos hombres enmascarados que, seguramente, eran masones. Como todo el mundo sabía, los masones, para celebrar su misa negra, necesitaban sangre de una niña. Y Francisco fue obligado por la suerte a dar la sangre de la suya. Y eso lo explicaba todo: la salvaje violencia del sectario, el crimen contra natura.

Ahora bien: los inventores de esta necedad no encontraron un periódico que la recogiese y tuvieron que propagarla ellos mismos entre el pueblo. Aquella misma tarde ya había recorrido toda la población y llegado hasta Jonville, Moreux y todos los pueblos vecinos. La mentira estaba sembrada; no había más que esperar la envenenada cosecha de la ignorancia popular.

Pero, como había dicho Marcos, los tiempos habían cambiado. En todas partes aquella invención estúpida y apasionada era recibida con un encogimiento de hombros. Aquello hubiera sido bueno cuando los hombres eran como niños, ávidos de inverosimilitudes. Pero ahora los hombres sabían demasiado y no aceptaban sin razonar una patraña semejante. Por de pronto, se supo enseguida que Francisco no era masón. Además, no le había visto ningún testigo; parecía demostrado que se hallaba lejos, en algún refugio amoroso, con aquella Colasita que desapareció de Maillebois al mismo tiempo que él. Finalmente, otras muchas razones militaban en pro de su inocencia. Y en toda la comarca le juzgaban como le juzgaba su familia, es decir, como un apasionado que había podido ceder a una locura del deseo, pero también como un padre cariñoso incapaz de atentar contra su hija. De todas partes llegaban testimonios excelentes; los padres de sus alumnos hablaban de su buen genio y los vecinos se referían al afecto por su mujer, aun en medio de sus extravíos. Pero, de todos modos, la opinión se encontraba ante la acusación formal de Rosa, ante la turbadora prueba del pañuelo y ante la escena narrada tantas veces por Marsoullier, misterio irritante, duda que se planteaba en el espíritu de todos, ya capaces de examinar y de juzgar. Si Francisco, a pesar de las apariencias abrumadoras, no era el verdadero culpables, había de ser otro. Pero ¿quién podía ser? Y ¿cómo descubrirlo?

Mientras la justicia cumplía su tarea instruyendo las oportunas diligencias, aconteció un hecho nuevo: el de que los simples ciudadanos contribuyeran a semejante labor, esforzándose en decir todo cuanto sabían, todo cuanto habían visto y oído. Las inteligencias cultivadas sentían una necesidad general de justicia y el miedo a que pudiera cometerse un error. Un Bongard acudió espontáneamente para declarar que la noche del suceso vio corriendo, por delante de la alcaldía, a un hombre que, desde luego, no era Francisco y que parecía venir desde la plaza de los Capuchinos. Un Doloir presentó un eslabón de fumador que había recogido entre dos piedras, detrás de la escuela, haciendo observar que aquel eslabón podía haber caído del bolsillo de quien cometió el atentado, y que Francisco no fumaba. Un Savin repitió una conversación entre dos viejas, sorprendida por él, y de la que dedujo que había

que buscar al culpable entre la gente conocida por Marsoullier, pues éste había tenido la lengua bastante expedita ante algunas beatas de su intimidad. Y principalmente se mostraron oportunas y activas las hermanas Landois, que tenían el bazar de novedades en la calle Mayor. Eran antiguas alumnas de la señorita Mazeline, así como todos los testigos voluntarios, apasionados por la verdad, habían sido alumnos de los maestros laicos Marcos, Joulic o José. Las hermanas Landois habían tenido la idea de buscar en sus libros los nombres de las personas a las que habían vendido pañuelos semejantes al que el autor del atentado había procurado inútilmente convertir en mordaza. Encontraron, desde luego, el de Francisco, y debajo, con dos días de intervalo, el de Faustino Roudille, el hermano de aquella Colasita con la que Francisco había escapado. Y aquello fue un leve indicio, primer resplandor del que había de nacer la luz definitiva.

Precisamente hacía quince días que Faustino estaba sin colocación. El Municipio de Maillebois, puesto de acuerdo con los otros Municipios próximos, había comprado, por fin, la magnífica finca de la Désirade para establecer allí un Palacio del Pueblo, una casa de reposo y placer, un inmenso parque abierto a todos los trabajadores de las cercanías, a los modestos y a los humildes. En vez de la comunidad que el padre Crabot soñó instalar en aquellos deliciosos parajes, bajo las frondas regias y entre las aguas rumorosas y los mármoles magníficos, eran los novios del pueblo, las madres con sus criaturas y los ancianos necesitados de descanso quienes se encontraban allí como en su casa gozando la dulzura y el esplendor de las cosas. Por ello, el guardián Faustino, hechura de los últimos clericales, había tenido que salir de la finca y se le veía vagar a través de Maillebois, muy amargo y agresivo, manifestando, sobre todo, una gran indignación contra su hermana Colasita, cuya fuga, según decía, le deshonraba. No dejaba de asombrar aquella repentina severidad, porque nadie ignoraba el perfecto acuerdo en que hasta entonces habían vivido la hermana y el hermano, ni las constantes peticiones de éste a aquélla, cuando sabía que estaba en fondos. ¿Habría que suponer una riña y un enfado de Faustino, furioso al ver que su hermana desaparecía precisamente cuando a él le echaban a la calle? ¿O bien representaba una comedia, de acuerdo con su hermana, enterado del sitio donde se hallaba y trabajando disimuladamente por ella? Estos puntos no estaban claros; pero el descubrimiento de las hermanas Landois, al llamar la atención sobre Faustino, le colocó en primer término e hizo que todos se fijaran en sus actos y en sus palabras. En una semana, el sumario hizo progresos considerables.

En primer término se confirmó el testimonio de Bongard, pues varias personas recordaban ahora haber encontrado a Faustino en la calle Mayor con trazas de agitación y volviéndose como si quisiera saber lo que pasaba en dirección a la escuela. Y era él, pues todos lo aseguraban formalmente. Por otra parte, el eslabón encontrado por Doloir parecía ser suyo, ya que algunos afirmaban haberlo visto entre sus manos. Finalmente, la conversación oída por Savin, la hipótesis de una relación

entre el autor del hecho y Marsoullier, resultaría confirmada en el caso de que Faustino y el hombre desconocido fueran la misma persona, porque el sacristán y el exguardián de la Désirade eran íntimos amigos. Y esto constituía el hecho decisivo, la pista a seguir con la seguridad de que llegaría a plena luz. Marcos, que seguía con vivísima atención las averiguaciones, lo comprendió así enseguida. Por ello, quiso confesar a Marsoullier, recordando lo que le había llamado la atención la actitud de éste cuando le encontró junto a la víctima, tras la fuga del autor del hecho. Entonces estaba confuso, inquieto, molesto, al entregarle el pañuelo. Y recordaba su pasmo cuando Rosa acusó a su mismo padre y Teresa sacó de la cómoda unos pañuelos parecidos. También recordaba de una manera especial la palabra «¡imbécil!» lanzada por el desconocido contra el sacristán, y que éste repitió en medio de su turbación. Ahora se veía claramente que era el insulto de un amigo a otro amigo inoportuno, cuya llegada en mala ocasión lo había echado todo a perder. Y Marcos fue a casa de Marsoullier.

—Ya sabe usted, amigo, que se han acumulado contra Faustino los más graves indicios. Seguramente le detendrán esta noche. ¿No teme usted verse comprometido?

El sacristán, silenciosamente y con la cabeza inclinada, escuchó la enumeración de todos los cargos.

—¡Ea! Confiese usted que le reconoció.

—¿Cómo había de reconocerle, señor Froment? Faustino no gasta barba y lleva gorra, mientras aquel hombre tenía una barba abundante y se cubría con un sombrero redondo.

Éstos eran, en efecto, los datos facilitados por Rosa, datos que aún seguían sin explicación.

—¡Bah! Pudo ponerse una barba postiza y sombrero. Además, habló, según usted dijo. Seguramente le reconocería por la voz cuando le llamó imbécil.

Marsoullier alzaba ya la mano para desdecirse, jurando que el autor del hecho no había pronunciado ni una palabra. Pero, ante la clara mirada de Marcos fija en sus ojos, le faltaron fuerzas para mentir. Y el hombre honrado que llevaba en el fondo de su ser comenzó a turbarse y a perder osadía para cometer una mala acción por necia vanidad.

—Como es natural —prosiguió Marcos—, me he enterado de las relaciones de usted con él y sé que les han visto frecuentemente juntos y que solía llamarle imbécil cuando los escrúpulos de usted le hacían encogerse de hombros.

—Es verdad —reconoció Marsoullier—. Solía llamarme imbécil, cosa que ya me iba cargando.

Y, apretado por Marcos, que le rogaba que por propio interés descargara su conciencia si no quería que la justicia creyera en su complicidad, acabó cediendo tanto al temor como a sus impulsos de veracidad.

—Pues bien, ¡sí, señor Froment! ¡Le reconocí! Sólo él podía decirme imbécil con aquella voz. Como usted comprenderá, no puedo equivocarme, porque ¡me lo ha

dicho tantas veces!… Y seguramente llevaba una barba postiza, que, al correr, se quitaría y se guardaría en el bolsillo, ya que las personas que le vieron inmediatamente en la esquina de la calle Mayor le vieron con sombrero, sí, pero sin barba, tal como siempre.

Marcos experimentó una gran alegría, porque el testimonio iba a ser decisivo. Así, pues, estrechó la mano de Marsoullier, diciéndole:

—Ya sabía yo que usted era un hombre honrado.

—No le quepa duda… Ya sabe usted, señor Froment, que fui alumno del señor Joulic. Y cuando un maestro le ha enseñado a uno cómo debe amar la verdad, no lo olvida nunca. Aunque uno quiera mentir, todo su ser se subleva y protesta. Además, desde que la gente va sabiendo hacer uso de su razón, es imposible aceptar las tonterías que corren por ahí… Crea usted que desde que ocurrió ese lamentable hecho yo estaba preocupado y apesadumbrado en el fondo. Pero ¡qué le vamos a hacer! Soy un desgraciado, no tengo para vivir más que mi empleo de sacristán, y esto me obliga a dar la razón a los antiguos amigos de mi tío Philis.

Dejó de hablar con un gesto de desesperación, mientras dos grandes lágrimas empañaban sus ojos.

—¡Buena la he hecho! Ahora me echarán a la calle y moriré de hambre en el arroyo.

Marcos le tranquilizó, prometiéndole formalmente que le encontraría una colocación. Y seguidamente se apresuró a despedirse de él, pues deseaba comunicar a Teresa el resultado de su gestión, testimonio concluyente que acababa de eliminar toda sospecha referente a Francisco. Hacía quince días que Teresa permanecía a la cabecera de Rosa, siempre firme en su convicción respecto a la inocencia de su marido, pero con el corazón oprimido por no recibir ninguna noticia, a pesar de la resonancia del suceso, referido en todos los periódicos. Y desde que la niña iba mejor, pues ya se levantaba y tenía el brazo en vías de curación, parecía presa de una creciente tristeza y permanecía muda y abatida en su desierto hogar. De pronto, aquella noche, cuando Marcos acababa de contarle con gran alegría su conversación con Marsoullier, experimentó una tremenda impresión, pues vio entrar a Francisco. Entonces se desarrolló una emocionante escena, en la que se cruzaron entre ambos sencillas palabras.

—¿Verdad que no me has creído culpable, Teresa?

—¡Te juro que no, Francisco!

—Esta mañana aún lo ignoraba todo en la triste soledad en que me encontraba. Me enteré casualmente por un periódico atrasado que llegó a mis manos… Entonces me apresuré a venir. ¿Cómo está Rosita?

—Mejor. Está en su cuarto.

Francisco no se había atrevido a abrazar a Teresa, que permanecía ante él erguida, severa, profundamente emocionada. Entonces, Marcos, que se había levantado, cogió

las manos de su nieto, adivinando todo un drama en su palidez y en su rostro regado por lágrimas.

—¡Dímelo todo, pobre hijo mío!

Y Francisco, lealmente, contó su locura con palabras trémulas. Su brusca huida de Maillebois con aquella Colasita que le volvía loco. Su estancia en un barrio extremo de Beaumont, en donde apenas salían de la habitación. Los quince días de encierro, con tremendos disgustos, con extravagantes caprichos de aquella bohemia del amor, con reproches, llantos y hasta golpes. Finalmente, su desaparición, su huida, tras una postrera escena en que ella le echó los trastos a la cabeza. De ello hacía ya tres semanas. Él, al principio, la esperó, y luego quedó como sepultado en aquella ignorada habitación, lleno de desesperación y remordimiento y no sabiendo cómo volver a Maillebois, junto a su esposa, a la que aseguraba que no había dejado de amar ni en medio de su locura.

Mientras hablaba, Teresa, siempre inmóvil, había vuelto la cabeza. Y cuando el marido calló, dijo ella:

—No quiero saber nada de… Supongo que habrás venido sencillamente para responder de las acusaciones que pesan sobre ti.

—¡Oh! —exclamó Marcos dulcemente—. Esas acusaciones ya no existen.

Por su parte, declaró Francisco:

—He venido para ver a Rosita. Y repito que hubiera venido enseguida de no haberlo ignorado todo.

—Está bien —contestó Teresa—. No te impido que veas a tu hija. Ahí está. Puedes entrar.

Y entonces ocurrió una singular escena, que Marcos siguió con apasionado interés. Rosa, con el brazo en cabestrillo, estaba leyendo en un sillón. Al oír que se abría la puerta, lanzó un grito de estremecimiento, en el que había temor y alegría:

—¡Oh papá!

Se había puesto en pie. De pronto, pareció llena de estupor.

—Pero ¿no eras tú la otra noche, papá?… Aquel hombre era más bajo y tenía otra barba.

En su turbación, continuaba examinando a su padre, como si le encontrara distinto de como se lo imaginaba desde que se había marchado y desde que ella veía a su madre llorar en medio de su abandono. ¿Se le había figurado malo, con vasto corpachón y cara feroz de ogro? Ahora veía al papá de amable sonrisa a quien adoraba.

Y si volvía, seguramente era para que ya no se llorase más en casa. Luego, se puso a temblar, pensando en las terribles consecuencias de su equivocación.

—¡Y pensar que yo te he acusado, papá! ¡Pensar que yo he sostenido como una testaruda que aquel hombre eras tú!… ¡No, no! ¡No eras tú! ¡Soy una embustera!

Y lo diré gritando a los gendarmes, si vienen a cogerte.

Se dejó caer en el sillón, deshecha en lágrimas, y su padre tuvo que sentarla sobre sus rodillas, besándola tiernamente y jurándole que las desgracias iban a terminar. Él mismo tartamudeaba de emoción. ¡Muy horrible tenía que haber sido su conducta para que su imagen se hubiera deformado en el espíritu de su hija hasta el punto de creerle capaz de una violencia contra ella!

Teresa había escuchado, esforzándose en permanecer impasible. No pronunció ni una palabra. Francisco la miraba ansiosamente, como para saber si ella le aceptaba de nuevo en el hogar destruido por él. Y Marcos, viéndola tan severa y poco dispuesta al perdón, prefirió llevarse a su nieto para albergarle en su casa mientras llegaba una hora más propicia.

Aquella misma noche la justicia se presentó en el domicilio de Faustino, acusado de tentativa de rapto y lesiones en la persona de Rosita. Pero no le encontraron, pues la casa estaba cerrada y el individuo había huido. Fracasaron todas las pesquisas, no se le encontró jamás y se acabó por creer que había escapado a América. Seguramente, le acompañó su hermana Colasita, a la que también se buscó en vano y a la que no volvió a verse en Beaumont ni en Maillebois. Por lo que se refería a éstos, el asunto quedó sin aclarar del todo, pues no cabían allí más que suposiciones. ¿Eran cómplices ambos hermanos? ¿Se había llevado Colasita a Francisco de acuerdo con Faustino y con un propósito ulterior? ¿O bien Faustino había procurado sencillamente sacar partido de la situación creada por aquella fuga? Y, sobre todo, ¿hubo detrás de todo aquello una inteligencia y una voluntad superiores que lo concibieron y lo prepararon para dar un supremo asalto contra la escuela laica, repitiendo el proceso de Simón? Todas estas hipótesis eran lícitas; pero sólo resultaban evidentes los hechos, aunque, por lo demás, nadie dudó de que había habido una intriga y una emboscada misteriosas.

¡Qué sensación de alivio experimentó Marcos cuando vio que el asunto estaba ya claro y resultaba inofensivo! Al principio le había llenado de inquietud aquel nuevo comenzar de las antiguas abominaciones, aquella última tentativa para infamar la escuela laica. Y se maravillaba de la rapidez con que la sana razón del pueblo había realizado su cometido, haciendo que la verdad brillara esplendorosamente. Los indicios contra Francisco eran más graves de lo que habían sido los indicios contra Simón. Su hija le acusaba y, de haberse retractado, se hubiera supuesto que entonces cedía a la presión familiar. En otro tiempo, ni un solo testigo, ni uno solo de los Bongard, de los Doloir, ni de los Savin se hubiera atrevido a decir lo que había visto u oído por miedo a comprometerse. Entonces, tampoco Marsoullier hubiera desahogado su conciencia, primero, porque no hubiese sentido esa necesidad, y segundo, porque una poderosa facción se hubiera levantado con objeto de apoyarle y ensalzar su mentira. Allí estaban las congregaciones envenenándolo todo, que hacían del error un dogma, un culto. Para reñir batalla contra el libre pensamiento utilizaba Roma bárbaramente a todos los partidos políticos, enloqueciéndoles y azuzándoles a unos contra otros, con la esperanza de provocar una guerra civil que partiese a la

nación en dos y la dejara a ella dueña y señora del mayor número: de los pobres y los ignorantes. Y ahora que Roma estaba vencida, que las congregaciones iban desapareciendo, que pronto no se encontraría un jesuita que pudiese nublar los pensamientos y pervertir las acciones, la razón humana obraba conscientemente, cada vez más emancipada. No había que buscar en otra parte la explicación de aquel buen sentido y de aquella lógica: era sencillamente que el pueblo, instruido al cabo, libre del error secular, se había vuelto capaz de resolver con verdad y justicia.

Pero una inquietud quedaba en el corazón de Marcos, a pesar de la alegría de la victoria: la desunión entre Francisco y Teresa, el problema de la dicha entre el hombre y la mujer, felicidad que dependía únicamente de su buena armonía. ¡Ay! No abrigaba la temeraria esperanza de matar las pasiones, de impedir que la pobre humanidad sangrase bajo el azote del deseo; siempre habría corazones heridos, carnes atormentadas y celosas. Pero ¿no podía esperarse que la mujer libre, convertida en igual del hombre, hiciera un poco menos dura la lucha social y sexual y aportase a ella un poco de serena dignidad? Ya en el reciente escándalo, con ocasión del frustrado rapto de Rosita, acababa de verse cuán amigas de la verdad se habían hecho las mujeres y cómo ayudaban a descubrirla con todas sus fuerzas. Se habían emancipado de la Iglesia, de las bajas supersticiones, del terror al infierno, de la falsa humildad ante el sacerdote; no eran ya la esclava que se arrodilla, el sexo que parece reconocer su abyección y que se venga corrompiéndolo y desorganizándolo todo. En adelante, ya no serían el terrible lazo de voluptuosidad con que, siguiendo el discreto consejo de los directores de sus conciencias, procuraban coger al hombre para lograr el indigno triunfo de la religión. Se habían convertido en esposas y madres normales desde que las habían apartado de la insana mentira del Divino Esposo, de aquel Jesús que a tantas infelices había trastornado. ¿No estaban obligadas a terminar la obra, ejercitando con gran cordura y bondad aquellos derechos reconquistados y aquella cultura que las convertían en personas libres?

Entonces se le ocurrió a Marcos la idea de reunir a toda la familia en la escuela, en aquella gran sala de, clase donde él había enseñado y en la cual José y Francisco enseñaron después de él. Y, no sin cierta solemnidad, se celebró aquella reunión en una tarde de fines de septiembre en que lucía un claro sol que bañaba con sus tibios rayos la mesa del maestro, los bancos de los alumnos, los cuadros y estampas que pendían de las paredes. Sebastián y Sara vinieron de Beaumont; Clemente y Carlota llegaron de Jonville con su hija Luciana. Y José, avisado desde hacía algunos días, regresó de un viaje la víspera. Por último, el mismo Marcos y Genoveva acudieron a la cita con Luisa y José, acompañados de su hijo Francisco. Teresa y su hija Rosa les esperaban en la clase. Se habían reunido doce y, al principio, reinaba un profundo silencio.

—Mi querida Teresa —dijo Marcos—, nosotros no queremos forzar tus sentimientos; pero nos hemos reunido aquí para hablar en familia… Sin duda, tu corazón sufre mucho; sin embargo, tú no has conocido la gran pena de aquellos

tiempos en que el esposo y la esposa parecían venir de dos mundos diferentes, se daban cuenta un día de que un abismo les separaba y temían no poder unirse nunca. En manos de la Iglesia, la mujer, esclava siempre, era considerada como un instrumento de tortura para el hombre, ya libertado de ella. ¡Cuántas lágrimas se han derramado, cuántos hogares han quedado deshechos por su culpa!

Se hizo nuevamente el silencio. Después, Genoveva, muy emocionada, dijo a su vez:

—Sí, querido Marcos; te juzgué mal, te atormenté mucho en otro tiempo. Tienes razón al recordar aquellos años malos y no me mortifica el que me los recuerdes, puesto que tuve fuerza bastante para escapar del envenenamiento. Pero ¡cuántas mujeres agonizaron en el fondo de la antigua mazmorra, cuántos matrimonios han sucumbido en el dolor! Yo misma no he podido jamás curarme del todo; siempre he temido volver a caer de nuevo; ¡tan poderosa era para mí la lejana herencia, tan grandes la perversión y la demencia de la educación primera! Y si he podido resistir, ha sido gracias a ti, a tu firme inteligencia, a tu constante ternura… Te doy las gracias nuevamente, mi querido Marcos.

Lágrimas de alegría humedecieron sus ojos, mientras continuaba en medio de creciente emoción:

—¡Ah! ¡Mi pobre abuela, mi pobre madre!… ¡Cuánto las compadezco! Sí, las he visto tan desgraciadas, tan combatidas por los fermentos destructores, como arrojadas fuera de su sexo en su voluntario martirio. La pobre abuela era terrible, es verdad; pero no había conocido ninguna alegría, vivía en una perpetua negación. ¿Cómo no había de soñar, pues, en someter a los otros a su dolorosa renuncia? ¿Y mi pobre madre? ¡Qué lenta y dolorosa agonía fue la suya, después de haber gustado la dulzura de ser amada, al caer para siempre en aquella religión de mentira y muerte que niega todas las fuerzas y los goces de la vida!

Al oírla, parecía que pasaban dos sombras: las figuras desaparecidas de la señora de Duparque y de la señora de Berthereau, aquellas devotas infelices de otra época, la una entregada por completo a la Iglesia exterminadora de antaño, y la otra, dulcificada ya, que murió desesperada por no haber tenido valor para intentar romper su cadena. Genoveva parecía evocarlas con la mirada; ella, nieta e hija de aquellas señoras, había librado horrible batalla, de la cual salió muy quebrantada, aunque tuvo la suerte de verse libre al fin, volviendo a la vida y a la salud. Y sus ojos enseguida se fijaron en Luisa, su hija, que le sonreía cariñosamente y que se inclinó sobre ella para abrazarla.

—Mamá, tú has tenido más mérito; has sido la más animosa, porque has luchado y has sufrido. Nosotras te debemos la victoria, ganada a costa de tantas lágrimas… Bien lo recuerdo. Como yo vine después de ti, no ha tenido gran mérito que me desligue por completo del pasado. Si he tenido serenidad y raciocinio, si nunca me ha turbado el escalofrío del error, es porque aproveché la terrible lección que tanto nos hizo padecer a todos y que llenó de sombras nuestra pobre casa.

—¡Calla, aduladora! —dijo Genoveva riéndose y abrazándola a su vez—. Tú fuiste nuestra salvación, la cabecita sólida y firme cuya intervención triunfó de todos los obstáculos. Te debemos nuestra paz; tú fuiste la primera mujer emancipada, la inteligencia y la voluntad decididas a proporcionar a este mundo la felicidad.

Entonces tomó Marcos nuevamente la palabra para decir, dirigiéndose a Teresa:

—Querida niña, tú no habías nacido entonces e ignoras muchas cosas. Tú viniste después de Luisa y estás más emancipada todavía, libre ya de todo bautismo, de toda confesión y comunión. Para ti es muy sencillo vivir libremente, como persona que tiene existencia independiente, propia, sin más límites que su razón y su conciencia, limpias de mentiras religiosas y de prejuicios sociales. Pero para que tú consiguieras esto, ha sido preciso que las madres, las abuelas, pasaran por crisis terribles, por atroces delirios y tormentos… Como para todas las cuestiones sociales, la única solución era la enseñanza. Ha sido necesario instruir a la mujer para darle un legítimo puesto de igual al hombre, de compañera suya. Eso era lo más necesario, la condición indispensable de la felicidad humana, porque sólo la mujer emancipada podía emancipar al hombre. Mientras fue esclava y cómplice del sacerdote, mientras fue un instrumento de reacción, de espionaje y de discordia en el hogar, el hombre estaba encadenado también y era incapaz de una actuación viril y decisiva. La fuerza que ha de impulsar hacia un porvenir mejor se halla en el absoluto acuerdo del matrimonio… Comprende, pues, niña querida, nuestra tristeza al ver que la desgracia entra aquí nuevamente. Entre Francisco y tú no hay un abismo, no hay distintas creencias. Pertenecéis al mismo mundo y tenéis la misma instrucción. Ni él es tu señor por las leyes y las costumbres, ni tú eres una esclava embustera y siempre dispuesta a vengarte. Tienes los mismo derechos que él, tienes personalidad para disponer de tu vida a tu antojo. Vuestra paz no depende más que de la razón, de la lógica, de la vida, que para ser vivida plena y sanamente requiere que se unan el hombre y la mujer. Y esa paz se perderá por la eterna debilidad humana, si la bondad no os ayuda a reconquistarla.

Teresa, que había escuchado con gran calma, dignidad y respeto, contestó:

—Sé todo eso, abuelo. No crea usted que lo he olvidado… Pero ¿por qué Francisco hace días que vive en casa de usted? No tenía más que haberse quedado aquí. Como hay dos cuartos, el del maestro y el de la maestra, no le hubiera impedido yo que se instalara en el primero, mientras yo me quedaba en el segundo. Así podría continuar su labor dentro de algunos días, cuando terminen las vacaciones… Como usted dice, somos libres y quiero conservar mi libertad.

Sus padres, Sebastián y Sara, trataron de intervenir cariñosamente. Genoveva, Luisa, Carlota, todas las mujeres que estaban allí le sonreían, suplicándole con la mirada. Pero ella no quiso hacer caso y rehusó con ademán resuelto, aunque sin ira.

—Francisco me ha herido cruelmente. Creí que había dejado de amarle. Y os mentiría a todos si os dijese que en este momento tengo la seguridad de seguir

queriéndole… Supongo que no querréis que mienta reanudando una vida matrimonial que sería una cobardía y una vergüenza.

Francisco, que hasta entonces había permanecido silencioso, con visible ansiedad, no pudo menos de exclamar:

—¡Pues yo, Teresa, te sigo queriendo, te quiero como no he querido nunca! Y si tú has sufrido, me figuro que yo sufro todavía más…

Teresa, volviéndose hacia él, le habló con dulzura, para decirle:

—Creo que dices verdad… Es posible que, a pesar de tu locura, me quieras, porque el pobre corazón humano siempre será loco a pesar de nuestro anhelo de sensatez. Si sufres tanto, los dos padecemos horriblemente… Pero yo no puedo volver a vivir contigo si no te amo, si no te quiero. Eso sería indigno de nosotros dos, y en vez de curar nuestro mal lo emponzoñaría. Lo mejor, créeme, es que vivamos como, buenos vecinos, como buenos amigos que han vuelto a quedar libres y que siguen cada cual su camino.

—¿Y yo, mamá? —gritó Rosita, con los ojos anegados en llanto.

—Tú, preciosa, nos querrás a los dos como antes… Y no te preocupes por esto, que son cosas que los niños no comprenden hasta que son mayores.

Marcos, que con ademán cariñoso había llamada a Rosa y la había sentado sobre sus rodillas, iba a abogar nuevamente por Francisco, cuando Teresa se le adelantó diciendo:

—Le suplico, abuelo, que no insista. En usted habla ahora el cariño, no la razón. Si me hiciera ceder, quizá tuviera que arrepentirse. Déjeme, pues, que sea sensata y fuerte… Ya sé que usted quiere evitarnos un dolor. Pero ¡ay! el dolor será eterno. Lo llevamos en nosotros, seguramente por una de las ignoradas necesidades de la vida. Nuestros pobres corazones sangrarán siempre y los desgarraremos siempre en horas de pasión exasperada, a pesar de la cordura y de la fortaleza que podamos conseguir. Y quizá eso es el estímulo necesario de la felicidad.

Todos sintieron un leve escalofrío; diríase que había palidecido la brillantez del sol. Notaron, además, la triste grandeza de aquella confesión del dolor.

—Pero ¡qué importa! —prosiguió Teresa—. No tengo temor alguno, abuelo, porque seremos dignos y buenos. Sufrir no es nada, si el sufrimiento no nos obceca y nos vuelve malos. Nadie sabrá que sufrimos y hasta procuraremos portarnos mejor y más amablemente con los demás, con el deseo de disminuir cada vez más los motivos de dolor que hay en el mundo… ¡No, no se disguste, abuelo! Piense que usted ha hecho cuanto podía, realizando una labor admirable que nos dará toda la felicidad humana que razonablemente cabe esperar. Lo demás, la vida sentimental, es el amor de cada cual el que lo que ha de arreglar para su caso personal, aun entre lágrimas. Deje que Francisco y yo vivamos y hasta suframos a nuestro modo, porque ello sólo nos interesa a nosotros. A usted ha de bastarle con habernos emancipado y con haber hecho de nosotros personas conscientes de un mundo con la mayor verdad y con la mayor justicia posibles… Y puesto que nos ha reunido, abuelo, ya que no sea para

impedir una ruptura en la que sólo puede entender el matrimonio, que sea al menos para darnos a todos la ocasión de aclamarle y expresarle nuestra adoración y nuestra gratitud por la obra que usted ha realizado.

Entonces toda la familia rompió en aplausos, llena de alegría, como si el sol hubiera recobrado su esplendor entrando en haces luminosos a través de los cristales de las elevadas ventanas. ¡Sí, sí, triunfaba el abuelo en aquel aula donde tanto había luchado, donde había dado al pueblo futuro lo mejor de su corazón y de su inteligencia! Todos eran discípulos suyos, hijos, nietos, bisnietos, y todos le rodearon como a un patriarca muy venerable y poderoso que hubiera producido el porvenir feliz. Tenía aún sobre sus rodillas a Rosita, que era como la cuarta generación en flor y que, tendiéndole los brazos alrededor del cuello, le besaba en la boca. Su nieta Luciana, colocada detrás de él, le formaba también un collar con sus frescos brazos de muchacha. Su hija Luisa y su hijo Clemente se habían puesto a su lado con José y Carlota. Sebastián y Sara le sonreían tendiéndole sus manos enlazadas, mientras Teresa y Francisco, como aproximados por el común cariño que sentían hacia el augusto abuelo, se hallaban sentados a sus pies. Y Marcos, muy conmovido y sofocado por tantas caricias, quiso bromear con sonrisa bonachona, diciendo:

—No me convirtáis en un dios, hijos míos, pues ya sabéis que cierran las iglesias… Yo no soy más que un obrero laborioso que ha terminado su jornada. Además, no quiero triunfar sin mi querida Genoveva.

En efecto, la atrajo hacia sí y la abrazó. Y todos besaron también a Genoveva, para que de esta manera, en aquel aula de primera enseñanza, entre los humildes bancos donde aún habían de sentarse los hijos de los hijos, las generaciones que marchaban hacia la ciudad feliz, se glorificara también a la pareja reconciliada, que ya era dueña de la posible felicidad.

Y aquella fue la recompensa que Marcos tuvo para tantos años de esfuerzo y de lucha. Veía su obra. Roma había perdido la batalla y Francia se había salvado de un peligro mortal, del polvo de ruinas entre el que desaparecían las naciones católicas una tras otra. Habían librado a Francia de la facción clerical que combatía allí devastando los campos, envenenando al pueblo, procurando rehacer las tinieblas para asegurarse nuevamente el dominio del mundo. Francia ya no estaba amenazada de verse sepultada bajo las cenizas de una religión muerta, sino que había recobrado el dominio de sí misma y podía encaminarse a cumplir sus designios de libertad y de justicia. Y si había vencido, era gracias a la primera enseñanza, que libraba a los humildes y a la modesta gente del campo de su ignorancia de esclavos y de la criminal imbecilidad en que el catolicismo les mantenía hacía siglos. La execrable frase «bienaventurados los pobres de espíritu» era mortal error que había producido dos mil años de miseria. La leyenda de los beneficios de la ignorancia se mostraba ahora como un prolongado crimen social. La pobreza, la suciedad, la iniquidad, la superstición, la mentira, la tiranía, la explotación y el desprecio de la mujer, el embrutecimiento y la esclavitud del hombre, todos los males físicos y morales, en fin,

eran los frutos de aquella deliberada ignorancia erigida en sistema de política gubernamental y de policía divina. Sólo el conocimiento podía matar los falsos dogmas, dispersar a quienes vivían de ellos y ser fuente de grandes riquezas, de pletóricas cosechas de la tierra, de general florecimiento en los espíritus. ¡No! La felicidad no había consistido nunca en la ignorancia, sino que se hallaba en el conocimiento que iba a convertir el árido campo de la miseria material y moral en una extensa tierra fecunda en la que acertado cultivo multiplicaría cada año las riquezas.

Por lo tanto, Marcos, cargado de años y de gloria, había alcanzado la gran recompensa de vivir bastante para ver su obra. ¡Sólo hay justicia en la verdad, sólo hay felicidad en la justicia! Y después de engendrada la familia y fundada la ciudad, quedaba constituida la nación desde el día en que, mediante la instrucción integral de todos los ciudadanos, se había hecho apta para la verdad y para la justicia.

FIN

ÉMILE ZOLA (París 2 de abril de 1840- París 29 de septiembre de 1902) nació en una familia de origen veneciano. Después de unos años de bohemia literaria en París, Zola es jefe de publicidad de la librería Hachette y periodista literario. Escribe también sobre arte y alaba a los pintores de la Escuela de Batignolles (Edouard Manet), es decir, a los futuros impresionistas, lo que provoca un gran escándalo.

Para Zola, el novelista es como el naturalista y apuesta por una literatura de análisis inspirada por la ciencia. Toma partido contra el régimen monárquico y se deshace progresivamente de sus resabios románticos. Con el libro *Thértèe Raquin* (1867) nos da su primera novela naturalista. Influido por las investigaciones científicas sobre las leyes genéticas y las pasiones, inicia una gran obra cíclica (1871-1893) a lo largo de veinte volúmenes: *Los Rougon-Macquart, historia natural y social de una familia durante el 2.º Imperio*. Otras novelas naturalistas describen el París popular en *La taberna* (1876), el mundo de las cortesanas en *Nana* (1880), el poder destructor del capital en *El paraíso de las damas* (1883), la mina y los mineros en *Germinal* (1885), los campesinos en *La tierra* (1887) y otras historias de dramas íntimos: *Los cuatro evangelios* (1889-1903). Toma partido en el caso Dreyfus con su artículo «Yo acuso» (13 de enero de 1898) que le obliga a exiliarse en Inglaterra, convirtiéndose así en el primer intelectual comprometido de la época contemporánea. De vuelta a Francia un año después, con su fama literaria aún intacta, desempeña un influyente papel como intelectual en la opinión pública. Muere accidentalmente en 1902.